

MENSAJEROS DE LA GRAN LOGIA PLANETARIA BIBLIOTECA



POR LAS GRUTAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

Helena Petrovna Blavatsky

H. P. BLAVATSKY

(RADDABAI)

POR CUEVAS Y SELVAS
DEL INDOSTÁN

Primera traducción completa al castellano
de los artículos que publicó

El Mensajero Ruso

entre los años 1883 y 1886

y recopilados por Boris de Zirkoff

Título original:

From the Caves and Jungles of Hindostan

Traducción de Sophia Trelle y Erik Jansen

INTRODUCCION(*¹)

La primera carta de *Cuevas y Selvas* de H. P. Blavatsky, que relata la llegada de los Fundadores a Bombay, fue publicada el 30 de noviembre de 1879 (según el Calendario Juliano). En sus *Diarios*, ahora en los Archivos de Adyar, el coronel Olcott escribió el 15 de enero de 1880: «El correo trae hoy noticias del primer artículo de Latchkey; causa asombro en Rusia». «Latchkey» era el sobrenombre que Olcott le daba a H. P. Blavatsky.

¹ . Para facilitar la lectura de este libro, hemos adoptado el criterio de anular el acento circunflejo en la lengua sánscrita. (N. del E.)

La serie de artículos periodísticos apareció en treinta y nueve entregas en la *Crónica de Moscú*, desde el 30 de noviembre de 1879 (Calendario Viejo)^(1²) hasta enero de 1882. Curiosamente, sólo existen veintitrés carlas registradas; algunas de las cuales están evidentemente mal numeradas y otras no llevan ninguna numeración. Sólo la primera carta tiene título definido: «Llegada a Bombay».

Es obvio que la serie no fue nunca terminada, dado que fue interrumpida súbitamente.

En enero de 1883 el *Russkij Vestnik (Mensajero Ruso)*, fundado por Kalkov^(2³), comenzó una reedición de la misma serie, con periodicidad mensual, en un *Suplemento* especial de paginación continua. En julio de 1883, el *Suplemento* alcanzó la página 411, concluyendo con ella la Primera Parte de las *Cuevas*. De la entrega de agosto de 1883 que corresponde a la Segunda Parte, el *Mensajero Ruso* publicó treinta y dos páginas; el texto se corta en medio de una frase: « ... Nosotros éramos los únicos que no dormíamos, y Narayana estaba quieto», que termina sin ninguna puntuación. En total, esta reedición consta de veintinueve capítulos, pero hay dos numerados como XVIII, el capítulo XXIII carece de número y el XXIX está numerado como XXIII. A pesar de la numeración errónea, el contenido es ininterrumpido.

La razón de este súbito final del texto no está clara, por más que una nota editorial de diciembre de 1884 afirma que los artículos terminaron porque H. P. Blavatsky se marchó a las Montañas Nilgiri y después a Europa, esto no explica realmente un final tan abrupto en medio de una frase.^(1⁴)

² 1 El Calendario Viejo hace referencia al Calendario Juliano, usado en la Rusia de la época, y aún hoy por la Iglesia Onodoxa Griega. El Calendario Nuevo o Gregoriano es el utilizado en la actualidad. La diferencia entre las dos formas de fechar er-a de diez días de 1582 a 1700, de once días de 1700 a 1800, de doce días de 1800 a 1900, y de trece días a partir de 1900. Es importante tener esto presente, pues muchas de las fechas dadas por H. P. Blavatsky lo son según el Calendario Juliano. La diferencia de doce días se aplica a todas las fechas de su vida.

³ 2 Mihail Nikiforovich Katkov (1818-1887), importante figura literaria y editor de los periódicos *Crónica de Moscú* y el *Mensajero Ruso*.

⁴ La traducción parcial y bastante incorrecta al inglés de *Cuevas y Selvas*, publicada en 1892, termina aproximadamente en la mitad del capítulo xxii (que debería haber sido numerado como xxiii), y corresponde a la página 283 del *Suplemento* del *Mensajero Ruso*. Esta traducción, realizada por Vera Johnston, sobrina de H. P. Blavatsky y casada con Charles Johnston, El Orientalista, no puede considerarse como un texto auténtico. Pertenece más bien a la categoría de los extractos. Algunas de las notas del original fueron insertadas en el cuerpo principal del texto;

La reimpresión en el *Mensajero Ruso* parece ser idéntica al texto de la *Gaceta de Moscú*, pero tiene algunas adiciones; aquí y allá, unas notas han sido incluidas por la autora, y ha sido incorporada al capítulo XXVIII una descripción bastante extensa de Agra.

En noviembre de 1885, el *Mensajero Ruso* reanudó la publicación de *Cuevas y Selvas*. Comenzó por reimprimir las treinta y dos páginas del texto entregado en agosto de 1883 y continuó a partir de allí, explicando que la autora había enviado nuevo material. La continuación de la Segunda Parte apareció en las entregas de las revistas correspondientes a los meses de febrero, marzo y agosto de 1886; se llegaron a publicar siete capítulos. El capítulo siete termina en la página 718, al final de un párrafo donde, después de la firma «Radda-Bai»(1⁵), se afirma que «continuará». Sin embargo, jamás se ha encontrado una continuación.

Se ha sugerido que la serie de relatos de H. P. Blavatsky fue interrumpida por la muerte de Katkov. Pero esto es muy improbable, porque murió el 20 de julio/1 de agosto de 1887(2⁶) un año después de que la última entrega

muchas descripciones fueron abreviadas y todos los párrafos y notas que contenían comentarios agudos y frecuentemente sarcásticos, sobre los ingleses y la Administración británica en la India, fueron omitidos sin excepción. Esto puede ser explicado por el hecho de que Charles Johnston trabajó durante un tiempo en el Gobierno anglo-indo.

Otra edición de esta traducción parcial fue publicada en 1908 por la *Theosophical Publishing Society* de Londres.

La información disponible indica que esta traducción fue editada en francés bajo el título de *Dans les cavernes et jungles de Windoustan* (Paris, 1934); en alemán como *In den Hdhlen und Dschungeln Hindostans* (Leipzig, 1899); y en español como *Por las Grutas y Selvas del Indostán*, por Editorial Pueyo en 1918. Esta traducción que termina en el capítulo xviii, está realizada del inglés por Mario Roso de Luna quien aporta prefacio y comentarios.

⁵ La mayoría de las contribuciones de H. P. Blavatsky a los periódicos rusos fueron firmadas con el seudónimo «Radda-Bab». Es incierto si con la primera palabra la autora quiso decir, *Radha*: <prosperidad>, o «éxito» que es el nombre de una célebre pastora de vacas, Gopi, amada de Krisna y protagonista del poema *Gitagovinda*, que más tarde fue adorada como una Diosa y tenida por un Avatara de Lakshmi, tal como Krisna lo fue de Visnú. Otra posibilidad sería tomar la forma rusa de *raddha*, que significa: «terminado, preparado», e incluso, «perfecto en poder mágico» o «Iniciado». *Bai* es un término mahratti y significa «Señora» o «Doña»; se usa como un modo respetuoso de dirigirse a una mujer mayor.

⁶ 2 Las dos fechas separadas por una barra corresponden: la primera, al Calendario Gregoriano o Nuevo y la segunda, al Calendario Juliano o Viejo.

de H. P. Blavatsky saliera de la imprenta. Sin embargo, al escribir a Sinnett el 3 de marzo de 1886, H. P. Blavaisky habla entre otras cosas, de Vsevolod S. Solovyov, quien de amigo se había convertido en enemigo y trataba de perjudicarla. Dice ella: «Ahora, en Rusia como en todas partes, *odiar* equivale a *calumniar*. *Solovyov* no me perdonará por haber rechazado sus *proposiciones*, esas que usted ya conoce. Él, que es escritor, conoce a Katkov y preveo que sus amables gestiones causarán la pérdida de mi posición en el *Mensajero Ruso* y, en consecuencia, de algunos miles de rublos al año».(3⁷) Es bastante factible que las premoniciones de H. P. Blavaisky se cumplieran realmente, aunque carecemos de información precisa sobre ello.

Aunque *Cuevas y Selvas* contiene muchas descripciones de circunstancias y sucesos verdaderos de los viajes de H. P. Blavatsky y Olcott en la India, esta serie de relatos no debe ser considerada un diario de viajes, es decir, una descripción consecutiva de un viaje específico. Trata de varios viajes, algunos muy anteriores al inicio de la misión pública de H. P. Blavatsky, en una época en la que ella recorría sola lejanos países. Algunos personajes de esta historia y algunas aventuras son, sin duda, completamente ficticias, pero están descritas para indicar una realidad oculta o para explicar algunos misterios de la Naturaleza. Al escribir a la *Gaceta de Bombay* el 5 de marzo de 1881, con el propósito de refutar una crítica poco amigable de su «intensa hostilidad contra el Gobierno británico», H. P. Blavatsky puntualiza que «... la hostilidad debe enviarse a la cuenta de la *Thornton's Gazetteer of India* y de diversas «Guías» que, como fácilmente se puede comprobar, proporcionaron a su autora toda la información política necesaria, con excepción quizás, de algunas consultas en periódicos londinenses y anglo-indos, utilizados como soporte *histórico* para sus ficciones. «Radda-Bai» no pretende escribir noticias ni históricas ni políticas. Mientras sus datos geográficos, etnológicos y psicológicos sean correctos, ella tiene perfecto derecho a crear héroes y heroínas según su fantasía, como cualquier otro autor. No son más que tachuelas doradas para mantener unido su tejido descriptivo...»(1⁸)

⁷ 3 A. P. Sinnett, *The letters of H. P. Blavatsky to A. P. Sinnett*, Caria LXXX.

⁸ *Collected Writings*, vol. II, «A Berlin Mare's Nest».

El escrito también contiene la inesperada información de que su narración está siendo traducida al inglés por la autora y que será publicada en breve por un editor americano, simultáneamente con la edición en Londres. Jamás se ha tenido otra información al respecto.

A principios de 1886, ella escribió sobre el mismo tema a Sinnett, refiriéndose a sus «Cartas rusas desde la India»: «...cuando, mientras describo un viaje ficticio a través de la India con la ayuda de la *Thornton's Gazetteer of India*, doy a conocer hechos y personajes auténticos, resumidos en tres o cuatro meses, pero que en realidad tuvieron lugar a lo largo de varios años, como en el caso de algunos fenómenos del Maestro, ¿cometo con ello un crimen?... ¿Por qué cuando tengo que escribir acerca de las antigüedades de Calcuta y Allahabad, donde he estado y que yo misma he visto; por qué no puedo apoyarme en las *Asiatic Researches* o, incluso, en la *Tornton's Gazetteer of India*, para los hechos y detalles históricos de los que de otra manera no podría acordarme? ¿Se considera un robo literario hacer referencias a enciclopedias y guías? Yo ni copio ni plagio, simplemente los uso como referencias, más seguras que mi memoria.»(2^o)

Estas vívidas pinceladas de H. P. Blavatsky no tuvieron nunca como objetivo el ser tomadas al pie de la letra; son maravillosamente gráficas, mezclan lo serio y lo divertido, la verdad y la fantasía, con una habilidad tal que nadie sino sus compañeros de viaje podrían detectarla.

Repasando la parcial traducción al inglés de *Cuevas y Selvas*, publicada en 1892, Henry Steel Olcott dijo en *The Theosophist* (enero de 1893):

«Si fuera posible pensar que un gran espíritu como el de H. P. Blavatsky pudiera estar interesado en lo que una vez muerta diría el mundo -tan despreciado por ella durante su vida- de sus talentos, podríamos estimar que le proporcionaría una triste satisfacción el saber que la gente y los periódicos, que sólo tuvieron críticas para ella anteriormente, ahora desparraman sus alabanzas sobre uno de sus libros y declaran que fue un genio. Ella está más allá de su alcance, pero este principio de cambio en el

^o 2 A. P. Sinnett, op. cit., Carta LXI.

veredicto público es dulce para su familia y amigos, que reconocieron en toda medida su grandeza y amabilidad y que sintieron que a su muerte una luminosa estrella eclipsó. Esto no es sino el principio de lo que será cuando el tiempo y el karma concluyan estos cambios y la plenitud de la capacidad, del conocimiento y de los sufrimientos de esta mujer se hagan patentes. El presente libro no se parece en nada a su *Isis sin Velo* o a su *Doctrina Secreta*, si exceptuamos el trasfondo místico y los destellos de brillantez literaria que rezuman en sus obras. En aquéllos, la brillantez centellea en sus páginas y párrafos, aquí y allá, en medio de un lenguaje y argumentos densos y una compleja metafísica; mientras que aquí, el brillo está en cada una de las páginas y el lector siente la fascinación de su estilo y la grandeza de su imaginación desde el principio hasta el final. Periódicos no simpatizantes con las ideas de H. P. Blavatsky, como el *Times* y su fanático homónimo el *Methodist Times*, que sólo a regañadientes publicarían una palabra favorable sobre sus obras más serias, han sido cautivados por sus *Cuevas y Selvas* y *seducidos* al comentario en favor de sus *Cuentos Macabros*, debido, sin duda, a que se ajustan más a su capacidad mental, mientras las otras obras requieren una mayor paciencia.

Cuando estuvimos por primera vez en Bombay, H. P. Blavatsky empleó su tiempo libre en escribir para el *Russkiy Vestnik* una serie de cartas descriptivas, bosquejos de paisajes, gentes, sentimientos y tradiciones de la India y de los indos; aliñando y aumentando enormemente el interés de su narración con la historia entretrejida de un largo viaje realizado por parte de un escogido grupo de nosotros, acompañados por un Adepto cuya sabiduría nos instruía y cuyos poderes psicológicos eran causa de asombro. Ella nos conduce a las cuevas de Karli, a las junglas misteriosas cerca de Nasik, a la cueva de una bruja donde los horrores rodean a quien la visita, a una Ciudad de los Muertos en las Montañas Vindhya, a las cuevas de Bagh en Malwa, a una isla de misterio en la Tierra de Nadie, y a Jabalpur, donde la visión de las Rocas de Mármol termina en una disertación sobre los Thugs y el Yoga. Habiéndola acompañado en todos los recorridos que han sugerido la idea de su viaje místico y habiendo presenciado todos los incidentes que inspiraron sus magníficos relatos de viaje, soy capaz de detectar la base sustancial en cada una de sus narraciones, salvo unos pocos recuerdos que hacen referencia a sus viajes anteriores realizados desde el sur de la India hasta el Tíbet, que es cuando estuvo realmente en compañía y bajo la protección de un Adepto

personificado por ella con el sobrenombre de Gulab Lal Singh -éste es el verdadero nombre de un Adepto al que conocí personalmente-. Cuando todavía se siente la primicia de los encantos de este espléndido libro, no quiero ahogar el placer que los lectores encuentran en él, describiendo el duro suelo del que brotaron estas flores de la imaginación. Pero quiero decir lo siguiente: que, estando al corriente de los hechos que tuvo que vivir, al leer ahora su libro, estoy maravillado de esta para mí sorprendente prueba de sus facultades literarias y de la exhuberancia de su imaginación.

En el mejor sentido de la palabra, H. P. Blavatsky fue versátil (flexible y universal) hasta tal extremo que dudo que ningún autor contemporáneo ha superado. A uno le costaría creer que una misma mano haya escrito sus distintas obras, a no ser que como nosotros, hubiera pasado años, o al menos meses, en su compañía, hubiera escuchado sus conversaciones y acaso editado sus manuscritos. *Cuevas y Selvas del Indostán* es incluso, para sus más cercanos amigos, una revelación de recursos mentales en el campo de la imaginación creativa insospechados hasta ahora...»

Para los lectores no familiarizados con el ruso, quizás sea conveniente decir que el texto original de *Cuevas y Selvas* en el idioma natal de H. P. Blavatsky es de un alto valor literario y contiene numerosos pasajes de naturaleza descriptiva que, en cuanto a elegancia estilística, riqueza imaginativa y elevación poética del pensamiento, igualan las más finas producciones de los escritores rusos famosos. Si las consideramos sólo desde el punto de vista del estilo, sin tener en cuenta las ideas que se expresan, las narraciones de H. P. Blavatsky eran el material óptimo que buscaban Katkov y otros editores de la época, y que provocaba la admiración y el interés entre el público lector de su patria.

La Primera Parte fue publicada por la Casa Editorial Universitaria de Moscú en 1883, en un volumen separado. No parece que el texto haya sido recompuesto o alterado en ningún sentido, como lo evidencia la comparación de líneas. Sin embargo, las páginas han sido «encabezadas» y, debido a ello, el texto ha aumentado considerablemente, de modo que alcanza las 508 páginas. El título en ruso es: *Iz peshcher i debrey Indostana. Pisma na rodinu (Desde las Cuevas y Selvas del Indostán. Cartas a la Patria).*(1¹⁰)

¹⁰ *Indostán*, en inglés: *Hindustan* y en ruso: *Indostan*, es una palabra persa y se pronuncia *Hindustan* en persa moderno. Es la tierra de los indos. En persa medieval fue la palabra *Hindustan*

Otra edición, profusamente ilustrada, fue publicada en 1912 en San Petersburgo por Suvorin, el editor del *Novoye Vremya*, y consta de 438 páginas.

Antes de que la Primera Parte comenzara a aparecer bajo la forma de una serie de suplementos en el *Mensajero Ruso*, es decir, en mayo, junio y julio de 1881, H. P. Blavatsky publicó en ese periódico su narración titulada *El Durbar en Lahore*, que permaneció sin traducir y prácticamente desconocida hasta que fue publicada por fin en *The Theosophist*, agosto-diciembre 1960 y enero-marzo 1961.

La traducción inglesa definitiva está basada en una traducción aproximada y manuscrita de hace muchos años, hecha por Inga Sjöstedt. Ha sido contrastada palabra por palabra con el texto original ruso, repasada por el recopilador de las *Obras Completas* y completamente corregida por Irene R. Ponsonby. Se han hecho todos los esfuerzos para preservar, tanto como fue posible, el fluido estilo del original ruso de H. P. Blavatsky, sus agudezas y las muchas expresiones características que abundan en sus escritos.

BORIS DE ZIRKOFF,

Traductor y Compilador.

CAPITULO I

con o, pero en periodos posteriores se perdieron las distinciones entre *e* e *i*, y entre *o* y *u*. Las lenguas indas tomaron prestadas palabras persas en su forina medieval. La palabra *hindu* es *hindo* en persa medieval y corresponde a la palabra *hendava* en el antiguo *Avesta* (en sánscrito: *saindhava*), y es un habitante del río *Sindhu* o Indo. En el inglés moderno, la palabra *hindu* está muy aceptada. *Hindostan* con o es mucho más corriente que *Hindustan*, aunque esta forma también se usa. La palabra no es inda y ambos casos, con o y con u, son corrientes en la India hoy en día, pero la forma con o es claramente la exigida por la historia de la palabra y por la forma que adoptan otras palabras persas en la India.

palabra *hindí* tiene otra derivación, fonnada del persa *hind*, India (*hindú* en el *Avesta* y *Sindhu*, un río, el Indo, en sánscrito). *Hindí* significa «de o perieneciente a la India», mientras que *hindú* significa «persona de la religión hindú».

LLEGADA A BOMBAY - GHARIPUR O ELEFANTA - CERRO MALABAR
EL TEMPLO DE VALAKESHVARA - EL PUERTO DE BOMBAY
SOSPECHAS DE LOS INGLESES - CUERVOS BORRACHOS

A la caída de la tarde del 16 de febrero de 1879, después de un penoso viaje de treinta y dos días desde Liverpool, se oyeron sobre cubierta alegres exclamaciones. ¿Habéis visto el faro? ¡Allí está, por fin el faro de Bombay!

La baraja, la música, los libros, todo fue olvidado. Todos se precipitaron sobre cubierta. La Luna no había mostrado todavía su faz, y a pesar del estrellado cielo tropical, reinaba una completa oscuridad. Las estrellas brillaban de tal modo, que en un principio parecía casi imposible distinguir entre ellas, allá a lo lejos, un pequeño punto ígneo encendido por manos terrestres. Nos hacían guiños como otros tantos ojos enormes en el oscuro firmamento, en uno de cuyos lados brillaba la Cruz del Sur. Por fin distinguimos el faro en el distante horizonte. No era más que un diminuto destello luminoso, sumergiéndose en las fosforescentes olas. Los fatigados viajeros le saludaron con ardor. La alegría era general.

Sin embargo, no tuvimos apenas tiempo para observar el faro. Sonó la campana y en el salón principal las luces se apagaron. Eran las diez, y todos, pletóricos de ilusión por el siguiente día, se retiraron a sus respectivos camarotes. Pero casi nadie durmió aquella noche. Los viajeros se lanzaron a hacer sus equipajes para poder decir adiós lo más pronto posible a nuestra cuba repleta de agujeros por donde se llenaba de agua -aunque estuvo dignificada con el nombre de <transatlántico> por la Compañía de Liverpool- y para deshacerse de su borracho y rudo capitán que, dicho sea de paso, casi nos hundió además de prohibir a los pasajeros jugar las cartas o al ajedrez los domingos, o incluso distraernos con algo de música.

Así, a las cuatro de la mañana, todos los pasajeros, incluidas las damas, subieron a cubierta. La tan temprana aparición del sexo débil no fue prevista por el grupo de oficiales anglo-indos⁽¹¹⁾, para quienes la

¹¹ 1 Anglo-indo: anglosajón residente o nacido en las Indias Orientales; también una persona descendiente de europeos e indos. (N. del E.)

situación fue embarazosa. Varios valientes guerreros se duchaban, ayudados por marineros, con el agua de las bombas de cubierta, mientras sus camaradas, esperando turno, subían y bajaban vestidos a la usanza nacional de la India, es decir, sin ropa. Sin embargo, éste no era el primer viaje a la India que realizaban las ruborizadas damas. Ya habituadas, al parecer, a estas cambiantes circunstancias, mantuvieron el tipo, sobre todo, porque la única diferencia era el color de la piel y, además, el amanecer apenas había empezado...

¡Qué glorioso amanecer siguió a aquella oscura noche! El mar ya no hacía balancear nuestra nave. Bajo la hábil dirección del piloto que acababa de llegar vestido como un Hércules y cuya forma bronceada se destacaba vigorosamente en el pálido cielo, nuestro vapor, respirando ruidosamente con su enfrenada máquina, se deslizó derecho hacia el puerto sobre las aguas tranquilas y transparentes del océano Índico. Estábamos sólo a cuatro millas de Bombay y para nosotros, que habíamos tiritado de frío con una tormenta de nieve hacía solamente unas pocas semanas en el Golfo de Vizcaya, tan glorificado por los poetas y tan sinceramente maldecido por los marineros, todo lo que nos rodeaba nos parecía un sueño mágico...

Después de las noches tropicales del Mar Rojo y los abrasadores días que nos habían torturado desde Aden, nosotros, gente del distante Norte, experimentábamos ahora algo extraño e insólito, como si el mismo aire suave y fresco nos hubiese hechizado. No había una sola nube en el cielo, densamente tachonado de mortecinas estrellas... Incluso la claridad de la Luna, que hasta entonces había desplegado sobre el firmamento su plateado manto, se desvanecía gradualmente; y mientras más acentuaba su brillo la rosada aurora sobre la pequeña isla que se extendía ante nosotros al Oriente, tanto más palidecían al Occidente los desparramados rayos de la Luna que salpicaban de brillantes chispas de luz la oscura estela que nuestro barco dejaba tras de sí, como si la gloria de Occidente se estuviese despidiendo de nosotros, al mismo tiempo que la luz del Oriente daba la bienvenida a los recién llegados de lejanas tierras. Más y más brillante y azulado se tomaba el cielo, absorbiendo velozmente una tras otra las pálidas estrellas restantes; sentimos algo conmovedor en la dulce dignidad con que la Reina de la Noche resignaba sus derechos ante el poderoso usurpador. Descendiendo más y más, finalmente, desapareció por

completo. Y de súbito, casi sin intervalo entre la oscuridad y la luz, el ardiente y rojo globo, surgiendo en el lado opuesto como de debajo del cabo, apoyó su dorada barba en las rocas más bajas de la isla, pareciendo detenerse un momento como si nos examinase... Luego, con un esfuerzo potente, la antorcha del día se elevó sobre el mar y prosiguió gloriosamente su carrera, encerrando en un poderoso e ígneo abrazo las azules aguas de la bahía, la orilla y las islas con sus rocas y bosques de cocoteros... Sus rayos de oro cayeron sobre una multitud de parsis-guebros, sus adoradores fieles, que se hallaban en la orilla levantando sus brazos hacia el poderoso «Ojo de Ormuz». El espectáculo era tan imponente que todos sobre cubierta permanecimos silenciosos por un momento, y hasta un marinero de roja nariz, que estaba próximo a nosotros, ocupado con el cable, suspendió su tarea, y después de desahogar su garganta, saludó al Sol.

Marchando lenta y cuidadosamente por la encantadora, pero traicionera bahía, tuvimos tiempo suficiente para admirar el paisaje que se desplegaba a nuestra vista. A la derecha había un grupo de islas y a su cabeza Gharipur o Elefanta, con su antiguo templo. Gharipur, traducido, quiere decir «la ciudad de las cuevas», según los orientalistas, y «la ciudad de la purificación», según los sabios sanscritistas indígenas. Este templo, abierto por una mano desconocida en el corazón mismo de una roca que parece de pórfido, es una verdadera manzana de discordia para los arqueólogos, entre quienes no hay ninguno que haya podido hasta ahora fijar, ni siquiera aproximadamente, su antigüedad. Elefanta eleva en lo alto su frente rocosa, cubierta totalmente de cactus centenarios, y justo debajo, al pie de la roca, están excavados el templo principal y los dos laterales... Lo mismo que la serpiente Gorinich de nuestros cuentos de hadas rusos, parece abrir su fiera y oscura boca para tragar al atrevido mortal que viene a tomar posesión del misterioso secreto del Titán. Los dos dientes que le quedan, ennegrecidos por el tiempo, están formados por dos enormes columnas a la entrada, sosteniendo el paladar del monstruo...

¿Cuántas generaciones de indos, cuántas razas se han arrodillado en el polvo ante la Trimurti, tu triple deidad, ¡ oh, Elefanta!?... ¿Cuántos siglos empleó el débil hombre en ahondar en tu seno de piedra toda esta ciudad de templos y pagodas de mármol y en esculpir tus gigantescas estatuas? ¿Quién puede decirlo? Muchos años han pasado desde que te vi la última vez, antiguo y misterioso templo, y todavía los mismos pensamientos

inquietos, las mismas preguntas insistentes de entonces me atormentan ahora, permaneciendo siempre sin respuesta. Dentro de pocos días nos volveremos a ver. De nuevo volveré a mirar tu severa imagen, tus tres inmensas caras de granito de seis metros, y me sentiré tan desesperanzada como siempre de no poder penetrar en el misterio de tu ser... Este secreto cayó en buenas manos tres siglos antes del nuestro. No en vano, el viejo historiador portugués, Diego de Cuta, dice:

«La enorme piedra cuadrada, fija sobre el arco de la pagoda con una inscripción de grandes letras, habiendo sido arrancada y enviada como regalo al rey Juan III, desapareció *misteriosamente* con el transcurso del tiempo...

Cerca de esta gran pagoda había otra y más allá una tercera, la más maravillosa de todas en hermosura, increíble tamaño y riqueza de materiales. Todas estas pagodas y cuevas han sido construidas por los reyes de Kanada, el más importante de los cuales fue Bonazur, y nuestros soldados (portugueses) atacaron estas construcciones de Satanás con tal vehemencia, que en pocos años no quedó piedra sobre piedra...»

Y, lo peor de todo, no dejaron inscripciones que pudieran proporcionar la clave del enigma. Gracias al fanatismo de los soldados portugueses, la cronología de los templos excavados en la roca indos, tiene que permanecer por siempre en el misterio para el mundo arqueológico, comenzando por los brahmanes que dicen que Elefanta tiene trescientos setenta y cuatro mil años, y terminando por Fergusson que trata de probar que este templo fue excavado en el siglo X de nuestra Era¹²). Siempre que volvemos los ojos a la Historia, encontramos únicamente hipótesis y oscuridad. Y sin embargo, Gharipur está mencionado en el épico *Mahabharata*, que fue escrito antes del reinado de Ciro. Según Colebrooke y Wilson en otra antigua leyenda se dice que el templo de la Trimurti fue construido en Elefanta por los hijos de *Pandu* que tomaron parte en la guerra entre las dinastías del Sol y de la Luna, pertenecieron a la última, y fueron expulsados al final de la guerra. Los rajputs, que son los descendientes de los primeros, cantan todavía esta victoria, pero ni siquiera en sus cantos populares se encuentra nada explícito. Han

¹² I James Fergusson, *Illustrations of the Rock-cut Temples of India*, 1845.

pasado y pasarán siglos y el antiguo secreto morirá, siempre desconocido, en el seno rocoso de la Cueva.

Al lado izquierdo de la bahía, exactamente opuesto a Elefanta, y como en contraste con toda su antigüedad y grandeza, se levanta el Cerro Malabar, residencia de los europeos modernos e indígenas ricos. Sus bungalows, pintados de colores brillantes, se bañan en el verdor del baniano (higuera inda) y de otros árboles, y los troncos elevados y derechos de los cocoteros rodean con sus hojas toda la cumbre del montañoso cabo. Allí, en el extremo sudoeste, se ve la casa del Gobernador, casi transparente, a modo de un encaje, rodeada en tres lados por el océano. Ésta es la parte más fresca y confortable de Bombay, bañada por tres brisas distintas del mar.

Aquí se encuentra la residencia de sir Richard Temple, Gobernador y máxima autoridad de la Presidencia de Bombay^(1¹³). La bandera que ondea en un fino mástil, indica a sus leales y oponentes que Su Excelencia está «en casa». Esta localidad es tan bella como apropiada para el estimado barón, que sufre, dicho sea de paso, de una imaginación sobre excitada. Únicamente la brisa fresca le salva de un ataque constantemente temido por él, debido a su monomanía, y que consta de «espías rusos» e insidiosas «intrigas rusas».

La isla de Bombay, designada por los naturales como *Mumbai*, recibió su nombre de la Diosa *Mamba* en mahratti, *Mahima o Amba, Maha y Amma*, según el dialecto, palabra que significa literalmente la «Gran Madre». Hace apenas cien años, en el lugar donde actualmente se encuentra una explanada había un templo consagrado a *Mamba Devi*. Con grandes dificultades y gastos lo llevaron más cerca de la orilla, próximo al fuerte, y lo erigieron en frente del templo de *Maheshvara*, el «Señor de los Inocentes», uno de los nombres del Dios *Siva*. Bombay forma parte de un grupo considerable de islas, de las cuales las más notables son Salseta, unida a Bombay por su muelle; Elefanta -llamada así por los portugueses a causa de una enorme roca cortada en forma de elefante de cinco metros-,

¹³ 1 Pero, ¡ay! pocos meses más tarde, este severo Gobernador de los mahrattis, cuya conciencia está cargada con la muerte de un millón y medio de almas que por culpa de su estupidez, perecieron durante la última época de escasez de alimento, estaba atormentado por el deseo de hacerse miembro del Parlamento. Deshaciéndose de su cargo gubernamental, se precipitó a Inglaterra para las elecciones, donde recibió su merecida retribución. A la primera ocasión, el electorado le lanzó huevos podridos y le obligó a emprender la huida.

y Trombay, cuya hermosa roca se eleva trescientos quince metros sobre el nivel del mar.

Bombay parece en el mapa un enorme cangrejo de río situado a la cabeza de las demás islas. Extendiéndose a lo lejos en el mar sus dos garras, la isla de Bombay está como un guardián vigilante, velando por sus hermanos menores desvalidos... Entre ella y el continente hay un brazo estrecho de un río, que se ensancha gradualmente volviendo luego a estrecharse, dentando profundamente ambas orillas y formando así un puerto que no tiene igual en el mundo. No sin razón los portugueses, expulsados con el tiempo por los ingleses, la llamaban «Buoria Bahía».

En un arranque de entusiasmo turístico, algunos viajeros la han comparado a la bahía de Nápoles, pero lo que sí es cierto es que la una se parece a la otra tanto como un aristocrático *coolie* a un mísero *lazzaroni*; éstos sólo se parecen en su piel. En cuanto a las bahías, todo el parecido entre ambas es que en las dos hay agua. En Bombay, lo mismo que en la bahía, todo es original y en nada hace recordar la Europa meridional. Mirad esos barcos costeros y botes de pesca, unos y otros están contruidos a semejanza del ave marina *sat*, una especie de alción. Cuando están en movimiento, estos botes son, como el pájaro, la personificación de la gracia con sus largas proas y redondas popas. Parece como si se deslizaran hacia atrás, y se podrían tomar por alas las largas velas latinas de extraña forma, cuyos estrechos ángulos están sujetos a una vara de altura. Hinchadas estas dos alas por el viento, y flotando hasta casi tocar la superficie del agua, estos botes se deslizan con sorprendente velocidad. Al contrario de nuestros botes europeos, no cortan las olas sino que resbalan por encima de ellas como un verdadero alción.

Aquella mañana los alrededores de la bahía nos transportaron a una especie de tierra de hadas de las *Mil y Una Noches*. El lomo de los Ghates Occidentales, cortados aquí y allí por algunos cerros, se extendía a lo largo de la orilla oriental. Desde la base hasta su fantástica cima de roca, se hallaba cubierto de bosques y selvas impenetrables, habitados por animales salvajes. Cada roca ha sido enriquecida por la imaginación popular con una leyenda propia. En todo el declive de la montaña están esparcidas las pagodas, los minaretes y templos de innumerables cultos. Aquí y allá los ardientes rayos del Sol caen sobre alguna vieja fortaleza, en un tiempo formidable e inaccesible y ahora arruinada y cubierta de

espinosos cactus. A cada paso, recuerdos de santidad: aquí un profundo *vihara*, una cueva-celda de un santo *bhikshu* budista; allí una roca protegida por el símbolo de Siva; más allá un templo jaina o un estanque santo -cubierto totalmente de fango y lleno de agua, bendecida por un brahmán y capaz de purificar de todo pecado-elemento indispensable a toda pagoda.

Los alrededores están cubiertos con símbolos de Dioses y Diosas. Cada uno de los trescientos treinta millones de deidades del Panteón Hindú tiene su representación en algo que le está consagrado: una piedra, una flor, un árbol, un pájaro. En el lado occidental del Cerro Malabar, se asoma por entre los árboles *Valakeshavara*, el templo del «Señor de Arena». Una larga corriente de indos se mueve hacia este célebre templo, hombres y mujeres resplandecientes de anillos en los dedos de las manos y pies, con brazaletes desde las muñecas hasta los hombros, adornados con vistosos turbantes y níveas muselinas, con las frentes acabadas de pintar de rojo, amarillo y blanco, señales santas. La leyenda dice que *Rama* pasó allí una noche en su camino desde Ayodhya, en la región de Oudh, a Lanka (Ceilán) para buscar a su esposa Sita que había sido raptada por el perverso rey *Ravana*. El hermano de Rama, *Lakshmana*, cuyo deber era enviarle diariamente un nuevo lingam^(1⁴) desde Benarés, se atrasó en hacerlo una tarde. Perdiendo la paciencia, Rama erigió su lingam de arena. Cuando por fin llegó el símbolo de Benarés, fue puesto en el templo y el lingam erigido por Rama fue dejado en la orilla. Allí permaneció durante varios siglos, pero a la llegada de los portugueses, el «Señor de Arena» se sintió tan disgustado con los *feringhis* («extranjeros») que se lanzó al mar para nunca más volver.

Un poco más lejos hay un estanque encantador llamado *Banatirtha* o «la punta de la flecha». Allí Rama, el muy adorado héroe de los indos tuvo sed, y no encontrando agua, disparó una flecha, e inmediatamente fue creado un estanque. Sus aguas cristalinas estaban rodeadas por un alto muro; se construyeron escalones que conducían hasta ella, y un círculo de pagodas y estancias de mármol blanco para los brahmanes *dvija*^(2¹⁵).

¹⁴ 1 Simboliza que la Fuerza Creadora es divina. Es el símbolo no sólo de Siva sino el de todo «Creador».

¹⁵ 2 Literalmente, «Dos veces nacido». Se llamaba así a los brahmanes iniciados.

La India es la tierra de las leyendas y de los rincones misteriosos. No hay una ruina, ni un monumento ni una espesura que no tenga su correspondiente historia. Sin embargo, por más enredadas que se hallen en la telaraña de la imaginación popular, que a cada generación se hace más densa, es difícil señalar una sola que no esté fundada en hechos históricos. Con paciencia, y más aún, con el auxilio de los brahmanes instruidos, se puede llegar siempre a la verdad, una vez que uno se ha ganado su confianza y amistad. Naturalmente, los ingleses, con su altanería y orgullo demostrados ante la «raza conquistada», no lo creen así. Esta es la razón de por qué existe la misma diferencia entre la India *oficialmente reconocida* y (permítasenos llamarla así) la India subterránea, que la que hay entre la Rusia de las novelas de Dumas-père y la verdadera Rusia rusa.

El mismo camino conduce al templo de los parsis, zoroastrianos adoradores del fuego. En su altar arde un fuego inextinguible que consume diariamente quintales de madera de sándalo y hierbas aromáticas. Encendido hace trescientos años, el sagrado fuego no se ha extinguido desde entonces, a pesar de muchos desórdenes, discordias sectarias y hasta guerras. Los parsis están muy orgullosos de este templo de Zaratustra, como ellos llaman a Zoroastro. Comparadas con él, las pagodas indas parecen huevos de pascua brillantemente pintados. En general, las pagodas están consagradas a *Hanuman*, el Dios-mono y aliado fiel de Rama; al elefante denominado *Ganesa*, el Dios de la Sabiduría Oculta, o a uno de los Devas. Estos templos se encuentran en cada calle. Delante de cada uno de ellos hay una hilera de pipales (*ficus religiosa*) centenarios, que ningún templo puede dejar de tener, porque estos árboles son la mansión preferida de los espíritus elementales y las almas pecadoras. Todo esto está enredado, mezclado y esparcido, apareciendo a los ojos como las imágenes de un sueño.

Treinta siglos han dejado sus vestigios en estas islas. La pereza innata y las tendencias acentuadamente conservadoras de los indos mucho antes de la invasión de los europeos, han preservado toda clase de monumentos budistas, o de otro credo hostil a los brahmanes, de la venganza ruinosa de los fanáticos. Los indos no son por naturaleza dados a un vandalismo sin

sentido, y el frenólogo(1¹⁶) buscaría en vano la prominencia de la destructividad en sus cabezas. Si encontráis tantas antigüedades que al ser respetadas por el tiempo están, sin embargo, destruidas o desfiguradas, no es de ellos la culpa sino de los musulmanes, o de los portugueses bajo la dirección de los jesuitas.

La belleza de la bahía de Bombay no compensa lo primitivo de su puerto desde el punto de vista estratégico. Curiosamente, su debilidad, que sólo un especialista percibiría, es reconocida por los mismos ingleses. Y así lo declaran ante extranjeros, lo discuten en periódicos y llegan a quejarse de ello en sus «guías de viaje». Por ejemplo, en el *Handbook for Travellers in India* (año 1859) del capitán Eastwick, el autor ha incluido una larga disertación sobre el peligro que amenaza a Inglaterra en el caso de una invasión enemiga de Bombay desde el mar. Este defecto desde hace tiempo constatado, impide dormir a los codiciosos potentados del país.

¿Será posible que lo que les sucedió a los portugueses por mano del almirante mogol Yakub Kan Sidi, que en 1690 tomó en pocas horas la fortaleza de Bombay, pueda repetirse en 1880? Esta gran nación *inconquistable*, con más de mil cañones en el bastión del Almirantazgo, en el Mandavi Bandar y en otras baterías, ¿debe temer una invasión? A juzgar por las declaraciones de sus propios hijos, y por su política, no solamente están preocupados sino, además, están en permanente temor. «Dime de qué hablas y te diré lo que te preocupa». Una no puede menos que suponer que este pincho está profundamente clavado en «la pata del león británico». Apenas Liverpool se encontró a cien millas detrás de nosotros, fuimos iniciados durante la cena en todos los problemas que presenta el puerto de Bombay. ¡Escuchen lo que decían!:

«Nuestro fuerte -nos explicaba el Capitán- puede que sea suficientemente resistente en el lado del continente, pero por el mar no está muy bien. Es difícil imaginarse algo más vulnerable... La parte estrecha de la bahía es más molesta para el enemigo que la salida. En cuanto al castillo de San Jorge, construido por los portugueses, recuerda los castillos planos, de una sola pared, de los teatros; carece incluso de un parapeto decente. El

¹⁶ 1 La Frenología es una doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo. El examen de estos relieves permitiría reconocer el carácter y aptitudes de la persona. (N. del E.)

mismo fuerte (en la parte comercial de la ciudad) ni siquiera está protegido por una muralla. Por otra parte, se encuentra cercado por la propia playa y las viejas factorías y comercios semipodridos, y un montón de miserables almacenes y casas particulares... Al primer cañonazo, nuestro famoso fuerte temblará como una casa de naipes, etc.»

Veamos ahora el *Manual* y lo que Eastwick, que dedica su obra a su hermano, capitán del ejército de Bombay, dice:

«Si nuestro desgraciado fuerte tuviera alguna vez que defenderse, el enemigo no necesitaría prestarle mucha atención. Únicamente tendría que cercar la isla y, sin entrar al puerto, desembarcar tropas en el lado Norte, completamente desprotegido. Sólo durante el Monzón (época de lluvias) la bahía posterior es peligrosa, debido a sus tormentas y, especialmente, a los arrecifes subacuáticos que apretadamente rodean al faro de Prong. Durante los ocho meses restantes las barcas pueden anclar en la bahía sin ningún peligro.»

¿Sincero, verdad? Por eso, la malevolente observación de un conocido escritor anglo-indo, recordándonos que en caso de guerra o invasión «la Back Bay (bahía posterior) sería una tentación atractiva a la vez que peligrosa y temeraria», ha perdido todo significado. Según el *Manual* de Eastwick, este peligro existe sólo durante los cuatro meses de los monzones, el resto del año... ¡cualquiera es bienvenido!

Y aun así, al tiempo que describen tan detalladamente sus puntos flojos, los anglo-indos ven en todo turista inocente de otros países... un espía. Una artista rusa, la pianista Olga Duboin, estuvo aquí hace dos años y decidió realizar una gira por la India; veinte agentes de la policía secreta la siguieron en todo momento y lugar. Un pintor alemán, Horacio van Ruith, nacido en San Petersburgo, pero que apenas habla ruso, vino aquí a estudiar los caracteres nacionales del Indostán. Los espías se vistieron adecuadamente y se le ofrecieron como modelos. Un grupo llegó, compuesto de un coronel norteamericano -un genuino yankee-, dos ingleses de Londres -patriotas exaltados, aunque liberales- y una ciudadana norteamericana, *rusa* de nacimiento, ¡y vean cómo la nacionalidad de la última, alerta al cuerpo policial entero! Sería inútil tratar de demostrar que estos turistas están ocupados únicamente con la especulación metafísica acerca de mundos desconocidos y que no sólo no

están interesados en la política de esta mansión terrestre sino que su compañera de viaje rusa no sabe absolutamente nada de este tema. «Desde hace mucho tiempo, la astucia rusa es proverbial», se le dice. «Mediante la guerra de Afganistán hemos cortado la ruta rusa de los Himalayas y, por eso, ella lo está intentando desde otro ángulo... Ha logrado la amistad de los chinos y los empuja a avanzar sobre la India por Ragún... Por esta simple razón tenemos que tomar posesión de Birmania..»⁽¹⁷⁾ Temen a los chinos, con sus cacharros de barro llenos de malolientes líquidos. ¡Bien, que actúen como les plazca! Al menos tienen una excusa para ello. ¿Pero, por qué decir tonterías de Rusia?

Esta característica nacional inglesa de exclamar: «¡Socorro, que nos matan!» cuando a nadie se le ocurre ni tocarlos, es molesta. Se ha extendido especialmente durante el gobierno de Beaconsfield. Pero si esa actitud ya es notable en Inglaterra, ¿cómo es que es todavía mayor en la India? Aquí, la desconfianza se ha convertido en una monomanía. Los anglo-indos ven espías rusos incluso dentro de sus propios zapatos y esto les lleva a la locura.

-Dígame –pregunta un coronel americano al jefe de la policía en una provincia del noroeste¿piensa usted que se puede repetir la sublevación de los cipayos de 1857? ¿Están los indos pacificados?

-¡Bah!... Temer semejante sublevación tendría tanto sentido como temer que la Luna cayera sobre nuestras cabezas, es la orgullosa respuesta.

Y, sin embargo, el mismo oficial nos explica durante la comida la superioridad de la organización policial en su provincia; ningún indio llega a la ciudad desde un pueblo, sin que en menos de una hora el hecho sea conocido por la policía secreta. Vigilan toda llegada nueva desde una provincia a otra, aunque se trate de ingleses. No sólo han retirado todas las armas de la gente sino incluso todos los cuchillos y hachas. El labrador apenas puede talar un árbol o protegerse de un tigre. Pero los ingleses

¹⁷ Por esto, el Embajador birmano, enviado en el verano de 1882 a Simia para dialogar y firmar un nuevo tratado, volvió con las manos vacías. Todos los Periódicos se levantaron contra las «impúdicas» demandas de Birmania, y la impudicia consistía en que Birmania exigía negociar directamente con el Gabinete inglés, en lugar de hacerlo por mediación del gobernador de Calcuta, y el cese del derecho de la oficialidad anglo-inda a tratar al rey de Birmania, que era súbdito de la reina, como un simple coolie. (Nota posterior de la Autora)

siguen temerosos. Es cierto que ellos son solamente 60 000 sobre una población nativa de 245 000 000. Y sus métodos, que copiaron de los domadores de animales, duran sólo hasta que el animal percibe que también su domador tiene miedo... ¡Entonces llegó su hora! De cualquier modo, semejante manifestación de miedo crónico, sólo demuestra la propia debilidad.

Por fin anclamos, y en un momento fuimos sitiados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindúes -semejantes a esqueletos-, parsis, mogoles y otras tribus. Toda esta muchedumbre surgió como del fondo del mar y comenzó a gritar, a charlar y a aullar, del modo en que sólo pueden hacerlo las tribus de Asia. Para libramos de esta confusión de lenguas de Babel lo antes posible, nos refugiamos en el bote más cercano y marchamos a tierra.

Una vez instalados en el bungalow preparado para nosotros, la primera cosa que nos chocó en Bombay fue los millones de cuervos y buitres. Los primeros son, por decirlo así, los basureros de la ciudad, y matar uno de ellos, no sólo está prohibido por la policía sino que sería muy peligroso. Pues por matar uno se despertaría la venganza de cada hindú, que está presto a ofrecer su propia vida a cambio de la de un cuervo. Las almas de los antepasados pecadores transmigran a los cuervos y el matar uno es intervenir en la Ley del Karma y exponer al pobre antecesor a algo aún peor. Tal es la firme creencia, no sólo de los hindúes sino de los parsis, hasta de los más instruidos de entre ellos. La conducta extraña de los cuervos indos explica, hasta cierto punto, esa superstición. Los buitres son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis supersticiosos, y están bajo la protección personal del ángel de la muerte, Farvandin, que se cierne sobre la Torre del Silencio, vigilando las ocupaciones de los emplumados obreros. El graznido ensordecedor de los cuervos que no cesa ni de noche, asombra a todo recién llegado por lo tétrico, pero al cabo de un rato se lo explica muy sencillamente. Cada árbol de los numerosos bosques de cocoteros que rodean a Bombay es arrendado por el Gobierno; y se le cuelga una calabaza hueca. La savia del árbol gotea en ella, y después de fermentar, se convierte en un brebaje altamente embriagador, conocido en Bombay con el nombre de *toddy*. Los desnudos *toddy wallahs*, generalmente portugueses mestizos, modestamente adornados con sólo un collar de corales, cogen este brebaje dos veces al día, trepando como ardillas por troncos de cincuenta metros de altura. Los cuervos,

construyen sus nidos en los cocoteros y beben incesantemente en las abiertas calabazas. El resultado de esto es la borrachera crónica de estos ruidosos pájaros. Cuando salimos al jardín de nuestra nueva habitación, multitud de cuervos descendieron pesadamente y con gran alboroto de los árboles. Saltando sobre una pata, las aves nos rodearon. Parecía que había algo positivamente humano en las astutas posturas de las inclinadas cabezas de aquellas aves borrachas, y una diabólica luz brillaba en sus ojos mientras nos examinaban de pies a cabeza...

CAPITULO II

CARÁCTER ÚNICO DE LA INDIA - VIAJES DE ATANASIO NIKITIN

EL SVAMI DAYANANDA SARASVATI, SU CARÁCTER Y SU OBRA

BADRINATH Y SU MISTERIO - LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD

TEOSÓFICA - LA ALIANZA CON LA ARYA SAMAJ - LA POSIBLE RUPTURA

CON DAYANANDA – LA TORRE DEL SILENCIO DE LOS PARSIS
RITOS FUNERARIOS DE LOS PARSIS - LOS JAINAS Y SUS CREENCIAS

EL PINJRAPOL

Ocupábamos tres pequeños bungalows, perdidos como nidos en el jardín; sus techos literalmente enterrados en rosas que florecían en arbustos de unos cinco metros de alto y sus ventanas cubiertas sólo con muselina blanca en lugar de los comunes cristales. Los bungalows estaban situados en la parte autóctona de la ciudad, así pues, habíamos sido transportados desde el primer momento a la verdadera India. Vivíamos *en* la India, al contrario de los ingleses, que sólo están *rodeados* por la india a cierta distancia. Podíamos estudiar su carácter y costumbres, su religión, supersticiones y ritos, aprender sus leyendas y en una palabra, vivir entre

indos, un ambiente mágico, inaccesible a los ingleses tanto por el prejuicio centenario de los nativos como por la altanería innata de la raza anglosajona.

Todo en la India, en esta tierra del elefante y de la venenosa cobra, del tigre y del fracasado misionero inglés, es original y extraño. Todo parece extraordinario, inesperado y sorprendente hasta para el que ha viajado por Turquía, Egipto, Damasco y Palestina. En estas regiones tropicales las condiciones de la Naturaleza son tan diversas que todas las formas de los reinos vegetal y animal deben diferir de aquello a lo que estamos acostumbrados en Europa. Mirad, por ejemplo, esas mujeres en su camino hacia un pozo a través de un jardín, que es particular y al mismo tiempo franco para todos, porque las vacas de alguien pacen en él, ¿qué tiene de extraño encontrarse con mujeres, ver vacas y admirar un jardín? Sin duda alguna, esto es de lo más común. Pero una sola mirada atenta bastará para demostrar la enorme diferencia que existe entre los mismos objetos en Europa y en la India.

Nunca siente el ser humano su insignificante debilidad como cuando se encuentra ante la magnificencia de la Naturaleza tropical. Los troncos de los cocoteros, rectos como flechas, superan a veces los sesenta metros. Estos príncipes del reino vegetal -como los llama Lindley- coronados por un penacho de largas ramas, son las nodrizas y benefactoras del pobre, le proporcionan alimento, vestimenta y techumbre. Nuestros más altos árboles parecen enanos comparados con los banianos, cocoteros y otras palmeras. Una vaca europea, tomando a primera vista a su hermana india por una ternera, negaría la existencia de todo parentesco entre ellas, porque ni el pelo color ratón, ni los cuernos rectos y parecidos a los del macho cabrío en su encorvadura hacia atrás, ni la abultada giba de ésta que recuerda la del búfalo americano, aunque sin la crin de éste, le permitirían cometer semejante error. En cuanto a las mujeres, cualquiera de ellas hubiera entusiasmado a un artista por la gracia de sus movimientos y por su ropaje; pero, sin embargo, ninguna sonrosada y regordeta Ana Ivanovna condescendería en saludar a las bellezas del Indostán. ¡Qué vergüenza, Dios mío, la mujer está completamente desnuda!

Esta opinión de la mujer rusa moderna, no es sino el eco de lo que dijo en 1470 un distinguido viajero ruso, <el pecador esclavo de Dios, Atanasio,

hijo de Nikita de Tver». Habiendo realizado su «pecaminoso viaje» por tres mares -Mar de Derbent, Mar de la India y Mar Negro-, Atanasio Nikitin llegó a Chauld(1¹⁸) -Chevil, como él la llama-. He aquí cómo describe la India:

«Esta es la tierra de la india. Sus habitantes están desnudos, no se cubren la cabeza ni tampoco sus pechos, llevan el pelo trenzado y la barriga hinchada. Las mujeres tienen hijos todos los años. Los niños son numerosos. Los hombres y mujeres son negros. cuando salgo, mucha gente me sigue y admiran al hombre blanco.

Su príncipe (*Kniaz*) lleva una tela de seda (*fata*) alrededor de la cabeza y otra en la cintura; los nobles (*boyardos*) la llevan en los hombros y en la cintura, las princesas (*Kniagini*) también lo llevan sobre los hombros y la cintura. Y los sirvientes del príncipe y de los nobles atan al *fata* alrededor de la cintura llevando en la **mano escudo** y espada, una cimitarra, cuchillos, sable o arco y flechas, pero siempre desnudos y descalzos. Las mujeres andan con la cabeza descubierta y **desnudo** el pecho. Los niños, muchachas y muchachos, nunca cubren sus órganos genitales, hasta que tienen siete años no ocultan sus vergüenzas ... »(1)¹⁹

Esta descripción es bastante exacta pero en cuanto a la *desnudez* de la gente, nuestro Atanasio, hijo de Nikita, tiene razón sólo en lo que se refiere a las clases más pobres e inferiores. Éstas realmente «andan» cubiertas nada más que con un paño, que muchas veces es tan humilde, que en realidad no es más que un andrajo. Pero, no obstante, hasta la mujer más pobre se viste con un trozo de muselina de por lo menos, ochenta centímetros de largo. Un extremo sirve como una especie de enagua corta y el otro cubre la cabeza y los pechos cuando están en la calle, aunque llevan siempre la cara descubierta. El pelo se lo arreglan en una especie de moño griego. Las piernas hasta las rodillas, los brazos y el talle nunca están cubiertos. No hay ni una sola mujer respetable que consienta en ponerse un par de zapatos. Los zapatos son el atributo y prerrogativa de las mujeres desacreditadas. En el sur de la India, por el contrario, el calzado

¹⁸ A unos 50 kilómetros de Bombay, Chauld era una ciudad rica y próspera en los días de los portugueses.

¹⁹ 1 Faltando el original, la cita es de una traducción inglesa del conde Wielhorsky en *India in the Fifteenth Century*. Editado por R- H. Major, Londres, 1857.

es exclusivo de las esposas e hijas de los brahmanes. Cuando hace algún tiempo, la esposa del gobernador de Madrás, bajo la influencia de los misioneros, propuso decretar una ley obligando a las mujeres del país a cubrirse el pecho, hubo un gran peligro de revolución. Ninguna mujer consintió en ésto porque cubrirse la parte superior era propio únicamente de las bailarinas públicas. Para gran consternación de los misioneros y las damas nobles, el proyecto se fue al traste. El Gobierno reconoció que no sería razonable irritar a las mujeres, que muchas veces son más peligrosas que sus maridos y hermanos, y la costumbre, basada en una *Ley de Manú*, y santificada por una observancia de tres mil años, permaneció inmutable.

Durante más de dos años, antes de que dejáramos América, estuvimos en constante correspondencia con cierto sabio brahmán, cuya gloria es muy grande actualmente (1879) en toda la India. Vinimos a la india, el antiguo país de los arios, a estudiar bajo su dirección los *Vedas* y su difícil lenguaje. Su nombre es *svami*(²⁰)

Dayananda Sarasvati. Este *pandita*(²¹) es considerado el más grande de los sanscritistas de la India, y es un completo enigma para todo el mundo. Sólo hace cinco años que apareció en la arena de las grandes reformas, pero hasta entonces había vivido completamente aislado en una selva, como los antiguos gimnosofistas mencionados por los autores griegos y latinos. En este tiempo estaba estudiando los principales sistemas filosóficos de la *Aryavarta* y el significado de los *Vedas* con la ayuda de místicos y anacoretas.(²²)

Desde el primer día de su aparición, Dayananda Sarasvati produjo una impresión inmensa y adquirió el sobrenombre de «el Lutero de la India».

²⁰ 2 *Svami* es el nombre de los sabios anacoretas iniciados en muchos misterios impenetrables para el común de los mortales. Son monjes, jamás se casan, y son muy diferentes de otras fraternidades mendicantes, como las llamadas *Sannyasin* y *Gossain*.

²¹ Sabio, doctor. (N. del E.)

²² 2 Los indos creen que en las montañas Badrinath (6160 m. sobre el nivel del mar) existen cuevas espaciosas, habitadas desde hace ya muchos miles de años por estos anacoretas. Badrinath está situado al norte del Indostán, en el río Bishanganga, y es célebre por su templo de Visnú, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales minerales calientes, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van a purificarse en ellos.

Vagando de una a otra ciudad, hoy en el norte mañana en el sur, y viajando desde un extremo a otro del país, con rapidez increíble, ha visitado toda la India, desde el Cabo Comorin a los Himalayas, y desde Calcuta a Bombay. Predica la Deidad Una, y «*Vedas* en mano», prueba que en las antiguas escrituras no hay una sola palabra que pueda justificar el politeísmo. Lanzando rayos y truenos contra la idolatría, el gran orador lucha con todo su poder contra las castas, el casamiento de los niños y las supersticiones. Castigando todos los males incrustados en la India por siglos de casuística y falsa interpretación de los *Vedas*, culpa de todo ello a los brahmanes que, como él abiertamente dice ante masas de gente, son los únicos culpables de la humillación de su país, en un tiempo grande e independiente, y ahora caído y esclavizado. Y sin embargo, Gran Bretaña, tiene en él, no un enemigo sino más bien un aliado. Él no empuja al pueblo a revelarse, más bien al contrario, él dice abiertamente: «Si expulsáis a los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo el que se levante contra el culto de los ídolos brahmánicos y los males del despotismo musulmán, seremos degollados como simples cameros. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras, pero éstos son más fuertes que nosotros.» Y sin embargo, los ingleses tienen tan poca conciencia de sus propios intereses, que cuando hace dos años la gente de Poona se dividió en dos bandos: reformadores e idólatras conservadores, y los primeros presentaron triunfantemente a su orador sobre un elefante, mientras los últimos le lanzaban piedras y barro, los ingleses expulsaron a Dayananda, en vez de defenderle, y le prohibieron volver.

El pandita ha sostenido muchas animadas disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, y siempre ha salido victorioso. En Benarés reclutaron asesinos para matarle, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala donde trató al fetichismo con extraordinaria severidad, un fanático arrojó sobre sus desnudos pies una enorme cobra cuya mordedura causa la muerte en tres minutos, y contra la cual la medicina no tiene actualmente ningún antídoto. Así, el adorador de Siva, completamente seguro de que su cobra, ejercitada a propósito para los misterios de una pagoda sivaíta, daría prontamente fin a la vida del culpable, exclamó triunfalmente: ¡Qué el mismo dios *Vasuki*(²³)

²³ 1 *Vasuki* es la serpiente que rodea el cuello de Siva en las representaciones, y está deificada en la mitología brahmánica, al igual que la serpiente *Ananta*, en la que descansa el dios Visnú. A finales de julio, cuando se celebra el festival de *Nagas* o «de las serpientes», se colocan cazos con leche en todas las plazas y calles y cientos de serpientes son llevadas por los conjuradores

demuestre quién de nosotros tiene razón! Dayananda sacudió de sí la cobra que se enroscaba en su pierna y con un único movimiento vigoroso aplastó la cabeza del reptil.

-Que lo haga -dijo tranquilamente-. Vuestro Dios ha sido demasiado lento. Yo soy quien ha decidido la disputa. Ahora marcháos -añadió dirigiéndose a la multitud- y decid a todos cuán fácilmente perecen los falsos dioses.

Gracias a su gran conocimiento del sánscrito, el pandita hace un servicio muy grande no sólo a las masas, aclarando su ignorancia acerca del monoteísmo de los *Vedas* sino también a la ciencia, demostrando con exactitud quiénes son los brahmanes, la única casta de la India que durante siglos ha tenido el derecho de estudiar la literatura sánscrita y comentar los *Vedas*, y *que* ha usado este derecho tan solo para su propio engrandecimiento.

Mucho antes de los orientalistas como Bumouf, Colebrooke y Max Müller, ha habido en la india muchos reformadores que han tratado de probar el monoteísmo puro de las doctrinas védicas. Ha habido fundadores de nuevas religiones que han negado las revelaciones de estas escrituras, por ejemplo, el rajá Ram Mohum Roy, y después de él, babú Keshub Chunder Sen(1²⁴), ambos bengalíes de Calcuta. Pero ninguno de ellos tuvo gran éxito. No hicieron nada más que añadir nuevas denominaciones a las innumerables sectas que existen en la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber hecho casi nada y Keshub Chunder Sen, después de fundar la comunidad de «Brahma Sarnaj», que profesa una religión extraída de las profundidades de la propia imaginación del babú, se hizo un místico del tipo más abstruso, y actualmente es tan solo <una cereza del mismo huerlo> como decimos en Rusia, lo mismo que los espiritistas, por quienes está considerado como un médium y como el Swedenborg de Calcuta.

profesionales a varias ciudades y pueblos. Ese día, la India alimenta a sus «dioses» serpentinosa y los europeos temen salir de sus casas.

²⁴ Actualmente, este último parece haber perdido el juicio y haberse convertido en una especie de derviche bailador. Se sienta en un estanque sucio, canta alabanzas a *Chaitanya*, al *Corán* y a *Buda*, y se autoproclama profeta; con sus seguidores ejecuta una danza mística, vestido de mujer, en ofrenda a una «diosa mujer» que llama «madre, padre y hermano mayor».

Resumiendo, todo cuanto se ha hecho para volver a establecer el monoteísmo primitivo puro de la India aria ha sido un fracaso. Siempre ha naufragado sobre la doble roca del Brahmanismo y de antiguos prejuicios de muchos siglos de existencia. Pero, he aquí que aparece inesperadamente el pandita Dayananda. Nadie, ni aún el más querido de sus discípulos, sabe quién es ni de dónde viene. Él confiesa ante las multitudes, que el nombre bajo el cual es conocido, no es suyo sino que le fue dado en la iniciación como yogui⁽²⁵⁾. En todo caso, es perfectamente cierto que la India no ha visto nunca un sabio sanscritista más instruido, un metafísico más profundo, un orador más maravilloso, ni nadie que denunciará más osadamente todos los males que Dayananda, desde los tiempos de Sankharacharya, el célebre fundador de la filosofía *Vedanta*, que es el más metafísico de todos los sistemas indos: en una palabra, la corona de la enseñanza panteísta. Por otra parte, la apariencia personal de Dayananda es sorprendente. Es enormemente alto, de tez pálida, más europea que inda, ojos grandes y brillantes, y pelo canoso largo⁽¹⁾. ²⁶Su voz es clara y sonora, muy propia para expresar los menores matices del sentimiento profundo, desde el dulce murrullo femenino acariciador, hasta la tonante ira contra las malas obras y falsedades de los sacerdotes. Todo esto considerado en conjunto, produce un efecto irresistible en el impresionable y meditativo indo.

Donde quiera que Dayananda se presenta, las multitudes se postran en el polvo sobre sus huellas; pero a diferencia de babú Keshub Chunder Sen, no les enseña una nueva religión, ni inventa dogmas nuevos. Sólo les pide que vuelvan a sus medio olvidados estudios sánseritos y que, comparando las doctrinas de sus antepasados los indo-arios con lo que aquéllas han llegado a ser en manos de los brahmanes, vuelvan a las puras

²⁵ 2 La escuela mística de yoguis fue establecida por Patañjali, el fundador de uno de los seis sistemas filosóficos de la India antigua. Se supone que los neoplatónicos de la segunda y tercera Escuelas Alejandrinas, fueron seguidores de los yoguis indos, y en especial su teurgia fue llevada de la India por Pitágoras, según la tradición. Existen todavía en la India cientos de yoguis que siguen el sistema de Patañjali y que aseguran estar en comunión con *Brahman*. Sin embargo, la mayor parte de ellos son unos vagos, mendicantes «de profesión» y grandes embaucadores, merced al insaciable deseo de milagros de los indígenas. Los verdaderos yoguis evitan aparecer en público y pasan su vida reclusos y en estudio, excepto cuando se presentan en las épocas en que son necesarios, como sucedió con Dayananda, para auxiliar a su país.

²⁶ 1 Los yoguis y *dikshitas* («Iniciados») no se cortan nunca el pelo ni la **barba**.

concepciones de lo Divino enseñadas por los primitivos *Rishis*(²⁷), *Agni*, *Vayu*, *Aditya* y *Angiras*(³²⁸). No pretende siquiera que los *Vedas* sean una revelación del cielo, sino simplemente enseña que <cada palabra de estas escrituras pertenece a la inspiración más elevada que sea *dable* al hombre de la Tierra, una inspiración que está repetida en la Historia de la Humanidad y que, cuando es necesario, puede presentarse en cualquier nación ... ».

Durante los últimos cinco años de labor, svami Dayananda hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las castas elevadas. A juzgar por las apariencias, todos están prestos a sacrificar por él sus vidas, sus almas y hasta sus bienes terrenales, que muchas veces les son más preciosos que sus vidas. Pero Dayananda es un verdadero yogui, nunca toca dinero y desprecia los asuntos pecuniarios. Se contenta con unos puñados de arroz al día. Uno se siente inclinado a creer que este indo maravilloso lleva una vida encantada, a la vista de su despreocupación ante las peores pasiones humanas que despierta en sus enemigos y que tan peligrosos son en la India. Una estatua de mármol no permanecería menos impasible que él ante los mayores peligros. Una vez tuvimos ocasión de verle en ejercicio. Despidió a todos sus fieles panidarios, prohibiéndoles que velasen por él y que le defendiesen, y se encontró solo frente a la multitud furiosa, mirando tranquilo al monstruo dispuesto a lanzarse sobre él y hacerle pedazos... Hace dos años empezó a traducir los *Vedas*, con sus propios comentarios totalmente nuevos, del sánscrito al *hindí*, el dialecto más extendido aquí. *Su Veda Bhashya*(²⁹) es una fuente inagotable para los discípulos de Max Müller, a través de las traducciones de este sanscritista alemán que mantiene una constante correspondencia y consulta con Dayananda. Monier Williams, profesor de Oxford y otra

²⁷ 2 Maestros o Iluminados. La literatura védica emplea este término para designar aquellos personajes por medio de los cuales fueron revelados los diversos mantrams. (N. del E.)

²⁸ 3 Según la tradición, estos cuatro Patriarcas fueron los primeros en dar los cuatro libros de los *Vedas* a la Humanidad.

²⁹ 1 Editado y publicado mensualmente en Bombay; sus fondos de suscripción subvencionan a las escuelas y bibliotecas de la *Arya Sama*; de Bombay, que significa «sociedad» o, mejor, «fraternidad aria». El pandita Dayananda ha organizado hasta ahora más de sesenta de estas escuelas y bibliotecas en toda la India; se mantienen por sus propios medios y el sánscrito es obligatorio en ellas.

luminaria del Orientalismo, también tiene una gran deuda con Dayananda, al que conoció, junto con sus discípulos, cuando visitó la India.⁽¹⁾³⁰

Sobre este punto es indispensable una breve explicación.

Hace unos pocos años se formó en Nueva York una sociedad de personas instruidas, enérgicas y decididas. Cierta sabio, de agudo ingenio, la llamó *La Société des Malcontents du Spiritisme*^(3³¹). Los fundadores de esta asociación eran gentes, que creyendo en los fenómenos del Espiritismo del mismo modo que creían en la posibilidad de todos los demás fenómenos de la Naturaleza, negaban, sin embargo, la teoría de los «espíritus». Consideraban que la moderna psicología era una ciencia que se hallaba aún en los primeros grados de desenvolvimiento, ignorando totalmente la naturaleza del «hombre espiritual» y negando, como hacen otras muchas ciencias, todo lo que no puede ser explicado con arreglo a sus propias teorías particulares.

Desde los primeros días de la existencia de la Sociedad, la cual se dio a conocer como la Sociedad Teosófica, algunos de los más instruidos norteamericanos se unieron a ella. Sus miembros diferían en muchos puntos, del mismo modo que difieren los individuos de cualquier otra sociedad geográfica o arqueológica, entablando luchas durante años por las fuentes del Nilo o por los jeroglíficos de Egipto. Aunque los primeros, por ejemplo, estén unánimemente de acuerdo en que mientras haya agua en el Nilo, y las pirámides existan, deberá existir en algún lugar la fuente de esas aguas y una clave para los jeroglíficos. Lo mismo sucede con los fenómenos del *Espiritismo* y *Magnetismo*. Estos fenómenos esperaban todavía la llegada de su Champollion, pero la Piedra de Rosetta no había que buscarla ni en Europa ni en América sino en los lejanos países en los que todavía se cree en la magia, donde los sacerdotes indígenas ejecutan «milagros» (en los cuales la Sociedad no creía) y donde el frío materialismo de la ciencia no ha llegado aún, en una palabra, en Oriente.

³⁰ 2 Durante su estancia de dos años en la India, Monier Williams buscaba un ayudante para sus traducciones del sánscrito. Para tal fin, contactó con el mejor de los discípulos de Dayananda, el joven pandita Shamji Krisnavarma. Este joven hindú fue recientemente a Oxford con el fin de conseguir los laureles para el docto sanscritista inglés y ahora es una celebridad en Oxford. En dos años dominó el latín y el griego y aprobó un examen muy duro, dejando muy atrás a los jóvenes lores. Los periódicos ingleses lo nombran a menudo.

³¹ 3 *Sociedad de los Descontentos con el Espiritismo.* (N. del E.)

El Consejo de la Sociedad sabía que los lamas budistas, por ejemplo, aunque no creían en Dios y negaban la inmortalidad personal del alma humana, son, sin embargo, célebres por sus «feriónienos» y que el magnetismo era conocido y practicado diariamente en China, desde tiempo inmemorial, bajo el nombre de *Yin y Yan*. En la India temen y odian el nombre mismo de los espíritus a quienes los espiritistas tan profundamente veneran; sin embargo, muchos faquires ignorantes pueden ejecutar «milagros», capaces de trastornar por completo todas las nociones del hombre científico y para crear la desesperación de los más famosos prestidigitadores europeos. Muchos miembros de la Sociedad han visitado la India, muchos han nacido allí y han presenciado ellos mismos la «magia» de los brahmanes.

Los fundadores de la Sociedad, conociendo bien la profunda ignorancia moderna respecto al aspecto espiritual del hombre, estaban deseosos de que el Método de Anatomía Comparada de Cuvier adquiriese derechos de ciudadanía entre los metafísicos y progresase así desde las regiones *físicas* a las regiones *psicológicas*, con sus propios fundamentos inductivos y deductivos. De otro modo -decían- la psicología no podrá dar un paso adelante, y puede hasta entorpecer cualquier otra rama de la Historia Natural. No han faltado ejemplos de que la Fisiología haya cazado furtivamente en las regiones del conocimiento puramente metafísico y abstracto, fingiendo al mismo tiempo ignorar por completo este último, y tratando de clasificar la psicología entre las ciencias positivas, después de haberla atado primeramente a un *Lecho de Procusto*.

En poco tiempo la Sociedad Teosófica contaba sus miembros, no por cientos, sino por miles. Todos los «descontentos» del espiritismo americano -y en esos días había doce millones de espiritistas en América- entraron en la Sociedad. Formáronse ramas colaterales en Londres^(1³²), Corfú, Australia, España, Cuba, California, etc. En todas partes se hacían experimentos, generalizándose la creencia de *que los fenómenos no eran solamente causados por los espíritus*.

³² En la Sociedad Teosófica de Londres hay al menos siete miembros de la Sociedad Real, entre cientos de otras personas bien conocidas en los campos de la ciencia y de la literatura. A sus nombres, junto con el F.R.S. (*Fellow of the Royal Society*), colocan su F.T.S. (*Fellow of the Theosophical Society*). El Presidente de la Sociedad en Londres es el hijo de un miembro notable del Parlamento, mientras el Presidente de la «Sociedad Teosófica Ecléctica» de Simla es el último Secretario de la India, A. O. Hume.

Con el tiempo se formaron ramas de la Sociedad en la india y en Ceilán.^(2³³) Los miembros budistas y brahmanes llegaron a ser más numerosos que los europeos. Se forjó una liga y después se le añadió al nombre de la Sociedad el subtítulo de «La Fraternidad de la Humanidad». Tras una correspondencia activa entre la Sociedad Teosófica y la *Arya Samai* («Sociedad Aria»), el movimiento religioso y reformador de svami Dayananda, se acordó la unión de ambas corporaciones. Entonces el Consejo Supremo de la Sociedad de Nueva York decidió enviar una delegación especial a la india con objeto de estudiar sobre el terreno el antiguo lenguaje de los *Vedas* y los manuscritos y «maravillas», del Yoguiismo. El 17 de diciembre de 1878, la delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose un tiempo en Londres y prosiguiendo después a Bombay, donde desembarcó en febrero de 1879.

Puede fácilmente concebirse que en estas circunstancias los miembros de la delegación podían estudiar mejor el país y hacer investigaciones más precisas de lo que hubiera podido esperarse en otro caso. Hoy son considerados como hermanos y ayudados por algunos de los indígenas más influyentes del país. Cuentan entre los miembros de su Sociedad con panditas de Benarés y de Calcuta y con sacerdotes budistas de los viharas de Ceilán -entre otros, el sabio Sumangala, mencionado por Minayeff en la descripción de su visita al Pico de Adán- y con los lamas del Tíbet, los panditas de Birmania, de Travancore y de otras partes. Los miembros de la delegación son admitidos en santuarios en donde hasta el presente ningún europeo ha puesto el pie. Por consiguiente, pueden tener esperanzas de hacer muchos servicios a la Humanidad y a la Ciencia, a pesar de la mala voluntad que les tienen los representantes de la ciencia positiva.

Tan pronto como desembarcó la delegación, se envió un telegrama a Dayananda, porque todos estaban ansiosos de conocerlo personalmente. Contestó manifestando que se veía obligado a ir de inmediato a Hardwar, en donde iban a reunirse cientos de miles de peregrinos; pero insistió en que no fuéramos, por cuanto era seguro que el cólera haría su aparición entre los devotos. Señaló cierto lugar al pie de los Himalayas, en el

³³ 2 En este año, 1882, contamos con treinta y seis ramas de la S.T. en la India y con ocho en Ceilán (Sri Lanka), fundadas por la Sociedad americana madre. (Nota posterior de la Autora)

Punjab, en donde debíamos encontrarlos dentro de un mes.^(1³⁴) Como aún no teníamos que acudir a la cita, disponíamos de mucho tiempo y así procedimos a visitar Bombay y sus alrededores.

Decidimos detenernos allí antes de internarnos en el Deceán, y visitar la gran festividad de los templos de Karli^(2³⁵), según algunos, antiguos hipogeos budistas, y según otros, de los brahmanes. Después de visitar Thana en la isla Salseta y el templo de Kanheri, nos propusimos ir hacia Chauld, tan glorificado por **nuestro Atanasio, hijo de Nikita**.

La Torre del Silencio, en las alturas del Cerro Malabar, es la última morada de los hijos de Zoroastro. Es, en una palabra, un cementerio parsi. Allí sus muertos *nawab o coolie*, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños, son puestos en fila, y en *pocos minutos* no queda de ellos más que los esqueletos... Estas torres, donde un silencio absoluto ha reinado durante siglos, causan en el extranjero una impresión extraña y lúgubre. Esta clase de construcciones son muy comunes donde habitan los parsis, y especialmente en Surat. En Bombay, de seis torres, la más grande fue construida hace doscientos cincuenta años y la más pequeña hace muy

³⁴ 1 Esto se escribió en 1879, y desde entonces ha corrido mucha agua bajo el puente. Svami Dayananda ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo de la Sociedad Teosófica y de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas carias. Parece que al entrar en una alianza ofensiva y defensiva con la sociedad Teosófica, Dayananda tenía esperanzas de que todos sus miembros, cristianos, brahmanes y budistas reconocieran su supremacía y se hiciesen individuos de la Arya Samaj. Inútil es decir que ésto era imposible. La Sociedad Teosófica se funda en el principio de la no ingerencia en las creencias religiosas de sus miembros. Practica el más alto grado de tolerancia y hace suyos objetivos puramente filosóficos, predica la fraternidad de toda la Humanidad, sin distinción de casta, credo o color (es decir, nacionalidad) y no tiene nada que ver con puntos de vista personales sobre la religión. Esto no convenía a Dayananda. Quería que *todos los miembros* se convinieran en sus discípulos, o de lo contrario, fueran expulsados de la Sociedad. Estaba bien claro que ni el Presidente ni el Consejo admitirían semejante pretensión. Los ingleses y los americanos, tanto cristianos como libre-pensadores, los budistas y especialmente los brahmanes se rebelaron contra Dayananda y unánimemente pidieron que se rompiera la alianza. Entonces, el svami viendo que el poder se le escapaba de entre sus manos declaró *anathema* a la Sociedad Teosófica y sus agentes empezaron a atacarla en las calles del país. El resultado de esto fue que toda la *intelligentia* de la Arya Samaj ingresó en la Sociedad Teosófica rompiendo las relaciones con el fanático svami, que llama a la Sociedad «*feringhis* («extranjeros») infieles». (Nota posterior de la Autora)

³⁵ 2 Estas concentraciones religiosas (*melas*) se organizan regularmente en distintos lugares de la India y normalmente en ciudades cuya *feria* religiosa atrae representantes de todo tipo de credos; se leen **profundas diseriaciones en defensa** de sus convicciones y debaten sus puntos de vista en público. Este año, sólo los *sannyasin* («anacoretas mendicantes») eran treinta y cinco mil, y el cólera previsto se declaró.

poco tiempo. Son redondas o a veces cuadradas, de sesenta a ciento treinta metros de altura, sin techo ni puerias, con una sola entrada de hierro hacia el Este, tan pequeña, que se halla por completo cubierta por unos pocos matorrales. El primer cadáver que se lleva a una torre nueva (*dakhma*) debe ser el del hijo inocente de un *mobed*, sacerdote zoroastriano. No se permite a nadie, ni siquiera al vigilante principal, aproximarse a menos de una distancia de treinta pasos de estas torres. De entre los seres humanos vivos, sólo los *nassessalares*(¹³⁶) -cuyo oficio es hereditario y que tienen estrictamente prohibido por la ley hablar, tocar o incluso acercarse a los vivos-, entran y salen en la Torre del Silencio. Al entrar en la torre con un cadáver, que se cubre -cualquiera que haya sido su rango y posición- con viejos harapos blancos, lo desnudan y lo colocan en silencio en una de las tres filas. Después, siempre con el mismo silencio, salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su majestad y el cuerpo es para ellos sólo objeto de repugnancia. Así es que cuando parece aproximarse la última hora de una persona, todos abandonan la estancia, tanto para evitar obstáculos al alma a su salida del cuerpo, como para no correr el riesgo de que se manchen los vivos con el contacto del moribundo. Sólo el sacerdote permanece un rato con el moribundo y después de murmurar en sus oídos los preceptos del *Zend Avesta*, «Ashem Vohu» y «Yatha ahu Vairyo»(¹³⁷) deja la habitación, quedando aún vivo el paciente. Luego traen un perro al que hacen mirar fijamente su cara. Esta ceremonia de la mirada del perro se llama *sag-did*. El perro es el único ser vivo que el Drui *nassu* («demonio») teme y que puede impedir que tome posesión del cuerpo. Debe tenerse mucho cuidado

³⁶ 1 La vida que estos hombres llevan es del todo miserable. No hay verdugo **europeo cuya situación** sea peor. Viven por completo apartados del resto del mundo, a cuyos ojos son los seres más abyectos. Les está prohibido ir a los **mercados, Y Por ello** tienen que buscarse el alimento como mejor pueden. Nacen, se **casan** Y mueren, absolutamente extraños al mundo, a excepción de los suyos; Pasan por las calles sólo para recoger los muertos y llevarlos a la torre.

³⁷ 1 Estos dos mantrams son los más importantes para los zoroastrianos. El segundo, es llamado a menudo *Ahuna Vairyo* y dice en la traducción de N . D. Khandalavala: «Así como la Voluntad (o Ley) de la Existencia Eterna, así (su) Energía, a través de la Armonía (*asha*) de la Mente Perfecta, es el productor único (*dazda*) de las manifestaciones del Universo... y Ahura Mazda (el Sabio Viviente) (es) el Poder que sostiene a los sistemas en revolución».

El *Ashem Vohu* dice así: «La Pureza es el mayor bien, es una bendición; es una bendición para aquel que la (practica) en nombre de la Pureza Primera». (N. del E. inglés)

de que la sombra de una persona no se interponga entre el moribundo y el perro, porque de lo contrario, la fuerza de la mirada del perro se perdería y el demonio se aprovecharía de la ocasión. Cuando un parsi muere, el cuerpo permanece en el punto en donde la vida le abandonó, hasta que los nassessalares aparecen para llevárselo con los brazos ocultos, hasta los hombros, dentro de sacos viejos. Después de depositado en un ataúd de hierro -el mismo para todos- lo llevan al dakhma. Si sucede que alguno de los que han sido llevados allí vuelve en sí, los nassessalares tienen la obligación de matarlo, porque la persona que ha sido manchada por el contacto con los cadáveres en el dakhma, ha perdido por ello el derecho de volver entre los vivos, pues al hacerlo, contaminarla a toda la comunidad.(2)³⁸

Los parientes siguen al ataúd a cierta distancia y se detienen a unos treinta metros de la torre. Después de la última oración a la puerta del dakhma, pronunciada desde lejos por el sacerdote y repetida en coro por los nassessalares, se verifica de nuevo la ceremonia del perro. En Bombay hay un perro a la entrada de la torre, educado para este menester. Finalmente, se mete dentro el cadáver y se le coloca en una u otra de las filas, según su sexo y edad, sacándolo del ataúd.

Hemos presenciado por dos veces la ceremonia de los moribundos, y **una** vez la del entierro, si se me permite usar tan incongruente término. En este punto los parsis son mucho más tolerantes **que los hindúes, que** se ofenden con la sola presencia de un europeo en sus ceremonias religiosas. Bayranjí, principal funcionario de la torre nos invitó a presenciar el entierro de una mujer rica. De este modo pudimos ver, a una distancia de unos quince metros, **todo lo que** hicieron, sentados tranquilamente en el pórtico de nuestro servicial anfitrión. Este último, aunque habiendo servido durante muchos años en la torre, nunca había entrado y ni siquiera se acercaba a ella. Mientras que el perro miraba con fijeza la cara de la muerta, nosotros mirábamos con igual intensidad, pero con una secreta

³⁸ 2 Como han ocurrido algunos de estos casos, los parsis están tratando de que se acepte una nueva ley que permita a los resucitados volver a vivir entre sus amigos y que obligue a los nassessalares a dejar abierta la única pueria del dakhma, de tal modo que el ex-muerto pueda encontrar una salida. Es muy curioso que los buitres que devoran sin vacilación los cadáveres, nunca tocan a los que aparentemente están muertos sino que huyen dando ruidosos graznidos.

sensación de disgusto, la enorme bandada de buitres sobre el dakhma, los cuales entraban en la torre y volvían a salir con trozos de carne humana en los picos... Estas aves, que construyen por miles sus nidos alrededor de la Torre del Silencio, han sido importadas expresamente de Persia. Los buitres indos resultan ser demasiado débiles y no bastante camiceros para ejecutar el proceso de desnudar los huesos con la rapidez prescrita por Zoroastro. Se nos dijo que toda la operación de dejar los huesos pelados no duraba más que unos pocos minutos...

Cuando concluyó la ceremonia, fuimos conducidos a otro edificio en donde se hallaba expuesto un modelo del dakhma en madera. Pudimos entonces representarnos fácilmente lo que iba a pasar seguidamente dentro de la torre. Imaginémosnos una chimenea cuadrada levantándose sobre la tierra y tendremos una idea de la torre. En el suelo de granito, en el centro de la torre, hay un pozo profundo sin agua, cubierto con un enrejado como la boca de un desagüe. Alrededor de él hay tres anchos círculos con un declive gradual hacia el centro. En cada uno de éstos hay unos receptáculos de forma semejante a ataúdes para los cadáveres. Hay trescientos sesenta y cinco de ellos. La primera, y más pequeña fila, es para los niños; la segunda, para las mujeres; y la tercera, para los hombres. Este triple círculo simboliza las tres virtudes cardinales zoroastrianas: «Pensamientos puros, buenas palabras y buenas obras».

Es así que el primer círculo es el de los hombres y el último el de los niños. Gracias a los buitres, los huesos quedan limpios en menos de una hora y en dos o tres semanas, el sol tropical tuesta los huesos, reduciéndolos a un punto tal de fragilidad que el menor Sople de viento es bastante para reducirlos a polvo y precipitarlos al Pozo. No queda ningún olor, ni germen alguno de pestes y epidemias. Este método podría ser preferible incluso a la cremación, que deja en el aire alrededor del *Ghat*(1)³⁹ un olor ligero, pero desagradable. En lugar de alimentar a la húmeda «Madre Tierra», con podredumbre, los parsis dan a *Armaita*(1⁴⁰) («la tierra») polvo purificado. De aquí que el culto a la Tierra establecido por Zoroastro sea tan sagrado entre los parsis, que toman toda clase de

³⁹ El Ghat es un lugar al lado del mar o a orillas de un río, donde los hindúes queman a sus muertos.

⁴⁰ 2 Armaita significa literalmente «vaca nutridora» y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la ocupación más noble de todas a los ojos de Dios. Ver los himnos Yasna.

precauciones para no manchar la «vaca nutridora» que les da «cien dorados granos por cada grano». En la época del Monzón, cuando durante cuatro meses la lluvia cae incesantemente y lava y arrastra al pozo todo cuanto dejan los buitres, el agua absorbida por la tierra se filtra, pues el fondo del pozo -cuyas paredes son de granito- está cubierto a este fin de arena y carbón vegetal.

La vista del Pinji---apol es menos lúgubre y mucho más interesante. El Pinjrapol es el hospital de animales decrepitos de Bombay, semejante al cual existe uno en todas las ciudades donde moran los jainas. Es ésta una de las religiones más antiguas, así como también de las más interesantes. El Jainismo es mucho más antiguo que el Budismo, que tuvo sus comienzos del 543 al 477 antes de la presente Era. Los jainas se jactan de que el Budismo no es más que una mera herejía del Jainismo, habiendo sido Gautama, el fundador del Budismo, discípulo y seguidor de uno de sus principales gurús y santos. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainas, los colocan a mitad de camino entre los hinduístas y los budistas. Desde el punto de vista de su organización social, se parecen más a los primeros, pero en religión se inclinan hacia los últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne y su negativa a rendir culto a las reliquias de los santos, son tan estrictamente observados por ellos como por los hinduístas, pero al igual que los budistas, niegan los Dioses hindúes y la autoridad de los *Vedas*, y en su lugar adoran a los veinticuatro *Tirthankaras* o *Jinas*, los cuales pertenecen a la hueste de los Bienaventurados. Sus sacerdotes, lo mismo que los budistas, no se casan nunca; viven en viharas aislados, y eligen sus sucesores entre los individuos de cualquier clase social. Según ellos, el único lenguaje sagrado es el *pali*, y se usa en su literatura sagrada, así como en Ceilán. Los jainas y los budistas tienen la misma cronología tradicional. No comen después de puesto el Sol, y quitan con todo cuidado el polvo del sitio en donde van a sentarse, con el fin de no aplastar al insecto más minúsculo. Ambos sistemas, o más bien, escuelas de filosofía, siguen la antigua escuela atomista de Kanada y defienden la teoría de la eternidad de los átomos o elementos y la **indestructibilidad** de la materia. Aseguran que el Universo no tuvo principio ni tendrá fin. «El mundo y todo lo que hay en él es una ilusión, un maya» -dicen los vedantinos, los budistas y los jainas-; pero al mismo tiempo que los seguidores de Sankharacharya

predican sobre *Parabrahman*(¹) e *Ishvara*, emanación suya, los jainas y los budistas no creen en ningún creador del mundo, sino que enseñan únicamente la existencia de *Svabhavat*, un principio de la Naturaleza, plástico, infinito y autocreado. Sin embargo, creen firmemente, como todas las demás escuelas de la india, en la transmigración de las almas. Su temor de que por matar un animal o un insecto pueden acaso destruir la vida de un antepasado, desarrolla su amor y cuidados por todas las criaturas vivientes hasta un punto increíble. No solamente hay un hospital para los animales enfermos y viejos en todas las ciudades y pueblos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de «bozab de muselina (espero que me perdonen esta expresión poco respetuosa), a fin de no destruir inadvertidamente hasta el animal más minúsculo en el momento de respirar. El mismo temor les hace no beber más que agua filtrada. Hay unos cuantos millones de jainas en Gujarat, Bombay, Konkan y en algunos otros lugares.

El Pinjrapol de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad y está dividido en patios, prados y jardines, con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domésticos. Esta institución hubiera servido muy bien como niodelo del Arca de Noé. En el primer patio, sin embargo, no vimos animales, pero en su lugar había centenares de esqueletos vivientes: ancianos y niños. Eran los indígenas supervivientes de los llamados distritos del hambre, que habían llegado a Bombay para mendigar su sustento. El paternalista Gobierno, después de echarles de sus chabolas por no pagar sus impuestos, que se cobran tanto cuando hay hambre como cuando hay abundancia,⁽²⁾ se hizo semejante a Cristo en su preocupación por los paganos, cuando encontró refugio para estas gentes en un hospital para animales. Así, mientras que a unos pocos metros más allá, los veterinarios estaban ocupados en vendar las patas rotas de chacales, en derramar aceite sobre los lomos de perros sarnosos y en ajustar muletas a cigüeñas lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre a su mismo lado. Afortunadamente para los hambrientos, en aquel tiempo había menos animales famélicos que de ordinario y así eran alimentados con los restos de las comidas de las bestias pensionistas. Sin

⁴¹ 1 *Brahman* carece de entendimiento, mente y voluntad, porque es en sí mismo entendimiento, mente y voluntad absolutos, de acuerdo con la *Vedanta*.

⁴² 2 Hace años, los impuestos se cobraban en especies a los campesinos, pero ahora los deben pagar en metálico, independientemente de sus condiciones.

duda alguna, muchos de estos desdichados hubieran consentido en transmigrar instantáneamente a los cuerpos de cualquiera de los animales que terminaban su carrera terrestre tan bien atendidos.

Pero aún las rosas de Pinjrapol no carecen de espinas. Los «sujetos» herbívoros, por supuesto, no podían desear nada mejor; pero dudo mucho que las fieras como los tigres, hienas y lobos, estén satisfechas con las reglas y el régimen alimenticio que forzosamente se les impone. Los jainas mismos rechazan con repugnancia hasta los huevos y el pescado, y por consiguiente, todos los animales que cuidan, tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presentes cuando dieron de comer a un tigre herido por una bala inglesa. Habiendo olfateado una especie de sopa de arroz que le presentaban, sacudió la cola, gruñó enseñando sus dientes amarillos y con un débil rugido se apartó de la comida. ¡Qué mirada oblicua lanzó sobre su guardián, que trataba con mucha dulzura de persuadirle para que probase su comida! Solamente las fuertes barras de la jaula salvaron al jaina de una vigorosa protesta de parte de este veterano de las selvas. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio desgarrada, comenzó por sentarse sobre la mesa llena de esta salsa espartana, y después, sin más ceremonia la volcó, como para demostrar su desprecio absoluto por el plato. Los lobos y los perros lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron la atención de dos amigos inseparables, un viejo elefante con una pata de palo y un buey esquelético con un parche verde sobre sus ojos enfermos, los verdaderos Castor y Pólux de esta Institución. Conforme a su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fue para su amigo. Rodeó con su trompa el cuello del buey, y ambos mugieron débilmente. Loros, cigüeñas, palomas, flamencos -toda la tribu alada- se alborozaban con su almuerzo cantando a todo pulmón. Los monos fueron los primeros en contestar a la invitación del guardián con gozo extraordinario. Más lejos nos enseñaron a un santo hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía en tierra con los ojos cerrados, recibiendo de lleno sobre su cuerpo desnudo los abrasadores rayos del Sol. Estaba literalmente cubierto de moscas, mosquitos, hormigas y chinches.

-Todos estos son nuestros hermanos -observó dulcemente el guardián, señalando a los innumerables animales e insectos-. ¿Cómo podéis, vosotros los europeos, matarlos y hasta devorarlos?

-¿Qué haríais -le pregunté- si esta serpiente fuera a morderos? ¿Es posible que no la matarais, si os diese tiempo para ello?

-Por nada del mundo. La cogería con cuidado y la llevaría a algún lugar desierio fuera de la ciudad y allí la pondría en libertad.

-Sin embargo, supongamos que os mordiese.

-Entonces recitaría un *mantram*(¹⁴³) y si esto no produjese ningún buen resultado, lo consideraría como el dedo del Destino y dejaría tranquilamente este cuerpo por otro.

Estas fueron las palabras de un hombre, hasta cierto punto educado y bastante instruido. Cuando le **indicamos que ningún don de la Naturaleza** carecía de finalidad y que si los dientes humanos eran de carnívoro, sería porque el hombre debía haber sido destinado por el Hado mismo a alimentarse de carne, nos contestó citando capítulos enteros de la *Teoría de la Selección Natural* y del *origen de las Especies*, de Darwin. «No es verdad -nos **arguyó que los primeros** hombres naciesen con dientes caninos. Esto vino después con el transcurso del tiempo, con la degradación de la Humanidad. Cuando el apetito carnívoros comenzó a desarrollarse, fue cuando las mandíbulas cambiaron su primera forma bajo la influencia de nuevas necesidades.»

No pude menos de preguntarme: «¿*Où la science va-t-elle se fourrer?*»(¹⁴⁴)

⁴³ 1 Una oración en verso y también un exorcismo contra cualquier mal. En la India todos tienen una firme fe en su efectividad.

⁴⁴ ¿A dónde va a llegar la ciencia? (N. del E.)

CAPITULO III

EL DRAMA MISTÉRICO - SU ANTIGUO SIMBOLISMO MITOLÓGICO

LOS GUEBROS Y SUS MIGRACIONES - VARIOPINTAS TIPOLOGÍAS Y COSTUMBRES DEL PUEBLO

Aquella misma noche se dio en el Teatro de Elphinstone una función especial en honor de la «Misión Americana», como nos llaman aquí. Actores indígenas representaron en gujaratí el antiguo drama *Sita Rama*, tomado del *Ramayana*, el célebre poema épico de Valmiki. Este drama se compone de catorce actos y de innumerables cuadros, además de las transformaciones escénicas. Todos los papeles femeninos fueron ejecutados como siempre, por muchachos; y los actores, conforme a las costumbres históricas y nacionales, estaban descalzos y medio desnudos. Sin embargo, la riqueza de los vestidos, los adornos y las variaciones en la escenografía, eran verdaderamente maravillosas. Incluso en los escenarios de los grandes teatros metropolitanos, hubiera sido difícil realizar una representación mejor y más realista del ejército de los aliados de Rama, que no son otra cosa que tropas de monos bajo el mando de *Hanuman* -el soldado, el hombre de Estado, el dramaturgo, el poeta, el Dios tan celebrado en la historia (entiéndase de la India)-.

El drama sánscrito más antiguo y mejor, *Hanuman Natak*, se le atribuye a este superdotado *antepasado* nuestro. ¡Ay! Han pasado los gloriosos tiempos, cuando orgullosos de nuestra blanca piel (la que después de todo puede que no sea más que el resultado de un decoloramiento bajo la influencia de nuestro cielo septentrional), considerábamos a los indos y a otros <de tez oscura> con un sentimiento de desprecio digno de nuestra propia magnificencia. Sin duda alguna, el tierno corazón de sir William Jones ha debido apenarse al traducir del sánscrito sentencias tan humillantes como la siguiente: «Se dice que Hanuman es el antepasado de los europeos». Si debemos creer a la leyenda, el héroe y semidios Rama,

en reconocimiento a los servicios prestados por su bravo ejército, casó a los soldados solteros con cada una de las hijas de los gigantes de la isla de Sri Lanka (Ceilán), los Rakchasas, y otorgó de dote a estas bellezas dravidianas con todos los países de Occidente... Después de las más pomposas ceremonias matrimoniales, los monos-soldados construyeron un puente con ayuda de sus propias colas y desembarcaron felizmente con sus esposas en Europa, donde vivieron muy dichosos y tuvieron numerosa progenie. Esta progenie somos nosotros, los europeos. Las palabras dravidianas que se han encontrado en algunas lenguas europeas, por ejemplo en el vascuence, han alegrado grandemente el corazón de los brahmanes, quienes de buena gana promoverían a los filólogos al grado de semidioses por este iniporiente descubrimiento que con tanta gloria confirma su antigua leyenda. Pero Danvin fue quien coronó el monumento de pruebas con la autoridad de la educación y de la literatura científica occidentales. Los indos se convencieron más y más de que somos los verdaderos descendientes de Hanuman y que si uno se tomara el trabajo de realizar un examen cuidadoso, nuestros «rabos» podrían ser fácilmente descubiertos. Los calzones estrechos y las largas faldas contribuyen a testificarlo, por muy poco lisonjera que la idea nos parezca... Sin embargo, seriamente considerado, ¿qué es lo que tenemos que decir desde el momento en que la Ciencia, en una personalidad como Darwin, admite esa hipótesis de la sabiduría de los antiguos arios? Por tanto, hemos de sometemos; y, en verdad, es mejor tener por antepasado a Hanuman, el poeta, el héroe y el Dios, que a cualquier otro mono aunque no tenga cola...

Este poema, *Sita Rama*, pertenece a la categoría de los dramas místéricos mitológicos, algo así como las tragedias de Esquilo. Oyendo esta producción de la más remota Antigüedad, los espectadores se sienten transportados a los tiempos en que los Dioses descendían a la Tierra y tomaban una parte activa en la vida diaria de los mortales. No hay en ello nada que nos recuerde el drama moderno, aun cuando el arreglo externo sea el mismo. «De lo sublime a lo ridículo, sólo hay un paso» y viceversa. El macho cabrío, elegido para el sacrificio a Dionisos, presentó al mundo una tragedia (rpáyo9 añ). Los balidos y topetazos agónicos de las ofrendas cuadrúpedas de la Antigüedad han sido pulidos por las manos del tiempo y de la civilización y, como resultado de este proceso, tenemos el moriecinio murmullo de Raquel en el papel de Adrienne Lecouvi---eur, y el horroroso «pataleo» realista de la Croisette moderna en la escena de envenenamiento

de la obra *La Esfinge*.⁽¹⁴⁵⁾ **Pero al** mismo tiempo que los descendientes de Temístocles reciben de buena gana, ya estén cautivos o libres, todos los **cambios** Y mejoras consideradas como tales por el gusto moderno, **pensando que** son una edición corregida y ampliada del genio de Esquilo, los indos, afortunadamente para los arqueólogos y amantes de la Antigüedad, no han dado jamás un paso desde los tiempos de nuestro muy venerado predecesor *Hanuman*.

Esperábamos la representación de *Sita Rama* con la más viva curiosidad. A excepción de nosotros y de la construcción del teatro, **todo** era estrictamente indígena, y nada nos hacía recordar a Occidente. No había rastro de orquesta. La música sólo se podía oír desde el escenario o detrás del mismo. Por último se levantó el telón... El silencio, que había sido muy notable, teniendo en cuenta la gran multitud de espectadores de ambos sexos, se hizo entonces absoluto. Rama es una de las encarnaciones de Visnú, y como la mayor parte del auditorio se componía de adoradores de este Dios, el espectáculo era para ellos no una mera función teatral sino un misterio religioso que representaba la vida y proezas de sus deidades más favoritas y veneradas.

El prólogo se desarrollaba en la *época anterior a la Creación* (puede asegurarse sin temor que ningún autor dramático se hubiera atrevido a elegir otra más antigua), o más bien antes de la última manifestación del Universo. Cuando el *Pralaya* llega a su fin⁽¹⁾, ⁴⁶*Parabrahman* despierta, y con este despertar, el Universo que reposaba en la deidad, en otras palabras, que estaba reabsorbido en su esencia subjetiva desde el último crepúsculo del mundo, vuelve a emanar del Principio Divino y se hace

⁴⁵ 1 Adrienne Lecouvreur (1692-1730) fue la primera «estrella» de la escena de nuestra historia. Su salón fue frecuentado por Voltaire y otros hombres famosos.

La vida de esta notable actriz inspiró a Ernest Legouvé una tragedia, escrita expresamente para la actriz «Raquel» Elisa Félix (1821-1858).

En cuanto a Sophie-Alexandrine Croisette, una aristócrata rusa y actriz de Primera clase, fue aclamada por su papel en *La Esfinge*, un fragmento de una **tragedia de** Esquilo. (N. del E.)

⁴⁶ 2 Todos los sistemas filosóficos de la India, excepto el musulmán, están de **acuerdo** en que el Universo ha existido siempre. Pero los indos dividen las apariciones y desapariciones periódicas del Universo en *días y noches* de *Brahma*. Las noches o retiradas del Universo objetivo son llamadas *Pralayas* y los días o las épocas del nuevo despertar a la vida y a la luz son llamadas *Manvantaras*, *Yugas* o «años divinos» de los Dioses. Estos periodos son también llamados, **respectivamente**, las inspiraciones y espiraciones de *Brahma*.

objetivo. Los Dioses, que mueren al mismo tiempo que el Universo, comienzan lentamente a volver a la vida. El solitario Espíritu «Invisible, Eterno e Inmanifestado» pues es vida incondicionada autoexistente que perdura, se cierne rodeado del caos sin límites. Su santa «Presencia» no es visible. Sólo se manifiesta en la pulsación periódica y regular del Caos, representada por una oscura masa de aguas que llena todo el escenario. Estas aguas no han sido aún separadas de la tierra seca, porque Brahma, el espíritu creador de *Narayana*, no se ha separado todavía del Eterno Presente. Después, una fuerte conmoción atraviesa las aguas y comienzan a adquirir transparencia.

De un huevo de oro situado al fondo, parten rayos. El huevo recibe vida del espíritu de *Narayana* y se quiebra, y Brahma, despertando, se eleva a la superficie de las aguas en forma de un enorme loto. Aparecen nubes blancas y transparentes como una tela de araña. Gradualmente se condensan y se transformarían en los *Prajapatis*, -los diez poderes creadores personificados de Brahma, el Señor de todos los seres- y cantan un himno de alabanza al Creador. Algo de sencillez poética, para nuestros oídos no acostumbrados, se respira en esta extraña melodía cantada al unísono, no acompañada de orquesta alguna.

La hora de la revivificación general ha sonado. El Pralaya toca a su fin. Todo vuelve gozoso a la vida. El firmamento es separado de las aguas y en él aparecen los *Asuras* y *Gandharvas*(1).⁴⁷

Entonces surgen *Indra*, *Yama*, *Varuna* y *Kubera*, los espíritus que presiden los cuatro puntos cardinales. De los cuatro elementos, Agua, Fuego, Tierra y Aire, brotan átomos que engendran a la serpiente *Ananta*. El monstruo aparece en la superficie de las olas, y doblando su cuello de cisne forma un lecho en el cual se reclina Visnú, que tiene a sus pies a la Diosa de la Belleza, su esposa *Lakshmi*. ¡*Svaha!*, ¡*Svaha!*, ¡*Svaha!*(2⁴⁸), exclama el coro de músicos celestes, saludando a la deidad.

En una de sus futuras encarnaciones (*Watara*) Visnú será Rama, hijo de un gran Rey y *Lakshmi* se convertirá en Sita. Todo el tema del *Ramayana*

⁴⁷ 1 Los cantores y músicos celestes, los querubines.

⁴⁸ 2 En lengua eslava el equivalente de esta exclamación sánscrita es: ¡*Svyat!*, ¡*Svyat!*, ¡*Svyat!*, que significa: ¡Bendito!, ¡Bendito!, ¡Bendito!

es cantado en pocas palabras por los músicos celestes. *Kama*, el Dios del Amor, cobija a la pareja divina y en aquel punto se enciende una llama en sus corazones y todo el Universo es creado y diferenciado ... (3)⁴⁹

A continuación se muestran los catorce actos del drama, que es bien conocido por todos y en el que toman parte algunos cientos de personas. Al final del *prólogo* toda la asamblea de Dioses se presenta, uno después de otro, como en los antiguos dramas, y manifiesta al auditorio el argumento y epílogo de su representación, pidiendo al público que no sea demasiado exigente. Es como si las deidades familiares, hechas de mármol y de granito pintados, dejaran sus templos y viniesen a recordar a los moriales:

« ... Sucesos de días ha tiempo olvidados,
tradiciones de una lejana Era...»^(1⁵⁰)

La sala estaba llena de nativos. Sólo nosotros cuatro éramos europeos. A modo de enorrie lecho de flores, sentadas en anchos sillones, las mujeres ostentaban los brillantes colores de sus vestidos. Aquí y allí, entre hermosas cabezas bronceadas, veíanse las **lindas** y melancólicas caras blancas de las mujeres parsis, cuya hermosura me hacía recordar a las georgianas. Las primeras filas estaban ocupadas sólo por mujeres. De aquí que las mujeres parsis sólo se distinguiesen de sus hermanas indas por ligeras diferencias: sus caras casi blancas, su alisado pelo negro tapado con una especie de pañuelo blanco y toda la cabeza cubierta con un brillante velo. Las últimas llevaban descubierto su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de moño griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas con marcas simbólicas y las narices adornadas con anillos de oro⁽¹⁾. ⁵¹Unas y otras son aficionadas a los colores brillantes

⁴⁹ 3 Visnú es una de las tres hipóstasis de la *Trimurti* (literalmente, «las tres caras», pues *Murti*, significa «imagen sagrada»), la Trinidad hindú, el *sustentador* de todo lo viviente, mientras que Brahma es el *creador* y Siva el *destructor*.

⁵⁰ Pushkin, *Ruslan y Liudmila*,

⁵¹ 2 En la India es muy fácil reconocer la religión, culto específico y casta de sus individuos, y hasta si las mujeres son casadas, solteras o viudas, por marcas piniadas con colores brillantes en sus frentes.

uniformes, y cubren sus brazos hasta el hombro con brazaletes y llevan *saris*. Esta es la única diferencia en su atuendo(3).⁵²

Detrás de las mujeres, en el patio, ondulaba todo un mar de maravillosos turbantes típicos indos. Había rajputs de largos cabellos y luengas barbas divididas por el medio, y con facciones regulares griegas; sus cabezas cubiertas con *pagris*, que constaban, por lo menos, de dieciocho metros de finísima muselina y adornados con pendientes y collares. Asistían también brahmanes *mahrattis* que afeitaban sus cabezas dejando tan solo un mechón central y que llevaban turbantes de un rojo deslumbrador, adornados por delante con una especie de cuerno dorado de la abundancia; *banjyas*, que llevaban yelmos de tres picos con una especie de penacho rojo en lo alto; *kasis*, con yelmos similares a los romanos; Milis de las fronteras de Rajastán, cuyas mejillas estaban arropadas por tres vueltas de los extremos de sus blancos turbantes piramidales, de tal manera que el turista inocente cree siempre que padecen dolor de muelas; *bengalíes* y *babús* de Calcutal con la cabeza descubierta todo el año, dentro y fuera de su casa, con sus cabellos como las estatuas y pinturas de la antigua Atenas y sus cuerpos cubiertos por los soberbios pliegues de una blanca *toga* que en nada se diferencia de las que llevaban los senadores romanos; *parsis*, con sus mitras negras como las de los arzobispos; *sikhs*, los seguidores de *Nanak*, monoteístas y místicos, cuyos turbantes blancos se parecen a los de los bhilis, pero que llevan el cabello largo hasta la cintura; y cientos de otras tribus.

⁵² 3 Desde el tiempo en que Alejandro Magno destruyó los libros sagrados de *los guebros*, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey **Ardesir** I Babegan restauró el culto al fuego en los años 229-243 de nuestra Era. **Desde entonces** han vuelto a ser perseguidos durante el reinado de uno de los **tres reyes shakpurs**, el vi, el ix o el xi de los *sasánidas*, pero no se sabe cuál de **ellos**. Se dice, sin embargo, que uno de los tres fue gran protector de las doctrinas de Zoroastro. Después de la caída de Yazdegerd iii, los adoradores del fuego **emigraron** a la isla de Ormuz, y unos quince años más tarde, habiendo encontrado un antiguo libro de profecías de Zoroastro perdido por muchos siglos, **obedeciendo** a una de ellas, marcharon al Indostán. Tras mucho vagar, **aparecieron** hace mil o mil doscientos años en el territorio de Maharana Jayadeva, vasallo del rey **rajput** de Champanir, que les permitió colonizar su país, pero con la condición de que dejaran sus armas, que abandonasen el lenguaje persa por el hindí, que sus mujeres dejaran su traje nacional y se vistiesen como las indas, Y que se adaptasen las costumbres del país. Sin embargo, les permitió llevar caizado, dado que esto está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado pocos cambios.

Habiéndonos propuesto contar los diferentes tocados que se ven sólo en Bombay, tuvimos que renunciar a la tarea por impracticable al cabo de quince días. Es más fácil contar las estrellas del cielo. Cada casta, cada oficio, cada gremio y cada religión, cada una de las mil subdivisiones de la jerarquía social, tiene su turbante propio, a menudo resplandeciente de adornos de oro y de púrpura real, que sólo dejan en los casos de duelo. Pero como para compensar este lujo, hasta los ricos de la municipalidad, mercaderes, brahmanes y *Rai Bahadurs*, y los convertidos en baronetes por el Gobierno, van siempre descalzos con las piernas desnudas hasta las rodillas. En cuanto a su vestido, consiste principalmente en una especie de camisa o chaqueta blanca que no puede compararse con nada. En Baroda, algunos *Gaikovares* (título de todos los príncipes de Baroda), tienen todavía en sus establos elefantes y jirafas de las menos comunes, aún cuando los primeros están estrictamente prohibidos en las calles de Bombay. Se puede ver a ministros y hasta a rajás montados en estos nobles animales, con sus bocas llenas de *pan supari*(⁵³) y sus cabezas inclinadas bajo el peso de las piedras preciosas de sus turbantes, y todos los dedos de las manos y pies adornados con anillos y brazaletes. Sin embargo, durante la **noche** que estoy describiendo, no vimos elefantes ni jirafas, aunque **gozamos** de la compañía de rajás y ministros.

En nuestro palco teníamos al hermoso embajador Mohunlal Visnual Pandia, rajá y pandita, a la vez que tutor del maharana **de Udaipur**. Llevaba un pequeño turbante rojizo resplandeciente de diamantes, unos calzones de seda *barége* del mismo color y un **manto** de gasa blanca. Su negrisimo cabello cubría a medias su cuello color de ámbar, rodeado por un collar que hubiera vuelto loca de **envidia** a cualquier mujer parisina. El pobre rajput se caía de sueño, pero se mantenía heroicamente en el cumplimiento de sus deberes, y tirándose pensativamente de la barba, nos llevó a través del interminable laberinto de los enredos metafísicos del *Ramayana*. Durante los entreactos, nos ofrecieron café, sorbetes y cigarrillos, que fumamos durante la representación, sentados en primera fila. Estábamos cubiertos, como ídolos, con guirnaldas de jazmín, y el director, un indo alto vestido de transparente muselina y con turbante en **fonna** de cuerno, nos roció varias veces con agua de rosas.

⁵³ Hojas de *betel*.

La función comenzó a las ocho de la noche y a las dos y media no había llegado sino al acto noveno. A pesar de que cada uno de nosotros tenía a sus espaldas un *punkah-wallah* (2⁵⁴), el calor era insoportable. Habíamos llegado al límite de nuestra resistencia, y tratamos de excusarnos. Esto ocasionó una perturbación general, tanto en el escenario como en el auditorio.

El carro aéreo en que el malvado rey Ravana arrebató a Sita, se detuvo en el aire por encima de las peñas. El rey de los Nagas cesó de vomitar llamas, los monos-soldados quedaron sin movimiento en los árboles, y el mismo Rama, vestido de azul claro y coronado **con una** diminuta pagoda, se adelantó al frente del escenario y pronunció en puro inglés un discurso en que nos daba las gracias por el **honor** de nuestra presencia. Nos echaron nuevos ramos de flores pan suparis, y nos volvieron a rociar con agua de rosas; por fin, llegamos a casa a las cuatro de la mañana. Al otro día supimos que la función había terminado a las seis y media.

CAPITULO IV

CONVERSOS CATÓLICOS - MATHERAN - EL THAKUR GULAB LAL

SINGH - BHAO MALLIN - INSOLENCIA DE LOS INGLESES
MATERIALISMO ENTRE JÓVENES INDOS - ARDHA NARI Y
EL PANTEÍSMO VÉDICO - LA METAFÍSICA DE LA INDIA
EL SIVA DE CUATRO ROSTROS

Son las primeras horas de una mañana de finales de marzo. Una ligera brisa acaricia con su mano aterciopelada las caras soñolientas de los peregrinos, y el perfume embriagador de los jazmines se mezcla con los acres aromas del bazar. Multitud de mujeres brahmánicas, con los pies desnudos, majestuosas y bien formadas, vestidas con llamativos saris, dirigen sus pasos -como la Raquel bíblica- hacia el pozo, con cántaros de

⁵⁴ 2 Persona que mueve el abanico-ventilador tirando de cuerdas. (N. del E.)

metal, brillantes como el oro, en sus cabezas. En nuestro camino encontramos numerosos estanques sagrados llenos de agua, en los cuales los indos de ambos sexos ejecutaban sus prescritas abluciones matinales. Bajo las tapias de un jardín, un ganso domesticado devora la cabeza de una cobra. El cuerpo descabezado de la serpiente choca, convulsa pero inofensivamente, con los costados del pequeño animal, que mira estos esfuerzos con evidente satisfacción. Al lado de este grupo de animales se encuentra una figura humana: un mali («jardinero») desnudo, ofreciendo betel y sal a un monstruoso ídolo de piedra que representa a Siva, con objeto de apaciguar la cólera del «Destructor» excitada por la muerte de la cobra, que es uno de sus servidores favoritos.

Unos pocos pasos antes de llegar a la estación del ferrocarril, encontramos una modesta procesión católica, compuesta por unos pocos parias recién convertidos y algunos portugueses nativos. Bajo un baldaquín iba una litera, en la que se balanceaba de un lado a otro una oscura Madonna vestida al modo de la Diosa indígena con un anillo en la nariz. En sus brazos llevaba a un niño, vestido con pijama amarillo y con un turbante brahmánico rojo. «¡Hari, hari, devaki!» («¡Gloria a la Santa Virgen!») -exclamaban los conversos, inconcientes de no ver la diferencia entre *Devaki*, madre de *Krisna*, y **la Madonna católica**-. **Todo lo que saben es que** excluidos de los templos brahmánicos por no pertenecer a ninguna de las castas indas, son a veces admitidos en las pagodas cristianas gracias a los *padris*(⁵⁵). También debe ser dicho que, con el fin de complacer a algunos brahmanes recientemente convertidos (al Catolicismo o Protestantismo, aunque jamás al Cristianismo) los misioneros tanto católicos como protestantes a menudo no admiten a *parias* convertidos en la iglesia, «a fin de no ofender innecesariamente los prejuicios de casta de los brahmanes de noble cuna».(2)⁵⁶ Por fin, nuestros *gharis* -vehículos indígenas de dos ruedas arrastrados por un par de fuertes bueyes-llegaron a la estación. Los empleados ingleses abrieron desmesuradamente los ojos a la vista de caras blancas viajando por la ciudad en dorados carros indos. Pero, nosotros somos verdaderos americanos y hemos venido a estudiar a la india y no a Europa y sus productos coloniales.

⁵⁵ 1 Este término es aquí aplicado de forma indiscriminada a cualquier misionero, probablemente debido a que los primeros misioneros portugueses fueron llamados *padres*.

⁵⁶ 2 Palabras de un misionero de Madrás, publicadas en el *New York Herald*.

Si el turista lanza una mirada a la orilla opuesta al puerto de Bombay, verá una masa azul oscura que se eleva como un muro entre él y el horizonte. Es Prabal, una montaña de aplastada cresta de seiscientos treinta metros de altura. Su vertiente derecha se apoya en dos escarpadas rocas cubiertas de bosques. La más alta de ellas, Matheran, es el objetivo de nuestra excursión. Desde Bombay a Narel, estación situada al pie de esta montaña, tenemos que viajar cuatro horas en ferrocarril, aunque, a vuelo de cuervo, la distancia no es más que de aproximadamente veintidós kilómetros. El camino de hierro rodea las más encantadoras colinas, bordea centenares de bellísimos lagos y atraviesa con más de veinte túneles el corazón mismo de los rocosos Ghates.

Nos acompañaban tres amigos indios. Dos de ellos habían pertenecido a una casta elevada, pero habían sido expulsados de su pagoda por la asociación y amistad con nosotros, extranjeros indignos. En la estación se unieron a nosotros otros dos indígenas, con quienes habíamos sostenido correspondencia durante muchos años. Todos eran miembros de nuestra Sociedad, reformadores de la escuela de la joven india, enemigos de los brahmanes, de las castas y prejuicios, e iban a ser nuestros compañeros de viaje y visitar con nosotros la feria anual en las fiestas del templo de Karli, deteniéndose de camino hacia Matheran y Khandala. Uno era un brahmnán de Poona; el segundo, un *mudeliar*(⁵⁷) de Madrás; el tercero, un singalés de Kegalla; el cuarto, un *zamindar*, (⁵⁸) terrateniente bengalí; y el quinto, un rajput alto, que conocíamos hacía tiempo por el nombre de Gulab Lal Singh, y a quien llamábamos simplemente **Gulab Singh**. Me detendré en esta persona más que en las otras, **porque** circulaban unas historias maravillosas y diversas acerca de este hombre extraño. Se aseguraba que pertenecía a la escuela de los Rajá Yoguis, y que era un iniciado en los misterios de la Magia, Alquimia y otras ciencias ocultas de la India. Era rico e independiente, y la voz pública no se atrevía a sospechar engaño alguno de su parte; tanto es

⁵⁷ Nombre de una casta tamil, no brahmánica, en el sur de la India; del **tamil**, *mudal*, «jefe». (N. del E. inglés)

⁵⁸ 2 Palabra indostánica del persa, *zamin*, «tierra» y *dar*, «el que tiene o posee». Bajo la administración musulmana, este término aludía al recaudador de impuestos patrimoniales en un distrito específico del Gobierno. Después, su significado cambió a un tipo de señor feudal reconocido como propietario mientras pagase al Gobierno un impuesto establecido. (N. del E. inglés)

así que, conociendo bien tales ciencias, jamás decía una palabra de ellas en público y ocultaba cuidadosamente sus conocimientos a todos, excepto a unos pocos amigos. Era un thakur independiente de Rajastán(3⁵⁹). Inglaterra no desarmó a los rajputs como hizo con el resto de las naciones indas, por lo que **Gulab Singh** vino acompañado de vasallos y escuderos.

Los thakures son, casi sin excepción, descendientes de *Surya* («Sol»), y por tanto son llamados *Surya Vansa*. Son más orgullosos que ninguna otra nación del mundo. Tienen un proverbio: «El lodo de la tierra no puede pegarse a los rayos del Sob, es decir, los rajpuls. No desprecian a ninguna casta, excepto a los brahmanes, y sólo honran a los bardos que cantan sus proezas militares de los que con justicia se enorgullecen. (4⁶⁰)

Poseedor de un conocimiento inextinguible de las leyendas, y evidentemente muy al tanto de las antigüedades de su país, Gulab singh resultó ser el más interesante de nuestros compañeros.

⁵⁹ 3 Una provincia cuyo nombre significa «el país de los reyes», y deriva de dos **Palabras:** *rajan*, «rey o príncipe» y *sthan*, «tierra, lugar o dominio».

⁶⁰ 4 Hablando de la ignorancia de los europeos, respecto de la India, el coronel **Tod dice, entre otras cosas:**

«La magnificencia y lujo de las cortes de los rajputs, en la historia temprana **de aquel país**, aún eliminando la exageración de los bardos, debe haber sido **grande**. Desde los tiempos primitivos, la india del Norte fue un país rico, y en **ella Precisamente**, estaba la satrapía más rica de Darío. Como quiera que sea, en **este País abundaron** esos sucesos tan sorprendentes que proporcionaron a la Historia sus más notables asuntos. En Rajastán, cada pequeño reino tiene sus Termópilas, y cada pequeña ciudad ha producido sus Leónidas. Pero el velo de los siglos oculta a la posteridad sucesos que la pluma del historiador hubiera podido legar a la admiración de las naciones. Somnath pudo haber- aparecido como un rival de Delfos, los tesoros del Indostán hubieran podido sobrepasar las riquezas del rey de Lidia, al mismo tiempo que el ejército de Jerjes, comparado con el de los hermanos Pandu, hubiera parecido un insignificante puñado de hombres. Pero los hindúes nunca tuvieron, o quizás por desgracia perdieron, sus Herodotos y Jenofontes.»

(*Annals and Antiquities of RaftLsthan*, Introducción).

-Allí, en el horizonte -dijo Gulab Singh- se percibe el majestuoso Bhao Mallin. Ese lugar solitario fue en un tiempo la mansión de un santo ermitaño; ahora es visitado anualmente por multitud de peregrinos. Según la creencia popular, -añadió con una sonrisa- allí suceden las cosas más sorprendentes. En la cresta de la montaña, a una altura de quinientos metros, está la plataforma de una fortaleza. Detrás se eleva otra roca de setenta metros de altura, y en el extremo mismo de ese pico se encuentran las ruinas de una fortaleza aún más antigua que sirvió de albergue durante setenta y cinco años a este ermitaño. De dónde obtenía su alimento, es lo que permanecerá por siempre en misterio. Algunos creen que comía raíces de plantas silvestres, pero sobre esta roca desnuda no existe vegetación alguna. El único modo de subir a esta montaña perpendicular, consiste en cogerse a una cuerda y colocar los pies en agujeros abierlos en la roca, apenas lo suficientemente grandes para apoyar los dedos del pie. Se creería que semejante camino sólo es accesible a los acróbatas y a los monos, pero seguramente el fanatismo debe proporcionar alas a los indos, porque jamás ninguno de ellos ha sufrido accidentes. Desgraciadamente, hace unos cuarenta años un grupo de ingleses tuvo la desdichada idea de explorar las ruinas, pero se levantó una fuerte racha de viento que los lanzó al precipicio. Después de este suceso, el general Dickinson dio la orden de destruir todos los medios de comunicación con la fortaleza superior; y la inferior, causa en un tiempo de tantas pérdidas y tanto derramamiento de sangre, está ahora por completo desierta y sólo sirve de albergue a tigres y águilas...

Mientras tanto, un inglés de rojo bigote y en creciente estado de embriaguez, entró tambaleándose en nuestro compartimiento, impregnando el ambiente de olor a whisky. Olió el aire, nos miró con mirada escrutinadora y orgullosa, se detuvo un instante a pensar y abandonó el compartimiento.

-¡Oiga, conductor! -exclamó con voz ronca, subiéndose a la escalinata del vagón-. ¿No hay otro vagón donde pueda estar solo, sin todos estos «negros»?

Y el borracho representante de la «raza superior», orgulloso a pesar de tambalearse, fue hacia otro vagón.

-Cerdo borracho -comentó agriamente el americano-.

Los ingleses se vanaglorian y se enorgullecen de la cultura que supuestamente traen a este país y de la educación que ofrecen a la „Joven» India. Pero en realidad, han hecho las cosas de tal manera **que ni una** ni otra benefician a la India. Un indo, por ejemplo, aunque fuera de la casta superior y tuviera una inteligencia elevadísima, no se atrevería a comprar un billete de primera clase para el tren. Los ingleses se reservan el derecho de echar sin contemplaciones a cualquier nativo que les disguste, aunque ocupe un asiento de segunda clase, y los revisores se guardan los asientos de segunda, mientras el pasajero se traslada a tercera clase. No hace mucho, un oficial apremiado por el sueño, ordenó a un nativo lujosamente vestido que le cediera el compartimiento de segunda. El indo, un juez del Tribunal Superior, rehusó cortésmente, mostrando su ticket y señalando que tenía perfecto derecho a su asiento. El oficial llamó al revisor y el juez indo fue echado. Hizo una denuncia, que fue a parar a la papelera. Hace apenas dos semanas sucedió algo parecido. El editor de un diario de Calcuta fue echado de su asiento de la misma manera. El proverbio: «El derecho es de los fuertes% aquí se ha convertido en un hecho.

¡Kali Yuga! -gritan los viejos indos con sombría desesperación-. ¿Quién puede luchar contra la Edad de las Tinieblas? Este fatalismo, la cerleza de que nada bueno puede esperarse en esta Era, la convicción de que ni el mismo poderoso dios Siva puede aparecer ni auxiliarles hasta el fin del Kal; Yuga(1⁶¹), y según ellos, esto justifica incluso las más sangrientas atrocidades.

⁶¹ 1 El sistema hindú se basa en el Kalpa, o Gran Era, de 4 320 000 000 años, **subdivididos** en cuatro Yugas menores:

- 1º Satya Yuga de1 728000 años
 - 2º Treta Yuga de 1296000 años
 - 3º Dvapara Yuga de864000 años
 - 4º Kali Yuga de432000 años
 - Total4320000años
- El total equivale a un Año Divino o *Maha Yuga*.

Intencionadamente o no, existe una clara confusión en estos números. [Acaso se trate de uno de esos casos en que H.P.B. en sus primeros años, trataba de ocultar más que de explicar. En rigor, el 4320 000 es el número correcto de años del Maha Yuga. De todos modos, un Kalpa o Día de *Brahma* equivale a mil Maha Yugas, es decir, 4 320 000 000 años.] (N. del E. inglés)

En cuanto a los hombres más jóvenes, reciben su educación en los colegios y universidades, aprenden de memoria a Herbert Spencer, a John Stuart Mill, a Darwin y además a todos los filósofos alemanes para completar el lote, y pierden todo respeto, no sólo a su propia religión, sino a todas las demás del mundo. Los jóvenes «educados» indios son materialistas casi sin excepción y muchas veces llegan a los últimos límites del ateísmo. Rara vez aspiran a una cosa mejor que a la situación de «primer ayudante de subsecretario», según decimos en Rusia, y bien se convierten en parásitos, aduladores repugnantes de sus actuales señores, o lo que es aún peor -o en todo caso más desagradable- comienzan a editar un periódico lleno de liberalismo baratillo, que gradualmente se convierte en un órgano revolucionario, hasta que el editor va a la cárcel feliz si no termina su carrera por ello...

Volvamos al tema principal. Comparado con el misterioso y grandioso pasado de la India, la antigua *Aryavarta*, su presente es un vulgar claroscuro a la tinta china, una negra sombra sobre el luminoso fondo del lienzo, el mal inevitable en el ciclo de cada nación. La India se ha vuelto decrepita y se ha desmoronado como un grandioso monumento de la Antigüedad roto en pedazos. Pero el más insignificante de estos fragmentos será siempre un tesoro para el arqueólogo y el artista, y en el curso del tiempo hasta podrá proporcionar una clave al filósofo y al psicólogo. «Los antiguos indios construían como gigantes y acababan sus obras como joyeros» -dice el arzobispo Heber describiendo sus viajes en la India-. En su descripción del Taj Mahal de Agra^(1⁶²), esa verdadera octava maravilla del mundo, lo llama «un poema en mármol. Pudo haber añadido que es difícil encontrar en la India una ruina, sea cual sea su estado de conservación, que no pueda hablar más elocuentemente que todos los volúmenes escritos sobre el pasado de la India, sus aspiraciones religiosas, sus creencias y esperanzas.

No hay país alguno de la Antigüedad, ni aun el Egipto de los **Faraones**, donde el paso del ideal subjetivo al símbolo objetivo, haya sido expresado más gráfica, hábil y artísticamente que en la **India**. Todo el panteísmo de la *Vedanta* está contenido en el **símbolo de la** deidad bisexual *Ardha Nari*.

⁶² 1 El Taj Mahal es un enorme monumento. Mausoleo erigido por el emperador Akbar sobre la tumba de su esposa favorita. Su cuerpo descansa junto al de ella, en Agra, en la orilla derecha del río Yamuna. Este edificio, que describiré más adelante, es célebre por su belleza y no tiene igual en todo el mundo.

Este símbolo está rodeado por el doble triángulo conocido en la India bajo el nombre de «signo de Visnú». A su lado yacen un león, un toro y un águila. En sus manos reposa una luna llena que se refleja en las aguas a sus pies. La *Vedanta* ha enseñado, durante miles de años, lo que algunos filósofos alemanes comenzaron a predicar a finales del siglo pasado y principios del presente, a saber: que todas las cosas **objetivas** del mundo, así como el mundo mismo, no son más que una ilusión, un maya, un fantasma creado por nuestra imaginación, con tan poca realidad como la reflexión de la Luna sobre la superficie de las aguas. El mundo fenomenal, así como lo subjetivo de nuestros conceptos respecto de nuestros egos, no es más que un sueño. El verdadero sabio jamás se somete a las tentaciones de la ilusión. Él sabe bien que el hombre no llegará al conocimiento de sí y no se convertirá en el verdadero Ego, sino después de la unión completa del fragmento personal con el Todo, convirtiéndose así en un *Brahman* inmutable, infinito, universal. En consecuencia, considera todo el ciclo de nacimiento, vida, vejez y muerte, sólo como un producto de la imaginación...

Generalmente hablando, la filosofía inda, dividida como lo está en numerosas enseñanzas metafísicas posee, cuando está **unida** a sus doctrinas ontológicas, una lógica tan bien desarrollada, una psicología tan maravillosamente refinada, que podría muy bien ponerse en primera línea al ser comparada con las escuelas antiguas y modernas idealistas y positivistas y eclipsarlas a todas. Ese positivismo expuesto por Leavis, que hace poner de punta cada **pelo** de las cabezas de los teólogos de Oxford, es un juego de niños ridículo comparado con la escuela atomística de Vaisesika, con su mundo dividido, como un tablero de ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve sustancias, veinticuatro cualidades y cinco movimientos. Y por más difícil y hasta imposible que puedan parecer todas estas ideas abstractas, idealistas, panteístas y, a veces, puramente materiales bajo la forma de símbolos alegóricos, la **India**, sin embargo, ha sabido expresar todas estas enseñanzas con más o menos eficacia. Ella las ha inmortalizado en sus chocantes **ídolos** de cuádruple cabeza, en la forma geométrica complicada de sus templos, y hasta en las enredadas líneas y manchas de las frentes de sus seguidores.

Estábamos discutiendo ésta y otras cosas con nuestros **compañeros de viaje** indos, cuando un misionero católico, uno de los maestros del colegio jesuita de san Javier, en Bombay, entró en nuestro coche en una de las

estaciones. Pronto fue incapaz de contenerse, y tomó parte en nuestra conversación. Sonriendo y restregándose las manos, dijo señalando con el dedo, que tenía curiosidad por saber con qué sofisticados argumentos podían nuestros compañeros encontrar algo que se pareciera a una explicación filosófica «de la idea fundamental de las cuatro caras del feo Siva, coronado de serpientes que aparece a la entrada de la pagoda».

-Es muy sencillo -contestó el babú bengalí-. Véis que sus cuatro caras miran a los cuatro puntos cardinales: Sur, Norte, Este y Oeste, pero todas esas caras no son sino un cuerpo y pertenecen a un Dios.

-¿No tendríais inconveniente en explicar primero la idea filosófica de las cuatro caras y ocho manos de vuestro Siva? -interrumpió el misionero-.

-Con mucho gusto. Considerando a nuestro gran *Rudra* (el nombre védico de este Dios) *omnipresente*, lo representamos con la cara vuelta simultáneamente en todas direcciones. Las ocho manos indican su omnipotencia, y su único cuerpo nos manifiesta que es Uno aunque está en todas partes, nadie puede escapar a su mirada que todo lo ve, ni a su mano justiciera.

El misionero iba a decir algo, cuando el tren se detuvo; habíamos llegado a Narel.

CAPÍTULO V

VIAJE A LAS CUEVAS DE KARLI - TRES SERPIENTES - GRUPOS DE
MONOS - INDIGENCIA DE LOS COOLIES - BELLEZAS DEL PAISAJE

MONTAÑOSO - LOS GHATES - KHANDALA - SIVAJI, EL HÉROE MAHRATTI - UN CURIOSO DOCUMENTO LOS ANTIGUOS ARIOS CONOCIERON AMÉRICA- LOS NAGUALES- LA CIUDAD DE ATLAN

ARJUNA E ILLUPL

Hace apenas veinticinco años que, por primera vez, un hombre blanco subió al Matheran, enorme masa de varias clases de rocas ígneas, en su mayor parte de forma cristalina. Aunque muy cerca de Bombay y sólo a pocos kilómetros de Khandala, la residencia de verano de los europeos, la amenazadora altura de este gigante fue durante mucho tiempo considerada inaccesible. Por el norte, su cara lisa casi vertical se eleva 680 m. sobre el valle del do Pen y más adelante, innumerables rocas y colinas separadas, cubiertas de espesa vegetación y divididas por valles y precipicios, se elevan hasta las nubes. En 1854 el ferrocarril atravesó una de las laderas del Matheran y ahora ha llegado al pie de la última montaña de la cordillera, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, no había más que un precipicio. Desde Narel a la planicie superior **sólo** hay trece kilómetros, que se pueden pasar en un ponj o en Palanquín abierto o cerrado, como se quiera.

Como llegamos a Narel a las seis de la tarde, esta expedición no era muy tentadora. La civilización ha hecho mucho con la Naturaleza inanimada; pero, a pesar de todo, su despotismo no ha podido aún conquistar los tigres y las serpientes. Los tigres, sin duda, han sido desterrados a selvas más remotas, pero las serpientes de todas clases, especialmente cobras y coralillos, las cuales habitan con preferencia los árboles, abundan todavía como en tiempos anteriores en los bosques del Matheran y sostienen combates regulares de guerrillas contra los invasores. ¡Desgraciado del hombre que a pie o a caballo acierle a pasar por debajo de un árbol que constituya la emboscada de una serpiente! Las cobras y otros reptiles atacan rara vez al hombre y por lo general tratan de evitarlo, a menos que accidentalmente se les pise; pero los guerrilleros del bosque, las *serpientes de los árboles*, acechan a su víctima. Tan pronto como la cabeza de un hombre se coloca bajo la rama que alberga a este «enemigo de la Humanidad», la serpiente, colgada de la rama por su cola, se lanza al espacio con toda la longitud de su cuerpo y clava sus colmillos en la frente del hombre. Este hecho curioso fue durante mucho tiempo considerado

una fábula; pero ha sido ahora comprobado y pertenece a la historia natural de la India. En estos casos, los nativos ven en la serpiente al enviado de la muerte, el ejecutor de la voluntad de la sanguinaria *Kali*, la esposa de Siva.

La tarde, después de aquel día abrasador, era tan tentadora y nos invitaba desde lejos con una frescura tan deliciosa, que nos decidimos a arriesgar nuestro destino. En el corazón de esta Naturaleza maravillosa se anhela sacudir las cadenas terrestres y unirse con la vida sin límites, de tal manera que la muerte misma tiene *sus atractivos* en la India.

Por otra parte, la luna llena iba a aparecer a las ocho. Valía la pena realizar el sacrificio de tres horas de ascensión por la montaña con semejante claridad y noche tropical, que desafiaba los poderes descriptivos de los más grandes artistas. A propósito, de los pocos artistas que pueden fijar en el lienzo el encanto sutil de una noche de Luna en la India, la opinión pública comienza a mencionar a nuestro propio Veresheltagin.

Sobre las ocho, después de comer precipitadamente en el *dak bungalow*(⁶³), pedimos nuestras sillas de mano, y echando sobre nuestras cabezas los *topis* parecidos a techos, panimos. Ocho *coolies* («peortes»), vestidos como siempre con «hojas de parra», tomaron posesión de cada silla y se lanzaron montaña arriba, exhalando los gritos y alaridos de los que ningún verdadero indio prescinde. Cada silla estaba además acompañada de un relevo de ocho porteadores. Éramos, pues, sesenta y cuatro, y sin contar a los indios y sus servidores un ejército suficiente para espantar a cualquier leopardo extraviado o tigre de la selva; en una palabra, a cualquier animal, excepto a nuestros atrevidos «primos» por el lado de nuestro bisabuelo Hanuman. Tan pronto como nos metimos en una espesura al pie de la montaña, algunas docenas de estos parientes se unieron a nuestra comitiva. Gracias a las proezas del aliado de Rama, los monos son sagrados e intocables en la India. El Gobierno, imitando la **primitiva** sabiduría de la Compañía de las Indias Orientales, prohíbe a todos que los molesten, no sólo cuando se les encuentra en los bosques -los cuales les pertenecen en justicia- sino hasta cuando invaden los jardines de la ciudad. Saltando de rama en rama, parloteando como urracas y haciendo las muecas más formidables, nos siguieron todo el camino como

⁶³ Albergue estatal para viajeros en la India.

otros tantos duendes nocturnos. Algunas veces se colgaban de los árboles a **plena luz de la Luna**, como las ninfas de los bosques; otras, nos precedían esperando nuestra llegada en los recodos del camino, como si nos lo indicaran. No nos dejaron nunca. Un monito cayó ,en mi falda; al momento su madre, saltando sin ceremonia sobre los hombros de los coolies, vino en su ayuda, lo recogió, y después de hacerme las muecas más feas, echó a correr con él.

Los *bandars* («monos») traen la buena suerte con su presencia -observó uno de los indos, como para consolarme de la pérdida de mi arrugado topi-. Además -añadió-, el verles aquí prueba que no hay un solo tigre en dieciocho kilómetros a la redonda.

Más y más alto ascendíamos por la empinada y tortuosa senda y el bosque se tomaba cada vez más denso, más oscuro e impenetrable. Algunas espesuras eran tenebrosas como tumbas. Pasando por debajo de banianos centenarios, era imposible distinguir los propios dedos de la mano a cinco centímetros de distancia. Me parecía que en ciertos sitios no sería posible avanzar sin tantear el camino, pero nuestros coolies no dieron nunca un paso en falso sino que se apresuraban hacia adelante. Ninguno de nosotros decía una palabra, como si hubiésemos acordado permanecer silenciosos en aquellos momentos. Nos sentíamos como envueltos en el pesado velo de las tinieblas, y no se oía sonido alguno excepto la respiración rítmica y corta de los porteadores y la cadencia de sus rápidas y nerviosas pisadas sobre el suelo pedregoso del camino. Uno sentía disgusto y vergüenza por la especie humana, o más bien por aquellos hombres que hacen de otros, meras bestias de carga. Estos pobres desdichados reciben de paga por su trabajo cuatro anas(1⁶⁴) diarios y trabajan todo el año. ¡Cuatro anas por ir quince kilómetros cuesta arriba y otros tantos cuesta abajo, nada menos que dos veces al día; en total casi sesenta kilómetros subiendo y bajando una montaña de cuatrocientos veinte metros de altura con un peso de noventa y dos kilogramos!... Como quiera que sea, la India es un país en donde todo se ajusta a costumbres que jamás cambian, y cuatro anas al día es la paga para toda clase de labor. Llamad a un joyero experio, uno de los que trabajan día a día; se sentará en el suelo y, sin otras herramientas que unos alicates y un pequeño hornillo, él os fabricará, con vuestro propio oro y a vuestro gusto, una

⁶⁴ 1 Moneda corriente en la India inglesa equivalente a 1/16 de rupia. (N. del E.)

pieza de joyería digna del país de las maravillas. Y por este trabajo de diez horas, pedirá un jornal de cuatro anas...

Gradualmente hiciéronse más y más frecuentes los espacios abierios y las cañadas, y la luz era tan intensa como de día. Miríadas de grillos chirriaban en el bosque llenando el aire con un sonido metálico y bandadas de asustados papagayos se precipitaban de unos árboles a otros. Algunas veces los atronadores y prolongados rugidos de los tigres se elevaban del fondo de los precipicios densamente cubiertos con toda clase de vegetación. Los *shikati* («cazadores») nos aseguraban que en una noche tranquila los rugidos de estas bestias pueden oírse a muchos kilómetros a la redonda. El panorama, alumbrado como por fuegos de bengala, cambiaba en cada recodo del camino. Ríos, campos, bosques y rocas se extendían a nuestros pies en una enorme distancia, se movían y temblaban iridiscentes bajo la plateada luz de la Luna, como un ondulante espejismo.

El carácter fantástico del cuadro nos hizo contener el aliento. Nuestras cabezas vacilaban si por casualidad mirábamos a las profundidades de la incierta luz de la Luna. Sentimos que el precipicio de quinientos sesenta metros de profundidad nos fascinaba... Un americano, compañero nuestro de viaje, que había hecho la jornada a caballo, tuvo que desmontar, temeroso de no resistir la tentación de lanzarse en el abismo. Algunas veces encontrábamos a andantes solitarios, hombres y mujeres jóvenes, bajando del Matheran en dirección a su casa después de un día de trabajo. Sucede con frecuencia que algunos de ellos no llegan nunca a ella. La policía anuncia con indiferencia que la persona que falta ha sido arrebatada por un tigre o muera por una serpiente. Todo queda dicho con esto, y pronto se le olvida por completo. ¡Una persona más o menos, entre los doscientos cuarenta millones que habitan la India, no importa gran cosa! Pero existe una superstición muy extraña entre las tribus del Deccán acerca de esta misteriosa y solo parcialmente explorada montaña. Los indígenas aseguran que, a pesar del número considerable de víctimas, jamás se ha encontrado un solo esqueleto. El cadáver, ya sea intacto o destrozado por los tigres, es llevado inmediatamente por los monos, los cuales, en el último caso, reúnen los huesos esparcidos y los entierran tan hábilmente en hoyos profundos, que no queda vestigio alguno. Los ingleses se den de esta superstición, pero la policía no niega el hecho de la completa desaparición de los cuerpos. Cuando las laderas de la montaña fueron horadadas en el curso de la construcción del ferrocarril, se

encontraron huesos separados con las señales de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos plateados, a profundidades increíbles. El hecho de estar rotas estas cosas demostraba que no habían sido enterradas por los hombres, porque ni la religión de los indos ni su avaricia les hubiera permitido romperlos ni enterrarlos. ¿Será, pues, posible, que así como entre los hombres una mano lava la otra, haya en el reino animal una especie que oculta los crímenes de la otra?

Tras haber pasado la noche en una posada poriuguesa, hecha de bambúes como un nido de águila y adosada al costado casi vertical de la roca, nos levantamos al amanecer, y después de visitar todos los lugares pintorescos famosos por su belleza, hicimos los preparativos para el viaje de regreso. A la luz del día el panorama era aún más espléndido que por la noche; varios volúmenes no serían suficientes para describirlo. Si no hubiese sido porque por tres lados el horizonte estaba cerrado por las sinuosas cumbres de las montañas, toda la planicie del Deccán hubiera aparecido ante nuestros ojos. Bombay estaba tan claro que parecía muy cerca de nosotros, y el canal que separa la ciudad de Salseta brillaba como una cinta de plata. Da vueltas como una serpiente en su curso hacia el puerio, rodeando a Kanheri y otros islotes que se asemejan extraordinariamente a guisantes verdes esparcidos en la blanca tela de sus aguas brillantes y, por fin, se junta con la deslumbrante línea del Océano índico en el lejano horizonte. Al otro lado está el Konkan del Norte, rematado por los Ghates occidentales; las cimas, a modo de agujas, de las rocas Jano Naóli, y por último, la almenada cumbre de Iunnel, cuya imponente silueta se perfila en el distante azul del opaco cielo como un castillo de gigantes en un cuento de hadas. Más lejos asoma el Prabal, cuya achatada cumbre era en los antiguos tiempos el asiento de los Dioses, y desde donde Visnú habló a los moriales -según cuentan las leyendas-. Y allá abajo, el desfiladero se ensancha en un valle, totalmente cubierto de enormes rocas esparcidas sobre las que se amontonan multitud de leyendas históricas y mitológicas, puede percibirse otra. cadefiáde m'oritailas, aún más elevadas y de fornias todavía más extrañas. Esto es Khandalá, en donde sobresale un enorme bloque de piedra, conocido con el nombre de la Nariz **del Duque**. Al lado opuesto, en la misma cima de la montaña, está situado Karli o Kurli, el cual, según la opinión de los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos excavados en la roca.

El que haya atravesado los pasos del Cáucaso una y otra vez; el que desde la cima de la montaña Cruz haya contemplado bajo sus pies las tempestades y los relámpagos; el que haya visitado los Alpes y subido al Rigi; el que conozca bien los Andes y las Cordilleras, así como todos los rincones de los Catskills en Noricamérica, puede permitirse expresar esta humilde opinión: las montañas caucásicas son, sin disputa, más majestuosas que los Ghates de la india, y su esplendor no puede ser oscurecido comparándolas con éstos; pero su belleza es clásica, si se me permite la expresión. A la vista de aquéllas se experimenta un placer verdadero, pero al mismo tiempo, una sensación de temor. Uno se siente como un pigmeo ante estos Titanes de la Naturaleza. Pero en la India, exceptuando los Himalayas, las montañas producen una impresión muy diferente. Las cimas más altas de la meseta del Deccán, así como las de la curribe triangular que bordea el Indostán septentrional, y las de los Ghates Orientales, no exceden de 900 m. Sólo en los Ghates occidentales de la costa Malabar, desde el cabo Comorin al río Surat, hay alturas de 2000 m. sobre el nivel del mar. De suerte que no puede haber comparación entre éstas y el patriarca de blanquecina cabeza, Elbruz o Kaz Dagh, que supera los 5000 m.

El encanto original y principal de las montañas indas consiste en sus increíblemente caprichosas formas. Algunas veces estas montañas, o más bien, picos volcánicos separados, presentándose en fila, forinan cadenas; pero es más corriente encontrarlos esparcidos, con gran perplejidad de los geólogos, sin causa visible, en lugares donde su formación parece por completo inapropiada. Son comunes los valles espaciosos rodeados por altos muros de roca, sobre cuya cumbre misma pasa el ferrocarril. Mirad hacia abajo y os parecerá estar contemplando el estudio realizado por algún titánico escultor, lleno de grupos a medio concluir, estatuas y monumentos. Aquí, un pájaro de una tierra de ensueños posado sobre la cabeza de un monstruo de 168 m. de altura, extendiendo las alas y abriendo desmesuradamente su boca de dragón; a su lado, el busto de un hombre con un yelmo por montera; almenas como muros de un castillo feudal; alimañas devorándose unas a otras; estatuas con miembros rotos; montones desordenados de inmensas bolas; fortalezas solitarias con troneras, torres y puentes en ruinas. Todo esto esparcido y mezclado con formas que cambian constantemente como los sueños del delirio... Y la atracción principal es que aquí no hay nada que sea resultado del arte; **todo es debido al puro capricho** de la Naturaleza, la cual, sin embargo,

ha sido algunas veces aprovechada por los antiguos constructores. El arte **del hombre** en la india hay que buscarlo en el *interior* de la Tierra, más que en su *superficie*. Los antiguos indos rara vez construían sus templos fuera del seno de la Tierra, como si tuvieran vergüenza de sus esfuerzos, o no se atrevieran a rivalizar con la escultura de la Naturaleza. Habiendo escogido, por ejemplo, una roca piramidal o una colina con forma de cúpula como Elefanta o Karli, excavaban en ella durante siglos, según los *Puranas*, planeando en tan grandioso estilo que ninguna arquitectura moderna ha podido concebir nada que se le iguale. Las fábulas (?) acerca de los Cíclopes parecen más verdad en la India que en Egipto.

El ferrocarril desde Narel a Khandala recuerda uno de líneas semejantes desde Génova a los Apeninos por su asombrosa construcción. Pudiera decirse que se viaja por el aire, no por tierra. El tren atraviesa una región de 400 m. sobre Konkan; y en algunos sitios, mientras que un raíl se apoya en el agudo filo de la roca, el otro está sostenido sobre bóvedas y arcos. El viaducto de Mafi Khindi tiene 54 m. de altura. Durante dos horas corrimos entre cielo y tierra, con el abismo a ambos lados espesamente cubierto de mangos y plataneros. Realmente, los ingenieros ingleses son constructores maravillosos.

El paso de Blior Ghates se salvó con fortuna y llegamos a Khandala. Nuestro bungalow está construido en la orilla misma del precipicio cuyo fondo ha ocultado la Naturaleza bajo una cubieria de exhuberante vegetación. Todo está en flor y en estos insondables retiros, un botánico encontrada material suficiente para ocuparle durante toda su vida. Las palmeras han desaparecido, pues en su mayor parte crecen cerca del mar. Aquí están reemplazadas por banianos, mangos, pipales, higueras y millares de otros árboles y arbustos desconocidos por los profanos como nosotros. La flora inda es con demasiada frecuencia calumniada, suponiéndola abundante en flores hermosísimas, pero desprovista de aroma. En algunas épocas esto no dejará de ser cierto, pero mientras los jazmines, las variadas y balsámicas tuberosas y doradas *champacas* (*o frangipanis*) están en flor, esta afirmación está lejos de ser verdad. El aroma de la champaca es tan poderoso que casi marea. En cuanto al tamaño, es el rey de los árboles y florece una vez cada cien años. Precisamente en esta época del año, cientos de ellos estaban en plena florescencia en Matheran y Khandala.

Estuvimos sentados en el pónico, hablando y gozando de la perspectiva que nos rodeaba, hasta cerca de medianoche... Un inglés sentado junto a nosotros, un capitán retirado entrado en años, notó que no hacíamos distinciones entre él y los indos, y que no quemábamos ningún incienso en honor suyo como representante de una «raza superior». Así fue que nos saludó y se marchó. Todo dormía a nuestro alrededor y estábamos solos con nuestros compañeros de ruta, que hablaban el inglés tan bien como cualquier profesor de Oxford.

Khandala no es más que una aldea grande situada en la aplanada cresta de una de las montañas pertenecientes a la cordillera Sahyadri, a unos 630 m. sobre el nivel del mar. Está rodeada de picos aislados, tan extraños en su forma como los que ya habíamos visto. Uno de ellos, enhiesto ante nosotros en el lado opuesto del abismo, se parecía exactamente a un edificio grande de un piso, con techo plano y parapeto almenado. Los indos aseguran que en alguna parte de esta colina hay una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores; en una palabra, a todo un palacio subterráneo, y que existe todavía gente que posee el secreto de esta mansión. Un santo ermitaño, yogui y mago, que había habitado estas cuevas durante «muchos siglos», comunicó este secreto a Sivaji, el célebre jefe de los ejércitos de Maliratti. Como Tannhauser en la ópera de Wagner, el invencible héroe pasó siete años de su juventud en esta misteriosa mansión y allí adquirió su extraordinaria fuerza y valor.

Sivaji -una especie de *Ilya Murometz*(⁶⁵) indo- era el cabeza y el rey de los mahraltis en el siglo *XVII* y el fundador de un imperio de poca duración. La India le debe la disminución, ya que no la completa destrucción, del yugo musulmán. De la estatura de una mujer corriente y con manos de niño tenía, sin embargo, una fuerza maravillosa, la cual atribuían sus compatriotas a la magia. Su espada se conserva aún en un museo y no puede menos que admirarse su peso, tamaño y hasta la empuñadura, capaz solamente de albergar la mano de un niño de diez años. El fundamento de la fama de este héroe es el hecho de que siendo hijo de un pobre oficial al servicio del emperador mogol, mató cual otro David, al Goliat musulmán, el formidable *Afzal Khan*. No lo mató con honda como aquél, sino que usó en este combate el arma formidable de los

⁶⁵ 1 Un gigante caballero del folclore ruso. (N. del E. inglés)

malirattis, la *vaghnakha*(2⁶⁶), que consiste en cinco largas uñas de acero, tan agudas como agujas y con forma de garras. Este arma se lleva en los dedos y los combatientes la emplean para desgarrarse mutuamente las carnes como fieras.

El Deccán está lleno de leyendas acerca de Sivaji y **hasta los historiadores** ingleses lo mencionan con respeto. **Lo mismo que la fábula** acerca de Carlomagno, una de las tradiciones locales indas asegura que Sivaji no ha muerto sino que vive en secreto en una de las cuevas de Sahyadri. Cuando suene la hora de la Liberación (y según los cálculos de los astrólogos no está muy lejano el día) volverá a aparecer para dar libertad a su amado país.

Los sabios y astutos brahmanes, esos jesuitas de la India, se aprovechan de la profunda superstición de las masas para sacarles su dinero; algunas veces hasta la última vaca, único medio de ahnientación de una familia numerosa. En los pasajes que siguen, expongo un ejemplo curioso de ésto. A finales de julio de 1879 apareció el siguiente documento misterioso en Bombay. Traduzco literalmente del ejemplar mahratti:(⁶⁷)

«¡*Shri!* (un saludo intraducible). Sepan todos que esta epístola, escrita en su original, en letras de oro, ha venido de *Indra Loka* (el cielo de Indra) a la presencia de santos brahmanes en el altar del templo de *Vishveshvara*, el cual está en la ciudad sagrada de Benarés.

Oíd y entended, ¡oh, pueblos del Indostán, Rajastán, Punjab, etc.! El sábado, segundo día de la primera mitad del mes *Magha*(2⁶⁸), en el año 1809 de la Era de *Shalivahana* (1887 de nuestra Era), exactamente dentro de ocho años, durante el *Asvini Nakshatra*(3⁶⁹), cuando el Sol entre en Capricornio y la hora del día esté cerca de la constelación de Piscis, esto es, exactamente una hora y treinta y seis minutos después del amanecer, la

⁶⁶ 2 Del término mahratti, *vagh*, «tigre» y *nakha*, «garra». (N. del E. inglés)

⁶⁷ 1 El original había sido traducido a todos los dialectos de la India, de los cuales hay ¡¡273!!

⁶⁸ 1 El undécimo mes según el cómputo de la Era *Shalivahana*.

⁶⁹ 3 La primera de las veintisiete constelaciones del recorrido de la Luna.

hora del fin del Kali Yuga sonará, comenzando el muy deseado Satya Yuga(4⁷⁰). Esta vez el Satya Yuga durará 1000 años. En todo este tiempo la vida del hombre será de 128 años. Los días serán más largos y constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y la noche de trece horas y doce minutos, es decir, tendremos exactamente treinta y cuatro horas y un minuto. El primer día del Satya Yuga, cuatro horas y veinticuatro minutos después del amanecer, será muy importante para nosotros, pues será el día en que se nos presentará nuestro nuevo rey de cara blanca y dorados cabellos, que vendrá del lejano Norte. Será el autocrático príncipe de la India. El Maya (Ilusión) de la incredulidad humana con todas las herejías sobre las cuales preside, será arrojado al Patala(5); ⁷¹y el Maya de los justos piadosos permanecerá con ellos y los ayudará a gozar la vida en *Mrityu Loka*(6⁷²). Sépase también por todos que para la difusión de este documento divino, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de tantos pecados como se perdonan generalmente cuando un hombre piadoso sacrifica a un brahmán cien vacas. En cuanto a los incrédulos y los indiferentes, serán enviados a *Naraka* (infierno).

Transcrito y dado por el esclavo de *Visnú*, Madlau Sriman, el sábado, día séptimo de la primera mitad de *Shravana*(1⁷³), 1801 de la Era de Shalivahana. Es decir, el 26 de julio de 1879.»

Lo que después ocurrió con esta ignorante y astuta epístola no lo sé. Quizás la policía interrumpió su distribución; sin embargo, esto sólo concierne a los administradores prudentes. Pero admirablemente pone de manifiesto de un lado la credulidad de la plebe sumida en la superstición, y de otro, la poca escrupulosidad de los brahmanes, que explotan su rebaño.

Respecto a la palabra Patala, que significa «regiones inferiores», es interesante un reciente descubrimiento de svami Dayananda Sarasvati, a quien he mencionado en mis cartas anteriores, especialmente si este descubrimiento es aceptado por los filólogos como lo prometen los

⁷⁰ 4 Esto es, el final del Maha Yuga, el gran ciclo que encierra los cuatro Yugas menores,

⁷¹ 5 El infierno y las antípodas.

⁷² 6 *Mrit* es «nuestra tierra», *Mrityu Loka* significa «la región de nuestra tierra».

⁷³ El quinto mes del año hindú.

hechos. Dayananda trata de demostrar que los antiguos arios conocían e incluso visitaron la América llamada Patala -el país «de abajo»- en antiguos manuscritos, y de la cual la imaginación popular, en el curso del tiempo, hizo algo parecido al Hades griego ('A&ns). Sostiene esta teoría con muchas citas de los más antiguos manuscritos, especialmente de las leyendas acerca de Krisna y su discípulo favorito Arjuna. En la historia de este último se dice de él que era uno de los cinco pandavas, descendientes de la dinastía de la Luna, que visitó Patala en sus viajes y allí se casó con una viuda, hija del rey nagual, llamada Illupl. Comparando los nombres de padre e hija, llegamos a las siguientes consideraciones, que dicen mucho en favor de la suposición de Dayananda:

1.- Nagual es el nombre con que los hechiceros mejicanos, nativos de América, son todavía designados. Lo mismo que los Nargals, asiros y caldeos, jefes de los Magos, el nagual mejicano reúne en su persona las funciones de sacerdote y de hechicero, siendo servido en este último oficio por un demonio bajo la forma de un animal, generalmente una serpiente o un cocodrilo. El nagual se cree que es descendiente de Nagua, el rey de las serpientes. El abate Brasseur de Bourbourg les dedica considerable espacio en su libro acerca de Méjico y dice que los naguales son servidores del demonio, el cual, a su vez, sólo les sirve temporalmente. En sánscrito, asimismo, serpiente es Naga y el «Rey de los Nagas» desempeña un papel importante en la historia de Buda y en los Puranas. Existe la tradición de que Aljuna fue quien introdujo el culto de la serpiente en Patala. La coincidencia y la identidad de los nombres es tan sorprendente -en especial porque se encuentran en los dos extremos de la Tierra- que nuestros científicos debieran en realidad prestarles atención.

2.- El nombre de la esposa de Arjuna, Illupl, es puramente mejicano antiguo y si rechazamos la hipótesis de svami Dayananda, será imposible de explicar, debido a la existencia de este nombre en los manuscritos sánscritos mucho antes de la Era Cristiana. De todos los antiguos dialectos y lenguas, sólo en los de los aborígenes de América es donde de forma constante se hallan tales combinaciones de consonantes como pl, tl, etc. Abundan principalmente en el lenguaje de los toltecas (nahuatl), mientras que ni en el sánscrito ni en el antiguo griego se encuentran. Las palabras Atlas y Atlantes parecen extrañas a la etimología de todas las lenguas europeas. Donde quiera que las encontrara Platón, no fue él quien inventó el nombre de la «Atlántida». En la lengua tolteca vemos la raíz atl, que

significa «agua» y «guerra»; e inmediatamente después del descubrimiento de América, Colón dio con una ciudad llamada Atlan(1⁷⁴) a la entrada de la bahía de Urabá. Sólo en América se encuentran nombres como el de Itzcoatl, Zempoaltecatl y Popocatepetl. Querer explicar semejantes coincidencias por la teoría de la ciega casualidad sería demasiado; por consiguiente, en tanto la ciencia no trate de negar la hipótesis de Dayananda, lo cual hasta ahora no puede hacer, creemos razonable adoptarla, aunque sólo sea con el fin de seguir el axioma «una hipótesis es tan buena como otra». Entre otras cosas, Davananda sugiere que el camino que llevó a Arjuna a América, hace cinco mil años, fue por Siberia y el estrecho de Bering.

Hacía rato que había pasado la medianoche, pero aún continuábamos oyendo ésta y otras leyendas parecidas. Finalmente, el posadero envió un criado a avisarnos de los peligros que nos amenazaban si permanecíamos demasiado tiempo en el pórtico en una noche de luna llena. El programa de estos peligros estaba dividido en tres secciones: serpientes, fieras y dacoits. Además de la cobra y de la «serpiente de las rocas» las montañas de alrededor están llenas de una especie de serpientes de montaña muy pequeñas llamadas furza, las más peligrosas de todas. Su veneno mata con la rapidez del relámpago. La claridad de la Luna las atrae, y grupos enteros de estos no deseables huéspedes se deslizan hacia los pórticos de las casas para calentarse. Aquí se encuentran más abrigadas que en el suelo. El verde y perfumado abismo debajo de nuestro pórtico era casualmente también un lugar favorito de tigres y leopardos que venían allí a apagar su sed en el ancho arroyo que corre por el fondo, y luego vagan hasta el amanecer bajo las ventanas del bungalow. Por último estaban los locos dacoits, cuyas guaridas se hallan esparcidas en montañas inaccesibles a la policía, que hacen fuego a menudo sobre los europeos, simplemente por darse el placer de enviar *ad patres* a uno de los odiados *bellatis* («extranjeros»). Tres días antes de nuestra llegada desapareció la mujer de un brahmán, arrastrada por un tigre hacia el abismo y dos perros favoritos del comandante fueron muertos por las serpientes. No quisimos aguardar más explicaciones y nos apresuramos a entrar en nuestras habitaciones. Al amanecer teníamos que marchar a Karli, a diez kilómetros de este lugar.

⁷⁴ 1 Ahora es una pobre aldea de pescadores, llamada Acla. (N. del E.)

CAPÍTULO VI

LAS CUEVAS DE KARLI - LA COLUMNA DE LOS LEONES BIBLIOTECAS INACCESIBLES DE LA INDIA - LOS THAKURES Y SUS CASTILLOS - MANUSCRITOS SAGRADOS - OPINIONES DE FERGUSSON SOBRE KARLI - GRAN ANTIGÜEDAD DE ELEFANTA

COMPARACIÓN CON KARLI Y KANHERI

A las cinco de la mañana habíamos llegado ya al límite, no sólo de los caminos para carruajes sino también de los caminos para caballos. Nuestro carro de bueyes no pudo avanzar más. El último kilómetro era un mar pedregoso. Teníamos que abandonar nuestra empresa o subir a gatas una pendiente casi perpendicular de unos 300 m. de altura. Habíamos agotado los recursos de nuestro ingenio y contemplábamos pasmados aquella mole histórica que teníamos delante, sin saber qué parlido tomar. Casi en la cumbre de la montaña, bajo las suspendidas rocas, se veía una docena de negras aberiuras. Centenares de peregrinos trepaban hacia ellas, pareciéndose con sus vestidos de fiesta a otras tantas hornigas multicolores. En este punto, sin embargo, nuestros fieles amigos indos vinieron en nuestra ayuda. Uno de ellos, poniendo en su boca la palma de la mano, produjo un sonido estridente, algo entre un grito y un **silbido**. Esta señal fue contestada desde arriba por un eco, y casi inmediatamente varios brahmanes medio desnudos, vigilantes **hereditarios** del templo, comenzaron a descender por las rocas con la Velocidad y destreza de gatos salvajes. Cinco minutos después estaban con nosotros y atando a nuestros cuerpos fuertes correas de **cuero**, nos arrastraron, pues eso es lo que hicieron al conducirnos hacia arriba. A la media hora, exhaustos, pero perfectamente sanos, nos encontramos ante el pórtico del templo principal que hasta entonces había sido ocultado de nuestra vista por los árboles y cactus gigantescos.

Esta entrada majestuosa, apoyada en cuatro pilares macizos, que forman un rectángulo, tiene dieciocho metros de ancho y está cubierta de musgo y grabados antiguos. Ante ella está la «columna de los leones», llamada así por los cuatro leones de tamaño natural, esculpidos y sentados espalda con

espalda, que hay en su capitel. Sobre la entrada principal hay un enorme arco, con sus lados cubiertos por figuras colosales de hombres y mujeres; enfrente, aparecen en relieve tres elefantes gigantescos con cabezas y trompas que sobresalen del muro. La forma del templo es ovalada. Tiene cuarenta y tres metros de largo por dieciséis de ancho. El espacio central está separado de las naves laterales por cuarenta y dos pilares que soportan el techo en forma de cúpula. Más lejos hay un altar que divide la primera cúpula de una segunda que se levanta sobre un pequeño *Sancta Sanctorum* secreto, utilizado en otros tiempos, por los antiguos sacerdotes arios, como altar recóndito. Dos pasillos laterales que conducen al mismo terminan bruscamente sin llegar a él, circunstancia que induce a suponer que alguna vez hubo allí puertas o paredes que en la actualidad ya no existen. Cada uno de los pilares tiene su pedestal alto, su fuste octogonal y su capitel, descrito por Fergusson como «de la más exquisita factura, representando dos elefantes arrodillados con un Dios y una Diosa encima».

Fergusson dice, además, que este templo *o chaitya*, es más antiguo y está mejor conservado que los demás de la India, y puede atribuirse a una época de unos 200 años antes de nuestra Era, porque Prinsep -que ha descifrado la inscripción del pilar de Sinhastambha- asegura que el pilar de los leones fue donado por Ajmitra Ukass, hijo de Saha Ravisabhoti, y otra inscripción demuestra que el templo fue visitado por Dattama Hara, llamado también Dattagamini, rey de Ceilán en el vigésimo año de su reinado, esto es, 163 años antes de nuestra Era. Por una razón u otra, Stevenson⁽¹⁾ señala como fecha 70 años a.C., asegurando que Karlen (Karli) fue construido por el emperador Devabhuti, bajo la inspección de Jenócrates (Dhanukakata o Dherrukakati). Pero, ¿cómo puede esto sostenerse en vista de las ya mencionadas inscripciones, perfectamente auténticas? El mismo Fergusson, el célebre defensor de las antigüedades egipcias y crítico hostil de las de la India, demuestra que Karli pertenece a las construcciones del siglo III a.C., añadiendo además que «la disposición de las diversas partes de su arquitectura es idéntica a la arquitectura de los coros de la época gótica y de los ábsides poligonales de las catedrales».⁽¹⁾⁷⁶

⁷⁵ 1 *Journal of the Bombay Branch of the Asiatic Society*, vol. v, p. 322.

⁷⁶ 1 J. Fergusson, *Illustrations of the Rock-cut Temples of India*, Tomo dedicado a textos, P. 32.

En la fachada principal, hay una galería que recuerda uno de los coros donde se coloca el órgano en las iglesias católicas. Además de la entrada principal, hay dos entradas laterales que conducen a las naves del templo, y sobre la galería hay una espaciosa y única ventana en forma de herradura, de manera que la luz cae sobre el *daghoba* («altar») desde arriba, dejando las naves sombreadas por las columnas, en una oscuridad que va en aumento a medida que se avanza hacia el extremo opuesto del edificio. A los ojos del espectador que se encuentra en la entrada, el *daghoba* resplandece de luz, y detrás de él no se distinguen sino tinieblas impenetrables, donde no se permitían las pisadas profanas. La figura del *daghoba*, desde cuya cima los «sacerdotes *Rajá*» acostumbraban a pronunciar sentencias o fallos a las gentes, se llama *Dhanna Raid*, el Mino indo.

Sobre el templo hay dos pisos de cuevas, en cada una de las cuales existen anchas galerías abiertas formadas por grandes columnas esculpidas, y desde estas galerías una abertura conduce a celdas espaciosas y a corredores, a veces muy largos, pero en la actualidad inútiles por completo, pues invariablemente tenninan de forma brusca en una pared sólida. Los guardianes del templo, o bien han perdido el secreto de otros pasajes y cuevas, o los ocultan celosamente a los europeos. El viejo brahmán y sus dos hijos se quejaban con amargura de que el Gobierno les diese un subsidio de sólo 600 rupias por dos celebraciones religiosas en honor a Siva, mientras que la Compañía de las Indias Orientales les daba dos mil. Al mismo tiempo que nos alegramos por ellos, no pudimos evitar sorprendemos por tamaña *generosidad*. ¡Gobemantes cristianos subsidiando festividades paganas e «idolatría»! ¡Algo raro! Pero entonces, ¿por qué gastar millones en obras misionales, en vez de convertir al Cristianismo a los numerosos *incrédulos* de la propia patria?...

Además de los viharas principales, hay muchos otros esparcidos en la pendiente de la montaña. Estos templos monásticos son todos más pequeños que los primeros; pero según la opinión de algunos arqueólogos, son mucho más antiguos. A qué siglo o época pertenecen, nadie lo sabe, excepto algunos brahmanes que guardan silencio. Generalmente hablando, la situación de los arqueólogos europeos en la india es muy triste. Las masas, sumidas en la ignorancia, son incapaces de prestarles ayuda, y los brahmanes instruidos, iniciados en los misterios de las bibliotecas secretas de las pagodas, callan y hacen todo lo posible para impedir las

investigaciones arqueológicas. Sin embargo, después de todo lo que ha pasado, sería injusto censurar la conducta de los brahmanes en este punto. La amarga experiencia de muchos siglos les ha enseñado que su única salvación es la desconfianza y la circunspección; sin éstas, su historia nacional y sus tesoros más sagrados estarían irrevocablemente perdidos. Los golpes de Estado políticos y las invasiones musulmanas que han sacudido el país hasta sus cimientos, y durante tantos siglos han desgarrado a la India, el fanatismo destructor de los vándalos mahometanos y de los misioneros católicos que están dispuestos a todo con tal de conseguir manuscritos y destruirlos, todo esto constituye una buena disculpa de la conducta de los brahmanes.

Sin embargo, a pesar de estas múltiples tendencias destructoras a través de los siglos, existen en muchos lugares de la India vastas bibliotecas capaces de esparcir una brillante y nueva luz, no sólo sobre la historia de la India misma, sino también sobre los más oscuros problemas de la Historia Universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, están en poder de príncipes del país y de los sacerdotes de las pagodas dependientes de los príncipes; pero la mayor parte está en manos de los jainas (la más antigua de las religiones indas) y de los thakures^(1⁷⁷) de la Rajputana, cuyos antiguos castillos hereditarios se hallan esparcidos por todo el Rajastán, como otros tantos nidos de águilas en las altas rocas. La existencia de las célebres colecciones de Jaisalmer y de Pathana, no es desconocida para el Gobierno, pero continúan por completo fuera del alcance de éste. Los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo, hoy totalmente olvidado, inteligible sólo para los altos sacerdotes y para sus bibliotecarios iniciados. Un grueso folio es considerado tan sagrado e inviolable que está pendiente de una pesada cadena de oro en el centro del templo de Chintamani en Jaisalmer (la capital del desierto de la Rajputana), y sólo se saca para

⁷⁷ 1 **Los thakures ocupan en la India una posición semejante a la** de los barones feudales europeos de la Edad Media. Nominalmente dependen de alguno de los príncipes del país o del Gobierno inglés; pero *de facto* son independientes. Sus castillos están contruidos sobre rocas elevadas y además de la dificultad natural de penetrar en ellos, son doblemente inaccesibles por la circunstancia de que en cada uno de estos castillos existen largos pasadizos secretos, únicamente conocidos por su presente dueño, y cuyo acceso es confiado a su heredero sólo a la hora de su muerte. Hemos visitado dos de esos lugares subterráneos, uno de ellos bastante espacioso como para contener toda una aldea. Además de sus dueños, tan solo a los yoguis e iniciados les está permitido el acceso. Es sabido que no existe tortura capaz de inducirles a revelar el secreto, en especial teniendo en cuenta el hecho de que diariamente realizan torturas sobre sí mismos.

quitarle el polvo y volverlo a encuadernar al advenimiento de cada nuevo pontífice. Esta es la obra de Somaditya Sauracharya, un sumo sacerdote del tiempo pre-musulmán, bien conocido en la Historia. Su manto se conserva todavía en el templo y sirve de vestido de iniciación para cada nuevo sumo sacerdote. El coronel Tod, que pasó tantos años en la India y que se granjeó el cariño de las gentes, así como el de los brahmanes -rasgo de lo más extraordinario en la biografía de un inglés-, ha escrito la única historia verdadera de la India, pero ni aún a él le fue jamás permitido tocar este libro aunque este hombre amaba con toda su alma a estas gentes. Los rumores dicen generalmente que se le ofreció ser iniciado en sus misterios si adoptaba su religión. Como era un apasionado arqueólogo, casi decidió aceptar pero, teniendo que volver a Inglaterra a causa de su salud, dejó este mundo antes de poder regresar a su país adoptivo, y así el enigma de este nuevo libro de la Sibila permanece sin resolver.

También se refiere una historia semejante con respecto a las bibliotecas y pasajes subterráneos de Karli. En cuanto a los arqueólogos, no pueden ni siquiera determinar si este templo antiguo fue construido por budistas o por hindúes. El inmenso daglioba que oculta el Sancta Sanctorum a los ojos de los devotos, está cubierto por un techo en forma de hongo y se parece a un minarete bajo con una cúpula. Los techos de este género son llamados «paraguas», por los arqueólogos, y en general, cobijan las estatuas de Buda y de los sabios chinos. Por otra parte, los adoradores de Siva, que en los tiempos presentes poseen el templo, aseguran que esta construcción baja que parece un tambor con cúpula, no es otra cosa sino un lingam de Siva. Además, las esculturas de los Dioses y Diosas, grabadas en la roca, impiden creer que el templo sea de producción budista.

Fergusson escribe:

«Mi observación se refiere especialmente a esta cueva, donde las cuevas chaityas parecen haber alcanzado su máxima perfección; ya adoptemos como nuestro guía al mahavansa o las inscripciones de Asoka, es evidente que este País, llamado Maharasiltra en el primero y Pitenika en el otro, es uno de los países que no fueron convenidos cuando los misioneros llegaron a él en el décimo año del reinado de Asoka; y si tomamos por cierta esa fecha, entonces, no habría transcurrido apenas un siglo desde la conversión del país hasta la ejecución de este monumento espléndido. No

hay nada de los viharas de aquí o de otro lugar fechado por mi en el mismo periodo que no haya sido construido en una cueva natural, pero ofrecen una complejidad tal de diseño que prohíben semejante suposición; deberán situarse en épocas mucho más modernas o aceptarse como Copias de auténticos edificios; y aun entonces sólo habremos solucionado la mitad del problema. ¿Fue el supuesto edificio un templo de hindúes o de budistas? ¿Fue diseñado después de la muerte de Sakyasinha? ¿0 pertenece a una religión anterior? Y, por fin, si estamos en lo cierto al suponer que la excavación de cuevas no comenzó hasta después de reinar Asoka(1⁷⁸), ¿por qué es tan grande la obra realizada en la roca en el tiempo en que los viharas eran todavía tan pequeños e insignificantes? >(2⁷⁹).

Esto es si exceptuamos las docenas de otras, como Elefanta, Ajanta, Kanheri, etc. que Fergusson intenta situar tan cerca de nuestros tiempos como le es posible.

Esta es la cuestión. Si Fergusson, obligado a reconocer la antigüedad de Karli por los datos que resultan de las inscripciones persiste en asegurar que Elefanta es de fecha muy posterior, no podrá resolver este dilema, porque ambos estilos son exactamente los mismos y las esculturas de esta última son aún más significativas. El atribuir los templos de Elefanta y Kanheri a los budistas y decir que sus construcciones respectivas corresponden al siglo IV y V en el primer caso y al X en el segundo, es introducir en la Historia un anacronismo muy extraño e infundado. Después del primer siglo de nuestra Era, no quedaba en la India un solo budista influyente. Vencidos y perseguidos por los brahmanes, emigraron por millares a Ceilán y a las regiones iraníes. Después de la muerte del rey Asoka, la influencia del Budismo pronto decayó y en poco tiempo fue por completo desalojado de la India por la teocracia brahmánica. La hipótesis de Fergusson de que los partidarios de Sakyasinha, arrojados del continente por la intolerancia, buscaron quizás un refugio en las islas que rodean a Bombay, no soporta un análisis crítico. Elefanta y Salseta están muy cerca de Bombay, a cuatro y nueve kilómetros de distancia respectivamente, y están llenos de antiguos templos hindúes.

⁷⁸ 1 Murió en el 222 a. C. (H. P. Blavatsky)

⁷⁹ 2 J. Fergusson, op. cit., pp. 30-31.

¿Es, pues, creíble que los brahmines en el apogeo de su poder, precisamente antes de las invasiones musulmanas, fanáticos como eran y considerándoles sus enemigos mortales, permitieran que estos aborrecidos herejes construyesen pagodas budistas, no sólo dentro de sus dominios en general sino incluso en Gharipur en particular, cuando ésta es su sagrada «ciudad de los templos-cuevas»? No es necesario ser especialista en arquitectura, ni un eminente arqueólogo para convencerse a primera vista de que **los templos** como Elefanta son obras de cíclopes y que requieren siglos, no ya años, para su construcción. Al mismo tiempo que en Karli todo está construido y esculpido con arreglo a un plan perfecto, en Elefanta parece como si miles de manos diferentes hubiesen trabajado en épocas distintas, siguiendo cada una sus propias ideas y modelando según su propia inspiración. Las tres cuevas -el templo central y los dos laterales- están excavadas en una roca dura de pórfido. El primer templo es un cuadrado de 39 m. de largo por 38,8 m. de ancho. Contiene veintiséis gruesas columnas y dieciséis pilastras. Entre algunas de ellas hay una distancia de 3,6 m., entre otras 4,6 m., 3,9 m. y así sucesivamente. La misma variación se encuentra en las bases de las columnas, cuya terminación y estilo varía constantemente, ¿Por qué, pues, no hemos de prestar alguna atención a las explicaciones de los brahmanes? Ellos dicen que este templo fue ideado y comenzado por los hijos de Pandu, después de la «Gran Guerra» *Mahabharata*, y que después de su muerte se encargó a todo verdadero creyente que continuara la obra con arreglo a su propia discreción. De este modo se construyó el templo gradualmente durante tres siglos. Todo el que deseaba redimir sus pecados traía su cincel y se ponía a trabajar. Muchos fueron los miembros de familias reales y hasta reyes que en persona tomaron parte en esta labor ... (1⁸⁰) Los brahmanes sostienen que este lugar sagrado no estaba abandonado si los hombres de las generaciones anteriores y presentes no fueran indignos de visitarlo.

En cuanto a Kanari o Kanheri y algunos otros templos excavados en la roca, no hay la menor duda de que fueron construidos por budistas. En

⁸⁰ Al lado derecho del templo hay una piedra cilíndrica, un lingam de Siva en su carácter de Fuerza Fructificadora, cobijado por una pequeña capilla cuadrada con cuatro puerias. Alrededor de esta capilla hay muchas figuras humanas colosales. Según los brahmanes, éstas son estatuas que representan a los mismos escultores, guardianes de las puerias del *Sancta Sanctorum*, hindúes de la casta más elevada. Cada una de las figuras mayores se apoya sobre un enano, representante de las castas inferiores, los cuales han sido promovidos por la fantasía popular al rango de *pisachas* («demonios»). Por otra parte, el templo está lleno de trabajos nada hábiles.

muchos de ellos se encontraron inscripciones en perfecto estado de conservación, y su estilo no hace recordar absolutamente nada las construcciones simbólicas de los brahmanes. El arzobispo Heber cree que las cuevas de Kanheri fueron construidas en los siglos I y II a.C. Pero Elefanta es mucho más antiguo

y debe ser clasificado entre los monumentos prehistóricos, esto es, su fecha debe asignarse a la época que siguió inmediatamente a la «Gran Guerra». Por desgracia, la fecha de esta guerra es un punto de desacuerdo entre los científicos europeos; el célebre e instruido Dr. Martín Haug cree que es casi antediluviano, al mismo tiempo que el no menos célebre y sabio profesor Max Müller lo coloca lo más cerca posible del primer siglo de nuestra Era.

CAPITULO VII

LA FERIA DE KARLI - ENCANTADORES DE SERPIENTES - UN TALISMÁN CONTRA MORDEDURAS DE SERPIENTE

La feria llegaba a su punto culminante cuando habiendo concluido de visitar las celdas, trepar a todos los pisos y examinar la célebre «sala de luchadores», descendimos, no por las escaleras -de las cuales no se ve rastro alguno- sino mediante maromas, descolgados como los cubos que sacan agua de un pozo. Unas tres mil personas habían acudido de las ciudades y aldeas vecinas. Las mujeres estaban adornadas de cintura para abajo con brillantes saris de colores, con anillos no sólo en sus narices sino también en orejas, labios y en todas las partes del cuerpo en donde se pudiesen sostener. Sus cabellos negríssimos, peinados tersamente hacia atrás, brillaban por el aceite de coco y estaban adornados de flores carmesí que se consagran a Siva y a *Bhavani*, aspecto femenino de este Dios. Delante del templo había hileras de pequeñas tiendas donde podían comprarse todos los elementos para los sacrificios usuales: hierbas aromáticas, incienso, madera de sándalo, arroz, gulab y el polvo rojo con que los peregrinos rocían primero al ídolo y luego su propia cara. Faquires, *bairagins*, gossaines, toda la corporación de la hermandad mendicante se hallaba entre la multitud. Recubiertos con guirnaldas, con largos cabellos despeinados y rctorcidos sobre la cabeza como un

verdadero moño y con sus caras barbudas, presentaban una ridícula semejanza con monos desnudos. Algunos de ellos estaban cubiertos de heridas y contusiones debidas a la mortificación de la carne. También vimos algunos gunis, encantadores de serpientes, con docenas de diversos animales de esta especie alrededor de la cintura, cuello, brazos y piernas, Tldelos dignos de un pintor que tratase de representar la imagen de una Furia varón. Un *jadugar* («brujo») era especialmente notable. Su cabeza estaba coronada con un turbante de cobras. Dilatando sus caperuzas y levantando sus cabezas de un verde oscuro semejantes a hojas, estos reptiles silbaban furiosamente y con tanta fuerza que el sonido se oía a cien pasos de distancia, recordando la pesada respiración de un hombre agonizante. Sus afiladas lenguas⁽¹⁾ ⁸¹vibraban como relámpagos y sus pequeños Ojos brillaban de cólera al sentir la proximidad de cualquiera de los que pasaban... Aquí tuvimos ocasión de presenciar un hecho que relato exactamente cómo ocurrió, sin meterme en explicaciones o hipótesis de ningún género. Dejo a los naturalistas la solución del enigma.

Esperando ser bien pagado, el guni del turbante de cobras nos envió a decir con un joven lo mucho que deseaba mostramos sus poderes de encantador de serpientes. Por supuesto, aceptamos de muy buena gana pero con la condición de que entre nosotros y sus discípulos hubiese lo que Disraeli llamaría una «rontera científica». Escogimos un sitio a unos quince pasos del «círculo mágico». No me detendré a describir minuciosamente las tretas y maravillas que vimos, y procederé desde luego al hecho principal. Con ayuda de una vaguda, especie de flauta de bambú, el guni hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño cataléptico. La melodía que tocaba, tranquila, pausada y original en grado extremo, por poco nos hace dormir también a nosotros. Como quiera que fuese, a todos nos acometió un grandísimo sueño sin ninguna causa aparente.

Fuimos sacados de este semiletargo por nuestro amigo Gulab Singh que cogió un puñado de hierba desconocida por completo para nosotros, y nos

⁸¹ La picadura de una serpiente es totalmente inofensiva además de que el término «Picadura» es incorrecto. Para que penetre el veneno en la sangre de un hombre o animal, tiene que atravesar la carne con sus colmillos, no picar con el dardo. El colmillo de la cobra, semejante a una aguja, comunica con la glándula del veneno y si se le corta esta glándula, la cobra no vive más de dos o tres días. Por tanto, la suposición de los escépticos de que los gunis cortan esta glándula, no está fundamentada.

aconsejó que nos frotásemos las sienes y párpados con ella. Entonces el guni sacó de un saco sucio una especie de piedra redonda, no mayor que una moneda, parecida al ojo de un pescado o a un ónice negro con un punto blanco en el centro. Declaró que todo aquel que comprase aquella piedra podría encantar a cualquier cobra (no produciendo efecto alguno en las serpientes de otra clase), paralizando al animal y haciéndole dormir. También, según decía, esta piedra es el único remedio para la mordedura de la cobra. Basta con aplicar el talismán sobre la herida, en donde se adherirá tan firmemente, que no podrá arrancársela **hasta que** no haya absorbido todo el veneno, desprendiéndose entonces por sí misma, pasando así todo peligro...

Sabiendo nosotros que el Gobierno había ofrecido una buena recompensa por la invención de un remedio para la mordedura de la cobra, no mostramos gran interés ante la aparición de la piedra. Mientras tanto, el guni comenzó a irritar a sus cobras. Escogió una de casi tres metros de largo y la hizo enfurecer. La cobra rodeó con su cola un árbol, levantó la cabeza y silbó⁽¹⁸²⁾ terriblemente. El guni dejó tranquilamente que le mordiera un dedo, en el que todos vimos gotas de sangre. Un grito unánime de horror salió del grupo; pero el guni pegó la piedra a su dedo y continuó la función. «La glándula del veneno de la serpiente ha sido extraída -observó nuestro Coronel de Nueva York-. Esto es una mera farsa.» Como contestando a esta observación, el guni cogió la cobra por el cuello, y después de una corta lucha le fijó dentro de la boca una pajuela de manera que permaneciera abierta, y acercándose a nosotros con la serpiente, la mostró a uno por uno, de forma que todos vimos la glándula mortal en su boca. Pero nuestro Coronel no daba su brazo a torcer tan fácilmente. «La glándula está en su sitio, no hay duda -dijo- pero, ¿cómo podemos saber que en realidad contiene veneno?»

Entonces el guni hizo traer un gallo vivo y, atándole las patas, lo puso cerca de la serpiente. Ésta, en un principio, no quiso hacer caso de su nueva víctima y continuó silbando furiosamente al guni que la atormentaba e irritaba, hasta que al fin se lanzó sobre la desdichada ave. El

⁸² El término <silbar> no es tampoco exacto aplicado a las cobras, pues no silban. El ruido que producen es muy parecido al estertor de un moribundo. Todo el cuerpo de la cobra es sacudido por este fuerte y pesado gruñido.

gallo intentó un débil cacareo, se estremeció varias veces y quedó inmóvil. La muerte había sido instantánea...

Algo sucedió entonces tan extraño que sé que mi relato levantará contra mí a todos los antiespiritistas y críticos en general de San Petersburgo y Moscú. Los *hechos* son hechos, y a pesar de los más mordaces críticos, no se convierten en ficciones. Poco a poco la cobra se fue enfureciendo de tal modo que, cuando pudimos cerciorarnos con toda evidencia, que ni el mismo jadugar se atrevió a acercarse a ella. Como si estuviese pegada por su cola al tronco del árbol, la serpiente no cesaba de hender el aire con la parte superior de su cuerpo, tratando de morderlo todo. A algunos pasos de nosotros había un perro. Éste pareció atraer la atención del guni durante algún tiempo. Sentado en el suelo, lo más lejos posible de la furiosa serpiente, empezó a mirar fijamente al perro con ojos inmóviles y vidriosos y luego empezó a cantar con voz apenas perceptible. El perro comenzó a inquietarse. Poniendo el rabo entre las piernas trató de huir, pero permaneció como clavado en el suelo. Después de algunos segundos empezó a arrastrarse aproximándose más y más al guni, exhalando quejidos, pero sin poder apanar su mirada del encantador. Corripredí su intención y sentí grandísima compasión por el animal. Pero el horror me tenía paralizada la lengua y no podía ni mover un dedo. Por fortuna esta escena demoníaca no se prolongó. Tan pronto como el perro se acercó lo suficiente, la cobra lo mordió. El pobre animal cayó de espaldas, hizo algunos movimientos convulsivos con las patas y murió enseguida.

Ya no se podía poner en duda que no hubiese veneno en la glándula. Mientras tanto, la piedra se había desprendido del dedo del guni y se aproximó a nosotros para enseñarnos el miembro curado. Todos vimos la señal de la picadura: un punto rojo no mayor que la cabeza de un alfiler común. Luego hizo que las serpientes se levantasen sobre sus colas, y sosteniendo la piedra entre sus dedos, procedió a demostrar su influencia sobre las cobras. Mientras más acercaba su mano a la cabeza de éstas, tanto más retrocedían. Mirando fijamente la piedra, se estremecían, y una tras otra cayeron como paralizadas...

El guni, entonces, se dirigió a nuestro escéptico Coronel y le invitó a que hiciese la experiencia por sí mismo. Todos protestamos con vigor, pero él no hizo caso y eligió una cobra de considerable tamaño. Armado con la piedra, el Coronel se aproximó valerosamente a la serpiente. Por un

momento nos sentimos petrificados de terror. Inflando su caperuza, la cobra intentó lanzarse sobre él, pero se detuvo de repente y después de una pausa, comenzó a seguir con su cuerpo los movimientos circulares de la mano del Coronel. Cuando puso la piedra cerca de la cabeza del reptil, la serpiente se tambaleó como borracha, su silbido se debilitó, su caperuza cayó impotente a ambos lados de su cuello y sus ojos se cerraron; inclinándose cada vez más, la serpiente cayó al suelo como un palo y se durmió...

Sólo entonces respiramos libremente. Llamando a un lado al hechicero, le expusimos nuestro deseo de comprarle la piedra, accedió sin dificultad, y con asombro nuestro, sólo pidió por ella dos rupias^(1⁸³). El talismán pasó a ser propiedad mía y todavía lo conservo. El guni asegura, y nuestro amigo hindú lo confirma, que no es una piedra sino una excrecencia. Se la encuentra en la boca de una de cada cien cobras, situada entre el hueso de la quijada superior y la piel del paladar. Esta «piedra» no está pegada al hueso sino que cuelga del paladar envuelta en piel, de manera que es muy fácil coriarla; pero después de esta operación la cobra muere. Si debemos creer a Bislinu Nath, pues tal era el nombre de nuestro hechicero, esta excrecencia confiere a la cobra que la posee el rango de rey sobre el resto de su especie.

-Semejante cobra -dijo el guni- se parece a un brahmán entre sudras^(1⁸⁴): todos le obedecen. Existe además, un sapo venenoso que también posee algunas veces esta piedra, pero sus efectos son mucho más débiles. Para destruir el efecto del veneno de una cobra se puede aplicar la piedra del sapo aunque sólo es efectiva durante *los dos minutos* siguientes a la mordedura; pero la piedra de una cobra es eficaz hasta el último momento. Su poder curativo es seguro mientras el corazón del hombre mordido no haya cesado de latir.

Para confirmar sus palabras, el guni cogió otro perro, la serpiente le picó y él colocó la piedra sobre la mordedura. El perro no notaba nada mientras la piedra estaba en su lugar. Al decirnos adiós, el guni nos aconsejó que

⁸³ 1 Moneda de la India. (N. del E.)

⁸⁴ 1 Los sudras son la casta inferior -o cuarta-; las cuatro castas son: Brahmanes («sacerdotes»); Chairias («guerreros»); Vaisyas («mercaderes») y Sudras («sirvientes y labradores»). Estas cuatro castas se dividen en innúmeras subdivisiones.

guardásemos la piedra en un sitio seco y que tuviésemos cuidado de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como también, esconderla durante los eclipses de sol y de luna, porque de otro modo -dijo- perdería su poder. En caso de mordedura de un perro rabioso, debíamos poner la piedra en un vaso de agua y dejarla en él durante la noche; a la mañana siguiente, el enfermo debía beber el agua y olvidar todo peligro.

-¡Es un verdadero demonio y no un hombre! -exclamó nuestro Coronel-, mientras el guni desaparecía en su camino hacia el templo de Siva donde, dicho sea de paso, no fuimos admitidos.

-Tan simple mortal como usted o como yo -observó el rajput con una sonrisa- y lo que es más, muy ignorante. La verdad es que ha sido educado en una pagoda sivaíta, como todos los encantadores de serpientes. Siva es el Dios patrono de las serpientes. Los brahmanes enseñan a los gunis a hacer toda clase de triquiñuelas magnéticas por métodos empíricos, sin explicarles nunca los principios teóricos sino asegurándoles que Siva se halla detrás de cada fenómeno; de manera que los gunis atribuyen sinceramente a su Dios el honor de sus milagros.

-El Gobierno de la India ofrece una recompensa por un antídoto del veneno de la cobra. ¿Por qué no lo reclaman en lugar de dejar que perezcan miles de personas cada año?(1⁸⁵)

-Los brahmanes jamás lo permitirían. Si el Gobierno se tomase el trabajo de examinar cuidadosamente la estadística de las muertes causadas por las serpientes, se vería que ningún hindú sivaíta ha muerto jamás por la mordedura de una cobra. Las gentes de otras creencias mueren, pero los miembros de la suya, se salvan.

-Pero, ¿no hemos visto qué fácilmente se desprendió de su secreto, a pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no habían de comprarlo los ingleses con la misma facilidad?

-Porque este secreto es completamente inútil en manos de los europeos. Los indios no tratan de ocultarlo, porque están seguros de que sin su ayuda

⁸⁵1 Cada año mueren de dos a tres mil personas en la India por mordeduras de serpientes. El último año debido a tigres y serpientes murieron quince mil personas.

nadie puede emplearlo. La piedra sólo puede tener sus asombrosos poderes cuando ha sido cogida de una cobra viva. Para poder coger la serpiente sin matarla, tiene que ser aletargada, o si preferís el término, «encantada». ¿Quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Incluso entre los indos, no encontraréis apenas un individuo en toda la india que posea este antiguo secreto, a menos que sea un discípulo de los brahmanes sivaítas. Solamente ellos poseen el monopolio del secreto, y ni siquiera todos, sino -para decirlo de una vez- sólo aquellos que pertenecen a la escuela pseudo-Patañiali, llamados ordinariamente ascetas bhutas («demonios»). Ahora bien, sólo existen esparcidas en toda la India una media docena de sus escuelas-pagodas y sus moradores se desprenderían antes de sus vidas que de su secreto.

-Hemos pagado solamente dos rupias por un secreto que resultó tan potente en las manos del Coronel como en las del guni. ¿Es, pues, tan difícil procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó a reír.

-Dentro de pocos días -dijo- el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras inexpertas manos. Esta es la razón por la que lo cedió a tan bajo precio, y con ese dinero estará ahora, probablemente, haciendo algún sacrificio ante el altar de su deidad.

Garantizo una semana de actividad a vuestra compra, pero después de este tiempo la podrá tirar por la ventana.

Pronto experimentamos cuánta verdad había en estas palabras. Al día siguiente encontramos una niña mordida por un escorpión verde. Parecía estar en las últimas convulsiones. Tan **pronto le aplicamos** la piedra, la niña pareció aliviarse, y una hora después estaba jugando alegremente; a pesar de que en el caso de la picadura de un simple escorpión negro, el paciente sufre durante dos semanas. Pero cuando diez días después experimentamos de nuevo con la piedra en un pobre coolie que acababa de ser mordido por una cobra, ni tan siquiera se pegó a la herida, y el pobre diablo murió al poco rato. No me encargo de hacer una defensa ni de dar una explicación de las virtudes de la piedra. Expongo sencillamente los hechos y dejo la suerie futura de este relato a su propia ventura. Los

escépticos pueden pensar lo que quieran. Sin embargo, podría fácilmente encontrar gente en la India que atestigüase la exactitud de lo relatado.

Cuando Fayrer publicó recientemente *Thanatophidia of India* (1872), un libro sobre el efecto del veneno de las serpientes de la India, obra muy conocida en toda Europa, declaró de forma categórica en ella su incredulidad sobre los maravillosos encantadores de serpientes de este país. Sin embargo, unos quince días después de la aparición de su libro entre los anglo-indos, una cobra mordió a su propio cocinero. Un guni que pasaba por allí, se ofreció gustoso a salvar la vida de este hombre. Se ha dicho que el célebre naturalista por poco mandó echar a la calle al guni cuando el mayor Kelly y otros oficiales, le instaron para que permitiese el experimento. Declarando que, a pesar de todo, su cocinero no viviría una hora más, dio su consentimiento. Pero sucedió que antes de que transcurriese la hora, el cocinero estaba tan tranquilo en la cocina preparando la comida del erudito y sus invitados; Fayrer pensó seriamente en arrojar su libro al fuego...

El día se hizo terriblemente caluroso. Sentíamos el calor de las rocas a pesar de nuestros zapatos de gruesas suelas. Por otra parte, la curiosidad general que nuestra presencia despertaba y la persecución nada ceremoniosa de la multitud, se hacían insoportables. Resolvimos volver «a casa», esto es, a la cueva fresca a unos doscientos metros del templo, donde debíamos pasar la velada y dormir. No queríamos esperar por más tiempo a nuestros compañeros indos que habían ido a ver la feria, por lo que nos fuimos solos.

CAPÍTULO VIII

EL SADHU Y SU VACA DE CINCO PATAS- EL CONTRATIEMPO DEL

CORONEL - RESCATE POR EL SADHU-CENA EN LA VERANDA
LA ANTIGÜEDAD DE LOS INDOS - OPINIONES DEL CORONEL
TOD

SIGNIFICADO VERDADERO DE HIRANYA GARBHA - LA
ANTIGÜEDAD DE

LOS VEDAS - MEDITACIONES ACERCA DEL THAKUR - UN
TIGRE Y

SU REPENTINA MUERTE

Al aproximamos a la entrada del templo, nos llamó la atención la presencia de un joven de una belleza clásica, que se hallaba apartado de la multitud. Era miembro de la secta *sadhu*, un «candidato a la santidad» -usando la expresión de uno de nuestro grupo-.

Los sadhus difieren mucho de todas las sectas. Nunca se presentan sin vestidos, no se cubren de ceniza húmeda, no se pintan signos en sus caras ni frentes y no adoran ídolos. Pertenecen a la rama *Advaita* de la Escuela *Vedanta* y creen solamente en *Parabrahman* (el «Gran Espíritu»). El joven tenía buen aspecto con su camisa sin mangas de muselina amarilla; su largo cabello estaba suelto y tenía la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era de las que llamaban la atención, pues además de sus cuatro patas perfectamente formadas, tenía una quinta que salía de su giba. Esta sorprendente fantasía de la Naturaleza usaba su quinta pata como si fuera una mano o un brazo, cazando y matando a las atormentadoras moscas y rascándose la cabeza con la pezuña. Al principio creímos que se trataba de una treta para llamar la atención y hasta nos sentimos ofendidos, tanto con el animal como con su hermoso dueño; pero al aproximamos vimos que no se trataba de treta alguna, sino de una jugarreta real de la traviesa Naturaleza. Gracias al joven supimos que la vaca le había sido regalada por el maharajá Holkar y que su leche había sido su único alimento desde hacía dos años.

Los sadhus son seguidores del *Rajá Yoga*, y como he dicho antes, pertenecen generalmente a la Escuela de la *Vedanta*, esto es, son discípulos de iniciados místicos que han abandonado por completo la vida del mundo y que llevan una vida de castidad monástica. Entre los sadhus y los gunis sivaítas existe una enemistad morial que se manifiesta por un desprecio silencioso por parte de los sadhus; y por parte de los gunis, por constantes tentativas de barrer a sus rivales de la superficie de la Tierra. Esta antipatía es tan marcada como entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo de *Ahura Mazda* y *Ahrimán* entre los zoroastrianos. Mucha gente considera a los primeros como Magos, hijos del Sol y del Principio Divino, mientras que los últimos son temidos como brujos peligrosos. Como habíamos oído relatos maravillosos acerca de los primeros, ardíamos en deseos de ver algunos de los «milagros» que se les atribuían aun por muchos ingleses. Invitamos con anhelo al sadhu a que visitara nuestro vihara aquella tarde. Pero el hermoso asceta rehusó severamente, debido a que nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo simple ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, pero no quiso tocarlo, y así nos separamos.

Un sendero, o más bien un borde coriado en la cara perpendicular de una masa rocosa de 252 m. de altura, conducía del templo principal a nuestro vihara. Se necesitan buenos ojos, pie seguro y una cabeza muy firme para evitar deslizarse por el precipicio al primer paso en falso. No había que pensar en ayudas, porque como el borde no tiene sino cincuenta centímetros de ancho, nadie podía andar al lado de otro. Teníamos que marchar uno a uno, sacando todo el valor de que éramos capaces, pero el de muchos de nosotros se había marchado con permiso indefinido. La posición de nuestro Coronel americano era la peor, pues era grueso y corto de vista, defectos que, unidos, le causaban frecuentes vértigos. Para aumentar el valor, nos pusimos a cantar a coro el duetto de *Norma*, «*Moriam in sieme*», cogiéndonos a la vez de las manos para asegurar el libramos de la Muerte, o «morir unidos los cuatro». Pero el Coronel no dejó de causarnos un susto mortal.

Estábamos ya a mitad del camino hacia la cueva, cuando dio un paso en falso, vaciló, soltó mi mano y rodó sobre el borde. Nosotros tres, teniendo que agarrarnos a las matas y piedras, estábamos por completo incapacitados para socorrerle. Un grito unánime de horror salió de nosotros, pero se extinguió al ver que había conseguido asirse al tronco de

un pequeño árbol que crecía en la pendiente, a pocos pasos debajo de nosotros. Afortunadamente sabíamos que el Coronel era un buen gimnasta y de gran sangre fría ante el peligro.

Sin embargo, la situación era crítica. El débil tallo del **árbol podía** ceder en cualquier momento. Nuestros gritos de socorro fueron contestados por la repentina aparición del misterioso sadhu con su vaca; como si hubiera surgido de las mismas rocas...

Marchaban con tranquilidad a unos veinte pasos por debajo de nosotros, en un saliente de la roca tan poco visible, que el pie de un niño hubiera encontrado con dificultad sitio en donde apoyarse, y ambos caminaban tranquila y descuidadamente, como si bajo sus pies hubiese una cómoda carretera en lugar de una roca vertical. El sadhu gritó al Coronel que se mantuviese firme, y a nosotros, que nos estuviéramos quietos. Dio unas ligeras palmadas en el cuello de su vaca-fenómeno y desató la cuerda con que la conducía mientras cantaba una especie de «mantram» en voz baja. Luego, con ambas manos, le volvió la cabeza en nuestra dirección y restallando la lengua le gritó *chal* («anda»). Con unos cuantos saltos de cabra montés el animal llegó a nuestro camino y se quedó inmóvil ante nosotros. En cuanto al sadhu, sus movimientos eran igualmente veloces y semejantes al del venado. En un momento llegó al árbol, ató la cuerda alrededor del cuerpo del Coronel, y lo volvió a poner sobre sus pies; luego, subiendo más, lo levantó con un esfuerzo de su potente brazo hasta el camino. Nuestro Coronel, pálido, volvió a encontrarse entre nosotros, habiendo perdido sus lentes, pero no la presencia de ánimo.

La aventura, que había amenazado convertirse en tragedia, terminó cómicamente.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntamos de manera unánime-. No podemos dejarle ir solo otra vez.

-Dentro de un momento vendrá la oscuridad y estaremos perdidos -dijo Edward W., el secretario del Coronel-.

Y en verdad, el Sol se hundía tras el horizonte y cada minuto transcurrido era más peligroso permanecer allí. Mientras tanto, el sadhu había vuelto a atar la cuerda al cuello de la vaca, y de pie ante nosotros en el sendero, no entendía, evidentemente, ni una palabra de nuestra conversación. Su alta y

delgada figura parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negro y largo cabello, flotando en la brisa, era lo único que mostraba que en él contemplábamos un ser vivo y no una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente peligro y nuestra embarazosa situación presente, Miss B., que era una anista de nacimiento y apasionada admiradora de todo lo estético, exclamó: «¡Mirad la majestad de ese puro perfil griego, observad la postura de ese hombre; cuán hermosos son sus contornos sobre el firmamento dorado y azul. Se diría que es un Adonis griego y no un indo!».

Pero el «Adorris» en cuestión puso un repentino fin a su éxtasis. Miró a Miss B. con ojos medio compasivos, medio sonrientes, y dijo con su resonante voz en hindí:

-Maha sahib («Gran señor») no puede ir más lejos sin la ayuda de ojos ajenos. Los ojos del sahib son sus enemigos. Monte el sahib en mi vaca; ella no puede tropezar.

-¿Montar yo en una vaca, y con cinco patas además?¡Nuncal -exclamó el pobre Coronel con un aire tan desconsolado, que todos soltamos una carcajada-.

-Es mejor para el sahib sentar-se sobre una vaca que acostarse en una *chita*(⁸⁶) -observó el sadhu con modesta seriedad-. ¿Por qué llamar a la hora que todavía no ha sonado?

Convencido el Coronel de la completa inutilidad de su resistencia, conseguimos persuadirle de que siguiese el consejo del sadhu, quien cuidadosamente lo colocó sobre el lomo de la vaca, y luego recomendándole que se asegurase a la quinta pata, marchó de guía. Nosotros seguimos detrás como mejor pudimos.

Unos cuantos minutos después nos hallábamos en el pónico de nuestro vihara, donde encontramos a nuestros amigos indos que habían llegado por otro camino. Nos apresuramos a contarles todas nuestras aventuras, y luego buscamos al sadhu; pero en el interín había desaparecido junto con su vaca.

⁸⁶ 1 Pira en que se queman los cadáveres.

-No lo busquéis, se ha marchado por un camino sólo conocido por él -observó descuidadamente Gulab Singh-. Él sabe que sois sinceros en vuestra gratitud, pero no habría tomado vuestro dinero. Es un sadhu y no un guni -añadió con orgullo-.

Nos acordamos que se decía que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también a la secta sadhu (2⁸⁷) .

-¿Quién sabe -murmuró el Coronel en mi oído- si lo que nos han dicho es mera charlatanería o la verdad?

En la sala principal del vihara había una estatua de tamaño natural de Bhavani, el aspecto femenino de Siva, esculpida en la roca. Del seno de esta *Devaki* surge el agua fresca y pura de un manantial de la montaña, la cual cae en un recipiente a sus pies. Alrededor había montones de ofrendas de flores arroz, hojas de betel e incienso. Esta sala era, por consiguiente, tan húmeda que preferimos pasar la noche en el pórtico al aire libre, colgados, por decirlo así, entre la tierra y el cielo e iluminados desde abajo por numerosos fuegos encendidos por los sirvientes de Gulab Singh, con el fin de espantar a las fieras, y alumbrados desde arriba por la claridad de la luna llena. Se arregló una cena a la manera oriental, sobre manteles extendidos en el suelo y con hojas de banano sirviendo de platos. Ante nosotros, los pasos silenciosos de los criados, más silenciosos que fantasmas, con sus blancas muselinas y turbantes rojos, la profundidad sin límites del espacio, perdido en las ondas de luz de la Luna; detrás, las oscuras bóvedas de cuevas antiguas, excavadas por una raza desconocida en épocas desconocidas en honor de una religión prehistórica también desconocida... todo esto que nos rodeaba nos transportaba a un mundo extraño y a épocas lejanas muy diferentes de la nuestra...

Teníamos a la vista representantes de cinco pueblos distintos, cinco diferentes tipos de indumentaria, sin semejanza alguna entre sí. Todos nos eran conocidos en etnografía bajo el nombre genérico de *indos*. Del mismo modo las águilas, cóndores, halcones, buitres y cuervos son conocidos en

⁸⁷ 2 SadIru Nanak no debe ser confundido con Gurú Nanak, el Maestro de los sikhs. Los seguidores del primero son advaitas-vedantinos y los seguidores del segundo son monoteístas. Los advaitas sólo creen en una divinidad impersonal llamada Parabrahman.

omitolología como «aves de rapiña», pero existen también entre ellas grandes diferencias. Cada uno de estos cinco compañeros, un rajput, un bengalí, un madrasi, un singalés y un mahratti, es descendiente de una raza cuyo origen han discutido los sabios europeos durante más de medio siglo sin llegar a un acuerdo^(1⁸⁸), sin tener en cuenta en absoluto las tradiciones de los propios pueblos, por no estar en armonía con conceptos preconcebidos. El significado de los manuscritos antiguos es desfigurado y, en una palabra, sacrificado a la ficción, si ésta procede de la boca de algún oráculo favorito.

Las masas ignorantes son a menudo censuradas y culpadas de superstición, sólo por crear imágenes divinas y sin embargo, el mundo educado, el mundo que ansía conocimiento, el mundo ilustrado, se comporria aún más incongruentemente que estas masas cuando trata de sus propias autoridades favoritas. ¿No permite que media docena de laureadas cabezas hagan lo que les dé la gana con los hechos, con el fin de sacar sus propias conclusiones con arreglo a sus gustos, y no lapida, tratando como

⁸⁸ 1 Los rajputs son llamados «indos» y son clasificados como arios. Ellos se dan el nombre de *suryavansa*, esto es, descendientes de *Surya* o el Sol.

Los brahmanes derivan su origen de *Indu*, la Luna, y son llamados *induvansa*, (*Indu*, *Soma* o *Chandra*) que significa Luna en sánscrito. Si los primeros que aparecieron en el prólogo de la Historia Universal son brahmanes, esto es, la gente que, según Max Müller, cruzó los Himalayas y conquistó el país de los «cinco ríos», entonces los rajputs no son arios, y si son años no son brahmanes, pues todas sus genealogías y libros sagrados (*Puranas*) demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes; y en este caso, además, las tribus arias existieron realmente -en otros países de nuestro globo como también en el muy renombrado distrito de Oxo, cuna de la *raza germánica*, antecesora de los arios e indos, según lo imagina el científico que hemos nombrado y su escuela alemana.

El linaje de la «Luna» comienza con Pururavas (véase el árbol genealógico sacado por el coronel Tod de los manuscritos *Puranas* en los archivos de Udaipur), esto es, más de 2200 años antes de Cristo, y mucho más tarde que Ikshvaku, el antecesor de los suryavansa. El cuarto hijo de Pururavas, Raya, se halla a la cabeza de la línea de la raza de la Luna, y sólo después de la generación decimoquinta, aparece Halita, que fundó el Kausika Gotra, la «tribu brahmánica».

Los rajputs odian a estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada en común con los hijos de la Luna y de Misna. En cuanto a los bengalíes, según su tradición e historia, son aborígenes. Los mdrasis y los singaleses son dravidianos. También se ha dicho que pertenecen a los semitas, a los camitas o a los arios, y últimamente han sido abandonados a la voluntad de Dios, con la conclusión de que los singaleses, en todo caso, deben ser mogoles de origen turanio. Los mahrattis son aboñgenes de la India Occidental, y los bengalíes lo son de la Oriental; pero ningún emógrafo puede determinar a qué grupo de tribus pertenecen estos últimos, excepto, quizás, un alemán.

un necio ignorante, a todo el que ose levantarse contra las decisiones de estos cuasi infalibles especialistas? Tengamos presente el caso acaecido al propio Louis Jacolliot, que pasó veinte años en la India, y quien a pesar de conocer realmente la lengua y el país a la perfección, sin embargo, fue pisoteado por Max Müller, cuyo pie jamás holló el suelo indo.

Los pueblos más antiguos de Europa son meros niños apenas salidos de los pañales comparados con las tribus de Asia y especialmente de la India. Y ¡oh! cuán pobres e insignificantes son las genealogías de las familias europeas más antiguas comparadas con las de algunos rajputs. En opinión del coronel Tod, quien por más de veinte años estudió estas genealogías *in situ* en el Rajastán, son los anales más completos y más dignos de fe de los pueblos de la Antigüedad. Datan de **1000 a 2200** años antes de nuestra Era, y su autenticidad puede muchas veces comprobarse por referencias de autores griegos. Después de una larga y cuidadosa investigación y comparación con los Puranas y varias inscripciones en monumentos, el coronel Tod llegó a la conclusión de que en los archivos de Udaipur (ahora inaccesibles) y sin mencionar otras fuentes, puede encontrarse la clave de la historia de la India en particular y de la Historia Antigua Universal en general. Aquí citamos su opinión al respecto:

«Con el fin de descubrir esta clave no deberíamos seguir el ejemplo de tantos arqueólogos crédulos, que no conocen suficientemente la India, y por ello se imaginan que las historias de Rama, del *Mahabharata*, de Krisna y los cinco hermanos Pandavas, son «meras alegorías». Todo el que considere seriamente estas leyendas, se convencerá pronto por completo de que todas estas llamadas «fábulas» están fundadas en hechos históricos, por la existencia real de los descendientes de los héroes, por tribus, ciudades antiguas y monedas que aún existen. Para adquirir el derecho de emitir una opinión final, hay que descifrar primero las inscripciones de las columnas de la *Indraprastha* de *Puraga* y de *Mevar*, las de las rocas de Junagar, en Bijolia, en el Aravali y en los templos jainas antiguos, esparcidos por toda la India, en donde se encuentran tantísimas inscripciones en una lengua por completo desconocida, en comparación con las cuales, los jeroglíficos parecen meros juegos de niños. Sólo después de lograrlo tendremos el derecho de emitir nuestra opinión final».

A pesar de esto, sin embargo, el profesor Max Müller, que como ya se ha dicho, no ha estado nunca en la India, hace de juez y corrige las tablas

cronológicas según sus propios criterios; y Europa, tomando sus palabras como un oráculo, apoya sus decisiones. *¡Et c'est ainsi qu'on écrit l'Histoire ... ! Considerando* la cronología del venerable sanscritista alemán, no puedo resistir al deseo de demostrar, aunque sólo sea a Rusia, en qué frágiles bases están fundadas sus disquisiciones científicas, y cuán poco debe confiarse en él cuando se pronuncia acerca de la antigüedad de este o aquel manuscrito. Estas páginas son de índole superficial y descriptiva y, como tales, no tienen pretensiones de gran saber, de manera que lo que sigue puede parecer irrelevante. Pero no hay que olvidar que en Rusia, lo mismo que en otras partes de Europa, la gente estima el valor de esta luz filológica por los puntos de exclamación que le prodigan sus ser-viles seguidores. Por ejemplo, nadie lee el *Veda Bhashya*(⁸⁹) de svami Dayananda o ni siquiera ha oído hablar de él, lo cual, supone una suerte para el profesor Max Müller. Esbozaré los puntos esenciales de la cuestión lo más brevemente posible.

Cuando éste declara, en su *Sahitya Grantha*, que la tribu aria de la India adquirió la noción de Dios paso a paso y con extrema lentitud, es evidente que desea probar que los *Vedas* están lejos de ser tan antiguos como lo suponen algunos de sus colegas. Habiendo presentado oportunamente algunas pruebas, más o menos valiosas, para demostrar la verdad de esta nueva teoría, termina con un hecho que, en su opinión, es indiscutible. Señala la palabra *hiranya garbha* en el libro de los mantrams, que él traduce por «oro», y añade que como la parte de los *Vedas* llamada *chhandas*(⁹⁰) apareció hace 3100 años, la parte llamada *mantrams* no pudo haber sido escrita en época anterior a la de hace 2900 años. El profesor Max Müller divide el libro de los mantrams («*Agnih Purvebhih*(⁹¹), etc.») filológica y cronológicamente, y encontrando en él la palabra *hiranya gdrbha*, la denuncia de manera triunfal como un **anacronismo**. «Los antiguos -dice- no conocían el oro, y por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, significa que fue compuesto en una época relativamente moderna», y así sucesivamente.

⁸⁹ 1 Una traducción de los *Vedas* al hindí con comentarios y explicaciones. Es ésta la primera traducción completa.

⁹⁰ *Los Vedas* están divididos en dos partes. *Chhandas*: *slokas*, versos, etc., y *mantrams*: oraciones e himnos rítmicos, que al mismo tiempo son encantamientos empleados en la magia blanca.

⁹¹ 2 *Agnih Purvebhih* son las dos primeras palabras del segundo verso de un himno a Agni, del *Rig Veda*, I, 1. (N. del E. inglés)

Pero en este punto el ilustre sanscritista comete un gran error. Svami Dayananda y otros panditas, que algunas veces están lejos de ser sus aliados, sostienen y prueban que Max Müller ha interpretado erróneamente el significado del término *hiranya*. Originalmente no significaba oro, y ahora tampoco, cuando está unida la palabra *garbha*, palabra más reciente que no existe en el antiguo sánscrito védico. Así, todas las brillantes demostraciones del profesor han sido trabajo vano. La palabra *hiranya* en este mantram debe traducirse por «luz divina», místicamente, un símbolo de conocimiento; de un modo análogo usaban los alquimistas el término «oro sublimado» por Quiz», y esperaban componer el metal objetivo con sus rayos. Las dos palabras *hiranya garbha*, tomadas juntas, significan literalmente el «seno radiante», y cuando se usan en los *Vedas* designan el Primer Principio en cuyo seno, como el oro en el seno de la Tierra, se halla la luz del conocimiento divino y de la verdad, la esencia del alma liberada de las ataduras del mundo.(¹)⁹²

En los mantrams, así como en los chhandas, hay que mirar siempre un doble sentido: en primer lugar, el metafísico, puramente abstracto; y en segundo lugar, el físico; pues todo lo que existe en la Tierra está estrechamente relacionado con el mundo espiritual, del cual procede y en el cual es reabsorbido. Por ejemplo, Indra, el Dios del Trueno; Surya, el Dios Sol; Vayu, el Dios del Viento y Agni, el Dios del Fuego, dependen los cuatro de este Primer Principio divino y parten, según el mantram, de *hiranya garbha*, el seno radiante. En este caso, los Dioses son espíritus o personificaciones de las fuerzas de la **Naturaleza subordinados al Principio Uno**. Pero los Adeptos iniciados de la **India comprenden muy claramente** que el dios Indra, por ejemplo, no es más que un sonido nacido del choque de las fuerzas eléctricas, o simplemente la electricidad misma. Surya no es el Dios del Sol sino sencillamente el centro de fuego de nuestro sistema, la esencia de donde procede el fuego, el calor, la luz, etc. Aquella que ningún gran científico europeo, desde Tyridall a Schöpffer, ha definido todavía. Este significado oculto escapó por completo a la atención de Max Müller, y ésta es la razón por la que, apegado a la letra muerta, llega a hacer afirmaciones imprudentes. ¿Cómo ha de permitírsele, pues, que dicte su fallo sobre la antigüedad de los

⁹² 3 Ver sobre este tema *Doctrina Secreta, vol. II*, sec. vI, p. 68. Ed. Kier. (N. del E.)

Vedas según sus propias deducciones y conclusiones, cuando está tan lejos de la verdadera comprensión de la lengua de estos antiguos escritos?...

Lo anterior es un resumen del argumento de Dayananda, y a él deben dirigirse los sanscritistas para más detalles que encontrarán, con seguridad, en su *R̥gvedad̥j Bhashya Bhurnika* (libro IV, p. 66).(1)⁹³

En la cueva, todos dormían profundamente alrededor del fuego, excepto yo. Ninguno de mis compañeros parecía percatarse en lo más mínimo ni del ruido de las miles de voces de la feria, ni del prolongado y lejano rugir de los tigres que se elevaba en el valle como distante trueno, ni aun siquiera de las oraciones recitadas en alta voz por los peregrinos que durante toda la noche iban y venían, cruzando sin temor alguno el escarpado sendero que a nosotros, aun de día, tantas zozobras nos causara. Caminaban en grupos de dos y de tres, apareciendo a veces alguna mujer solitaria. No podían llegar al vihar-a porque nosotros ocupábamos su entrada en el pórtico y así, después de refunfuñar un poco, entraban en una pequeña cueva lateral, semejante a una capilla, donde había una estatua de *Devaki Maya* («Diosa Madre») sobre un *estanque* lleno de agua. Cada peregrino se postraba un momento, luego colocaba su ofrenda a los pies de la Diosa y se bañaba en las «aguas santas de purificación», o al menos, humedecía su frente, mejillas y pecho con un poco de agua; finalmente, se retiraba de espaldas, se arrodillaba de nuevo en la puerta y desaparecía en la oscuridad, balbuceando la última invocación: «¡*Mata, maha-mata!*!» («¡Madre, gran-madre!»).

Dos de los servidores de Gulab Singh con lanzas y escudos tradicionales de piel de rinoceronte, que habían recibido la orden de defendernos de las fieras hasta el amanecer, se hallaban sentados en las gradas del pórtico al borde del precipicio. Yo no podía dormir, y así observaba con curiosidad creciente todo lo que sucedía. Tampoco dormía el Thakur. Cada vez que levantaba mis ojos, abrumados por el cansancio, percibía en primer término la gigantesca figura de nuestro misterioso amigo.

Se hallaba sentado completamente inmóvil a la manera oriental -los pies levantados y los brazos rodeando sus rodillas- en un banco cortado en la roca a un extremo del pórtico, fija la mirada en la atmósfera argentina.

⁹³ Esta publicación mensual está a disposición en la Academia de San Petersburgo en Rusia.

Nuestro rajput estaba tan cerca del borde, que cualquier movimiento descuidado le precipitaba al abismo abierto a sus pies. Ni la misma Diosa de granito, Bhavani, que se encontraba a unos pasos de él, estaba tan inmóvil. La luz de la Luna que bañaba todo lo que hallaba ante ella, era tan fuerte, que la negra sombra debajo de la roca que le cobijaba, se hacía doblemente impenetrable y velaba su cara con tinieblas absolutas. De vez en cuando las llamas de los fuegos mortecinos, reavivándose momentáneamente, lanzaban sus calientes reflejos sobre su oscura cara bronceada, permitiéndome distinguir sus líneas de esfinge y sus ojos resplandecientes brillando como ascuas centelleantes, tan inmóviles como el resto de las facciones.

¿Qué debo pensar? ¿Sólo duerme o se encuentra en trance? Precisamente aquella mañana nos contaba cómo los *raid yoguis* iniciados podían sumirse a voluntad en ese estado... ¡ Oh, si al menos pudiera yo dormir!... De repente, un silbido agudo y prolongado a mi lado me hizo dar un salto y temblar con las confusas reminiscencias de las cobras. El sonido era estridente, y procedía sin duda de debajo del heno en que reposaba. ¡Luego se repitió una y hasta dos veces! Era nuestro reloj despertador americano que no sabemos de qué forma había ido a parar bajo el heno. No pude menos que reirme de mí misma y sentirme a la vez avergonzada de mi involuntario miedo.

Pero ni el silbido, ni las ruidosas campanadas del reloj, ni mi repentino movimiento, que hizo que Miss B. levantara su soñolienta cabeza, despertaron a Gulab Singh, que seguía al borde del precipicio. Pasó otra media hora. Oíase aún el lejano rumor de la fiesta, pero todo a mi alrededor estaba tranquilo y silencioso. El sueño huía más y más lejos de mí. Levantóse un viento fuerte y fresco antes del amanecer, que hizo mover las hojas y sacudir luego las copas de los árboles que se elevaban sobre el abismo. Mi atención estaba atraída por el grupo de los tres rajputs que tenía delante: los dos escuderos y su amo. No puedo decir por qué me atrajo en este momento la vista de los largos cabellos de los criados, que flotaban al viento, aunque el lugar que ocupaban estaba más resguardado que el del sahib. Volví los ojos hacia él y la sangre se paralizó en mis venas. El velo de muselina del topi de uno de ellos que estaba atado a un pilar flotaba arremolinado por el viento, mientras que el cabello del sahib permanecía inmóvil como si estuviese fuertemente adherido a sus

hombros. ¡No se movía un pelo ni un solo pliegue de su ligero vestido de muselina! Ninguna estatua se mantendría tan inmóvil...

¿Qué significa esto? ¿Es delirio, es alucinación o es una realidad maravillosa e inexplicable? Cerré los ojos diciéndome que no debía mirar más. Pero un momento después los volví a abrir sobresaltada por crujidos que sentí encima de las gradas. La larga y oscura silueta de un animal -un perro o un gato montés- apareció a la entrada, distintamente contorneada en el pálido firmamento. Vi su perfil al borde del precipicio. Su larga cola azotaba sus costados. Los dos criados se levantaron veloz y silenciosamente y volvieron sus cabezas hacia Gulab Singh, como pidiéndole órdenes. ¿Pero dónde estaba Gulab Singh? En el lugar que hace sólo un minuto ocupaba no había nadie. Sólo se percibía el lopi llevado por el viento. Repentinamente, un terrible rugido ensordecedor y prolongado llenando el vihara, hizo que me sobresaltara; despertando los dormidos ecos y resonando como el atenuado retumbar del trueno sobre las orillas del precipicio. ¡Cielos! ¡Un tigre! Antes de que este pensamiento tuviese tiempo de tomar clara forma en mi mente, los durmientes se levantaron de un salto y todos los hombres se precipitaron sobre sus fusiles y revólveres, cuando oímos crujir las ramas rotas y el ruido de un cuerpo pesado que se precipitaba en el barranco. La alarma era general.

-¿Qué es lo que pasa? -dijo la voz tranquila de Gulab Singh, y de nuevo lo volví a ver en el banco de piedra como si nada hubiese pasado-. ¿Por qué estáis tan asustados?

-¡Un tigre! ¿No era un tigre? -profirieron atropelladamente las voces de europeos e indos-.

Miss B. temblaba como atacada de fiebre.

-Si era un tigre u otra cosa, nos importaría ya poco. Lo que quiera que haya sido, está ahora en el fondo del precipicio -contestó el rajput, bostezando-. Usted parece estar muy impacada -añadió con una leve ironía en su voz-, dirigiéndose a la señorita inglesa que gritaba histéricamente, indecisa en decidir si desmayarse o no.

-No sé por qué el Gobierno no destruye todos esos horribles animales -dijo sollozando la pobre Miss B., que evidentemente creía a ciegas en la omnipotencia de su Gobierno-.

-Quizás, debido a que nuestros gobernantes emplean su pólvora contra nosotros, otorgándonos el honor de ser considerados más peligrosos que los tigres, dijo cortésmente Gulab Singh.

Un halo a la vez amenazador y burlón envolvió a la palabra «gobernantes» al ser pronunciada por el rajput.

-¿Pero cómo os habéis librado del «de las rayas»? -insistió el Coronel-
¿Ha disparado alguien algún tiro?

-Únicamente vosotros los europeos creéis que un tiro es, si no el único, por lo menos el mejor medio de librarse de las fieras. Nosotros los salvajes poseemos otros medios incluso más peligrosos -dijo babú Norendro-Das-Sen-. Esperad a que lleguéis a Bengala y allí tendréis muchas y fabulosas ocasiones de trabar conocimiento con los tigres; se acercan a nosotros sin ser invitados, tanto de día como de noche, incluso en los poblados...

Empezaba a clarear, y Gulab Singh nos propuso descender y examinar el resto de las cuevas y ruinas de una fortaleza, antes de que el calor propio de la estación calentase demasiado, rápidamente preparamos el desayuno; y así, a las tres y media nos dirigimos al valle por otro camino más fácil, y esta vez, afortunadamente, no **tuvimos** aventuras. El mahratú no nos acompañó; desapareció sin decirnos a dónde iba.

CAPÍTULO IX

LOHOGARH - WADGAON - CONFLICTO ENTRE LOS INGLESES
Y

LOS MAHRATTIS - EL TIGRE MUERTO - LAS CUEVAS DE BIRSA Y BHAJA - CHINCHVAD Y LAS ENCARNACIONES DE GANAPATI VUELTA A BOMBAY

Vimos Lohogarh, forlaleza conquistada por el Sivaji de los mogoles en 1670, y las ruinas de la habitación donde la viuda de Nana Farnavis(1),⁹⁴bajo pretexto del protectorado inglés, fue *de facto* prisionera del general Wellesley en 1804, con una pensión anual de 12 000 rupias. Luego nos dirigimos a la aldea de Wadgaon, que en un tiempo estuvo fortificada y que era aún muy rica. Debíamos pasar allí las horas más calurosas del día, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y proseguir después a las históricas cuevas de Birsa y Bhaja, a unos cinco kilómetros y medio de Karli.

Wadgaon es famosa por dos vergonzosos acontecimientos de la historia inglesa. El 12 y 13 de enero de 1779, una fuerza militar considerable fue derrotada por un simple puñado de mahraltis. Entonces, el gobernador de Bombay, William Homby, después de consultar con el anterior *peshwa* Raghunath Rao, nombró a éste regente en Poona, con cuatro mil hombres armados, entre ellos seiscientos ingleses, y llamó a John Carnac, presidente del Consejo, para poner en práctica aquel acuerdo. Al hacerlo, Carnac trajo la vergüenza a su país, el honor de la Compañía de las Indias Orientales quedó mancillado, y él se convirtió en un traidor de su regente y de su Gobierno. Atemorizado por el pequeño ejército mahratti comandado por Nana Farnavis, Sindhia y Tukoji Rao Holkar, ordenó la retirada y, después llegó a un humillante acuerdo con los triunfantes mahrattis, en un acto de deslealtad a su peshwa, tratando, incluso entonces, de traicionar a sus recientes aliados. Rodeado por el enemigo, tiró municiones y cañones al lago y ordenó a sus hombres que se *salvaran*, inclusive antes de la batalla y abandonó la suerte de su retaguardia a los mahrattis atacantes. Quince oficiales ingleses murieron aquel día. El

⁹⁴ Nana Farnavis fue el Primer Ministro del joven peshwa, Mahadeo Rao; este último fue dominado tan fueriemente por el primero que, después de haber sufrido una repulsa pública, se suicidó en la mañana del 25 de octubre de 1795, tirándose desde la terraza de su castillo en Poona.

coronel James Cockburn, viendo que la batalla estaba perdida y sus fuerzas a merced del enemigo, fue el primero en recomendar a Carnac que capitulase. Carnac envió un oficial para acordar la capitulación y, en palabras de James Grant Duff, «no consideró demasiado vergonzoso enviar una caria al gobernador de Bombay, donde le consolaba diciendo que todas las concesiones y promesas hechas a los mahrattis fueron dadas *con el acuerdo tácito entre los ingleses de no llevarlas a cabo*».(1⁹⁵) De este modo, en cuanto la valiente comisión de diplomáticos había cruzado las montañas y logrado ponerse a salvo, todas las promesas aceptadas sin vacilar por los mahrattis fueron lanzadas al aire. El ejército auxiliar, momentáneamente alejado de la zona conflictiva, fue llamado de Bengala; Sindhia no recibió ni un penique del dinero que se le prometió, y muchos rehenes fueron asesinados. Los hombres de la «raza superior elegida» demostraron de nuevo la superioridad de sus civilizadas ideas del honor, muy por encima de los prejuicios de los «salvajes» morenos.(2)⁹⁶

A eso de las dos de la tarde cuando, a pesar de moverse los enormes *punkahs* que se extendían por toda la habitación, quejándonos del calor, apareció nuestro amigo el brahmán mahratti, que había desaparecido durante el camino. Acompañado de media docena de *dhakinis*(1⁹⁷), avanzaba lentamente sentado casi en las orejas de su caballo, que

⁹⁵ 'A History of the mahrattis, vol. II, p. 363.

⁹⁶ 2 Uno de los últimos de esos trucos político-diplomáticos y uno de los más indignos, propios sólo de un Judas, fue llevado a cabo por los ingleses en 1857, durante el motín. El maharajá Sindhia siguió siendo el más fidedigno y leal a los ingleses de todos los príncipes independientes. Para ponerse a salvo de los cipayos de Sindhia, enérgicamente acaudillados por el Maharajá, los ingleses se vieron necesitados de una fortaleza poderosa y completamente inaccesible, una como la que se hallaba en la cumbre del monte a cuyos pies se encontraba el palacio del Maharajá. Los ingleses no tuvieron tiempo para tomarla y ni siquiera lo intentaron. Aprovechando la buena voluntad de Sindhia y su sincero deseo de ayudar a sus *aliados*, pudieron tomar posesión de la fortaleza *por cierto tiempo*, dando su *palabra de honor* de abandonarla tan pronto como el motín hubiera acabado. Sindhia, verdadero mahratti, era cruel e inexorable con sus enemigos, pero siempre dispuesto a sacrificar su propia vida cuando se trataba de cumplir una promesa dada a un amigo y aliado. Consintió. Los ingleses entraron en la célebre fortaleza, acompañados por el propio Maharajá. El motín fue aplastado y él, un año más tarde, pidió al Gobierno la devolución de su fortaleza. Sin embargo, ahora, después de veintidós años, los ingleses han dado todo tipo de excusas por no haberla abandonado todavía, porque les ayuda mucho a controlar a sus amigos aliados y lo que es más, todos saben que ahora pretenden desmantelar el ejército de Sindhia.

[Aquí se refiere al maharajá Jaiji Rao Sindhia de Gwaliori].

⁹⁷ 'Habitantes de la meseta del Deccán. (N. del E.)

relinchaba y parecía con pocas ganas de andar. Cuando llegó a la terraza y echó pie a tierra, comprendimos la causa de su desaparición. Atravesado en la silla llevaba atado un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Quedaban señales de sangre negra en su boca entreabierta. Lo bajaron del caballo y lo colocaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Era acaso nuestro visitante de la noche anterior? -fue el pensamiento que cruzó por mi mente-. Miré a Gulab Singli, que yacía sobre una manta en un rincón, la cabeza apoyada en una mano y leyendo. Frunció ligeramente el entrecejo, pero no dijo una palabra. El brahmán que había traído el tigre, permanecía también silencioso, dando indicaciones tranquilamente como si estuviese preparando un rito solemne. Pronto supimos que, a los ojos de la gente supersticiosa, lo que iba a verificarse era, en verdad, un tito solemne.

Un poco de pelo cortado de la piel de un tigre que no ha sido muerto por bala ni cuchillo, sino por una *palabra*, es considerado el mejor de todos los talismanes contra su especie.

-Esta es una oportunidad singular -explicó el mahratti-. Muy rara vez se encuentra un hombre que posea la *palabra*. Los *yoguis* y *sadhús* no matan generalmente a las fieras, creyendo pecaminosa la destrucción de cualquier ser viviente, aunque sea cobra o tigre, de manera que simplemente procuran apartar a estos animales. Sólo existe en la India una *fraternidad*, cuyos individuos poseen todos los secretos, y para quienes no hay nada oculto en la Naturaleza... Aquí está el cuerpo de un tigre que atestigua que el animal no fue muerto con ninguna clase de armas ni por una caída (pues nunca trastabillan), ni por una bala, ni otra arma, sino sencillamente por medio de la *palabra* de Gulab Lal Singh. Lo encontré fácilmente entre los matorrales, justo debajo de nuestro vihara, al pie de la roca desde la cual el tigre había rodado ya muerto...

- ¡ Gulab Lal Singh, sois un rajá yogui, y yo os saludo! -añadió el orgulloso brahmán ante el Thakur- y poniendo en práctica sus palabras se postró ante él.

-¡No empleéis palabras vanas, Kristia Rao! -interrumpió Gulab Singh-. Levantáos; no hagáis el papel de un shudra... Sencillamente el tigre cayó de las rocas rompiéndose el cuello. De otra manera, sí tendríamos que haber usado armas y no *palabras*.

-Os obedezco sahib, pero perdonadme por conservar todavía mis creencias... Ningún *rajá yogui* ha declarado jamás sus relaciones con la *fraternidad*, desde el tiempo en que el monte Abu vino a la existencia.

Y empezó a distribuir porciones de pelo tomados del animal muerto. Nadie habló. Miré con curiosidad al grupo de mis compañeros de viaje. El Coronel, presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado con la mirada baja y muy pálido. Su secretario, Mr. W., echado de espaldas, fumaba un puro y miraba el espacio sin expresión alguna en sus ojos; aceptó en silencio el pelo y lo puso en su bolsa. Los indos rodeaban al tigre y el singalés trazó algún misterioso signo cabalístico sobre la frente del animal. Sólo Gulab Singh continuaba leyendo tranquilamente en su libro. Con voz calma, Miss B. me hizo la siguiente pregunta:

-¿Sabe *nuestro* Gobierno de la existencia de esta *fraternidad*, y tienen los rajá yoguis buena disposición hacia los ingleses?

-¡Oh, muy buena! -contestó el raiput, antes de que yo tuviera tiempo de abrir mi boca-; eso, en el caso de que exista. Hasta ahora son los únicos que han logrado impedir que los indos corien la cabeza a todos vuestros compatriotas; los mantienen alejados con... una palabra.

La mujer inglesa no entendía nada.

Al parecer, nuestra labor de investigación de la Psicología en la India, traía a nuestra Sociedad tan buena cosecha como la Arqueología.

La cueva de Birsa, a unos once kilómetros de Wadgaon, está construida bajo el mismo modelo que Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre veinteséis columnas de cuatro metros de altura, y el pórtico sobre cuatro columnas de casi nueve metros; este último está coronado con grupos de caballos, bueyes y elefantes esculpidos, de la más exquisita belleza. La Cámara de la «Iniciación» es una habitación ovalada espaciosa, con columnas y once celdas muy profundas cavadas en la roca.

Las cuevas de Bliaja son más antiguas y hermosas. Se ven todavía inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron construidos por budistas, o más bien por jainas. Los budistas modernos sólo creen en *un* Buda, Gautama, príncipe de Kapilavastu. (siglo VI a.C.), mientras que los jainas reconocen como Budas a cada uno de sus veinticuatro instructores divinos (*Tirthankaras*), el último de los cuales fue el Instructor (*gurú*) de Gautama. Esta disparidad es muy embarazosa cuando se trata de determinar la antigüedad de éste o aquel vihara o chaitya. El origen de la religión jaina se pierde en la más remota e insondable Antigüedad y así, el nombre de *Buda*, mencionado en las inscripciones y tablillas, puede atribuirse al último de los Budas lo mismo que al primero que vivió mucho tiempo antes: 2200 años antes de Cristo (según la genealogía esbozada por Tod). Una de las inscripciones de la cueva de Birsa, por ejemplo, en caracteres cunciformes, dice:

«De un asceta de Nasik semejante al *santo* [Buda], purificado de pecados, celeste, grande y venerable.»

Esto tiende a convencer a los hombres de ciencia de que la cueva fue excavada por budistas. Otra inscripción de la misma cueva, pero sobre otra celda, contiene lo siguiente:

«La justa dación de una humilde ofrenda a la fuerza motriz [vida], al principio mental [alma], al bien amado cuerpo material, fruto de *Manú*, tesoro inapreciable, al más elevado, el Celestial aquí presente.»

Por supuesto, se saca la conclusión de que el edificio no pertenece a los budistas, sino a los brahmanes, que reconocen a Manú.

He aquí dos inscripciones más, esta vez de la Cueva de Bhaja:

«Una justa ofrenda de un símbolo y carro [vehículo] del *Sakya-Sakya* purificado de todo pecado.»

«Ofrenda de un vehículo de *Radha* [esposa de Krisna, símbolo de perfección] a *Sugata* que ha marchado para siempre.»

Sugata es también uno de los nombres de Buda. ¡Una nueva contradicción!

En estos lugares, en los alrededores de Wadgaorr, fue donde los mahrattis apresaron al capitán Vaughan y a su hermano, ahorcándolos después de la batalla de Khirki.

A la mañana siguiente marchamos a Chinchor, o como aquí se llama, a Chinchvad. Este sitio es célebre en los anales del Deccán. Aquí se encuentra una repetición en miniatura de lo que existe en mayor escala en Lhasa, en el Tíbet. Así como Buda encarna en cada nuevo Dala; Lama, asimismo aquí, a *Ganapati* (el Dios de la Sabiduría con cabeza y cuerpo de elefante), le permite su padre Siva encarnar en el hijo mayor de cierta familia brahmánica. Hay un templo espléndidamente adomado erigido en su honor, donde los Avatares (encarnaciones) de Ganapati han vivido y han sido adorados durante más de doscientos años. He aquí como sucedió:

«Hace unos doscientos cincuenta años, el Dios de la Sabiduría prometió en sueños a un pobre matrimonio brahmánico encarnar en su hijo primogénito. El muchacho fue llamado *Maroba* (uno de los títulos del Dios) en honor de la deidad. Maroba creció, se casó y tuvo varios hijos, después de lo cual le ordenó el Dios que abandonase el mundo y fuera a vivir al desierto. Allí, durante veintidós años según la leyenda, Maroba hizo milagros y su fama creció de día en día. Vivía en una selva impenetrable, en un rincón del espeso bosque que cubría a chinchvad en aquellos tiempos. Ganapati se le apareció otra vez y le prometió encarnar en sus descendientes durante siete generaciones. Después de esto ya no tuvieron límites sus milagros, de manera que la gente comenzó a rendirle culto, concluyendo por construir un templo espléndido para él. Por último, Maroba ordenó a su pueblo que lo enterrase vivo, sentado y con un libro en la mano, y que no se abriese su sepultura bajo pena de su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Ganapati encarnó en su primogénito, quien a su vez comenzó una vida de mago. De serie que Maroba Deo i fue reemplazado por Chintaman Deo I. Este último dios, tuvo ocho esposas y ocho hijos. Los prodigios del mayor de estos hijos, Narayan Deo, se hicieron tan célebres, que su fama llegó a oídos del emperador Alarnguir. A fin de probar la extensión de su «deificación», Alarnguir le mandó un pedazo de la cola de una vaca envuelta en riquísimas telas. Ahora bien, el tocar la cola de una vaca muerta es la

mayor de las degradaciones para un indo. Al recibirla, Narayan Deo roció el paquete con agua, y cuando lo desenvolvieron encontraron un ramillete de jazmines en lugar de la impía cola. Esta transformación satisfizo tanto al Emperador, que regaló al Dios ocho aldeas para su manutención. El sucesor de Narayan Deo fue Chintaman Deo *II*, cuyo heredero fue Dharmadhar, y finalmente subió al poder Narayan *II*. Éste atrajo la maldición de Ganapati, violando la tumba de Maroba».

Esta es la razón por la que su hijo, el último de los dioses, ha de morir sin sucesión... Cuando nosotros le vimos, era un anciano de unos noventa años. Estaba sentado en una especie de plataforma. Su cabeza temblaba y sus ojos, perdidos y blancos, no nos veían, resultado del constante empleo del opio. En su cuello, orejas y dedos de los pies, brillaban piedras preciosas, y a su alrededor había numerosas ofrendas. Nos vimos obligados a descalzarnos para que así nos permitiesen acercarnos a esta reliquia medio arruinada.

En la tarde del mismo día volvimos a Bombay. Dos días después debíamos salir para nuestro largo viaje a las Provincias del Noroeste, que prometía ser muy interesante. Teníamos que ver **Nasik**, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus cuevas y la torre de Rama; visitar Allahabad, la **antigua Prayaga**, la metrópolis prehistórica de la dinastía de la Luna, construida en la confluencia del Ganges y del Yamuna; Benarés, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; **KanPur**, notable por la sangrienta venganza de Nana Sahib; y los **restos** de la ciudad del Sol, destruida, según el cómputo de Colebrooke, hace seis mil años; Agra y Delhi; y luego, después de explorar el Rajastán con sus mil castillos y fortalezas de los thakures, ruinas y leyendas, debíamos ir a Lahore, la **metrópolis del Punjab** y finalmente, detenernos un poco de tiempo en Arnritsar. Allí, en el *Templo de Oro*, construido en el centro del «Lago de la **Inmortalidad**», tendría que celebrarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad con brahmanes, budistas y sikhs; en otras palabras, representantes de mil y un cultos religiosos de la India de 245 millones de almas, simpatizantes todos, en mayor o menor grado, con la idea de la *Fraternidad Humana* de nuestra Sociedad.

CAPITULO X

LA VERDADERA INDIA ES DESCONOCIDA PARA SUS
CONQUISTADORES

CSOMA DE KORÓS Y LO QUE PROBÓ - EMOCIONANTE VIAJE
EN EKKAS

LAS PAGODAS DE NASIK - LEYENDAS SOBRE RAMA Y
HANUMAN

MONTANDO EN ELEFANTE CAMINO DE LOS TEMPLOS
EXCAVADOS EN LA ROCA

Benarés, Prayaga, Nasik, Hardwar, Badrinath, Matheran: éstos eran los lugares más sagrados de la India prehistórica que íbamos a recorrer uno tras otro; pero no los íbamos a visitar al modo usual de los turistas -a vista de pájaro con una guía barata en las manos y un *cicerone* que fatigue los cerebros y canse las piernas-. Sabíamos muy bien que todos estos antiguos lugares rebosan de tradiciones y se hallan cubiertos por la mala hierba de la fantasía popular, como las ruinas de un antiguo castillo cubiertas de hiedra, en donde la forma original del edificio está destruida por el frío abrazo de estas plantas parásitas, por lo cual resulta difícil para el arqueólogo formarse una idea de su arquitectura, en otro tiempo perfecta, juzgando solamente por los montones de escombros desfigurados que cubren el país, como para nosotros el sacar de la confusa masa de leyendas el buen trigo de entre la mala hierba. Ni guías ni cicerones podían ser útiles. Lo único que podían hacer era señalar los lugares donde en otro tiempo existió una fortaleza, un castillo, un templo, una arboleda sagrada o una ciudad célebre, Y luego repetir las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. En cuanto a la verdad, y con respecto a la historia original de cada lugar interesante, teníamos que buscarla por nosotros mismos, ayudados tan solo por nuestras propias conjeturas.

La India moderna no es ni una pálida sombra de lo que fue la India antigua en la época precristiana, ni siquiera del Indostán de los días de Akbar, Sha Jalian y Aurangzeb. Los alrededores de las ciudades destruidas por las guerras y de las arruinadas aldeas, están cubiertos de rojizos guijarros redondos, como lágrimas de sangre petrificadas. Pero al

aproximarse a la pueria de hierro de alguna antigua ciudad fortificada, no se tiene que pasar sobre guijarros naturales, ni sobre grava que daña los pies, sino sobre los rotos fragmentos de granito más antiguo, bajo los cuales yacen muchas veces las ruinas de una tercera ciudad aún más arcaica que la última. Los musulmanes, que generalmente construían sus ciudades sobre las cenizas de las que habían arrasado o tomado por asalto, les han asignado nombres modernos. Los nombres de estas últimas se mencionan algunas veces en las leyendas, pero los nombres de sus predecesoras habían desaparecido por completo de la memoria popular aun antes de la invasión musulmana. ¿Llegará un tiempo en que sean revelados esos secretos de los siglos?...

Sabiendo todo esto de antemano, resolvimos no perder la paciencia, aunque tuviéramos que dedicar años enteros, si las circunstancias lo permitieran, a la exploración de los mismos lugares, a fin de obtener una mejor información histórica y datos menos desfigurados que los de nuestros predecesores. Ellos habían tenido que contentarse con una escogida colección de ingenuas fantasías sacadas con dificultad de la boca de algún semisalvaje asustado, o de algún brahmán nada deseoso de hablar y sí de deformar delibeneradamente la verdad. En cuanto a nosotros, la situación era distinta. Estábamos ayudados por toda una sociedad de indos educados, tan profundamente interesados en el asunto como nosotros. Además, se nos había prometido la revelación de algunos secretos guardados por sus custodios, los *mahantas*, y en vez de las simples tradiciones, la traducción exacta de algunas crónicas antiguas que habían sido conservadas como por milagro.

La historia de la India hace tiempo que se ha borrado de la memoria de sus hijos y es aún un misterio para sus conquistadores. Sin duda, todavía existe parcialmente en manuscritos que se ocultan celosamente a los ojos europeos. Esto ha sido demostrado por algunas palabras muy significativas, dichas por brahmanes en sus raras ocasiones de expansión amistosa. Así, el coronel Tod, a quien he citado varias veces, cuenta que le fue dicho por un Mahant(1⁹⁸): «Sahib, no perdáis vuestro tiempo en vanas investigaciones. La India *Bellati* (la India de los extranjeros), se halla ante vos, pero jamás veréis la India *Gupta* (la India secreta). Somos los

⁹⁸ 1 Superior de un antiguo monasterio-pagoda. (N. del E.)

guardianes de sus misterios y preferiríamos cortarnos las lenguas antes que hablar.»

Sin embargo, Tod consiguió saber mucho. Hay que tener presente que jamás ningún inglés ha adquirido tan buena fama entre los naturales como este antiguo y animoso amigo del maharana **de Udaipur**, que se mostraba tan benigno con los naturales, que incluso el más humilde de ellos no vio nunca ni sombra de desprecio en su actitud. Escribió antes de que la Etnología llegara a su presente estado de desarrollo, pero su libro es todavía una autoridad sobre todo lo que se refiere al Rajastán. Aunque la opinión que el autor tenía de su obra no era muy elevada, y declaró que «no era más que una colección concienzuda de materiales para el futuro historiador», sin embargo, en este libro se encuentran muchas cosas que nunca soñó, ni soñará, ningún funcionario civil de Inglaterra.

Dejemos que nuestros amigos se sonrían con incredulidad y que nuestros enemigos se rían de nuestras pretensiones «de penetrar en los misterios del mundo de Aryavarta», como cierto crítico expresó recientemente. Por pesimista que sea la opinión de nuestros críticos, sin embargo, aun en el caso de que nuestras conclusiones no resultasen más dignas de confianza que las de Fergusson, Wilson, Wheeler y demás arqueólogos y sanscritistas que han escrito acerca de la India, espero que no sean menos susceptibles de ser probadas. Diariamente se nos dice que hemos emprendido una tarea ante la cual los arqueólogos e historiadores, ayudados por la influencia y dinero del Gobierno, han retrocedido desanimados; y que nos hemos empeñado en una labor que ha resultado estar por encima de las facultades de la Sociedad Real Asiática.

Bien está. Recuerden todos -como nosotros recordamosque no hace mucho tiempo un pobre húngaro, Csoma de Körös, que no sólo carecía de todo género de medios sino que era casi un mendigo, se dirigió a pie al Tíbet a través de países desconocidos y peligrosos, llevado únicamente por su gran deseo de aprender y derramar luz sobre el origen histórico de su nación. El resultado **fue que** se descubrieron minas inagotables de tesoros literarios. La Filología, que hasta entonces había vagado en las tinieblas egipcias de laberintos etimológicos, y que estaba a punto de pedir la sanción del mundo científico para una teoría de las más extrañas, tropezó repentinamente con el hilo de Ariadria. La Filología descubrió por fin que el lenguaje sánscrito es, si no el antepasado, al menos -Usando el término

de Max Müller- «el hermano mayor» de todas las lenguas antiguas. Gracias al celo extraordinario de **Alejandro Csoma** de Körös, el Tíbet entregó una lengua cuya inmensa literatura era totalmente desconocida. Él la tradujo en parte, y en parte la analizó y explicó. Sus traducciones han demostrado al mundo científico: en primer lugar, que los originales del *Zend Avesta*, las escrituras sagradas de los adoradores del Sol, del *Tripitaka*, la de los budistas y del *Aytareya Brahmana*, la de los brahmanes, estaban escritas en la misma lengua sánscrita; en segundo lugar, que las tres lenguas -el zend, el nepalés y el sánscrito brahmánico moderno- son, más o menos, los dialectos de la primera; en tercer lugar, que el sánscrito antiguo es el origen de todas las lenguas indoeuropeas menos antiguas, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; en cuarto lugar, que las tres principales religiones del paganismo -Zoroastrismo, Budismo y Brahmanismo- son simples herejías de las enseñanzas monoteístas de *los Vedas*, lo cual no les impide ser realmente genuinas religiones antiguas y no falsificaciones modernas.

La moral de todo esto es evidente. Un pobre viajero, sin dinero ni protección, consiguió que le admitiesen en las Lamasedas del Tíbet y le dieran a conocer la literatura sagrada de este pueblo aislado que allí habita, probablemente porque trató a los «salvajes» mongoles y tibetanos como *hermanos suyos y no* como a una raza *inferior*, proeza que está por llevarse a cabo por los científicos. Uno no puede menos que sentirse avergonzado de la Humanidad en general y de la Ciencia en particular cuando piensa que aquél cuyos trabajos fueron los primeros en proporcionar a la última siembra una cosecha tan abundante, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y oscurecido. A su regreso del Tíbet fue a Calcuta sin un penique en el bolsillo. Por fin, Csoma de Körös fue conocido, y su nombre comenzó a pronunciarse con honor y alabanza cuando se hallaba moribundo en uno de los lugares más pobres de Calcuta, víctima de su desinteresado amor por la ciencia. Estando ya muy enfermo quiso volver al Tíbet y salió de nuevo a pie a través del Sikkim. Pero sucumbió a su enfermedad en el camino y fue enterrado en Darjeeling.

Sabemos muy bien que la tarea emprendida es sencillamente imposible de resumir entre los límites de unos artículos de periódico. Todo lo que esperamos conseguir es poner la piedra fundamental de un edificio, cuya sucesiva construcción debe ser confiada a generaciones futuras. A fin de

combatir con éxito las teorías acumuladas por dos generaciones de orientalistas sobre lo antiguo de la India, se necesitaría medio siglo de asidua labor. Y a fin de reemplazar esas teorías por otras nuevas y mejores, tenemos que obtener hechos nuevos, fundados no en la cronología y falso testimonio de brahmanes embusteros, cuyo interés está en alimentar la ignorancia de los sanserilistas europeos (como por desgracia sucedió con el teniente Wilford y Jacolliot), sino en pruebas indubitables que han de encontrarse en inscripciones no descifradas todavía. La clave de estas inscripciones no la poseen los europeos, porque como antes he manifestado, está guardada en manuscritos *tan antiguos* como las inscripciones y que se hallan fuera de todo alcance. Aun en el caso de que se realizasen nuestras esperanzas y obtuviéramos esta clave, una nueva dificultad se levantaría ante nosotros: tendríamos que emprender una refutación sistemática, página por página, de muchos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Sociedad Real Asiática. Semejante trabajo podría verificarse por una docena de sanscritistas incansables en constante trabajo, desgraciadamente este tipo de gente, hasta en la india es tan rara como los elefantes blancos.

Al describir las cavemas y los otros monumentos de la época arcaica visitados por nosotros, me limitaré a exponer las ideas más extendidas y las opiniones más aceptadas por los arqueólogos acerca de estos lugares. De cualquier modo, me reservo el derecho de señalar las contradicciones entre sus distintas teorías y aseveraciones que prueban tan cerleramente como la operación de sumar dos más dos, el poco derecho que tienen -a pesar de su autoridad-de exigir más que una atención rutinaria para sus teorías. Mediante hechos indiscutibles espero demostrar cuán lejos de unas conclusiones fiables están nuestros señores arqueólogos, respecto de, por ejemplo, los templos excavados en la roca de Nasik.

Con nuestras cabezas llenas de estos pensamientos, nosotros, un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupábamos por completo un vagón del gran ferrocarril peninsular indo, en nuestro camino hacia Nasik, una de las ciudades más antiguas de la India, como ya he dicho, y la más sagrada de todas a los ojos de los habitantes de la Presidencia Occidental. Nasik tomó su nombre de la palabra sánscrita *nasika*, que significa «nariz». Una leyenda épica asegura que en este mismo lugar, Lakshmana, el hermano mayor del deificado rey Rama, cortó la nariz a la gigante

Sarpriaka, hermana de Ravana, que robó a Sita, la «Helena de Troya» de los indos.

El tren se detuvo a once kilómetros de la ciudad, de manera que tuvimos que terminar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas, llamados *ekkas*, y *arrastrados* por novillos. Era la una de la mañana, pero a pesar de la oscuridad de la hora, los áureos cuernos de los animales estaban adornados de flores y en sus patas sonaban campanillas de metal. Nuestro camino pasaba a través de barrancos llenos de árboles donde, como nuestros conductores se apresuraron a decirnos, los tigres y otros misántropos cuadrúpedos de la selva, jugaban al escondite. Sin embargo, no tuvimos ocasión de trabar conocimiento con los tigres, pero en su lugar gozamos del concierto de una comunidad entera de chacales. Nos seguían paso a paso, atormentando nuestros oídos con chillidos, risas salvajes y ladridos. Estos «simpáticos» animales son furiosos, pero tan cobardes que aunque suficientes en número para devorarnos, no sólo a nosotros sino también a los novillos de cuernos dorados, ninguno de ellos se atrevió a aproximarse a menos de algunos pasos. Cada vez que el largo látigo, nuestra arma contra las serpientes, caía sobre el lomo de uno de ellos, la horda entera desaparecía con un ruido indecible. Sin embargo, los conductores no perdonaron ni siquiera una de sus supersticiosas precauciones contra los tigres. Cantaban «mantrarris» exorcistas en coro, derramaban betel en el camino, como muestra de su respeto a los rajás del bosque, y después de cada copla, hacían arrodillarse a los bueyes e inclinar sus cabezas en honor de los grandes Dioses. Inútil es decir que el *ekka*, tan ligero como una cáscara de nuez, amenazaba cada vez con caer, pasajero incluido, sobre los cuernos de los bueyes. Tuvimos que soporiar este modo agradable de viajar durante cinco horas, en la oscuridad. Al fin llegamos a las seis de la mañana a la «posada de los peregrinos».

Sin embargo, la verdadera causa de lo sagrado de Nasik, no es el rostro mutilado de la gigante sino la situación de la ciudad a orillas del Godavari, muy cerca de las fuentes de este río que, por una u otra razón, es llamado *Ganga*(⁹⁹) (Ganges) por los naturales. Probablemente a este nombre mágico debe la ciudad sus numerosos y magníficos templos, y la clase selecta de brahmanes que habita las orillas del río. Dos veces al año acuden allí los peregrinos a orar, y en estas solemnes ocasiones los

⁹⁹ La Diosa Ganga, habiéndose transformado en río, fluye del dedo gordo del pie de Visnú. (N. del E.)

visitantes exceden en número a los habitantes de Nasik, los cuales son sólo 35 000. Muy pintorescas, pero igualmente sucias, son las casas de los brahmanes ricos, construidas a ambos lados del camino desde el centro de la ciudad a las playas del Godavari. Un bosque de templos piramidales y estrechos, se extiende por ambas orillas del río. Todas estas nuevas pagodas, están edificadas sobre las ruinas de otras más antiguas destruidas por el fanatismo de los musulmanes. Una leyenda nos informa que la mayor parte de ellas provienen de las cenizas de la cola quemada del Dios-mono Hanuman. Hanuman llegó a Nasik, su patria, de un solo salto a través del aire, al retirarse de Lanka, donde el malvado Ravana, después de haber untado la cola del valiente héroe con una materia combustible, le prendió fuego. **Y aquí**, el noble adorno de la posadera del mono, quemada casi por completo durante el viaje, se deshizo en cenizas, y de cada sacratísimo átomo de estas cenizas que cayó al suelo, surgió un templo... Y en verdad, estas innumerables pagodas, esparcidas de modo tan desordenado, parecen, al ser contempladas desde la montaña, como si realmente hubiesen sido arrojadas a puñados desde el cielo. No sólo las orillas del río y los terrenos próximos sino cada pequeña isla, cada roca que asoma fuera del agua, está cubierta de templos... Y ni siquiera uno de ellos carece de leyenda propia, de las cuales se refieren diversas versiones por cada miembro de la comunidad brahmánica con arreglo a su gusto, por supuesto con la esperanza de la correspondiente recompensa.

Aquí, lo mismo que en toda la India, los brahmanes se dividen en dos ramas -los adoradores de Siva y los de Visnú- y entre ambas existe rivalidad y guerra desde hace siglos. Aunque las cercanías del Godavari respláncen por su noble celebridad de ser el lugar del nacimiento de Hanuman y el escenario de los primeros grandes hechos de Rama (encarnación de Visnú)^(1¹⁰⁰) contra Ravana, rey de Ceilán, sin embargo, posee tantos templos dedicados a Siva como a Visnú. El material con el que están construidas las pagodas consagradas a Siva es casi siempre basalto negro. Y precisamente el color del material es lo que constituye la manzana de la discordia en este caso, por ser del mismo color que la cola quemada del aliado de Rama. Desde los primeros días de su dominación, los ingleses heredaron innumerables pleitos entre las sectas rivales; los casos se sentenciaban en un tribunal sólo para ser apelados en otro, teniendo siempre por origen esta *cola* de mal agüero y sus pretensiones.

¹⁰⁰ Ver *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. xxIII, 1827, p. 353.

Esta cola es un misterioso *deus ex machina* (2¹⁰¹) que dirige todos los pensamientos de los brahmanes de Nasik en pro y en contra. A propósito de esta cola se escribieron más resmas de papel y peticiones que en la querrela acerca del ganso entre Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich (3¹⁰²); y se derramó más tinta y bilis que lodo ha habido en Mirgorod desde la creación del Universo. El puerco que tan afortunadamente decidió la famosa querrela de Gogol, sería una bendición inapreciable para Nasik y la lucha por la cola. Pero por desgracia ni aun el «puerco», aunque proviniese de Rusia, serviría para nada, porque los ingleses sospecharían en seguida, y lo arrestarían como *espía ruso* ... (1¹⁰³)

En Nasik se enseña el sitio donde se bañaba Rama. Las cenizas de los hindúes piadosos son traídas aquí de lugares distantes para ser arrojadas en el Godavari, a fin de que se mezclen por siempre con las aguas sagradas del Ganges. En un antiguo manuscrito hay una declaración de uno de los generales de Rama, que por una u otra causa no se menciona en el *Ramayana*. Esta declaración señala al río Godavari como la frontera entre los reinos de Rama, rey de Ayodhya, en la región de Oudh y de Ravana, rey de Lanka (Ceilán). Las leyendas y el poema de *Ramayana* declaran que éste era el sitio donde Rama, mientras cazaba, vio un hermoso antílope, y al tratar de hacer con su piel un regalo a su amada Sita, cruzó por primera vez las fronteras de su propio reino y penetró en las regiones de su desconocido vecino. Sin duda alguna, Rama, Ravana y hasta Hanuman, promovido por alguna razón no explicada al rango de mono, son personajes históricos que en un tiempo tuvieron existencia real.

Hace unos cincuenta años se sospechó vagamente que los brahmanes poseían inapreciables manuscritos. Se dijo que uno de éstos trata de la época prehistórica en que los Arios(2) ¹⁰⁴invadieron por primera vez el

¹⁰¹2 Recurso artificial o externo para resolver dificultades. En el antiguo teatro griego, este artificio consistía en hacer que un Dios, por medio de una máquina, descendiera al escenario para rescatar al héroe o resolver la trama. (N. del E.)

¹⁰²3 La historia de cómo se enemistaron Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich, escrita por Gogol, es la primera novela clásica cómica de la literatura rusa. (N. del E. inglés)

¹⁰³1 H. P. Blavatsky aquí hace referencia de forma irónica a los problemas que le causó el Gobierno anglo-indo. (N. del E.)

¹⁰⁴2 Literalmente «nobles»,. Es el nombre de una raza que invadió la India del Norte en el periodo védico. (N. del E.)

país, y comenzaron una guerra interminable con los oscuros aborígenes de la India del Sur. Estos rumores llevaron a uno de los «*Collectors*» -algo así como un inspector de distrito (según creo) - a sugerir que el Gobierno obligase a los brahmanes a revisar cuidadosamente cada rincón de las pagodas y a declarar todos los manuscritos existentes; y que, además, irrumpiese en sus santuarios y, desoyendo las protestas de los supersticiosos fanáticos, demostrase que los ingleses son los *amos* y no los *esclavos*. Afortunadamente para los *amos* y quizás desafortunadamente para los *esclavos*, esta loca idea no fue jamás llevada a cabo. El fanatismo en materia religiosa es lo único que une con firmeza a todos los cultos y castas contendientes. Los ingleses entienden esto muy bien, y por ello, nunca insultan a sus *esclavos* por cuestiones de índole religiosa. Acaso no los brahmanes mismos, pero sí sus templos y altares son sin duda *inviolables*.

Las vistas más interesantes de Nasik son unos templos excavados en la roca, a unos nueve kilómetros de la ciudad. El día anterior a nuestra marcha hacia dicho lugar no soñaba yo, ciertamente, en **que una** «cola» iba a representar tan importante papel en nuestra visita a Nasik, y que en este caso me salvaría a mí, si no de la muerte, por lo menos de muy desagradables y quizás peligrosas contusiones. He aquí como sucedió:

Al presentarse ante nosotros la dificultosa tarea de subir una empinada montaña, decidimos alquilar elefantes. Nos trajeron la mejor pareja del país. Su dueño nos aseguró que el Príncipe de Gales había montado en ellos y había quedado muy contento. El ir, volver y disponer de ellos durante todo el día -en una palabra, la expedición entera- nos costaría dos rupias por elefante. Cerramos el trato dándonos la mano y empezamos a prepararnos.

Nuestros amigos indígenas, acostumbrados desde la infancia a esta clase de cabalgadura, no tardaron en hallarse en el lomo de su elefante. Lo cubrieron como moscas, sin predilección alguna por este o aquel sitio de su enorme espalda. Se sostenían por medio de cuerdas, más con los dedos de los pies que con sus manos y, en conjunto, presentaban un cuadro de contento y confort. Nosotros, los europeos, teníamos que utilizar a la señora elefanta por ser más mansa. Sobre su lomo había dos bancos

pequeños con asientos en declive a ambos lados sin el más mínimo respaldo, pero no teníamos elección. Los miserables y raquíticos elefantes jóvenes que se exhiben en los circos europeos, no dan idea alguna del verdadero tamaño de esta criatura. El *mahout* o conductor, se colocó entre las orejas del enorme animal, mientras nosotros contemplábamos los «perfectos» asientos dispuestos para nosotros, con un desagradable sentimiento de desconfianza. El mahout ordenó a su elefanta arrodillarse, y tengo que confesar que, al trepar a su lomo con ayuda de una pequeña escala, lo hicimos con cierta sospecha. Nuestra elefanta contestaba al poético nombre de *Chanchalai Peri*, el «Hada Solícita», y en realidad era la más obediente y la más alegre de todos los representantes de su especie que nunca he visto. Agarrándonos unos a otros dimos, por último, la señal de marcha, y el mahout aguijoneó la oreja derecha del animal con una varilla de hierro. Primero, la elefanta se levantó sobre sus patas delanteras, cuyo movimiento nos echó hacia atrás; después, se levantó pesadamente sobre las traseras y rodamos hacia adelante, amenazando arrollar al mahout. Pero ésto no fue el fin de nuestras incidencias. A los primeros pasos que dio Peri rodamos en todas direcciones, como fragmentos palpitantes de jalea.

Nos detuvimos. Fuimos recogidos nuevamente y vueltos a colocar en nuestros respectivos asientos, operaciones durante las cuales la trompa de Peri demostró su actividad, y el viaje continuó. Sólo el pensamiento de los nueve kilómetros que teníamos ante nosotros nos llenó de espanto; pero no quisimos renunciar a la excursión, e indignados rechazamos que se nos atase a nuestros asientos, como indicaron nuestros compañeros indos, que no podían contener sus alegres carcajadas... Sin embargo, me arrepentí amargamente de este alarde de vanidad. Nuestro anormal modo de locomoción era, al mismo tiempo, algo fantástico y ridículo. Un caballo cargado con nuestro equipaje, trotaba al lado de Peri, Y mirándole desde nuestra altura, no parecía mayor que un burro. Á cada potente paso de Peri teníamos que prepararnos para ejecutar inesperadas proezas acrobáticas, al ser zangoloteados de un lado a otro por el balanceo de su marcha. Este ejercicio, bajo un Sol abrasador, nos ponía, sin poderlo remediar, en un estado de cuerpo y de ánimo algo así como entre el mareo y una pesadilla hija del delirio. Como remate de nuestros goces, comenzando a subir un pequeño y tortuoso sendero, abierto en declive sobre las rocas de un profundo barranco, nuestra Peri tropezó. La repentina sacudida me hizo perder por completo el equilibrio. Yo iba sentada en la parte posterior, en

el sitio de *honor*, que así se le considera, y al ser sacudida de tal modo, fui rodando hacia abajo incapaz de detenerme. Sin duda alguna, en el momento siguiente me hubiera encontrado en el fondo del barranco, con algún daño mayor o menor de mi cuerpo, de no ser por la maravillosa destreza e instinto del hábil animal. Sintiendo que me estaba cayendo de su lomo, me cogió al vuelo con su cola, enlazándome con ella; se detuvo instantáneamente y comenzó a arrodillarse con cuidado. Pero mi peso natural era demasiado para la delgada cola de la bondadosa bestia. Peri no me soltó, y habiéndose arrodillado por fin, me bajó velozmente y gimió de un modo lastimero, pensando acaso que había poco menos que perdido su cola por haber sido tan generosa. El mahout se apresuró a ayudarme, examinando luego la perjudicada cola de su animal.

Entonces presenciábamos una escena que nos demostró la grosera astucia, la avaricia y la cobardía de un indio de ínfima clase, de un *proscrito*, como aquí los llaman.

El mahout, indiferente y con sangre fría, examinó la cola de Peri, y hasta tiró de ella varias veces, y cuando se disponía a subir tranquilamente a su sitio acostumbrado, tuve la desgraciada ocurrencia de murmurar algo que expresaba mi sentimiento y compasión. Mis palabras obraron una milagrosa transformación en la táctica del mahout. Se arrojó al suelo y se echó a rodar como un endernoniado, lanzando gemidos salvajes y horribles. Llorando y sollozando, repetía constantemente que *Maam saab*(¹⁰⁵), o sea yo, había **arrancado** la cola de su Peri, quien quedaba ya **inutilizada hasta el punto de que su** esposo, el «orgullosa Airavata», descendiente directo del propio elefante favorito de Indra, habiendo presenciado su vergüenza, renunciaría para siempre a su mutilada *compañera*, por lo cual más valía que ésta hubiese muerto...

Sólo con aullidos y lágrimas amargas respondía a las observaciones de nuestros compañeros. En vano tratamos de persuadirle de que el orgullosa Airavala no mostraba la más ligera disposición a cometer esa crueldad con su esposa, la simpática Chanchalai Peri; en vano nos esforzamos en hacerle ver que, durante todo este tiempo, los dos elefantes permanecían tranquilamente juntos, y que el mismo Airavata, en este crítico momento,

¹⁰⁵ Es decir, Madame sahib. La palabra sahib, pronunciada «saab» se añade a todo título y nombre. Se dice por ejemplo, Capitán saab, Coron el saab, Maam saab, etc.

frotaba afectuosamente con su trompa el cuello de Peri, y que Peri no parecía en modo alguno desolada por el accidente sufrido en su cola. Nada fue de provecho. Por fin, nuestro amigo Narayana perdió la paciencia. Hombre de extraordinaria fuerza muscular, acudió a un recurso extremo muy original. Con una mano tiró una rupia de plata, y con la otra agarró por su *dhoti*(2) ¹⁰⁶al mahout y lo arrojó tras la moneda. Sin dedicar un pensamiento siquiera a su nariz, que sangraba, el mahout se abalanzó sobre la rupia con la voracidad de una bestia salvaje que se lanza sobre su presa. Se postró en el polvo ante nosotros repetidas veces con interminables «salaams» agradecidos, cambiando al instante su profundo pesar por una loca alegría. **Dio otro** tirón a la infortunada cola, y declaró con alborozo que, gracias a las oraciones del sahib, estaba realmente sana; para demostrarlo se colgó de ella como un campanero lo hace con las cuerdas de su campana, hasta que lo echaron de allí y volvió a su sitio.

-¿Es posible que una miserable rupia haya causado todo esto? -nos preguntamos llenos del mayor asombro-.

-Vuestra sorpresa es natural -contestaron los indos-. No necesitamos declararos la vergüenza que experimentamos y el asco que sentimos ante esta voluntaria muestra de humillación y avaricia. Pero no olvidéis que este miserable mahout, que seguramente tiene mujer e hijos, sirve a su amo por doce rupias al año, en lugar de las cuales, a menudo, sólo recibe una paliza. Tened también en cuenta los largos siglos de tratamientos tiránicos de brahmanes y de musulmanes fanáticos, quienes consideran a un indo no mejor que a una bestia impura, y que aun en nuestros días la generalidad de los dominadores ingleses, tan altamente educados y *humanitarios* los miran de la misma manera, y quizás con esto sintáis compasión por esta desdichada caricatura de la Humanidad.

Pero la «caricatura» en cuestión se sentía evidentemente muy feliz y sin la menor conciencia de humillación de ninguna clase. Sentado en la espaciosa frente de su Peri, le contaba su inesperada riqueza, recordándole su origen «divino» y ordenándole que saludase a los sahibs con su trompa. Peri que estaba de muy buen humor, gracias al regalo que le hice de una

¹⁰⁶ 2 Una larga pieza de tela usada por los indos para envolver su cintura y caderas. Entre los más pobres, ésta es la única vestimenta además de un trozo Similar que cubre sus cabezas.

caña de azúcar entera, elevó su trompa hacia atrás, y jugueteando, sopló en nuestras caras...

CAPITULO XI

LAS CUEVAS DE NASIK - INSCRIPCIONES QUE REVELAN SU GRAN ANTIGÜEDAD - LO QUE KALLUKA BHATTA DIJO - EGIPTO Y ARABIA

Dejando atrás el mundo de los «modernos pigmeos», las minucias de la vida vulgar y la degradada y humillada India, entramos nuevamente al mundo de la profunda Antigüedad, al mundo de la India desconocida, grande y misteriosa...

Las principales cuevas de Nasik fueron excavadas en una montaña que los nativos llaman Pandu Lena, nombre que se refiere a la imperecedera tradición que atraviesa los siglos del tiempo y que adscribe todas estas estructuras ciclópeas a los Pandavas, los cinco míticos hermanos⁽¹⁾ ¹⁰⁷de

¹⁰⁷ 1 Se está refiriendo a los cinco Pandavas: Yudishthira, Bhima, Arjuna, Nakula y Sahadeva. (N. del E.)

los tiempos prehistóricos. La opinión unánime de los arqueólogos estima que estas cuevas son más interesantes e importantes que todas las de Karli y de Elefanta juntas. Y, sin embargo -¿no es esto extraño?- a excepción del sabio Dr. Wilson, que quizás era demasiado aficionado a formar opiniones precipitadas, ningún arqueólogo se ha atrevido hasta ahora a decidir a qué época pertenecen, por quién fueron construidas y cuál de las tres religiones principales de la Antigüedad era la profesada por sus misteriosos constructores.

Es evidente, sin embargo, que los que aquí trabajaron no pertenecieron todos ni a la misma generación ni a la misma religión. El principal interés se centra en la tosquedad de la obra primitiva, sus enormes dimensiones y la erosión sufrida por la escultura en los sólidos muros, mientras que la estatuaria y grabados de los seis colosos que sostienen la cueva principal en el segundo piso, están magníficamente conservados y son en extremo elegantes. Esta circunstancia induce a creer que la obra fue iniciada muchos siglos antes de su finalización. ¿Pero cuándo? Una de las inscripciones sánscritas de época relativamente reciente (en el pedestal de uno de los colosos) señala la edificación en el año 453 a.C. En todo caso Barth, Stevenson, Gibson, Reeves y algunos otros hombres de ciencia que, siendo occidentales, no tienen ninguno de los prejuicios propios de los panditas indígenas, han hecho esta conjetura fundándose en algún dato astronómico. Además, la conjunción de los planetas expresada en la inscripción, no deja lugar a dudas acerca de las fechas; debe ser o bien 453 a.C. ó 1734 d.C., y si no el 2640 a.C., siendo esta última imposible porque Buda y los monasterios budistas están mencionados en la inscripción. Transcribo como sigue las sentencias más importantes según la traducción iniciada por el Dr. Stevenson y corregida por los panditas del Colegio Oficial de Sanscritistas de Benarés:

«¡Al más Perfecto! ¡Que pueda serle esto agradable! El hijo del rey Kshaliarata, señor de la tribu chatria y protector de los hombres, el gobernante Dinika, brillante como el alba, ofrenda cien mil vacas a orillas del do Banas y también un presente de oro del constructor de esta santa mansión de los Dioses, el sitio de la monificación de las pasiones de los brahmanes. No hay lugar más deseable que este sitio, ni siquiera Prabhasa -donde se reúnen cientos de miles de brahmanes para el peregrinaje, repitiendo los versos sagrados- ni la ciudad pura de Gaya, ni la empinada

montaña cerca de Dasapura, ni el Campo de la Serpiente en Govardhana, ni la ciudad Pratisraya -donde se halla un monasterio budista aun el edificio construido por Dipanakara en las orillas de las frescas aguas (?) del mar. Este es el lugar donde son otorgados los dones más preciosos y que tan saludable resulta para la piel de ciervo de los ascetas(1) ¹⁰⁸(?). Una segura barca fue entregada por el que estableció los pasajes diarios y gratuitos de una a otra orilla. También él construyó la hospedería y la fuente pública, el dorado león, el [¿ciervo?] colocado en la puerta principal del Govardhana, el otro león en el paso del do y otro en Ramatiriha. Este generoso donante ha almacenado más de cien clases de hierbas y miles de raíces de las montañas como alimento para el rebaño. En el mismo Govardhana, en la montaña luminosa, esta segunda cueva fue excavada por orden de la misma persona caritativa, cuando el Sol, Shukra y Rahu(2¹⁰⁹), muy respetados por los hombres, estaban en la plenitud de su camino. Lakshmi, Indra y Yama también lo consagraron (Vaisakha) y el lecho fue preparado en el día más propicio del mes, Bliadrapada; después, ellos, Lakshmi, Indra y Yama(3) ¹¹⁰partieron hacia sus excelentes carros con un grito triunfal, sostenidos por la fuerza de los versos mágicos, en dirección al camino intacto(1) ¹¹¹. **Cuando toda** su comitiva había partido, una tormenta de agua cayó **sobre el ejército que llegó** a la ciudad purificado y con mil vacas.»(2)¹¹²

Las primeras cuevas están excavadas en una colina cónica a unos, setenta y cinco metros de su base. En la principal de ellas hay tres estatuas de Buda; en las laterales, un lingam y dos estatuas jainas. En la cueva superior hay un ídolo o mejor una estatua de Dharma Rajá o Yudislithira,

¹⁰⁸ 1 Los ascetas de la India se cubren incluso hoy en día, como Hércules, con la piel de animales salvajes, normalmente tigres. [H. P. Blavatsky]

¹⁰⁹ 2 *Rahu* y *Ketu* son las estrellas fijas que forman la cabeza y cola de la constelación del dragón; Rahu también es uno de los nueve planetas.

¹¹⁰ 3 En otras palabras, las constelaciones Virgo, Acuario y Tauro, subsidiarias y consagradas a estas tres deidades supremas. [H. P. Blavatsky]

¹¹¹ 1 El camino celeste. [H. P. Blavatsky]

¹¹² 2 *A Handbook for Travellers in India*, Edward B. Eastwick, 1859, Segunda Parte, p. 368.

el mayor de los Pandavas que es adorado en un templo erigido en su honor entre Pen y Nasik. Más adelante hay todo un laberinto de celdas donde vivieron, evidentemente, ennitaños budístas; también hay una enorme estatua de Buda en postura reclinada y otra del mismo tamaño colosal pero rodeada de columnas cuyos capiteles están adornados con figuras de varios animales. Los estilos, de diferentes épocas y religiones están aquí tan mezclados y enmarañados como los árboles de distintas clases en un espeso bosque.

Es muy notable que casi todas las cuevas excavadas en la roca, se encuentren dentro de peñascos y montañas cónicas. Es como si los antiguos constructores buscaran a propósito tales pirámides naturales. Observé esta peculiaridad en Karli, y es exclusiva de la India. ¿Es una mera coincidencia o es una de las reglas de la arquitectura religiosa del remoto pasado? ¿Y quiénes son los originales y quiénes los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto o los desconocidos arquitectos de las cuevas subterráneas de la India? Tanto en las pirámides como en las cuevas excavadas en la roca, todo parece estar calculado con exactitud geométrica. En ambos casos, las entradas no están al pie de la montaña sino a cierta distancia de su base.

Es bien sabido que la Naturaleza no imita al arte y que, como regla general, el arte trata de copiar ciertas formas de la Naturaleza. Y si hasta en estas semejanzas de los símbolos de la India y de Egipto no existe otra cosa que una simple coincidencia, hay que confesar que las coincidencias son algunas veces inesperadas, inexplicables. Más adelante aportaremos más pruebas de que Egipto ha tomado muchas cosas de la India. No debemos olvidar que no se sabe nada acerca del origen de los faraones, y que los pocos hechos que la ciencia ha conseguido descubrir, lejos de contradecir esta teoría, sugieren que la India es la cuna de la raza egipcia.

En días de remota antigüedad Kalluka Bhatta escribió en su *Historia de la India*:

«Durante el reinado de Vishvamitra, primer rey de la dinastía Soma Vansa, después de cinco días de batalla, Manu-Vena, el heredero de antiguos reyes, fue abandonado por los brahmanes y emigró con su

ejército, atravesando Arya y Barria, y llegando por último a las orillas de Masra ... »(1)¹¹³

Kalluka Bhatta es un escritor tan antiguo que los sanscritistas disputan todavía acerca de la época en que escribió, incapaces de situarlo en ninguna fecha determinada y fluctuando así entre el año 2000 a.C. y el reinado del emperador Akbar (en tiempo de Iván el Terrible). Citamos las palabras de un historiador moderno que ha estudiado Egipto toda su vida, (no en Berlín ni en Londres, como algunos otros historiadores, sino en el mismo Egipto), descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiros más antiguos. Se trata de Henri Brugsch-Bey:

«Cualesquiera que sean las relaciones de parentesco existentes en general entre estas grandes razas humanas, algo parece cierto: que la cuna del pueblo egipcio debe ser buscada dentro del área asiática del globo. En las más tempranas épocas de la Humanidad, muy anteriores a todo recuerdo histórico, los egipcios abandonaron, por motivos desconocidos, su suelo patrio primitivo, marcharon en la dirección del sol poniente y, finalmente, cruzaron ese puente entre continentes, el istmo de Suez, para encontrar una nueva patria en las favorecidas orillas del sagrado Nilo.»

Hay indicios de que en la época de la xi Dinastía, los egipcios comerciaban con Arabia y en las costas del Océano Indico, ¡y quién sabe desde qué inmemorables tiempos! Una inscripción en una roca de Harnmarnal dice que *Sankh-Ka-Ra*, el último Faraón de la XI Dinastía, envió a un noble llamado *Han-a-Punt o Pent*.

<Fui enviado a Punt en un barco para traer al Faraón goma aromática, cogida por los príncipes del País Rojo.»

Comentando esta inscripción, Brugsch-Bey explica:

«Bajo el nombre de Punt, los antiguos habitantes de Khernú [Egipto] designaban un país distante, rodeado por un gran océano, lleno de

¹¹³ *Arya* es Irán o Persia; y *Barria* es un antiguo nombre de Arabia; mientras que *Masr o Masra* es uno de los primitivos nombres de El Cairo, desfigurado por los musulmanes en *Misro y Musr*. [cif. *Isis sin Velo*, vol. II, p. 353. Ed. Sitio]

montañas y valles y rico en ébano y otras costosas maderas, en perfumes, piedras y metales preciosos, en fieras, jirafas, leopardos, panteras y grandes monos.»

El nombre del mono en Egipto era *kaph o kaphi*; en hebreo, *koph* y en sártscrito, *kapi*.

Relatos legendarios de una época muy antigua de la historia de Egipto otorgaban a Punt (presumiblemente, la India) un carácter muy sagrado, porque Punt (o Pent)(1) ¹¹⁴era la primitiva morada de los Dioses, quienes bajo el liderazgo de *A-Món* [*¿el Manu-Vena de Kalluka Bhatta?*], *Hor* y *Hathor* la abandonaron *en dirección al Valle del Nilo, llegando felizmente a Kemi*(2¹¹⁵).

Hanuman tiene un gran parentesco con los cinocéfalos egipcios, y el emblema de Osiris y de Siva es el mismo: ¡*Qui vivra verra!*(3)¹¹⁶

Nuestro viaje de regreso fue muy agradable. Nos habíamos adaptado a los movimientos de Peri y nos sentíamos como jinetes. Pero durante toda una semana después, apenas pudimos andar.

¹¹⁴ 1 *Pent*, de *Pa-Nuter*, «tierra sagrada», o el egipcio «país de los Dioses».

¹¹⁵ 2 De un monumento de la XI Dinastía. Ver Brugsch-Bey.

¹¹⁶ 3 ¡Vivir para ver! (N. del E.)

CAPITULO XII

LOS BABÚS BENGALÍES - KHANDESH - CEMENTERIOS
MUSULMANES

GHATS HINDÚES - CREMACIÓN DE RICOS Y CREMACIÓN DE
POBRES

LOS MANGS - ENFRENTAMIENTOS DE LOS INGLESES CON
LOS MAHRATTIS

¿Qué elegirían si tuvieran que escoger entre ser ciego o sordo? De diez personas, nueve contestarían a esta pregunta prefiriendo positivamente la sordera a la ceguera. Y el que haya tenido la fortuna de contemplar, aunque sólo haya sido por un momento, alguno de los rincones fantásticos de la India, de ese país de palacios de mármol y jardines encantados, recordando a menudo los más extraordinarios escenarios de la Ópera de París -imposibles, diría uno, en la Naturaleza- añadida gustoso a la sordera la parálisis de ambas piernas, antes que perder la dicha que supone contemplar semejantes maravillas.

Se cuenta que Sadi, el gran poeta, se quejaba amargamente porque sus amigos parecían fatigados e indiferentes mientras él alababa la hermosura de su amada. «Si tuvierais la dicha de contemplar como yo su maravillosa hermosura -protestaba él- comprenderíais entonces mis versos que, desgraciadamente, describen en términos tan mezquinos y poco adecuados,

los sentimientos arrobadores que experimenta el alma de todo el que la ve, aunque sea de lejos.» Simpatizo por completo con el enamorado poeta, Pero tiemblo, temiendo que mis constantes rapsodias sobre la India lleguen a fastidiar a mis lectores tanto como Sadi aburría a sus amigos que jamás vieron a la señora de sus pensamientos. Pero ¿qué puede hacer -os ruego me digáis- el pobre cronista cuando descubre diariamente nuevos y nunca soñados encantos en su llarnada»? Hasta los aspectos más sombríos, abyectos e inmorales que a veces horrorizan en la India, están llenos de una poesía salvaje y de una originalidad que no se encuentran en ningún otro país. No es raro que un europeo novicio se estremezca de disgusto ante algunos rasgos locales de la vida diaria; pero al mismo tiempo estas escenas atraen y fascinan la atención como una aparición nocturna, de la cual no se pueden apartar los ojos...

Tuvimos muchas de estas experiencias mientras duró nuestra *école buissonnière*(¹¹⁷). Pasamos estos días lejos de ferrocarriles y de todo vestigio de civilización; y esto afortunadamente, porque la civilización europea sienta a la India como un sombrero de moda a una peruana medio desnuda, verdadera «hija del Sol» del tiempo de Cortés.

Durante todo el día vagábamos a través de ríos y selvas, pasando por aldeas y ruinas de antiguas fortalezas, por caminos vecinales entre Nasik y Jabalpur, viajando con ayuda de carros de bueyes, elefantes, caballos y a menudo llevados en *palkis* («palanquines»). Al oscurecer montábamos nuestras tiendas y dormíamos en cualquier parte. Estos días nos presentaron la oportunidad de ver por nosotros mismos que el hombre puede decididamente soportar condiciones climáticas muy duras y hasta peligrosas, tan solo por la simple fuerza de la costumbre, casi sin darse cuenta. A mediodía, cuando nosotros, «gente blanca», estábamos próximos a desmayarnos a causa del sofocante calor, a pesar de los topis de grueso corcho y otras defensas que podíamos procuramos, y cuando hasta nuestros compañeros indígenas tenían que emplear una pieza de muselina alrededor de sus cabezas, el babú bengalí viajaba a caballo kilómetros y kilómetros bajo los rayos verticales del Sol, con la cabeza ¡desnuda!, no llevaba ni siquiera un simple *pagri* (pieza ligera en forma de turbante) y mucho menos un sombrero. Durante horas cabalgaba vistiendo únicamente su denso cabello, y el Sol no parecía tener efecto alguno sobre su cráneo

¹¹⁷ 'Escuela de campo. (N. del E.)

bengalí. Esta gente sólo cubre sus cabezas en las ocasiones solemnes, en las bodas y grandes festividades tales como un *durbar*(²¹¹⁸); donde se lleva el turbante aunque sólo como adorno, algo así como las flores que son llevadas en los bailes.

Los babús bengalíes se apoderan de casi todos los puestos de subalternos, especialmente los de secretarios, e invaden todas las estaciones de trenes, oficinas de correos y telégrafos y los departamentos oficiales de comercio. Envueltos en su atuendo de muselina blanca, echado sobre el hombro como una *toga* romana, con las piernas desnudas hasta la rodilla y la cabeza descubierta, se pavonean orgullosamente en los andenes de las estaciones o a la entrada de sus oficinas, lanzando miradas despreciativas a los *malirattis*, a quienes gusta sobremanera llevar numerosas sortijas y bonitos pendientes en la parte superior de la oreja derecha. Los bengalíes, contrariamente a los demás hindúes, no se pintan señales de culto religioso en la frente. La única joya que no desprecian del todo es un costoso collar; pero incluso ésto no es común. Contra lo que es de suponer, los *malirattis*, con todas sus costumbres aferminadas, constituyen la tribu más valiente de la India, soldados bravos y experimentados: hecho que ha sido demostrado por siglos de lucha y más de una vez ante los propios ingleses; *pero Bengala no ha producido todavía un soldado de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes desde tiempo inmemorial. Ni un solo bengalí se encuentra en los regimientos indígenas del ejército británico.* Esto es un hecho extraño que en un principio no quise creer, pero que ha sido confirmado por muchos oficiales ingleses y por los bengalíes mismos como algo irrefutable. Pero con todo esto, están lejos de ser cobardes, aunque sus babús y demás privilegiados llevan, en verdad, una vida afeminada; pero sus *zamindares* («terratenientes») y campesinos son, sin duda, valientes. Los bengalíes salen a afrontar al tigre -el tigre más feroz de toda la India-, armados sólo con una maza y esto tan tranquilamente como cuando llevaban escopetas y espadas.

Muchos senderos, arboledas extraviadas y muchas grutas conservadas por milagro, que probablemente no habían sido jamás pisados antes por ningún pie europeo, fueron visitados por nosotros durante estos pocos días. Gulab Lal Singh estaba ausente, pero nos acompañaba uno de sus

¹¹⁸ ' *Durbar*: corte o audiencia, administrativa o solemne, de un príncipe indo. (N. del E.)

fieles servidores, y el buen recibimiento que en casi todas partes encontrábamos, era debido a la influencia mágica de su nombre. Si los míseros y desnudos aldeanos retrocedían ante nosotros y cerraban sus puertas al aproximamos, los brahmanes, en cambio, se deshacían en obsequios con nosotros.

Las vistas en los alrededores de Khandesh, en el camino a Thalner y Mahu, son muy pintorescas. Pero el efecto no se debe por completo a la hermosura de la Naturaleza. El arte tiene mucha Parte en ello, especialmente en los cementeríos musulmanes. En la actualidad, todos están más o menos destruidos y abandonados, debido al aumento de habitantes hindúes que los rodean y a haber sido expulsados los principes y *kanes* musulmanes, en un tiempo, señores de la india. Los musulmanes hoy en día están bastante mal y tienen que soportar más humillaciones que los mismos hindúes.

Pero, sin embargo, han dejado muchos monumentos indestructibles tras de sí, y entre otros, sus cementerios. La fidelidad de los musulmanes a sus muertos es un rasgo conmovedor del carácter de los hijos del Profeta. Su afecto por los que han partido, es siempre más demostrativo que el que sienten por los individuos vivos de sus familias, y se concentra casi por completo en las últimas mansiones de aquellos que ya han partido hacia **un mundo mejor**. Si bien sus nociones del paraíso son groseras y materiales, la apariencia de sus cementerios es poética, especialmente en la India. Se pueden pasar deliciosamente horas enteras en esos sombreados y encantadores jardines, en medio de sus blanquísimos mausoleos coronados por turbantes y cubiertos de rosas, jazmines y guarecidos por filas de cipreses. A menudo nos deteníamos en estos lugares para reposar, cenar e incluso pasar la noche.

Cerca de Thalner hay un cementerio especialmente atractivo. Entre varios mausoleos históricos en buen estado de conservación, el más notable es el monumento de la familia de Killadar, que fue ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818 -quien dicho sea de paso, el mismo día ejecutó a todos los soldados de la guarnición que se habían entregado con la excusa de una conspiración contra él-. Además de este monumento en honor del desgraciado Killadar existen otros cuatro mausoleos, y supimos que uno de ellos es célebre en toda la India. Es un monumento octogonal de mármol blanco cubierto de arriba abajo con esculturas como no se encontrarían iguales ni siquiera en el cementerio de

Péree La Chaise. Una inscripción persa en su base declara que el costo fue de cien mil rupias. De día, bañado por los ardientes rayos del Sol, su alto contorno a modo de minarete, se asemeja a una pirámide de hielo, destacándose en el azul del firmamento. De noche, con la ayuda de la intensa y fosforescente claridad de la Luna, propia de la India, que ha entusiasmado a tantos viajeros y artistas, es todavía más deslumbrante y poético. Su cumbre parece como si estuviera cubierta de cristales de nieve acabada de caer. Elevando su esbelto perfil sobre el fondo oscuro del enramado, asemeja una aparición nocturna remontándose sobre esta silenciosa mansión de la muerte y la destrucción, y lamentando el pasado que no volverá jamás...

Al lado de estos cementerios están los ghats indos... Hay realmente algo grande en el ritual de la incineración de los muertos, y la incineración de los vivos así como en un pasado no muy lejano... pero sólo en la teoría, ya que no en la práctica. Al presenciar esta ceremonia, el espectador queda impresionado por la profunda filosofía que existe en la idea fundamental de esta costumbre. Después de una hora **no queda del cuerpo más que un puñado de ceniza**. Un brahmán iniciado, como sacerdote de la muerte, esparce estas cenizas a los cuatro vientos sobre un río conforme al ritual, de forma que se mezclarán para siempre con las aguas sagradas... Las cenizas de quien alguna vez vivió y sintió, amó y odió, gozó y sufrió, son así devueltas otra vez a los cuatro elementos: a la *Tierra* que lo alimentó durante tanto tiempo y por medio de la cual creció y se desarrolló; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar al cuerpo a fin de que el espíritu logre limpiarse de toda impureza y pueda libremente gravitar hacia la nueva esfera de existencia póstuma, donde cada pecado es un impedimento en el camino hacia *Moksa* o dicha infinita; al *Aire* que aspiraba y por medio del cual vivía; y al *Agua* que lo purificaba física y espiritualmente, y que recibe ahora sus cenizas en su *puro* seno. (*Mantram*, XII).

El adjetivo «puro» debe entenderse en el sentido figurado del mantram. Por lo general, los ríos de la India, comenzando por el tres veces sagrado Ganges, son terriblemente sucios, en especial cerca de las aldeas y ciudades. En estos ríos unos doscientos millones de personas se limpian diariamente la transpiración tropical y la suciedad. Los cadáveres que no cumplen los requisitos para ser quemados, son arrojados en los mismos ríos y su número es grande porque comprende a todos los sudras, parias y

mangs, así como también a los niños de las demás castas, incluso la brahmánica, que mueren antes de los tres años de edad.

Caminemos a lo largo de las orillas de un río cualquiera, preferentemente al atardecer a fin de pasar allí la noche hasta el amanecer. Sólo las personas ricas y de elevada casta son enterradas pomposamente. Para ellos es para quienes se encienden los fuegos con mader-a de sándalo después de la puesta de sol junto a las aguas sagradas; para ellos se cantan mantrams y se invoca a los Dioses. Para los moriales ordinarios, para los pobres *descastados* no hay fuego ni oración. Pero los sudras no deben en modo alguno oír, ni aún después de muerlos, las palabras divinas del libro sagrado dictadas en el principio del mundo por los cuatro Rishis a Veda Vyasa, el gran teólogo de la Aryavarta. Así como durante su vida un sudra no se aproxima a un templo a menos de siete pasos, de la misma manera, aun después de la muerie, no puede ser puesto al mismo nivel que los brahmanes «dos veces nacidos».

Vivamente arden los fuegos, extendiéndose como ígnea serpiente a lo largo del río. Los contomos oscuros de extrañas figuras se mueven silenciosamente entre las llamas. Algunas veces levantan los brazos hacia el cielo como en oración; otras veces añaden combustible a los fuegos y los hurgan con grandes horquillas de hierro hasta que las llamas moribundas de nuevo se elevan hacia lo alto, serpenteantes y danzantes, saturadas de grasa humana derretida y lanzando al cielo una inmensa lluvia de chispas que se pierden, al instante, en grandes nubes de humo negro. Esto es lo que acontece en la orilla derecha del río. Veamos ahora lo que pasa en la izquierda...

En las primeras horas del día, cuando los rojos fuegos se han extinguido, los vapores de la miasma y las macilentas figuras de los faquires se hacen confusas y se desvanecen poco a poco después de un último reflejo en el oscuro espejo del río; cuando el olor de came quemada es dispersado por el viento fresco que se levanta al alba y la orilla derecha del río se sumerge en la quietud, y el silencio cubre a los ghats para volver a despenar a la venida de la noche... aparecen en la orilla izquierda procesiones de muy distinta índole.

Se ven grupos de hombres y mujeres indos, en comitivas tristes, silenciosas, a veces grandes, a veces pequeñas, según la mortandad de la

ciudad. Se aproximan al río sosegadamente. No lloran ni tienen ritos que ejecutar. Los poricadores, cogiendo su carga por la cabeza y los pies, lo lanzan con sangre fría a las sucias y amarillentas ondas del río. El choque es tan violento que el rojo harapo se despliega y se percibe la cara de una joven pintada de verde oscuro que desaparece prontamente en el río. Más adelante otro grupo, un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de ellas, una muchachita de diez años, pequeña, delgada, no desarrollada por completo, solloza con amargura. Es la madre del niño muerto, cuyo cuerpo va a ser arrojado a las frías aguas del sucio río. Su débil voz resuena con monotonía en la orilla, y sus manos temblorosas no tienen la fuerza suficiente para levantar el pequeño cadáver, que más bien parece un oscuro gatito que un ser humano. El viejo trata de consolarla y cogiendo el cuerpo, entra en el agua y lo lanza al medio del río. Tras él entran, como es usual, vestidas con poca ropa, ambas mujeres en el río y después de haberse sumergido siete veces para purificarse del contacto con el cadáver, vuelven a sus casas con los vestidos chorreando agua. Mientras tanto, buitres, cuervos y otras aves de rapiña después de esperar todo el día, se reúnen formando densas nubes y retardan considerablemente el avance de los cadáveres río abajo, algunas veces un esqueleto a medio despojar tropieza entre las cañas y allí permanece encallado durante semanas, hasta que un mang, cuya triste tarea es ocuparse durante toda su vida de tan inmundo trabajo, se apercibe de ello, y cogiéndolo por los riñones con su largo gancho, lo devuelve a la corriente hacia el océano...

Pero abandonemos la orilla del río, donde el calor es insoportable a pesar de lo temprano de la hora. Digamos adiós al acuoso cementerio de los pobres cuyo espectáculo es repugnante y desgarrador para los ojos del europeo. E inconcientemente dejemos que las ligeras alas de la imaginación nos transporten al lejano Norte, a los apacibles cementerios de las aldeas donde no hay monumentos de mármol, ni fuegos de madera de sándalo, ningún río sucio para servir de último lugar de reposo, pero sí hay humildes cruces de madera que se hallan en filas, al abrigo de viejos abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros muertos bajo la verde hierba! Ninguno de ellos vio jamás estas palmeras gigantescas, estos palacios y pagodas suntuosos cubiertos de oro. Pero en sus pobres tumbas crecen violetas y lirios del valle, y en las noches de primavera los ruiseñores les cantan en los vicios abedules... Ningún ruiseñor canta para nosotros, ni en las arboledas vecinas, ni en nuestros propios corazones. Aquí menos que en ninguna parte.

Vaguemos a lo largo de esta pared de arenisca roja. Nos conducirá a una forialeza en un tiempo célebre y empapada de sangre, aunque hoy inofensiva y medio derruida como tantas otras. Multitud de verdes papagayos, asustados por nuestra llegada, vuelan saliendo de todas las cavidades de la vieja pared, y sus alas, resplandecen al Sol como esmeraldas voladoras. Estamos en Chandwar, territorio de funestos recuerdos para los ingleses, porque en él, durante la sublevación de los cipayos, los bhilis salieron de sus escondites y cayeron sobre aquéllos cual un alud incontenible hacia el valle, no lejos de Sinnar, a unos treinta kilómetros de Nasik, degollando varias docenas de sus gobernantes, entre ellos, el capitán Heriry. El Tattva, antiguo libro indo, al tratar de la geografía de los tiempos del rey Asoka (274-232 a.C.) nos dice que el territorio maliratti se extiende hasta los muros de Chandwar o Chandor, y que el país de Khandesh comienza al otro lado del do. Pero los ingleses no creen en el Tattva(1¹¹⁹), ni en ninguna otra autoridad, y quieren que sepamos que Khandesh empieza precisamente al pie de las colinas de Chandwar.

Este «fuerte» es uno de los más inaccesibles «debido al hecho de estar fonificado en tres de sus lados por la propia Naturaleza». En palabras del coronel Wallace, ésta es la razón por la cual tuvo que ser tomado por los ingleses en 1804 a los «rebeldes» mahrattis que no lo querían entregar; esta acción fue muy difícil y costó muchas bajas. Y no lo hubieran podido tomar ni en muchos años, si no hubiera sido por los musulmanes, enemigos **jurados de los mahrattis**, que no dejan pasar ninguna oportunidad para **perjudicar** a éstos. Los musulmanes terminaron por revelar al coronel Wallace el misterio de cierto pasaje secreto bajo las murallas de la fortaleza. Los ingleses entraron una noche por este pasaje y cayeron sobre los dormidos mahrattis y, desde entonces, no han dejado de jactarse de ello. Con el tiempo, en un momento de irresponsable generosidad, devolvieron la fortaleza a los holkar, con la condición de que pagaran los sueldos de los soldados ingleses acuarielados, aunque jamás estuvieron a su servicio. Más tarde se arrepintieron de este gesto cordial y, en 1818, a la vista de que los holkar no les iban a ceder la fortaleza sin una batalla, enviaron casi a un ejército entero, a las órdenes de sir Thomas Hislop, y reclamaron de esta manera lo que un día les habían concedido.

¹¹⁹1 Debe tratarse aquí de un título parcial, pues como tal no se conoce ninguna obra, o, acaso el Editor original perdió alguna palabra. (N. del E.)

CAPITULO XIII

LAS CUEVAS DE ANKAI TANKAI - ESTATUAS DE BUDAS - MANDU, LA CIUDAD MUERTA - RUINAS DEL JAMI MASJID - INVITACIÓN DEL PATEL - FIERAS SALVAJES EN LA NOCHE

Diecinueve kilómetros al sureste de Chandwar hay una ciudad entera de templos-cuevas conocidos con el nombre de Ankai Tankai. Aquí también la entrada está a treinta metros de la base y la colina es piramidal. No debo intentar una descripción completa de estos templos, porque es asunto que hay que exponer de un modo nada compatible con artículos de periódico; y así, sólo observaré que aquí todas las estatuas y esculturas son atribuidas a ascetas budistas de los primeros siglos después de la muerte de Buda. Bien quisiera yo poder contentarme con esta declaración. Pero desgraciadamente, *messieurs les archéologues*(1) ¹²⁰se encuentran aquí con una inesperada dificultad, y más seria que todas las dificultades que les han acarreado las incongruencias de los demás templos juntos. En estas cuevas hay más estatuas denominadas como Budas que en ninguna otra parte. Cubren la entrada principal, se sientan en densas filas a lo largo de los balcones, ocupan los muros interiores de las celdas, vigilan las entradas de todas las puertas como gigantes monstruosos, y dos de ellos se sientan en el estanque principal, donde el agua de los surtidores los lava siglo tras siglo sin daño alguno de sus cuerpos de granito. Algunos de estos Budas están decentemente cubiertos, con adornos de pagodas piramidales de múltiples pisos en la cabeza, otros están desnudos; algunos sentados, otros de pie; algunos son verdaderos colosos, otros, pequeños y otros, de mediana estatura.

Sin embargo, todo esto podría pasar si no mediase el hecho histórico de que la reforma de Sidarta Gautama el Buda consis ió precisamente en su vehemente deseo de arrancar de raíz la idolatría brahmánica. No podemos

¹²⁰ 1 Los señores arqueólogos. (N. del E.)

menos que recordar que su religión permaneció *pura de idolatría* durante siglos, hasta que los lamas del Tíbet, los chinos, los birmanos y los siameses la desfiguraron y adulteraron con herejías. No podemos tampoco olvidar que, perseguida por los brahmanes vencedores y expulsada de la India, encontró finalmente una morada en Ceilán, donde aún florece como el legendario áloe, que se dice que lo hace una vez en su vida y luego perece al ser muera la raíz por la exuberancia de la flor, y que las semillas no pueden producir más que hierbas. Todo esto podría pasarse por alto, como he dicho antes; pero la dificultad de los arqueólogos persiste siempre, si no en el hecho de atribuir ídolos a los budistas primitivos, por lo menos en las fisonomías, en el *tipo* de todos estos Budas de Ankai Tankai. ¡Todos ellos, desde los más pequeños a los más grandes, son negros, con narices chatas, labios gruesos, ángulo facial de 45° y pelo rizado! No hay la menor semejanza entre estas caras negroides y los Budas siameses o tibetanos, los cuales tienen todos facciones puramente mogoles y pelo perfectamente liso. Este tipo africano inesperado, del todo desconocido en la India, trastorna por completo a los arqueólogos. Esta es la razón por la que éstos eluden mencionar estas cuevas. Ankai Tankai es para ellos una dificultad aún peor que Nasik; la encuentran tan difícil de vencer, como los persas las Termópilas.

Pasamos por Malengaoir y Chikalvoliol donde examinamos un antiguo templo de los jainas, excesivamente curioso. En la construcción de sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno; están formados por piedras cuadradas, tan perfectamente labradas y ajustadas, que la hoja del más delgado cuchillo no puede penetrar entre las juntas; el interior del templo está ricamente decorado con increíbles esculturas. A nuestro regreso no nos detuvimos en Thalner sino que continuamos directamente a Dhar. Allí tuvimos que alquilar elefantes otra vez para visitar las espléndidas ruinas de Mandu, que en un tiempo fue una ciudad fuertemente fortificada, a treinta y dos kilómetros al noroeste de este lugar. Esta vez llegamos allí muy rápido y sin contratiempos. Menciono esta localidad porque, algún tiempo después, presencié en sus alrededores una escena muy curiosa que nos proporcionó una variedad de los numerosos ritos indos, llamada en general «culto al diablo».

Mandu está situada en la cumbre de las montañas Vindhya, a 600 m. sobre el nivel del mar. Según Malcolin, esta ciudad fue construida en el

313 de nuestra Era, y durante mucho tiempo fue la capital de los rajás hindúes de Dhar. El historiador Ferístah señala a Mandu como la residencia de Dilawar Kan Ghuri, el primer rey (mahometano) de Malwa, cuyo esplendor se desarrolló entre 1387 y 1405. En 1526 la ciudad fue tomada por Bahadur Sha, rey de Gujarat, pero en 1570 Akbar la recuperó, y una losa de mármol sobre la puerta de la misma lleva todavía su nombre y la fecha de su visita.

Al penetrar en esta vasta ciudad desierta en su estado presente de soledad (los indígenas la llaman la «ciudad muerta»), todos experimentamos un sentimiento peculiar, parecido a la sensación que recibe una persona que entra en Pompeya por primera vez. Todo tiende a demostrar que Mandu fue en un tiempo una de las ciudades más grandes de la India. Su muralla tiene sesenta kilómetros de largo de acuerdo a los cálculos realizados en 1852. Hay calles de varios kilómetros; a sus lados hay ruinas de palacios, y por el suelo yacen columnas de mármol. Oscuras excavaciones de los recintos subterráneos, en cuya frescura las mujeres de los sultanes pasaban las horas más calurosas del día, asomaban entre las ruinosas paredes de granito. Más allá se encuentran fragmentos de escaleras, estanques secos, fuentes sin agua, innumerables patios vacíos, plataformas de mármol y arcos desfigurados de majestuosos pórticos. Todo esto está cubierto de trepadoras y malezas donde tienen sus guaridas las fieras. Aquí y allí se eleva, sobre la ruina general, alguna que otra pared semi-conservada, guamecida de plantas parásitas, con sus ventanas vacías, que parecían mirarnos fijamente a modo de ojos sin vista, protestando contra los inoportunos visitantes. Y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el núcleo del corazón herido de la ciudad dormida, en medio del ancho pecho del guerrero donde una vez pulularon tantas pasiones y tan intensa vida, se alzan multitud de cipreses...

En 1579 esta ciudad era llamada *Shadiabad*, «la mansión de la dicha». Los misioneros franciscanos, Aquaviva, Monseratte, Henriquez y otros, que fueron allí aquel año como embajada de Goa a solicitar unos privilegios del Gobierno mogol, la describen una y otra vez. En esta época era una de las ciudades más grandes del mundo, cuyas magníficas calles y frondosos caminos asombraban a las cortes más pomposas de la India. Parece casi increíble que esta ciudad sea ahora un montón de basura, entre la cual apenas pudimos encontrar un lugar para nuestra tienda. Finalmente nos decidimos a levantarla en el único edificio que

quedaba en un estado tolerable de conservación, en Jami Masjid, la mezquita-catedral, en una plataforma de granito que se elevaba unos veinticinco escalones sobre la plaza. Los escalones, contruidos en mármol puro, como la mayor parte de los edificios de la ciudad, son anchos y casi sin deterioro alguno por la acción del tiempo, pero el techo ha desaparecido por completo, por lo que nos hubiéramos visto obligados a establecernos bajo la estrellada cubierta si no fuera por una serie de circunstancias que paso a relatar.

Alrededor de este edificio hay una galería sostenida por varias filas de gruesas columnas. A distancia hace recordar, a pesar de ser un tanto tosco y desproporcionado, la Acrópolis de Atenas.

Desde la escalera, donde nos detuvimos un momento, se veía el mausoleo de Hoshang Sha, rey de Malwa, en cuyo reino la ciudad estaba en el apogeo de su brillo y gloria. Es un edificio de mármol blanco, macizo y majestuoso, con un peristilo encubierto y columnas hermosamente esculpidas. Este peristilo conducía en un tiempo directamente al palacio, pero ahora está rodeado por un profundo barranco lleno de fragmentos de rocas y cubierto de cactus. En el interior de este mausoleo existe una gran sala cuyo techo y paredes están revestidos de placas cuadrangulares, cubiertas con los preceptos del Corán en letras de oro; y en el centro de la sala está el sarcófago del propio sultán. Muy cerca de esta morada fúnebre está el palacio de Baz Bahadur, hecho pedazos y cubierto por un montón de polvo y árboles.

Pasamos todo el día visitando estos tristes restos y volvimos a nuestro lugar de reposo poco antes de la puesta del sol, exhaustos por el hambre y la sed, y llevando triunfalmente en nuestros bastones tres grandes serpientes. El té y la cena nos esperaban a la entrada de nuestra tienda. Con gran sorpresa para nosotros encontramos visitantes. El patel(1) ¹²¹de la aldea vecina y dos zamindares habían venido a presentarnos sus respetos y a invitarnos, juntamente con nuestros amigos indios, -algunos de los cuales conocían ya- a acompañarles a sus casas. Al oír que teníamos intención de pasar la noche en la «ciudad muerta», protestaron con vehemencia. Nos aseguraron que la aventura prevista era muy peligrosa e

¹²¹1 Funcionario que realiza conjuntamente las tareas de recaudador de la contribución y juez. (N. del E.)

inaudita, pues dos horas más tarde, las ruinas cobrarían vida; las hienas, tigres y otras fieras saldrían seguramente detrás de cada arbusto y pared arruinada, sin mencionar los miles de chacales y gatos salvajes. Nuestros elefantes no se estarían quietos, y de hacerlo, serían devorados. Debíamos dejar las ruinas lo más pronto posible e ir con ellos a la aldea más próxima, a donde llegaríamos en media hora. En la aldea todo estaba preparado para nosotros, y nuestro amigo el babú estaba ya allí.

Al oír esto, comprendimos que nuestro prudente amigo, el de la cabeza desnuda, cayó en evidencia por haberse ausentado. Probablemente se había marchado hacía algún tiempo, sin consultarnos y se había dirigido hacia la aldea, donde tenía amigos.

Pero la tarde era tan suave y nos sentíamos tan confortablemente en aquel lugar, que la idea de echar por tierra todos nuestros planes para la mañana siguiente no era, en modo alguno, atractiva. Por otra parte, nos parecía ridículo creer que las ruinas entre las cuales habíamos vagado durante todo el día sin encontrar nada peligroso más que serpientes, estuvieran llenas de fieras. Así pues, nos sonreímos y dimos las gracias, pero sin querer aceptar la invitación.

-¡No os atreveréis de ningún modo a permanecer aquí! -exclamó alannado el corpulento patel-. En caso de accidente seré responsable ante el Gobierno. ¿Es posible que no temáis pasar una noche sin dormir luchando con chacales, si no con algo peor? No creéis que estáis rodeados de fieras... Es verdad que son invisibles antes del anochecer pero, sin embargo, son peligrosas. Si no nos queréis creer, creed en el instinto de vuestros elefantes, que son tan valientes como vosotros, pero algo más razonables. ¡Precisamente, miradles!

En verdad, nuestros elefantes, de grave y filosófica apariencia, se comportaban en este momento de una forma muy extraña. Sus alzadas trompas parecían signos de interrogación. Resoplaban y pateaban con inquietud. Un minuto más tarde uno de ellos rompió la fuerte cuerda con la que estaba atado a un trozo de columna, dio una vuelta repentina con todo su pesado cuerpo y se puso contra el viento olfateando el aire. Era evidente que percibía algún animal peligroso cerca de allí.

El Coronel le miró a través de sus gafas y silbó significativamente.

-Podría tratarse en realidad de un asunto serio –observó-¿que vamos a hacer si nos asaltan en verdad los tigres?

Es cierto -pensé para mis adentros- y Gulab Lal Singh no está con nosotros.

Nuestros compañeros indos estaban sentados a la manera oriental sobre el tapiz, masticando tranquilamente betel. Al preguntarles su opinión dijeron que no querían intervenir en nuestra decisión y que estaban prestos a hacer lo que quisiéramos. Pero en lo que respecta a los demás viajeros, los ingleses, no había que dudar que estábamos atemorizados. Cinco minutos después, montábamos en los elefantes, y al cuarto de hora, pasamos por la puerta de akbar y descendimos al valle Precisamente cuando el Sol desaparecía detrás de una montaña.

Apenas estábamos a 500 m. de nuestro abandonado campamento, cuando en la arboleda de cipreses resonaron agudos aullidos de chacales seguidos de un rugido tan prolongado, potente y estremecedor -el rugido de la espectación desengañada- que un sudor frío asomó por nuestras frentes. Nuestro elefante se lanzó hacia adelante desbaratando el orden de nuestra marcha y amenazando aplastar a los caballos con sus jinetes delante de nosotros. Nosotros mismos, estábamos fuera de peligro encerrados dentro de un gran cesto, el *howdah*, como en un calabozo.

-¡Es inútil negar que, por suerte, hemos escapado de una buena! -observó el Coronel mirando por la ventana a unos veinte servidores del patel, muy ocupados en encender antorchas-.

Al cabo de una hora nos detuvimos frente a la puerta de un gran bungalow, donde nos dio la bienvenida nuestro bengalí de desnuda cabeza. Cuando estuvimos reunidos fuer-a de todo peligro en el pórtico, nos explicó que, sabiendo que nuestra «nerquedad americana» no habría escuchado ningún consejo, había inventado aquel pequeño plan, alegrándose mucho de su éxito.

-Ahora vamos a lavamos las manos y luego a cenar. ¿No deseaban presenciar una comida realmente inda? -añadió dirigiéndose a mí-. Pues aquí tienen la ocasión; nuestro anfitrión es un brahmán, y ustedes son los

primeros europeos que han entrado en esta parte de su casa, que es la habitada por su familia...

CAPITULO XIV

CASTAS Y OSTRACISMO - PURIFICACIONES - PERDÓN PEDIDO POR LOS INDOS - SUPERSTICIONES Y EXCLUSIVISMOS

¿Cómo puede un europeo soñar con un país donde cada paso y las acciones más nimias de la vida diaria, especialmente de la vida de familia, estén ajustados a ritos religiosos, y no *puedan* ejecutarse sino con arreglo a cierto programa determinado? En este país no sólo todos los incidentes importantes de la vida de un hombre como la concepción, el nacimiento, la transición por los distintos periodos de la vida, el matrimonio, la paternidad, la vejez y la muerte, sino incluso todas las funciones físicas y fisiológicas de la rutina diaria, tales como las abluciones matinales, el vestirse, el comer, *et tout ce qui s'en suit*,^(1²²) desde la hora primera de un mortal hasta su último suspiro, todo tiene que ser ejecutado con arreglo a un ritual brahmánico, so *pena de expulsión de la casta*.

Los brahmanes pueden compararse a los músicos de una Orquesta, en la cual los diferentes instrumentos serían los numerosos cultos de su país. Todos son de distinta forma y de diverso timbre pero, sin embargo, todos obedecen al mismo director. Por mucho que los cultos difieran en la interpretación de sus libros sagrados, por más hostiles que sean entre sí al tratar de realzar a sus deidades particulares, todos ellos, obedeciendo ciegamente la antigua costumbre, deben seguir como músicos la misma batuta directora: las *Leyes de Manú*. Éste es el punto donde todos se encuentran y forman una comunidad unánime, una masa fuertemente unida. ¡Y desgraciado de aquel que interrumpa la sinfonía con una sola nota discordante! Los ancianos y los consejeros vitalicios de casta y de

¹²²1 Y todo lo que sigue. (N. del E.)

sub-casta -que existen en número indeterminado- son inexorables gobernantes. No hay apelación contra sus decisiones, y por esto la expulsión de la casta es una calamidad que entraña consecuencias funestas. El individuo excomulgado es peor que un leproso, dada la estrecha solidaridad de las castas. Dicha solidaridad sólo puede ser comparada con la existente entre los discípulos de Loyola. Si los individuos de dos castas diferentes, aunque estén unidos por los sentimientos sinceros de respeto y amistad, no pueden casarse entre sí, ni pueden comer juntos, ni aceptar uno del otro un simple vaso de agua, ni compartir el humo de un *hukah*, es evidente lo mucho más severas que serán estas restricciones en el caso de una persona expulsada de la casta. El pobre desgraciado debe, literalmente, *morir* para todo el mundo, incluso para los individuos de su propia familia. Su padre, esposa e hijos, todos están obligados a volverle la espalda bajo pena de ser excomulgados a su vez. No hay esperanza para los hijos e hijas de poder casarse, por inocentes que sean del pecado de su padre...

Desde el momento de la «expulsión», el hindú debe desaparecer por completo para sus corocidos y amados. Ni su madre, ni su esposa pueden alimentarle; no deben dejarle beber en el pozo de la familia. Ningún miembro de casta alguna existente se atreve a venderle alimentos ni a cocinarselos. Literalmente, debe morir de hambre, *o contaminarse* aún más comprando lo que necesita a los *proscritos* o a los europeos. Cuando el poder brahmánico se hallaba en su cenit, hasta se alentaban actos tales como engañar, robar y matar a uno de estos desgraciados, porque estaba *fuera* de la protección de las leyes. Ahora, están libres de este último peligro, sin embargo, aun el cuerpo del que muere antes de ser perdonado y vuelto a recibir en su casta, no puede ser quemado ni se le cantan mantrams putificadores; será arrojado por los mangs al agua o abandonado a que se pudra bajo los matorrales, como un animal muerto.

La excomunión es una fuerza pasiva y su pasividad la hace más terrible. Ni la educación occidental ni la influencia inglesa pueden hacer nada para cambiarla. Sólo una cosa es posible para el excomulgado, debe dar muestras de arrepentimiento y someterse a toda clase de humillaciones; muchas veces a la pérdida total de su propiedad en vista de la avaricia brahmánica. Conozco a varios brahmanes que, habiendo pasado de manera brillante por los exámenes universitarios en Inglaterra, han tenido que someterse a las condiciones más repugnantes de purificación al volver a su

casa; dichas purificaciones consisten principalmente en afeitarse la mitad del bigote y de las cejas, arrastrarse desnudos boca **abajo** en el polvo alrededor de las pagodas, permanecer agarrados durante largas horas a la cola de una vaca *sagrada*(1) ¹²³recitando oraciones, y finalmente ¡comer los excrementos de dicha vaca! El hecho de cruzar las negras aguas del mar o *Kalapani* está considerado una de las faltas más nefastas que requiere las más drásticas purificaciones. El hombre que lo comete se considera manchado desde el instante en que pone los pies a bordo del barco de los extranjeros, hasta el momento en que lo abandona...

Aún no hace muchos días que un amigo nuestro, Doctor en Derecho, habiendo terminado brillantemente sus estudios en Inglaterra, tuvo que sufrir esta «purificación» y por poco pierde el juicio. Cuando le preguntamos el motivo de su sumisión a ésto, si desde el punto de vista de su confesión él era un ardiente materialista que había dejado de creer en el Brahmanismo, nos contestó que se veía obligado a hacerlo por las siguientes razones imposibles de eludir:

-Tengo dos hijas, una de cinco y otra de seis años. Si no encuentro un marido para la mayor en el transcurso del año próximo, se hará demasiado vieja para casarse; nadie pensará en ser su esposo. Supongamos que deo que mi casta me expulse, mis dos hijas quedarán deshonradas y serán desgraciadas el resto de sus vidas. También tengo que considerar la superstición de mi anciana madre. Me ha avisado más de una vez que si semejante infamia me ocurriese, se mataría por la deshonra causada a la familia...

Pero, ¿por qué no había de liberarse de todo lazo con el Brahmanismo y su casta? -preguntará alguien-. ¿Por qué no unirse a los hombres que atraviesan las mismas circunstancias? ¿Por qué no pedir a toda su familia que funde una colonia y entre a formar parte de la civilización europea?

Todos estos son consejos muy naturales pero, por desgracia, no es fácil seguirlos. Había treinta y dos razones que justificaban el que cierto mariscal de Napoleón se negase a sitiar cierta fortaleza; pero, como la

¹²³Esta última ceremonia es llamada Pañcha Gavya, que literalmente es «la de los cinco productos de la vaca»: leche, nata, manteca, orina y excremento.

primera de estas razones era la falta de pólvora, no se creyó necesario discutir las treinta y una restantes. Del mismo modo, la primera razón de por qué un indio no puede ser *europizado*, es suficiente y no se requiere más. Esta razón es que al obrar así, cortando este nudo gordiano, no mejoraría su situación, sino que de hecho empeoraría más. Aunque fuese un adepto de la ciencia, capaz de rivalizar con Tyndall, aunque fuese tan hábil político que eclipsase el genio de Disraeli y de Bismarck, tan pronto como hubiese abandonado su casta y parentela, se encontraría indubitablemente como el sepulcro de Mahoma, metafóricamente hablando: «Suspendido entre el cielo y la tierra».

«Dejó a su propio clan y no fue capaz de unirse a otro», es un sabio proverbio que parece aplicarse en especial a esta infeliz gente. Sería vano suponer que la negativa a aceptar en el servicio público a los musulmanes e hindúes(1), ¹²⁴es simplemente el resultado de una injusta política de temor, opuesta a incluir a sus enemigos declarados en el gobierno de su país. El ostracismo social y el sentimiento de enemistad y orgullo por parte de la raza «superior» respecto a una «inferior» (según la escala de valores inglesa), francamente evidenciados por parte de los ingleses, juega un papel muchísimo más importante de lo que se supone en Inglaterra. El ilimitado orgullo mostrado a cada instante ante los nativos (musulmanes incluidos), aleja cada año más a ambos pueblos y no podrá desaparecer en siglos. Expondré aquí dos ejemplos de la situación.

Estábamos visitando a una persona muy influyente, el editor de un periódico inglés, y tuvimos oportunidad de conocer a un extraordinario joven musulmán, Seyd M., de la alta aristocracia del lugar. El que fuera bienvenido en una casa frecuentada por el *beau monde* local inglés, se puede explicar de dos maneras: ante todo, el señor Seyd M. no es un hombre común sino un caballero en la plena acepción del término; segundo, esta extraña circunstancia se puede comprender por el hecho de que vista ropas europeas, haya sido educado en Inglaterra y, además de ser un hombre de talento, haya logrado ser respetado incluso por los ingleses. Ardiente patriota, abandonó su Asesoría, que le prometía fama y

¹²⁴1 Los europeos a menudo confunden en la India a los indios musulmanes con los *hindúes*. Los primeros se ofenden si se les llama hindúes y se llaman a sí mismos *mogoles* indios. Son semitas, mientras que los hindúes son arios y difieren de los primeros en casi todo.

abundantes medios, e ingresó en el servicio público, aceptando el cargo de juez en un pequeño distrito con la esperanza de «mejorar, aunque fuera sólo un poco la situación política y social de los nativos», según sus propias palabras. Es un ejemplo único entre los musulmanes indos y defiende con igual fervor los intereses de ambas razas. Su amor hacia los hindúes es casi mayor que su atención hacia sus correligionarios. Su madre fue una mujer brahmán que se convirlió al Islam...

-Los nativos somos todos hijos de una y la misma infeliz madre, la India -nos dijo recientemente, hablando con su acostumbrada forma poética oriental-. Hijos de un mismo destino trágico, debemos sobrellevarlo con camaradería mutua, sin irritar las dolorosas heridas con disputas entre seguidores de dos religiones fanáticas.

Ésto lo dijo, refiriéndose a un reciente conflicto sangriento entre mogoles e hindúes que tuvo lugar en Benarés, durante una fiesta religiosa de los primeros.

Seyd M. nos venía a visitar todos los días y solía empezar inmediatamente a contarnos cosas sobre los «males» de la india, como él los llamaba. Discutíamos durante horas; S. defendía a los ingleses, M. trataba de demostrar la postura opuesta, la de los nativos, la injusticia que la sociedad anglo-inda les hacía y la intolerable altanería de los británicos de la India. Una vez, comenzaron una discusión más acalorada que de costumbre acerca de una nueva regulación del servicio público que acababa de darse a conocer en Calcuta. M. preguntó por qué; por ejemplo, de dos empleados, uno inglés y otro nativo, de igual rango y ocupando puestos absolutamente idénticos (en concreto, jueces de distrito), el inglés recibe un 35% y a veces hasta un 60% más de paga anual que el nativo. El primero recibe además, pagas extras para sus vacaciones veraniegas, el llamado «dinero para cartiping» o «dinero del subsidio», mientras el último no cobra más que su sueldo.

-Y todo este dinero es de la India -añadió- y sale del sangriento sudor de la mísera vaca lechera de los ingleses, una vaca ya tan ordeñada que uno se asombra de que sus ubres estén todavía en su lugar...

S., un brillante escritor y orador, tan familiarizado con las tendencias políticas del Gobierno de Calcuta como con el contenido de su propia

cariera, se vio empujado contra la pared y, sin saber cómo responder, pronunció una paradoja sin sentido.

-No olvidemos -masculló- que *nosotros* somos como *exiliados* en este país; que vosotros los indos, como habéis reconocido, nos necesitáis y que *sería injusto hacernos servir a vuestra nación sin una buena remuneración*. Vosotros, los nativos, estáis obligados a pagarnos; y, después de todo, nuestras necesidades son mayores que las vuestras...

La contestación de M. se transformó en asombro.

-¿Exiliados? -exclamó por fin-. ¿Sois exiliados? ¿Pero quién **os pidió que cruzarais** el océano para salvarnos? ¿Será posible que ... !

Pero no pudo terminar. Bajo los fuegos cruzados de nuestras asombradas miradas que siguieron a esta erupción cómica, S. empezó a reírse de sí mismo. Evidentemente, con ello trató de desviar la delicada discusión política. Pero M. no permitió que sucediera así. Era indudable que su corazón se había colmado Y, por ello, volvió al ataque en seguida.

-Tú sabes -dijo- que somos viejos amigos y tú me miras como a un igual, pero eso no se debe a que mis antepasados fueran durante siglos altos dignatarios del Imperio Mogol o porque seamos descendientes por línea directa de la hija de Mahoma.... sino simplemente porque en Inglaterra me convertí más o menos en un *gentleman*, visto un traje negro y, a veces, incluso guantes de color pajizo. De otra manera, si vistiera el traje tradicional de mi pueblo, aunque sea más bonito que vuestros sacos negros, os avergonzaríais de tratar conmigo y, en especial, de sentaros en la misma mesa.

Al protestar con vehemencia el anfitrión, añadió:

-No discuta S., y en especial no hable en nombre de otros, pues puedo probar fácilmente su error, y entre vuestra gente los hay incluso que no me absuelven a pesar de llevar traje negro. Ayer mismo, por ejemplo, mi citación oficial fue rechazada por lady K. Eso no fue lo peor. ¿Pero saben lo que pidió al secretario de lord K. que me dijera? Un mensaje muy significativo, que ya ha dado la vuelta por toda la ciudad, y que define en pocas palabras nuestra posición social y política. Ella le ordenó que

comunicara su «asombro». Yo debería estar informado de que lord K., su esposo de alta cuna y mi superior, estaba fuera de la ciudad desde hacía tres días y que las «esposas» de los dignatarios no tienen costumbre ni en Inglaterra ni en la India, de recibir a nadie «por negocios». En otras palabras, ella no podía imaginarse que un «nativo» se atreviera a realizar una citación a una casa inglesa como si fuera igual que cualquier otro mortal, a excepción de los «asuntos oficiales».

-Con ello, lady K. no hizo más que mostrar su natural estupidez -exclamó la señora S.-. Ninguna otra persona le hubiera tratado con tanta arrogancia.

-De ninguna manera -contestó pausadamente el musulmán-. Otras damas, e incluso sus esposos, me han mostrado el mismo tipo de arrogancia totalmente irrespetuosa. (Mencionó varios nombres). Y si yo, con mi posición excepcional para un nativo, me veo sometido a eso, ¿qué se puede esperar para los demás nativos, menos favorecidos por la suerte y el Gobierno?

Estaba inclinado sobre su taza y hablaba de prisa, a todas luces por completo dueño de sí mismo; sólo rozaba de manera mecánica su platito con la cucharita y sus ojos negros estaban llenos de fuego.

-Estoy dispuesto a dar mi vida por la Inglaterra que me educó -continuó diciendo en el mismo tono de voz- y por el Gobierno al que he jurado lealtad y al que sirvo, y todo por mi amada india. Nuestro pueblo es ahora incapaz de gobernar su país sin la ayuda extranjera, lo sé, a pesar de que hemos gobernado, bien o mal, en el pasado y la nación era más rica y feliz. Pero soy consciente de que actualmente, desde hace un siglo, hemos degenerado y la ayuda inglesa es necesaria. Sin embargo, al jurar lealtad al Gobierno, de ninguna manera lo hice a la sociedad o a individuos particulares... ¡y los odio!... Recordad mis palabras: si Inglaterra hubiese de tener alguna vez un nuevo motín, la única causa estaría en la sociedad inglesa y ocurriría como resultado de la vanidosa altivez de los funcionarios públicos que se envían aquí y que provocan la furia de los nativos. Constantemente nos recuerdan la tiranía y el despotismo de Rusia. ¿Sabéis lo que contestan a eso nuestros musulmanes, descendientes de sultanes y *sardares*, de héroes y de los mayores estadistas de siglos anteriores? Dicen: «Sí, quizás sean crueles los administradores de Rusia, y apenas pueda su gobierno ser comparado con el «benigno» gobierno de Su

Majestad, la Emperatriz de la India. Pero cuando escuchamos que tal o cual general de Rusia es un *musulmán*, y tal o cual un armenío y, a pesar de ello, es comandante en jefe de un ejército completo, mientras que aquí, el más inferior de los soldados ingleses desearía antes de consentir en reconocer a un *nativo* como su comandante, aunque éste tuviera sangre de príncipes, y al comparar nuestra triste suerte con la suerte y las esperanzas de cualquier hombre de otra religión o tribu fiel a Rusia, surge en nuestro corazón una duda: ¿Por qué somos los únicos que sufren semejante humillación? ¿Por tener un cuerpo oscuro? Dándonos cuenta, en nuestra silenciosa desesperación, de la naturaleza inevitable de nuestra situación, ¿por qué no podemos envidiar a veces las circunstancias de nuestros heriranos musulmanes de la *llamada* despótica Rusia?...

Y aquí va nuestro segundo ejemplo. La familia de un conocido y erudito Doctor en Medicina de Bombay, nativo de Goa, y que posee un nombre portugués, ha sido católica desde hace tres generaciones; los antepasados tanto del marido como de la mujer fueron, sin embargo, auténticos brahmanes de elevada cuna. Los dos han recibido educación en el extranjero y tienen una excelente formación. El hombre es un Caballero de diversas órdenes honoríficas, miembro de varias sociedades académicas y muy respetado en la Sociedad Real Asiática. La mujer es una joven de veinte años, de elevada educación, y posee una maravillosa voz. *Ninguno de los dos es recibido en sociedad*. En sus tardes musicales los martes, a excepción de algunos periodistas de la *bohème* europea, no se encontrará un Mercader inglés ni mucho menos a una mujer inglesa.

- ¡Por Dios! -explicó una de estas damas liberales y jóvenes señoritas, cuya juventud debe haber transcurrido en algún almacén de segunda de la calle Oxford- ¿quién de nosotras querría asociarse a esos *negros*?...

También el siguiente hecho sorprendente les parecerá a nuestros lectores rusos extraño y monstruosamente increíble. La principal barrera entre esta familia ex-brahmánica y la esnobista sociedad anglo-india es la *conversión al Cristianismo* de los primeros, aunque fue forzada, como lo eran esas conversiones de los últimos dos siglos en la portuguesa Goa, puesto que convertían a la gente bajo la amenaza de prisión o de las refinadas torturas de la inquisición. No por ser católicos, sino porque *fueron hindúes y porque* por ellos corría, como en el caso de los menospreciados mestizos de América, lo que la sociedad cultísima llama aquí con su expresiva terminología «la sangre de Cam»; porque son descendientes de una raza

inferior (mestizos) del nivel de los curasiáticos (término que es una combinación de las palabras «curopeo» y «asiático»), e igualmente despreciados por nativos y europeos cristianos. Si fueran simples hindúes adoradores de ídolos, parsis o hijos del profeta musulmán, tendrían una posibilidad de ser invitados dos veces al año a uno de esos bailes en el pabellón de la casa del Gobernador, cuando esta mansión se llena, cual lata de sardinas, con miles de nativos que se colocan en filas a lo largo de las paredes como si fueran elementos decorativos prontamente olvidados.

Nos hemos detenido en esta cuestión, quizás más tiempo del debido, a fin de permitir una comprensión clara de la situación de los nativos en la India.

Y así no hay que admirarse de que el desgraciado indo prefiera la humillación temporal y los sufrimientos físicos y morales de la «purificación», a la perspectiva de un desprecio general hasta la muerte.

Éstas fueron las cuestiones que discutimos con los brahmanes durante las dos horas que precedieron a la comida.

Comer con extranjeros y con gente de otra casta es, sin duda, una falta peligrosa casi imposible a los preceptos de *Manú*. Pero, en la presente ocasión, por una vez, se explicaba fácilmente. En primer lugar, el corpulento patel, nuestro anfitrión, era el jefe de su casta y por ello estaba fuera de todo temor de expulsión; en segundo lugar, había tomado las posibles precauciones prescritas por la ley para no ser *manchado* por nuestra presencia. Y tercero, era un liberal a su modo y un amigo de Gulab Lal Singh, y así se alegraba ante la idea de mostrarnos cuán hábil sofistería y circunspección estratégica puede emplear un ingenioso brahmán para evadir la mano de hierro de la ley en algunas circunstancias, sin que, al mismo tiempo, se apartase por ello de su letra muerta. **Por otra parte**, nuestro bondadoso y condescendiente anfitrión deseaba evidentemente, obtener un diploma de nuestra Sociedad, y convertirse en miembro; había oído que el coronel Olcott, el «cobrador de impuestos» principal, pertenecía a la rama americana de la Sociedad y deseaba hacernos un favor.

Estas fueron, en todo caso, las explicaciones de nuestro babú cuando le expresamos nuestro asombro; así, a nosotros correspondía sacar el mayor

partido posible de tan rara oportunidad. Todo el que es invitado a una cena con brahmanes, aunque no participe en **ella**, se convierle en casi sagrado a sus ojos. No sólo el anfitrión sino todos los miembros de su casta consideran a esta persona **afortunada** como perteneciente, al menos *de jure*, a la casta. ¡Qué raros e imposibles son esos casos!...

CAPÍTULO XV

PATANI PRABHUS Y SU HISTORIA - VISITA A LA CASA DEL PATEL

DIVERSAS CEREMONIAS DE LOS BRAHMANES - LA SABIDURÍA

ANTIGUA NORECONOCIDA - DINANATH ATMARAM DALVI, EL MATEMÁTICO - FUNDAMENTOS MAGNÉTICOS DE CIERTAS CEREMONIAS - COMIDA EN UNA FAMILIA DE BRAHMANES - BHUTAS Y

GANDHARVAS - BAILES Y CANCIONES

Los hindúes sólo hacen dos comidas al día: una a las diez de la mañana y otra a las nueve de la noche. Ambas van acompañadas de complicados ritos y ceremonias. Ni aun a los niños se les permite comer a deshora, porque el hacerlo sin la ejecución prescrita de ciertos mantrams se considera una grave falta. Hace mucho tiempo que miles de hindúes educados han dejado de creer en todas estas costumbres supersticiosas -vestigios de un lejano pasado- pero, sin embargo, las practican a diario.

Sharnrao Rahunathji, nuestro anfitrión, pertenecía a la antigua casta de Patani Prabhus y estaba muy orgulloso de su origen. *Prabhu* significa «señor», y esta casta descende de los *Chatrias* («guerreros»). El primero de ellos fue Asvapati (700 a.C.), descendiente en línea directa de Rama y Prithu, quienes, según manifiesta la cronología local, gobernaron la india en el Dvapara Yuga y el Treta Yuga, de lo cual ya hace tiempo.(1)¹²⁵

¹²⁵Según la cronología de los hindúes, esto es, en el Yuga que *precede* al actual *Kali Yuga*, y en el *anterior* a aquel, pues dividen al *Maha Yuga* o

Los Patani Prabhus son la única casta en la cual los brahmanes tienen que ejecutar ciertos ritos puramente védicos, conocidos con el nombre de «ritos chatrias». En la actualidad se les llama patanis que significa «caídos» en vez de patharis, por culpa del rey Asvapati, su antepasado. Cierta día que estaba distribuyendo dones entre muchos anacoretas, se olvidó, desgraciadamente, de dar lo que correspondía al gran Bhrigu; ofendido el profeta y vidente le pronosticó que su reino se acercaba al fin y su posteridad perecería. El Rey, arrojándose a los pies de Bhrigu, imploró el perdón del santo; pero la maldición había obrado efecto instantáneamente y todo lo que pudo hacer para remediar el daño, fue la solemne promesa de no dejar que los descendientes del Rey desapareciesen por completo de la Tierra. Sin embargo, los patharis pronto perdieron su trono y su poder. Desde entonces han tenido que «vivir de su pluma» a las órdenes de los sucesivos gobiernos, cambiar su nombre de patharis por el de patanis y llevar una vida más humilde que muchos de sus antiguos súbditos. Por fortuna para nuestro amable anfitrión, sus antepasados se hicieron brahmanes, esto es, «pasaron a través de la vaca de oro».

La expresión «vivir de su pluma» aludía, según supimos después, al hecho de que los patanis desempeñan todos los pequeños empleos del Gobierno en la Presidencia de Bombay, siendo colegas de los babús bengalíes desde el tiempo del dominio inglés en las provincias del Noroeste. En Bombay, los empleados patanis llegan a la respetable cifra de cinco mil y aunque su color es más oscuro que el de los brahmanes de Konkan, son más hermosos e inteligentes. En cuanto a la curiosa expresión «pasar a través de la vaca de oro», tomó su origen de una costumbre muy interesante. Los chatrias y hasta los muy despreciados sudras pueden convertirse en una especie de brahmanes «de segunda clase». Esta metamorfosis depende de la voluntad de los verdaderos brahmanes, que pueden, si quieren, vender este derecho por algunos centenares o miles de vacas. Una vez hecho el regalo, se construye el modelo de una vaca que debe ser hecha de oro puro y luego es consagrada mediante algunas ceremonias místicas. El candidato tiene entonces que pasar tres veces arrastrándose por en medio del cuerpo hueco del animal, quedando así

«Gran Edad» en cuatro periodos menores (*Yugas*). ¡Esto en términos puramente aritméticos hablaría de hace unos dos millones de años!

transformado en un brahmán. El maharajá actual de Travancore, y hasta el gran rajá de Benarés, que murió recientemente, eran sudras que adquirieron de este modo sus derechos. Todas estas noticias, así como una noción de la crónica legendaria de los patharis, nos fueron comunicadas por nuestro servicial anfitrión. Después de anunciar que debíamos prepararnos para la comida, desapareció, acompañado por toda la gente de nuestra comitiva. Quedamos solas Miss B. y yo, y decidimos curiosear la casa mientras estaba vacía, acompañadas por el babú de cabeza desnuda que era un completo bengalí a la moderna y no tenía respeto alguno por los preparativos religiosos de la comida.

Los Prabhu, cuando son hermanos, viven todos bajo el mismo techo, pero cada matrimonio tiene donitorios separados y servidores propios. Las habitaciones de nuestro anfitrión eran muy espaciosas. Había varios bungalows pequeños ocupados por sus hermanos y un edificio principal con alojamiento para invitados, el comedor general, un lugar de descanso, una capilla pequeña con varias imágenes y otras salas. El piso de abajo estaba rodeado por un pórtico con arcos que conducía a un gran recinto alrededor del cual había columnas de madera, adornadas con exquisitas esculturas, que sujetaban el piso de la planta superior haciendo las veces de paredes.

El detenido análisis de estas columnas me confirmó que habían pertenecido a un palacio de la «ciudad muerta». Su estilo no tenía trazas del estilo indo: no había Dioses, ni animales, ni monstruos fabulosos, sino sólo arabescos y hojas y flores elegantemente esculpidas. Las columnas estaban muy próximas entre sí, pero las esculturas les impedían formar una pared continua, de manera que la ventilación era un tanto excesiva. Durante todo el tiempo que pasamos en el centro del comedor, pequeños huracanes silbaban detrás de cada **columna**, despertando nuestros antiguos reumatismos y dolores de muelas, que se habían adormecido desde nuestra llegada a la India. El frente de la casa estaba especialmente adornado con herraduras de caballos, la mejor precaución contra los malos espíritus y el mal *de ojo*.

A la derecha de la fachada había una estructura adicional: una elevada estancia llamada Ozri, y desde ella partía, como en todas las casas nativas, una escalera (como siempre esculpida) que conducía arriba. Al pie de esta escalera tropezamos con una cama o cuna pendiente del techo por cadenas

de hierro. Vi que alguien estaba acostado en ella y a primera vista lo tomé por un hindú dormido; ya me iba a retirar discretamente, cuando reconocí a mi viejo amigo Hanuman, y con gran atrevimiento traté de examinarle... ¡De la pobre imagen del Dios, antaño completa, sólo quedaba la cabeza; el resto del cuerpo era un envoltorio de harapos! A la izquierda del pórtico había muchas más habitaciones laterales, cada una con su destino especial, algunas de las cuales he mencionado ya. La mayor de ellas era llamada vattan y era usada exclusivamente por el bello sexo. Aunque la mujer brahmánica no está obligada a permanecer toda su vida bajo velos, ni en harenes, como las mujeres musulmanas, sin embargo, tiene muy poca comunicación con los hombres. Sus maridos les tienen, generalmente, gran respeto, y muestran algunas veces cierta tímida cortesía hacia sus esposas. No obstante, la mujer no se atreve a hablar a su marido delante de extraños, ni siquiera delante de los parientes más próximos, como sus hermanas y su madre.

En cuanto a las viudas hindúes, son realmente las criaturas más desgraciadas del mundo entero. Cuando muere el marido, la mujer tiene que afeitarse la cabeza y las cejas para siempre. Ha de prescindir de todos sus adornos, pendientes, alhajas de la nariz, brazaletes de brazos y piernas y los veinte anillos de los dedos, pues es como si se hubiese *muerto* ella también. El más ínfimo proscrito no se casarla con ella. El hombre se considera manchado por el contacto más insignificante con esta mujer, y debe proceder inmediatamente a purificarse. Los trabajos más sucios de la casa le corresponden y no debe comer con las mujeres casadas ni con los niños. El *sati*, o «ceremonia de la cremación» de las viudas está abolido hace tiempo, pero casi todas preferirían el *sati* a la vida de miserias que están. obligadas a seguir.

Después de examinar la capilla de la familia, llena de imágenes, flores, ricos vasos con incienso ardiendo, lámparas pendientes del techo y hierbas aromáticas cubriendo el suelo, nos decidimos a comer. Nos lavamos con cuidado, pero como esto no era bastante, se nos pidió que nos descalzáramos. Era una sorpresa hartó desagradable, pero por una auténtica cena brahmánica valía la pena hacerlo.

Al adentrarnos en el comedor nos quedamos estupefactos. ¡Nuestros dos acompañantes europeos estaban vestidos o más bien «desvestidos», como si fuesen hindúes! Por decoro, tenían puesta una especie de chaqueta

ajustada, sin mangas, pero estaban descalzos; además, llevaban blanquísimos *dhotis*, con lo que parecían una mezcla entre indos blancos y mozos de baño de Constantinopla. Ambos estaban indescriptiblemente cómicos; jamás he visto nada más gracioso en mi vida. Con gran turbación de los caballeros y escándalo de las damas de la casa, no pude contenerme y solté una sonora carcajada. Miss B. se sonrojó vivamente y siguió mi ejemplo.

Un cuarto de hora antes de la cena, todo indo, joven o viejo, tiene que ejecutar una *puja* («oración») ante los Dioses. No cambia sus vestidos, como hacemos en Europa, pero se quita la poca ropa que lleva durante el día. Se baña en el pozo de la familia y se suelta el pelo que consiste, si es un maliratti o un habitante del Deceán, en un solo mechón en la coronilla de su afeitada cabeza.⁽¹⁾ ¹²⁶El cubrirse el cuerpo y la cabeza al comer, sería un pecado. Después de envolverse la cintura y las piernas en un dhoti de seda blanca, va otra vez a saludar a las imágenes y luego se sienta a comer.

Pero en este punto me voy a permitir hacer una digresión. «La seda posee la propiedad de rechazar los malos espíritus que habitan en los fluidos magnéticos de la atmósfera», dice el *Mantram*, libro V, sloka 23. Y no puedo hacer menos que pensar si esta aparente superstición tendrá un significado más profundo. Es difícil que nuestros eruditos dejen de lado su teoría favorita de que todas las costumbres de los antiguos y de los paganos son meramente *superstición e ignorancia*. Pero, ¿no se han abierto camino en los círculos de sabios europeos algunas vagas nociones de estas costumbres, fundadas en un conocimiento verdadero de principios científicos? La idea, a primera vista, parece insostenible. Pero, ¿por qué no podríamos suponer que los antiguos prescribían estos mandamientos por

¹²⁶1 Los bengalíes son los únicos que no se afeitan sus cabezas, pero llevan el cabello corto; los habitantes del Punjab tampoco se afeitan, y llevan el pelo tan largo como les crezca y no lo cortan sino que, durante el día, lo guardan bajo sus turbantes blancos. Los rajputs también llevan el pelo largo recogido en su cuello. Pero los mabrattis y los dakhinis lo llevan como los iroqueses, o como los cosacos zaporogos, con un largo mechón delantero.

su conocimiento completo de que el efecto de la electricidad en los órganos digestivos es verdaderamente beneficioso?

Los que han estudiado la antigua filosofía de la India con la firme resolución de penetrar en el sentido oculto de sus aforismos, se han convencido, en su mayor parte, de que la electricidad y muchas de sus propiedades eran conocidas por algunos filósofos, como por ejemplo, Patañjali. Saraka y Susliruta habían formulado los principios fundamentales de Hipócrates, muchísimo tiempo antes de la época en que viviera el que en Europa se supone fue «Padre de la Medicina». El templo de Visnú en Badrinath posee una piedra que prueba, de un modo evidente, que el tratado sánscrito *Suryasiddhanta* versaba ya hace muchos siglos sobre el cálculo de la fuerza expansiva del vapor. Los antiguos indos fueron los primeros que determinaron la velocidad de la luz y las leyes de su reflexión; y la tabla de Pitágoras y su célebre «Teorema del Cuadrado de la Hipotenusa» se encuentran en los antiguos libros de Jyotisha. Recientemente unos matemáticos occidentales nombraron a Hiparco de Nicea como padre de la Trigonometría, a pesar de que lo único que saben de él, lo saben por una cita de su discípulo Ptolomeo. Pero ahora se ha descubierto un antiguo manuscrito **que demuestra que** la «ecuación del centro»^(1¹²⁷) fue conocida por los indos muchos siglos antes de nuestra Era.

incluso en la actualidad (1880), vive en la India perdiendo su tiempo como juez asistente en algún pueblecito perdido, cierto Dinanath Atmaram Dalvi (Doctor en Ciencias y Bachiller en Jurisprudencia), quien posiblemente sea el más grande genio de las matemáticas del mundo. Según Peile, el Director de la Educación Nacional de la India, Dalvi demostró hace tres años que el gran Newton *se había equivocado desde el principio hasta el final* en su «Regla de las raíces imaginarias» y que la aplicación de esta regla newtoniana no concluye en el resultado previsto. El mismo Dalvi reventó los teoremas del profesor James J. Sylvester, uno de los grandes matemáticos ingleses.^{(1)¹²⁸}

¹²⁷ Diferencia entre el espacio recorrido por un planeta que supuestamente se mueve de forma uniforme en círculos, y el espacio recorrido cuando lo hace en elipse. (N. del E. inglés)

¹²⁸ 2 En el caso (seguro, por otra parte) de que alguno de nuestros matemáticos rusos -seguidores de Isaac Newton«explote de rabia» contra

Todo esto induce a suponer que los antiguos arios, cuando instituyeron la extraña costumbre de vestir sus dhotis de seda durante las comidas, tenían alguna idea seria para ello, más seria en todo caso, que la de «repeler a los malos espíritus».

Por otro lado, resulta interesante que incluso en nuestra ilustrada época existan científicos espiritistas, que (como el Dr. Eugene Crowell de Nueva York) escriban tratados enteros para demostrar que llevar gruesos pañuelos de seda, en el cuello y el pecho, es la única protección segura contra los espíritus y fantasmas malignos para los llamados «médiums»; y aunque el estimado Crowell todavía no haya demostrado a sus colegas científicos que los fantasmas en general (y los americanos, en particular) tiemblen ante el fruto del gusano de seda, a pesar de todo, él explica de forma clara y lógica el papel de la seda en relación a la electricidad. Y otras cosas más...

El anfitrión nos llamó y nos dirigimos hacia el comedor. Al entrar en el refectorio(¹), ¹²⁹observamos inmediatamente cuáles eran las precauciones de los indos para no ser manchados con nuestra presencia. El piso de piedra del recinto estaba dividido en dos partes iguales y la división consistía en una línea trazada con tiza que llevaba signos cabalísticos en sus extremos. Una parte estaba destinada a la familia y amigos de nuestro anfitrión pertenecientes a la misma casta, y la otra, a nosotros. En nuestra parte había, además, un tercer cuadrado para indos de casta distinta. El mobiliario de los espacios grandes era exactamente igual. A ambos lados estaban extendidas estrechas alfombras, cubiertas de almohadones y asientos bajos; ante cada ocupante había una figura alargada trazada también con tiza sobre el suelo desnudo, y dividida como un tablero de

tal profanación injustificada (todavía) del gran matemático y dude de mi aserción, sugiero que se pongan en contacto con la oficina editorial de *La Gaceta de Moscú* y me notifiquen sus dudas. Enviaré inmediatamente a dicha oficina diversas publicaciones de Atmaram Dalvi, donde prueba extensa e irrefutablemente (según los mejores profesores) en qué consisten los errores de Newton.

¹²⁹3 Habitación destinada en las comunidades, y en algunos colegios para reunirse a comer. (N. del E.)

ajedrez en pequeños cuadrados destinados a los platos y fuentes. Éstos consistían en gruesas y fuertes hojas de teca (*Tectona grandis*); las fuentes grandes estaban formadas por varias hojas unidas con espinas; y los platos, hojas con los bordes vueltos hacia arriba. Todos los manjares de la cena estaban ya colocados en sus respectivos cuadrados; contamos cuarenta y ocho, que contenían otros tantos trozos de distintos manjares. Los ingredientes de que estaban compuestos, vegetales todos, eran *terra incognita* para nosotros, pero algunos de ellos tenían muy buen gusto.

No se veía en ellos nada de carne, aves, huevos o pescados. Había *chutneys*, complemento agrídulce compuesto de frutas y vegetales conservados en vinagre y miel, *pañchamrit*, una mezcla de bayas de pampello, tamarindos, leche de coco, miel de caña y aceite de oliva, y *kushmer* hecho de rábanos, miel y harina; había también pepinillos y especias tan picantes que quemaban la boca. Todo ello coronando una montaña de arroz y otra montaña de *chapatis* algo semejante a tortas de Georgia. Los manjares estaban en cuatro hileras, cada una con doce platos y entre ellas ardían trozos de maderas aromáticas del tamaño de pequeños cirios de iglesia. La parte de la sala donde nosotros nos encontrábamos estaba muy alumbrada con velas verdes y rojas. Los siete candelabros que sostenían estas velas tenían una forma muy rara. Representaban cada uno el tronco de un árbol con una cobra de siete cabezas enroscada alrededor. De cada una de las siete bocas salía una vela de cera verde o roja, en forma de espiral, como un sacacorchos. Las corrientes de aire que soplaban por entre las columnas, hacían oscilar las luces, llenando el espacioso refectorio de fantásticas sombras móviles, y haciendo estornudar con frecuencia a nuestros dos amigos tan ligeramente vestidos. Esta luz oscilante, dejando a los indos en una relativa oscuridad, hacía aún más conspicuas las dos siluetas de los europeos, y parecía burlarse de ellos...

Los parientes y amigos de nuestro anfitrión entraron unos tras otros, totalmente desnudos hasta la cintura, descalzos, llevando el triple cordón brahmánico, dhotis de seda blanca y los cabellos sueltos. Cada sahib era seguido por su propio criado que llevaba su copa, su jarro de plata e incluso de oro, y una toalla. Después de saludar al anfitrión, hicieron lo mismo con nosotros juntando las palmas de las manos y tocándose la frente, el pecho y luego el suelo. Todos nos dijeron: «Ram-Ram» y

«Narnaste»(1) ¹³⁰y enseguida se dirigieron a sus asientos respectivos en perfecto silencio. Sus cumplimientos me hicieron recordar que en la remota Antigüedad era costumbre saludarse entre sí, pronunciando dos veces el nombre de algún antecesor.

Acto seguido nos sentamos, los indos tranquila y majestuosamente como preparándose para una ceremonia y nosotros, cohibidos, temiendo cometer una torpeza imperdonable. Un coro de voces femeninas cantaba un himno monótono, celebrando la gloria de los Dioses. Eran una media docena de muchachas *nachnis*(2)¹³¹ de una pagoda próxima. Con este acompañamiento comenzamos a satisfacer nuestro apetito. Gracias a las instrucciones del babú, tuvimos especial cuidado en comer únicamente con la mano derecha. Esto era algo difícil porque teníamos hambre y prisa, pero totalmente necesario. Tan solo con que hubiésemos tocado el arroz con la mano izquierda, legiones enteras de *Rakchasas* («demonios») habrían sido atraídos a tomar parte en nuestro festín en el mismo momento; lo cual, por supuesto, habría hecho salir a todos los indos fuera de la habitación. No hay que decir que no había ni vestigios de tenedores, cuchillos ni cucharas. A fin de evitar el riesgo de violar la regla, puse la mano izquierda en el bolsillo y agarré mi pañuelo durante todo el tiempo que duró la comida.

El canto sólo duró unos minutos; el resto del tiempo, reinó entre nosotros el silencio. Era lunes, un día de ayuno, y así la ausencia usual de ruido a la hora de las comidas tenía que observarse más estrictamente que nunca. En general, el que se ve obligado a romper el silencio por algún incidente imprevisto, se apresura a sumergir en el agua el dedo medio de su mano izquierda, que hasta entonces ha permanecido oculta tras su espalda, y luego humedece con él los párpados. Pero un hombre realmente piadoso no se contenta con esta simple fórmula de purificación, sino que después de haber hablado, abandona el comedor, se baña por completo y luego se abstiene **de todo afirmen**to durante el resto del día.

¹³⁰ 1 El primer saludo es el propio de un héroe semidios; el segundo, literalmente traducido del sánscrito, significa: «me inclino ante ti».

¹³¹ 2 Bailarinas indas de las pagodas, llamadas también *nautches*. Ver capítulo xx, (N. del E.)

Gracias a este silencio solemne, tuve libertad de observar con atención todo lo que allí pasaba. De vez en cuando, siempre que mi vista se encontraba con la del Coronel o la de Mr. W., me era casi imposible conservar mi seriedad. Me atacaba una loca hilaridad cuando los contemplaba sentados y tiesos con una dignidad imperturbable y utilizando torpemente hombros y manos. La larga barba del uno estaba blanca de granos de arroz, como plateada de escarcha; la mejilla del otro, amarilla de azafrán líquido. Pero la curiosidad no satisfecha venía por fortuna en mi ayuda y seguía observando las extrañas maneras de los indos.

Cada uno de ellos, sentado sobre sus cruzadas piernas, con la mano izquierda vertía agua de la jarra traída por el criado, primero en su copa y luego en la palma de la mano derecha. Después, lenta y cuidadosamente, rociaba el agua alrededor de un plato que contenía toda clase de manjares (destinado para los Dioses y espíritus). Durante este procedimiento, cada indo recitaba un mantram védico. En seguida, llenando la mano derecha de arroz, pronunciaba una nueva serie de coplas y después de haber juntado a la derecha de su plato cinco puñados de arroz, se volvía a lavar las manos para evitar el mal de ojo; luego rociaba más agua, y derramando unas gotas en la palma de la mano derecha, la sorbía lentamente. De inmediato comía seis puñados de arroz, uno tras otro, murmurando oraciones todo el tiempo, y humedecía sus ojos con el dedo medio de la mano izquierda. Finalmente ponía la mano izquierda detrás de la espalda, y comenzaba a comer con la derecha. En estas ceremonias apenas empleaban unos pocos segundos pero todo era ejecutado con gran solemnidad.

Los naturales comían con el cuerpo inclinado sobre la comida, lanzándola a lo alto y atrapándola con la boca, con tal habilidad -como los titiriteros japoneses- que ni un solo grano de arroz se perdía, ni una sola gota de los diversos líquidos se derramaba. Deseoso de demostrar consideración a su anfitrión, el Coronel trató de imitar todas estas maniobras. Consiguió inclinarse sobre la comida casi horizontalmente, pero ¡ay! no pudo permanecer mucho tiempo en tal postura. El natural peso de sus poderosos miembros pudo más que él, perdió el equilibrio, y por poco cayó de bruces, mientras las gafas se le escapaban y se sumergían en un plato de leche agria y ajos. Este fracaso hizo al bravo americano abandonar sus intentos de «indoizarse» y permaneció quieto.

La cena terminó con arroz mezclado con azúcar, guisantes espolvoreados, aceite de oliva, ajos y granos de granada, como de costumbre, cada cual mirando nerviosamente de reojo a su vecino con un miedo mortal de ser el último en concluir, porque esto es considerado como muy mal presagio. Por fin, todos tomaron un sorbo de agua, murmurando al mismo tiempo oraciones y cuidando de tragarla de golpe, ¡pues si alguno se atraganta es prueba clara de que un *bhuta* («demonio, espíritu desencarnado») se ha posesionado de su garganta y el poseso tiene que velar por su seguridad haciéndose purificar en la pagoda! Los pobres indos están muy atormentados por estos perversos bhutas, almas de los que han muerto con deseos no satisfechos y pasiones terrenales. Los espíritus indos, si he de creer los unánimes aserlos de todos, pululan constantemente alrededor de los vivos, siempre dispuestos a satisfacer su apetito con la boca de otra gente y a llenar sus deseos impuros con ayuda de los órganos de los vivos, que ocupan temporalmente. Se les teme y maldice en toda la india; no se escatima medio alguno para librarse de los desastrosos bhutas.

Las nociones, ideas y conclusiones de los indos respecto a este punto, contradicen categóricamente las aspiraciones y esperanzas de los espiritistas occidentales. «Un espíritu bueno y puro -dicen ellos- no dejará que su alma vuelva a visitar la Tierra, si este alma es pura. Se alegra de la muerte y de la unión de su espíritu (*Atman*) con Brahman, viviendo una vida eterna en *Svarga* («cielo»), gozando de la compañía de los gratos *Gandharvas* («músicos celestes»). Se regocija en soñar durante eternidades escuchando sus cantos, al mismo tiempo que su alma (*jiva*) se purifica de las escorias terrestres en una nueva encarnación mediante un cuerpo mucho más perfecto que el que antes tuviese.»¹³² Pero esto no es lo que espera a las almas perversas. El alma que es arrancada del cuerpo por sus pecados, en lugar de reencamarse en alguna nueva forma, con arreglo a las leyes de la metempsicosis, permanece sin cuerpo físico y es condenada a vagar en la Tierra. Se convierte en un *bhuta*, y por sus propios sufrimientos ocasiona otros indecibles a sus panentes. Esta es la razón por la que el indo teme, sobre todas las cosas, el permanecer *sin cuerpo* después de la muerte.

¹³² 1 Enseñan también que el espíritu o Arman, una panícula del Gran Todo, que es Parabrahman, no puede ser castigado por faltas en las que no tuvo participación. Manas, la inteligencia animal, y el alma animal o Jiva, ambos semiilusiones materiales o maya, son los que sufren, pecan y transmigran de un cuerpo a otro hasta que se purifican. El espíritu no hace más que presenciar sus transmigraciones terrestres. Cuando el Ego ha alcanzado el estado final de pureza, será para siempre uno con Atman, y gradualmente ambos se sumergirán, desaparecerán en Parabrahman

«¡ Es mejor entrar en el cuerpo de un tigre, **de un perro y hasta** en el de un halcón de patas amarillas tras la muerte, que convertirse en un bhuta! -me dijo una vez un viejo indo-. **Todo animal posee** un cuerpo propio y tiene derecho a usarlo con arreglo a las leyes del mismo, mientras que los bhutas son dacoits condenados, bandidos y ladrones, que siempre acechan la ocasión para usar lo que no es suyo. Este es un estado horrible, un **indescriptible espanto; el** verdadero infierno. ¿Qué espiritismo es ese del que tanto se habla en Occidente? ¿Es posible que los inteligentes ingleses y americanos estén completamente locos?»

Y a pesar de todas nuestras informaciones, el viejo indo no quiso creer que hay realmente gente a la que le gusta los bhutas, y que dar~a cualquier cosa por *invitarles a venir a la Tierra*.

Después de la cena, los hombres volvieron al pozo de la familia para lavarse y luego vestirse de nuevo. En general, a esta hora de la noche, los indos se ponen *malmalas*(1) ¹³³limpias, turbante blanco y sandalias de madera con cuerdas metidas entre los dedos de los pies; curioso calzado que dejan a la pueria, mientras sus dueños vuelven a la sala y se sientan sobre tapices y almohadones colocados a lo largo de las paredes, para mascar betel, fumar hukahs y cheruts, oír lecturas sagradas y presenciar los bailes de las nautehes. Pero, aquella noche, probablemente en honor nuestro, todos los indos se vistieron magníficamente. Algunos de ellos llevaban *darias* de riquísimo raso rayado, numerosos pendientes de oro, collares montados con diamantes y esmeraldas, relojes y cadenas de oro y Intransparentes bandas brahmánicas con bordados del mismo metal. Los gruesos dedos y la oreja derecha de nuestro anfitrión resplandecían materialmente de diamantes.

Las mujeres que nos sirvieron durante la comida, desaparecieron después durante largo tiempo. Cuando volvieron, estaban también lujosamente ataviadas y nos fueron presentadas formalmente. Eran cinco: la esposa del anfitrión, mujer de veinticinco a veintiséis años de edad; otras dos que parecían algo más jóvenes, una de las cuales llevaba un niño y que, con gran sorpresa nuestra, nos fue presentada como la hija casada del dueño de la casa; luego, la anciana madre de nuestro anfitrión y una niña de *siete*

¹³³ 'Especie de camisa estrecha.

años, esposa de un hermano de éste. De tal manera que nuestra anfitriona era abuela, y su cuñada, que había de entrar finalmente en el matrimonio dentro de dos o tres años más, podra también ser madre antes de cumplir los doce años. Todas estaban descalzas, con sortijas en los dedos de los pies y todas, excepto la anciana, llevaban guirnaldas de flores naturales alrededor del cuello y en su negrísimo pelo. Sus estrechos corpiños llenos de bordados eran tan cortos, que entre ellos y el sari había fácilmente veinticinco centímetros de piel desnuda. Las oscuras cinturas, color de bronce, de estas bien formadas mujeres, se presentaban atrevidamente al examen y reflejaban las luces de la habitación. Sus hermosos brazos y tobillos estaban cubiertos de brazaletes. Al menor de sus movimientos producían un tintineo argentino con sus cascabeles, y la infantil cuñada, que fácilmente podía ser tomada por una muñeca automática, apenas podía moverse bajo el peso de sus adornos. La joven abuela, nuestra anfitriona, tenía un anillo en la aleta izquierda de su nariz que le llegaba a la parte inferior de la barbilla, desfigurando por el peso su bella nariz, según pudimos observar cuando se lo quitó para poder beber el té con alguna comodidad.

Comenzó el baile de las jóvenes nautches. Dos de ellas eran muy lindas. Su baile consistía principalmente en movimientos más o menos expresivos de los ojos, de la cabeza y hasta de las orejas; en una palabra, de toda la parte superior del cuerpo. En cuanto a sus piernas, o no se movían nada, o se movían con tal ligereza que se esfumaban como si estuviesen envueltas en niebla.

Aquella noche dormí el sueño de los justos.

CAPITULO XVI

MATANDO UN VAMPIRO - ACERCA DE MANÚ, DARWIN Y
HAECKEL
METEMPSICOSIS POR UN DONATIVO

Cuando se ha dormido muchas noches en una tienda de campaña, es muy agradable poderlo hacer en una verdadera cama, aunque ésta sea colgante;

placer que, en mi caso, se hubiera aumentado considerablemente, sin duda, si hubiese sabido que dormía en el lecho de un Dios. Pero esta última circunstancia sólo me fue revelada a la mañana siguiente: pues al bajar la escalera, descubrí repentinamente al divino *general en chef* (1)¹³⁴(Hanuman), privado de su trono y arrinconado sin ceremonia bajo la escalera... ¡Decididamente, los indos del siglo XIX son una raza degenerada e impía!

Más tarde supimos que ese balanceante trono, a excepción de un antiguo sofá, era el único mueble de la casa que podía servir como cama. Ninguno de nuestros dos caballeros había pasado buena noche. Durmieron en un torre vacía que en otro tiempo fue el *gopura* («altar») de una arruinada pagoda situada detrás del edificio principal, donde les había llevado nuestro anfitrión guiado por la buena intención de protegerlos contra los chacales, que libremente penetraban en todas las habitaciones de la planta baja, entrando por las arcadas sin puertas. Los chacales, sin embargo, no molestaron mucho a nuestros amigos aquella noche, exceptuando el concierto nocturno que les dieron. Pero tanto Mr. W. como el Coronel, tuvieron que luchar toda la noche con un *vampiro*, especie de zorra voladora de tamaño anormal que era también un «espíritu», como supimos demasiado tarde para desgracia nuestra.

Sucedió lo siguiente: Volando sin ruido dentro de la torre, el vampiro se posaba de vez en cuando sobre los durmientes, haciéndoles estremecer con el repugnante contacto de sus alas frías y viscosas. Su intención, claramente manifiesta, era conseguir una buena panzada chupando la sangre europea. Nuestros compañeros fueron despiados por tales manejos al menos diez veces durante la noche y aunque cada vez que esto sucedía lo espantaban, tan pronto como empezaban de nuevo a dormirse, el maldito murciélago volvía a posarse en sus hombros, cabezas o piernas. Por fin, Mr. W., perdiendo la paciencia, acudió a una solución infalible: lo cogió y le retorció el pescuezo.

Considerándose ambos perfectamente inocentes, contaron el trágico fin del inoportuno murciélago a su anfitrión, y al instante atrajeron sobre sus cabezas todas las tempestades del cielo.

¹³⁴ Capitán general.

El patio estaba lleno de gente. Todos los habitantes se hallaban ante la entrada de la torre, tristes y cabizbajos. La anciana madre de nuestro anfitrión se arrancaba los cabellos de desesperación y lanzaba agudos gritos en todas las lenguas de la India. ¿Qué les pasaba a todos? No podíamos explicárnoslo; pero cuando supimos la causa de ello, nuestra confusión no tuvo límites. Por ciertos signos misteriosos, conocidos únicamente por la familia del brahmán, hacía diez años que se había decidido que el alma del hermano mayor de nuestro anfitrión había transmigrado a este murciélagovampiro, sediento de sangre; hecho que nos fue revelado como fuera de toda duda. Desde hacía nueve años, el difunto existía bajo esta nueva forma, cumpliendo las leyes de la metempsicosis. Pasaba las horas desde el amanecer a la puesta del sol en un viejo pipal (desde tiempo inmemorial, la morada de los espíritus), delante de la torre, colgado con la cabeza hacia abajo, pero por la noche visitaba la desmantelada torre dando fiera caza a los insectos que buscaban refugio en aquel apartado rincón. Y así transcurrieron nueve años en esta dichosa existencia, dividida entre dormir y comer y la redención gradual de antiguos pecados cometidos bajo la forma de un patani. ¿Y ahora? Ahora su abandonado cuerpo yacía en el polvo, a la entrada de su torre favorita, con sus alas medio devoradas por las ratas. La pobre vieja, su madre, estaba loca de pena, y lanzaba, a través de sus lágrimas, miradas de reproche a Mr. W., quien en su nuevo carácter de asesino despiadado, aparecía con una tranquilidad repugnante.

Pero el asunto empezaba a volverse trágico. El lado cómico del mismo desaparecía ante la sinceridad e intensidad de las lamentaciones de la anciana; la multitud, agrupada a su alrededor, no se atrevía a reprochar abiertamente el hecho a los «saab» ingleses, pero la expresión de sus caras no tenía nada de **tranquilizadora**. El sacerdote y astrólogo de la familia, que se hallaba al lado de la anciana señora, *Shastras* en mano, presto a comenzar la ceremonia de purificación, cubrió con solemnidad el cadáver con un pedazo de lienzo nuevo, ocultando así de nuestra vista los tristes despojos, casi literalmente cubiertos de hormigas.

Mr. W. hacía lo posible por permanecer indiferente, silbando con las manos en los bolsillos; pero Miss B., con su falta de tacto, se acercó a él expresándole en voz alta su indignación por estas supersticiones de una raza inferior; y aquél, que parecía acordarse de que nuestro anfitrión sabía el inglés a la perfección, no le contestó, pero se sonrió desdeñosamente.

Nuestro anfitrión se acercó al Coronel con respetuosos saludos y nos invitó a seguirle.

¡Sin duda alguna nos va a pedir que dejemos la casa enseguida! -fue mi penosa impresión-.

Pero mi impresión no quedó justificada. A estas alturas de nuestra peregrinación inda estábamos lejos de haber profundizado el abismo metafísico de un corazón indo.

Sharnrao comenzó por pronunciar *ex tempore* un prefacio elocuente por todo lo alto. Nos hizo presente que él mismo era un hombre ilustrado, un hombre que poseía todas las ventajas de una educación *occidental*. Dijo que debido a esto, no estaba muy seguro de que el cuerpo del vampiro estuviese habitado en realidad por su difunto hermano. Danvin, por supuesto, y algunos otros grandes naturalistas de Occidente, parecían creer en la transmigración de las almas, pero por lo que él podía apreciar, creían en ello de manera *inversa* a los hindúes; esto es, si su madre hubiese tenido un niño exactamente en el momento de la muerte del vampiro, este niño, de acuerdo a los últimos conceptos científicos, hubiera tenido gran parecido indudablemente con aquel animal por hallarse tan cerca de ella sus decadentes átomos.

-¿No es ésta la interpretación exacta de la Escuela de Darwin? -nos preguntó Sharnrao-.

Contestamos modestamente, que como *habíamos estado* viajando casi sin cesar durante el último año, estábamos algo atrasados sobre las cuestiones de la ciencia moderna, pues no habíamos seguido sus recientes conclusiones.

-¡Pero yo las he seguido! -replicó el bueno de Sharnrao con cierta pomposidad-. Y así, espero que se me permita decir que he comprendido y apreciado debidamente sus más recientes postulados. Precisamente acabo de estudiar la magnífica *Antropogénesis* de Haeckel y he meditado con cuidado sus lógicas y científicas explicaciones del origen del hombre a partir de formas animales inferiores, por medio de una transformación. ¿Y qué es esta *transformación* sino la *transmigración* de los indos antiguos y modemos y la *metempsicosis* de los griegos?

No tuvimos nada que decir con respecto a esta identidad y hasta nos aventuramos a observar que, con arreglo a Haeckel, parecía ser en efecto así.

- ¡Exacto! -exclamó con alegría -. Esto demuestra que nuestras concepciones no son tan necias ni tan supersticiosas como sostienen algunos contrarios a *Manú*. El gran *Manú*(1) ¹³⁵se anticipó a Darwin y a Haeckel. Juzgad por vosotros mismos; Haeckel deriva la *génesis* del hombre de un grupo de plasmata, desde la mónera de apariencia gelatinosa que pasa a través de las amebas, de las ascidias y de los *amphipoxus* sin cerebro ni corazón, que transmigra a la *lamprea*, y se transforma finalmente en un amniótico vertebrado, en un premamífero, en un animal marsupial... El *vampiro*, pertenece a su vez a la especie de los vertebrados, y vosotros, que sois gente instruida, no podéis contradecir tal aserto.

No le contradijimos.

-En este caso, haré el honor de seguir mi argumentación...

Seguimos efectivamente su argumento con la mayor atención, pero sin poder entender a dónde nos quería llevar.

-Darwin -continuó Shamrao- en su *Origen de las Especies*, vuelve a restablecer, palabra por palabra, las enseñanzas palingenésicas de nuestro *Manú*. De esto estoy perfectamente convencido, y si queréis, os lo probaré libro en mano. Nuestro antiguo legislador, entre otras cosas, expresa lo siguiente: «El gran Parabrahman ordenó al hombre aparecer en el Universo después de pasar por todos los grados del reino animal y surgió, pues, del seno del lodo del mar profundo. El gusano se convirtió en serpiente, la serpiente en pez, el pez en mamífero y así sucesivamente». ¿No se encuentra esta misma idea en el fondo de la teoría de Darwin, cuando sostiene que las formas orgánicas han tenido su origen en especies más simples y cuando dice que el protoplasma infunde nacido en el lodo en los periodos Laurenciano y Siluriano, (el «lodo de los mares» de

¹³⁵ 1 «Manú» o «Gran Manú» hace referencia a las *Leyes de Manú o Manava Dharma Shastra*. (N. del E. inglés)

Manú), se transformó gradualmente en el mono antropoide, y por último, en el ser humano?

Asentimos ante tales palabras.

-Pero, a pesar de todo mi respeto por Darwin y su eminente patidario Haeckel, no puedo estar de acuerdo con sus conclusiones finales, en especial con las del último -continuó Shamrao-. Este irritable y bilioso alemán coincide en su embriología con la doctrina de Manú y todas las metamorfosis de nuestros antecesores, pero olvida la evolución del *alma humana*, la cual, según declara Manú, concuerda con la evolución de la *materia* a través de todas sus transformaciones... El hijo de Svayambhu, «el Increado», nos enseña:

<Todo lo creado en un nuevo ciclo evolutivo, añade a las cualidades de sus transmigraciones precedentes, nuevas cualidades, y mientras el hombre más elevado de la tierra se aproxima más a la humana categoría (es decir, ha alcanzado, bajo la forma de *hombre* el grado más elevado del ciclo de transmigración) tanto más brillante se hace su chispa divina; pero una vez que se ha convertido en un Brahmán en la tierra, entrará en el cielo de las transmigraciones *conci entes*.»

¿Comprendéis lo que esto significa? Significa que desde ese momento, sus transformaciones ya no dependen de las ciegas leyes de la evolución gradual sino de la menor de las acciones del hombre, que traen consigo premio o castigo. Ahora véis que depende de la voluntad del hombre el tomar la senda que conduce a *Moksa*, la dicha eterna, pasando de un *loka*(¹³⁶) a otro hasta llegar a *Brahmaloka*, o bien, por el contrario,

¹³⁶ 1 En la religión hindú, se mencionan siete lokas *principales* y otras mucho menos importantes. *Loka* significa «morada, localidad». En general, los lokas son mundos de purificación y algunos los identifican con ciertas estrellas. Almas no demasiado impuras y liberadas de las transmigraciones terrestres, van a estos mundos pasando gradualmente de uno a otro pero siempre en forma **humana, aunque esta** forma crece y se perfecciona en cada nuevo loka. Tales espíritus liberados de la materia terrestre se convierten, según los hindúes, en *Pitris* y *Devas*, adorados como «espíritus de los antepasados» a los que se ofrecen sacrificios. Corresponden a los *espíritus planetarios* descritos por los cabalistas

retroceder a causa de sus errores por la Ley de Compensación. Pero en el caso de un hombre muy pecador, tendrá que comenzar de nuevo en las formas animales por las que ya había pasado inconscientemente. Ni Darwin ni Haeckel tuvieron en cuenta esta segunda parte de su teoría, tan inteligentemente acabada en las enseñanzas de Manú, aunque tampoco lo niegan en sus escritos. ¿No es así?

-Aparentemente ninguno de ellos hace esto.

-¿Por qué, pues, en este caso -exclamó cambiando repentinamente su tono de conversación por otro agresivo-, habiendo estudiado yo las ideas más modernas de la ciencia occidental, éyendo en sus representantes, os habéis de figurar, como Miss B., que pertenezco a una tribu de gentes ignorantes y supersticiosas? ¿Por qué piensa ella que nuestras teorías de Manú, perfectamente científicas al menos en su *primera parte* (en lo que respecta a la evolución física), son supersticiones y nosotros mismos una raza inferior degenerada?

De los brillantes ojos de Sharrirao comenzaban a brotar lágrimas, pensando en la *inmerecida* acusación que le había hecho la < inglesa falta de tacto». No sabíamos qué contestarle, encontrándonos en extremo confusos.

-Mirad; yo no proclamo que nuestras creencias populares sean «dogmas infalibles». Las considero como meras teorías; y trato todo lo que puedo de reconciliar la ciencia antigua y la moderna. Formulo «hipótesis» como Darwin y Haeckel. Además, si he comprendido bien, Miss B. es una espiritista y creerá, por tanto, en los bhutas. Y si admite que un bliuta es capaz de entrar en el cuerpo de un médium y tomar posesión de su organismo por horas y hasta días, ¿cómo puede negar que un bhuta, y más aún, un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago-vampiro?...

Confieso que esta lógica era demasiado «simplificadora» para nosotros, por lo que, evitando una contestación directa a una cuestión metafísica tan

medievales (Ver Heinrich Khunrath, *Amphitheatrum Sapientiae Eternae*, etc.; los escritos de Paracelso y otros.).

delicada, tratamos de presentar nuestras excusas y disculpar la grosería de Miss B. lo mejor que pudimos.

-No era su intención ofenderos -le dijimos-. Es una inglesa y es difícil que *cambríe*; ella no hizo otra cosa que repetir una calumnia que es familiar entre los europeos. Además, si hubiese reflexionado sobre el asunto, seguramente no se hubiera expresado de ese modo...

Poco a poco conseguimos tranquilizar a nuestro anfitrión. Recobró su habitual buen humor, pero no pudo resistir la tentación de añadir, incluso con mayor vehemencia, algunas palabras a su larga argumentación. Había comenzado precisamente a revelar nos ciertas particularidades del carácter de su difunto hermano, que lo predisponían, en base a las leyes del «atavismo», a ver su repetición en las propensiones de un murciélago-vampiro, cuando Mr. W. entró de repente donde estábamos y echó a perder todos los resultados de nuestras palabras conciliadoras, gritando tan fuerte como podía:

- ¡La vieja se ha vuelto loca! Sigue maldiciéndonos, y dice que el asesinato del miserable murciélago es tan solo la primera de una serie de desgracias que usted ha acarreado sobre su familia -dijo dirigiéndose al confundido partidario de Haeckel-. Dice que habéis manchado vuestra santidad br-ahmánica invitándonos a los bellatis...

Coronel, haríais bien en mandar a buscar a los elefantes. Dentro de un momento toda esta multitud caerá sobre nosotros...

-¡Por Dios, señores -exclamó el pobre Sharrirao- tened alguna consideración con mis sentimientos! Es una anciana, tiene algunas supersticiones, pero es mi madre. Vosotros sois personas educadas e instruidas... Aconsejadme, decidiré cómo puedo salir de todas estas dificultades. ¿Qué haríais en mi lugar?

-¿Lo que yo haría, señor mío? -exclamó Mr. W., fuera de sí por lo violento de nuestra situación-. ¿Lo que yo haría? Si fuera un hombre de vuestra posición y un creyente de todo lo que habéis aprendido, cogerla mi revólver, y en primer lugar acabaría a tiros con todos los murciélagos-vampiros de los alrededores, aunque no fuera sino para liberar a todos vuestros difuntos parientes de los cuerpos abyectos de tales

bichos; y, en segundo lugar, trataría de aplastar la cabeza del presuntuoso falsario que, bajo la forma de un brahmán, inventó toda esta estúpida farsa. ¡Eso es lo que yo haría, señor mío!

Pero este consejo no era de la conveniencia del desgraciado descendiente de Rama. Probablemente hubiera permanecido largo tiempo indeciso sobre lo que debía resolver, afligido como se encontraba, luchando entre los sagrados sentimientos de la hospitalidad, los temores innatos hacia el sacerdote brahmán, y sus propias supersticiones, si nuestro ingenioso babú no hubiera venido en nuestro auxilio. Sabiendo que todos nos encontrábamos más o menos indignados por semejante tumulto y que nos preparábamos a dejar la casa lo más pronto posible, nos persuadió de que nos quedáramos, aunque no fuera más que por una hora, diciendo que nuestra precipitada marcha sería un terrible ultraje para nuestro anfitrión, a quien, en todo caso, no podíamos culpar. En cuanto a la estúpida vieja, el babú nos prometió pacificarla pronto y tenía un plan para ello.

Mientras tanto -dijo- haríais bien en ir a examinar las ruinas de una antigua fortaleza cercana.

Obedecemos de mala gana, aunque sintiendo grandísimo interés por sus «planes». Nos marchamos de allí muy lentamente. Nuestros caballeros estaban visiblemente malhumorados. **Miss B. trató** de calmarse, hablando más que de ordinario y el flemático Narayana, siempre bondadoso, le gastaba bromas acerca de sus queridos «espíritus». Miramos hacia atrás y vimos al babú acompañado del sacerdote de la familia. A juzgar por sus gestos, la discusión era muy acalorada. La afeitada cabeza del brahmán se movía de derecha a izquierda, su ropaje amarillo flotaba con el viento y sus manos se alzaban hacia el cielo, como llamando a los Dioses para que descendieran y atestiguaran la sinceridad de sus palabras.

-Apuesto a que ninguno de los planes del babú servirá ante la terquedad de semejante fanático -observó convencido el Coronel, encendiendo su pipa-.

Sin embargo, no habíamos andado más que cien pasos después de hecha esta observación, cuando vimos al babú correr hacia nosotros y hacemos señas de que nos detuviéramos.

-¡Todo ha terminado de la mejor manera! -nos gritó cuando pudimos oírle-. Os deben estar muy agradecidos... Parece que sois los verdaderos salvadores y protectores del difunto bhuta...

Nuestro babú se dejó caer al suelo apretándose su estrecho pecho jadeante con ambas manos, mientras se reía de tal modo que nosotros también rompimos a reír sin saber lo que había pasado.

-¿Qué os parece? -empezó a decir deteniéndose de pronto, porque su gran hilaridad no le dejaba continuar-. ¿Qué os parece? Y todo por diez miserables rupias... Le ofrecí cinco al principio... pero no quería... Decía que se trataba de un asunto sagrado... ¡Pero a diez no pudo resistir! ¡Ja, ja, ja!

Por fin, nos explicó la estratagema que mostró en su verdadera luz la santidad de los brahmanes. Toda la *metempsicosis* de los sivaítas depende de la imaginación de los gurús de la familia, que reciben por sus buenos oficios de cien a ciento cincuenta rupias al año. Estos brahmanes son a la vez astrólogos y organizadores de todos los ritos religiosos de la familia. Cada rito va acompañado de un honorario más o menos considerable que engorda el bolsillo del insaciable brahmán de la familia, pero los acontecimientos dichosos se pagan más que los tristes.

Sabiendo todo esto el babú, pidió al brahmán, sin más rodeos, que por cinco rupias ejecutase un *samadhi* falso, esto es, que fingiese una inspiración y anunciase a la atribulada madre que la voluntad conciente de su difunto hijo era lo que había causado todo lo sucedido; que él era quien había ocasionado su fin en el cuerpo del murciélago; que estaba cansado de aquel estado de transmigración; que estaba deseando la muerte para obtener su estado *superior* en el reino animal; que es feliz, y que le está profundamente agradecido al sahib que le retorció el cuello, liberándole así del cuerpo abyecto. Por otra parte, el ojo observador de nuestro babú había notado que una vaca del gurú estaba esperando un ternero que éste deseaba ardientemente vender a Shatrira. Tal circunstancia era un triunfo en manos del babú. Si el gurú anunciase, bajo la influencia del *samadhi*, que el liberado espíritu proyectaba habitar el cuerpo del futuro niño-búfalo, entonces la vieja señora compraría la nueva encarnación de su primogénito tan seguro como que era de día. Este anuncio sería seguido

por fiestas y nuevos ritos. ¿Y quién saldría ganando con todo esto sino el sacerdote de la familia?

Al principio, el gurú tenía sus recelos, y juraba por todo lo sagrado que el murciélago-vampiro estaba realmente habitado por el hermano de Shartirao. Pero el babú sabía donde le apretaba el zapato al brahmán, terminando aquél por apercibirse de que su hábil contrario veía a través de sus triquiñuelas y que sabía muy bien que los *Shastras* excluían la posibilidad de semejante transmigración. Alarmado, pues, el gurú empezó a ceder y terminó pidiendo diez rupias y la promesa del secreto respecto de la ejecución del samadhi... Se concluyó el trato y la vieja fue calmada.

A nuestra vuelta nos salió al encuentro Shanirao, que aparecía radiante de alegría. Bien porque temiese que nos riésemos de él, o porque no supiese cómo explicarse esta nueva metamorfosis por medio de las ciencias positivas en general y en particular por Haeckel, no intentó averiguar la causa de aquel cambio tan repentino. Solamente nos dijo, con bastante embarazo, que su madre, debido a ciertas misteriosas conjeturas suyas, había desechado todos sus escrúpulos respecto del destino de su primogénito; y luego cambió de conversación. Se volvió más amable y feliz y nos invitó para que por mero amor a la ciencia, le acompañásemos a un *Tamasha*(1) ¹³⁷religioso. Una jadu wala femenina («encantadora» o «conjuradora»), famosa en todo el distrito, estaba bajo la influencia de *siete Diosas*, las siete hermanas, que sucesivamente la poseían y profetizaban por su boca...

Aceptamos alegremente, esperando impacientemente la llegada de la tarde.

¹³⁷ 1 Tamasha, palabra hindí de origen árabe, que significó primigeniamente «itinerante» y después pasó a designar los espectáculos entretenidos. (N. del E. inglés)

CAPÍTULO XVII

RITOS MATINALES BRAHMÁNICOS - CULTO A LOS DIOSES - VISITA AL ESTABLO DE LAS VACAS - LA PLANTA SAGRADA TULSI COMIENZA UNA SALIDA NOCTURNA

Con el fin de desvanecer de nuestra mente el más leve vestigio de la perplejidad de la mañana, Shanirao nos invitó a sentarnos en el pórtico, junto a la espaciosa entrada del altar familiar, mientras tenían lugar las oraciones a los Dioses. Nosotros, que amábamos el conocimiento, lo tuvimos por una excelente oportunidad; nos sentamos en el pórtico y le observamos a través de la abertura que hacía las veces de puerta.

Eran las nueve de la mañana, la hora usual de las plegarias matutinas. Shamrao fue al pozo para prepararse y vestirse -según nos dijo- aunque el proceso se parecía más a desnudarse. Al poco tiempo volvió llevando por toda vestimenta un dhoti, idéntico al de la comida, y con la cabeza descubierta se dirigió hacia el templo. En el momento en que penetró en él, oímos el ruidoso toque de una campana que pendía del techo y que continuó sonando todo el tiempo que duraron los ritos. El babú nos explicó entonces, que un muchacho tiraba de la cuerda de la campana desde el techo.

Shamrao entró adelantando el pie derecho y muy pausadamente. Se aproximó al altar y se sentó en una pequeña silla con las piernas cruzadas. En el lado opuesto de la habitación, sobre los anaqueles de terciopelo rojo de un altar semejante a un mueble tocador, había muchas estatuillas de oro, plata, bronce y mármol, de acuerdo a su importancia y méritos. *Maha Deva* o Siva era de oro; Ganapati o Ganesa (el hijo de Siva, el Dios de la cabeza de elefante), de plata; Visnú, en forma de *salagrama*, piedra negra redonda del río Gandaki en el Nepal. (En esta forma, Visnú se llama *Lakshmi Narayana*). Había, también, otros muchos Dioses que nos eran

desconocidos, reverenciados bajo la forma de grandes conchas marinas denominadas *Chakras*. *Surya*, el Dios del *Sol* y *los Kuladevas*, los Dioses Domésticos, estaban colocados en segunda fila; el altar estaba cubierto por una cúpula de madera de sándalo exquisitamente tallada. Durante la noche, los Dioses y las ofrendas se protegían con una enorme campana de cristal. En las paredes había muchas imágenes representando los episodios principales de la vida de los Dioses Superiores.

Shamrao llenó su mano izquierda con ceniza mientras murmuraba sus oraciones; la cubrió durante un segundo con la derecha, luego agregó alguna materia a aquélla y mezcló ambas frotando las manos se trazó en la cara una línea con dicha mezcla pasando el pulgar de su mano derecha desde su nariz hacia el centro de su frente; después, desde allí a la sien izquierda y seguidamente a la sien derecha. Habiendo terminado con la cara, procedió a cubrirse con ceniza húmeda la garganta, brazos, hombros, espalda, cabeza y orejas. En un rincón del cuario había una enorme fuente de bronce llena de agua. Shanirao se dirigió a ella y se sumergió en la misma tres veces, dhoti y todo, después de lo cual salió y parecía exactamente un Tritón corpulento al cual el Sol todavía no había secado. Retorcó su única trenza de pelo en el extremo superior de su afeitada cabeza, como la que las sirvientas en Rusia llamaban *kudel-ka*, y la roció con agua; operación con la que terminó el primer acto.

El segundo acto tuvo su comienzo con meditaciones religiosas (*Samdhya*) y *mantrams*, que deben ser repetidos tres veces al día por quienes son realmente piadosos: al amanecer, al mediodía y al ocaso. Shanirao pronunció en voz alta los nombres de los veinticuatro Dioses y cada nombre fue acompañado de una campanada. Hecho esto, cerró primero los ojos y se tapó los oídos con algodón, después oprimió la aleta izquierda de la nariz con dos dedos de la mano derecha, y habiendo llenado de aire sus pulmones por la aleta derecha de la nariz, oprimió ésta también. Luego cerró estrechamente los labios, de suerte que la respiración fuera imposible. En esta posición todo hindú piadoso debe repetir mentalmente cierto versículo que se llama el *Gayatri*, compuesto de palabras sagradas que ninguno de ellos osada pronunciar en alta voz. Hasta cuando las repite en su mente, debe tomar todo género de precauciones para no inhalar nada impuro. He prometido bajo mi palabra de honor no repetir jamás toda esta oración, pero puedo citar algunas sentencias sueltas:

«Om... Tierra... Cielo... Que la luz adorada de... (aquí sigue un nombre que no puede ser pronunciado) me ilumine. Que tú Sol, ¡Oh Tú!, el Uno Absoluto, me ilumine, el de inestimable valor... Cierro mis oídos, no respiro... a fin de ver, oír y respirar sólo a tí. Arroja luz sobre nuestros pensamientos,... (otra vez el nombre secreto) ... »

Es curioso comparar esta oración hindú con la célebre expresión de Descartes en sus *Meditaciones* III. Dice lo que sigue, si no recuerdo mal:

«Ahora cierro los ojos, tapo mis oídos y descarto mis cinco sentidos... contemplaré a ese Dios perfecto, meditaré en Su cualidad y miraré la hermosura de esta Maravillosa luz.»

Después de esta oración, Shamrao leyó otras muchas, sosteniendo con dos dedos su cordón brahmánico sagrado. Luego mezcló arroz con polvo de sándalo y al cabo de un rato comenzó la ceremonia de «lavar los Dioses», que realizó cogiéndolos del altar uno tras otro con arreglo a su rango, sumergiéndolos primero en la gran pila, y luego bañándolos de nuevo en leche en otra pila más pequeña, de bronce, que estaba en el altar. La leche estaba mezclada con cuajo, manteca, miel y azúcar, por lo que no puede decirse que esta limpieza cumpliera su objetivo. No es, pues, de admirar que nos alegrásemos de ver que los Dioses sufrieran un segundo baño en la primera pila, siendo luego secados con una toalla limpia.

Cuando los Dioses fueron colocados en sus lugares respectivos, el hindú trazó en ellos los signos religiosos con una sortija de su mano izquierda. Empleó pintura blanca de sándalo para el lingam y roja para *Ganapati* y *Surya*. Luego los roció con aceites aromáticos y los cubrió de flores frescas -que son renovadas todos los días-; para terminar la larga ceremonia del «desperiar de los Dioses», hizo sonar repetidas veces una campanilla bajo las narices de éstos, quienes según suponía probablemente el brahmán, se podían haber dormido todos durante la fastidiosa ceremonia. Habiendo observado, o figurándose -lo que a menudo significa lo mismo-, que estaban bien despiertos, comenzó a ofrecerles sus sacrificios cotidianos, encendiendo el incienso y las lámparas y, con gran sor-presa nuestra, chasqueando los dedos de vez en cuando, como para indicarles que «atendiesen». Llenó en seguida la habitación con nubes de incienso y vapores de alcanfor ardiendo, esparció algunas flores más sobre el altar y se sentó en la pequeña silla un rato, murmurando sus últimas

oraciones. Después, mantuvo las palmas de las manos sobre la llama de los cirios y se restregó la cara con ellas, acto que ejecutó varias veces, dio tres vueltas alrededor del altar y habiéndose arrodillado otras tantas, se retiró de espaldas hacia la puerta.

Un momento antes de que nuestro anfitrión terminara sus oraciones matinales, las señoras de la casa entraron en la habitación. Cada una de ellas traía una pequeña silla, y sentadas en fila murmuraron plegarias al mismo tiempo que pasaban las cuentas de sus rosarios. El papel que desempeñan los rosarios en la India es tan importante como en todos los países budistas. Cada Dios tiene, además de su flor predilecta, su materia favorita para el rosario(') ¹³⁸. Los faquires llevan cantidades de ellos.

Dejando a las mujeres con sus oraciones seguimos a nuestro anfitrión al establo de las vacas. La vaca simboliza a la nodriza Tierna o la Naturaleza y es adorada en consecuencia. Sharnrao se sentó al lado de la vaca y le lavó las patas, primero con su propia leche y luego con agua; le dio un poco de azúcar y arroz, le cubrió la frente con polvos de sándalo, y adornó sus cuernos y patas con guirnaldas de flores. Quemó incienso bajo su nariz y blandió una lámpara encendida sobre su cabeza. Después dio tres vueltas a su alrededor y se sentó a descansar. Algunos hindúes dan hasta 108 vueltas con el rosario en la mano. Pero nuestro Sharnrao tenía una ligera tendencia a ser librepensador, como sabíamos, y además su cabeza estaba ocupada sólo por Haeckel. Cuando hubo descansado, llenó una copa de agua, la puso en la cola del animal por un momento y luego se la bebió.

Hecho esto ejecutó el rito de adorar al Sol y a la sagrada planta tulsi. No pudiendo atraer al dios Surya de su altar celeste, Shararao se contentó con llenarse la boca de agua, sosteniéndose sobre una pierna lanzó el agua hacia el Sol tres veces. Inútil es decir que el agua no llegó al astro sino que nos roció inesperadamente.

¹³⁸1 El rosario se llama *mala* y consta de 108 cuentas. Los hindúes muy piadosos no se contentan con pasar las cuentas cuando rezan; deben ocultar sus manos durante esta ceremonia en un saco llamado *gomuhka*, que significa la boca de la vaca». Los rosarios están hechos de un tipo de baya de color negro, fruto de cierta rosa silvestre conocida como *Rudraksha*, o de la planta de color claro llamada tulsi.

Es aún un misterio para nosotros por qué la planta tulsi, *basilicum real*, es adorada, (todo hindú tiene una maceta con un tulsi en su casa). Sea como sea, hacia el final de septiembre anualmente presenciábamos la extraña ceremonia del casamiento de esta planta con el dios Visnú, a pesar de que el tulsi lleva el título de novia de Krisna, probablemente porque éste es una encarnación de Visnú. En estas ocasiones se adornan y pintan macetas de estas plantas con talco. Se traza un círculo mágico en el jardín y se coloca la planta en medio. Un brahmán trae una estatua de Visnú y comienza la ceremonia del casamiento con la planta. Un matrimonio sostiene un chal entre ésta y el Dios, como ocultando los el uno del otro; el brahmán dice oraciones y unas mujeres jóvenes -especialmente jóvenes solteras que son las adoradoras más ardientes del tulsi-arrojan arroz y azafrán sobre el Dios y la planta. Cuando termina la ceremonia, le dan el chal al brahmán; la estatua es colocada a la sombra de su novia; los hindúes aplauden, destrozan los oídos de todos con el ruido de los tarntams, queman fuegos artificiales, se ofrecen mutuamente trozos de caña de azúcar y se divierten de **todos** los modos imaginables hasta el amanecer del día siguiente...

El pasado septiembre tuvimos la oportunidad de presenciar esta boda en nuestro propio jardín, y nuestro mafl («jardinero», también «hindú fartático») no hubiera permitido por ninguna suma de dinero que los extranjeros contaminasen con su presencia su sagrado *téte á téte* con los Dioses...

Por la noche nos preparamos para una excursión en elefante. Sólo distaba nueve kilómetros la caverna de la Pitonisa del Indostán, y el camino, aunque discurría a través de una selva, era llano y sin pendiente. Por otra parte, la selva y sus feroces habitantes ya no nos asustaban. Los tímidos elefantes que teníamos en la «ciudad muerta» fueron mandados a su casa, pues debíamos montar otros nuevos perienecientes a un rajá vecino. El par que se hallaba ante el pónico, semejante a oscuras colinas, era firme y de confianza. Muchas veces ambos han cazado al tigre real y ningún aullido salvaje ni tronante rugir puede asustar a estos patriarcas de los bosques... ¡Así, partimos! La roja llama de las antorchas deslumbraba nuestros ojos y aumentaba la oscuridad del bosque. Los alrededores parecían tan misteriosos como oscuros eran...

Hay algo indescriptiblemente fascinador, casi solemne, en estas marchas nocturnas por la India. Todo está silencioso y desierto alrededor de uno, todo dormita en la tierra y encima de ella. Sólo las pisadas regulares y pesadas de los elefantes rompen el silencio de la noche, como ruido de martillos que cayesen en la fragua subterránea de Vulcano. De vez en cuando se oyen voces y murmullos extraños en el sombrío bosque.

-El viento canta su canción extraña entre las ruinas -dijo uno de nosotros- ¡qué maravilloso fenómeno acústico!

-Bhuta, bhuta -murmuraron los espantados portadores de las antorchas mientras blandían éstas y giraban rápidamente sobre una pierna chasqueando los dedos para rechazar a los agresivos espíritus-.

El quejumbroso murmullo se perdió en la distancia. El bosque resonó de nuevo con sus cadencias monótonas y una vez más sólo oíamos el metálico chirrido de los grillos, el dolido crujido de las ramas de árbol, el constante golpetear de los saltamontes. Por momentos, todo esto cesaba de repente, para volver a comenzar de nuevo aumentando gradualmente.

¡Cielos! ¡Qué vida rebosante, qué cúmulo de energía vital se halla oculta bajo la hoja más pequeña, bajo la más diminuta hierbecilla en este bosque tropical! Infinidad de estrellas resplandecen en el oscuro azul del firmamento y miríadas de luciémagas brillan con sus chispas fosforescentes, como pálidos reflejos de las lejanas estrellas, haciendo guiños a través de la frondosa vegetación, como si nos indicaran e iluminaran el camino.

CAPÍTULO XVIII

CAMINO DE LA CAVERNA DE LA HECHICERA - LA KANGALINA 0

PROFETISA- EL SIVATHERIUM - BHUTAS PROPICIADORES - EL EXTRAÑO CASO DEL CAPITÁN POLE - EL RAPTO MÍSTICO DE LA

HECHICERA - INESPERADO FINAL DEL RITO

Dejamos atrás el espeso bosque y llegamos a un valle profundo rodeado por tres lados de espesa selva, donde aun de día las sombras son tan negras como de noche. Habíamos ascendido por la ladera de la cordillera Vindhya a casi 700 metros, a juzgar por la arruinada pared de Mandu enhiesta sobre nuestras cabezas.

De repente se levantó un viento frío que por poco apaga nuestras antorchas. Atrapado en el laberinto de matorrales y rocas, sacudía coléricamente las ramas de las siringas en flor, luego, ganando su libertad, volvía a lo largo del valle y se precipitaba por la llanura, rugiendo, silbando y chillando como si todos los espíritus del bosque hubiesen entonado un canto fúnebre por las brujas de la montaña...

-Hemos llegado -dijo Shamrao desmontando-. Aquí está la aldea; los elefantes no pueden continuar.

-¿La aldea? Seguramente os equivocáis. No veo nada más que árboles.

- Está demasiado oscuro para verla. Además las chozas son tan pequeñas y están tan ocultas por los matorrales o por las rocas, que incluso de día apenas se pueden ver; y no hay luz en las casas por miedo a los espíritus.

- ¿Y dónde está vuestra bruja? ¿Es que debemos ver la función en completa oscuridad?

Shamrao echó una fugitiva y tímida mirada en torno suyo y su voz, al contestarnos, se mostraba un poco trémula.

-¡Os ruego que no la llaméis *dakini* («bruja»)! Podría oíros... El lugar no está lejos; hay menos de un kilómetro. Ningún elefante ni un caballo, podría llegar allí. Tenemos que caminar... pero al llegar encontraremos una luz...

Esto era inesperado y muy poco agradable. Caminar en esta sombría noche inda, arrastrarse por espesuras y cactus, aventurarse en un bosque negro lleno de animales salvajes, era demasiado para Miss B. Declaró que no seguiría adelante; nos esperada en el *howdah* sobre el lomo de un elefante y quizás se echada a dormir.

Narayana estuvo en contra de esta *partie de plaisir*(1) ¹³⁹ desde el principio, y en ese momento, sin explicar sus razones, declaró a Miss B. como la única persona razonable entre todos nosotros:

-No perderéis nada -le dijo- permaneciendo donde estáis sin ver a la dakini. Mi deseo sería que todos siguieran vuestro ejemplo.

-¿Qué motivo tenéis para decir eso? -objetó Sharnrao, y una ligera nota de decepción sonó en su voz, cuando vio que la excursión propuesta y organizada por él mismo, amenazaba fracasar-. ¿Qué perjuicio puede resultar de ello? No insistiré en que la «encarnación de los Dioses» es un espectáculo difícil de ver y que los europeos rara vez tienen ocasión de presenciarla; pero por otra parte, la *kangalina* en cuestión es una mujer santa. Es una profetisa, y su bendición, aunque sea pagana, no puede perjudicar a nadie. Insisto en esta excursión por puro patriotismo.

-Saab -dijo Narayana amargamente-, si vuestro patriotismo consiste en mostrar a los extranjeros la peor de nuestras plagas, entonces ¿por qué no habéis ordenado que todos los leprosos del distrito se reuniesen para enorgullecerse también de *ellos* ? Sois un *patel* y tenéis poder para ello.

Temiendo una querrela entre los indos, el Coronel observó en tono conciliador, que era ya demasiado tarde para reconsiderar la expedición. Por otra parte, sin ser un creyente en la «encarnación de los Dioses», estaba firmemente convencido de que existían *endemoniados* hasta en Occidente.(¹) ¹⁴⁰El Coronel deseaba estudiar científicamente todo género de fenómenos psíquicos donde quiera que los encontrara y bajo cualquier forma que se presentaran...

¹³⁹ ' Viaje de placer. (N. del E.)

¹⁴⁰ 2 La intervención de las Cortes en Rusia en relación a ciertos campesinos de Tijvín que habían quemado viva a la bruja Agrafena Shiganskaia, prueba la existencia en la actualidad de una extraña y misteriosa enfermedad llamada en Occidente «mediumnismo» y en Rusia «Mikushesrvo».

Hubiera sido una visita sorprendente para nuestros amigos europeos y americanos, si hubieran podido contemplar nuestra procesión en aquella oscura noche. Nuestro camino seguía a lo largo de una empinada vereda en la montaña. Nada más que dos personas podían marchar juntas y éramos treinta, incluyendo los portadores de las antorchas. Seguramente, la reminiscencia de algunas salidas nocturnas contra los Confederados del Sur había revivido en ese instante en la mente del Coronel, a juzgar por la **prontitud con que se puso** a la cabeza de nuestra pequeña expedición. Ordenó que se cargasen todas las escopetas y revólveres, indicó a tres portadores de antorchas que marchasen ante nosotros y nos colocó en parejas. Bajo la dirección de tan hábil jefe no teníamos nada que temer de tigres confederados y así nuestra procesión rompió la marcha y lentamente empezó a ascender por el áspero sendero.

No puede decirse que los curiosos viajeros que aparecieron más tarde en la caverna de la profetisa de Mandu, brillasen por la frescura y elegancia de sus vestidos. Mi traje, así como los vestidos de viaje del Coronel y de Mr. W., estaban hechos pedazos. Los cactus sacaron de nosotros todo el tributo que pudieron y en el desgredado pelo del babú bullía toda una colonia de cigarras y luciérnagas que probablemente habían sido atraídas por el olor del aceite de coco. El grueso Shamrao jadeaba como una máquina de vapor. Sólo Narayana, después de dar su parecer y vuelto ya a su imperturbable indiferencia que mantenía noche y día, parecía, especialmente ahora, un Hércules de bronce armado con su maza.

En la última vuelta del camino, después de haber vencido la dificultad de trepar sobre enormes piedras esparcidas, nos encontramos repentinamente en el borde del espeso bosque, donde empezaba un llano; nuestros ojos, a pesar de nuestras muchas antorchas, quedaron deslumbrados por la luz, al mismo tiempo que en nuestros oídos resonaba una melodía de sonidos anormales.

Un nuevo valle se abría ante nosotros, su entrada desde la llanura estaba oculta por espesos árboles. Comprendimos cuán fácil habría sido que vagásemos una semana a su alrededor por el bosque encantado sin tan siquiera sospechar su existencia. En el fondo del valle descubrimos la morada de la célebre kangalina, bruja y oráculo de todo el distrito.

La «caverna», según resultó después, estaba situada en las ruinas de un antiguo templo hindú en bastante buen estado de conservación. Probablemente, fue construido mucho antes que la «ciudad muerta», porque durante la época de ésta, no se permitía a los paganos tener lugares propios para el culto, y el templo se hallaba muy cerca de los muros de la ciudad, casi debajo. Las cúpulas de las dos pagodas laterales, más pequeñas, hacía tiempo que se habían caído y enormes matorrales crecían en sus altares. Aquella noche las ramas de éstos estaban ocultas bajo una masa de telas de colores chillones, pedazos de cintas, botes pequeños y otros diversos talismanes; porque aún en esto la superstición popular ve algo sagrado.

¿Y no tenía razón esta pobre gente? ¿No crecían aquellos matorrales en terreno sagrado? ¿No está su savia impregnada con el incienso de las ofrendas y las emanaciones de santos anacoretas que en un tiempo vivieron y alentaron allí?

El instruido pero supersticioso Shamrao sólo contestaba a nuestras preguntas con nuevas preguntas.

El templo central, construido de granito rojo, permanecía respetado por el tiempo y, según supimos después, un profundo túnel se abría justo detrás de su puerta herméticamente cerrada. Lo que había más allá nadie lo sabía y Shanírao nos aseguró que ningún hombre de las tres últimas generaciones había cruzado jamás la entrada que cerraba la gruesa puerta de hierro; nadie había visto el pasaje subterráneo desde hacía muchos años. La kangalina vivía allí perfectamente aislada y, según las gentes más viejas de los alrededores, *siempre* había morado en aquel lugar. Algunos decían que tenía trescientos años de edad; otros alegaban que cierto viejo había revelado en su lecho de muerte a su hijo, que la vieja era nada menos que su *propio* tío. Este tío fabuloso se había establecido en la cueva en el tiempo en que la «ciudad muerta» contaba todavía con algunos cientos de habitantes y, ocupado en abrirse la senda que conduce hacia Moksa, no tenía relación alguna con el resto del mundo, nadie sabía cómo vivía ni lo que comía. Pero bastante tiempo atrás, en los días en que los bellatis todavía no habían tomado posesión de esta montaña, el viejo ermitaño se transformó de repente en ermitaña, continuando sus mismas tareas, hablando con la misma voz de aquél y a menudo en su nombre, pero recibiendo además adoradores, cosa que no hacía su predecesor.

Habíamos llegado demasiado pronto y la Pitonisa no apareció al principio. No obstante, la plaza anterior al templo estaba llena de gente y en verdad, presentaba una escena exótica pero pintoresca. Una enorme hoguera ardía en el centro y a su alrededor se apiñaban los desnudos nativos como otros tantos gnomos negros, añadiendo al fuego ramas enteras de árboles consagrados a las «siete diosas hermanas». Lenta y rítmicamente saltaban todos, primero sobre una pierna y después sobre la otra, al compás de una única frase musical monótona que repetían a coro, acompañados por algunos tambores y tamboriles locales. El apagado zumbido de los últimos se mezclaba con los ecos del bosque y los gemidos histéricos de dos muchachitas que yacían bajo un montón de hojas al lado del fuego. Las pobres niñas habían sido traídas por sus madres con la esperanza de que las «diosas» se compadecerían de ellas y desterrarían a los dos malos espíritus que las poseían. Ambas madres eran muy jóvenes y, sentadas sobre sus talones, contemplaban las llamas. Nadie fijó su atención en nosotros cuando aparecimos, y después, durante nuestra permanencia allí, aquella gente obró como si fuéramos invisibles. Si hubiéramos llevado la «capa de la invisibilidad», no se hubieran portado de un modo diferente.

-¡Sienten la cercanía de los Dioses! ¡La atmósfera está llena de sus emanaciones sagradas! -explicó con aire de misterio Sharrino contemplando con reverencia a los indígenas a quienes su amado Haeckel hubiese tomado fácilmente por su «eslabón perdido», la progenie de su *Bathybius Haeckelii*.

-¡Se hallan sencillamente bajo la influencia del toddy y del opio! -replicó el irreverente babú-.

Los espectadores se movían como en un sueño, como si fueran sonámbulos medio despierios; pero los actores eran simples víctimas del baile de san Vito. Uno de ellos, un vicio alto, verdadero esqueleto, con una larga barba blanca, dejó el círculo y comenzó a girar vertiginosamente con sus brazos extendidos como alas y haciendo rechinar ruidosamente sus largos dientes, semejantes a los del lobo. Causaba disgusto y horror mirarle. Pronto cayó en tierra y fue impasiblemente, y de forma mecánica, echado hacia las niñas por los pies (!) de los que continuaban todavía con

su danza endemoniada. Pero nos aguardaba mucho más, y nuestro relato no ha hecho más que empezar..

Para esperar la aparición de la *prima donna* de esta compañía de ópera del bosque, nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído cerca del templo, dispuestos a hacer una interminable serie de preguntas a nuestro condescendiente anfitrión; pero, apenas sentados, un sentimiento de asombro y de horror indescriptibles nos hizo echamos atrás...

Percibí la calavera de un animal monstruoso, cuya semejanza no pude hallar en mis reminiscencias zoológicas.

Esta cabeza era mucho mayor que la del esqueleto de un elefante. Sin embargo, no podía ser otra cosa más que un elefante, a juzgar por el hábilmente restaurado cuerpo que descendía hasta inis pies como un gigantesco gusano negro. ¡Pero el elefante no tiene cuernos y éste tenía cuatro! El par delantero salía de la frente plana... curvándose ligeramente hacia delante y luego se abría como los cuernos de un toro; los otros dos tenían una ancha base, corno la raíz de un cuerno de venado que disminuye gradualmente hasta llegar a la mitad y tenía ramas suficientes para decorar una docena de alces ordinarios. En las vacías cuencas de los ojos había pedazos tensados de piel de rinoceronte(1) ¹⁴¹de transparente color amarillo ámbar, y pequeñas lámparas que ardían detrás, aumentaban el horror de la endemoniada apariencia.

- ¿Qué diablos es ésto? -fue nuestra unánime pregunta-. Ninguno de nosotros había visto jamás nada semejante, y hasta el mismo Coronel pareció impresionado.

-Es un *Sivatherium* («sivaterio») -dijo Narayana-. ¿Es posible que no conozcáis aún este fósil antediluviano en los museos de Europa?... Sus restos son bastante comunes en los Himalayas, aunque por supuesto, en fragmentos. Se le ha denominado así en honor de Siva.

Confieso que fue la primera vez que vi semejante monstruo que Senkovsky se olvidó de incluir en su novela antediluviana junto con el

¹⁴¹1 En el Rajastán, los escudos se hacen de esta piel; cuestan una forluna Y sólo los llevan los rajputs más ricos.

mamut que salva a los amantes. Mejor tarde que nunca, de pronto estuvimos frente a frente con aquel interesante monstruo.

-Si el recaudador del distrito oye alguna vez que esta reliquia antediluviana adorna la caverna de vuestra bruja -observó el babú- no lo seguirá haciendo muchos días.

Alrededor del cráneo, en el suelo, había montones de flores blancas que, aunque no eran antediluvianas, nos eran por completo desconocidas. Eran grandes como enormes rosas y sus blancos pétalos estaban cubiertos con el polvo rojo del *lal* («sándalo»), el concomitante inevitable de toda ceremonia religiosa inda. Más lejos había grupos de cocos y grandes fuentes de cobre llenas de arroz, todas adornadas con cirios de colores. En el centro del pórtico se hallaba un brasero de extraña forma, rodeado de candelabros de cobre. Un muchachito, vestido de blanco de pies a cabeza, arrojaba en él puñados de polvos aromáticos.

-Esta gente que se reúne aquí para rendir culto a la kangalina como encarnación de las diosas -dijo Shamrao-, no pertenece realmente a su secta ni a la mía. Son adoradores del diablo. No creen en los Dioses hindúes; viven en pequeñas comunidades; pertenecen a una de las muchas razas indas que usualmente se llaman *tribus montañosas*. A diferencia de los shanars de Travancore del Sur y de Tinneveli, no usan la sangre de animales sacrificados; no construyen templos especiales a sus bhulas(2)¹⁴²llamados *peykovil*, «casas del diablo»; pero están poseídos por la idea extraña de que la diosa Kali, la esposa de Siva, desde tiempo inmemorial les tiene poca estima y envía a sus malos espíritus favoritos para atormentarlos. Salvo esta pequeña diferencia, tienen las mismas creencias que los shanars. Dios no existe para ellos; y hasta al mismo Siva lo consideran como un espíritu ordinario. Rinden principalmente culto a las almas de los muertos; almas que, por más justas y buenas que hayan **sido en vida**, se convierten después de la muerte en todo lo perversas posible; sólo son felices cuando atormentan a los hombres vivos y al ganado. De esta manera son recompensados por sus buenas acciones en la Tierra. Los que fueron perversos aquí abajo, se transforman después de la muerte, quieran o no, en demonios *buenos*, destrozados continuamente por los más

¹⁴² 2 De acuerdo con los shanars, estos demonios no son espíritus especiales sino simplemente los espíritus de gente mala que ha muerto.

cruel dolor. Los resultados de esta extraña lógica, no son, sin embargo, del todo malos. Estos salvajes adoradores del diablo son los más bondadosos y honestos de todas las tribus montañosas de la India. Hacen lo que pueden para ser dignos de su última recompensa después de la muerte; porque ansían convertirse en demonios perversos.

De buen humor por su propia agudeza, Shamrao se rió hasta que tuvo que controlarse, considerando lo sagrado del lugar.

_ Hace un año, algunos asuntos me hicieron ir a Tinneveli -continuó-. Estaba con un shanar amigo mío, y se me permitió presenciar una de las ceremonias en honor de los demonios. Ningún europeo ha presenciado todavía este culto, digan lo que digan los misioneros, pero hay muchos convertidos entre los shanars, que de buen grado las describen a estos predicadores. Mi amigo es un hombre rico, razón por la cual probablemente los demonios fueran en especial malos con él. Envenenaban su ganado, echaban a perder sus siembras, sus plantaciones de café y perseguían a sus numerosos parientes haciéndoles víctimas de insolaciones, locura y epilepsia, enfermedades éstas sobre las que tienen especial jurisdicción. Estos perversos demonios se habían establecido en todos los rincones de sus extensas tierras, en los bosques, en los ríos y hasta en los establos. Para contrarrestar todo esto, mi amigo cubrió sus tierras de templos piramidales de barro los cuales unguía, limpiaba y adornaba con una imagen de uno de los demonios (bueno, no exactamente una imagen sino una cabeza humana esbozada), y oró humildemente, pidiendo a los demonios que dibujasen sus retratos en cada una de ellas, de manera que él pudiera reconocerlos y adorar a cada uno por separado, como el dueño legítimo de esta o de aquella pirámide particular. ¿Y qué creéis que sucedió?... A la mañana siguiente se encontraron las pirámides cubiertas de dibujos. Cada uno de ellos tenía un parecido increíble con un muerto de la vecindad. Mi amigo personalmente había conocido a la mayor parte de ellos. ¡También encontró en el lote un retrato de su propio padre difunto!...

-Y bien, ¿quedó satisfecho? -pregunté-.

- ¡Oh! quedó muy contento. Esto le permitía escoger con acierto algo apropiado para, satisfacer los gustos personales de cada demonio. No se disgustó por encontrarse con su padre, pues si ya cuando él era niño, por

poco le rompe, las piernas con una palanca para castigarle, allí en la región de los muertos, no podría ser más peligroso. Pero otro retrato que se encontró en la mejor y más bonita pirámide, llenó de asombro a mi amigo y lo puso en un aprieto. Todo el distrito reconoció a un oficial inglés, cierto capitán Pole(1) ¹⁴³, quien en vida fue el mejor caballero que pudiera desearse.

- ¿De veras? ¿Pero queréis decir que esa extraña gente adoró también al capitán Pole?

-¡Por supuesto que sí! El capitán Pole era un hombre tan bueno, un oficial tan honrado, que después de su muerte no podía menos de ser promovido al rango más elevado entre los demonios shanars. Fue el demonio principal del pueblo y cuando yo estuve allí todos le adoraban. El Peykovil consagrado a su memoria, se halla al lado del Peykovil Bhadrakali (la Hécale de los shanars), que fue conferido recientemente a la esposa de cierto misionero alemán, ésta era también una señora muy caritativa y, por tanto, es ahora una mujer-demonio muy peligrosa.

-¿Pero, cuáles son sus ceremonias? Decidnos algo acerca de sus ritos.

-Sus ritos consisten principalmente en bailar, cantar y sacrificar animales. Los shanars no tienen castas ni practican las costumbres sagradas de los hindúes y comen toda clase de carnes. La multitud se reúne en los alrededores de un Peykovil previamente designado por el sacerdote; hay un toque general de tambores y también matanza de aves, cameros y cabras. Cuando le llegó el turno al capitán Pole mataron un buey, como atención respetuosa al gusto particular de su nación. Aquella tarde, el sacerdote se presentó cubierto de brazaletes, llevando en la mano una vara en la que sonaban innumerables campanillas, el cuello adomado con guirnaldas de flores rojas y blancas, y portando un manto negro en el que estaban bordados los demonios más feos que podéis imaginaros. Sonaban los cuernos y los tambores tocaban incesantemente. Y, ¡ah!, se me había olvidado decir que había también una especie de violín del demonio, cuyo secreto es conocido sólo por los sacerdotes shanars. El arco es bastante común, hecho de bambú, y se cuenta que las cuerdas son venas

¹⁴³ Hecho histórico conocido en toda la India. El capitán Pole sigue siendo uno de sus demonios principales.

humanas. Cuando el capitán Pole tomó posesión del cuerpo del sacerdote, éste dio un gran salto, se precipitó sobre el buey y lo mató. Bebió la sangre caliente y luego comenzó su baile, pero ¡qué espectáculo tan horrible era aquel baile! Ya sabéis que no soy supersticioso... ¿No es verdad?

Shamrao nos miró interrogándonos y yo, por mi parte, me alegré de que en aquel momento Miss B. estuviese a un kilómetro de distancia, dormida en el howdah del elefante.

-Daba vueltas y más vueltas como si estuviera poseído por todos los demonios del *Naraka* («infierno»). La multitud hipnotizada gritaba y aullaba cuando el sacerdote comenzó a infligirse profundas heridas en todo el cuerpo con el sangriento cuchillo sacrificial. El verle con sus cabellos flotando el viento y la boca cubierta de espuma, bañado en la sangre del animal sacrificado mezclada con la suya propia, era más de lo que yo podía soporiar. Me sentía como alucinado, y que estaba dando vueltas...

Shamrao se interrumpió bruscamente, mudo de sorpresa. ¡La kangalina estaba ante nosotros!

Su aparición había sido tan inesperada, que todos quedamos suspensos. Atentos a la descripción de Shamrao, no habíamos visto ni cómo ni de dónde había salido. Si hubiese surgido de abajo de la tierra, no nos habría asombrado más. Narayana la miró con fijeza, abriendo desmesuradamente sus grandes y negríssimos *ojos*; el babú chasqueó la lengua lleno de confusión.

Imagináos un esqueleto de dos metros de altura, cubierto de una piel oscura, con la calavera de un niño de unos ocho años pegada a sus huesudos hombros; los *ojos*, tan extremadamente hundidos y al mismo tiempo lanzando endemoniadas miradas de fuego sobre el cuerpo de uno, que el cerebro parece quedar paralizado, los pensamientos embrollados y la sangre helada en las venas... Describo mis impresiones personales y no tengo palabras para hacerlo con exactitud. Mr. W. y el Coronel palidieron bajo su mirada y el primero incluso se convulsionó.

Inútil es decir que no podía durar semejante impresión. Se desvaneció con la rapidez con que había venido, tan pronto como la bruja volvió sus

relampagueantes ojos hacia la multitud arrodillada. Sin embargo, toda nuestra atención quedó fija en aquel ente tan notable.

¿Cuál sería verdaderamente su edad, 300 años? ¿Quién podía saberlo? A juzgar por su apariencia podrían conjeturarse también 1000 años. Contemplábamos una genuina momia viviente o más bien una momia dotada de movimiento. Parecía que había estado arrugándose desde los días de la Creación. Ni el tiempo, ni los males de la vida, ni los elementos podían afectar a esta viva estatua de la muerte. La mano destructora del tiempo la había tocado y después de acabar su obra, se había detenido. Así, apareció ante nuestros ojos la bruja de la «ciudad muerta».

Y todo esto, ¡sin una sola cana! Sus largas guedejas negras brillaban con un lustre verdoso, tiasas como flechas por la manteca de coco, y caían en pesadas masas hasta sus rodillas... Con gran vergüenza mía debo confesar que un repugnante recuerdo me pasó por la imaginación. Pensé en que el pelo y las uñas de los cadáveres y de las mujeres vampiro crecían en las tumbas y traté de examinar las uñas de aquella vieja espantosa y terrible... Mientras tanto, ella permanecía inmóvil, como si se hubiese transformado de repente en un feo ídolo de bronce. En una mano sostenía un plato con un pedazo de alcanfor ardiendo; en la otra, un puñado de arroz, y no apartaba sus ojos flamígeros de la multitud servilmente postrada en el polvo a sus pies. La pálida llama amarilla del alcanfor fluctuaba con el viento y alumbraba su cabeza de muerto, casi tocándole la mejilla; pero ella no se preocupaba por ésto. Su cuello, tan arrugado como una seta y delgado como un palo, estaba rodeado por tres filas de medallones de oro; su cabeza, adornada con una serpiente de oro; su cuerpo grotesco, apenas humano, con todas las costillas marcadas, estaba cubierto por un pedazo de muselina de un amarillo azafranado.

Las muchachitas endemoniadas levantaron sus cabezas de abajo de las hojas lanzando una especie de aullido animal prolongado. Su ejemplo fue seguido por el viejo que yacía extenuado por su frenético baile. La bruja movió la cabeza convulsivamente y comenzó sus invocaciones, levantándose como movida por un muelle.

-¡*Angati enne-angati!*(¹) ¹⁴⁴ ... La diosa.... una de las siete hermanas, comienza a posesionarse de ella... -murmuró Shamrao, sin pensar siquiera en enjugarse las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente- ¡Miradla, miradla!

Vano consejo, pues no mirábamos otra cosa.

En un principio, los movimientos de la bruja eran lentos, desiguales, un tanto convulsivos; luego, gradualmente, se hicieron más regulares, y por último, como si se ajustase a la cadencia de los tambores, inclinando su largo cuerpo hacia adelante y retorciéndose como una anguila, empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor de la hoguera con increíble velocidad. Una hoja seca movida por el huracán no podría volar más velozmente. Sus desnudos y huesudos pies chocaban sin ruido sobre el pavimento de rocas. Las largas guedejas de sus cabellos flotaban en derredor suyo como serpientes vivas, azotando a los espectadores enfermos que, arrodillados, extendían las manos hacia ella. El que era tocado por una de las guedejas de la furia, caía en tierra como anonadado por la dicha, dando a gritos gracias a la diosa y considerándose curado... Pues no se trataba de ningún cabello humano el que había tocado al dichoso elegido, ¡era nada menos, que el de la diosa misma: una de las «siete»!

Más y más velozmente se movían sus decrepitas piernas; las manos jóvenes y vigorosas del tamborilero apenas podían seguir las. Pero ella no pensaba en seguir la medida de su música sino que se precipitaba, volaba hacia adelante... Mirando fijamente con sus pupilas mortuorias algo que para nuestros ojos mortales era invisible, apenas si miraba a los presentes; más tarde, su mirada se hizo de fuego y aquél en quien la fijaba se sentía arder hasta la médula de los huesos. A cada mirada arrojaba algunos granos de arroz. El pequeño puñado parecía inagotable, como si la arrugada palma contuviese el saco sin fondo del príncipe Foriunato. Pero, ¡de repente se detuvo, como herida por el rayo!

¹⁴⁴Literalmente, «está entrando en una persona». La expresión en sí significa que el demonio, espíritu u otra fuerza invisible empieza a actuar en el cuerpo que ha elegido.

La loca carrera en torno a la hoguera había durado doce minutos según nuestros relojes, pero en vano tratamos de ver el menor vestigio de fatiga en la faz cadavérica de la bruja. Se detuvo sólo por un momento, únicamente el tiempo necesario para que aquella diosa que la poseía, pudiese ceder su turno a la siguiente que ya llegaba. Cuando se sintió libre, pasó de un solo salto como un gato montés, por encima de la hoguera y se sumergió en el profundo estanque al lado del pónico para que allí dentro se posesionase de ella la segunda de las diosas hermanas; salió del estanque y quedó esperando: era la misma personificación de la cabeza de Medusa... El muchachito vestido de blanco le presentó otro plato con un nuevo trozo de alcanfor que cogió la bruja, precipitándose de nuevo en su danza veniginosa.

El Coronel estaba sentado con el reloj en la mano. Por segunda vez, la bruja corrió, saltó y voló, exactamente durante catorce minutos. Después de esto se sumergió dos veces en el estanque en honor de la *segunda* hermana, y con cada nueva «posesión» aumentaba el número de sus inmersiones, hasta llegar a seis.

Todavía no habíamos escuchado su voz, sus labios estaban apretados y ella no los abría. Hacía *hora y media* que había comenzado a agitarse y a correr. Durante todo este tiempo la bruja no descansó nada, deteniéndose sólo por seis veces unos segundos para desaparecer debajo del agua. Las «hermanas» no se hicieron esperar, conocían su papel. ¡Claro, eran diosas!

-¡Es un demonio, no puede ser una mujer! -exclamó el Coronel viendo la cabeza de la bruja sumergida por sexta vez-.

¡Que Me cuelguen si lo sé! -refunfuñó Mr. W. tirándose nerviosamente de la barba-. Lo único que sé es que un grano de ese maldito arroz ha entrado en mi garganta y no puedo echarlo afuera.

-¡Silencio, silencio! Por Dios, calláos -imploró Shamrao-. Váis a echarlo todo a perder...

Miré a Narayana y me perdí en conjeturas... Sus facciones, que por lo común parecían tan serenas y tranquilas, estaban alteradas en este momento por una profunda sombra de sufrimiento. Sus labios temblaban. Sus ojos miraban entre sus negras pestañas con el brillo fosforescente de

una bestia salvaje y sus pupilas estaban dilatadas como por una dosis de morfina. Escrutaba por encima de las cabezas de la multitud, como si en su repugnancia tratase de no ver lo que pasaba ante él, y al mismo tiempo no pudiese verlo, absorto en una profunda meditación que lo llevaba lejos de nosotros y de todo lo que allí pasaba.

¿Qué es lo que sucede? -pensé-, pero no tuve tiempo de preguntarle porque la bruja estaba de nuevo en plena carrera, dando caza a su propia sombra. Mas, esta vez se cambió un poco el programa. La carrera de la vieja se transformó en saltos. Algunas veces se doblaba hacia el suelo como una pantera negra y saltaba hacia algún adorador enfermo deteniéndose ante él, le tocaba en la frente con el dedo, y mientras que su adorador se agitaba, ella reía inaudiblemente enseñando los dientes como una hiena. Luego, otra vez, como si retrocediese ante su propia sombra, cazada por ella en algún juego extraño, la bruja nos parecía como la horrible caricatura de Dinorah(1) ¹⁴⁵, bailando su «vals con una sombra». Súbitamente se enderezó todo lo que pudo, se lanzó hacia el pórtico y acurrucada ante el encendido incensario, se dio cabezazos contra los peldaños de granito. Otro salto y se encontró muy cerca de nosotros, ante el esqueleto del monstruoso sivaterio. Se arrodilló de nuevo e inclinó la cabeza varias veces hacia la tierra, haciendo el sonido de un barril vacío al chocar con el duro suelo. Un último salto y apareció sobre la cabeza del sivaterío, de pie entre los cuernos.

Con sensación de terror y asco, que ya no intentábamos retener, nos echamos atrás. Sólo Narayana no se movió y sin temor alguno miró directamente a los ojos de la espantosa hechicera.

Pero, ¿qué era esto? ¿Quién hablaba con aquel tono varonil profundo? Sus labios se movían, de su pecho salían aquellas frases veloces y abruptas, pero la voz sonaba hueca como si viniese de las entrañas de la Tierra.

-¡Silencio, silencio! -murmuró Shamrao temblando- va a profetizar.

¹⁴⁵Personaje de la ópera bufa de Meyerbeer del mismo nombre. (N. del E. inglés)

-Quizás ella o quizás su «tío» -murmuró Mr. W. mostrando sus dientes y riéndose de una fonna que, en ese momento solemne, debía haber parecido diabólica-.

-Desgraciados, desgraciados de vosotros -resonaba la voz-. ¡Desgraciados de vosotros, hijos del impuro *Jaya y Vijaya!*(1) ¹⁴⁶Incrédulos burladores que os reunís en la gran puerta de Siva. ¡Vosotros, malditos por ochenta mil sabios! ¡Desgraciados de vosotros que no creéis en la diosa Kali y que renegáis de sus siete divinas herinanas! ¡Asuras!... ¡Buitres de patas amarillas, comedores insaciables de carne, amigos de los opresores de nuestro país; perros que no se avergüenzan de comer en la misma mesa con los bellatis impuros!...

-Me parece que vuestra profetisa sólo predica el pasado -dijo Mr. W. filosóficamente, metiendo las manos en los bolsillos-. Cualquiera diría que alude a usted, querido Shamrao.

-Sí, y a nosotros también -murmuró el Coronel, que parecía empezar a sentirse inquieto-.

En cuanto al desgraciado Shamrao, rompió en un sudor frío de horror y trató de asegurarnos que estábamos equivocados, que no entendíamos bien su lenguaje.

-No es de vosotros, es de mí de quien habla, porque estoy al servicio del Gobierno. ¡Oh! Es inexorable...

-¡Rakchasas! ¡Asuras! -tronó la voz-. ¿Cómo osáis aparecer ante nosotros? ¿Cómo os atrevéis a estar en este lugar sagrado con *botas* hechas con la piel de la vaca sagrada? Malditos seáis...

Pero su maldición estaba destinada a fracasar. En un instante el hercúleo Narayana cayó sobre el sivaterio y volcó toda la pila, la calavera, los cuernos y la Pitia endemoniada inclusive. Un segundo después nos pareció que salía danzando por los aires con o sin escoba- (Shamrao sabría más de ello) la bruja en dirección al pónico. Un corpulento y afeitado brahmán

¹⁴⁶1 La historia de estos dos *Rakchasas* o «espíritus caídos», se contará más adelante. Es de gran interés.

apareció súbitamente de debajo del sivatario, y desapareció en el acto por una trampilla abierta bajo el monstruo...

Pero había pasado escasamente un segundo cuando todos llegamos a la embarazosa conclusión de que, a juzgar por el ruidoso golpe de la puerta de la cueva al cerrarse y la consiguiente confusión general, la representante de las «siete hermanas» había huido ignominiosamente para siempre. En el momento en que desapareció de nuestra vista inquisitorial a su dominio subterráneo, todos comprendimos que la voz hueca, espectral y de ultratumba que habíamos oído, no tenía nada de sobrenatural, y que pertenecía a un «tío» verdadero...

¡Oh, Narayana! ¡Cuán descuidada, cuán desordenadamente gira el mundo en tomo nuestro!.. Comencé a dudar en serio de su realidad. Desde este momento creeré firmemente que todas las cosas del Universo no son más que ilusiones, un mero Maya. Me estoy convirtiendo en vedantina... ¡Dudo que en todo el Universo pueda verse nada más real y a la vez más ilusorio y fugaz que una «bruja» inda huyendo por la *chimenea!*...

Miss B. se despertó y preguntó qué significaba todo aquel alboroto. Se oía un gran bullicio y el sonido de muchos pasos que se alejaban causados por la retirada general de la multitud, que huía sin mirar atrás como temiendo una persecución...

Nos escuchó con sonrisa condescendiente aireando sus falsos dientes a la luz de las estrellas, y con unos cuantos bostezos, se volvió a dormir.

Al amanecer del día siguiente, dijimos adiós con verdadera pena, hay que confesarlo, a nuestro buen Shamrao. La fácil y concluyente victoria de Narayana pesaba sobre su mente. Su fe en la santa ermitaña y las «siete diosas» estaba vacilante por la vergonzosa capitulación de las hermanas, que se habían rendido al primer golpe de un simple mortal nada crédulo de sus supercherías. Pero, durante las negras horas de la noche había tenido tiempo de pensar sobre ello y de sacudir de sí el embarazoso sentimiento de fracaso y el golpe recibido la noche anterior.

Al despedirse de nosotros, Shamrao parecía aún confuso, y dándonos la mano, nos expresó los mejores deseos de su parie y los de su familia. En

cuanto a los héroes de este fiel relato, volvieron a montar en sus elefantes y dirigieron sus pasos hacia la carretera que conducía a Jabalpur.(1)¹⁴⁷

¹⁴⁷1 Con este capítulo tenninaba la edición española de la Editorial De Pueyo del año 1918, comentada por Mario Roso de Luna, basada en la fragmentaria traducción del ruso al inglés realizada por la nieta de H. P. Blavatsky, Vera Johnston. (N. del E.)

CAPÍTULO XIX

UNA FLOR MARAVILLOSA - SANNYASINES Y AKALIS - SIKHS
Y KUKIS

HYDERABAD Y SUS PASADAS -GLORIAS - LA INDIA
DEGRADADA

LOS ENREDOS DE LOS DERECHOS TERRITORIALES INDOS -
LOS BHILIS

Y SUS ACTIVIDADES - LOS BHATTAS Y SUS ANTIGUAS
CANCIONES

RAIPUTS Y ESCITAS - VISITA A LA CASA DE UN DHANI

Tal como fue planeado desde el principio, la ruta de nuestro peregrinaje filosófico nos conducía a las provincias del Noroeste, provincias con gobiernos despóticos, desconfiados y turbulentos -ese status in statu de la India inglesa, donde el Virrey es conocido pero ignorado, donde sus órdenes son recibidas pero raramente ejecutadas-. Pero de esto ya hablaremos más adelante.

Para regresar a la línea de Jabalpur, que habíamos dejado a pocas millas de Nassik, tuvimos que volver a Akbarpur, viajar por caminos hasta la estación de Sanevad y tomar el tren de la línea Holkar que lleva hasta el gran Ferrocarril Peninsular Indo. Las grandes cavernas de Bagh estaban a sólo veinticuatro kilómetros al este de Mandu y eran un gran atractivo para nosotros. Vacilábamos entre dar un largo rodeo o atravesar de nuevo el do Narmada. Como en muchos otros lugares, nuestro babú tenía chums, o sea, miembros de la misma casta, en las tierras más allá de Khandesh, y así supimos con antelación que en Malwa encontraríamos a otros babús bengalíes, hombres omnipresentes y serviciales, esparcidos por todas las tierras del Indostán, como los judíos en Rusia. Además, nuestro «regimiento» acogió a un nuevo recluta. El día anterior habíamos recibido una caria del svami Dayananda que nos fue entregada por un sannyasin

itinerante y muy piadoso. Parecía ser que el cólera hacía verdaderos estragos en Hardwar, y nuestro colaborador -que todavía no habíamos conocido personalmente- había pospuesto nuestro encuentro hasta finales de mayo, bien en Dehradun, al pie de los Himalayas o en Saharanpur, a unos sesenta y cuatro kilómetros de allí, donde los turistas van atraídos por el fresco encanto de los alrededores.

Junto a la carta, el caminante nos trajo de parte del svami un ramo de las más curiosas flores, totalmente desconocidas, según creo, en Europa. Crecen en exclusividad en cielo lugar de los valles del Himalaya, tienen la maravillosa capacidad de cambiar de color después del mediodía y no se marchitan aunque se sequen. Esta encantadora planta (*Hibiscus mutabilis*) florece entre el amanecer y las diez de la mañana, mientras que durante la noche parece tan solo un botón de apretada hoja verde. Se cubre densamente con flores blancas como la nieve parecidas a grandes rosas blancas que a partir del mediodía se toman cada vez más rojas y a las cuatro se han vuelto carmesí oscuro, como peonías. Son las flores sagradas de los Asuras⁽¹⁾ ¹⁴⁸y del dios Sol, Surya. Esta última deidad se enamoró de una Asura en la Creación del Universo y, desde entonces, susurra constantemente palabras de apasionado amor a la flor que oculta a su amada. El amor de Surya jamás obtiene correspondencia pues la Asura es una virgen y se ha entregado desde los inicios del tiempo al servicio de la Diosa de la Castidad, la patrona de la fraternidad monástica. Traspasada por los fogosos dardos del enamorado Dios, la flor se vuelve roja y parece perder su pristina pureza... Los nativos llaman a esta planta *lajjalu* («la casta»).

Tras levantar nuestras tiendas bajo la sombra de una higuera, pasamos la noche en el valle junto a un arroyo. El sannyasin, camino a Bombay, se había apartado de su ruta a propósito para vernos y cumplir con el deseo del svami. Hasta mucho después de la medianoche estuvo sentado con nosotros, hablándonos de sus viajes y de las maravillas de su tierra natal, -en otros tiempos tan gloriosa- y de los hechos heroicos del «viejo León» del Punjab, Ranjit Singh. Entre estos peregrinos se encuentran extraños y misteriosos caracteres. Algunos de ellos son extremadamente cultos,

¹⁴⁸1 Un tipo de peri o ángel de la mitología hindú; no debe ser confundido con los llamados «demonios», que en la historia mitológica de la India son los primeros enemigos que invadieron el país, quizás los antiguos asirios.

hablan y leen sánserito, parecen seguir la ciencia moderna y los hechos de la política y, sin embargo, permanecen fieles a sus arcaicas concepciones filosóficas. En general, desnudos, a excepción de un trozo de muselina amarilla alrededor de las caderas (y ésto sólo por orden de la policía en las ciudades donde habitan europeos), desde los quince años hasta el último día de su vida caminan de lugar en lugar, muriendo normalmente a edad avanzada; jamás pensando en el mañana y viviendo como los pájaros y las lilas del campo. Nunca aceptan dinero, viven de las ofrendas y se contentan con un puñado de arroz. Todas sus posesiones mundanas consisten en una pequeña calabaza seca para llevar agua, un rosario, una taza de cobre y un bastón para andar. La mayoría de los sannyasines y svamis son sikhs del Punjab y son monoteístas. Desprecian a los idólatras y los evitan, pero éstos usan a menudo sus títulos.

Nuestro amigo era natural de Arnritsar, en el Punjab, y se había educado en el «Templo de Oro» a orillas del *Amrita Saras* («Lago de la Inmortalidad,»). Allí reside el gurú o maestro principal de los sikhs. Éste jamás franquea los límites de su templo, donde pasa sus días dedicado al estudio interminable del *Adi Granth*, el libro sagrado de esta religión extraña y marcial. Los sikhs le consideran tal como los lamas tibetanos consideran a su Dalai Lama. De la misma manera que este último representa para los lamas la encarnación de Buda, así el mahagurú de Arnritsar es considerado por los sikhs como la encarnación de Baba Nanak (1469-1538), el fundador de su religión, aunque este último no fue jamás una divinidad, según sus ideas, sino simplemente un profeta inspirado por el Espíritu del Dios Uno. Nuestro sannyasin no era uno de los peregrinos desnudos mencionados antes sino un *akali* regular, uno de los seiscientos sacerdotes-guerreros dependientes del «Templo de Oro» para el servicio divino y su protección de los ataques de los celosos musulmanes.

Su nombre era Ram Ranjit Das y su aspecto correspondía perfectamente con su título de «Guerrero de Dios», como los akalis se llaman a sí mismos. Su aspecto exterior era muy curioso y típico: se parecía más a un centurión hercúleo de una antigua legión romana que a un humilde servidor del altar, aunque fuera el de los siklis.

Ram Ranjit Das se acercó a nosotros sobre un magnífico caballo y acompañado por otro sikh, evidentemente un sirviente o novicio, pues se mantenía con deferencia a cierta distancia. El primero fue reconocido de

lejos como un akali por nuestros compañeros indos, debido a su atuendo, tan distinto del de otros nativos. Vestía una brillante túnica azul sin mangas, exactamente igual a la de las estatuas de guerreros romanos; anchos brazaletes de acero protegían sus musculosos brazos y sobre la espalda portaba un escudo. Un turbante cónico azul cubría su cabeza y alrededor de la cintura llevaba, no un cinturón, sino vanos anillos de fierro de acero. Los enemigos de los sikhs aseguran que estos anillos sagrados son, en las manos de un experimentado «Guerrero de Dios», a veces más peligrosos que cualquier otra arma.

¿Ignora alguien la historia de los sikhs, la comunidad más guerrera y valiente de todo el Punjab? *Sikh* significa «discípulo». Fundada en el siglo XV por el rico y noble brahmán Nanak, el movimiento se propagó tan de prisa entre los guerreros del Norte, que en 1538 d.C., al morir su fundador, alcanzaba un contingente de cien mil seguidores. En el presente, esta comunidad, fuertemente unida por su fogoso misticismo y sus inclinaciones guerreras, es la principal del Punjab. Se basa en principios de gobierno teocráticos y sus dogmas son por completo desconocidos para los ingleses o los europeos. Sus enseñanzas, ideas y ritos son mantenidos en el mayor de los secretos. Todo lo que se sabe es que los sikhs son estrictamente monoteístas, carecen de castas y las rechazan, comen lo que come un europeo, y *entierran* a sus muertos, cosa que, salvo entre los musulmanes, es una excepción en la India. El segundo volumen del *Adi Granth* enseña «a adorar al Dios Uno, a evitar las supersticiones, a *ayudar a los muertos* (?), a llevar una vida estrictamente recta, y a *vivir por la espada*.» Govind Singh, el hijo del Maharajá, y uno de sus grandes gurús, estableció la costumbre de no afeitarse sus barbas o bigotes y no cortar su largo cabello jamás, a fin de ser por completo diferentes de los musulmanes y de los hindúes.

Después de muchas desesperadas batallas contra hindúes y musulmanes -ambos enemigos suyos- los sikhs salieron victoriosos. Su líder, el célebre Ranjit Singh, habiendo logrado dominar todo el Alto Punjab, cerró un tratado con lord Auckland a principios de siglo, donde su país se reconocía como una nación independiente. Pero después de la muerte del «viejo León», se convirtieron los sikhs en una plebe indisciplinada y rebelde. El maharajá Dalip Singh (su hijo natural de una bailarina pública) demostró ser tan blando, que permitió a sus sikhs que intentasen arrancar el Indostán a los ingleses, quienes habían sido hasta entonces sus aliados fieles, de la

misma forma como antes conquistaron pueblos y fortalezas limítrofes del Afganistán. El intento terminó desastrosamente tanto para los impetuosos sikhs como para el débil Dalip Singh, quien, para escapar de sus soldados y lograr el perdón de los ingleses, se convirtió en cristiano y fue en secreto enviado a Escocia. Su lugar fue ocupado por Gulab Singh(1) ¹⁴⁹. Leal a las promesas y al programa político de Ranjit Singh, no consintió en ser un traidor, y como recompensa recibió de los aterrorizados ingleses el maravilloso Valle de Cachemira; después, los sikhs se convirtieron en súbditos británicos como todos los indos.

Esto no afectó a los *kukis*, una rama del viejo roble roto del sikhismo. Los *kukis* son una sociedad de sikhs, y el elemento más peligroso de la corriente subterránea que odia a los hindúes. Esta sociedad fue formada hace casi treinta años por Balaka Rama, y se organizó cerca de Attock, en el Punjab, en la orilla oriental del río Indo, donde éste mezcla sus aguas con las del Kabul y se hace navegable. Los objetivos de Balaka Rama eran dos: restaurar la religión de los sikhs en su pureza prístina y, al mismo tiempo, organizar un cuerpo político secreto dispuesto a actuar en cualquier eventualidad a la menor orden. Esta fraternidad, que consiste en más de sesenta mil hombres, se une en torno a dos compromisos y juramentos de los más terribles: primero, no revelar jamás sus secretos y, segundo, no negarse jamás a actuar conforme a las órdenes de sus líderes. En Attock son pocos, no más de dos o tres mil hombres, incluyendo a los habitantes de la fortaleza. Nos aseguraron que los *kukis* están esparcidos por toda la India. Su sociedad está tan bien organizada que es absolutamente imposible acusarles de cualquier ilegalidad. Sus líderes son desconocidos.

Durante la tarde, nuestro akali nos regaló -no de parte del svami Dayananda sino de él personalmente- una pequeña botellita de cristal llena de agua sagrada del «Lago de la Inmortalidad». En caso de algún dolor en los ojos o en otra parte, nos aconsejó humedecer la parte dolorida con una sola gota, asegurándonos que era suficiente para curar las peores enfermedades. El agua del frasquito de cristal era inusitadamente limpia y transparente, quizás debido a que las aguas del *talav* («lago») de Arimitsar se renuevan constantemente gracias a muchos afluentes. El «Lago de la

¹⁴⁹ 1 No se debe confundir a este personaje con el compañero de viajes de H.P.B. (N. del E. inglés)

Inmortalidad» es célebre en toda la India por su extraordinaria claridad y transparencia a pesar de que cientos de personas se bañan diariamente en él. Cuando, más tarde, visitamos este maravilloso lago de 120 m², pudimos ver las piedras del fondo como a través del cristal más puro. Amrita Saras es el lugar más maravilloso del norte de la India. El reflejo del «Templo de Oro» en las aguas cristalinas del lago es una escena arrebatadora propia de un cuento de hadas. Únicamente Aivazovsky ha podido captar esta imagen sobre un lienzo.

Todavía nos quedaban siete semanas para viajar de lugar en lugar, y podíamos elegir entre la Presidencia de Bombay, las provincias del Noroeste o el Rajastán. ¿Qué elegir? ¿A dónde ir? Teniendo tantos lugares interesantes ante nosotros, como el famoso animal ante los dos establos, no sabíamos qué decidir. Habíamos oído hablar tanto de los palacios de Hyderabad y Golconda, que transportaban al viajero a las fantásticas escenas de *Las Mil y Una Noches*, que empezamos a considerar seriamente el encaminar a nuestros elefantes hacia el Alto Sind e ir a Hyderabad en el territorio del Nizam.

Deseábamos ver la «Ciudad del León»¹⁵⁰, construida en 1589 por el magnificente Mohamed Kuli Kutb Sha quien, saciado del mundo, incluso llegó a aborrecer Golconda, sus castillos y tesoros legendarios. Hyderabad es famosa por sus edificios que recuerdan su pasada gloria. Según Mir Abu Talib, el Guardián de los Tesoros Reales, Mohamed Kuli Kutb Sha gastó la fabulosa suma de 2 800 000 libras esterlinas en embellecer la ciudad durante los primeros años de su reinado, a pesar de que la construcción en sí no le costó ni un solo *pice*¹⁵¹... pues los obreros trabajaron gratis. Hoy, exceptuando estos recuerdos de grandeza, Hyderabad parece un montón de escombros. Por otro lado, testigos oculares afirman que la «Residencia Británica» es todavía famosa en todo el país, y acertadamente llamada la «Versalles de la India». La historia de

¹⁵⁰ *Haidar* significa «león» en árabe, y Abad, «lugar o asentamiento». Hyderabad era conocida antes como Bhagnar («ciudad feliz»), tomando su nombre de la concubina favorita de Mohamed Kuli Kutb Sha, cuyo nombre era Bhagmati. El nombre de la ciudad se cambió a su muerte.

¹⁵¹ 2 Moneda corriente en la India británica. (N. del E.)

esta residencia es muy curiosa y muestra claramente las costumbres anglo-indas.

En 1788, sin duda, imaginándose a sí mismo como un califa, *anch'io sono pittore*(3) ¹⁵²-y los residentes son verdaderos califas-, el coronel Kirkpatrick, un irlandés, en el tiempo que mantenía esta lucrativa posición en la corte de Nizam, consideró que tenía que construirse una verdadera residencia, por supuesto, a cargo del gobernante de Hyderabad. El edificio se convirtió en una de las maravillas del mundo. Combinó los jardines encantados de Semíramis con el esplendor de los palacios franceses del tiempo de la Regencia. Veintidós peldaños, cada uno hecho de una sola pieza de granito rosa, enormemente anchos y adornados en ambos lados por grandes esfinges, conducían al pórtico; a lo largo de éste se levantaban hasta el primer piso del edificio principal, gigantescas columnas corintias de mármol puro. Estas columnas son veinte centímetros más altas que las de la famosa «Sala de las Mil Columnas» del templo de Chidambaram en la Residencia de Madrás. Los suelos son de mármol blanco y negro. Los escudos de armas de la Compañía de las Indias Orientales y de Inglaterra se encuentran encima de todas las puertas; en algunas de ellas, oro auténtico sustituye al bronce de los leones. Si la escalinata que lleva al pórtico es reconocida con justicia como «la escalinata más bella y esplendorosa de la India», entonces, también la sala de recepciones de la residencia debe ser la envidia de cualquier sala de los palacios reales europeos. Se extiende a lo largo de toda la fachada del palacio, y a ambos lados, como en las famosas catedrales, se encuentran dos hileras de columnas de mármol. Al igual que en el templo de Chidambaram, donde la «Sala de las Mil Columnas» es llamada así posiblemente porque tiene 936 columnas; también la «Sala de las Cien Columnas» de esta residencia se llama de igual manera, aunque solamente tenga 32 en cada hilera, es decir, un total de 64 columnas, un número considerable. Además de las columnas con adornos esculpidos en mármol y bronce, la sala tiene hornacinas donde se han colocado estatuas de Dioses y Diosas hindúes y griegos, obra de los mejores escultores italianos del momento. Todas las cortinas son de terciopelo púrpura con bordados en oro. El mobiliario es todo de marquetería de caoba y tapizado del mismo material de las cortinas. Entre las ventanas hay sesenta espejos, formados por una sola

¹⁵² 3 <También yo soy pintor>; expresión atribuida a Correggio cuando éste vio una pintura de Rafael. (N. del E. inglés)

pieza de cristal de la misma longitud que la altura de la pared, desde el suelo hasta el techo, fijados en marcos costosísimos. Las tres lámparas habían sido encargadas en Francia por una suma fabulosa de dinero, y los hindúes que construyeron este palacio las reverenciaban como si fueran diosas. He aquí las principales características de este palacio digno de un Aladino, ahora utilizado por los residentes, cuyo deber, según la conocida excusa dada por Inglaterra al hacerse con las provincias indas, es mostrarse como protectores de la pisoteada gente y como mediadores entre ella y los poderosos rajás de la India «que no saben gobernar». Mientras tanto, millones de personas mueren periódicamente de *hambre*, al mismo tiempo que, solamente en luz, las fiestas de la residencia británica le cuestan al Gobierno, según *datos oficiales*, mil libras esterlinas cada noche...

¡Oh, Tartufo! ¿No te llamarás Gran Bretaña?...

Estas cosas son, sin embargo, meras niñerías comparadas con el pasado. En el *Handbook for travellers in India* de Eastwick, leemos lo siguiente:

« ... Los visitantes masculinos eran recibidos por el Residente(1) ¹⁵³, y las esposas de éstos por su señora, que las entretenía en la soberbia mansión adosada a la residencia, llamada Rang Mahal. Fue construida por el coronel Kirkpatrick que arrieriormente ocupaba el cargo de ministro inglés en la corte de Nizam. Se casó con una princesa inda y construyó este palacio para ella. Como es habitual en Asia, lo rodeó con altas murallas y en su centro había un gran estanque de mármol lleno de agua, alimentado por varias fuentes y bordeado por estáticos cipreses. Los pabellones, galerías y ter-razas de alrededor, fueron ornamentados en el más rico estilo arquitectónico oriental, con profusión de delicadas rejas, de pinturas y de oros. En los espectáculos orientales, solían ser presentadas jóvenes *nach* (nautches), espléndidamente vestidas; algunas llevaban joyas por un valor de treinta mil libras esterlinas.>(2)¹⁵⁴

¹⁵³ 'Residente: antiguamente, ministro enviado a una corte extranjera sin carácter de embajador. (N. del E.)

¹⁵⁴ 2 íbid. Parte I, pp. 83-84.

La gloria de la Compañía de las Indias Orientales, cuando los residentes eran tan «magnánimos» gracias a los príncipes, ha desaparecido; hoy en día ni los residentes ni los príncipes poseen nada. Como los «alquimistas» de antaño, los ingleses han fundido todo el oro del Indostán con la esperanza de encontrar la piedra filosofal de la política; incluso han conveilido en polvo, quemado y reducido a cenizas a la propia India, el «diamante máspreciado de la corona británica». Tendrán suerle si Afganistán, en vez de ser «añadido» a su gastado diamante de la india, no es reducida a impalpable polvo en su morlero encantado...

Historias sobre las maravillas de Hyderabad atraieron nuestra curiosidad y sentimos prisa para ver por nuestra cuenta este admirable país. Tanto Narayana como el babú habían ido varias veces y el primero tenía parientes allí. Sus relatos y descripciones tenían un atractivo especial para nosotros, porque él estaba familiarizado con todos los rincones de la India Central. Sus elocuentes narraciones mostraban con tristeza el grandioso pasado de la India, grandioso incluso hasta hace un siglo si lo comparamos con su penoso estado actual. ¡Cuán bajo ha caído esta belleza de Oriente, ella, a cuyos pies anhelaban sentarse todos los sabios de Grecia y cuyas riquezas eran la envidia de los poderosos de la Tierra!... Pisoteada, abandonada, todo en la India es ahogado, cede y desaparece, desde el menor resurgimiento nacional, que es sofocado inmediatamente por la envidiosa y desconfiada Inglaterra, hasta la lujuriosa selva virgen... talada ahora en cientos de hectáreas por las hachas de los industrialistas ferroviarios...

Había algo extraordinario y fascinante en las sencillas historias del pobre indo. Como el último canto del cisne, uno podía escuchar en ellas la nota del patriotismo, quebrantado y constreñido pero tan apasionado como lo era el amor por el país de sus gloriosos antepasados, un amor que, bajo el estandarte de Sivaji, les hacía sacrificar, no sólo sus riquezas y sus propias vidas sino incluso sus parientes, mujeres y niños, para la gloria de la patria. En vano se imaginan los ingleses que han elegido un sistema de gobierno muy prudente, basado, por un lado, en la exactitud y en la educación occidentales y, por otro, en su criticada tolerancia y protección de la «idolatría». Merced a esta educación sustituyen con éxito los sentimientos religiosos tradicionales de la india por un ateísmo positivista; mediante la protección al culto idólatra sólo logran adular a las masas ignorantes de las que nada han de temer. Si existiera el menor peligro

desde esos sectores, los desarmados idólatras ya habrían puesto sus manos hace mucho tiempo sobre los odiados *feringhis* y los habrían hundido en el mar. La población rural carece de armas pero la muchedumbre, exasperada, las encontraría en los millares de ídolos de bronce y piedra que anualmente envía Birmingham a la India. El peligro proviene, entonces, de los clanes superiores, cuyo sentimiento más sagrado -amor y devoción al país- es pisoteado por los pies de los ingleses siempre que éstos tienen ocasión. Cuanto mayor es la formación y educación del indo, mayor es la irritación que resulta de la comparación del presente con el pasado.

Veamos uno de los miles de ejemplos. Los indos se enorgullecen especialmente de su antigua civilización, de la gloria del país, en el tiempo en que Europa estaba hundida en la oscuridad de la Edad de Piedra. Según la opinión unánime de viajeros y, en especial, arqueólogos, la construcción más interesante de Hyderabad es el «Char-Minar», un día famoso colegio en la India, construido (en 1591) por el sultán Mohamed Kuli Khan sobre las ruinas de un colegio todavía más antiguo. Está levantado en el cruce de las cuatro calles principales, sobre cuatro arcos, bajo los que pasan libremente los cargados camellos y los elefantes con torreta. Sobre estos arcos se alzan varios pisos del edificio del colegio. En un tiempo, cada piso estaba dedicado a una rama del saber. ¡En fin! Los días en que los indos estudiaban filosofía y astronomía a los pies de sus propios maestros están lejos. El edificio de múltiples pisos ha sido transformado por los ingleses en un almacén. La sala que servía para el estudio de la astronomía y que estaba repleta de instrumentos medievales insólitos, ahora se utiliza como depósito de opio; y la sala de filosofía contiene enormes cajas con licores, ron y los brebajes de la «viuda de Cliquot», prohibidos por el *Corán* y por los *Brahmanas*.

Cuando finalmente nos decidimos a ir a Hyderabad, ciertos comentarios de nuestro guía y compañeros nos horrorizaron e interrumpieron todos nuestros planes. Parecía ser que durante la llamada estación «cálida», en Hyderabad (Bajo Sind) el termómetro se pondría a 36° C. en la sombra y la temperatura del agua del río Indo alcanzaría a la de la sangre. En el Alto Sind, la sequedad excesiva del aire y la aridez del suelo arenoso hacen el clima del país semejante a la deliciosa temperatura de un desierto africano, alcanzando el termómetro unos descomunales 54° C. en la sombra. No es de extrañar que los misioneros fracasasen totalmente en esta región; se entiende que aun la más elocuente «descripción del infierno» á *la Dante*,

no produzca otro efecto que el de «refrescar» a los pobladores que viven perfectamente con semejante clima.

Observando que nada nos impedía visitar las cuevas de Bagh y que era inconcebible marcharnos en ese momento al Sind, recuperamos nuestra ecuanimidad. Entonces, por acuerdo general, decidimos abandonar la idea de cualquier plan predeterminado y viajar a nuestro antojo. Así fue que al día siguiente dejamos atrás nuestros elefantes y poco antes del crepúsculo llegamos en *tongas* a la confluencia del Wagh y del Girna, dos Hos famosos en los anales de la mitología hindú, sobresalientes generalmente por su ausencia, sobre todo en verano. Ante nuestros ojos, como un monstruo agazapado en la orilla opuesta del río, se hallaba una montaña con cuatro agujeros, como sondeando las densas nieblas del ocaso con sus hundidos ojos negros... Ahí estaban las famosas cuevas de Bagh...

Podríamos haber cruzado inmediatamente con la ayuda de un ferry con vistas al atractivo plan de pasar la noche, como aquella otra en Karli, en las cavernas de los antiguos eremitas, pero viendo lo impropio de tal viaje en aquella época, desistimos. Además, tanto nuestros indos como incluso los *tongawallahs*, y también los barqueros, se negaron rotundamente a acompañarnos; los primeros, porque incluso de día era peligroso visitar estas cuevas sin antorcheros y *sikaris* («cazadores») annados yendo delante. Esta parte de los dominios del rajá de Amjhera está infestada de fieras salvajes, en especial tigres que, al igual que los babús bengalíes, se encuentran por doquier en la India. En cuanto a los barqueros, su protesta se fundamentaba en que después de la caída del Sol, ningún hindú se atrevería a acercarse a menos de una milla a las cuevas. Sólo los bellatis, con sus «alocadas nociones geográficas» tomarían al Wagh y al Girna por pequeños ríos ordinarios y no por los divinos consortes, Siva y Parvati. Ésta era la primera razón; la segunda, que los tigres de Bagh no eran unos tigres normales, sino

que son servidores de los sadhus, los sagrados hacedores de milagros que habitan estas cuevas desde hace siglos; a veces los mismos eremitas toman la apariencia de tigres, y ninguno de ellos, ni tampoco los Dioses, los sadhus, los tigres o los hombres-fiera, gustan de ser molestados de noche...

Nada podíamos hacer. Echamos todavía una triste mirada en la dirección de las cuevas, subimos de nuevo a nuestros carruajes antediluvianos y

desaparecimos. El babú y Narayana decidieron que bien podíamos pasar la noche en la casa de cierto chum suyo, en el pueblo de Bagh, a unos kilómetros de allí.

Maravillosa e incomprensible, como tantas otras cosas en la india, así es la distribución geográfica y topográfica de las innúmeras posesiones territoriales en este país. Las consideraciones políticas parecen jugar eternamente al *casse-tête* («rompecabezas»), pues cambian continuamente sus direcciones, aumentan, disminuyen, quitan y ponen. Lo que ayer pertenecía a este o aquel rajá o thakur, hoy está en manos de otro. Por ejemplo, cuando estábamos en Malwa, en el rajanato o estado de Amjhera, fuimos al pequeño pueblecito de Bagh, perteneciente a Malwa e incluido en el rajanato de Amjhera. Malwa (por lo que a título se refiere) es una posesión independiente del Holkar, aunque el rajanato de Amjhera no pertenece a Tukoi Rao Holkar sino al hijo del rajá independiente de Amjhera que fue colgado «por error» por los ingleses en 1857, cuando «olvidaron» devolver el rajanato a sus dueños. El pueblo y las cuevas de Bagh pertenecen, por una peculiar suma de circunstancias, al maharajá Sindhia de Gwalior quien además, no los posee personalmente, pues los ha regalado -9000 rupias de renta incluidos- a un pariente pobre. De todas formas, cierto rajput thakur se los quitó y no los devolvió. Bagh está situada en la carretera de Gujarat a Malwa, en medio del desfiladero de Udaipur que pertenece al maharana de esa ciudad. Bagh mismo está construido sobre un monte boscoso y, al ser una propiedad disputada, no pertenece a nadie en particular. El pequeño fuerte empero, cuyas gruesas murallas atravesamos rápidamente para llegar al bazar en el interior, es propiedad *privada* de cierto *dhani*, el jefe de la tribu *bhilala*, que fue «un gran ladrón» según nuestro babú y, además, era su chum.

-¿Pero por qué nos llevas a un hombre que consideras un ladrón?
-preguntamos con timidez-

-Él es ladrón sólo en un sentido político. Pues, al contrario, es un hombre excelente y el más fiel de los amigos. Sin él, moriríamos. El bazar es suyo, ¿entendéis? -replicó el bengalí-

El chum resultó estar ausente y fuimos recibidos por un pariente que -según creímos entender- era asistente del *dhani* («Jefe»). El jardín fue dispuesto para nosotros y apenas hubimos levantado nuestras tiendas

empezó a llegar gente de todas partes a traemos provisiones. Todos, cuando salían de la tienda, echaban sobre su hombro un ramo de betel y azúcar como ofrenda a los espíritus extranjeros que suponían que nos acompañaban allí donde fuéramos. Nuestros hindúes nos suplicaron no reír de estas cosas, pues sería peligroso en este apariado lugar.

Hubiera sido inútil discutir con esta gente. Estábamos en India Central, el mismísimo nido de todas las supersticiones del país y rodeados por los bhilis. Por toda la cordillera Vindhya, desde Yama al oeste de la «ciudad muerta» y por toda la Rajputana, el país está densamente poblado por esta tribu, la más valiente, ladrona y supersticiosa de todas las tribus semi-salvajes de la India. Será interesante dar a conocer algo acerca de ellos.

Los orientalistas piensan que el término Milla viene de la raíz sánscrita *bil*, que significa «apartarse», «separarse». Por ello, sir J. Malcolm piensa que los bhilis son sectarios que se han separado del credo brahmánico siendo excomulgados por ello. Todo esto puede ser cierto, pero las tradiciones de la tribu cuentan otra historia. Naturalmente, en este caso como en otros, la historia se ha teñido de mitología, y su árbol genealógico sólo puede ser descubierto bajo una espesa jungla de fantasías. El pariente del dhani ausente que pasó la tarde con nosotros, nos contó lo siguiente:

«Los bhilis son los descendientes de uno de los hijos de Mahadeva (el dios Siva) y una hermosa mujer extranjera de ojos azules y blanca piel, a la que encontró el Dios en un bosque, en la otra orilla del do Kalapani (aguas u océano negro). De los varios hijos que nacieron de esta unión, uno, tan bello como licencioso, mató al buey favorito de Mahadeva y fue desterrado *más allá de los mares*, al desierto Jodhpur. Exiliado a su parte más meridional, se casó y tuvo pronto numerosos hijos que cubrieron el país. Se asentaron por toda la cordillera Vindhya, en la frontera occidental de Malwa y Khandesh y después, en las orillas salvajes y cubiertas de bosques de los ríos Maha, Narmada y Tapti. Todos heredaron la belleza de su progenitor, sus ojos azules y rasgos faciales, pero también su disposición al robo y al vicio.»

-Somos ladrones -explicó con indiferencia el familiar del honesto chum del babú- porque así lo decretó el padre de nuestro antepasado, el poderoso Mahadeva Siva. Al enviarle a la redención en el desierto, (el

Dios) le dijo: «Vete, asesino maldito de mi inocente hijo, tu hermano el toro Nardi(1) ¹⁵⁵. Vete y vive la vida de un proscrito y de un bandido, tú pones en peligro a tus hermanos... ¿Cómo nos atreveríamos a desacatar las órdenes de nuestro gran Dios? Nuestros insignificantes actos se realizan conforme a las instrucciones de nuestros dhanis, y como éstos son los descendientes de Nadir Singh, el primer *bhilala* (fruto de la unión del rajput con una mujer *bhil*), esta gente se tiene entre nosotros como los intercesores directos entre nuestro pueblo y Mahadeva Siva...»

La autoridad de estos «inltermediarios» sobre los bhilis es tal que una sola palabra de aquéllos basta para que éstos cometan los peores crímenes. La tribu tenía necesidad de establecer consejos en todos los pueblos, en parie para restringir su poder. Este consejo es llamado *tadvi* y, a veces, consigue controlar el desenfrenado bandidaje de los dhanis. De todos modos, su palabra de honor es sagrada y su hospitalidad no conoce límites.

La historia y los anales de los príncipes rajputs de Jodhpur y Udaipur confirman la leyenda de la emigración de los bhilis desde su desierto originario, aunque nadie sabe cómo llegaron hasta allí. El coronel Tod asegura que los bhilis, junto a los *minas*, *maras* y *goands*, así como las tribus de los bosques del Narmada, son los aborígenes de la India.(1) ¹⁵⁶¿Pero cómo es posible que los bhilis, de complexión tan ligera y a menudo con ojos azules o grises, tengan que ver con los tipos casi africanos de las demás tribus montañosas? El hecho de que todos estos aborígenes se llamen a sí mismos *bhumiputra* y *vanaputra*, es decir, «hijos de la tierra» e «hijos del bosque», mientras que los rajputs, sus primeros

¹⁵⁵Es curioso que el buey Apis, animal sagrado de los egipcios, sea honrado por los zoroastrianos y también por los hindúes. El toro *Nardi*, creado por Siva, es el emblema de la vida en la Naturaleza, el hijo del Padre Creador o su espíritu dador de vida. Ormuz crea al toro y Ahrirnán lo mata. En una de sus obras, Amiano Marcelino menciona que existe un libro que enseña la *edad exacta* del buey Apis y la clave del misterio de la Creación y del cómputo de los ciclos. Los brahmanes también explican la alegoría del toro Nardi, relacionándola con la continuación de la *vida* en nuestro globo.

¹⁵⁶1 *Annals*, etc., vol. 1, p. 526. Ed. de 1984.

conquistadores, se llaman *suryavansa*, y los brahmanes *induputras*, descendientes del Sol y la Luna respectivamente, demuestra muy poco. Personalmente, me parece que, en este caso, su aspecto exterior, que confirma sus tradiciones, es de mucho mayor peso y significado que toda la filología, como lo expresó con suma lógica el doctor Clarke:

«Con una adecuada atención a estos vestigios de antiguas supersticiones, a veces somos capaces de remitir a todo un pueblo a sus ancestros originales con tanta o mayor cerieza que la ofrecida por la observación de su lenguaje. Esto S. debe a que la superstición se graba profundamente en el tronco, mientras el lenguaje es objeto de cambios ... >(1)¹⁵⁷

Todavía, todo lo que sabemos de la historia de este pueblo se limita a la mencionada tradición y a las más antiguas canciones de sus bardos. Estos bardos o bhattas, establecidos en el Rajastán, visitan todos los años a los bhillis para no perder el contacto con las gestas de sus paisanos. Sus canciones son historia, pues los bliattas han existido en estas tribus desde tiempos inmemoriales, cantando sus proezas para las generaciones futuras que es su deber concreto y hereditario. Dicho sea de paso, no existe ni una tribu en la India, por poco que sea su espíritu guerrero, que no tenga sus propios bardos nativos. Las canciones más antiguas de los bardos bhillis mencionan que su origen fue en una tierra «más allá del océano», en otras palabras, en alguna parte de Europa. Algunos orientalistas, en especial el coronel Tod, aspiran a demostrar que los rajputs, conquistadores de los bhillis, son invasores de origen escita y que los bhillis son los aborígenes de la India. Para apoyar esto, presenta características comunes a ambos pueblos, tales como: el culto de las armas, la espada, la lanza, el escudo y el caballo; el culto y sacrificio al Sol (que los escitas, además, no cultivaron jamás, porque su deidad principal era la espada); su pasión por los juegos (todavía mucho mayor entre los chinos y japoneses); la costumbre de beber la sangre de sus enemigos en sus cráneos (como también lo hacen algunos aborígenes de América), etc.

No es éste el lugar para entablar una discusión etiológica erudita, y más, cuando es imposible no darse cuenta de cuán descabellada se torna la argumentación de algunos científicos, tan pronto como tienen que defender alguna de sus ideas preferidas. Basta con recordar cuán oscura y

¹⁵⁷1 *Travels in various Countries, etc.*

enmarañada es la historia de los antiguos escitas para asegurarse de lo infundado de tales deducciones, basadas sólo en los frágiles datos históricos que tenemos de los pueblos corrientemente incluidos bajo el término genérico de escitas. Por supuesto, es innegable que existen muchas cosas en común entre las costumbres de los antiguos escandinavos, los devotos de Odín (cuyas tierras fueron, de hecho, ocupadas por escitas antes del 500 a.C.), y las de los rajputs. Pero esta similitud da, por lo menos, igual derecho a los rajputs a considerarnos a nosotros como «una colonia de suryavansas que marcharon hacia occidente», como a nosotros para sostener que los rajputs son «escitas emigrados a la India».(¹)¹⁵⁸

Los escitas de Herodoto, y los de Ptolomeo y de los autores romanos son dos nacionalidades enteramente diferentes. El primero dio el nombre de Escitia a la extensión de tierra desde la desembocadura del Danubio hasta el Mar de Azov (según Niebuhr) y la desembocadura del río Don (según Rawlinson), mientras la Escitia de Ptolomeo es una región exclusivamente asiática que incluye todo el Norle de Asia entre el río Volga y Serikos (China). Además, esta Escitia estaba dividida por los Himalayas Occidentales -llamados por los historiadores romanos Imaus-, entre Escitia intra Imaum y Escitia extra Imaum. Ante tal incertidumbre, es plausible que los rajputs sean escitas asiáticos y los escitas, rajputs europeos.

Los guerreros rajputs actuales, sin embargo, no se conforman en absoluto con la descripción que Hipócrates da del aspecto de los escitas: «La estructura corporal de estos hombres -nos dice el Padre de la Medicina- es

¹⁵⁸ 1 Según John Pinkerton, nuestro odio a los tártaros no seña ni la mitad de fuerte si no olvidáramos lo estrechamente relacionados que estamos con ellos; que nuestros antepasados vinieron del norle de Asia; y que nuestras costumbres, leyes y formas de vida fueron en un principio, las mismas que las de ellos; en otras palabras, que no somos más que una colonia de tártaros... Cimbrios, celtas y galos, conquistadores del centro y norte de Europa, son nombres diferentes para la misma tribu, cuyo origen es Tartaria. ¿Quiénes fueron los godos, hunos, suecos, vándalos, francos, sino enjambres distintos de la misma colmena? Los anales de Suecia nombran a Kahgar como la patria originaria de los suecos. El parecido entre el idioma sajón y el kipchak-tariático es asombroso; y el céltico, todavía existente en Britania y Gales, es la mayor prueba de que sus habitantes son descendientes del pueblo tártaro.

maciza, tosca y rolliza; sus aniculaciones son flojas y blandas; sus estómagos cuelgan; apenas tienen pelo, y todos se parecen entre sí». ¿Quién, después de haber conocido a los guerreros del Rajastán, esos hombres gigantescos, bien proporcionados, con sus largos cabellos y gruesas barbas, reconocería jamás en ellos a los escitas desciltos por Hipócrates? Además, los escitas, fuesen quienes fuesen, enterraban a sus muertos, algo que los rajputs -según los anales más antiguos- jamás hicieron. Los escitas fueron una nación nómada y son descritos por Faceta como «gente que vive en carros con toldos y se alimenta de la leche de las yeguas». Por el contrario, los rajputs han sido sedentarios desde tiempos inmemoriales, han habitado en ciudades y tienen historia propia desde al menos varios siglos antes de nuestra Era (o sea, desde antes de Herodoto también) y, aunque celebren el *Asvamedha* («ofrenda sacrificial de caballos al Sol»), jamás tocan la «leche de yegua» y desprecian a los mongoles. Herodoto nos cuenta de los escitas que se llamaban a sí mismos *scoloti*; que odiaban tanto a los extranjeros que no permitían que ninguno se estableciese en su territorio, mientras que los rajputs son uno de los pueblos más hospitalarios del mundo... Y por fin, la Historia nos enseña clanamente que los escitas estaban en guerra con Dado (516 a.C.) y que en aquel entonces habitaban en las orillas del Danubio. En la misma época, los rajputs eran conocidos en la India y poseían su propio reino. En cuanto al *Asvamedha*, en el cual Tod basa su prueba principal recordándonos que los escitas también sacrificaban caballos, es un rito mencionado tanto en el *Rig Veda* como en el *Aitareya Brahmana*. De acuerdo con Marlin Haug, el último probablemente ya existía en el 2000-2400 a.C.

Confieso que esta digresión, desde el chum del babú hasta los escitas y rajputs de los tiempos antediluvianos lleva trazas de ser interminable. Pido pues, perdón a los lectores y reanudo el roto hilo de mi narración.

Mientras los sikaris locales fueron a cazar los probables tigres y hombres-fiera de las cuevas bajo el mando de los aguerridos akalis, nuestro bhil obtuvo penniso para que nosotros pudiésemos estar presentes en una ceremonia nupcial que se celebraba en el pueblo. Un brahmán otorgaba en matrimonio a su hija ese mismo día. Estas ceremonias desconocidas fueron tan interesantes para mí que el día pasó como un destello. Cuando volvimos, era demasiado tarde para ir a las cuevas y así, pospusimos la salida hasta el día siguiente. Mientras tanto, describiré las festividades que vimos, con mayor motivo, por cuanto que el cortejo,

noviazgo, casamiento, etc. no han cambiado en la india desde hace, al menos, dos milenios. Éstos se realizan según las prescripciones de las *Leyes de Manú* y *sin* la menor alteración de las antiguas costumbres. En cuanto a las concepciones religiosas, la India se ve cristalizada tal como fue, y quien haya testimoniado una ceremonia nupcial en 1879, la vio tal como se celebraba en la antigua Aryavarta, miles de años antes de nuestra Era.

CAPITULO XX

ACERCA DE LOS MATRIMONIOS DE NIÑOS - COSTUMBRES NUPCIALES

NAUTCHES - EL INFANTICIDIO ERRADICADO POR LOS INGLESES

LARGAS CEREMONIAS DE COMPROMISO Y DE BODA - PRESENCIANDO

UNA BODA - RITOS Y FESTIVIDADES - LA AUTO-INMOLACIÓN DE VIUDAS

DISTORSIÓN DE LAS ESCRITURAS POR LOS BRAHMANES

Algunos días antes de nuestra marcha de Bombay, leímos en el periódico local dos anuncios matrimoniales: uno era la boda de la heredera de un brahmán, el otro, el de una familia de cultores del fuego. El primer anuncio decía:

«La familia de Mimbay Mavalankar, etc., se prepara para un suceso feliz. Este respetado miembro de nuestra comunidad, no como otros brahmanes menos afortunados de *su* casta, ha encontrado un esposo para *su* nieta en una rica familia del Gujarat. La pequeña Rama-Bai ha cumplido *cinco* años, y *su* futuro esposo tiene *siete*. La boda se celebrará dentro de dos meses y promete ser brillante.>

El segundo anuncio se refería a un hecho consumado y aparecía en un periódico parsi que apoya con fuerza a la *reforma* y castiga severamente a sus paisanos «por sus detestables costumbres viejas», en especial, las

bodas infantiles. Acababa de ridiculizar a cierto periódico del Gujarat que había descrito de manera extravagante una ceremonia nupcial en Poona... ¡En esta ocasión, el feliz novio, que acababa de cumplir los *cinco*, «abrazaba cariñosamente a una novia *sonrosada* de dos años y medio, confiada a él por su suegra» ... !

Las respuestas usuales de la pareja casadera eran tan indiferenciables, que el sacerdote (mobed) de los guebros tuvo que dirigir las preguntas de rigor a los padres: «¿Deseas tenerle por tu legítimo esposo, ¡oh! hija de Zaratustra (Zoroastro)?» y «¿Deseas tenerla por tu legítima esposa, ¡oh! hijo de Ormuz?»... «Los preparativos de la boda se llevaron a cabo con éxito -continuaba sarcástico el periódico-; el novio era conducido de la mano fuera de la sala, con toda la apariencia que le daba su *toga virilis* y su alto turbante similar a un pan de azúcar, mientras que la novia, llevada en brazos por la niñera, saludaba a los invitados, no sonriente sino llorando a pleno pulmón, olvidándose de sus pañuelos y demandando únicamente su biberón con insistencia y con frenéticos gritos, ahogada como estaba bajo el peso de los diamantes de la familia ... » Esto acaeció en uno de tantos desposorios parsis «que muestra con la exactitud de un barómetro, el progreso veloz de nuestra nación» -añadió el periódico-.

Nos reímos mucho al leer esto, pues no creíamos que realmente se diesen estas bodas infantiles en la india. Habíamos conocido *parejas de sólo diez años de edad*, pero ignorábamos que pudiese haber novias de *dos años*. En Bagh tuvimos oportunidad de convencernos de la ilimitada inventiva de los brahmanes. No es de extrañar que desde hace mucho tiempo tengan una ley que prohíbe a todos, excepto a los brahmanes oficiantes, estudiar el sánscrito y, en especial, leer los *Vedas*. En la Antigüedad, los *sudras* e incluso los *vaisyas* más elevados, eran ejecutados por semejante sacrilegio. Todo el secreto reside en que los *Vedas* no permiten el matrimonio de mujeres antes de los quince o veinte años y de los hombres hasta incluso los treinta años. Por arreglar todas las cosas de modo que cualquier ceremonia religiosa en primer lugar llenase los bolsillos de los brahmanes, estos parásitos desfiguraron sus antiguas escrituras para su propio provecho y cargaron poco a poco a los hindúes con infinitos ritos, regulaciones, fiestas inexistentes, las más extravagantes y descaradas ceremonias, etc. y con el único fin de no verse culpables de falsa interpretación de los libros sagrados, declararon sacrílego a todo aquel que sin pertenecer a su gremio leyese estos libros.

Entre otras «invenciones criminales» (según la expresión del svami Dayananda), he aquí una de las disposiciones de los libros brahmánicos, diametralmente opuesta a los *Vedas*. En toda la India Central, los *kadva kumbi* celebran la llamada «época de casamientos» de las clases campesinas, a las que pertenecen todos los *zamindares*. Sólo se celebra una vez cada doce años, pero no por ello deja de ser una abundante cosecha para los brahmanes. Todas las madres, tanto las de hijos crecidos (o sea, mayores de diez años), como aquellas que aún llevan a sus bebés en brazos e incluso, aquellas cuyos hijos *aún no han nacido*, deben consultar a la diosa *Umia Mata*, la santa patrona de los recién casados,... por supuesto, mediante sus oráculos, realizados por los brahmanes. Mata es la patrona de las cuatro formas de boda entre los hindúes: «la boda entre adultos, entre adolescentes, entre niños y entre aquellos *in utero*». La última es la más extraña, porque es un juego y depende solamente de la ciega suerte. En vez de los *futuros* frutos, son las madres las que se casan, en otras palabras, las que tienen expectativas.

Numerosos accidentes curiosos ocurren como resultado de estas parodias matrimoniales, pero el instinto nacional de los hindúes no se altera por unos sucesos tan raros. Continúan siendo unos creyentes tranquilos y serenos y muestran, sólo en casos muy excepcionales, un abierto antagonismo hacia las instituciones brahmánicas. Aparentemente, su fe consiste en un viejísimo temor respecto a la infalibilidad del «elegido por los Dioses», sentimiento que inconscientemente inspira burla y admiración. En cuanto al brahmán, como es sabido, jamás permite que la provocación del hado ciego y burlón ataque su dignidad. Si por ejemplo, ambas madres tienen niños, o si los recién nacidos son niñas las dos, ésa es la voluntad de Mata; la Diosa debe haber deseado que, en vez de ser una pareja casada, los dos sean hermanos o hermanas y sus hijos, cuando crezcan, serán herederos reconocidos de los bienes de *ambas* madres. En tal caso, por orden de la Diosa, el brahmán rompe los lazos matrimoniales, recibe dinero por ello, y asunto concluido. Pero si los niños son de sexos diferentes, los lazos matrimoniales no pueden ser rotos por nada ni por nadie, ni aun en los casos de invalidez, enfermedad crónica o idiotez total por parte de cualquiera de los dos niños.

A fin de no tener que volver sobre este asunto, mencionaré algunas de las principales costumbres de la India. A excepción del caso en que el niño es

destinado desde el primer día de su vida a una u otra fraternidad monástica, o dedicado a uno de los Dioses de la Trimurti mientras todavía está en el vientre materno, ningún hindú tiene derecho a permanecer soltero. La religión prescribe el matrimonio para él, con el fin de que pueda tener un hijo cuyo deber será conducir a su difunto padre al *svarga* («paraíso»), mediante los exorcismos y oraciones obligatorios. Incluso la casta de los *brahmacharines* que realizan el voto de castidad, aunque permanecen en el mundo y participan de los asuntos mundanos, siendo los únicos célibes *laicos*, tienen la obligación de adoptar hijos. El resto de los hindúes mantiene el estado de casado hasta la edad de *cuarenta* años, después de la cual tienen derecho a abandonar el mundo con el consentimiento de la esposa y la familia, y de trabajar para la salvación de su alma retirándose a la selva y haciendo vida ascética. Si una familia tiene un hijo minusválido o deficiente, esto no es impedimento para que se case, solamente es necesario encontrarle una esposa también minusválida o deficiente. Si su elección recae sobre una novia de su propia casta, deberá ser minusválida, pero no con la misma deficiencia. O sea, por ejemplo, si el esposo es ciego, la novia deberá ser jorobada o paralítica, o al revés. Pero si el esposo es un disminuido y prefiere una mujer sana y bella, debe realizar una *mésalliance*; en este caso, no puede tomar una esposa de su propia casta, sino que está obligado a descender un peldaño en la jerarquía de castas y buscarla fuera de su propio círculo; éste último no la reconocerá y no recibirá a la desgraciada *parvenue*. Todas las excepciones dependen, además, del *gurú brahmán* de la familia, inspirado por los Dioses. Esto en cuanto a los hombres. ¡Pero qué extraña e increíblemente injusta suerte ha caído sobre las mujeres de la India en todo cuanto concierne a sus condiciones de vida! La vida de una mujer *honesta* y, especialmente, la de una que es piadosa y de firme fe, es una larga serie de fatales desgracias. Cuanto más elevada es su cuna y su condición social, más cruel es su destino. Sólo las *nautches*, las bailarinas consagradas a los Dioses que sirven en los templos (una posición hereditaria), pueden llamarse libres y felices, y viven respetadas por los demás. Son las *vestales* y las *hijas* de las vestales, por extraño que esto pueda sonar. Los valores de los hindúes, especialmente en cuestiones de moralidad, son bastante originales o, en todo caso, «antioccidentales», si se puede expresar de esta manera. Nadie es más estricto respecto al honor y castidad femeninos que este pueblo, pero sus brahmanes han demostrado ser aún más astutos que los sumos sacerdotes y augures romanos. *Rea Silvia*, por ejemplo, fue quemada viva por los antiguos romanos, según la

costumbre de las vestales, porque la madre de Rómulo y Remo había cometido su *faux pas*, aunque *Marte* mismo tuvo parte activa en ello. Numa y Tiberio, como es sabido, tomaron todas las precauciones para asegurar que la castidad de las sacerdotisas no fuera únicamente nominal. Pero las «vestales» de las orillas del Indo y del Ganges piensan de otra manera acerca de este lema que las de las orillas del Tíber. La intimidad entre las nautches y los Dioses (representados por sus vicarios los brahmanes) las limpia de todo pecado de la carne y, al mismo tiempo, las eleva por encima de todo reproche y las hace inmaculadas. Una nautch *no puede ser* «una mujer caída» como otras moriales, a pesar de la hueste de niñas vestales y sus hermanos llamados «músicos divinos» que llenan todas las pagodas. Jamás una matrona romana o casta Lucrecia fue tenida en tanta estima por sus buenas obras como lo es una de las bellas nautches cubier-ta de piedras preciosas. Este respeto a las «favoritas de los Dioses» es especialmente asombroso en los poblados estrictamente nativos de la India Central, donde la gente mantiene intacta su fe ciega en la infalibilidad de los brahmanes.

Sin embargo, la suerte de una mujer *honest*a del Indostán es muy distinta. Toda nautch sabe leer y recibe la más alta educación según los cánones nativos. Todas leen y escriben el sánscrito y estudian la mejor literatura de la antigua India y sus principales filosofías, aunque se especializan en la música, el canto y el baile.

Al lado de las sacerdotisas del templo «nacidas de los Dioses», también existen nautches públicas, bailarinas profesionales que, como las *almeas* egipcias, están a disposición de otros además de estarlo para con los Dioses, y también ellas tienen una básica educación. Las mujeres casadas temen parecerseles y, por ello, no desean aprender lo que se enseña a estas despreciadas criaturas que no se unen con los Dioses. Si una mujer brahmánica es rica, su vida discurrirá en un estupidizante idilio; si es pobre, le irá mucho peor, toda su existencia terrenal se concentra en la rutina y la realización mecánica de ritos. No existe el pasado ni el futuro para ella; únicamente el tedioso y monótono presente regulado por el reloj, establecido así hace siglos. Y esto, sólo si tiene una suerle favorable y no problemas familiares. En cuanto a matrimonios basados en el amor o la libre elección, nada de esto existe. La elección de su marido, limitada a su casta, es a menudo difícil y, en general, muy cara, porque en este país la mujer no es vendida sino que su derecho al matrimonio es comprado. De

acuerdo con ello, el nacimiento de una niña no es una alegría, sino una desgracia, en especial si su familia no es rica. Ella tendrá que ser casada antes de los siete u ocho años, pues una niña de nueve años es considerada «vieja», un descrédito para su familia y un peso miserable para el resto de sus contemporáneos más afortunados.

Si los ingleses han logrado hacer algún bien en la India, es sin duda la supresión, si no la total erradicación, de la horrible costumbre del *infanticidio*. El asesinato de pequeñas niñas fue una práctica universal en ese país, pero especialmente en la India Central, y prevaleció entre las tribus de Jadeja, tan poderosas un día en el Sind y ahora reducidas a un despreciable bandidaje. Es probable que ellos fueran los primeros en introducir esta práctica. Antiguamente, esta costumbre brutal de deshacerse de las hijas por miedo a tener que arreglarles una boda era desconocida entre los arios. La antigua literatura brahmánica demuestra que en los tiempos de los arios de sangre pura, la mujer disfrutaba de los mismos derechos que el hombre. Su voz se escuchaba en los Consejos de Estado, era libre de elegir un marido o de permanecer soltera si así lo deseaba. Muchos nombres de mujeres juegan un papel sobresaliente en las crónicas de la antigua tierra de los arios y han llegado a la posteridad como eminentes poetisas, astrónomas, filósofas e, incluso, sabias y legisladoras. Pero con la invasión de los persas en el siglo VII de nuestra Era y, después, con los fanáticos depredadores musulmanes, todo cambió. La mujer se convirtió en esclava y los brahmanes aprovecharon la oportunidad para encadenarla aún más. La posición de la mujer hindú de las ciudades es, incluso, peor que la de los poblados. Echemos un vistazo a algunos de los interminables ritos y galimatías que se llevan a cabo.

Las ceremonias que preceden al compromiso y a la boda, son excesivamente numerosas y complicadas. Se dividen en tres grupos principales: los ritos *anteriores* a la boda, los ritos *durante* la boda y los ritos *posteriores* a la boda. Sólo el primer grupo se compone de once ritos obligatorios: pedir la boda; comparar los horóscopos; sacrificar una cabra; fijar un día propicio según las estrellas; invitar a los convidados; construir un altar; adquirir los sagrados recipientes para el hogar; sacrificios para los dioses familiares; y, finalmente los presentes recíprocos. Todo esto debe ser acompañado de diversas ceremonias religiosas. Tan pronto como la pequeña niña cumple los cuatro años, el padre y la madre llaman al gurú-brahmán de la familia, le confían su horóscopo previamente

establecido por el astrólogo de su casta (un oficio importante), y lo envían a alguien de quien se sabe que tiene un hijo de la edad apropiada. El padre del pequeño -avisado con antelación toma el horóscopo de la niña y lo coloca ante los Dioses familiares en el santuario, diciendo: «Yo acepto el *panigraha*(1) ¹⁵⁹... ¡Que Rudra, el Más Alto, nos ayude!» El casamentero pregunta entonces: «¿Cuándo se celebrará la unión (*lagna*)?» y se marcha. Algunos días más tarde, el padre del niño entrega los horóscopos de la novia y de su hijo, el novio, al sacerdote de su familia quien los lleva al astrólogo principal. Si éste los encuentra propicios, todo está bien; si no, el asunto es deshecho. Entonces, el padre del novio envía la decisión del astrólogo a los padres de la niña y todo es olvidado. En caso favorable, el padre y el brahmán cierran el trato en el acto. El brahmán ofrece un coco y un puñado de azúcar al padre, después de lo cual es imposible ya alterar el compromiso, pues la *vendetta* hindú resultante afectaría a generaciones enteras. Después de sacrificar a una cabra, la joven pareja cierra el compromiso y el astrólogo fija la fecha de la boda.

Todas estas ceremonias fueron realizadas por la familia de Bagh donde se suponía que veríamos la boda. Estos ritos son especialmente sagrados y es probable que no hubiéramos obtenido permiso para presenciarlos. De todos modos, más tarde los vimos en Benarés, gracias a la intercesión del babú. El sacrificio de la pobre cabra es lo más interesante y lo describiré con detalle.

Un niño varón es enviado a invitar a varias mujeres casadas, «viejas» de entre veinte y veinticinco años, para atender al culto del lar doméstico (la Diosa protectora de la casa) y a los espíritus. Cada familia elige una Diosa doméstica propia, lo cual no crea ningún tipo de problema dado que el panteón de Dioses y Diosas llega a 330 millones. Por la noche, una joven cabra es traída a la casa y todo el mundo duerme a su alrededor. A la mañana siguiente, el recibidor de la planta baja se cubre de estiércol de vaca, el incienso favorito de las Diosas hindúes. Exactamente en el centro de la habitación, se traza un cuadrado con cal en cuyo interior se coloca el elevado altar con la imagen de la Diosa. Entonces, se entra a la cabra y el patriarca de la familia, cogiéndola de los cuernos, le hace saludar a la imagen. Después, las mujeres «viejas» y jóvenes cantan himnos nupciales,

¹⁵⁹ Panigraha es una palabra sánscrita que significa «unión de las manos».

lavan las patas de la cabra, cubren su cabeza con polvos rojos -la víctima está todo el tiempo inclinada-, baten una lámpara de fuego bajo su nariz para espantar a los malos espíritus y, finalmente, retroceden. Cumplidos estos rituales, el patriarca coge un abanico de bambú, coloca un poco de arroz en él y lo pone ante la cabra. Cogiendo una espada, se coloca a la derecha de la cabra y, tan pronto como la víctima guiada por su hambre e instinto gratifica su apetito con el arroz, el anciano cercena su cabeza con un simple movimiento de espada; sujetándola con su mano derecha, baña a la Diosa con la sangre caliente que de ella gotea... Todos cantan entonces en coro, y el compromiso ha terminado.

Las ceremonias con los astrólogos y el intercambio de presentes son excesivamente largos para que nos detengamos en ellos. Baste con mencionar que el astrólogo desempeña el doble papel de adivino y notario. Después de una invocación general a Ganesa (el Dios con trompa de elefante), los contratos matrimoniales se escriben sobre el reverso de los horóscopos; son sellados y reciben el nombre de la constelación propicia para el novio y la novia. La ceremonia termina con una bendición general a todos los asistentes. Ahora pasaré a la ceremonia nupcial que presenciamos en Bagli.

La novia parecía tener diez años, y el novio no más de catorce. Ella, sentada sobre una elevada silla, vestía una falda de terciopelo bordada en oro y estaba cubierta de flores y joyas del mismo metal Precioso. Un enorme anillo de oro macizo, salpicado de pedrería, colgaba de la narícita de la niña, haciéndole bajar la cabeza por el peso mientras miraba de una manera furtiva y cómicamente lastimosa. El novio, un chico robusto de aspecto sano, vestía una chaqueta con brocados y su cabeza se cubría con un sombrero de Indra (turbante que se parece a una pagoda de muchos pisos), montaba un caballo y estaba rodeado por toda una multitud de parientes varones. El altar ya levantado, se había erigido sobre la escalinata de la casa especialmente para la ocasión. Su altura se hallaba prescrita como de tres veces el largo del brazo de la novia desde el hombro hasta la punta de su dedo medio, y se había hecho de ladrillos y cal. Cuarenta y seis vasos de terracota, blanqueados y pintados con franjas rojas, amarillas y verdes (los colores de la Trimurti) se hallaban dispuestos en dos pirámides a los lados del «Dios de los Casamientos» sentado en el altar, y toda una multitud de pequeñas niñas casadas estaban ocupadas en moler jengibre en siete grandes morteros. Cuando hubieron terminado, las

amazonas se abalanzaron sobre el novio, tirándole de su caballo, desnudándole completamente, y frotándole con el jengibre aguado. Tan pronto el Sol le hubo secado, se vistió de nuevo, acompañado de canciones. Mientras algunas chicas le vestían, otras, annadas con hojas de loto convertidas en recipientes, salpicaban con agua su cabeza, una ofrenda a los Dioses acuáticos.

Se nos dijo que toda la noche anterior había sido dedicada en las casas respectivas del novio y de la novia, a la celebración de los ritos culminantes relacionados con ceremonias empezadas semanas antes de la boda: invocación a Ganesa; al Dios de los Casamientos; a los Dioses de los Elementos: Fuego, Agua, Aire y Tierra; a la Diosa de la Viruela y de otras enfermedades; a los espíritus de los ancestros y a los espíritus planetarios; a los espíritus malignos y benignos y a los espíritus familiares... Repentinamente, la música llenó nuestros oídos... ¡Cielos! ¡Qué infemal sinfonía! Los sonidos ensordecedores de tambores tibetanos, flautas singalesas, trompetas chinas, timbales y gongs de todos los lados despertaban en nuestras almas el rechazo a la Humanidad y sus diabólicas invenciones. Observé que *«de tous les bruits du monde celui de la musique est le plus désagréable»*.(1)¹⁶⁰

Afortunadamente, la agonía no duró mucho y fuimos salvados por el más agradable canto coral de los brahmanes y las nautches. La boda fue suntuosa y, por ello, las vestales aparecieron con todas sus galas. Tras un momento de silencio o de murmullo contenido, una de ellas, una chica alta y bonita con ojos tan grandes que casi ocupaban la mitad de su cara, empezó a correr de un invitado a otro en perfecto silencio, frotando sus caras con su mano y dejando en ellas huellas de polvo de sándalo y azafrán. Avanzó hacia nosotros, rnoviéndose también sin ruido sobre la calzada polvorienta con sus desnudos pies adornados con anillos de oro. Antes de damos cuenta, había empolvado nuestras narices -la mía, la del Coronel y la de Miss B.-, lo que hizo estornudar sonoramente a la última, quien **tardó** diez minutos en arreglarse, mientras refunfuñaba entre dientes.

¹⁶⁰1 «De todos los ruidos del mundo el de la música es el más desagradable(N. del E.)

El babú y Mulji ofrecieron un rostro más alegre y una sonrisa de condescendiente generosidad al recibir la pequeña mano llena de azafrán. En cuanto a Narayana, en el momento en que la vestal, con apasionada mirada hacia él, le iba a aplicar de puntillas el *gulal phenkna*(1) ¹⁶¹, frunciendo el ceño se giró, recibiendo su dosis de azafrán en la espalda. La vestal, a su vez, frunció el ceño, pero ocultó su disgusto y solamente le lanzó una mirada inquisitiva, y avanzó hacia Ram Ranjit Das. Pero se encontró con aún peor suerte; ofendido su monoteísmo y su castidad, el «guerrero de Dios» empujó inceremoniosamente a la vestal, de modo que ésta cayó sobre las vasijas del Dios de los Casamientos, que casi volcó. Un murmullo de desagrado recorrió la muchedumbre y pensamos que íbamos a ser expulsados por los pecados del turbulento sikh, cuando de repente los tambores sonaron de nuevo y la procesión prosiguió.

Los trompeteros y percusionistas iban en un carro dorado tirado por bueyes adornados totalmente con flores; les seguían flautistas, y tras ellos, un tercer grupo a caballo que golpeaba los gongs con toda su fuerza. Detrás de éstos venía una procesión de caballos adornados con ricos ameses, plumas y flores, que en dos columnas llevaban a los parientes de la joven pareja. A continuación venía un destacamento de bhilis sin armas, pues los ingleses acababan de privarles de todo armamento, a excepción de arcos y flechas. Parecía que tuvieran dolor de muelas, por el modo en que habían atado sus blancos pagris hasta sus narices. Detrás de ellos caminaban los brahmanes eclesiásticos, con cirios aromáticos en sus manos y rodeados de revoloteadores batallones de vestales reafizando sus glissades y pas todo el camino. Seguían los brahmanes laicos, los «dos veces nacidos». Entonces vino el joven novio sobre un bello caballo a cuyos lados caminaban dos guerreros armados con rabos de *yak* (buey tibetano) para ahuyentar las moscas. Un brahmán desnudo, subido a un burro, que sujetaba sobre la cabeza del chico un gran parasol chino de seda roja, era la retaguardia del grupo del novio. Detrás iba un carro tirado por bueyes, cargado con mil cocos y cien cestas de bambú atadas a una cuerda roja. El Dios encargado de los matrimonios, en melancólico aislamiento, iba sobre la espalda de un elefante conducido por el mahout mediante una cadena adornada de flores. Nuestro humilde grupo avanzaba un poco detrás de la cola del elefante y cerraba la procesión.

¹⁶¹ 'Término indostánico que significa «arrojar gulal», o sea, el característico Polvo que se podría llamar azafrán. (N. del E. inglés)

Los ritos ejecutados a lo largo del trayecto parecían interminables. Extremadamente curiosos eran los solemnes mantrams entonados ante cada árbol y arbusto, cada pagoda y estanque y, del mismo modo, ante algunas vacas sagradas. Cuando regresamos a la casa de la novia eran las cuatro de la tarde, y habíamos salido a las seis de la mañana... Miss B. se durmió debido al cansancio y al calor que nos acompañó durante la mayor parte del viaje; el impetuoso sikh se había retirado a casa hacía tiempo y se había llevado consigo a Mr. W. y a Mulji, a quien el Coronel había apodado <el general silencioso>, en memoria de su taciturno presidente Grant. Nuestro respetado jefe estaba empapado de transpiración e incluso el imperturbable Narayana suspiraba y se daba aire con el abanico. Solamente el babú parecía tan fresco como siempre después de caminar nueve horas con la cabeza descubierta bajo el ardiente Sol de la India; ¡No se veía ni una gota de sudor en su oscuro rostro bronceado, suave como el satén! Mostraba sus blancos dientes y se hacía el juglar, declamando los versos de la *Boda de Diamantes* de Stedman :

La ceremonia nupcial culminante, después de la cual la mujer es alejada para siempre del mundo exterior, acababa de empezar. Mantuvimos nuestros ojos y oídos abiertos y decidimos mirar todo más de cerca. El novio y la novia fueron colocados ante el altar, y con las manos atadas por grandes hojas de hierba *kus-kus*, el brahmán los condujo tres veces alrededor de este altar; seguidamente sus manos fueron desatadas y el sacerdote masculló un mantram. Cuando terminó, el chico levantó a su diminuta novia y en brazos la llevó tres veces alrededor del altar; entonces, los dos caminaron tres veces también, el novio delante de la novia que le seguía como una obediente esposa. Cuando esto hubo pasado, el joven esposo se colocó en una elevada silla cerca de la entrada, mientras la novia cogió un cuenco lleno de agua, se arrodilló ante su futuro dueño, le quitó sus zapatos y después de lavarle los pies, le secó con sus largos cabellos, una costumbre muy antigua, como pudimos observar. A la derecha del novio se hallaba sentada su madre. La novia también se arrodilló ante ella, y después de realizar una operación similar con la madre de su esposo, se retiró a la casa. Entonces, la madre de ella salió de la multitud y repitió la misma ceremonia con su yerno y su madre, aunque sin usar su cabello como toalla. La boda había concluido. Los tambores sonaron una vez más y, medio ensordecidos por ellos, nos dispusimos a marchar.

En la tienda encontramos al akali dando un sermón a Mr. W. y al «general silencioso» sobre la religión de Nanak y sobre todas las ventajas del Sikhismo para salvar el alma, en comparación con la religión de los «adoradores de diablos», como él llamaba a los brahmanes. Nuestro amigo tenía razón. Ni Satán mismo hubiera concebido en sus momentos de ingenio algo más injusto, más sutilmente cruel, que la conjuración contra la mujer de los infernales bellacos «dos veces nacidos». *Una muerte social completa e incondicional* es su destino en caso de viudez, incluso si esto le acaeciese cuando no tuviera más de tres o cinco años e incluso hasta, como habíamos visto, durante el tiempo de compromiso, en cuya ceremonia ella ni siquiera está presente, pues está representada figurativamente en el sacrificio de la cabra. El hombre, en cambio, tiene derecho a tener varias esposas, aunque debe ser dicho en justicia de los hindúes que no tenemos noticia de que tengan *más de una* mujer, con la excepción de los depravados príncipes y maharajás entrenados en borracheras y demás encantos de la civilización occidental por mano de los residentes y sus defensores, los ingleses. En el caso del viudo, el hombre está obligado a tomar una segunda y, si hace falta, una tercera esposa. Para la mujer no existen estas leyes. Para ella, un segundo matrimonio es considerado como una gran e inaudita vergüenza.

Cuando escribo estas líneas, agitadores y oponentes de los brahmanes han iniciado un movimiento reformista en Bombay que contempla el caso del nuevo casamiento de viudas, y esto sacudirá a toda la India oriodoxa hasta su misma raíz. Hace ahora diez años que Mulji Thakur Singh y otros reformistas plantearon esta cuestión, pero sólo dos o tres personas han aprovechado esta oportunidad. La lucha es de vida o muerte, una lucha secreta y silenciosa, pero también apasionada y obstinada. Mientras tanto, esto es lo que les espera a todas las viudas: tan pronto como el cuerpo de su marido ha sido quemado, a partir de ese momento la viuda debe afeitarse su cabeza para el resto de su vida. Tiene prohibido llevar cualquiera de sus adornos; sus pulseras, anillos y cadenas son rotos en pedazos y quemados junto a su pelo y los despojos de su marido. Durante el resto de su vida y desde la cabeza a los pies, debe llevar ropa *blanca* si es menor de veinticinco años cuando enviuda, y ropa roja si es mayor. Los templos, las ceremonias religiosas y la sociedad le son vedados para siempre. No tiene derecho a hablar con ninguno de sus parientes ni a comer con ellos. Duerme, come y trabaja separada, y su contacto es considerado impuro durante siete años. Si un hombre que sale a hacer negocios por la mañana

se encuentra en primer lugar con una viuda, vuelve a casa y aplaza sus negocios hasta otro día, pues esto es el peor de los presagios. Denunciada su falsa interpretación de los *Vedas*, con la criminal intención de quemar viudas para hacerse con sus riquezas, los brahmanes, incapaces de continuar con esta cruel costumbre, han revivido el antiguo precepto, que raramente se ponía en práctica y sólo en caso de viudas *ricas* que rechazaban la última oportunidad para ser quemadas, y lo aplican indiscriminadamente a todas las viudas. Impotentes ante la ley británica, se vengan en las inocentes e infelices mujeres.

La historia del descubrimiento de las falsificaciones del texto de los *Vedas* y del fraude de los brahmanes por el profesor Wilson, es muy curiosa. Durante muchos siglos quemaron a las desdichadas viudas, apelando para su justificación a cierto *himno* del *Rig Veda* y afirmando una correcta aplicación de lo instituido por Manú, el intérprete de su revelación. Cuando por primera vez el Gobierno británico declaró su intención de suprimir la quema de viudas, todo el país desde Cabo Comorin a los Himalayas se levantó en protesta, empujados por los brahmanes. «Los ingleses prometieron mantener su política de no interferencia en nuestros asuntos religiosos y deben mantener su palabra» -fue el grito general-. Jamás estuvo la India tan cerca de la revolución, como en aquellos días. Los ingleses, testigos de la injusticia, no hicieron nada. Pero Wilson, el mejor sanscritista del momento, no vio perdida la batalla. Buscó los manuscritos más antiguos, hasta que al fin se convenció de que el precepto en cuestión no existía en ninguna parte de los *Vedas*, pero que en las *Leyes de Manú*, el intérprete infalible de la «revelación», parecía estar afirmado claramente, incluso según las exactas traducciones de Colebrooke y otros orientalistas. El asunto se estaba haciendo molesto. Tratar de probar que la interpretación de Manú era errónea hubiera sido, en ojos del fanatismo popular, como intentar reducir el agua a polvo. Así fue cómo Wilson se puso a estudiar a *Manú*, comparando el texto védico con el del legislador. Y éste fue el resultado de su investigación: el *Rig Veda* ordena a los brahmanes colocar a la viuda junto al difunto *antes* de encender la pira y, después de realizar ciertos ritos, *bajarla de la pira funeraria y cantarle* fuertemente el siguiente verso del *Rig Veda* (X, 18, 8):

«Levántate mujer, ven al mundo de los vivos, no duermas junto al muerto. Ven; has conocido la maternidad por tu esposo que antes te cogía la mano.»

Posteriormente, las mujeres presentes en la quema frotaban sus ojos con colirio y el brahmán les decía el siguiente verso (*Rig Veda*, X, 18, 7):

«Que estas mujeres, no siendo viudas, que tienen buenos esposos, y son madres, entren con ungüentos y manteca clara; sin lágrimas, sin pena, suban primero, suban al lecho.»

Y, precisamente, las últimas palabras fueron distorsionadas por los brahmanes de la forma más sutil y artera. El original de esta palabra es: *arohantu janayo yonimagre*, que significa literalmente: «que las madres entren primero en el lecho del altar» (*yonim agre*, «en el altar»). Cambiando una letra de la última palabra *agre* («altar»), sustituyéndola por *agneh* («fuego»), los brahmanes lograron durante siglos el derecho de enviar a las infelices viudas de Malabar al *yonim agneh*, el «lecho de fuego».

Los *Vedas* no solamente no permitieron jamás la quema de viudas, sino que además existe un pasaje de *Taittiriya Aranyaka* (VI, 10, 2) del *Yajur Veda* donde el joven hermano del difunto, o su discípulo, o incluso un buen amigo, cuando no existen otros familiares, dirigen a la viuda las siguientes palabras:

«¡ Levántate, oh mujer! No yazcas más al lado del cuerpo sin vida; vuelve al mundo de los vivos, lejos del esposo muerto, y hazte la esposa del que te sujeta la mano y que desea ser tu esposo.»

Este verso demuestra que durante el periodo védico existía un *segundo* matrimonio para las viudas; y, lo que es más, en algunos pasajes de los manuscritos antiguos, que svami Dayananda nos señalaba, encontramos instrucciones para la viuda «de recoger y guardar los huesos y cenizas del esposo durante varios meses después de su muerte y de realizar con ellos ciertos ritos finales ... »

Sin embargo, a pesar de la completa elucidación y el escándalo producido por el descubrimiento del profesor Wilson y del hecho de que los

brahmanes tuvieran que ceder ante la doble autoridad de los *Vedas* y de *Manú*, la costumbre centenaria demostró ser tan fuerte que algunas mujeres hindúes super-piadosas todavía se dejan quemar cuando pueden. Hace tan solo dos años, al morir Yung Bahadur, primer ministro de Nepal, sus cuatro esposas insistieron en ser quemadas. Nepal no está bajo el régimen británico y el Gobierno anglo-indo no tenía ningún derecho a intervenir.

CAPÍTULO XXI

LAS CUEVAS DE BAGH - PRUEBAS DE SU ANTIGÜEDAD -
OPINIONES

DE LOS ERUDITOS - EL CORONEL ENCUENTRA CELDAS
SECRETAS

INVESTIGANDO LAS CELDAS - APARICIÓN SÚBITA DEL
THAKUR

ÉL SALVA LA SITUACIÓN - HARDWAR Y SU FERIA - EL
GANGES Y

SUS MENDICANTES QUERELLOSOS - TRADICIONES ACERCA
DE LOS

HARI-KULAS - DISCUSIÓN SOBRE EL MESMERISMO -
MEDITACIONES

ACERCA DEL THAKUR - PINTURA DE UN PAISAJE
INEXISTENTE

A las cuatro de la mañana estábamos cruzando los ríos Wagh y Gima, o más bien, *comme couleur locale*, Siva y Parvati. Es probable que estos «dioses», siguiendo el ejemplo de parejas normales, se pelearan, ya que la travesía fue en efecto terriblemente tempestuosa y nuestro ferry, al quedar atrapado por algo que había en el fondo del río, casi nos volcó hacia el frío abrazo de Mahadeva y su media naranja refunfuñante.

Como todos los templos excavados en la roca de la india -por los ascetas, para poner a prueba la paciencia humana, supongo-, las cuevas de Bagh se encuentran en la cúspide de una peña casi vertical. Puesto que tal inaccesibilidad no impide a los tigres comunes, ni mucho menos a los hombres -lobo, subir a las cuevas y hacer su refugio allí, se podría pensar que este tipo de arquitectura tenía el único propósito de tentar a débiles mortales a caer en el pecado de la irritabilidad. Setenta y dos escalones excavados en la roca con profundos huecos, cubiertos de musgo y de espinosos hierbajos, fueron testigos de los innumerables millones de pies de peregrinos que a lo largo de dos mil años los forjaron: así es el principal acceso a las cuevas de Bagh. Si añadimos al encanto de nuestra subida una cierta cantidad de arroyos que se filtraban a través de los escalones de piedra, nadie se sorprenderá de que aquella mañana nos sintiéramos bastante desmayados bajo el peso de la vida y de nuestras dificultades arqueológicas. El babú, que se había quitado sus zapatillas y saltaba tan ligeramente sobre las espinas como si tuviese pezuñas en vez de plantas de pie humanas, se rió de los «débiles europeos», con lo que nos exasperó aún más.

Sin embargo, cuando alcanzamos la cima de la montaña y dejamos de quejarnos, nos dimos cuenta en seguida que íbamos a ser recompensados sobremanera por nuestra fatiga. Nada más subir a una pequeña terraza, por encima de la cual sobresalía una roca negra, vimos una serie de oscuras cuevas a través de una abertura rectangular de casi dos metros de ancho. Quedamos anonadados ante la sombría majestuosidad de este largo y abandonado templo. Sin demorarnos en mirar más de cerca el techo sobre la terraza -que evidentemente en algún tiempo sirvió de barandilla o el pórtico con los fragmentos de lo que fueron las columnas, pareciéndose a enormes dientes negros que se levantaban por encima de nosotros, y sin paramos a examinar las dos habitaciones a ambos lados de esta barandilla, una con una estatua de nariz chata y color oscuro, la otra con una imagen de Ganesa, mandamos encender las antorchas y entramos en la primera sala... Había humedad como en una tumba. Después de pronunciar las primeras palabras, todos bajamos las voces a un casi inaudible susurro. Un prolongado eco cavernoso que se iba apagando lentamente nos hizo estremecer a todos y nos causó una sensación incómoda. «¡Devi! ¡Devi!» -exclamaron los portadores de las antorchas con voces sumisas y guturales y al instante se echaron cabeza abajo a tierra-. A pesar de las enfadadas protestas de Narayana y especialmente del «Guerrero de Dios»,

comenzaron a realizar ahí mismo una *puja*(1) ¹⁶²en honor a la voz de la invisible Diosa moradora de las cuevas. La única luz que llegaba al templo venía de la entrada e hizo que, por el contraste, las dos terceras partes de la sala parecieran estar sumergidas en una oscuridad aún más grande. Esta sala o templo central, es muy amplia, 24,5 m. por 24 m. y casi 5 m. de alto. Veintiocho columnas macizas forman un rectángulo, de las que hay seis en cada lado y cuatro en los ángulos; cuatro columnas adicionales sostienen el centro del lecho que, a diferencia del de Karli y Elefanta, es de roca densamente estratificada, pues de lo contrario no podría soportar el peso excesivo de la montaña a lo largo de toda esta gran distancia. Las bases de las columnas se componen de un zócalo y dos toros semicirculares. Las cuatro columnas del medio tienen fustes redondos con estrías espiraladas que se estrechan hacia el capitel, cambiando de piezas de dieciséis alistas a piezas de ocho y de piezas de ocho a otras de cuatro debajo de los capiteles, esta composición les da un aspecto muy original y elegante. Otras columnas, como las dos delanteras y las del fondo, son cuadradas hasta una tercera parte de su altura, luego cambian a octogonales y doce aristas, después son circulares con estrías espiraladas; luego suben con formas de veinticuatro y doce alistas hasta convertirse en cuadrados, terminando bajo el arquitrabe con una elaborada ornamentación que recuerda la del estilo corintio. Mr. W., un reconocido arquitecto y un experimentado artista, nos aseguró que nunca había visto nada más singular que estas columnas. Ni siquiera podía imaginarse qué tipo de instrumentos utilizaron los constructores nativos para producir estos resultados en la dura roca. Como todos los demás templos excavados en la roca de la India, cuya historia está perdida en la oscuridad de lo desconocido, también éstos son atribuidos por el orientalista sir W. Erskine a los budistas, aún cuando la tradición hace suponer que sus constructores fueron los míticos hermanos Pandavas.

Sin mencionar que la paleografía inda contradice esta conclusión en base a las antiguas inscripciones recientemente descubiertas, hay otras muchas razones para dudar de la corrección de las opiniones expresadas sobre este tema por la mayoría de los orientalistas ingleses. Ahora vamos a mencionar sólo una de ellas. Supongamos que las pruebas alegadas por los brahmanes sean falsas, y que los budistas -como Stevenson y otros quieren demostrar- ejercieron su religión, construyeron viharas y gozaron de los

¹⁶² 1 Ceremonia religiosa.

mismos derechos que otros cultos religiosos en la India a principios del siglo vi de nuestra Era. Por otro lado, sin embargo, los mismos miembros de la Sociedad Asiática decidieron hace mucho tiempo que la religión del Buda, cuya reforma se dirigió precisamente *contra el culto a las imágenes*, no se había tergiversado «antes del siglo v». Previamente, como ya se demostró, no hubo ninguna imagen hindú en templos puramente budistas, ni podía haber ninguna. Entonces podemos preguntarnos cómo es posible que exista tanta riqueza de imágenes hindúes en los templos excavados en la roca de Karli, Nasik y Kanheri talladas por el escultor *simultáneamente* con los muros del edificio.

Según la opinión unánime de los arqueólogos, Karli fue construida entre los siglos tercero y primero antes de la Era Cristiana (probablemente no más tarde del año 95 a.C. y las cuevas de Nasik en el siglo primero o segundo de nuestra Era. Casi todas estas imágenes están talladas en las paredes rocosas y son parte integrante de los templos. ¿Se hubiera atrevido un budista en los siglos anteriores y posteriores al inicio de nuestra Era a representar imágenes tan contrarias al espíritu de las enseñanzas del Buda? Las inscripciones encontradas en Nasik, según lo que nos dicen los arqueólogos, prueban por ejemplo, que el famoso monarca de Andhra, Gautamiputra, después de vencer al rey de Ceilán y haber expulsado a los escitas, griegos y persas, fundó un hospital para los enfermos e inválidos, una escuela de ballestería, un colegio para el estudio del Budismo y otro para el Hinduísmo, dando de esta manera un interesante ejemplo de amor a la Humanidad por parte de un gobernador tolerante y liberal. Esta inscripción demuestra también que los budistas vivían en relaciones *amigables* con los hindúes antes de ser expulsados de la India y gozaban de los mismos derechos que ellos, y que después de haber aceptado gradualmente la visión política de los hindúes, volvieron a sus antiguas creencias, simplemente añadiendo el Buda a sus Dioses, etc.

-Pero esto no ocurrió antes del siglo V, nos informan ustedes.

-Sí, no antes.

-¿Pero los templos excavados en la roca, llenos de arriba abajo de imágenes hindúes, fueron construidos, según su propia estimación, entre el siglo III a.C. y el II d.C.?

-Ciertamente, estamos todos de acuerdo en esto.

-¿Cómo pues *reconcilian* ustedes, la contradicción entre los dos *hechos*?

-Simplemente no emprendemos esta labor -nos dicen-; nosotros, las autoridades, determinamos y establecemos sin recurso y dejamos a otros el justificar las aparentes contradicciones...

¡*Cum grano salis*,(1) ¹⁶³en efecto! Nos conceden el derecho de dar explicaciones a ellos y a nosotros mismos, pero si la definición se aparta, aunque sea muy ligeramente, de sus infalibles conclusiones, el que hace este comentario es tachado inmediatamente de ignorante, y su crítica se declara ante el mundo como un insulto a la ciencia. *Et cest ainsi quon écrit Mistoire*,(2) ¹⁶⁴especialmente en la India. Es probable que la misma suerte espere a estas humildes observaciones. Algunos arqueólogos rusos se levantarán en contra de la opinión sostenida por nosotros (es decir, la opinión de ar, queólogos nativos, ya que es diametralmente opuesta a la de Fergusson y otros grandes oráculos europeos en lo que a las construcciones ciclópeas de los tiempos arcaicos se refiere.

Para demostrar de una vez para siempre el valor de las **opiniones de** este faro entre los arquitectos británicos, voy a **alegar otro ejemplo** más. Este gran arquitecto, pero muy mediocre arqueólogo, proclamó al principio de su carrera científica, y sigue haciéndolo todavía hoy, que «todos los templos excavados en la roca de Kanheri fueron construidos, *absolutamente todos*, entre los siglos V y X» Este era su veredicto. Pero inesperadamente el Dr. James Bird encontró, durante sus excavaciones en estas cuevas, sobre un monumento erigido por los budistas en uno de sus templos conocidos como *tope*, una placa de bronce que llevaba una inscripción. No se podía alegar el argumento de que la inscripción era un poco borrosa, ya que decía en sánscrito, muy claramente, que este *tope* fue construido en homenaje al *viejo* templo, a principios del año 245 (de acuerdo con la Era astronómica hindú). Según Prinsep y el Dr. Stevenson, esta fecha coincide con el año 189 de la Era Cristiana y de esta forma

¹⁶³Expresión latina que se traduce como «con un grano de sal», «con cuidado». (N. del E.)

¹⁶⁴ 2 y es así como se escribe la Historia. (N. del E.)

resuelve el problema irrevocablemente, por lo menos el del año en que se hizo la ofrenda, aunque no el de la fecha del edificio en sí, que por lo tanto fue en el tiempo en que la cueva ya se consideraba un *viejo templo*, como dice la inscripción. Pero Fergusson contesta sin reparo a esto diciendo que *para él*, las antiguas inscripciones *no prueban absolutamente nada* en cuestiones de cronología, ya que podrían *mentir*, y que él –Fergusson– basa sus puntos de vista y sus conclusiones sobre la antigüedad de las ruinas, *no en inscripciones*, sino en cánones y reglas arquitectónicas descubiertos por él mismo.»

Actualmente hay una disputa entre Fergusson y un Doctor en Derecho, el célebre babú Rajendra Lala Mitra de Calcuta, que es reconocido en Londres como erudito arqueólogo y anticuario indo. Rajendra Lala señala que los «cártones» establecidos por el reputado arquitecto inglés desde las profundidades de su conocimiento especulativo no pueden ser aplicados a templos tan antiguos, muchas veces de un estilo arquitectónico *desconocido*, como son los templos excavados en la roca» de la India. Por lo tanto, incluso mi propia palabra, que solamente refleja poco conocimiento, tiene derecho a exigir que el dicho *vox et praeterea nihil*(1)¹⁶⁵ se aplique a la palabra de ciertas «autoridades». Y ahora, alentada por esta relativamente fácil derrota de los oponentes, puedo decir, por mi propia autoridad, que la teoría que sostiene que los budistas, al parecer, volvían al culto a las imágenes de Dioses y que por ello los templos son budistas, contradice la historia tanto de los budistas como de los hindúes. Los últimos comenzaron a perseguir y expulsar de la India a los primeros precisamente porque se *oponían al culto a las imágenes*. Como ya hemos demostrado antes, aquellos que abandonaron la reforma de las puras –aunque quizás a primera vista ateístas– enseñanzas de Sidarta Gautama, se quedaron en la India; paulatinamente se mezclaron con los jainas y más tarde se fundieron por completo con ellos. Y por supuesto, no fueron aquellos disidentes del siglo V los que construyeron los templos doscientos o trescientos años antes de Cristo. No fueron los budistas los que se convirtieron en hindúes sino más bien los últimos los que siguieron al Buda por cientos de miles. En este caso, ¿por qué no suponer más bien que, si entre cientos de Dioses hindúes encontramos algunas veces la figura del Buda en el mismo templo, éste en vez de ser un templo budista sea un templo hindú' donde los constructores –medio convertidos al

¹⁶⁵1 Del latín, < la palabra apenas es nada». (N. del E.)

Budismo- añadieron una estatua del Buda(1) ¹⁶⁶-simplemente otro Dios más- en lugar de imaginar lo contrario, que resulta bastante ilógico?

Además, aunque examinamos más de una vez casi todos los principales viharas de la india llamados budistas, nunca encontramos estatua alguna del Buda que no hubiese podido ser añadida en una época más tardía, ya sea un año o mil años después de la construcción del templo. Al no fiamos plenamente de nuestras propias conclusiones, llevamos con nosotros a Mr. W., un conocido y experimentado arquitecto, y encontramos en todas partes, en cualquiera de los templos que visitamos, que las imágenes hindúes formaban un conjunto armónico con el edificio mismo, mientras que las estatuas del Buda estaban prácticamente en todos los casos como *añadidas a él*, como por ejemplo en los templos de Kanheri de *Chaitya Griha*. De entre treinta o cuarenta cuevas que hay en Ellora, todas llenas de estatuas, sólo hay un templo, el de los *Trilokas* o «Tres Mundos», que contiene en lugar de Dioses, estatuas del Buda o de Ananda, su discípulo favorito. En este caso hay una clara inferencia de que éste es un vihara budista. Sería interesante conocer la opinión del profesor Minayeff sobre estas grutas, después de su viaje a la India.

Enfrente de la entrada, una puerta conduce a otra sala oblonga que tiene dos columnas hexagonales y homacinas a los lados que contienen en buen estado de conservación estatuas de Diosas de 3 m. y Dioses de 2,7 m. de altura. Detrás hay una entrada que conduce a un cuarto con un altar, que es un hexágono regular cuyos lados tienen una longitud de 90 cm. y que está protegido por una cúpula cortada en la roca. Nadie jamás ha tenido derecho a entrar allí, ni lo tiene ahora, excepto aquellos que están iniciados en los misterios del *adytum*. Está rodeado de las celdas de los antiguos sacerdotes, de las que hay aproximadamente veinte. Después de examinar el altar, estuvimos a punto de seguir nuestro camino, cuando el Coronel, tomando una antorcha de las manos de uno de los sirvientes, se fue con otros dos a mirar dentro de los cuartos laterales. Algunos minutos más tarde oímos su voz que nos llamó con fuerza desde la celda. Había encontrado un pasadizo secreto y estaba gritando:

¹⁶⁶1 Todas las figuras de Gautama el Buda contrastan claramente con las otras representaciones por su gesto invariable: su mano derecha está levantada con la palma hacia fuera, lo que representa al Buda bendiciendo a la gente.

-¡Avancemos por aquí!... ¡Tenemos que descubrir a dónde conduce esto!

-¡Quizás al escondrijo de uno de los hombres-lobo!... ¡Atención, Coronel, cuidado con los tigres! -exclamó el babú-.

Pero una vez puesto en marcha para «descubrimientos», era imposible parar a nuestro Presidente, por lo que correspondimos a su llamada.

Había hecho en realidad un descubrimiento y cuando entramos en la celda vimos un cuadro absolutamente inesperado... Contra la pared, enfrente de la entrada, había dos portadores de antorchas inmóviles como si se hubiesen transfonriado en cariátides de piedra, y de la misma pared a una altura del suelo de aproximadamente un metro y medio, salían dos piernas vestidas con pantalones blancos. Parecía no haber ningún cuerpo junto a ellas, porque había desaparecido. Si no hubiese sido por el hecho de que las piernas estaban moviéndose, podríamos haber pensado que el malvado «devi» de la cueva había cortado al Coronel en dos partes y, habiendo hecho evaporarse instantáneamente la parte superior, había pegado la parte inferior a la pared como muestra de su poder.

-¡Dónde ha entrado, señor Presidente? -fue nuestro grito unánime-.

En lugar de una respuesta, las piernas se movieron más que nunca y finalmente desaparecieron en la pared; después oímos su voz como si llegara a través de un largo tubo:

- ¡Un cuarto... una celda secreta!... ¡Suban todos!... ¡Hay toda una fila de cuartos!... ¡Aquí va mi antorcha!... ¡Traigan algunas cerillas y otra antorcha!...

Esto, sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Los portadores de antorchas se negaron rotundamente a subir por allí y estuvieron a punto de salir corriendo de pánico. Miss B. miró con asco la pared cubierta de hollín y luego su vestido. Mr. W. se sentó sobre una piedra que había caído de una columna decidiendo no dar ningún paso más, y esperamos

fumando un cigarro en compañía de los tímidos poriadores de las antorchas. Había vanos escalones veicales que habían sido cortados en la pared en una fecha más tardía a la construcción de la cueva misma, y en el suelo yacía una gran piedra conada irregularmente y cuya forma correspondía al agujero de la pared. El babú explicó en su lenguaje pintoresco que éste era el «tapón» del pasadizo secreto. Al examinarla muy cuidadosamente, llegamos a la conclusión de que los constructores habían intentado hacerla similar a, o incluso indistinguible de la irregularidad de la pared rudamente cortada. También encontramos una especie de barra que se usaba probablemente para girar la piedra cuando hacía falta abrir la entrada.

El primero en subir hasta el agujero, que tenía alrededor de noventa centímetros de alto y no más de sesenta de ancho, fue nuestro musculoso «Guerrero de Dios». Como el agujero le llegó hasta aproximadamente la mitad de su pecho cuando estaba encima del trozo roto de la columna, nuestro Yeruslan Lazarevich(1) ¹⁶⁷del Punjab no tenía especial dificultad para subir. Fue seguido por el babú, que saltó con la agilidad de un mono y, llevando consigo una antorcha, iluminó el cuarto entero. Luego, con la ayuda del *akali* que tiró de mí desde arriba, y Narayana que empujó desde abajo, pude lograr pasar segura por el agujero, aunque me quedé por un momento atrapada en él y me arañé las manos al rozar con la pared. Por penosas que puedan ser las exploraciones arqueológicas para personas de mi peso, estaba segura de que en compañía de dos tipos hercúleos como Ram Ranjit Das y Narayana podría ir tranquilamente hasta la cumbre del Himalaya. La última en subir fue Miss B., que estaba a punto de tragarse un montón de piedrecitas y polvo que caían en su siempre abierta boca, y después de ella, Mulji. En cuanto a Mr. W., se quedó atrás, prefiriendo esta vez la limpieza de sus blancos pantalones a la inspección de los sagrados lugares de antigüedad inmemorable.

La celda secreta resultó ser un cuario de 3,6 m². Justo encima del agujero del Suelo, en la pared de enfrente y bajo el techo, había otra abertura similar a la antes descrita, aunque esta vez no encontramos ningún «tapón». El recinto estaba completamente vacío a excepción de

¹⁶⁷1 Héroe de un antiguo cuento ruso del siglo XVII, conocido por su destreza y fuerza. Se le relaciona con Rustern, el héroe legendario de la epopeya persa *Sha Naman* de Firdusi. (N. del E. inglés)

arañas negras tan grandes como cangrejos. Nuestra aparición, y especialmente la luz que probablemente les deslumbró, produjo un pánico general entre ellas; corrían en cientos por las paredes, colgaban en el aire y luego caían sobre nuestras cabezas. El impulso de Miss B. era matarlas, pero esta vez los cuatro indios protestaron todos enérgicamente contra tal intención. La «lady» inglesa se enojó y reaccionó:

-Pensé que usted era un reformador -observó con aire burlón, dirigiéndose a Mulji- pero es igual de supersticioso que cualquier idólatra.

-Por encima de todo soy hindú -replicó el «silencioso general»-. Los hindúes consideran un pecado ante la Naturaleza y ante su propia conciencia el quitar la vida a cualquier criatura que instintivamente huya de la fuerza del hombre, aunque se trate de un animal peligroso, y mucho más cuando es tan inofensiva como la araña.

-¡Probablemente tiene miedo a tener que transmigrar en una araña negra! -replicó ella enfadada-.

-Difícilmente, pero si fuese necesario, preferiría transmigrar en una araña negra que en un inglés -contestó Mulji con agudeza-.

Nos reímos todos excepto la patriótica solterona. Esta vez estaba realmente enojada, y con el pretexto de tener vértigos, bajó a través del agujero. Nos estábamos cansando de ella y así nadie insistió en que se quedara.

En cuanto a nosotros, subimos a través del segundo agujero bajo la dirección de Narayana. Él había estado antes aquí y sobre esto nos contó una historia muy curiosa. Nos aseguró muy seriamente que estas habitaciones, una por encima de la otra, continuaban hasta la misma cima de la montaña. Luego daban un giro repentino y gradualmente descendían hasta un inmenso espacio subterráneo: un verdadero palacio excavado en la roca que estaba habitado temporalmente por los rajá yoguis. Cuando querían dejar el mundo por un tiempo y pasar algunos días aislados, los rajá yoguis venían a este lugar subterráneo. Nuestro Presidente miró de reojo a Narayana a través de sus gafas, pero no dijo nada. Los indios no le contradijeron.

La segunda celda era exactamente como la primera y tenía un agujero similar. A través de éste llegamos a la tercera y nos sentamos para descansar un momento. Aquí noté que la respiración se estaba haciendo pesada para mí, pero decidí que estaba simplemente sin aliento y cansada, así que no lo mencioné a mis compañeros y emprendimos la subida a la cuarta celda. El pasaje hacia ella estaba obstruido, en dos terceras partes, por tierra y piedrecitas y necesitamos unos veinte minutos para limpiarlo antes de poder trepar por él. Como Narayana nos había contado, las celdas estaban una más alta que la otra, y el suelo de la superior estaba al nivel del techo de la inferior. La cuarta celda estaba en ruinas, pero dos columnas rotas formaban escalones a la entrada de la quinta celda y parecían ofrecer poca dificultad. Aquí, sin embargo, el Coronel paró a Narayana, que ya había empezado a subir, y declaró que había llegado el momento para celebrar un consejo o «fumar la pipa de la paz», como dicen los indios pieles rojas.

-Si Narayana nos dice la verdad -observó- nuestra subida cada vez más hacia arriba, de una abertura a la siguiente, puede continuar hasta mañana por la mañana.

-Les he dicho la verdad -dijo Narayana casi solemnemente-. Pero desde mi anterior visita aquí, he oído que algunos de los pasajes están ahora obstruidos, como es el caso de la siguiente celda.

-Bueno, entonces no sirve para nada intentar avanzar más. Pero, ¿quién ha obstaculizado los pasajes? ¿O se han desmoronado por el tiempo?

-No... Han sido taponados a propósito. Ellos...

-¿Quiénes son *ellos*? ¿O quiere decir los hombres-lobo?

-¡Coronel! -dijo el hindú con cierta dificultad, y a la luz de las antorchas que estaban debilitándose paulatinamente, pudimos ver que sus labios temblaban y que su rostro se tomaba pálido-. Coronel, hablo en serio, no estoy bromeando.

-Yo tampoco estoy bromeando. ¿Pero quiénes son *ellos*?

-Los *Hermanos*... Los *raid yoguis*. Algunos de ellos viven cerca de aquí...

El Coronel tosió, arregló sus gafas, permaneció un momento en silencio, y finalmente dijo con un notable disgusto en su voz:

-Mire, mi querido Narayana, no creo que tenga la intención de desconcertarnos... ¿Pero realmente quiere hacemos creer, o usted mismo lo cree, que alguien en este mundo, aunque sea incluso un asceta intentando buscar la salvación en las selvas, podría vivir en un lugar que hasta los tigres no frecuentan, y donde ni siquiera hay murciélagos debido a la falta de aire? Mire sólo nuestras antorchas... ¡Otro par de habitaciones como ésta... y nos ahogaremos!

Sin duda alguna nuestras antorchas estaban a punto de apagarse, y yo tenía cada vez más dificultad en respirar. Los hombres estaban respirando con fatiga, y el *akali* resoplado fuerte.

-A pesar de ello digo toda la verdad; Ellos viven más arriba, yo mismo estuve allí.

El Coronel se volvió pensativo y estaba de pie cerca de la abertura, obviamente indeciso.

-¡Volvamos! -exclamó de pronto el *akali*- mi nariz está sangrando.

En ese mismo momento me pasó algo totalmente inesperado y muy extraño. De repente me sentí muy mareada y, más que deslizarme, caí medio inconciente sobre el fragmento de la columna, justo delante de la abertura de la quinta celda. Un momento más tarde sentí una deliciosa y maravillosa sensación de descanso indescriptible, a pesar del sordo dolor que estaba golpeando en mis sienes. Me di cuenta vagamente que esto no era una mera amenaza de desmayo sino que en efecto, había perdido el conocimiento, y que moriría en pocos momentos si no era sacada al aire libre. Y sin embargo, a pesar de que no podía mover ni un dedo ni emitir un solo sonido, no había ninguna sensación de agonía, ni una pizca de miedo en mi alma sino simplemente un apático pero indescriptible sentimiento agradable de descanso, una completa tranquilidad de todos los sentidos excepto del oído. Por un momento debí perder por completo la conciencia y recuerdo cómo instantes antes había escuchado claramente un

silencio morial a mi alrededor. «¿Es esto la muerte?» -fue el pensamiento que pasó como una nebulosa por mi mente-. Después tuve una sensación como si poderosas alas estuvieran abanicándome desde arriba. «Bondadosas alas, bondadosas, acariciadoras, amables alas» -eran las palabras que se repetían en mi cerebro que golpeaban como los movimientos regulares de un péndulo y, sin que hubiese razón para ello, por dentro me estaba riendo de estas palabras-. Luego empecé a deslizarme de la columna y sabía, más que *sentía*, que me estaba cayendo, cayendo... hacia una especie de abismo, en medio de estruendos retumbantes de lejanos truenos. De repente sonó una fuerte voz cerca de mí; más bien la sentí que la escuché con mis oídos... Había algo tangible en ella, algo que instantáneamente paró mi irremediable bajada e impidió que siguiese cayendo. Era una voz que conocía desde hacía mucho tiempo, una voz que me sonó ahora muy familiar, pero en este momento no tenía ninguna fuerza para reconocer a quién pertenecía. En medio del trueno, esta voz sonó como enfadada, desde una larga distancia, como si viniese del cielo mismo, y exclamó en hindí:

-¿*Tumare yum aneka kya karn tha?* («¿Qué estaba haciendo para aparecer de este modo?») -y todo fue de nuevo silencio-.

Cómo me sacaron a través de cinco estrechos agujeros, será siempre un misterio para mí... Recobré el sentido en la terraza, donde el viento soplaba por todos lados, tan de repente como antes me había desplomado en el viciado aire de la celda de arriba. Cuando me restablecí completamente, lo primero que vi fue una figura alta y fuerte, vestida de blanco de pies a cabeza, con una barba de rajput negra azabache que estaba inclinada sobre mí. Tan pronto como reconocí al poseedor de la barba, no pude evitar expresar mi sentimiento de verdadera alegría exclamando:

-¿De dónde ha venido usted?

Era nuestro amigo el Thakur Gulab Lal Singh, quien, habiéndonos prometido reunirse con nosotros en las provincias del Noroeste, de pronto se nos apareció en Bagh, como si hubiese caído del cielo o surgido del suelo.

Realmente, uno podría haber mostrado curiosidad y haberse preguntado cómo era posible que se hallara entre nosotros, de dónde venía, etc., en especial porque yo no era la única sor-prendida por su presencia. Pero mi desafortunado desmayo y la deplorable situación del resto de los exploradores de lugares subterráneos, eran suficiente para desanimar unas preguntas inmediatas. A uno de mis lados, Miss B. utilizó forzosamente mi nariz como tapón de su botella de sales de amoníaco; al otro lado estaba el «Guerrero de Dios» cubierto de sangre como si en realidad hubiese luchado contra los afganos; más allá, Mulji con un terrible dolor de cabeza. Sólo el Coronel y Narayana escaparon con apenas un ligero aturdimiento. En cuanto al babú, ningún gas de anhídrido carbónico, según parecía, podía acabar con él, como tampoco los crueles rayos del Sol que matarían a otros en el acto; ambos de una manera u otra rebotaban en su invulnerable piel bengalí. Tenía simplemente hambre... Al cabo de bastante tiempo, después de una serie de confusas exclamaciones, interrupciones y explicaciones, fui capaz de enterarme de lo siguiente:

En el momento en que Narayana -el primero en darse cuenta de que me había desmayado- corrió hacia mí y me arrastró de nuevo hacia el pasaje, la voz del Thakur resonó de repente desde la celda superior y les sorprendió. Antes de que ellos se hubiesen recuperado de su asombro, Gulab Singh había saltado desde el pasaje superior con una linterna en la mano y, dando otro salto a través de la siguiente aberiura, les gritó que le pasaran la bai (<hermana,,)(').¹⁶⁸

Este «pasar» de un objeto tan pesado como mi voluminoso cuer-po y el conjunto de los acontecimientos tal como se representaban en mi imaginación, me hicieron reír de todo corazón. Miss B., sin embargo, consideró como su sagrado deber el sentirse herida por ello, aunque nadie le prestó atención. Pasada su carga medio muera de mano en mano, se apresuraron a unirse con el Thakur, pero este último, según lo que contaron después, era capaz de actuar sin su ayuda, a pesar de la dificultad que presentaba este peso. Mientras que ellos lograban pasar por un pasaje, Gulab Singh ya estaba en el siguiente; cuando descendían a una celda, llegaban justo a tiempo para ver su ondeante sadra blanco desaparecer en el pasaje que llevaba a la próxima.

¹⁶⁸Todos nuestros amigos aquí, tanto hindúes como budistas, nos llaman «hermanos» y «hermanas».

El Coronel, que es meticuloso hasta el punto de ser pedante en todas sus observaciones, no podía imaginarse cómo el Thakur logró pasar mi cuerpo, casi sin vida, tan hábilmente desde un extremo hasta el otro por todas estas estrechas aberturas.

-No puede haberla echado a través del pasaje antes de pasar él mismo, porque si no se habrían roto sus huesos -dijo pensativo-. Y es aún menos probable imaginarse que, descendiendo él primero, la arrastrara detrás de él. ¡increíble!...

Esta idea acosó al Coronel por mucho tiempo hasta que se convirtió en algo así como el rompecabezas de «qué fue antes, el huevo o la gallina». En cuanto al Thakur, simplemente se encogió de hombros cuando le preguntaron detalles y contestó que no se acordaba. Dijo que sencillamente me sacó fuera de las celdas lo más rápido que pudo y que lo hizo de la mejor manera posible, que todos los demás le estaban siguiendo y que por lo tanto seguro que debían haberle visto, y que en estos momentos en los que cada segundo cuenta «uno no piensa, sino que actúa», y otras cosas así.

Sin embargo, todas estas consideraciones, y la dificultad de explicar el método de mi retirada, eran cuestiones que surgieron cuando hubo tiempo de pensar sobre lo que había ocurrido. En cuanto al momento concreto, nadie era capaz de comprender cómo apareció Gulab Lal Singh en este preciso instante y de dónde vino. Cuando todos llegaron abajo, me vieron tendida en el suelo de la terraza. El Thakur estaba dando órdenes a dos sirvientes que habían llegado a caballo desde los alrededores de la montaña, mientras que Miss B., en una actitud de «graciosa desesperación», con la boca desmesuradamente abierta, miró con ojos desorbitados a Gulab Lal Singh, a quien quizás tomó muy seriamente por un «espíritu materializado».

No obstante, la explicación que nos dio nuestro amigo parecía a primera vista muy simple y natural. Él estaba en Hardwar cuando el svami Dayananda nos envió una caria que aplazó por cierto tiempo nuestro encuentro con él. Al llegar desde Jabalpur en Khandwa, en un tren de los Ferrocarriles de Indaor, visitó al holkar por negocios y, cuando supo que estábamos aquí, decidió reunirse con nosotros antes de lo que había

previsto. Cuando llegó a Bagh la noche anterior, era ya relativamente tarde y no quiso molestarnos. Al enterarse de que íbamos a marchar a las cuevas por la mañana, se fue bastante pronto hacia allí para encontrarse con nosotros. Y esto fue todo el misterio...

-¿Todo el misterio? -exclamó el Coronel-. ¿Sabía de antemano que íbamos a subir hasta las celdas, y así se fue allí para esperarnos?

Narayana estaba respirando con dificultad y miró con ojos casi locos al Thakur. Pero éste ni siquiera pestañeó.

-No, no lo sabía. Pero mientras les estaba esperando, me subí a ver las celdas que no había visto desde hacía tiempo. Pasé más tiempo allí de lo que había pensado y así no me encontré con ustedes...

-Lo más probable es que el Thakur sahib haya disfrutado del aire fresco de las celdas -sugirió el babú con travesura, sonriendo y mostrando sus blancos dientes-.

Nuestro Presidente se golpeó la frente y se puso de pie de un salto.

-¡Exacto! ¿Y cómo pudo haberlo aguantado tanto tiempo? ¿Cómo llegó a la quinta celda, cuando el pasaje a la cuarta estaba prácticamente cerrado y nosotros tuvimos que desescombrarlo?

-Hay otros pasajes que conducen a ella. Yo llegué por un pasaje interior que conozco desde hace mucho tiempo -replicó con calma Gulab Singh, fumando su gargari-. No todos siguen el mismo camino -añadió lentamente y de un modo algo extraño, mirando con fijeza a Narayana, que casi se encogió bajo su ardiente mirada-. Pero vayamos y tomemos algo en la siguiente cueva donde todo debe estar listo para nosotros. El aire fresco les vendrá bien a todos ustedes...

Cuando abandonamos la cueva principal encontramos otra parecida, medio metro al sur de la terraza, a donde se podía llegar por un pequeño saliente de la roca. Nuestro Thakur no nos dejó entrar en este vihara, temiendo que pudiéramos marcarnos después de nuestra desafortunada experiencia en las celdas. Bajamos por los escalones de piedra que conducían al río, por los que habíamos subido antes y, volviendo hacia el

Sur, dimos la vuelta alrededor de la montaña, a unos sesenta metros desde la escalera y, desde allí, bajamos al «comedor», como lo llamó el babú. En mi papel de «interesante inválida» fui llevada por la escarpada senda en mi silla plegable que había traído de América y que nunca me dejó en mis viajes, hasta que me encontré a salvo en el pórtico de la tercera cueva.

Este templo tenía el mismo tamaño que el primero pero, a pesar de considerables señales de decaimiento, era menos lóbrego. Grandes trozos de algunas finas pinturas de acuarela se conservaban todavía en el techo. Las paredes, las columnas caídas, el techo, e incluso las habitaciones interiores, que estaban más o menos alumbradas por medio de agujeros en la roca, estaban en su día cubiertas de estuco coloreado, cuyo secreto ahora sólo conocen los madrasis, y que da a las paredes un aspecto de puro mármol. Cuando entramos, vimos allí a los cuatro guardaespaldas del Thakur que recordábamos de nuestra última estancia en Karli y que se inclinaron en el polvo para saludarnos. Las alfombras estaban extendidas y la comida preparada. Toda señal de agotamiento se había desvanecido y nos sentamos a comer con el mejor de los ánimos. Nuestra conversación volvió, naturalmente, al tema del *mela* de Hardwar, que se mencionó con frecuencia el año pasado incluso en publicaciones rusas, y que es desde donde llegó de forma tan repentina nuestro aparecido amigo. La información que trajo Gulab Lal Singh resultó ser muy interesante, ya que él había dejado esta gigantesca feria religiosa hacía tan solo cinco días; yo apunté de inmediato todos los detalles tal como él los contaba.

Dentro de algunas semanas nosotros mismos íbamos a visitar Hardwar.

El recuerdo de este maravilloso lugar (Hardwar) evoca en mi mente la imagen del primitivo paraíso terrenal. Puedo escribir sobre él como testigo ocular.

Cada décimo segundo año, llamado *kumbha* por los hindúes, cuando el planeta Júpiter entra en el signo de Acuario, se anuncia un día especialmente favorable que los principales astrólogos han propuesto a la «pagoda» para que sea elegido como día de la apertura de la feria. Aquí se reúnen los teólogos de todos los cultos y los peregrinos de toda la India, desde príncipes y maharajás hasta el último faquir. Los primeros acuden para las discusiones religiosas, en las que cada representante y orador intenta demostrar la superioridad de su propia religión o filosofía, mientras

que los últimos vienen simplemente para sumergirse en las aguas del Ganges, en su misma fuente; para este acto, los astros también determinan una hora propicia. Al hablar del Ganges deberíamos corregir un error. El nombre del más sagrado río de la India ha sido mutilado por los geógrafos europeos. Esta circunstancia muestra nuevamente cuán poco han entendido nuestros eruditos el carácter de la religión y las tradiciones hindúes, prácticamente hasta la última década. Los conquistadores del país -anglo-indos poco instruidos- incluso hoy, no se interesan por nada de esta índole y consideran que prestar la más mínima atención a los «negros» es algo ofensivo y no respetable.

Este río tendría que ser llamado *Gangesa o Ganga*, como lo llaman los nativos, pero no *Ganges*, que es una forma masculina. «*Ganga*» es sagrada a los ojos de los hindúes porque es la más grande de todas las deidades nutridoras del país y una hija del viejo Himavat (Himalaya), de cuyo corazón ella nace para salvar a los hombres. Es por ello que ha sido deificada. » Y la ciudad de Hardwar, construida en la fuente del río, es considerada por los nativos como igualmente sagrada.

Hardwar se escribe en sánscrito *Hari-dvara*, lo que significa la puerta del dios solar Krisna, y también es muchas veces llamada Gangadvara, la pueria de Ganga; incluso es conocida bajo el nombre de Kapila, en memoria del asceta Kapila que vivió bastante tiempo allí buscando la salvación e inspiró muchas tradiciones milagrosas. La ciudad está situada en un hermoso valle lleno de flores al pie de la ladera meridional de la cordillera de Sivalik, entre las cadenas montañosas que casi se tocan. En este valle, que se encuentra a 308 m. por encima del nivel del mar, la naturaleza septentrional de los Himalayas rivaliza con la vegetación tropical del valle, y en su esfuerzo por superarse mutuamente ha creado uno de los rincones más encantadores de la India. La ciudad misma es una colección de antiguas torres semejantes a las de los castillos, de una arquitectura increíblemente fantástica, de viharas, de pequeñas fortalezas de madera alegremente pintadas como juguetes, de pagodas con aspilleras y pequeños balcones colgantes tallados; todo ello está cubierto de tal abundancia de áloes, rosas, dalias y llamativos cactus en flor, que a primera vista apenas se puede distinguir una pueria de una ventana. Los basamentos de granito de muchas casas se encuentran en el mismo lecho del río y durante cuatro meses al año están sumergidos bajo el agua. Detrás de este puñado de construcciones dispersas, más hacia la falda de la

montaña, se apiñan imponentes templos, blancos como la nieve. Algunos de ellos son bajos, con gruesos muros laterales y cúpulas doradas; otros se elevan en majestuosas torres con varios pisos; otros tienen techos puntiagudos, que se parecen más a las agujas de los campanarios que a cúpulas.

Extraña y fantástica es la arquitectura de estos templos, y nada parecido se puede ver en ninguna otra parte. Parecen haber caído por casualidad desde las blancas cumbres de las heladas moradas pertenecientes a los espíritus de la montaña -de los que las tradiciones himaláyicas están repletas- y allí, al abrigo de la madre montaña, miran furivamente sobre las cabezas de la pequeña ciudad de abajo, a las frías y cristalinas aguas del Ganga. Aquí el río no está contaminado por la suciedad y los pecados de su millón de devotos. Después de haberlas retenido por un momento en su helado abrazo, la pura doncella de las montañas lleva sus claras olas, transparentes como cristal, a través de las ardientes llanuras del Indostán, y tan solo 556 km. más abajo, cerca de Kanpur, sus aguas se vuelven fangosas y oscuras, hasta transformarse en una especie de picante sopa de guisantes, al llegar a Benarés.

En cierta ocasión, cuando hablamos con un brahmán de esta ciudad e intentó convencernos de que los indos eran la nación más limpia del mundo, le preguntamos:

-¿Cómo se puede explicar entonces que en las llanuras, donde la gente no se lava en absoluto o muy poco, las aguas del Ganga sean claras y transparentes, mientras que en Benarés, especialmente hacia la tarde, el río lleva barro líquido en lugar de agua?

-¡Oh, saabs, saabs! -contestó el anciano con tristeza-. No es la suciedad de los cuerpos de sus devotos adoradores, como piensan ustedes, ni siquiera es la negrura de sus pecados lo que la Diosa (devi) lava y se lleva. Es -susurró, bajando la voz y mirando alrededor- nuestro sufrimiento escondido durante siglos, el ardiente dolor de humillaciones y persecuciones, y ante todo, la sensación de desesperación y la vergonzosa impotencia ante los usurpadores de nuestro país natal lo que ensucia nuestras aguas sagradas... Estos sentimientos, que brotan diariamente de millones de corazones indos y que los colma hasta rebosar, hace tiempo que han cambiado las aguas y las han transformado en negra bilis. ¡Las

han envenenado!... ¿Cómo la Diosa no va a compadecerse de nosoiros?... Claro que se ha vuelto negra, pero es a causa de la tristeza por sus hijos. ¿Lo comprende?...

Sí, en verdad, podríamos muy bien estar de acuerdo con el pobre brahmán; «nuestro país natal está inundándose con el gran dolor de su pueblo», pero este dolor, por mucho que podamos simpatizar con él, parece desvanecerse en la fuente del Ganga. Murmurando tranquilamente a los juncos y contándoles las maravillas que ha visto en su recorrido desde las protegidas cumbres del Himalaya hasta el delta en el Golfo de Bengala, el Ganga pasa por Hardwar, con sus ondas aguamarinas puras e inmaculadas...

No es sorprendente que los hindúes vean en este bello río la más grande y pura de sus Diosas, especialmente en *Hari-dvara*, un lugar consagrado al dios Krisna. Aparte del «mela» que se celebra ahí una vez cada doce años, una vez al año, los peregrinos vienen en multitudes, durante todo un mes al *Harikapaira* («escalera de Visnú»). Quien logra entrar primero al agua, en el día, la hora y el minuto señalados, no sólo lavará todos sus pecados sino que curará también todas las dolencias del cuerpo. El ansia por ser el primero cuesta muchas vidas, debido a que se trata de una escalera mal construida y estrecha. En 1819, la Compañía de las Indias orientales, apiadándose de los peregrinos, ordenó quitar esa antigua reliquia; y construyó una nueva escalera, con sesenta escalones y una anchura de treinta metros.(1)¹⁶⁹

¹⁶⁹ 1 Cuán querida debe ser la desaparecida «Compañía» para el corazón de un hindú, a pesar de Warren Hastings y otros explotadores. En comparación con la administración actual, puede verse lo siguiente: la Compañía de las Indias Orientales dio grandes subvenciones a los principales templos brahmánicos y, coriejando a los hindúes de varias maneras, intentó congraciarse con ellos. La administración imperial, por contra, no sólo terminó con todas las subvenciones sino que ha introducido este año, bajo el pretexto de reducir las masas en Hardwar, la obligación a los peregrinos de pagar una cuota a la entrada de la ciudad, como se hace en Elefanta. Pero hubo un desconcierto considerable. Dos *millones y medio* de personas entraron en masa, pero solamente 290 000 peregrinos pagaron la entrada. (Ver *The Pioneer*, 19 de febrero de 1880, «Informe Oficial sobre el mela de Hardwan»).

Las aguas del Ganga parecen estar dotadas de poderes curativos durante sólo un mes, y únicamente en el primer momento de una cierta hora propicia, determinada por los astrólogos, que a veces coincide con la medianoche.⁽²⁾ ¹⁷⁰¡Pueden imaginarse lo que sucede en el momento señalado para el baño, cuando más de dos millones de hombres están aglomerados! En 1819, unas 430 personas murieron aplastadas. Pero incluso después de la construcción de la nueva escalera por la Compañía de las Indias Orientales, la diosa Ganga se llevó sobre su seno virginal muchos cuerpos desfigurados de sus devotos. Nadie les compadecía; por el contrario, fueron envidiados. Un hindú muerto durante esta purificación llega con total seguridad directamente al svarga («paraíso»). En 1760, durante el último día de la feria, el sagrado día de *Purvi*, dos grupos rivales de religiosos ermitaños mendicantes (sannyasines) emprendieron, después de una querrela, una «batalla formal»; uno de los grupos fue vencido, y 18 000 personas fueron muertas. Nuestro belicoso akali contó con orgullo: «En 1796, los peregrinos del Punjab, todos ellos sikhs, deseando castigar la insolencia de los *gossaines*, mataron a unos 500 de estos paganos. Mi propio abuelo participó en ello.»

Como estas cifras se han confirmado en informes oficiales (ver *Gazetteer of India* de Edward Thomson), no teníamos ninguna razón para sospechar que nuestro amigo sikh había exagerado.

En 1879, sin embargo, nadie fue muerto aplastado o asesinado, pero se declaró una terrible epidemia de cólera; afortunadamente se expandió sólo hasta medio camino de Saharanpur. Teníamos razón en maldecirla porque nos impidió ir directamente a Hardwar. Sin embargo, no podíamos hacer nada y así tuvimos que inclinarnos ante lo inevitable, contentamos con lo que nos contaron sobre el viejo Himavat hasta que lo pudimos ver por nosotros mismos.

Después de la comida nos despedimos del «Guerrero de Dios» que se puso en camino hacia Bombay. El loable sikh nos dio a todos un fuerte apretón de manos, y luego, levantando su mano derecha con la palma de la mano hacia adelante y con rostro sereno y solemne, nos dio a cada uno de

¹⁷⁰ 2 Según la cronología brahmánica, este mes cae entre el 12 de marzo y el 10 de abril, y es llamado *Chaitra*.

nosotros sucesivamente su bendición pastoral, según la costumbre de los seguidores de Nanak. Cuando se acercó al Thakur que estaba medio reclinado en el suelo usando su silla de montar como cojín, su rostro cambió de repente. Este cambio fue tan brusco y obvio que nos sorprendió a todos. Hasta ese momento, el sikh pasaba rápidamente de uno a otro, apretando la mano de cada uno y bendiciéndole; pero cuando sus ojos cayeron sobre Gulab Lal Singh que estaba tranquilamente observando los preparativos para la partida, paró abruptamente, y la solemne y algo orgullosa expresión de su cara, de repente, mostró señales de desconcierto y humildad. En lugar del habitual *namaste* (ne saludo»), nuestro akali, muy inesperadamente, se postró ante el Thakur. Reverentemente, como si se dirigiera a su propio gurú de Aniritsar, munnuró: «*Adeya, sadhu sahib, asir-vad*»¹⁷¹, y permaneció en el suelo.

Quedamos tan sorprendidos por esta escena que también nos sentimos algo desconcertados, pero la cara del misterioso rajput permaneció tan apacible como siempre y su calma habitual no se alteró. Aparió sus ojos lentamente del río y los giró hacia el akali que estaba postrado delante de él. Rozó su cabeza con el dedo índice sin decir palabra y, levantándose él mismo, observó que era el momento preciso de marcharnos...

A lo largo de todo el camino, el Thakur siguió nuestro carruaje a caballo, avanzando muy lentamente a través de la profunda arena, y nos habló de las tradiciones locales de Hardwar y Rajastán; de las épicas leyendas que habían surgido entre el pueblo desde tiempos inmemoriales y de las hazañas heroicas de los *harikulas*¹⁷², los príncipes de la raza de *Hari* («el Sol»). Este nombre de «hari-kula» hace suponer a muchos orientistas que algún miembro de aquella familia emigró a Egipto en la oscura época prehistórica de las primeras dinastías faraónicas, y que los antiguos griegos, adoptando de ellos tanto el nombre como las tradiciones,

¹⁷¹ «Saludos, santo sahib, le ruego me dé sus bendiciones.»

¹⁷² Literalmente, *hari-kula* significa «de la familia del Sol». *Kula* significa en sánscrito «nombre de familia» o «apodo». Los príncipes rajputs, en especial los maharanas de Udaipur, están extremadamente orgullosos de su origen astronómico.

crearon sus leyendas sobre el dios solar *Heracles*(2) ¹⁷³. Los antiguos egipcios deificaron a la esfinge bajo el nombre de «Hari-Mukh» o el Sol *en el horizonte*. En la cadena montañosa, colindante con Cachemira por el Norie, hay, como es sabido, un pico muy alto (3900 m., sobre el nivel del mar), llamado *Hari-Mukh*, cuya forma se parece mucho a una cabeza. Este nombre aparece también en, los más antiguos *Puranas*. ¿Por qué los filólogos no investigan un poco estas curiosas coincidencias de nombres y leyendas? Parece ser una tierra muy fértil... Sobre el *Hari-Mukh* himaláyico hay un lago sagrado llamado *Ganga Bal* («lugar de Ganga»), y la superstición popular dice que la enorme cabeza es la de «Hari» -el Dios del sol *poniente*-. ¿Puede ser esto una mera coincidencia? Soy lo suficientemente osada para pensar que hay tanta casualidad en este juego de palabras como en el hecho de que Egipto, igual que la India, consideraba a la *vaca* y *al buey* sagrados, y que los antiguos egipcios de la tierra de los faraones tenían el mismo horror religioso ante la matanza del ganado -es decir, vacas y bueyes- como los modernos indos.

Por la tarde nos encontramos en una especie de claro rodeado de bosques y pronto alcanzamos la orilla de un gran lago. Aquí sucedió algo que a primera vista hubiera parecido bastante normal, pero que en realidad fue enigmático. Bajamos de nuestros carruajes. Cerca de la orilla, espesamente cubieria de juncos (no los juncos que conocemos de Rusia sino más bien los que describe Gulliver cuando habla de la Naturaleza en Brandignag), había un barco grande y nuevo, atracado en los juncos. No había nadie cerca del barco y la ribera parecía completamente desierta. Faltaba todavía una hora y media o dos hasta la puesta del sol y, mientras que nuestros sirvientes y los guardaespaldas del Thakur sacaban nuestros bultos de los carruajes y los transportaban hacia el barco, nosotros estábamos sentados sobre algunas ruinas cerca del agua, disfrutando del hermoso lago. Mr. Y. comenzó a pintar el paisaje, que era realmente encantador.

-No tenga prisa en dibujar esta vista -dijo Gulab Singh-. En media hora vamos a estar en la isla, donde hay vistas mucho más bonitas. Podemos pasar toda la noche y aún toda la mañana allí.

¹⁷³ 2 Derivado de la diosa *Hera* y *kleos* «gloria, fama». Hércules es su equivalente en latín.

-Tengo miedo de que dentro de una hora todo esté oscuro -dijo Mr. Y., abriendo su caja de pinturas-. Y mañana tendremos que parlar bastante temprano.

-¡Oh, no!... Podemos quedarnos aquí hasta las tres de la tarde... Hay sólo tres horas hasta la estación de ferrocarril y el tren a Jabalpur sale a las ocho de la tarde. Además -añadió el Thakur con su característica sonrisa misteriosa- esta noche van a presenciar en la isla un curioso y muy interesante fenómeno natural. Voy a invitarles a un concierto.

Todos agudizamos nuestros oídos.

-¿A qué tipo de isla vamos a ir? -preguntó el Coronel con curiosidad-. ¿No vamos a pasar la noche aquí en la orilla donde se está tan fresco y donde...

-Donde el bosque está plagado de leopardos juguetones, y donde los juncos esconden serpientes, iba a decir usted -interrumpió el babú sonriente -. ¡ Mire simplemente a su derecha, bajo los juncos, al lado de Miss B.! Admire la familia feliz: padre, madre, tíos, tías, hijos -empezó a contar-. Incluso me da la impresión de que hay una suegra en su compañía...

Miss B., miró hacia los juncos y dando un grito lo suficientemente fuerte como para ser correspondido por todos los ecos del bosque, se precipitó de bruces hacia el *tonga* como si fuese «el arca de salvación». A sólo tres pasos de ella había unas cuarenta serpientes grandes y pequeñas, y sus brillantes escamas relucían bajo los rayos del sol poniente. Estaban practicando juegos acrobáticos, enrollándose, desenrollándose, entrelazando sus colas, y presentaban la imagen de una perfecta e inocente felicidad. El Thakur que justamente se había sentado encima de una piedra al lado de Mr. Y., que estaba a punto de comenzar con sus dibujos, se levantó y empezó a observar el peligroso grupo de serpientes, mientras fumaba tranquilamente su eterno *gargari* («la pipa de rajput»).

-Su grito únicamente atraerá a todos los animales del bosque que están buscando agua antes del anochecer -dijo en tono sarcástico a Miss B., quien **asomaba desde el tonga su pálida** cara distorsionada por el miedo-.

No hay nada que temer. Si no molesta a un animal, seguro que la deja en paz, e incluso huirá de usted, lo mismo que usted lo hará de él...

Con estas palabras, movió su pipa ligeramente en dirección a la fiesta familiar de las serpientes. Como tocada por el rayo, toda la viva masa se quedó por un momento quieta y luego desapareció rápidamente entre los juncos con fuertes siseos y crujidos.

-¡Bueno, esto es puro mesmerismo! -exclamó el Coronel, a quien no se le escapó ni un gesto del Thakur, y sus *ojos* mostraron un brillo especial detrás de sus gafas-. ¿Cómo lo hizo, Gulab Singh? ¿Cómo se aprende este arte?

-¿Cómo lo hice? Simplemente las asusté con el repentino movimiento de mi pipa, como ha visto. En cuanto a algún «arle», no hay el más mínimo mesmerismo en ello, si usted quiere decir con esta elegante y moderna palabra lo que los bárbaros hindúes llaman *Vaska rana -vidya*, la ciencia de encantar a hombres y animales por el poder de la voluntad. Aquellas serpientes simplemente salieron corriendo porque se asustaron de mi movimiento dirigido hacia ellas.

-¿Pero no niega, verdad, que haya estudiado este antiguo *arte* y posea este don?

-¡Desde luego que no! Todo indo de mi fraternidad está obligado a estudiar los misterios de la Fisiología y Psicología entre otros secretos que nos dejaron nuestros antepasados. ¿Pero qué pasa? Me temo, mi querido Coronel -añadió el Thakur con una sonrisa- que usted tiende bastante a ver el más simple de mis actos bajo el prisma del misticismo. Narayana debe de haberles contado todo tipo de cosas sobre mí. ¿No es así?

Miró a Narayana que estaba sentado a sus pies, con una mezcla de cariño y enigma en su expresión. El coloso del Deceán, que raras veces apartó sus *ojos* del Thakur, los bajó y permaneció en silencio.

-¡Oh, sí! -comentó tranquila pero muy irónicamente Mr. Y., que estaba ocupado con sus utensilios de dibujar-. Narayana ve en usted algo más que su antigua deidad Siva, y sólo un poco menos que Parabrahman. ¿Lo creerá? En Nasik nos aseguró señamente que los «rajá yoguis», entre ellos

usted mismo (aunque tengo que confesar que no comprendo muy bien lo que realmente es un najá yogui), son por ejemplo capaces de obligar por su simple voluntad a ver a alguien, no lo que hay efectivamente delante de sus ojos y lo que los demás también ven, sino lo que en realidad no existe y sólo existe en la imaginación del magnetizador o rajá yogui...¡ Ja, ja, ja!... Si no recuerdo mal, lo llamó maya, ilusión.

-¡Bueno! Usted debe haberse reído de Narayana, ¿no es así? -preguntó el Thakur sobriamente, penetrando con sus ojos en las oscuras profundidades verdes del lago-.

-Hum, sí... un poco -asintió evasivamente Mr. Y., que para entonces había sacado punta a su lápiz y colocado el papel de dibujo sobre sus rodillas, y miraba atentamente hacia la distancia escogiendo la mejor composición para su dibujo-. Tengo que confesar que soy un escéptico en estos asuntos.

-Y conociendo a Mr. Y., como le conozco -dijo el Coronel-, puedo añadir que incluso si uno de estos fenómenos le ocurriese a él mismo, él, como el Dr. Carpenter, no se lo creería.

-¡Oh, no!... Bueno, sí, puede ser verdad. Podría muy bien ser que no creyese, y le diré por qué. Si viese algo delante de mí que no existiera, o sólo existiera para mí personalmente, me parece que por mera lógica tendría que sospechar de mí mismo antes de aceptar una alucinación como algo real, y para asegurarme de que no estoy loco, antes de permitirme creer que lo que únicamente yo veo es no sólo real sino el reflejo del pensamiento dirigido por la voluntad de otro hombre, un hombre que de esta manera manipula por cierto tiempo mi nervio óptico y mi cerebro... ¡Qué tontería!... ¿Hay alguien que me puede hacer creer que exista en este mundo un magnetizador o rajá yogui que pueda forzar a otro, digamos a mí mismo, a ver lo que a él le gusta, y no lo que veo yo y sé que otros también ven?

-Aún así, hay gente que tiene completa confianza en esto, ya que se han convencido de que este don existe -dijo tranquilamente el Thakur-.

-¿Y qué pasa si la hay?... ¡Aparte de ellos hay veinte millones de espiritistas que creen en la materialización de espíritus! Pero no me incluya a mí entre ellos.

-Pero usted, sin embargo, cree en el magnetismo animal, ¿no es así?

-Naturalmente que sí... es decir, hasta cierto punto. Si una persona que tiene la viruela u otra enfermedad contagiosa, puede afectar a una persona de buena salud, será lógico que una persona sana pueda transmitir a una enferma su exceso de salud y curarle. Pero hay una gran diferencia entre el magnetismo puramente fisiológico y la influencia de un individuo sobre otro, y no siento la necesidad de pasar de una a otra forma de ver las cosas meramente por una fe ciega...

-¿Pero, es tan difícil comprender que lo que uno ve, o por lo menos piensa ver en el momento de la alucinación, es el simple reflejo de una imagen creada para este propósito en la mente de aquel que ejerce este poder sobre usted ... ?

-Creo que para poder comprobar los hechos de un fenómeno así, sería necesario, primero, adquirir el don de percibir los pensamientos de otra gente, y de esta manera hacerse capaz de verificarlos sin equivocarse. Yo no poseo este don...

-También puede haber otros métodos para convencerse de la posibilidad de este fenómeno. Por ejemplo, si apareciese delante de *sus ojos* la imagen de un paisaje que en realidad no está ante *sus ojos* pero que existiera en un lugar lejano, y ese lugar fuese desconocido para usted, aunque muy conocido para el magnetizador, y fuese justo aquél acerca del cual él había hablado a los escépticos hacía tiempo diciendo que sería justamente aquél y no otro, el que usted vea y describiría, y luego usted, de hecho, lo describiese muy exactamente... ¿no sería esto una prueba suficientemente clara?

-Es posible que tal transmisión de impresiones se produzca durante un trance, un ataque epiléptico o el sonambulismo. No discutiré este punto, aunque tengo mis dudas sobre ello. Pero estoy totalmente convencido al menos de una cosa y la afirmaré en cualquier momento: en el caso de un hombre de perfecta salud, y bajo condiciones completamente normales, el magnetismo no puede operar sobre él ni el más mínimo efecto. Médiums y clarividentes son notoriamente gente débil. ¡Quisiera ver a un magnetizador o rajá yogui influenciarme a mí!

-¡Vamos, querido, no se vanaglorie así! -inter-puso el Coronel, que hasta este momento había callado-.

-No hay ninguna jactancia en eso. Simplemente respondo porque algunos de los mejores magnelizadores europeos han probado sus poderes sobre mí y han fracasado siempre. Es por eso que desafío a todos los magnelizadores vivos y muertos así como a los rajá yoguis hindúes a probar sobre mí los encantos de sus fluidos ... Todo esto son cuentos de hadas...

Mr. Y. se estaba poniendo bastante nervioso, y el Thakur dejó el lema y habló de otra cosa.

En este punto me pennitiré hacer lo que me parece una necesaria disgresión.

A excepción de Miss B., ninguno de nuestro grupo turístico era espiritista, y menos que nadie Mr. Y. Hacía mucho tiempo que habíamos perdido nuestra fe en las travesuras de los espíritus difuntos, aunque admitíamos muchos de los fenómenos mediumnísticos pero sobre bases totalmente diferentes a las de los espiritistas. Negábamos la intervención de «espíritus», o incluso su presencia, durante el *tambalearse de mesas* y otros fenómenos, pero no obstante creíamos -en especial desde nuestra llegada a la India en el «Espíritu» del hombre vivo, en sus potencias y en sus innatas y *latentes* capacidades, aunque hasta ahora *secretas* (con muy raras excepciones); creíamos que, según la forma de vivir, este Espíritu -la chispa divina- puede parcial o totalmente extinguirse en el hombre, o por el contrario, que este hombre puede desarrollar en sí mismo la fuerza de su Espíritu, y realizar en adelante fenómenos mucho más sorprendentes, para el observador no iniciado, que los llevados a cabo por las entidades⁽¹⁾¹⁷⁴ de los espiritistas, que luego se descubren como fraudes. Si la gimnasia

¹⁷⁴ H.P.B. utiliza aquí la intraducible palabra rusa *kikimora* (pl. *kikimori*) que, de acuerdo con la creencia popular, es una especie de «duende de la casa» especialmente bueno para tejer. Es significativo observar que H.P.B., cuando escribió a sus familiares en ruso, usaba la palabra *kikimori* siempre que se refería a las «entidades» con las que trataban los médiums

puede incrementar la fuerza de los músculos diez veces, dándoles una flexibilidad y elasticidad casi sobrenaturales (como lo observamos en el caso de famosos acróbatas), entonces ¿por qué el «Espíritu» no ha de poder hacer lo mismo como resultado de cierto entrenamiento? También creemos, porque nos hemos convencido de ello, que este *secreto*, desconocido y negado por nuestros fisiólogos occidentales e incluso por los psicólogos, se guarda en la India, donde es heredado y confiado sólo a muy pocos.

Mr. Y. era principiante en nuestra Sociedad y negaba la posibilidad, incluso, de fenómenos tales como los del campo del Mesmerismo. Educado en el Real Instituto de Arquitectos Británicos, donde se graduó con medalla de oro, lo dejó como escéptico que desconfiaba de todo *en dehors des mathématiques pures*. No es sorprendente, pues, que se sintiera molesto cuando la gente le venía con «cuentos de hadas»...

Ahora vuelvo a mi narración.

El babú y Mulji se habían ido para darles prisa a los sirvientes en cargar el barco. Todos los demás quedaron tranquilos, como si un «ángel de paz» hubiera pasado. Miss. B., vencida por el calor y el miedo, se durmió en el tonga y estaba tranquilamente roncando. El Coronel, acostado cerca de la orilla, se divertía echando piedras al agua. Narayana estaba sentado inmóvil en la arena, con sus manos alrededor de las rodillas, sumergido como siempre en la silenciosa contemplación de Gulab Lal Singh... Mr. Y. dibujaba rápida y diligentemente, levantando de vez en cuando su cabeza para mirar a la orilla opuesta, frunciendo el ceño de una forma particular, totalmente absorto en su trabajo... El Thakur seguía fumando, y en cuanto a mí, estaba sentada en mi silla plegable y observaba cuidadosamente todo a mi alrededor... pero pronto me vi incapaz de apartar mis ojos de Gulab Lal Singh...

«¿Quién y qué es este misterioso hindú?» -me pregunté-. ¿Quién es este hombre que reúne en sí dos personalidades completamente diferentes: la exterior, para los ojos ordinarios, para el mundo en general y para los ingleses; y la interior, espiritual, que mostraba sólo a algunos íntimos

espiritistas; ella relaciona este término con un cierto tipo de elementales. (N. del E. inglés)

amigos? Pero incluso estos íntimos amigos suyos ¿saben ellos mucho más de lo que conocen los otros? ¿Y qué saben *realmente*? Ven en él un hindú que se distin9-ue tan solo un poco de un nativo común educado, a excepción quizás de su apariencia exterior, y del hecho de que desprecia aún más que ellos las conveniencias sociales y las exigencias de la civilización occidental. Y esto es casi todo, a no ser que añadamos que es bien conocido en la India Central como un hombre bastante acomodado, un thakur, el señor feudal de un *rai*, uno de los cientos de estados similares en la India. Aparte, es un fiel amigo nuestro, que se ha convenido en protector de nuestros viajes y en mediador entre nosotros y los desconfiados y reservados indos. Más allá de esto, no sabemos absolutamente nada de él. Es verdad que yo personalmente sé un poco más que los otros, pero he prometido silencio, y callaré. Lo poco que sé es tan extraño, que es más un sueño que una realidad ... »

Hace tiempo, hace mucho tiempo, más de veintisiete años, le conocí en Inglaterra en la casa de un extranjero, adonde había llegado en compañía de un príncipe nativo destronado, y nuestro encuentro se limitó a dos conversaciones que aunque me impresionaron fuertemente por lo inesperadas que eran, su extraño carácter e incluso su rigor, han caído, a pesar de ello, como tantas otras cosas al fondo de las aguas del Leteo ... (1)

¹⁷⁵ Cuando estuve en América, hace aproximadamente siete años, me escribió una carta recordándome nuestra conversación y la promesa que le había hecho. Y ahora nos encontramos de nuevo, esta vez en su país, ¡la India! ¡Y qué creen ustedes! ¿Había cambiado en todos estos largos años, había envejecido? En absoluto. Yo era joven cuando le vi por primera vez y ahora me estaba convirtiendo en una mujer mayor. En cuanto a él, era un hombre de alrededor de treinta años en aquellos días, y parecía haberse quedado allí desde entonces, habiendo parado el curso del tiempo... Su aspecto impresionante, especialmente su estatura poco común, era tan extraordinario en aquellos días que incluso la pesada y conservadora

¹⁷⁵ 1 Es casi seguro que con «un príncipe nativo destronado», H.P.B. se refiera a Dalip Singh, el depuesto maharajá de Lahore (1837-1893), que llegó a Soutnampton el 18 de junio de 1854 desde la India, donde parlió el 19 de abril a bordo del S. S. Colombo. Fue presentado a la Reina el 1 de julio. Los «veintisiete años» que H.P.B. menciona, deben ser aproximados. Se refiere a la temprana fecha en que se encontró por primera vez con el Maestro M. en su cuerpo físico. (N. del E. inglés)

prensa londinense se puso a escribir sobre él. Los periodistas, todavía influenciados por la poesía de Byron -que entonces perdía terreno- en esta oportunidad al «fugoso rajput», a pesar de estar indignados con él por su rotunda negativa de ser presentado ante la Reina, haciendo caso omiso del gran honor, por el cual muchos de sus compatriotas hubiesen hecho el largo viaje desde la India... Fue apodado entonces el «Rajá Misántropo», y algunos círculos sociales le llamaron «Príncipe Jalma Sansón»⁽¹⁾ ¹⁷⁶, inventando fábulas sobre él hasta el mismo día de su partida.

Todo esto incitó en mí una tremenda curiosidad, que no me dejó en paz e hizo olvidarme de todo lo demás.

Y es por ello que estaba ahora sentada enfrente de él, mirándole fijamente como lo hacía Narayana. Contemplé con atención aquellos rasgos singulares con sentimientos mezclados entre temor e inexplicable respeto y reverencia, cuando, de pronto, me acordé de la misteriosa muerte del tigre de Karli, de mi salvación hacía pocas horas en Bagli, y muchas más cosas. Se había reunido con nosotros tan solo la mañana de aquel día y sin embargo, ¡cuántos pensamientos había despertado en mí su presencia, cuántos enigmas había traído consigo! «¿Qué significa todo esto?» -me pregunté casi en voz alta-. ¿Quién es este ser con quien me encontré hace tantos años rebosante de juventud y vida, y a quien encuentro ahora de nuevo, igualmente joven y lleno de vida, sólo que aún más austero, aún más incomprensible? ¿Podría ser su hermano, o incluso su hijo?, fue el pensamiento que pasó de repente por mi mente. No, es él mismo; la misma señal en la sien izquierda; la misma cara. Pero, igual que hace un cuartito de siglo, ni una arruga sobre sus bellas facciones regulares, ni un pelo gris en su espesa melena azabache; y, en momentos de silencio, la misma expresión de calma en su morena cara, como fundida en bronce... ¡Qué extraña expresión; qué rostro tan sereno como el de una esfinge!

-¡Una comparación no muy acertada, mi vieja amiga! -dijo de repente el Thakur con voz tranquila, afable y algo burlona, como si contestara a mi último pensamiento, haciéndome temblar-. Es incorrecta -continuó-, porque peca contra la Historia por dos razones: primero, la Esfinge es un

¹⁷⁶ 1 La palabra sánscrita jalma significa «lleno de desprecio». (N. del E.)

león alado, pero al mismo tiempo una mujer, mientras que los singhs de la Rajputana(1) ¹⁷⁷, son leones, pero nunca han tenido nada de femenino en su naturaleza. Aparte, la Esfinge es hija de la Quimera y a veces de Equidna, ¡así que, debería de haber elegido una comparación más halagadora, aunque fuese menos exacta!

Como si me hubiese cogido *in fraganti*, me sentí avergonzada, mientras que él dio libre curso a su diversión, lo que no me aliviaba en absoluto.

-¿Sabe qué? -continuó Gulab Lal Singh más seriamente, levantándose-. No se rompa la cabeza en vano. El día en que se resuelva este acerlijo, la esfinge rajputana no se echará al mar, y, créame, el Edipo ruso tampoco habrá ganado nada. Usted ya conoce todo lo que puede saber. ¡Así que deje el resto para el destino!...

-¡El barco está listo! ¡Adelante!...

Así llegaron los gritos de Mulji y del babú desde la orilla.

-He terminado -dijo Mr. Y., con un profundo respiro, recogiendo sus papeles y pinturas-.

-Veamos su obra -insistieron el Coronel y Miss B., que acababa de despertarse-.

Miramos su cuadro recién terminado, que todavía estaba húmedo y nos quedamos helados de estupefacción. En vez del lago con su orilla poblada de bosques perdiéndose en las azuladas y aterciopeladas distancias de las brumas vesperlinas, vimos delante de nosotros una encantadora costa marítima. Espesos grupos de altas palmeras desparramados sobre el arcilloso litoral, protegían un bungalow típico de la región, no demasiado alto y bastante parecido a una fortaleza, con terrazas de piedra y azotea. En su entrada había un elefante, y una barca sencilla, atada a la costa, estaba meciéndose sobre la cresta de una blanca ola.

¹⁷⁷ 1 *Singh* significa «león» en la lengua del Punjab.

-¿De dónde demonios sacó *esta* vista? -exclamó excitadamente el Coronel-. ¿De qué le sirvió estar sentado al Sol para luego pintar cuadros de su imaginación?...

-¿Qué quiere decir con «de mi imaginación»? -dijo Mr. Y. revolviendo sus papeles - ¿Quiere decir que no reconoce mi lago?

-¿Qué lago? Debe de haber pintado en sueños.

En este momento todo nuestro grupo se había reunido alrededor del Coronel, y el dibujo fue pasando de mano en mano. Cuando llegó a Narayana, éste hizo una exclamación y se quedó quieto en total asombro.

-Es «Dayri Bol», la residencia del Thakur sahib. Lo reconozco. El año pasado, en la época de escasez, viví dos meses allí.

Yo fui la primera en captar lo que había sucedido, pero permanecí callada. Después de haber recogido sus cosas, Mr. Y. se acercó a nosotros con su habitual forma indolente y descuidada, como molesto por los estúpidos espectadores que no reconocían el lago en el mar que estaban mirando.

-Ahora, ya está bien de bromas y fantasías. Es hora de partir. Devuélvanme mi dibujo -dijo-.

Pero en cuanto lo cogió y lo miró, palideció terriblemente. Daba pena ver su turbada expresión. Giró una y otra vez el desgraciado trozo de cartón de Bristol hacia todos los lados, izquierda, derecha, arriba y abajo, y no podía controlar su asombro. Luego corrió como un loco hacia su carpeta de dibujos que ya había recogido y, tirando de los lazos, vació todo su contenido, desparramando en pocos segundos cientos de dibujos y hojas sueltas en el suelo como si estuviese buscando algo. Como no encontró lo que quería, miró otra vez su dibujo, y cubriendo de repente su cara con las manos, se dejó caer sobre la arena, como desvalido y vencido.

Todos estábamos en silencio, intercambiando de vez en cuando nuestras miradas y no haciendo caso del Thakur que ya estaba en el barco y nos llamaba para que nos reuniéramos con él.

-Mire Mr. Y. -dijo amablemente el Coronel con su buen corazón, como si se dirigiera a un niño enfermo-. Dígame, ¿se acuerda de haber dibujado esta vista?

El inglés permaneció bastante rato en silencio; por fin contestó con voz ronca y temblorosa de emoción:

-Sí, me acuerdo de todo. Naturalmente que dibujé esta vista, y la dibujé mirando directamente la Naturaleza. *Dibujé lo que tenía todo el tiempo delante de mis ojos.* ¡Esto es lo más terrible de todo! (1)¹⁷⁸

-¿Y por qué es tan «terrible»? Es simplemente la influencia momentánea de una voluntad dominante sobre otra menos poderosa. Usted sencillamente actuó bajo una «influencia biológica», para utilizar la expresión de los doctores Cairpenter y Crookes.

-Eso es justo lo que temo. Me acuerdo ahora de todo. Dibujé esta vista durante más de una hora. La vi desde el primer minuto en el otro lado del lago y al verla *todo el tiempo*, no encontré nada extraño en ello. Pensé, o más bien me imaginé, que estaba dibujando lo que todos los demás también veían. **Había perdido totalmente** el recuerdo de la orilla como la había visto antes de todo esto, y ahora la veo otra vez. ¿Pero cómo se explica esto? ¡Dios mío! ¿Es verdad que estos malditos indos en realidad poseen el misterio de tal poder? ¡Coronel, me volveré loco si he de creer todo esto!

-Pero como resultado de esto -dijo Narayana con un brillo triunfante en sus centelleantes ojos - ¡no negará nunca más la gran ciencia antigua de mi país, el *Yoga Vidya!*...

Mr. Y. no contestó. Tambaleándose como si fuese un borracho, subió al barco y, evitando la mirada del Thakur, se sentó al otro extremo de espaldas a nosotros y quedó absorto mirando al agua.

-*Ma chère* -me susurró Miss B., en voz baja y en tono misterioso-. *Ma chère, mais Monsieur Y, devient vraiment un médium ...* (1)¹⁷⁹

¹⁷⁸ 1 Mr. Y. guardó este dibujo, pero nunca habló de su origen.

En momentos de excitación siempre me hablaba en francés.

-Por favor, deje estas tonterías. ¿Qué quiere decir con médium? Ya sabe que no creo en espíritus...

Después de este reproche, se dirigió al babú quien, de milagro, se había quedado callado y, apoyado contra la barandilla, miraba despreocupadamente hacia el infinito.

-¿Quién sino un espíritu desencamado (*esprit désincarné*), quién sino un espíritu de un antiguo artista puede haber pintado esta fantástica vista? -exclamó, abriendo su boca de par en par-

-¡El diablo! -contestó bruscamente el babú-. ¿No decidieron sus compatriotas hace mucho tiempo que los hindúes adoramos a los diablos? Uno de nuestros Dioses debe de haber hechizado a Mr. Y.

Si el barco, manejado por los servidores del Thakur (no había otros barqueros a la vista), no hubiese llegado en ese mismo momento a la isla, hubiera habido una disputa entre ellos. Afortunadamente amarramos y el bengalí saltó a la orilla.

- *¡Il est positivement malhonnéte, ce négre lá!*(2) ¹⁸⁰-murmuró la solterona con enfado, retirándose de su lado apresunadamente.

-Bien, querida -le dije, bajando con los demás- uno de estos «negros» vale por *diez* de sus John Bulls...

CAPITULO XXII

¹⁷⁹ Querida mía, pero el Señor Y., se convierte realmente en un médium... (N. del E.)

¹⁸⁰2 ¡Es realmente incivilizado este negro! (N. del E.)

MONOS SAGRADOS AL AMANECER - MÚSICA MÁGICA ENTRE LAS CAÑAS

Y LOS ARBUSTOS - SVAMI DAYANANDA COMBATE LAS SUPERSTICIONES

NOCHE DE PLENILUNIO EN LA INDIA - FUEGOS ARTIFICIALES EN

LA NOCHE - DISCUSIÓN SOBRE LA MÚSICA ANTIGUA DE LA INDIA

Y DE CHINA - PUNTOS DE VISTA DEL THAKUR SOBRE LA MÚSICA - LA

VERDAD EN LA MITOLOGIA - MEDIUMNISMO Y ENFERMEDADES PSIQUICAS - MAYAVI RUPA - CONCEPCIONES VEDANTINAS DEL HOMBRE

La isla era pequeña y estaba tan cubierta de hierba verde que, a distancia, parecía una cesta piramidal con verduras flotando en medio de un lago azul. A excepción de algunos grupos de sombreados mangos e higueras llenos de monos que salieron corriendo a nuestra llegada, el lugar estaba evidentemente deshabitado. En esta selva virgen de espesa hierba, no había rastro de huellas humanas. Al leer la palabra «hierba», el lector no debe olvidar que me refiero a hierba *inda*, no a la del césped europeo o ruso, cortado casi a ras de suelo. La hierba *bajo* la cual nos hallábamos, como insectos bajo una bardana, batía en lo alto sus plumosas ramas, no sólo por encima de nuestras cabezas sino incluso del blanco *pagri* del Thakur y de Narayana, el primero «seis pies y medio en sus calcetines» según la expresión inglesa, y el último, poco menos.

Vista desde el barco, la hierba parecía un mar de color negro, blanco, amarillo, azul y, especialmente, rosa y verde. Al bajar a tierra, descubrimos que consistía básicamente en pequeños grupos de bambú, mezclados con la gigantesca hierba sirki, que batía sus frondas casi al nivel de los mangos y otros árboles.

Es difícil imaginarse algo más bello y gracioso que los sirki y bambúes. Ramilletes aislados de bambú que, a pesar de su tamaño, no son más que hierbas, agitan sus verdes crestas parecidas a cabezas adornadas con

plumas de avestruz al más mínimo soplo del viento. Los troncos de bambú, cuyo diámetro mide en la raíz entre 12 y 20 cm., crecen hasta una altura de quince o más metros, y a una distancia de medio metro más o menos, tienen numerosos retoños de hojas largas y delgadas. Cada cierto tiempo, cuando el viento se levantaba, oíamos susurros metálicos entre las ramas, pero no prestábamos mucha atención a ello, pues estábamos ocupados en preparar nuestra estancia allí esa noche.

Mientras nuestros coolies y sirvientes estaban atareados en prepararnos la cena, levantar las tiendas y limpiar el espacio entre ellas, fuimos a trabar conocimiento con los monos. Jamás vimos algo tan gracioso. Sin exagerar, había allí al menos doscientos de ellos. Para irse a dormir los monos mostraban una conducta muy decente. Cada familia escogía una rama distinta y la defendía de la intrusión de terceros, pero ello sin conflictos, limitándose a los gestos amenazadores. Entre ellos había muchas hembras con crías en sus brazos; algunas amamantaban cuidadosa y cariñosamente a sus hijos, con todas las características de los humanos; otras, después de elegir una rama, saltaban de árbol en árbol con el hijo colgando del rabo de la madre; y otras, a cuatro patas con sus herederos colgando de sus estómagos, discutían sobre algo, parloteando e increpándose mutuamente a cada instante, una verdadera pintura del parloteo de los días de mercado, repetido en el reino animal. Los «adolescentes» estaban absortos en su entretenimiento vespertino: los ejercicios atléticos realizados colgando de las ramas con sus colas. Llamó nuestra atención uno que dividía su juego entre los sauts périlleux (saltos moriales) y el fastidiar a un anciano respetable que abrazaba a dos pequeños monos. Columpiándose hacia delante y atrás, el adolescente se abalanzó contra él con toda su fuerza e hizo caras y le mordió juguetonamente la oreja, chillando todo el tiempo. Silenciosamente y con mucho cuidado avanzábamos de un árbol a otro, temiendo espantarlos; pero, era evidente que, los muchos años pasados en compañía de los faquires (que habían abandonado la isla hacía sólo un año) los había acostumbrado a la gente. Eran monos sagrados, como se nos enseñó, y no mostraron el menor miedo ante nuestro acercamiento. Permitieron que nos aproximáramos bastante a ellos, y habiendo recibido nuestros saludos y algunos un trozo de caña de azúcar, nos miraban con calma desde sus troncos de las ramas, con sus manos recogidas afectuosamente e incluso con algo de contenido desprecio en sus inteligentes ojos marrones.

El Sol se ponía en ese instante y un tumulto se levantó en los árboles. Fuimos llamados para la cena. El babú, cuya pasión principal (según los hindúes ortodoxos) era una tendencia a «blasfemar», había subido a un árbol donde imitaba cada gesto y pose de sus vecinos y copiaba todas las expresiones amenazadoras de los monos con incluso mayor fealdad, produciendo un santo horror entre nuestros coolies. Después de un tiempo, saltó de su rama y nos apresuró «a casa».

Cuando el último rayo dorado se hundió detrás del horizonte, una transparente niebla lila cayó repentinamente sobre el paisaje. Cada momento que pasaba, el crepúsculo tropical disminuía, perdiendo rápida aunque gradualmente su suave color aterciopelado, haciéndose más y más oscuro, como si un pintor invisible cubriese con sus pinceladas los bosques y las aguas del entorno, moviendo tranquila pero firmemente su gigantesca brocha a través del maravilloso fondo de nuestra isla... Débiles luces fluorescentes se encendieron a nuestro alrededor; resplandeciendo con brillo sobre los oscuros troncos de los árboles y ante los sublimes bambúes, pronto se desvanecieron en el plateado fondo madreperla del cielo iridiscente de la noche... Unos minutos después, miles de estas chispas fantasmales, heraldos de la Reina de la Noche, jugaban en torno nuestro, encendiéndose y apagándose, revoloteando en el aire, como lluvia de fuego, sobre la hierba y el oscuro lago... Y de pronto, ¡he ahí a la Noche misma! Descendiendo silenciosamente sobre la tierra, ella asumía sus poderes soberanos. Con su llegada, todas las cosas se aquietaron y durmieron. Bajo su fresco soplo, las actividades del día cesaron. Como una tierna madre cantaba una canción de cuna a la Naturaleza, y con su suave manto oscuro la arropaba amorosamente; habiendo acunado al mundo en sueños, velaba a sus cansadas y dormidas fuerzas hasta la llegada de la aurora...

Toda la Naturaleza dormía y sólo el hombre estaba despierto en esta solemne hora de la noche; no íbamos a dormir. Sentados alrededor del fuego, hablábamos casi susurrando, como si temiéramos despertar a la Naturaleza. Mr. Y. y Miss B. se habían retirado hacía algún rato y nadie trató de persuadirles de lo contrario. Pero nosotros seis -el Coronel, los cuatro indios y yo misma-, cómodamente ocultos bajo las hierbas enormes, no queríamos perdernos esta magnífica noche por culpa del sueño. Además, estábamos esperando el «concierto» que el Thakur nos había prometido.

-Paciencia -dijo-, antes de la salida de la Luna, nuestros músicos aparecerán.

La Luna salió tarde, casi hacia las diez. Justo antes de su aparición, cuando las aguas del lago empezaron a tornarse más claras en la orilla opuesta y el horizonte se volvía perceptiblemente más brillante, asumiendo gradualmente un tono plateado lechoso, el viento se levantó de repente. Las olas dormidas se agitaron de nuevo; susurraron a los pies del bambú cuyas gigantes plumas se balancearon y murmuraron entre sí como si se transmitieran determinadas instrucciones... De pronto, en medio del silencio general, oímos nuevamente las mismas extrañas notas musicales que ya escuchamos al acercarnos por primera vez a la isla en el barco, como si a nuestro alrededor y por encima también se estuvieran afinando instrumentos de viento invisibles, se pulsaran cuerdas y sonaran flautas. Dos minutos más tarde, justo cuando otra racha de viento se abrió paso a través del bambú, toda la isla vibró con las cuerdas de cientos de arpas cólicas... ¡Y entonces, una sinfonía salvaje, terrorífica e interminable, explotó!

Resonó por los bosques circundantes y llenó el aire con una melodía indescriptible que hechizó incluso a nuestro corrompido gusto europeo. Su melodía prolongada era triste y solemne; ahora sonaba como el compás ondeante de una marcha fúnebre; luego, se transformó de pronto en una vibración tremolante, derramándose como el canto del ruiseñor, zumbando como la legendaria cítara automática, únicamente para morir con un largo quejido... A veces, era como un largo y estirado llanto que rompía el corazón, tan triste como si una loba aullara por sus cachorros; otras veces repicaba como campanas turcas en una tarantela alegre y rápida; seguidamente, volvía a oírse una triste canción como de voz humana, o el sonido ligero del violonchelo, ten-ninando con un sollozo o una lisa reprimida... Y todo esto se repetía en todas las direcciones por el eco burlón del bosque, como si cientos de fabulosos espíritus del bosque despertaran en sus verdes refugios para contestar a la llamada de esta salvaje rebelión musical.

El Coronel y yo nos miramos deslumbrados por la sorpresa.

-¡Qué maravilloso! ¡Qué sortilegio! -exclamamos casi al mismo tiempo-.

Los indos sonrieron y guardaron silencio. El Thakur fumaba su gargari tan relajadamente que parecía como si se hubiera vuelto sordo. Después de un breve intervalo, durante el cual nuestras mentes se preguntaron inconcientemente si esto era acaso debido a la obra de la magia, la invisible orquesta reanudó su concierto con furor todavía mayor, ensordeciéndonos momentáneamente. El sonido explotó e irrumpió a través del aire como olas irresistibles, atrapando nuestra atención. Nunca habíamos oído antes algo así; era un milagro inconcebible para nosotros... ¡Escuchad! ¡El viento traspasando el velamen como una tempestad oceánica, el estruendo de las olas enloquecidas cayendo unas sobre otras! ¡O un relámpago de las estepas silenciosas, con el viento bramando...

«Como un animal que aúlla, Como un niño que llora!»⁽¹⁾¹⁸¹

Y ahora se parecía a la música solemne de un órgano... Sus poderosas notas comprimidas se derramaban por el **espacio, ahora** se detenían, se mezclaban y confundían como la fantástica melodía de un sueño deleitante, como una fantasía musical forinada por los llantos y susurros del viento en la llanura.

Pero algunos instantes después, estos sonidos, tan maravillosos al principio, empezaron a cortar nuestros cerebros como navajas. Y parecía como si los dedos de los invisibles artistas dejaran de tocar las invisibles cuerdas, o de soplar en las mágicas trompetas, para hacerlo ahora sobre nuestros nervios, estirando nuestros tendones e impidiendo nuestra respiración...

- ¡Por Dios, detenga esto, Thakur! ¡Ya basta!... -gritó el Coronel, tapándose los oídos con las manos-. ¡Gulab Singh, ordénales que pongan fin a esto!

Tras estas palabras, los tres indos rompieron en carcajadas e incluso el rostro esfígeo del Thakur mostró cierta sonrisa...

¹⁸¹ Del poema de Alexander Pushkin, *Tarde de Invierno*, escrito en 1825. (N. del E. inglés)

-En verdad -dijo con humor- parece tomanne muy en seno; si no tanto como al gran Parabrahman, sí al menos como algún tipo de *genio*, o Marut, Señor del Viento y de los Elementos. ¿Está en mí el poder de detener al viento o de levantar instantáneamente todo este bosque de bambú? ¡Pedidrne algo más fácil!...

-¿Cómo detener al viento? ¿Qué bambú? ¿Es que no oímos todo esto bajo los efectos de alguna influencia psicológica?

-Pronto se convertirá en un desequilibrado con su psicología y electrobiología, mi estimado Coronel. No hay nada de psicología en todo esto; simplemente una ley natural de la acústica... Cada uno de los bambúes que nos rodean, y que son miles en esta isla, alberga dentro de sí mismo un instrumento musical natural, en el que el viento, artista universal, trata de expresar su arte tras el ocaso y, especialmente, en luna menguante.

-¡Hum! ¡El viento!... -murmuró nuestro Presidente algo consternado-. Pero se está convirtiendo en un ruido horrible... no muy agradable... ¿No se podría hacer algo?

-En realidad no lo sé... pero no pasa nada; en cinco minutos se habrá acostumbrado bastante a ello y podrá dormir en los intervalos, cuando el viento se detiene momentáneamente...

Nos dijeron que en la India había muchas orquestas naturales de este tipo; los brahmanes las conocen muy bien y llaman a este viento entre las cañas *vina-devas* («el laúd de los Dioses») y, sacando provecho de la superstición popular, dicen que los sonidos son oráculos *divinos*. Los faquires de los cultos idolátricos han sumado su propio arte a esta peculiaridad de las cañas,⁽¹⁾ ¹⁸²y por esta causa la isla en que estábamos era reconocida como especialmente sagrada.

-Mañana por la mañana -dijo el Thakur- les mostraré con qué consumado conocimiento de las leyes de la acústica los faquires han hecho agujeros de

¹⁸² Esta variedad de bambú es constantemente atacada por cierto escarabajo pequeño, que con gran rapidez practica grandes agujeros en las cañas, y allí el viento se retiene.

distintos tamaños en las cañas. Profundizan los agujeros hechos por los escarabajos en cualquier parte del tronco según el tamaño de éste, tallándolos en forma de círculo u óvalo. Este perfeccionamiento del instrumento natural puede ser considerado como insuperable ejemplo de la aplicación de la mecánica en la acústica. Sin embargo esto no debe sorprendernos. Nuestras más antiguas obras sánscritas sobre música describen minuciosamente estas leyes y citan instrumentos musicales no sólo olvidados en la actualidad, sino totalmente desconocidos... Y ahora, si esta cercanía de las cañas «cantantes» molesta a sus sensibles oídos, les llevaré a un prado que hay cerca de la orilla, a cierta distancia de nuestra orquesta. El viento amaina después de la medianoche y allí dormirán tranquilos. Mientras tanto, vayamos a ver cómo se encienden las «sagradas hogueras». Tan pronto como la gente vecina oye las distintas voces de los «Dioses» entre las cañas, todos los pueblos se reúnen en la orilla, encienden luces y realizan la *puja* («adoración de la isla»).

-¿De verdad es posible que los brahmanes consigan mantener ese fraude tan obvio? -preguntó el asombrado Coronel-. ¡Incluso el más estúpido debe darse cuenta alguna vez de quién hizo los agujeros en las cañas y cuál es la causa real del sonido!

-Quizás en América ocurría así, pero no en la India. Enseñe a un hombre medianamente culto cómo ha sido hecho; cuénteselo todo y explíquesele... Él le dirá que sabe tan bien como usted que los agujeros han sido hechos por escarabajos y agrandados por los faquires. ¿Pero, y qué? El escarabajo no ha sido un escarabajo ordinario, sino *uno de los Dioses que ha encarnado en este insecto con ese propósito específico* y el faquir es un santo cremita que ha actuado bajo las órdenes de ese Dios. Esto será todo lo que conseguirá de él. El fanatismo y la superstición, después de impregnar durante siglos a las masas, se han convertido en parte de sus necesidades psicológicas. Cuando se eliminen estas necesidades, la gente abrirá sus ojos para ver la verdad, pero jamás antes. En cuanto a los brahmanes, la India hubiera sido muy afortunada si estos bribones no hubieran hecho otro daño mayor que éste a través de los siglos... Dejad que la gente adore la música y el espíritu de la armonía; nada hay que temer por ello.

A continuación, el babú nos contó que en Deliradun esta especie de bambú había sido plantada a ambos lados de la vía principal, a lo largo de

más de un kilómetro. Los edificios evitan la libre acción del viento por lo que los sonidos sólo se oyen cuando el viento sopla desde el Este, lo cual es raro. Hace un año, cuando svami Dayananda levantó su campamento allí y multitud de seguidores le rodeaba todas las tardes, los bambúes decidieron ponerse a cantar justo cuando él terminó su sermón en el que había tronado contra la superstición. Agotado tras su largo discurso y no sintiéndose muy bien, el svami se sentó en su almohada y se mantuvo inmóvil con los ojos cerrados. La multitud de repente imaginó que el alma del svami, abandonando su cuerpo, había entrado en las cañas y que estaba conversando con los Dioses a través de ellas. Muchas personas ansiosas de mostrar su gratitud al maestro y, acaso, para demostrarle lo mucho que habían apresado su mensaje, se apresuraron a realizar la puja ante las cañas cantantes.

-¿Y qué fue del svami? ¿Qué dijo de ello?

-No dijo nada... Es evidente que no le conocéis realmente. Sin decir palabra, se levantó y, arrancando la primera caña que tenía al alcance, dio tan contundente «*bakhshish*(1) ¹⁸³ europeo» en las espaldas de los que hacían la puja, que instantáneamente pusieron pies en polvorosa. El svami los persiguió durante más de un kilómetro y dio una paliza a todo el que alcanzó. Después, prosiguió su camino murmurando. Es un hombre terriblemente fuerle nuestro svami, y nada inclinado a la superficialidad, -concluyó riendo el babú-.

-¡Pero de esta forma -señaló el Coronel- en vez de conducirles hacia la senda de la verdad, sólo dispersó a la multitud!

-Eso sencillamente demuestra que conocéis tan poco a nuestro pueblo como a vuestro aliado el svami... Apenas llegó a Patna, un lugar situado a unos sesenta kilómetros de Deliradun, una delegación de quinientas personas de esta última ciudad se presentó precipitadamente ante él y de rodillas le rogó que volviese. Entre los suplicantes había vanos con espaldas ennegrecidas y azuladas. Recibieron al svami con indescriptible pompa y aparato, montándolo sobre un elefante y lanzando flores por el camino. Por entonces, el svami formó una *samaj* («sociedad») y

¹⁸³ 1 Golpear con una caña es llamado aquí «*bakhshish* europeo» o «*bakhshish* bambú»; esta última expresión se usa en toda Asia.

actualmente la *Arya Samaj* de Deliradun cuenta con doscientos miembros que han renunciado para siempre a la idolatría y la superstición.

_Yo estuve presente en Benarés -dijo Mulji- cuando hace dos años, Dayananda destruyó unos cien ídolos y golpeó a un brahmán con el mismo bastón. Le sacó fuera de una estatua hueca de Siva, donde aquél estaba personificando al Dios y pidiendo dinero para un vestido nuevo para el ídolo.

-¿Y el svami no tuvo que pagar por ello?

-El brahmán le llevó ante un tribunal, pero aparecieron tantos defensores y simpatizantes que el juez tuvo que absolver al svami, aunque obligándole a pagar los ídolos rotos. Sólo hubo un problema; el brahmán murió de cólera esa misma noche y los oponentes del svami proclamaron por todo lo alto que muno debido a los *jadu* («hechizos») practicados por Dayananda Sarasvati.

-¿Y usted, Narayana, qué sabe del svamiji? -pregunté-. ¿Le considera como su gurú?

-Sólo tengo un gurú y un Dios en la Tierra, así como en el Cielo -contestó Narayana algo reticente- y jamás tendré otro.

_¿Y quienes son ese gurú y ese Dios?... ¿Es un misterio?...

-Thakur sahib, ¡por supuesto!... -exclamó el babú-. En él los dos están fundidos en uno...

-Dices tonterías, babú -dijo Gulab Singh con frialdad-. No me considero digno de ser el gurú de nadie y mucho menos todavía un Dios. Te ruego que no blasfemes. ¡Hemos llegado! Sentémonos en la orilla -añadió, señalando las alfombras que se habían traído, y deseoso, evidentemente, de cambiar de tema-.

Habíamos llegado a un pequeño claro junto al lago, a unos ochenta o cien metros del bosque de bambúes. Los sonidos de la orquesta mágica nos llegaban sólo de vez en cuando y muy quedamente. Nos sentamos entre los arbustos cara al viento; sus sonidos eran como un musitar armónico

que ya exentos de todo lo brusco y desagradable, le recordaban a uno los suaves tonos del arpa eólica. Por el contrario, ello aumentaba la belleza poética de esta colorida escena.

Estábamos sentados sobre las alfombras extendidas y, dado que había estado de pie desde las cuatro de la mañana, me sentía bastante cansada. Los hombres continuaron hablando del svami y de la puja, cuando de pronto me absorbí tanto en pensamientos, que sólo capté fragmentos de la conversación...

- ¡ Despierte!... -dijo el Coronel, dándome un suave empujón-. El Thakur dice que no debería dormir bajo la luz de la Luna...

No dormía; simplemente estaba pensando, aunque me encontraba rendida. Sin embargo, apenas contesté, tal era la somnolencia que me invadía bajo unos cielos tan maravillosos...

-¡Despierte, por Dios! -insistió el Coronel-. Mire esta Luna... y el paisaje alrededor nuestro. ¿Ha visto alguna vez una panorámica tan maravillosa? Mire...

Miré, y el conocido verso de Pushkin, «ahora ha salido la dorada Luna ... » vino a mi mente. En verdad, ésta era una «dorada Luna». En aquel momento emitía un torrente de luz dorada que vertió sobre el lago inquieto a nuestros pies a la vez que posaba un polvo dorado sobre cada una de las hojas de la hierba, en cada piedra, en todas las cosas que nos rodeaban hasta la lejanía más distante. Su globo amarillo y plateado ascendió velozmente por el cielo azul oscuro salpicándolo de miríadas de brillantes estrellas que resplandecían sobre nuestras cabezas. Por muchas noches de Luna que veamos en la india, cada vez se descubrirán nuevas e inesperadas impresiones... Estas imágenes no pueden describirse; no pueden plasmarse sobre el lienzo ni mediante simples palabras: sólo pueden ser *sentidas*. ¡Qué grandeza y qué belleza tan inexpresables!

En Europa, incluso en el Sur, el brillo de la luna llena suele apagar a las estrellas que la rodean hasta una considerable distancia, de modo que incluso las más grandes entre ellas ven su brillo aminorado. Aquí sucede lo contrario: ella (la Luna) parece una gran perla rodeada de diamantes rodando sobre el terciopelo azul de la bóveda celeste. Bajo su luz se puede

leer una carta escrita en letra pequeña y distinguir los diversos tonos de verdes en la vegetación circundante, algo inaudito en Europa. ¡Contemplad los árboles bajo la luna llena, las majestuosas palmeras cuyas coronas se abren como un abanico, Desde el momento en que sale la Luna, sus rayos empiezan a deslizarse por cada uno de los árboles como resplandecientes escamas plateadas, descendiendo desde sus penachos, cada vez más y más abajo, hasta que todo el árbol queda bañado en un mar de luz. Sin metáforas, la superficie de las hojas parece estar bañada toda la noche de incesantes olas ondulantes de plata líquida, por debajo de la cual parecen más oscuras que el terciopelo negro. Pero ¡ay, del novicio inconciente!, ¡ay, del mortal que mira a la Luna con la cabeza descubierta! No sólo es peligroso dormir a la luz de la Luna sino incluso lo es mirar por demasiado tiempo a la casta Diana inda. La epilepsia, la locura y, a menudo, la muerte, son algunos de los castigos provocados por sus peligrosas flechas al moderno Acteón que se atreve a contemplar a la cruel hija de Latona en toda su belleza. Esta es la razón por la que, ni de día ni de noche, los europeos o los nativos salen jamás sin un *topi* o un *pagri*. Incluso nuestro babú, que pasa días enteros descubierta refrescándose al Sol, lleva un gorro blanco en las noches de Luna.

Como el Thakur nos había dicho antes, los fuegos se encendieron uno tras otro en tierra firme y las oscuras siluetas de los adorantes iban y venían. Sus primitivas canciones sagradas y las vivas exclamaciones, «*Hari, Hari, Mahadeva*»¹⁸⁴ nos llegaban desde la otra orilla con claridad. Y las cañas, golpeadas por el viento, agitando sus finos tallos, respondían con suaves melodías musicales... Una vaga inquietud parecía llenar el alma, una extraña intoxicación se podía sentir en estos lugares, y la idolatría de estas almas apasionadas, profundamente poéticas y hundidas en una ignorancia centenaria, se volvió menos censurable y más inteligible. El indio es un místico nato y la naturaleza fantástica de su tierra le ha convertido en un vehemente panteísta.

En alguna parte de la jungla se tocaba la *algoja*, un tipo de flauta de caña con siete agujeros, y su sonido alarmó a toda una familia de monos que descansaban en las ramas de un árbol cercano. Dos o tres de ellos bajaron con cuidado y miraron en torno como si esperasen algo.

¹⁸⁴ 1 *Hari* es uno de los nombres de Siva, y *Mahadeva* significa «gran Dios».

-¿Quién es este Orfeo que lanza hechizos sobre la gente? -preguntamos-.

-Seguramente algún faquir. La algoja se usa en general para invitar a comer a los monos sagrados. La comunidad de faquires, que un día habitaron esta isla, ahora se ha trasladado a una antigua pagoda, no lejos de aquí en el bosque. Allí sacan mayor provecho de los transeúntes; he aquí la razón por la que abandonaron la isla...

-Quizás fue porque se estaban volviendo sordos -aventuró Miss B., inocentemente, quien acababa de despertarse y acercarse a nosotros-.

-A propósito de Orfeo -dijo el Thakur-. ¿Saben que la lira de este héroe y semidios griego estaba lejos de ser la primera capaz de hechizar a la gente, a los animales o, incluso, a los dos? Kui(2)¹⁸⁵, cierto «artista musical» chino que vivió mil años antes de la época atribuida por los especialistas a Orfeo, declaró lo siguiente:

«Cuando loco mi *king*, los animales salvajes corren hacia mí y ellos mismos se disponen ordenadamente, hechizados por mi melodía.»

-¿Dónde leyó eso?

-Podría haberlo leído en las palabras de sus orientalistas occidentales, pues esta información se halla allí. Pero, lo encontré en un antiguo manuscrito sánscrito (una traducción del chino) del segundo siglo antes de su Era. El original es una obra muy antigua conocida como *El Preservador de las Cinco Grandes Virtudes*, una especie de crónica o tratado acerca del desarrollo de la música en China, escrito por orden del emperador Huang-Ti muchos siglos antes de su Era.

¹⁸⁵ 2 ¡Curiosa coincidencia! Cui es el nombre de un famoso músico de San Petersburgo; pero ni los animales ni las personas bailan con su música. [H. P. B. se refiere a César Antonovich Cui (1835-1918), hijo de un oficial francés que se quedó atrás en la retirada de Moscú en 1812. Aparte de su excelente obra musical, también fue un distinguido ingeniero militar. (N. del E. inglés)]

-¿Acaso han entendido los chinos alguna vez algo de música? -dijo el Coronel riendo-. En California y en otros lugares he oído a artistas ambulantes del Celeste Imperio... Y su cacofonía musical vuelve loco a cualquiera...

-Eso es exactamente lo que muchos de sus músicos occidentales dicen acerca de nuestra antigua música aria, así como de nuestra música hindú moderna. Pero, en primer lugar, la idea de melodía es completamente arbitraria y, segundo, hay una gran diferencia entre el conocimiento de la técnica musical y la aplicación de este conocimiento al desarrollo de melodías apreciables por oídos tanto educados como no. Una pieza musical podrá ser excelente desde un punto de vista técnico, sin embargo, la melodía misma puede estar del todo fuera de la comprensión de un oído no acostumbrado e, incluso, ser molesta. Sus óperas más famosas, por ejemplo, suenan para nosotros los indos como un salvaje caos, como una catarata de sonidos desagradables, duros y confusos, donde no hallamos significado alguno y sólo nos produce dolor de cabeza. Más de una vez he visitado las Operas de Londres y París; he escuchado a Rossini y Meyerbeer; como deseaba tomar conciencia de mis propias impresiones, escuché con la mayor atención. Confieso que prefiero nuestras sencillas melodías nacionales antes que las producciones de sus mejores compositores europeos. Las primeras son inteligibles para mí, mientras que las segundas son incomprensibles y me conmueven tan poco como nuestras canciones nacionales les afectan a ustedes. Pero, dejando de lado las «melodías», les puedo asegurar que nuestros antecesores y también los chinos, no eran inferiores a ustedes los europeos, al menos, en «tecnología» musical y, especialmente, en los conceptos abstractos de la música; aunque sí podrían serlo quizás en la técnica de instrumentación.

-Es posible que ocurriese así en las regiones añas de la Antigüedad, pero extender este caso al de los turanios, a los que pertenecen los chinos, ya es otra cosa -argumentó nuestro Coronel-.

-En todas partes, la música de la Naturaleza ha precedido a la música del arie. Preferimos la primera, y así lo hemos mantenido durante siglos. Nuestro sistema musical es el más artístico, perdonen la aparente paradoja, por cuanto carece totalmente de lo artificial. Rechaza en sus melodías todo sonido que no fonríe pane de la viviente voz de la Naturaleza. Los chinos no se atuvieron a esto. El sistema chino, por ejemplo, comprende ocho

tonos principales, que se emplean como diapasón para todos los tonos derivados, clasificados de acuerdo al nombre de sus productores. Estos ocho sonidos son: *metal, piedra, seda, bambú, calabaza, cerámica, cuero y madera*. De este modo, sucede que tienen sonidos metálicos, de madera, sedosos, etc. Por ello, posiblemente no sean capaces de producir melodía alguna; el resultado es un completo caos, pues su música consiste en una confusa serie de notas separadas. Su himno imperial, por ejemplo, es una serie de sonidos muy alargados producidos al unísono. En nuestro caso, sin embargo, todo es original y único. Debemos nuestra música sólo a la Naturaleza viva, y de ninguna manera a los objetos inanimados. Somos panteístas, en el más elevado sentido de la palabra, y nuestra música es, de alguna manera, *panteística*. Pero al mismo tiempo es sumamente científica. Surgidas del crisol de la Humanidad, las razas arias -las primeras «humarías, empezaron a escuchar las voces de la Naturaleza y descubrieron que tanto la melodía como la armonía se funden sólo en nuestra gran madre común. Ella no tiene notas falsas o artificiales, y el hombre, corona de su creación, deseó imitar sus sonidos. En su conjunto, todos estos sonidos (según la opinión de los físicos de su civilización) se funden en un *solo tono* que podemos oír, si sabemos cómo escuchar en el incesante susurro del follaje de los grandes bosques, en el murmullo del agua, en el rugir del océano y de la tempestad e, incluso, en el rumor distante de una gran ciudad. Esta nota es el Fa medio, la nota fundamental de toda la Naturaleza. En nuestras melodías *sii~ ven* de punto de partida incorporada a nuestra escala musical, alrededor de la cual se agrupan todos los demás sonidos. Teniendo constatado que las notas altas, medias y bajas tienen su representante típico en el reino animal y que la cabra, el gallo, el buey, el papagayo, la rana, el tigre, el elefante, etc. tienen, cada uno, su nota especial, nuestros antepasados prestaron especial atención a esto y descubrieron que cada una de estas notas corresponde a una de las *siete notas principales*. Así se descubrió y estableció la *octava*. En cuanto a las subdivisiones y tonalidades también hallaron su fundamento en los complejos sonidos de esos mismos animales.

-Respecto a su música antigua -dijo el Coronel- y si sus antepasados descubrieron algo acerca de ella.... por supuesto que no sé apenas nada, pero confieso que escuchando las canciones de sus indos modemos, jamás sospecharía que supieran algo acerca de cualquier música.

-Eso se debe a que no ha oído a un verdadero cantante. Vaya a Poorra y visite la *Gayana Samaj(1)* ¹⁸⁶; entonces concluiremos esta conversación. Hasta ese momento no podemos discutir.

-La música de los antiguos años -irrumpió de súbito el babú, en defensa del honor de su patria- es una planta antediluviana que prácticamente ha desaparecido de la India, pero que, sin embargo, merece toda consideración y estudio. Esto ha sido ahora demostrado con suficiencia por mi compatriota el rajá Surendronath Tagore(2) ¹⁸⁷quien, tal como lo afirman los mejores críticos de música ingleses, ha establecido firmemente el derecho de la India «a tenerse por la madre de la ciencia musical». Cada escuela, ya sea la italiana, la alemana o la antigua aria, surgió en su propia época específica y se desarrolló en su propio clima exclusivo y en circunstancias completamente diferentes. Cada una de estas escuelas tiene peculiaridades y ventajas para sus seguidores y nuestra escuela no es una excepción. Mientras que ustedes los europeos están acostumbrados a las melodías occidentales y conocen bien sus propias escuelas, nuestro sistema musical, como otras muchas cosas en la India, es todavía completamente desconocido para ustedes. Por esta razón, me permito decirle, Coronel, que no tiene derecho a juzgarlo...

-No se emocione tanto, babú -dijo el Thakur-. Cualquiera tiene derecho, si no a juzgar, sí a plantear preguntas sobre un tema que le es desconocido, pues de otra manera jamás hallarla la verdad... Si la música hindú hubiera pertenecido (como ha dicho el babú) a una época tan reciente como la de la música europea y si, además, hubiera encarnado, como la última, todas las virtudes acumuladas de distintos sistemas musicales de diversas épocas, entonces los expertos la comprenderían. Pero nuestra música pertenece a los tiempos «prehistóricos». Con la posible excepción de los antiguos egipcios quienes, a juzgar por el arpa de veinte cuerdas hallada

¹⁸⁶ Por toda la India se están organizando sociedades musicales para el rescate de la antigua música nacional. Una de ellas es la *Gayana Samaj* de Poona.

¹⁸⁷ 2 Rajá Surendronath Tagore (1840-1914) es Doctor en Música por la Universidad de Oxford y tiene numerosas condecoraciones, entre las que se encuentra una del rey de Portugal y otra del emperador de Austria, especialmente por su obra *On the Music of the Aryans*.

por James Bruce en una de las tumbas tebanas, también estaban iniciados en la armonía musical, nosotros, los indos, parece que hayamos sido el único pueblo con conocimientos de música en un tiempo en que todos los demás pueblos del globo todavía estaban luchando con los elementos para poder simplemente existir. Poseemos cientos de manuscritos sánscritos sobre música que jamás han sido traducidos a lenguas modernas. A pesar de todas las conclusiones de sus orientalistas en sentido contrario, creemos implícitamente en la gran antigüedad de estos tratados (de 4000 a 8000 años) y persistiremos en esta creencia, porque los hemos leído y estudiado, mientras que los investigadores europeos ni siquiera los han visto. Existen numerosos tratados musicales de este tipo, escritos en épocas diferentes y distantes entre sí, y todos concuerdan en sus afirmaciones, declarando claramente que en la India *se conocía la música y estaba sistematizada en un tiempo en que las modernas naciones de Europa Occidental todavía vivían como tribus salvajes*. De todos modos, todo esto no nos da el derecho de suponer que a ustedes los europeos tendría que gustarles nuestra música, pues sus oídos no están acostumbrados a ella y no son capaces de entender su espíritu... Hasta cierto punto les podríamos explicar su espíritu y darles alguna idea de ella en cuanto ciencia, pero nadie podrá crear en ustedes aquello que los arios llamaban *rakti*: la capacidad del alma humana de percibir y conmoverse gracias a una combinación de varios sonidos de la Naturaleza, el *alpha* y *omega* de nuestro sistema musical, de la misma manera que es imposible hacemos caer en éxtasis con las melodías de Bellini.

-¿Pero, por qué? -preguntó el Coronel con excitación-. ¿Cuál es la misteriosa fuerza de su música que únicamente pueden entender ustedes mismos, los asiáticos? Aunque nos diferenciamos de ustedes en cuanto al color de nuestra piel, nuestro mecanismo orgánico es uno y el mismo. En otras palabras, el edificio fisiológico compuesto de huesos, sangre, nervios, tendones y músculos que compone un indo, tiene tantas partes combinadas entre sí, según el mismo plan y modelo exactos, que el mecanismo viviente conocido bajo el nombre de americano, inglés o cualquier otro europeo. Vienen al mundo emanados del mismo taller de la Naturaleza y tienen igual comienzo y fin. Desde el punto de vista fisiológico somos copias unos de otros...

-Fisiológica, e incluso, psicológicamente lo somos, si no fuera por las interferencias de la educación que, después de todo, influyen a la

naturaleza humana en una u otra dirección, afectando no sólo su aspecto mental sino también el moral; en algunos casos apaga completamente su chispa divina, mientras en otros la afirmata transformándola en un faro inextinguible que sirve de norte a su actividad en la vida.

_ Correcto; pero esto difícilmente podrá tener tanta influencia sobre la fisiología del oído.

-Nuevamente se equivoca. Si desde el punto de vista físico, o mejor dicho, fisiológico, el indio (en cuanto máquina humana) es igual al europeo, sin embargo, como resultado de una educación del todo única, mental y psicológicamente -en especial esto último- se diferencian diametralmente el uno del otro, siendo, como siempre han sido, como especie de dos naturalezas distintas. Recuerde hasta qué punto la complexión, la estructura corporal, la capacidad de reproducción, la fuerza vital y todas las cualidades hereditarias de las funciones simplemente físicas son alteradas a través del tiempo debido a las condiciones climáticas, la alimentación y el medio ambiente diario del hombre (la más reciente máscara científica de sus materialistas, si no me equivoco, intentó cómodamente ignorar los misterios más abstractos del ser), y tendrá una respuesta a su pregunta. Aplique la misma ley de modificación gradual al componente puramente psíquico del hombre, en vez de hacerlo al componente físico, y podrá observar los mismos resultados. Cambie la educación del alma y cambiará su capacidad. En los casos donde antes encontraba placer, experimentando algo totalmente inaccesible a alguien educado de otra manera, ahora encuentra sólo hastío y confusión... Usted, por ejemplo, cree en base a una experiencia centenaria que la gimnasia, a parte de fortalecer los músculos, no sólo desarrolla el cuerpo humano, sino que incluso es casi capaz de transformarlo. Nosotros, los indios, vamos todavía más lejos. Como fruto de miles de años de experimentación y demostración objetivas, creemos que existe una gimnasia del alma, igual que existe una para el cuerpo. Este es nuestro secreto, el secreto de los pisoteados indios esclavizados por la simple fuerza animal, y a nadie permitimos acceder a este secreto, excepto a unos pocos elegidos; pero en su debido momento, os podrá ser demostrado... ¿Qué es lo que da a los ojos del marinero la agudeza de los ojos del águila, qué es lo que dota al acróbata de la pericia y agilidad de un mono y al luchador de unos músculos de acero? La práctica y el hábito, dirán ustedes. ¿Entonces, por qué no suponer la misma capacidad para el alma humana que para su

cuerpo? ¿Es simplemente debido a que la ciencia moderna niega la existencia del alma y que no la reconoce como una entidad distinta del cuerpo?...

-Está bien, Thakur. Mejor que nadie, debeda saber que yo creo en el alma y en su inmortalidad...

-Nosotros creemos en la inmortalidad del Espíritu, pero no en la del alma... De todos modos, esto no tiene que ver con el tema en cuestión. Pero tendrá que aceptar que toda capacidad latente del alma puede ser desarrollada mediante una práctica realizada en el mayor grado de profundidad y actividad, y también que, como resultado de un desuso y una falta de hábito, todas esas capacidades pueden volverse latentes e, incluso, desaparecer. La Naturaleza economiza sus dones y, por ello, está en nuestras manos el desarrollar o destruir sistemáticamente cualquier viriud física o mental en nuestros descendientes, mediante su puesta en práctica o abandonándolos a la total negligencia...

-Sí, pero todo eso no me explica la secreta virtud de sus melodías nacionales.

-¿Para qué hemos de entrar en detalles, si puede darse cuenta que mi explicación es una clave general para resolver, no sólo su problema sino multitud de otros? Muchos siglos han acostumbrado la receptividad del oído indo a un panicular tipo de combinaciones de ondas sonoras o vibraciones atmosféricas, mientras que el oído del europeo ha sido acostumbrado a otro tipo; por esto, el alma del primero experimentará agrado cuando el último no sienta nada o sienta dolor en el oído. Podría dar por terminada mi explicación, pues parece bastante simple y comprensible, pero realmente deseo despertar en ustedes algo más que la sensación de una curiosidad satisfecha. Lo que he dicho, sólo explica el misterio desde un ángulo fisiológico. Por ejemplo, es fácilmente comprensible que nosotros los indos comemos habitualmente grandes cantidades de especias sin ningún problema que, aun en cantidades pequeñas, inflamarlan sus intestinos. Nuestros nervios auditivos, en un principio idénticos a los suyos en cuanto a su capacidad, han cambiado después de siglos de entrenamiento y se han convenido tan diferentes de los suyos, como nuestra complexión o estómago. Añada a esto el hecho de que los ojos de nuestros tejedores de cachemir, tanto hombres como

mujeres, son conocidos por ser capaces de distinguir 300 matices de color más que los ojos de un europeo, algo constatado por sus propios físicos más especializados y por los fabricantes de Lyon, y se dará cuenta de cuán simple es la explicación del problema. Llámelo como quiera: fuerza del hábito, ley del atavismo... Vienen de América para estudiar a los indios y su religión; sin embargo, jamás entenderán a esta última si no comprenden cuán próximas y casi indisolublemente relacionadas están todas nuestras ciencias, no en el moderno Brahmanismo oriodoxo e ignorante, por supuesto, sino en la filosofía de nuestra primitiva religión védica.

—¿Pero, por ejemplo, qué tiene que ver la música con los *Vedas*?

—Muchísimo... casi todo. Como en el caso de los antiguos egipcios y chinos, así nos sucede a nosotros: todos los sonidos de la Naturaleza y, en consecuencia, la música misma, estaban directamente relacionados con la Astronomía y con las Matemáticas, es decir, con los planetas, los signos zodiacales, las corrientes solares, lunares y con los números; y en especial con aquello que sus científicos no han terminado de descubrir totalmente: el *akasa* o éter del espacio. La doctrina de la «Música de las Esferas» se originó aquí y no en Grecia o Italia, donde Pitágoras la llevó después de haberla aprendido en sus estudios con los gimósofos de la India. Con toda seguridad, este gran filósofo, el único sabio occidental que divulgó el sistema heliocéntrico antes de Copérnico y Galileo, sabía mejor que nadie anterior a él, lo relacionado que estaba el menor sonido en la Naturaleza con el *akasa* y sus correlaciones. Uno de nuestros cuatro *Vedas*, —en concreto, el *Sama Veda*— consiste exclusivamente en himnos. Es una recopilación de mantrams y encantamientos que se cantaban durante los sacrificios a los «dioses», es decir, a los Poderes de los Elementos. Nuestros antiguos sacerdotes, aunque su conocimiento no concordaba con los modernos métodos de la Química y de la Física, sabían muchas cosas que los científicos actuales todavía no han descubierto. Es comprensible pues, que estos sacerdotes forzaran a veces a los «dioses» de los Elementos o a las fuerzas ciegas de la Naturaleza a responder a sus oraciones con portentos de diversa índole. Cada sonido de estos mantrams, la más pequeña variante de cada uno, tiene su significado y se encuentra allí a propósito; y, teniendo una intención, debe tener lógicamente su efecto. Como ha dicho el profesor Lesly, «la ciencia del sonido es la más intangible, la más sutil y la más compleja de todo el conjunto de ciencias

físicas». Si alguna vez se reconoció en toda su perfección esta enseñanza, fue por nuestros antiguos rishis, nuestros filósofos y yoguis, que nos legaron los *Vedas*.

-Ahora empiezo a comprender el origen de las fábulas mitológicas de la Antigüedad griega -dijo Pensativo el Coronel-, los cuentos sobre las flautas de Pan, su flauta de siete cañas, los Faunos, los Sátiros e incluso la lira de Orfeo mismo... Sé que los antiguos griegos conocían poco de armonía y la declamación dramática de sus dramas -que probablemente jamás alcanzó ni la altura del más simple de nuestros recitales modernos, pues se basaban sólo en una humilde lira y en las flautas de Pan- difícilmente les podría haber sugerido la idea de la mágica lira cósmica de Orfeo. Me siento fuertemente inclinado a la opinión de muchos de nuestros famosos filólogos y académicos. Sospecho que Orfeo -cuyo nombre era *óρφίβος*, es decir, «piel oscura», lo que sugiere que incluso entre los morenos griegos su oscuridad era llamativa- inmigró desde la India. Este fue el punto de vista de Lemprière y de muchos otros...

-Algún día su sospecha se convertirá en una cecidumbre. No existe la menor duda de que las formas musicales más puras y elevadas de la Antigüedad provienen de la India. Todas nuestras leyendas dotan a la música de mágicos poderes, y fue un regalo y una ciencia enviada a la Tierra por los Dioses. Y aunque remontamos a todas nuestras artes en general a una revelación divina, la música está a la cabeza de todas. La invención de la *vina*, especie de laúd, se debe a Narada, el hijo de Brahma. Posiblemente se reirán de mí si les cuento que nuestros antiguos *upgatri* («sacerdotes cantores») conocían tan bien ciertos secretos del ser, que eran capaces de producir con ciertas combinaciones y, ¡cuidado!, sin ningún tipo de engaño, los fenómenos que eran tenidos por los ignorantes como las manifestaciones de poderes sobrenaturales. Los fenómenos producidos por los *upgatii* y los *rajá yoguis* son perfectamente naturales para los iniciados, aunque, a los no iniciados les parezcan milagrosos.

-¿De verdad no cree en absoluto, de ninguna manera en nuestros espíritus? -insistió Miss B., quien le tenía bastante miedo al Thakur-.

-Con su permiso, de *ninguna* manera.

-¿Y... en los médiurris?...

-Menos todavía, estimada lady. Sin embargo, en cuanto al mediumnismo, desde tiempos inmemoriales lo designamos con un nombre muy diferente, *bhuta dak* literalmente «hospedaje para diablos»⁽¹⁾ ¹⁸⁸y creo en él, como creo en las demás enfermedades psíquicas. Me apenan sinceramente los verdaderos médiums y los trato de ayudar cuanto puedo. En cuanto a los charlatanes, los desprecio y raramente pierdo la ocasión de desenmascararlos...

La escena del antro de la bruja cerca de la «ciudad muerta» irrumpió de pronto en mi mente; el oráculo del brahmán sorprendido y rodando hacia abajo y la huída de la vieja mujer. Lo que entonces no comprendí ahora lo ví claro: Narayana actuó bajo las órdenes del Thakur...

-Nuestros *Anga-tiene* -continuó el último- o «poseídos» por esta fuerza desconocida para los no iniciados -«fuerza» que los espiritistas toman por espíritus; los supersticiosos, por el diablo; los escépticos, por fraude y engaño; mientras los verdaderos científicos sospechan que es una fuerza natural todavía no descubierta por ellos- son casi siempre mujeres débiles y niños. Ustedes pretenden desperiar y desarrollar esta terrible deficiencia psíquica, mientras que nosotros tratamos de salvarles de esta «fuerza» desconocida para ustedes y que no vamos a discutir ahora... Los hijos de la india hemos estado durante diez siglos bajo yugos extranjeros, a menudo inferiores a nosotros... Pero las naciones que nos han conquistado, han conquistado sólo a nuestros cuerpos, pero no a nosotros mismos.⁽¹⁾ ¹⁸⁹¡jamás podrán poner su mano sobre nuestras almas! *El Mayavi rupa* de

¹⁸⁸ 1 *Dak* significa «posada» u «hospedaje»; y *bhuta* «el alma perversa de un difunto cuyas ataduras le impiden ascender al *moksa* o morada celeste y que por lo tanto debe deambular por la Tierra». Los «diablos» o ángeles caídos no existen en la filosofía hindú.

¹⁸⁹ 1 Los vedantinos o seguidores del sistema filosófico de Sankharacharya, apenas utilizan el pronombre «yo» al hablar de sí mismos y dicen, por ejemplo, «este cuerpo fue», «esta mano cogió» etc., e igual para todas las acciones automáticas o físicas del ser humano. Los pronombres personales «yo», «él», sólo se usan en referencia a procesos mentales, tales como «yo pienso», «yo quiero», etc. A sus ojos el cuerpo no es sino una cáscara, la envoltura externa del hombre interno invisible que es el «yo» real.

un verdadero ario es tan libre como un brahmán, o incluso más.(¹) ¹⁹⁰Para nosotros, según nuestra religión y filosofía, nuestro espíritu es Brahma

¹⁹⁰ 2 Mayavi rupa significa literalmente «cuerpo ilusorio» o «cuerpo mayáutico»: el verdadero ego; Kama rupa es el cuerpo de deseos o de la voluntad deliberadamente fascinada por nuestro fuerte deseo (provisto de poder creador, según los hindúes), nuestro doble que aparece siempre allí donde nuestro deseo lo manda. En la vida, el hombre posee tantos cuerpos internos como pieles tiene una cebolla, cada vez más sutiles y puros, cada uno con su nombre especial e independiente del cuerpo. Después de la muerte, cuando el principio vital terrestre se desintegra junto con el cuerpo, todos estos cuerpos internos se unen en un solo agregado y, según sus propios logros, o bien avanza por el alto camino del *moksa* y ese alma es llamada *deva* («divina»), aunque todavía queden muchísimas «estaciones» antes de la liberación final de las cadenas de la materia, o bien se convierte en un *bhuta* o alma errante, y sufre en la tierra deambulando por el mundo invisible o transmigrando a diversos animales impuros. En primer lugar, un deva no tendría contactos con los encarnados, su único lazo con la tierra es su afecto póstumo por aquellos que amó en vida y sobre los que ejerce una influencia protectora incluso después de la muerte.

El amor supera todo sentimiento terrestre y un deva puede aparecerse a sus amados en sueños o como una ilusión (maya) por un breve momento, pero no de otra manera, porque el cuerpo de un deva sufre una serie de cambios graduales desde el momento en que se libera de sus lazos terrestres. Con cada tránsito de una esfera a otra pierde algo de su naturaleza objetiva y se torna cada vez más intangible. Renace, vive y muere en cada nueva esfera o loka, cada vez más y más subjetivo y puro, y «sueña en el akasa» o éter durante los periodos de transición. Por fin, cuando se libera de la última impureza y del último pensamiento terrestre, termina por ser *nada* desde el punto de vista sustancial. Como la llama, se ha extinguido y ha llegado a ser uno con Parabrahman, vive la vida del espíritu, de la cual no puede darnos ninguna idea ni nuestras concepciones materiales ni nuestro lenguaje. Pero la «eternidad» de Parabrahman no es la eternidad del alma. Esta última, según la terminología vedantina, es una eternidad en la *eternidad*. Por sagrada que sea, la vida del alma tiene su principio y su fin y, consecuentemente, ni los errores ni las rectas acciones pueden ser corregidas o recompensadas en la «eternidad de Parabrahman». Esto sería contrario a la justicia, «desproporcionado», como dice la

mismo, por encima del cual sólo se halla el incognoscible, omnipresente y omnipotente espíritu de Parabrahman. Ni los ingleses ni tampoco sus «espíñtus» podrán jamás conquistar nuestro Mayavi rupa : No puede ser esclavizado... Pero ahora, la noche nos manda retiramos.

Vedanta. «Sólo el espíritu vive en la eternidad, no tiene ni principio ni final, ni límites, ni fronteras, ni punto central.» El deva vive en Parabrahman como una gota de agua vive en el océano, hasta la siguiente regeneración (Pralaya) o, más bien, desaparición de los mundos de la región de la objetividad. Con cada nuevo gran ciclo -Maha Yuga- se separa del «eterno», atraído a la existencia en los mundos objetivos, como una gota de agua que primero se evapora por el Sol y, después, desciende de nuevo, pasando de una esfera a otra, concretándose hasta que, al final, se hunde en el barro de nuestro planeta.

Entonces, cuando el pequeño ciclo ha concluido, empieza a ascender de nuevo por el otro extremo de la curva. Gravita, pues, en la *eternidad* de Parabrahman, avanzando de una eternidad conceptual a otra. Cada una de estas eternidades «humanas», es decir, *concebibles* para la mente, consiste en 4 320 000 000 de años de vida objetiva y de otros tantos años de vida subjetiva en Parabrahman (donde el carácter individual del alma, según la *Vedanta*, no se extingue, como suponen algunos investigadores europeos), en otras palabras, un total de 8 640 000 000 de años. Esta cantidad de años es, según su estimación, más que suficiente para redimir los peores crímenes y para cosechar todos los efectos de las buenas acciones realizadas en un periodo tan breve como el lapso de una vida humana. Sólo las almas de los bhutas, cuando su última chispa de remordimiento y de deseo de redimirse se extingue, pueden eventualmente evaporarse. Entonces se separa para siempre su espíritu divino e imperecedero del alma y retorna a su fuente primordial; el alma es reducida a sus átomos primitivos y el Ego se hunde en la oscuridad de la eterna inconciencia. Su identidad desaparece. He aquí la filosofía de la *Vedanta* referente al hombre espiritual. Y por eso no creen los hindúes en el retorno de las almas a la Tierra, excepto en el caso de los bhutas.

CAPITULO XXIII

JABALPUR - MARBLE ROCKS - LOS THUGS Y SUS MÉTODOS - EL

MADAN-MAHAL - SUSPENSIÓN DE LA RESPIRACIÓN - POSTURAS

INCRÚBLES DE LOS FAQUIRES - EL DOCTOR PAUL Y SU TRATADO

SOBRE LA FILOSOFÍA YOGA - MÉTODOS DE HIBERNACIÓN - NIVELES

DEL TRANCE SEGÚN PAUL - ALLAHABAD EN UN DÍA DE VERANO

EL RÍO SUBTERRÁNEO - MONUMENTOS ANTIGUOS Y LAS INSCRIPCIONES DE ASOKA - ¿QUÉ ES EL NIRVANA? - CAUSALIDAD Y EL

EGO ESPIRITUAL

Después de dejar **Malwa** y el territorio «independiente» del holkar, **nos encontramos de nuevo en territorio estrictamente británico, viajando** en tren de Jabalpur a Allahabad. **En la primera ciudad paramos** sólo unas pocas horas para ver las famosas «Marble Rocks»⁽¹⁾¹⁹¹. Como no quedamos perder **un día entero, partimos en barco a las dos** de la madrugada para evitar **de esta manera el calor y disfrutar de una espléndida excursión por** el do a tres kilómetros de la ciudad.

Jabalpur, situada en el distrito de Sagar y Narbada, a 355 km. de Allahabad, perteneció hace tiempo a los mahrattis, pero ahora es tierra británica, ya que los ingleses la tomaron a aquéllos en 1817. Como siempre, la obtuvieron por astucia y no por la fuerza. En su «Historía de la India» hacen alarde de que el 19 de diciembre de 1817, el general Hardyman, a la cabeza de sólo 1100 hombres, hizo pedazos a 5000

¹⁹¹ «Rocas de Mármol». (N. del E.)

mahrattis -el ejército del rajá de Nagpur- causándoles serias pérdidas y tomando posesión de nueve cañones y gr-an cantidad de depósitos militares, mientras que ellos tuvieron *únicamente dos bajas y diez heridos.*(¹) ¹⁹²La tradición, sin embargo, cuenta una historia diferente. Bajo pretexto de querer negociar, los ingleses invitaron a una fiesta a los jefes de los mahrattis; los oficiales ingleses emborracharon a los oficiales mahrattis con algún brebaje, mientras que sus soldados hicieron lo mismo con el resto del ejército. De esta manera cuando estaban medio aturcidos, los ingleses pudieron matarlos y tomar posesión de la ciudad.

Esta historia, cuya veracidad no puedo garantizar, ya que parece totalmente increíble y mezquina, nos la relató un portugués mestizo (euroasiático), cuyo padre, como dijo, había sido testigo presencial de este acontecimiento. No nos la contó como crítica a los ingleses sino con cierto aire de orgullo, como especie de himno de alabanza a sus *compatriotas* europeos que, como he mencionado más de una vez, desprecian más a los mestizos que a los indos, mientras que los últimos, a su vez, también los desprecian a ellos por múltiples razones.

Los alrededores de Jabalpur son encantadores y de máximo interés para los amantes de las ciencias naturales. Tanto geólogos como mineralogistas encuentran aquí un campo muy fértil para sus investigaciones científicas. Las montañas que presentan una insólita variedad de formaciones proporcionan granitos de toda clase, y la gran cadena de peñas escarpadas mantendría a cientos de Cuviers activos durante toda la vida. Las cuevas de piedra caliza de Jabalpur son un verdadero osario de la India antediluviana; están llenas de esqueletos de animales monstruosos, ahora completamente extinguidos.

A una considerable distancia de las demás sierras montañosas y completamente solos están los «Marble Rocks», un capricho de la Naturaleza, de los muchos que hay en la india. En la llana meseta de Narbada, cubierta de espesos arbustos, se eleva de repente, como una verruga sobre la suave piel de la Madre Naturaleza, una larga fila de riscos extrañamente formados y blancos como la nieve. ¡Y qué riscos!... Blancos y puros, como si una mano humana los hubiese modelado en una curiosa

¹⁹² 2 Ver E. Thornton, *A Gazetteer of the Territories under the Government of the East India Company*, Londres 1857, Jabalpur.

forma, se apilan de modo irregular uno sobre el otro, pareciéndose a un enorme pisapapeles de la mesa de un titán. A medio camino aparecieron y desaparecieron por breves momentos con los repentinos giros caprichosos del río, vibrando en las brumas prematinales como un espejismo distante y engañoso en el horizonte del desierto, hasta que los perdimos por completo de vista. Pero luego, justo antes de la salida del Sol, estuvieron de pronto nuevamente delante de nuestros hechizados ojos, flotando por encima de su imagen reflejada en el río. Como un castillo encantado, creado por la varita de un mago, surgieron de repente de la tierra sobre la verde planicie de Narbada, reflejando su virginal belleza en las **perezosas aguas del río, y prometiéndonos** sombra y frescura... Y cuán precioso es cada momento de las horas frescas antes de la salida del sol, sólo puede ser apreciado por aquellos que han vivido y viajado por este ardiente país.

¡Ay! Aunque habíamos salido pronto, nuestro disfrute del fresco refugio bajo las rocas duró muy poco. Nada más llegamos a la mágica orilla y planeamos tomar un prosaico té en medio de este poético entorno, el Sol saltó por encima del horizonte y comenzó a lanzar sus ardientes flechas hacia el barco y nuestras desgraciadas cabezas. Empujándonos de un lugar a otro, nos alejó incluso de un sitio debajo de una alta roca que colgaba por encima del agua. Las níveas bellezas de mármol se tornaron de un color rojo dorado, lanzando chispas ardientes al río, calentando la arena en la orilla y deslumbrando nuestro ojos... No es nada sorprendente que se hayan creado leyendas sobre estas rocas y que la gente vea en ellas la morada o la propia manifestación de la misma Kali, la más cruel de todas las Diosas del panteón hindú. Durante muchos yugas la feroz esposa de Siva tuvo un desesperado conflicto con su marido que, bajo la forma de *Trikutesvara* («*lingam* de tres cabezas») reclamó ilegítimos derechos sobre la roca y el río, que estaban bajo el dominio de la misma Kali.

Y es probable que por ello se pueda oír algo así como gritos subterráneos cada vez que la osada mano de un coolie totalmente irresponsable, trabajando en canteras del Gobierno, quita una piedra de la blanca cadera de la Diosa. Y el infeliz picapedrero tiembla y es desgarrado entre el temor a su inspector y la probable venganza de la sanguinaria Diosa. Kali no es tan solo la «Patrona de las Rocas», sino también de los *ex-thugs*, los estranguladores que recientemente infundieron terror a solitarios viajeros. Muchos sacrificios incruentos han sido ofrecidos en el mannóreo altar de Kali por estos *thugs*. El país está lleno de escalofriantes relatos de sus

fechorías en honor a la Diosa. Estos relatos son recientes y están todavía demasiado frescos en la memoria del pueblo como para haberse convertido en meras leyendas pintorescas, especialmente porque son confirmados por los documentos oficiales de los tribunales y de los comisarios que llevaron las indagaciones correspondientes.

Si Inglaterra alguna vez deja este país -y no lo hará hasta que no lo haya roído hasta sus huesos-, la total supresión del thugismo destacará entre los pocos servicios que le habrá prestado. Bajo este nombre, como todo el mundo recordará todavía, se cometieron en la India los más taimados y terribles homicidios durante más de doscientos años. Después de 1840 se determinó por fin que su propósito era simplemente el robo y el bandolerismo. El concepto tergiversado en cuanto al significado de Kali era nada más que un astuto pretexto; en este caso la Diosa no era más que el montaje escénico para los bribones. Si no, ¿cómo se explica la presencia de tantos musulmanes entre sus devotos hindúes? El día en que la justicia los cogió, la mayoría de los «caballeros del *rumal*» -el pañuelo sagrado utilizado para estrangular a las víctimas- resultaron ser musulmanes. Los más ilustres entre sus líderes no eran indos sino hijos del Profeta, como por ejemplo Ahmad, y de treinta y siete thugs recientemente capturados por la policía, *veintidós* eran musulmanes. Desde luego es obvio que su religión, que no tiene nada en común con los Dioses hindúes, no jugaba en absoluto ningún papel en todo esto; la razón motivadora era simplemente el robo. Es verdad, sin embargo, que el rito final de iniciación como thug(1) ¹⁹³se realizaba en los bosques, ante una estatua de Bhavani,(2) ¹⁹⁴que llevaba un collar de calaveras humanas. Anteriormente, el thug tenía que someterse a un curso de entrenamiento que consistía en aprender una técnica bastante difícil para lanzar el rumal alrededor del cuello de la víctima señalada -que no sospechaba nada- y estrangularla de tal manera que la muerte fuese instantánea y sin que emitiese el más mínimo sonido. En este rito iniciático, la parte atribuida a la Diosa fue puesta de manifiesto mediante ciertos símbolos, similares a los universalmente usados por los francmasones, como por ejemplo una daga desenvainada, una calavera e incluso el cuerpo del asesinado Hiram Abif (el «hijo de la viuda»), vuelto a la vida por el Gran Maestro de la logia. Kali no era otra

¹⁹³ 1 El término thug significa: ladrón o bandido.

¹⁹⁴ 2 Otro nombre de Kali, utilizado por los thugs.

cosa que una impresionante «farsa» que se utilizaba para un propósito totalmente distinto. El thugismo era una francmasonería de tipo especial, con sus propios signos particulares de mutuo reconocimiento, contraseñas y una jerga que ningún ajeno entendería; y todo ello con propósitos criminales. La francmasonería en nuestra Era es, dicho sea de paso, un pasatiempo bastante inofensivo, excepto quizás para la propia cartera de los masones. De la misma forma en que las «logias» masónicas reciben tanto a cristianos como a ateístas, así también los thugs, solían acoger a los bandidos y ladrones de todas las naciones, e incluso se cuenta que había entre ellos algunos ingleses y portugueses.

¡Pobre poético Siva, desgraciada Bhavani! ¡La ignorancia popular realmente les ha inventado un mal papel al personificar de tal manera estos arquetipos tan profundamente filosóficos y llenos de poesía y conocimiento de la Naturaleza! Siva, en su significado original, es al mismo tiempo el poder **todo-destructor** y **todoregenerador** de la Naturaleza. La trinidad hindú es una alegórica representación de los elementos principales: fuego, tierra y agua. Los tres: Brahma, Visnú y Siva, representan estos elementos, sucesivamente, en sus diferentes fases, pero **Siva es mucho más el Dios** del Fuego que Visnú; quema y al mismo tiempo limpia, creando nuevas formas llenas de renovada vida desde las cenizas, como el Fénix. *Siva-Samkhara* es el destructor y *Siva-Rakshasa*, el regenerador. Es representado con una llama en su mano izquierda y con el cetro de la muerte y resurrección (*sulayudh*) en su mano derecha. Sus devotos llevan sobre la frente, entre las cejas, su símbolo que consiste en tres líneas horizontales paralelas; se traza con *cenizas* húmedas (los restos de cosas quemadas en el fuego) y éstas son llamadas *vibhuti* («sustancia purificada»). El color de la piel de Siva es de un amarillo rosado, que cambia gradualmente a rojo llameante. Su cuello, cabeza y brazos están rodeados de serpientes, emblemas de eternidad y constante regeneración. «Del mismo modo que la serpiente desecha su vieja piel y reaparece en una nueva, así el hombre después de la muerte reaparece en un cuerpo nuevo y más puro» -dicen los *Puranas*-. A su vez la esposa de Siva, Kali, es la representación alegórica de la tierra de Siva, fructificada por la llama del Sol... Si sus devotos se han permitido creer que tiene afición a sacrificios humanos es solamente porque a la tierra le gusta la descomposición orgánica que la fertiliza y la ayuda a sacar nuevas y frescas fuerzas de las cenizas desechadas de lo viejo. Los sivaílas, cuando queman a sus muertos, colocan una estatua de Siva a la cabeza del cuerpo;

pero cuando, después de recoger las cenizas, empiezan a esparcirlas sobre la tierra o el agua, invocan a Kali, adornada con calaveras, para que la Diosa reciba en su seno las cenizas purificadas por el fuego sagrado y saque de ellas los gérmenes de nueva vida. ¡Pero qué verdad no es torcida finalmente por la burda superstición de la ignorancia! Así, el perveilido emblema cayó en manos de los bandidos thug. Según su modo de entender, la Diosa exige sacrificios humanos, pero al mismo tiempo odia efusiones de sangre, por lo que decidieron matar sin mancharse las manos.

Visitamos a un hombre muy viejo que antes fue un thug. Después de haber cumplido su condena en las islas Andamán, fue perdonado más tarde por su sincero arrepentimiento y por algún servicio que había prestado al Gobierno. Cuando volvió a su pueblo natal, se estableció pacíficamente para terminar sus días trenzando cuerdas, quizás debido a algunas dulces reminiscencias de su temeraria juventud. Primero nos inició en el arte del thugismo teórico y luego nos ofreció, con mucha amabilidad, mostrarnos su destreza en la práctica, si estábamos de acuerdo en comprarle una oveja. Dijo que quería mostrarnos qué fácil era mandar algo vivo al Más Allá en menos de tres segundos y que todo el secreto de este arte consistía en el rápido y hábil juego de las articulaciones de los dedos de la mano derecha. En cuanto se escuchaba la señal convenida, el fatídico grito de un búho (un ave consagrada a BhavaniKali), un thug aparecía detrás de cada uno de los viajeros que habían caído en la trampa tan hábilmente preparada; incluso a veces se sumaban hasta veinte personas. En un segundo, el rumal estaba alrededor del cuello de la víctima y los bien entrenados dedos de hierro del thug sostenían tensamente los extremos del Tañuelo sagrado»; otro segundo, y las articulaciones de los dedos realizaban su giro artístico, apretando las cervicales, y la víctima caía al suelo, desvalida. ¡Ni un sonido, ni un grito!... Los thugs trabajaban tan rápido como el relámpago. El hombre estrangulado era llevado de inmediato a una sepultura preparada de antemano en el bosque, muchas veces debajo del lecho de algún arroyo o riachuelo reseca. Cualquier rastro de la víctima desaparecía. Hace unos treinta años, cuando no existían los ferrocarriles y cuando no había sistemas de gobierno regulares, ¿quién iba a tener conocimiento o iba a preocuparse de la desaparición de un musulmán o hindú embarcado en un viaje, a no ser su propia familia o parientes cercanos? Además, el país está lleno de tigres cuyo destino es el que se les haga responsables de los pecados de otros así como de los suyos propios. Quienquiera que

desapareciese, la respuesta era siempre la misma: «Los tigres le devoraron».

¡Era un sistema extraordinariamente bien organizado! Ciertos brahmanes, hábiles cómplices, viajaban por toda la India, visitando especialmente las grandes ciudades, parándose en bazares -los clubs sociales de las naciones asiáticas- haciendo preguntas y recogiendo información acerca de quién iba a salir de viaje y adónde se desplazaba; asustaban a los posibles viajeros con cuentos sobre los thugs y luego les aconsejaban unirse a uno u otro grupo de viajeros que, naturalmente, eran thugs disfrazados. Después de haber cogido a esta pobre gente en la trampa, avisaban a los bandidos y recaudaban una parte en proporción al botín total. Durante mucho tiempo estas invisibles y esquivas bandas dispersas por todo el país, que trabajaban en grupos de entre diez y sesenta hombres, gozaban de libertad, pero finalmente fueron cogidos. Las indagaciones revelaron terribles y repulsivos secretos; ricos banqueros, brahmanes oficiantes, rajás de pequeños dominios e incluso algunos funcionarios del gobierno inglés pertenecían a sus bandas. Por el hecho de desenmascarar esto, la Compañía de las Indias Orientales realmente merece la gratitud del pueblo de la India.

No le compramos ninguna oveja al viejo bandido sino que le dimos algo de dinero. Para demostrar su agradecimiento ofreció al Coronel el probar todas las sensaciones previas del rumal en su propio cuello americano prometiéndole, naturalmente, ahorrarle el último famoso «giro». Pero nuestro Presidente se negó generosamente...

A nuestro regreso nos detuvimos en el «Madan-Mahal», otra curiosidad misteriosa. Es una casa construida -nadie sabe por quien y con qué propósito- sobre una enorme pena redonda. Esta piedra (probablemente un pariente de los *cromlech* de los druidas celtas) se *balancea en todas direcciones* junto con la casa al más mínimo toque, y todo el mundo siente la suficiente **curiosidad** como para arriesgarse a entrar en ella. Naturalmente tuvimos curiosidad y salvamos nuestro pellejo gracias a la vigilancia de Narayana, el babú y el Thakur que nos cuidaban como afectuosas niñeras...

¡Los nativos de la India son realmente gente asombrosa! No creo que haya algo en la Naturaleza, por más inestable que sea, donde no puedan

sentarse con la mayor comodidad, después de haber encontrado su equilibrio. Un indio puede saltar sobre un poste o sobre una barra de hierro poco más gruesa que un hilo telegráfico, agarrarse a él con los diez dedos de sus pies, tan largos y tenaces como los de un mono, sentarse en cuclillas y quedarse allí durante horas...

-¡Salaam, saab! -dije una vez a un venerable indio desnudo, sentado como un cuervo sobre la rama de un árbol, cerca del mar-. ¿Está cómodo? ¿No tiene miedo de caerse?

-¿Por qué me iba a caer?... -contestó seriamente, escupiendo un chorro rojo de betel masticado-. ¡No respiro, maam saab!...

-¿Qué quiere decir con que no respira? ¿Puede un hombre quedarse sin respirar? -pregunté, algo sorprendida por esta información-.

-Oh, sí... ahora no respiro. Pero en unos cinco minutos o algo así llenaré de nuevo mis pulmones de aire; entonces me agarraré a la rama... y luego estaré otra vez tranquilamente sentado sin respirar..

Después de esta sorprendente información fisiológica nos fuimos. No pudimos sacar más de este viejo y partimos con la convicción de que podría haber ganado mucho dinero como acróbata en cualquier teatro europeo. Este episodio, sin embargo, «echó por tierra» nuestras reflexiones «científicas».

Habíamos oído recientemente que en la India se sabe que los yoguis y otros practicantes de la *gupta-vidya* (la secreta y sagrada ciencia) han descubierto el secreto de no respirar durante un tiempo de veintiuno a cuarenta y tres minutos seguidos, permaneciendo vivos. Algunos de ellos adquieren la facultad de *hibernar*, como resultado de años de constante práctica diaria. ¡Caen en una especie de sueño, como lo hacen ciertos animales, y permanecen en este estado sin respirar y sin la menor señal de vida, dejándose enterrar durante varias semanas e incluso meses y después vuelven a la vida!... Posteriormente íbamos a ser nosotros mismos testigos de este tipo de cosas, pero cuando recibimos la curiosa contestación de aquel viejo, conocíamos este fenómeno solamente por los libros, las historias de viajeros que lo habían visto con sus propios ojos y por algunos testimonios de los nativos. Según el testimonio de Coathupe -un cirujano

inglés que durante mucho tiempo no creyó en esta habilidad de suspender la respiración, pero finalmente se dio por vencido al encontrarse, como dijo él, «cara a cara con el hecho»-, uno de estos yoguis que él conocía podía perinanecer sin respirar entre siete y doce minutos. La fisiología, sin embargo, enseña terminantemente que, incluso en el caso de sanos buceadores árabes y cingaleses, se produce asfixia antes de un minuto y medio, o como máximo dos minutos después de la completa sumersión del cuerpo. Además, mientras que algunos de nosotros creíamos en la existencia de fuerzas naturales pero ocultas en el hombre que sólo podrán ser manifiestas como resultado de un «entrenamiento» especial, fuerzas de las que la ciencia sabe muy poco debido a su contacto extremadamente superficial con yoguis indos y prestidigitadores, otros, como Miss B., creían en el espiritismo e incluso algunos, como Mr. W., no creían absolutamente en nada. Sin embargo todos nosotros, creyentes y no creyentes, protestamos ante esta extraña declaración. ¿Podíamos creer en estas tonterías? -argüimos-. Hasta entonces éramos tan ingenuos que imaginábamos que sólo esturiones y peces semejantes eran lo suficientemente listos como para aprender de qué manera tenían que absorber la máxima cantidad de aire posible y de llenar con él no solamente sus estómagos, sino también sus vejigas para hacerse más ligeros que el agua y subir a la superficie con mucha más facilidad. ¡Lo que es posible para un esturión es imposible para el hombre!... E incluso si fuese posible para el hombre guardar el aire en circunstancias insólitas, esta facultad debía ser poco común y difícil de obtener. ¡Utilizar este tipo de habilidad para sentarse como un pájaro sobre la rama de un árbol parecía una tontería inaudita!... Decidimos que el viejo había hecho una inútil fanfarronada, probablemente para reírse de los «saabs blancos». Pero más tarde supimos que había descrito correctamente el proceso necesario para esta extraña manera de sentarse.

En aquellos días, sin embargo, nos inclinábamos a resentimos de explicaciones de este tipo y las interpretábamos como burlas. Pero en Jabalpur fuimos testigos de un fenómeno que era incluso más curioso. Cuando estábamos paseando por la orilla del río, por la llamada «avenida de los faquires», el Thakur sugirió entrar en el patio de una pagoda. Es un lugar sagrado y ni a europeos ni a musulmanes les está permitida la entrada. Pero Gulab Lal Singh dijo algo al brahmán principal y entramos. El patio estaba **lleno de** devotos y ascetas, entre los que vimos especialmente a tres faquires ancianos desnudos por completo. De piel

morena, llena de arrugas, tan flacos como esqueletos y sus cabezas cubiertas de una blanca mata de cabellos, estaban sentados, o más bien erguidos, en lo que nos parecieron ser las más *imposibles* de las posturas. Uno de ellos, *literalmente apoyado sólo sobre la palma de su mano derecha*, estaba suspendido perpendicularmente con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba; su cuerpo estaba tan inmóvil como si, en vez de ser un hombre vivo, fuese la rama seca de un árbol. Su cabeza no tocaba el suelo sino que estaba, de la manera más extraña, algo inclinada hacia arriba, y sus ojos miraban directamente al Sol. No puedo asegurar la credibilidad de algunos locuaces habitantes de la ciudad que se habían unido a nuestro grupo y que afirmaban que el asceta pasaba todos los días de su vida desde el mediodía hasta la puesta del sol en esta postura. Pero sí sé que nosotros le observamos *exactamente una hora y veinte minutos*, ¡y durante todo este tiempo el faquir no movió ni un músculo!...

El otro estaba sobre una pierna encima de lo que es conocido como una «piedra sagrada de Siva» de unos trece centímetros de diámetro; la otra pierna la tenía enrollada bajo su vientre y todo su cuerpo estaba inclinado hacia atrás en forma de arco; sus ojos permanecían fijamente dirigidos hacia el sol del mediodía. Tenía las palmas de sus manos unidas como en una oración... Parecía estar pegado a la piedra. Era imposible imaginar por qué medios un hombre podía alcanzar este estado de equilibrio.

El tercero estaba sentado con sus piernas bajo él; pero era totalmente incomprensible cómo podía estar sentado en esa posición. Su asiento era una piedra lingam, no más alta que un mojón de la calle y no más ancha que la circunferencia de la piedra de Siva, en otras palabras trece o posiblemente dieciocho centímetros de diámetro. Sus brazos estaban cruzados detrás de la nuca, y sus uñas habían crecido tanto que entraban profundamente en la carne de su espalda.

-Éste nunca cambia de posición -nos decían-; ha estado sentado en esta postura durante los últimos siete años o algo así...

-¿Y cómo come? - preguntamos asombrados-

Su comida, o más bien bebida, puesto que era leche, le era llevada una vez cada cuarenta y ocho horas desde la pagoda y la vertían por su garganta con la ayuda de una caña de bambú. Sus discípulos (cada asceta

tiene sus complacientes sirvientes, candidatos para la santidad), le quitaban de ahí a medianoche, le lavaban en un estanque y le *colocaban* nuevamente sobre su pedestal como a un objeto inanimado, dado que ya no podía desplegar sus miembros.

-¿Y qué pasa con los otros? -preguntamos señalando a dos de ellos-. Parece como si se estuvieran cayendo. El más ligero codazo les volcada, ¿o no?

-¡ Inténtenlo! -sugirió el Thakur-. Mientras que un hombre está en el estado de *sarnadhi* («trance religioso»), es más fácil romperle en pedazos como si fuese una estatua hecha de arcilla que moverle de su sitio...

Tocar a un asceta en estado de trance era un sacrilegio a los ojos de los hindúes, pero evidentemente el Thakur conocía muy bien las excepciones de la regla. Tuvo otro breve intercambio de palabras con el taciturno brahmán que nos acompañaba y, después de esta consulta, nos dijo que a ninguno de nosotros le estaba permitido tocar al faquir, pero que él personalmente había obtenido el permiso y nos iba a mostrar algo más sorprendente todavía. Al decir esto, se acercó al faquir que estaba sentado sobre una piedra, y cogiéndole cuidadosamente por sus descarnadas caderas, lo levantó y lo colocó a un lado en el suelo. Ni una articulación se movió en el cuerpo del asceta, como si, en vez de un hombre vivo, fuese una estatua de bronce o de piedra. Entonces cogió la pequeña piedra y nos la mostró, pidiéndonos sin embargo que no la tocásemos para no ofender a la multitud. La piedra era redonda y aplanada, con una superficie bastante irregular. Puesta en el suelo, se movía al más ligero toque...

-Vean cuán inestable es este pedestal elegido por el faquir. Bajo el peso del asceta, sin embargo, es tan inmóvil como si estuviese fijado en el suelo.

El Thakur levantó otra vez al faquir y lo colocó nuevamente en su lugar. A pesar de la ley de gravedad que, al parecer, debería haber actuado sobre su cuerpo y cabeza inclinados hacia atrás en un gran arco, el asceta y la piedra parecían haber llegado a unirse sólidamente con el suelo, sin haber sufrido el más mínimo cambio de posición. Cómo son capaces de lograr esto, sólo ellos lo saben. Yo simplemente constato un hecho y no intento explicarlo.

En la puerta de la pagoda nos pusimos los zapatos, pues el Thakur nos había dicho que nos los quitáramos antes de pasar. Dejamos este *Sancta Sanctorum* de misterios centenarios con nuestras mentes más perplejas que antes de haber entrado. En la «avenida de los faquires» encontramos a Narayana, Mulji y el babú a quienes no les había sido permitido entrar. Los tres se habían librado hacía tiempo de las férreas garras de la casta y comían y bebían abiertamente con nosotros. Por esta ofensa estaban condenados al «ostracismo» siendo más despreciados aún que los europeos. Su presencia en la pagoda hubiese corrompido su santidad para siempre, mientras que la contaminación traída por nosotros era solamente temporal; se evaporaría con el hedor de los excrementos que se quemaban después de nuestra partida -el habitual «incienso de purificación» hindú- como se evaporaría una gota de agua sucia a los rayos del Sol.

La India es el país de lo insospechado, incluso desde el punto de vista de un observador europeo corriente; todo aquí está al revés, desde el mover la cabeza de izquierda a derecha que en todas partes es una señal de *negación*, -y aquí es una enfática afirmación- hasta la costumbre del anfitrión de mostrar la puerta al más afable huésped, que de lo contrario, esperaría una semana y podría morir de hambre antes de salir sin estar invitado a hacerlo: todo aquí contradice nuestras ideas occidentales. El preguntar, por ejemplo, cómo está la esposa, incluso si uno la conoce bien, o cuántos hijos tiene un hombre, o si tiene hermanas, es muy ofensivo. Aquí, cuando uno siente que ha llegado el tiempo para que el huésped se vaya, se lo salpica con agua de rosas, se le cuelga una guirnalda de flores alrededor de su cuello, y se le muestra amablemente la puerta diciendo: «Ahora me despido de usted... ¡Vuelva cuando quiera!» Los indos son gente extraña y original, pero su religión es aún más extraña e incomprensible... A excepción de ciertos ritos repugnantes de algunos de sus cultos y abusos por parte de los brahmanes, la religión de los hindúes ha de tener una cualidad profunda y misteriosamente atractiva, si es capaz de apartar hasta a un inglés del camino de la verdad. A continuación expongo, como ejemplo, algo que ocurrió hace algunos años.

Había aparecido un panfleto muy interesante e instructivo cuyo contenido era una ofensa a la ciencia moderna. Se trataba de una edición pequeña escrita en inglés y publicada en Benarés por un médico y cirujano militar llamado N. C. Paul, que era reconocido entre sus compatriotas, los

ingleses, como especialista en fisiología y al mismo tiempo se le consideraba una autoridad en el mundo de la medicina. El panfleto trataba de varios casos de hibernación presenciados por el doctor entre los ascetas, así como el *sarnadhi* y otros fenómenos producidos por los yoguis. Este panfleto que llevaba el título: *Un Tratado de Filosofía Yogui*, alarmó a los representantes de la medicina europea en la India y causó una viva polémica entre anglo-indos y periodistas nativos. El Dr. Paul había dedicado treinta y cinco años al estudio de los increíbles, pero para él totalmente indudables, hechos del «Yoguismo». Con absoluta sinceridad y pesar evidente, confesó que nunca había logrado llegar a los rajá yoguis, pero estableció amigables lazos con faquires y yoguis *laicos*, es decir, aquellos que no ocultan su rango y, llegada la ocasión, permiten a un europeo presenciar ciertos fenómenos. El Dr. Paul no solamente describió algunos de los más extraños que había visto sino que incluso los explicó. La *levitación*, por ejemplo, algo que contradice de forma directa las leyes aceptadas de la gravedad y que fue vehementemente denegado por el astrónomo Babinet, fue explicada por él de manera bastante científica. Pero su cálida amistad con el capitán Seymour fue lo que le permitió penetrar en algunos misterios, hasta entonces supuestamente impenetrables. Hace unos veinticinco años, este capitán causó en la India, y de manera particular en el Ejército, un escándalo sin precedentes. ¡El capitán Seymour, un hombre acaudalado y de buena educación, aceptó el credo brahmánico y se convirtió en yogui! Naturalmente fue declarado loco y, una vez capturado fue devuelto a Inglaterra. Seymour escapó y volvió a la India vestido de *sannyasin*. Fue de nuevo capturado y, a bordo de un vapor, llevado a Londres y encerrado en un manicomio. Tres días después, a pesar de cerrojos y guardias, desapareció de la Institución. Más tarde, sus amigos le vieron en Benarés y el gobernador general recibió una carta de él desde los Himalayas. En esta carta declaró que nunca había estado loco, a pesar de haber sido hospitalizado. Advirtió al gobernador general que no se entrometiese más en sus cosas privadas y afirmó que no volvería nunca más a la sociedad civilizada. «Soy un *yogui* -escribió- y espero alcanzar lo que es el propósito de mi vida: convenirme en rajá yogui antes de morir.» El gobernador no lo comprendió, pero dejó de interesarse por el asunto. Después de ello, ningún europeo le vio excepto el Dr. Paul que, como se cuenta, estuvo en contacto con él hasta sus últimos días e incluso fue dos veces al Himalaya; aparentemente en excursiones *botánicas*. El inspector jefe del departamento médico, que consideró el panfleto del Dr. Paul como «una bofetada directa en la cara de

la ciencia en sus campos de fisiología y patología», ordenó que se compraran todas las copias publicadas a un alto precio, y que se quemaran públicamente, como sacrificio a la Ciencia, sin duda... Como resultado, este panfleto se convirtió en rareza. De los pocos ejemplares que se salvaron, uno se encuentra en la biblioteca del maharajá de Benarés y otro me lo dio el Thakur a mí.

El tren salió hacia Allahabad a las ocho de la tarde y pasamos la noche hasta las seis de la mañana *en route*. Aunque teníamos un vagón de primera clase con sitio para diez, estaba segura de que por varias razones no iba a acostarme esa noche. Así, como había conseguido velas para un candelero poriátil, me preparé para romper la ley ferroviaria durante la noche y leer el panfleto del Dr. Paul, ya que me interesó.

Aproximadamente una hora y media antes de la salida, todos nos fuimos a cenar en una mesa común de la *Cantina de Refrescos*, o sea, el restaurante de la estación de ferrocarril. Nuestra apariencia causó, evidentemente, sensación. Nuestro grupo, en el cual había cuatro indos, ocupaba el final de la mesa en la que estaban sentados unos cincuenta pasajeros de primera clase, todos mirándonos con abierio asombro y desprecio. ¡Europeos en un mismo pie de igualdad con indos!... ¡Indos cenando con europeos! Los murmullos se acrecentaban para convertirse en ruidosas exclamaciones. Y una dama con aires de imporiancia, incapaz de aguantarlo más, se levantó y se fue. Si no hubiese sido por la presencia impresionante de algunos personajes que sin duda alguna les resultaban familiares, como Mr. W. y Miss B., ambos ingleses, y el Coronel, que todos equivocadamente tomaron por un oficial inglés, el escándalo hubiese sido inevitable. Dos ingleses se acercaron al Thakur y después de darle la mano -otro incidente raro- le llevaron aparte como si fuese para hablar de negocios, pero en realidad quedan satisfacer su curiosidad; eran conocidos suyos. No se prestaba ni la más mínima atención a los indos restantes. Aquí nos enteramos por primera vez que estábamos bajo vigilancia policial. El Thakur, señalándonos un capitán de tez muy rosada, con un largo bigote rubio y un traje de verano blanco, me susurró discretamente: «¡Cuidado con él!...» Se trataba de un agente de la policía secreta del departamento político y nos había seguido desde Bombay. Cuando conoció esta grata noticia, el Coronel soltó una fuerle carcajada, lo que doblemente molestó a los nativos de Albión que estaban ocupados en comer. Después supimos que todos los sirvientes del hotel estaban

obligados a espiar. Es costumbre en la India que uno se deje acompañar por sus sirvientes, incluso a una comida; así había detrás de cada uno de nosotros un indo, mientras que detrás del Thakur estaban sus cuatro escuderos y dos sirvientes. De esta forma el enemigo estaba totalmente aislado por este ejército de defensores de piernas desnudas' y los espías del hotel tenían muy poca oportunidad de controlar nuestra conversación. Aparte, no teníamos nada que ocultar. Pero confieso que este estado de cosas tenía un efecto muy negativo sobre mí. Por fin la incómoda cena terminó. Después de acomodarme en el vagón del ferrocarril, empecé a leer el panfleto...

Entre otras cosas interesantes, el Dr. Paul explicaba muy completa y eruditamente el misterio de la periódica suspensión de la respiración por parte de los yoguis, y algún que otro fenómeno que parece del todo imposible, que él mismo había presenciado muchas veces. A continuación presentaré, brevemente, su teoría sobre la «respiración».

Los yoguis han descubrierio el secreto y han adquirido la capacidad del camaleón de asumir todas las apariencias externas y visibles de gordura y flaqueza. Este animal, como es bien sabido, parece a veces muy grande cuando sus pulmones están llenos de aire, pero cuando suelta el aire, su tamaño se reduce a algo muy pequeño. Otros muchos reptiles adquieren, cuando surge la necesidad y por el mismo proceso, la capacidad de nadar a través de anchos ríos, y el exceso de aire que permanece dentro de ellos después de que la sangre ha sido completamente oxigenada, les hace extremadamente vigorosos, tanto en tierra como en el agua. La capacidad de almacenar grandes cantidades de aire en caso de necesidad es una propiedad característica de todos los animales que son propensos a la hibernación. Los antiguos filósofos hindúes, observando esta capacidad, sacaron ventaja de ella y la perfeccionaron. El método empleado por los yoguis, conocido como *Bhastrika Kumbhaka*, consiste en lo siguiente: el yogui que quiere adquirir este arte se aísla en una cueva subterránea, donde la atmósfera es uniforme y más húmeda que en la superficie de la tierra y, por consiguiente, la necesidad de alimento es mucho menor. El apetito del hombre está en proporción a la cantidad de dióxido de carbono que exhala en un determinado periodo de tiempo. Es por ello que los yoguis nunca toman sal y viven únicamente de leche que toman por la noche, sólo una vez al día, pasando las jornadas en un estado semicataléptico. Se mueven muy lentamente para respirar lo menos

posible. El movimiento incrementa la cantidad de dióxido de carbono exhalado, y es por eso que la filosofía de los yoguis prescribe el *evitar el esfuerzo*.

La cantidad de dióxido de carbono exhalado también aumenta cuando se habla fuerte y durante largo espacio de tiempo y se reduce al hablar en voz baja, de for-ina que los yoguis enseñan un hablar lento y tranquilo y muchas veces hacen voto de silencio. El trabajo físico también incrementa la cantidad de dióxido de carbono, mientras que el trabajo mental la reduce. Por consiguiente, el yogui lleva una vida de contemplación y profunda meditación. Los yoguis practican dos métodos, el *padmasana* y el *siddhasana*, que les permite respirar lo menos posible. En palabras de Sukadeva:(1)¹⁹⁵

«Cruza tus piernas; endereza firmemente el cuello y la espalda; coloca las palmas de las manos sobre las rodillas; cierra la boca y empieza a expir-ar enérgicamente a través de ambas ventanas de la nariz. Después inhala y exhala lo más rápidamente posible hasta que te canses. Luego inhala por la ventana derecha de la nariz y, llenando el abdomen con el aire inspirado, deja de respirar y fija la vista en la punta de la nariz. Exhala por la izquierda e inhala por la izquierda. Deja nuevamente de respirar y exhala por la derecha. Luego empieza todo el proceso de nuevo, comenzando con la ventana derecha de la nariz, etc.

Cuando los yoguis son capaces de practicar las posturas reposadas antes mencionadas, por un periodo de tres horas [dice el Dr. Paull, comienzan a pr-acticar el *Pranayama*, un estado de auto-trance, que se caracteriza por profusa transpiración, un temblar del organismo y una sensación de ligereza de la economía animal. Luego practican el *Pratyahara*, otro estado de auto-trance en el que detienen todas las funciones de los sentidos. Después practican el *Dharana*, estado de auto-trance donde se suspenden la sensibilidad y el movimiento voluntario, y el cuerpo es capaz de retener cualquier postura, mientras que se dice que la mente está tranquila en este estado de auto-trance.

Los yoguis, después de alcanzar el estado de *Dharana* (condición cataléptica), aspiran a lo que es llamado *Dhyana*, un estado de auto-trance

¹⁹⁵ 1 Un célebre yogui y hacedor de milagros del siglo II a.C.

en que pretenden ser rodeados por rayos de luz eterna o de electricidad, denominado *Ananta jyotis* (de dos palabras sánscritas que significan «luz eterna» o «todopenetrante»), que según ellos, es el alma universal. Se dice que los yoguis en estado de Dhyana son clarividentes. El Dhyana de los yoguis es el *Turiya avastha* de los vedantinos...

El *Samadhi* es el último estado de auto-trance. En este estado, los yoguis, como el murciélago, el erizo, la marmota, el hárnster y el lirón, adquieren el poder de soportar el aislamiento del aire atmosférico y la privación de comida y bebida. En los últimos veinticinco años han habido tres casos de Samadhi o hibernación humana. El primer caso ocurrió en Calcuta, el segundo en Jaisalmer y el tercero en el Punjab. Yo fui testigo ocular del primer caso.»

Algunos de los fenómenos arriba mencionados fueron presenciados por el Dr. Paul en su realidad objetiva. Hay otros cuya realidad, «habiendo visto que es tan difícil de entender,, no afirma ni niega. Pero garantiza que un yogui puede, a voluntad, suspender o contener su respiración durante cuarenta y tres minutos y doce segundos...

¡Oh, Ciencia!... ¿Eres tú también, como todo lo demás, nada sino *vanitas vanitatum*? La fisiología, representada por el Dr. Lefèvre y otro Doctor en Medicina que le cita, el erudito Alfred Swaine Taylor, miembro de la Real Sociedad y vicepresidente de la Real Sociedad de Médicos, asegura que hasta ahora ni un solo buceador, quienquiera que haya sido, fue capaz de aguantar más de *dos minutos seguidos* de completa sumersión del cuerpo. Y el autor añade que mientras que el hombre no sea un pez, es inconcebible que pueda ser capaz de permanecer bajo el agua ni siquiera *medio minuto más*.(1)¹⁹⁶

Así, ningún argumento nos semra. La ciencia ha decidido y no nos compete a nosotros, simples profanos, el contradecirla. Pero es evidente que nada se sabe todavía en Europa sobre los métodos de los yoguis ni los métodos empleados por los filósofos de la India desde tiempos inmemoriales para «transmutan, gradualmente -como lo hacían- todo el organismo del hombre. Como consecuencia, por lo menos en el caso que

¹⁹⁶ 1 Alfred Swaine Taylor, *The Principles and Practice of Medical Jurisprudence*, 1865 y 1873, vol. II.

nos ocupa, todo lo que nuestros fisiólogos tienen derecho a declarar se limita más o menos a lo siguiente: «Los fenómenos de la vida que hemos estudiado, investigándolos bajo condiciones *conocidas* para nosotros, y que se pueden llamar normales o anormales, los hemos estudiado bien y garantizamos plenamente la exactitud de nuestras conclusiones...». Sin embargo, sería bueno que añadiesen: «Pero como no pretendemos asegurar al mundo que conocemos absolutamente todas las fuerzas de la Naturaleza, conocidas y desconocidas, existentes o posibles de ser desarrolladas bajo condiciones que todavía ignoramos, no reclamamos el derecho de impedir en otros el afán de realizar investigaciones más audaces, en regiones que todavía no hemos alcanzado debido a nuestra gran cautela (y a veces a nuestra timidez moral), un afán que busque el descubrir los fenómenos superiores -aunque raros de la naturaleza humana. Dado que no pretendemos sostener que el organismo humano es completamente incapaz de desarrollar poderes transcendentales, hasta ahora ignorados por la ciencia, que se manifiestan sólo bajo condiciones excepcionales, no queremos mantener a otros investigadores dentro de los límites de nuestros descubrimientos científicos...»

Pronunciando estas nobles y al mismo tiempo modestas palabras, nuestros fisiólogos (incluyendo a nuestro pendenciero Dr. Carpenter) ganarían de inmediato el agradecimiento de la posteridad. Sus eruditos colegas, que ya no temerían tener la fama de ser unos crédulos e irresponsables por su pérdida de las facultades mentales (a pesar de sus anteriores grandes servicios a la Ciencia), emprenderían la investigación de estos fenómenos, seria e imparcialmente, en vez de subrepticamente, como lo hacen ahora algunos de ellos, por miedo de ser cogidos *in fraganti*. Todos los fenómenos del espiritismo pasarían entonces del campo de «suegras» y «abuelas» materializadas y meras adivinaciones, al dominio de la pura ciencia psico-fisiológica, y los célebres «espíritus» probablemente se evaporarían. El Espíritu imperecedero, que «no pertenece a este mundo», sería entonces más accesible y más comprensible para la Humanidad. Esta última entendería entonces la armonía del Todo en el momento en que se diera cuenta cuán estrecha e indisolublemente vinculado está el mundo visible con el invisible. Como lo expresa con profundo entendimiento uno de los estimados científicos rusos, el profesor Butlerov: «Todo esto es objeto de investigación, y el aumento de la suma total de conocimientos solamente puede enriquecer a la Ciencia y no suprimirla. Hay que lograr esto por la estricta observación, la

investigación y la verificación mediante el experimento, y guiarse por *métodos científicos positivos*, como en caso del establecimiento de todos los demás fenómenos naturales. No apelamos a la fe ciega, como se hizo en el pasado, sino a la Ciencia; no para denegar la Ciencia, sino para ampliar su alcance ... ».

Entonces ambos, Haeckel a la cabeza de los evolucionistas y Alfred Russel Wallace a la cabeza de los espiritistas, evidentemente expresan su completa satisfacción. ¿Qué hay en realidad que impida al hombre tener dos principios en su esencia: uno puramente divino y otro puramente animal? No os incumbe ni siquiera a vosotros, grandes científicos, el «dominar las dulces influencias de las Pléyades», incluso si elegís a «Ariuro y sus hijos» como guías en vuestro camino. ¿No se os ha ocurrido nunca aplicar a vuestro propio orgullo intelectual las preguntas que un día hizo «la voz del torbellino de viento» al por mucho tiempo atormentado Job? Aunque hayáis logrado coger al *leviatán* en las profundidades acuosas, atravesando su nariz con un anzuelo, aun, citando las palabras del *Libro de Job* (XXXVIII, 4-17): «¿Dónde estabas al fundar yo la Tierra?... ¿Se te han abierto las puerias de la muerte?» ¿como para hacerte capaz de asegurar positivamente que *aquí*, y no *allí*, es «morada de la luz eterna,>? ... (1)¹⁹⁷

«¡Allahabad,... Allahabad!...», gritaron los revisores. Eran las seis de la mañana cuando nuestro tren, soplando y vibrando, entró ruidosamente en la magnífica estación del ferrocarril de la India oriental. Esto puso un fin repentino a mis ensueños. Todos mis compañeros de viaje se despertaron y empezaron a andar de acá para allá, excepto el Thakur, que tenía el hábito de desaparecer en las estaciones como si le hubiese tragado la tierra. Pero nosotros estábamos acostumbrados a sus extrañas salidas y ni siquiera preguntamos por él. El profesor de sánscrito, el pandita Sunder-LalBhattacharya, nos estaba esperando y nos invitó a todos a su casa. Era un hombre bien parecido y majestuoso, de musculosas piernas desnudas, imponentemente adornado con un rojo chal de cachemir bordado en oro y con un *pagri* brillante sobre su largo cabello negro: así era nuestro anfitrión. Aquí los tipos eran bastante diferentes. Ya no se veían los maharattis de cabezas rapadas, coronadas por sus turbantes en

¹⁹⁷ 1 La traducción parcial al inglés por Vera Johnston, publicada en 1892, no va más allá de este punto. (N. del E. inglés).

forma de casco. Largos cabellos, negras barbas y caros chales que se llevaban como togas romanas con pañuelos sobre las cabezas indefinidas de los panditas de Benarés, se entremezclaban con las chaquetas negras á *la François i llevadas* por los babúes de cabeza descubierta y las gorras blancas de los indos del Norte. En el andén de la estación, el capitán espía estaba mirando a su alrededor, imaginándose a su vez que éramos espías rusos y probablemente pensando que sus oscuras gafas le hacían irreconocible. Sin embargo, no le prestamos atención y partimos en seguida en los carruajes que nos estaban esperando.

En el mismo centro de la nativa o «negra» Allahabad(1) ¹⁹⁸, en un verdadero laberinto de calles, callejones, veredas y jardines, estaba la casa de Sunder-Lal-Bhattacharya a donde estábamos invitados. Eran alrededor de las ocho de la mañana. La casa se encontraba perdida en el rico verdor de unos árboles de teca; parecía como si los rayos del Sol nunca alcanzaran a las espaciosas y oscuras habitaciones de esta casa. A principios de abril, por la mañana, el termómetro estaba a 120° F (48,9° C) a la sombra. A pesar de ello, nos dimos cuenta de repente del intenso calor. El calor abrasador de las provincias del Noroeste y del Rajastán es completamente diferente del de Bombay: en la India Central el sudor sale a raudales del cuerpo y, en esta húmeda y caliente atmósfera, uno se siente como si estuviera en un baño ruso, mientras que en Allahabad uno nunca transpira y la ciudad parece destinada a ser el secador del mundo, desde los ascetas con aspecto de momias -de los que las orillas del Ganges y del Yamuna están llenas- hasta el cultivado espolín que al más mínimo toque es reducido a polvo. Aquí, durante ocho meses al año, hace un calor seco y feroz que parece consurnirte por dentro, abrasándote la garganta con cada respiro, y te seca hasta la misma médula de los huesos, tal como lo haría el ardiente viento del desierto; mientras dura este calor no se puede hacer otra cosa que permanecer inmóvil y evitar hasta el más ligero esfuerzo. Todas las puertas y ventanas de la terraza tienen contraventanas hechas de hierba *kus-kus* de gran fragancia, que son rociadas abundantemente con agua cada cinco o diez minutos. Las habitaciones se mantienen oscuras durante todo el día, lo que le hace imposible a un europeo realizar en ellas

¹⁹⁸ Todas las ciudades en que viven ingleses están divididas en una ciudad *negra* y una *blanca*. A los indos no les está permitido vivir en la última.

cualquier trabajo durante el día.(1) ¹⁹⁹A nuestra llegada, nos sentamos sobre las alfombrillas y mantas y, quedando semi-reclinados sobre los cojines hechos de hojas de palmera, no osábamos movernos. A veces la brisa que pasaba por el húmedo tejido de kus-kus, llevaba un frescor aromático a nuestras caras. Mientras que el *punkah*(2) ²⁰⁰, que se agitaba continuamente sobre nuestras cabezas, removía el aire sofocante, nos permitía respirar de vez en cuando aire artificial en lugar de la agobiante atmósfera.

¹⁹⁹ 1 Los ingleses están tan impregnados por la anticuada formalidad de sus costumbres nacionales de hace siglos, que desde los principios de la colonización de la India hasta 1869 nunca intentaron adaptarse a las condiciones climáticas o al menos modificar la apariencia exterior de sus tribunales de justicia; los jueces y abogados, aún en el agobiante calor, llevaban puestas sus enormes pelucas empolvadas. En el verano de 1869, por fin, el juez titular de Allahabad, teniendo en cierta vista la sensación de estar a punto de desmayarse, se quitó por impulso la peluca... Instantáneamente todas las demás pelucas la siguieron. Ni una sola palabra fue pronunciada durante este episodio. Dándose cuenta de que un cambio en las viejas costumbres era impensable, permanecieron en silencio como si hubiese sido de mutuo acuerdo, y han guardado su silencio hasta hoy. La ley acerca de las pelucas no ha sido derogada, pero al entrar en **el tribunal todo** el mundo se quita silenciosamente su peluca cuando se abre la sesión, y esta innovación a su vez se ha convertido en ley.

²⁰⁰ 2 Los *punkahs* son grandes abanicos. Los hay instalados en todas las habitaciones, especialmente en los dormitorios, y sin ellos uno podría asfixiarse. Consisten en tiras de tela forradas de algodón y extendidas bajo el techo por todo lo ancho de la habitación, a veces en varias filas. Se mueven mediante cuerdas que pasan a través del muro hacia la terraza.

Detrás del muro hay, día y noche, *punkah-wallahs* (coolies) turnándose cada dos horas para agitarlos. Mientras dura este movimiento es imposible escribir, puesto que todo se arremolina en la habitación; los *punkahs* levantan una pequeña tormenta constante y en caso de fuerte transpiración es fácil constiparse.

Pasamos tres días en Allahabad. A las tres de la madrugada salíamos para visitar la ciudad y sus alrededores y volvíamos sobre las siete para el desayuno. Después todos nos echábamos sobre las alfombrillas en la oscura sala debajo de los punkalis y doriníamos hasta las cuatro de la tarde. Luego, tras tomar un té «con hielo», retornábamos nuevamente nuestra expedición de investigar antigüedades, regresando después de las nueve de la tarde para nuestra *cena*. Nunca dormíamos por la noche sino que nos sentábamos en el jardín y respirábamos hasta el amanecer...

La ciudad se encuentra en el límite sudoriental del Doab, el «País de los Dos Ríos», sobre un promontorio arenoso formado por la confluencia del Ganges y el Yamuna. Este último tiene su nacimiento en un grupo de montañas llamadas «Jumnatri», de un manantial que está borboteando entre rocas cubiertas de eterna nieve, a una altura de 3309 m. sobre el nivel del mar. Aquí, en Allahabad, los dos ríos son igual de anchos pero el Ganges es más profundo y sus aguas son más puras que las del Yamuna. Corren de manera amigable en el mismo lecho, uno al lado del otro, pero sin mezclar sus aguas, de forma que las olas del Yamuna se extienden como una cinta azul a lo largo de las aguas amarillentas del Ganges. Los nativos llaman a este lugar *Triveni* («los tres ríos»), ya que allí fluye también un río subterráneo, el Sarasvati, un fugitivo perdido cuyas aguas repentinamente desaparecen en el desierto de Sirhind. Después de regar las raíces del árbol sagrado que crece en las cuevas subterráneas (las «Catacumbas de la Fortaleza»), el río sale de repente de nuevo a la luz bajo una torre de la fortaleza de Allahabad, y como si se avergonzara de su conducta, rápidamente corre hacia un lado; y después de formar una pequeña isla, se une con sus dos hermanos, a bastante distancia aguas abajo de la ciudad. Una leyenda en uno de los más antiguos *Puranas*(1)²⁰¹ nos cuenta la historia del río, asegurándonos que en realidad es la esposa de Br-ahma, Sarasvati, «La Diosa del Conocimiento y las Ciencias Ocultas», que tenía que sonrojarse de vergüenza a causa de su propia imprudencia. Un día, cuando paseaba por el desierto con un libro en la mano, estaba tan profundamente absorta en la lectura que no se dio cuenta de cómo fue rodeada por un tropel de demonios que gritaban de forma muy ruidosa. Avergonzada por su negligencia, se hundió al instante en la arena del desierto desapareciendo de la superficie de la tierra, y sólo

²⁰¹ 1 Purana significa «antiguo» o «arcaico». Son colecciones de las más antiguas leyendas religiosas del país, altamente veneradas por los nativos.

reapareció en *Prayaga* (nombre antiguo de Allahabad), donde continuó su rumbo junto a sus hermanos mundanos.

La ciudad «blanca» (donde viven los europeos) se encuentra muy alejada de la ciudad «negra» de los nativos. Tiene enormes bulevares anchos, que se entrecruzan y están bordeados por magníficos árboles con abundantes ardillas que saltan entre sus ramas. Entre espaciosos jardines con patios, protegidos por muros por todos los lados, se encuentran los bungalows de los ingleses que parecen más chalets en las afueras que casas de la ciudad. La ciudad «blanca» no es en absoluto una ciudad. A excepción de algunas amplias plazas, Allahabad es como un parque gigantesco de cincuenta y un kilómetros de circunferencia, en donde, a una distancia de aproximadamente medio kilómetro entre sí, se encuentran los chalets antes mencionados. Aquí, una altiva colonia de británicos, nostálgicos de su brumosa patria, intenta crear alrededor suyo un Londres artificial. La etiqueta reina como un tirano implacable. Las damas, desde primeras horas de la mañana, pasan su tiempo estrechamente encorsetadas, haciéndose ceremoniosas visitas las unas a las otras; dos veces a la semana se celebra una formal «puja» de alta sociedad: una recepción oficial. Cenas protocolarias de buenos amigos son llamadas «cenas simples», pero a estas comidas amistosas, los caballeros acuden con frac y blancas corbatas y las damas con trajes de noche y diamantes. ¡Y todo esto a una temperatura de 120° F (48,9° C)!... Cenan a las ocho de la tarde y se van a casa alrededor de las diez, debido a que aquí todo el mundo se levanta a las cinco de la madrugada. ¡Una vida muy intelectual en todos los aspectos!... Durante nuestra primera estancia en Allahabad, ninguno de nosotros se imaginaba que fuese necesario dejar nuestras tarjetas con la diosa-patrona local: Lady Cooper; por esta razón nuestro grupo fue mirado con un recelo más grande si cabe. ¿Quién sino «espías rusos» se atreverían a mostrar tal desprecio por la representante de la Emperatriz de la India en las provincias del Noroeste?...

El primer día visitamos la fortaleza, después de haber conseguido con gran dificultad un permiso especial del comandante. Probablemente por tener miedo de que fuésemos a dibujar planos de la fortaleza, los ingleses enviaron media docena de agentes para vigilarnos; policías musulmanes nos seguían como sombras y en la distancia se podía ver a nuestro amigo, el rubio espía *en chef* de mejillas rosadas, el capitán Lang. Podría haberse ahorrado sus preocupaciones; cara a cara con estos antiguos restos de la

hace tiempo suntuosa Prayaga, capital de la India brahmánica, luego budista y finalmente musulmana, estábamos sumergidos en una profunda contemplación del pasado y nos habíamos olvidado totalmente del presente.

Prayaga-Allahabad es uno de los más antiguos lugares de la India que tiene una estrecha relación con su pasada y algo nebulosa historia. Fue aquí donde los rishis del periodo védico, los grandes patriarcas y poetas inspirados de la India, compusieron por primera vez sus comentarios, los *Brahmanas*, inspirados por un apasionado fervor religioso -un sentimiento que es siempre peligroso en sus consecuencias para futuras generaciones, ya que, al guardar cuidadosamente las verdades filosóficas de una posible profanación por las masas ignorantes, las aleja de dichas masas, abandonando a éstas a sus propias opiniones-. Con ello, los rishis fueron los primeros en sembrar las infortunadas semillas de la idolatría, en la india. Al ocultar bajo el poético manto de alegorías y emblemas sus ideas abstractas de los atributos de la Deidad -que sólo ellos percibían en su infinita contemplación del mundo- y en su esfuerzo de hacer estos atributos abstractos asequibles para las masas sin profanarlos, cada uno de dichos atributos, separados, se fue transformando muy pronto en un Dios o Diosa particular. Por esta razón es por lo que la gente «tomó simpatía a los ídolos». Desde aquel tiempo vieron verdad en la mentira y mentira en la verdad; esta última, sin embargo, se quedó por completo en las celosas manos del antiguo y erudito clero. En el Antiguo Egipto, en Grecia, en Caldea, y en suma, en todas partes, nos encontramos con un estado de cosas similar. No es nada sorprendente que Sarasvati, la Diosa de las Ciencias Ocultas de la Naturaleza, tenga que esconderse muy profundarriente bajo tierra de los malvados ojos de los demonios del materialismo; se manifiesta sólo a aquellos que la persiguen incansable y tenazmente y que investigan en las puras fuentes de sus vivas aguas; sin embargo, en el mundo, a los ojos de las masas supersticiosas, aparece cabalgando sobre un orgulloso pavo real cuya cola, llena de ojos, está desplegada a la luz del Sol, pero que sus verdaderos ojos son ciegos a la luz del día... Es sólo a los primeros, a aquellos que tienen sed de sus enseñanzas, a los que ella acaricia, apagando su ardiente sed de devotos seguidores, calmando su incesante anhelo por lo desconocido que para todos los demás es inalcanzable. Pero ¡ay!, los directos descendientes de los rishis de la india y de los hierofantes del Antiguo Egipto son pocos,

mientras que el nombre de los indignos, los supuestamente «iniciados», es enorme :

Las tradiciones del Rajastán mencionan a Prayaga como una de las más antiguas fortalezas de los rajputs. Aquí fue donde los chatrias arios, siguiendo su instinto militar, construyeron fortalezas que más tarde les consolidaron todas sus posteriores conquistas en los valles superiores del Yamuna y del Ganges, y les permitieron por muchos siglos imponer respeto y temor a toda la baja Bengala. En la época del Imperio Macedónico, Prayaga estaba situada exactamente en este lugar, cerca de la confluencia de los dos ríos. De acuerdo con la antigua crónica de la noble familia Yadu de Jaisalmer, «los prachyas, descendientes de *Puru* de *Puruyaga* (Prayaga), recibieron a Megastenes, el embajador de Seleuco, quien fue enviado para cerrar un tratado con Sandracottus, rey de los prasios, en su *antigua* ciudad». Más de mil años después, en el siglo séptimo, se menciona una fiesta dada por Siladitya en honor a un viajero chino, el devoto budista Hiouen-Thsang. En aquellos días, el Budismo, que casi había desterrado a los Dioses de la India, estaba decayendo rápidamente, y poco después de la fiesta antes mencionada, hubo una enorme reanimación del Brahmanismo contemporáneo, o mejor dicho, del Hinduísmo. Pero desde los primeros días del periodo védico, hasta el tiempo en que este chino devoto se afligió por la decadencia del Budismo, Prayaga nunca dejó de ser, después de Benarés, el lugar más sagrado de la India, y fue llamado «campo de felicidad», donde la insignificante moneda de cobre de una viuda era apreciada igual que la ofrenda de un *lakh*(1)²⁰² de oro. La famosa columna del rey Asoka, erigida en el 250 a.C., sigue estando todavía hoy en medio de la fortaleza. Allá, a cien metros hacia un lado, se puede ver la oscura entrada a las cuevas subterráneas, en una de las cuales crece un espeso árbol que más parecía un tocón, con varias ramas secas. Augurios hindúes dicen que estas ramas florecen una vez al año en el sagrado día de Visnú.

Cuando nos acercábamos a la explanada de la fortaleza, nuestra atención se dirigió a un montón de piedras. En este lugar estuvo hace tiempo la mezquita de Jami Masjid, construida en la época de Sha Jalian y conocida en toda la India. Los ingleses, después de haberla tomado a la fuerza de los musulmanes y sin razón aparente, la convirtieron primero en cuartel, luego

²⁰² 1 Un lakh equivale a 100 000 rupias.

hicieron de ella una comisaría para uno de los regimientos, y más tarde, cuando el regimiento se había marchado, fue demolida por alguna misteriosa razón estratégica. «Vergonzosa e inmerecidamente privamos a nuestros súbditos musulmanes de uno de sus santuarios venerados, sin ni siquiera darles una rupia en recompensa», -escribe el coronel Heriry George Keen en su obra *El Imperio Mogol-*; Allahabad fue hecha capital de las provincias del Noroeste sólo después de la sublevación de 1857 y se convirtió en la residencia de las autoridades después de que fueran derrotadas en Agra.

Más hacia el norte de la forialeza están las ruinas de la *vieja* «ciudad blanca». Ahí estalló la sublevación del 6º regimiento bengalí cipayo de la infantería nativa, el 5 de junio de 1857. Los oficiales, que estaban reunidos en el comedor a esa hora, corrieron hacia el patio cuando oyeron los gritos y las violentas amenazas. Según recuerdo, unos veintitrés de ellos fueron instantáneamente fusilados. Los amotinados saquearon el tesoro, irrumpieron en la prisión, liberaron a los prisioneros, quemaron todas las casas de la «ciudad blanca» y asesinaron alrededor de cien europeos. El resto de los europeos lograron refugiarse en la fortaleza, donde cuatrocientos sikhs, siempre fieles a su palabra, los protegieron de su propia gente, y de esta manera salvaron la guarnición, y a las mujeres y a los niños de una muerte segura. Al reconocer a los sikhs como la gente más valiente de la India (a excepción de los rajputs), los ingleses, constantemente -por agradecimiento, sin duda- han intentado desarmarlos de todas las formas posibles, pero no consiguen su propósito. No pueden aceptar la idea de que otros sean más honestos que ellos y que haya gente que cumpla su palabra.

La fortaleza de Allahabad y el castillo forlificado que hay dentro, fueron contruidos por el gran emperador Akbar alrededor del 1575 d.C. sobre las ruinas de una antigua ciudad budista. Prayaga es la capital más antigua de la dinastía lunar (o *Sornavansa*) de los chatrias. Las bellezas arquitectónicas de la época de Akbar -sus altas torres, las majestuosas cúpulas elevándose por encima de las galerías enrejadas, las arcadas y las murallas decoradas, los pequeños balcones que había visto y descrito Heber, o cualquiera de las vistas que tanto encantaron al obispo hace unos sesenta años- ya no existen. Las manos de vándalos corrientes -los ingleses de la Compañía de las indias Orientales- tiraron abajo los balcones, alisaron, rellenaron y nivelaron las esculturas mauritanas de los

muros exteriores e interiores, cubriendo todo con estuco de la forma más horrible. Un objeto todo-redentor permanece en la fortaleza: la columna de Asoka, que está ahí más de dos mil años.

Hay muchas columnas, especialmente en Egipto, que son más altas y majestuosas que ésta, pero difícilmente exista otra que sea de mayor interés para un arqueólogo o un filólogo. Sus inscripciones revelan a un paciente criplógrafo o filólogo todo un panorama del mundo antiguo, todavía tan poco conocido por nosotros. Podemos estudiar en estas inscripciones los más íntimos pensamientos de los arquitectos reales, seguir el cambio gradual de ideas y conceptos, y presenciar más de veinte siglos de luchas entre varios pueblos de diferentes creencias religiosas, que combatieron, hermano contra hermano, desde los albores de la Historia e inundaron al mundo con su sangre, cada uno en el nombre de aquello que él pensaba era la sagrada *verdad* y que su hermano consideraba como pecaminosa herejía.

La altura de esta columna, excluyendo la base, es de sólo 10,5 m.; tiene forma cónica, estrechándose hacia arriba; en la base, su diámetro es de 1,06 m. mientras que en la parte superior mide 60 cm. Las tres diferentes inscripciones pertenecen a reyes de tres épocas distintas: Asoka, Samudra Gupta y Jahangir, un budista, un semi-brahmán y un musulmán, respectivamente. Asoka erigió la columna para immortalizar sus edictos emitidos para difundir el Budismo. Samudra Gupta, en el segundo siglo de nuestra Era, aprovechó la oportunidad para grabar en ella el inventario de sus inmensas posesiones en la India, que se extendían desde Nepal hasta Deccán y desde Gujarat hasta Assam. Finalmente, la columna que entretanto había caído y sido olvidada, fue de nuevo colocada sobre su antigua base y limpiada del polvo de siglos por el emperador mogol, Jahangir, que grabó sobre ella la fecha de su ascensión al trono (1605). Adicionalmente a estas inscripciones hay otras muchas que contienen los nombres de potentados, peregrinos, hindúes convertidos al Budismo y de viajeros del primer siglo de nuestra Era hasta el último.

Las inscripciones del rey Asoka en la columna difieren notablemente de las demás; primero, porque pueden ser encontradas frecuentemente sobre otros muchos monumentos; y segundo, porque invariablemente comienzan con la frase estereotipada: «*Devanampiyē Piyadasi laja hevā aha*» («el Amado de los Dioses, rey Piyadasi»). La historia nos cuenta que el rey

Piyadasi heredó la corona de su padre en Ceilán 236 años después del nacimiento de Gautama (el Buda). Como budista ferviente, persuadió al rey indo Asoka (llamado también Dharmasoka) a enviar a su segundo hijo Mahinda y su hija Sarnghamitta, acompañados de monjes y monjas como peregrinos, con el fin de difundir el Budismo por toda la India. Según el *Mahavansa(1)* ²⁰³, el ardor religioso de este antiguo rey y el de sus hijos por las nuevas enseñanzas fue tan grande que incluso la reina *Anula*, por sugerencia del rey, se fue como peregrina para predicar la religión de la verdad, acompañada por *bhikshus* («monjes mendicantes»), que eran sus propios súbditos, y más tarde ella misma se convirtió en *bhikshuni* («monja»)(1) ²⁰⁴. Asoka, que probablemente consideró al rey Piyadasi como apóstol del Buda, hace constantemente referencia a él en sus inscripciones. «Así dice el rey Devanampiya Piyadasi ... » se utilizó como frase introductoria sacramental de cada nuevo párrafo.

Cito aquí unos extractos de algunas de las más interesantes inscripciones de esta columna:

²⁰³ 1 George Turnour tradujo del pali este manuscrito que es el más antiguo de Ceilán. Ver *The Mahawanso*, Ceilán, 1837.

²⁰⁴ ' El texto original ruso de este párrafo es bastante confuso y contiene errores obvios que son bastante difíciles de desentrañar. Hemos intentado clarificar el significado haciendo las mínimas correcciones posibles.

Asoka era rey de Magadha en la India y Devanampiya-Tissa era el hermano de un sub-rey de Ceilán llamado Mahanaga. Este último estaba casado con Anula, la hija del rey de Ccilán cuyo nombre era Mulasiva. De acuerdo con el *Diccionario de Nombres Propios Palis* de G. P. Malalasekera, Devanampiya-Tissa Y su cuñada fueron convertidos al Budismo por Mahinda, el hijo de Asoka. Después de que Anula y sus quinientas mujeres oyesen el sermón de Mahinda, quisieron convertirse en monjas budistas. A Sarnghamitta, la hija de Asoka y hermana de Mahinda, se le rogó venir a Ccilán desde la India para ordenarlas. Ella trajo consigo una rama del árbol Bodhi. (N. del E. inglés)

«Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: En el vigésimo séptimo año de mi unción.⁽²⁾ ²⁰⁵He hecho que este edicto religioso se publique por escrito. Reconozco y confieso los defectos que he guardado en mi corazón. Por el amor de la virtud, a cuyo lado todo lo demás es como pecado -por el estricto examen del pecado- y por el ferviente deseo de que se rindan cuentas del pecado -por el miedo al pecado y la enormidad del pecado-, que por todo ello mis ojos sean fortalecidos y confirmados (en la rectitud).

La visión de la religión y el amor a la religión crecen por impulso propio y siempre crecerán, y mi pueblo, tanto los laicos (*grihasta*) como los sacerdotes (*ascetas*), todos los seres mortales, son unidos por ella y siguen el mismo camino, y sobre todo, habiendo alcanzado el dominio sobre sus pasiones, llegan a ser altamente sabios. Porque esto es, en efecto, la verdadera sabiduría: es sostenida y ligada por (consiste en) la religión; por la religión que protege, la religión que enseña obras piadosas, la religión que otorga (el único y verdadero) placer.

Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: En la religión está la principal importancia, la religión consiste en buenas obras; en no omitir actos como la misericordia y la caridad, la pureza y la castidad; (éstos son) para mí la tarea sagrada de mi consagración. (3) ²⁰⁶Múltiples han sido las obras benévolas realizadas por mí hacia los pobres y afligidos, hacia los bípedos y cuadrúpedos, hacia las aves del aire y lo que se mueve en las aguas. Sin considerar las cosas inanimadas, muchas cosas excelentes han sido hechas por mí. A este propósito se promulga **el presente edicto; que todos le presten atención (o lo tengan en cuenta), y lo hagan perdurar a través de las edades venideras; y aquel que obra conforme a ello alcanzará eterna felicidad (o se unirá con Sugata).**»

Sigue una enumeración de los nueve pecados que se conocen bajo el nombre de *azinave* y, de acuerdo con las enseñanzas del Buda, uno debe

²⁰⁵ 2 Para su comprobación compare con *el Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. VI, N°. 67, julio 1873.

²⁰⁶ 3 Sumangala, Sumo Sacerdote budista de Ceilán, en una de sus cartas me explicó esta frase diciendo que Piyadasi era el primero en pedir, en el nombre de las siete virtudes capitales, ser ungido de nuevo en su consagración al Budismo. [H. P. Blavatsky]

evitarlos: «la ira, la crueldad, el robo, el orgullo, la envidia, el abatimiento, la embriaguez, el adulterio y el asesinato».(1) ²⁰⁷En la parte oeste de la columna están grabadas las reglas concernientes a la relación de los ascetas y los castigos en nombre del Buda, y a la amnistía de criminales durante tres días especiales. Qué días son, no se indica. En el lado sur, encontramos la enumeración de los pájaros y animales cuya matanza es un pecado; después sigue la inscripción más interesante, que arroja una brillante luz sobre toda la vida de este regio apóstol del Budismo. Dice:

«Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: En el duodécimo año de mi unción, un edicto religioso fue publicado para el placer y provecho del mundo; después de haber destruido aquel (documento) y considerando mi antigua religión como pecado, proclamo ahora para el beneficio del mundo este hecho. Por ello lo hago destruir (ante mis nobles, ante mis familiares cercanos y mis subordinados, a pesar de todo el placer que tenga que abandonar con ello); y proclamo lo mismo en todas las congregaciones; mientras que ruego con toda variedad de oraciones por aquellos cuyo credo difiere del mío para que siguiendo mi propio ejemplo alcancen conmigo la eterna salvación; con este fin el presente edicto religioso es promulgado en el vigesimoséptimo año de mi unción.

Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: Reyes de los antiguos tiempos se han ido al cielo con estos mismos deseos. ¿Cómo entonces puede ser

²⁰⁷ ' La parte final de esta inscripción es como sigue:

«Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: Todo lo que parece ser virtuoso y bueno tiene que ser considerado bueno y virtuoso por mí, y si tiene una tendencia mala, no puede ser menos que considerado como malo por mí o nombrado entre los *azinave* (¿los nueve pecados?). Los ojos han sido dados (al hombre) para distinguir entre las dos cualidades (entre lo bueno y lo malo): según la capacidad de los ojos pueden éstos observar. Entre las nueve transgresiones menores se encuentran las siguientes: malicia, dureza de corazón, ira, orgullo, envidia. Estas malas obras, de nueve tipos, no deben ser mencionadas de ninguna manera. Deberían considerarse como adversas (o prohibidas). Que este decreto se imprima en mi corazón, que las aprecie con toda mi alma.» (N. del E. inglés)

engrandecida (o crecer en gracia) la religión entre los seres humanos? Sí, por la conversión de los de cuna humilde crecerá la religión.

Así habló el rey Devanampiya Piyadasi: El momento presente y el pasado han panido con las mismas ardientes esper-anzas. ¿Cómo puede ser engrandecida la religión por la conversión de alguien de regia cuna? Si la religión crece por la conversión de los de baja cuna, ¿cuánto más crecerá por la convicción de los de alta cuna y su conversión? Entre quienes permanezca el nombre de Dios, en verdad ahí hay religión (o en verdad ahí crecerá la viriud) ... »(1)²⁰⁸

En este caso el «nombre de Dios» es un sinónimo de «Nirvana», cuyo significado (a pesar de las opiniones de Eugéne Burnotif, Barthélemy Saint-Hilaire & Cía., o incluso las del profesor Max Müller) ha escapado constantemente a los eruditos del sánscrito y a los intérpretes del Budismo. Hasta hoy no se ha comprendido de forma correcta, porque es definido y comentado sólo en base al significado de la *letra muerta*.

Los más eruditos sacerdotes budistas de Ceilán, Birmania y Siam protestan contra estas interpretaciones diversas. Es verdad que los budistas no creen en un Dios individual como una personalidad independiente del Universo, pero su *summum bonum o Nirvana*, es idéntico al *Moksha* de los brahmanes. Es la unión final de una *partícula* infinitesimal, que en su separatividad es limitada, con el ¡limitado e infinito *Todo*; es la vida eterna

²⁰⁸ 1 La aparición de la palabra Dios en una inscripción budista se convirtió en una constante fuente de disputa entre los eruditos del sánscrito. «Los budistas son ateístas; no creen en Dios, ni en la inmortalidad del alma», dicen muchos. «Esta expresión de Piyadasi es *una reminiscencia de su antigua religión*: un término equivocado.» Me permito afirmar con seguridad que este punto de vista es absolutamente falso. Un budista, si ha sido instruido en y está familiarizado con los *Sutras*, la filosofía pura del Buda, cree tanto en una deidad -aunque, es verdad, en una deidad impersonal- como en una vida después de la muerte. Mi convicción no se basa en deducciones personales sino en cinco años de constante correspondencia con budistas eruditos de Ceilán y Birmania, miembros de la Sociedad Teosófica. No es culpa del Budismo el que hasta hoy nuestros científicos no sean capaces de entender su metafísica sutil y compleja. [H.P.B.]

y conciente para el alma en la quintaesencia del espíritu divino. El alma es una chispa temporalmente separada, atraída y sumergida nuevamente en el inmenso y llameante océano del *Alma Universal*.- la fuente primordial de *Todo*. Pero esta absorción final del alma individual, purificada de todo aquello que es mundano y pecaminoso, en el «Alma del Universo» (*Anima Mundi*) no significa la desaparición o «completa aniquilación» del alma humana. Al exponemos esta teoría, el joven Dhanimapadajoti singalés, un monje muy instruido, rompió un pequeño frasco de cristal lleno de mercurio y, dejándolo caer en un plato, empezó a agitarlo de un lado a otro. Las gotas del mercurio se separaban unas de las otras, pero al más ligero contacto entre ellas se entremezclaban nuevamente.

-Aquí tienen al Nirvana y las almas -dijo-.

-¿Por qué entonces se considera tan difícil alcanzar el Nirvana? -preguntó uno de nuestro grupo-. Con la mutua atracción existente, cada alma, debido a su idéntica naturaleza con el *Alma Universal*, una vez liberada de sus cadenas mundanas, tendría que ser capaz de entrar en el Nirvana.

-Ciertamente, pero esta mutua atracción existe sólo bajo la condición de la absoluta pureza de sus partículas separadas. ¡Mire lo que va a suceder ahora!

Después de haber esparcido un poco de cenizas y polvo sobre otro platillo, dejó caer las gotas de mercurio en esta suciedad y añadió una gota de aceite. Las gotas, antes tan vivas, permanecían ahora quietas sobre el fondo del platillo, espesamente cubiertas de suciedad. Los intentos de acercarlas más a la gota más grande de mercurio fueron en balde; no se mezclarían con ella...

-Así son las consecuencias de la contaminación terrestre -explicó Dhanimapadajoti-. Hasta que el alma no esté limpia de la última partícula terrestre, no puede entrar en el Nirvana ni vivir la vida eterna dentro de la esencia divina.

-¿Cree usted entonces en la vida más allá de la tumba?

Dharrimapadajoti se rió, pareciendo mostrar un ligero desprecio.

-Creemos en ella, naturalmente, pero intentamos evitar que tarde demasiado, ya que esto significaría un gran, aunque quizás merecido, pesar, como castigo de nuestros pecados. Vivir significa sentir y sufrir; no vivir, sino permanecer en el Nirvana, es sinónimo de eterna bienaventuranza.

-¿Pero significaría esto que ustedes buscan la *aniquilación* del alma?

-De ninguna manera. Sólo procuramos aniquilar los sufrimientos que son inseparables de la vida individual; intentamos alcanzar la felicidad incondicional en unión con el Alma Universal Suprema. Solamente el Todo es infinito y perfecto; en la separatividad, cada partícula se toma en finita y llena de imperfecciones y defectos.

Dejo todas las demás explicaciones a los metafísicos. Mi intención es sólo demostrar que nuestras más grandes autoridades en la filosofía del Budismo andan a tientas en este aspecto. Aquí hay otra prueba: en el primer volumen de sus conferencias, *Chips from a German Workshop*, en el capítulo sobre «El significado del Nirvana»,⁽¹⁾ ²⁰⁹el profesor Max Müller, en una respuesta indignada a algún contrincante, intenta demostrar, basándose en el hecho de que la palabra Nirvana significa algo que desaparece o se extingue como la llama de una vela, que este significado basta para explicar claramente la religión budista. Según él, los budistas creen en la aniquilación del alma individual y anhelan solamente una cosa: dejar de existir algún día. En este artículo de Max Müller, el Buda aparece como un «ateísta» o un «egotista» (en el sentido metafísico de las palabras). Predica la bienaventuranza, «una recaída en aquel ser que no es otra cosa que él mismo». Pero para la gran sorpresa e incluso pesar de sus seguidores, que ya se habían acostumbrado al *mot d'ordre* del eminente científico que clasifica a todos los budistas como «ateístas y nihilistas», el estimado filólogo de repente da una inesperada *volte face*. En 1869, en una conferencia pública en Kiel, en una de las reuniones de la Asociación de Filólogos Alemanes, Max Müller anunció ante una gran asamblea su «argumento sostenida opinión» de que *el ateísmo no tiene nada que ver en absoluto con las enseñanzas del Buda*, y que es

²⁰⁹*Chips from a German Workshop*, vol. I, Conferencia de abril 1857.

definitivamente un gran error pensar que el Nirvana signifique en realidad la aniquilación del alma individual.(1)²¹⁰

Teniendo esto en cuenta, ¿habrá alguien que no esté de acuerdo con nosotros cuando decimos que «los grandes científicos» muchas veces abusan de su autoridad? Debemos recordar que el profesor Max Müller era reconocido como autoridad en asuntos de filología y antiguas religiones lo mismo en 1857 que en 1869. Para afirmar de manera dogmática que los antiguos creían esto o lo otro, uno tiene que penetrar primero en las profundidades de su pensamiento y entender no sólo su lenguaje, sino también sus notables ideas metafísicas; esto únicamente se puede hacer comparando *todas* las filosofías antiguas, ya que cada una tomada por separado es incomprensible... «Pero esto -se nos puede decir- es lo que están haciendo ahora nuestros filólogos, con el profesor Max Müller a la cabeza.» Sí, pero desgraciadamente las comparan sólo con la letra muerta; el espíritu vivo las ha esquivado constantemente en la sofocante y brumosa atmósfera del materialismo... El estudio exclusivo de los *Sutras*, de las enseñanzas del Buda (el primer volumen del *Tripitaka* o «Las Tres Cestas»), y del tercer volumen de la misma obra (obra que vierte nueva luz sobre las enseñanzas del Buda y las completa), «El Sistema de la Metafísica» de Kasyapa, el amigo y discípulo del Buda, podrían iluminar la oscuridad llamada Budismo o la «Filosofía del Buda». En los *Sutras* la realidad del mundo objetivo es llamada la ilusión de los sentidos; se demuestra que la realidad de las formas y todas las sustancias son peligrosas ilusiones; incluso la aparente realidad de la individualidad o del ego es rechazada. Pero precisamente aquello cuya existencia es denegada por todos los materialistas contemporáneos, aquello que intentan erradicar de la faz de la Tierra llamándolo mero desvarío e infundada especulación, los *Sutras* lo declaran la <única realidad en un mundo de ilusiones> y la «metafísica de Kasyapa» explica por qué es esto así. Esta realidad es el *ego espiritual* del hombre, un ego totalmente separado y distinto de la materia, incluso de la más sublimada. Únicamente la causalidad es realidad, ya que no tiene principio ni fin, ni pasado ni futuro, existiendo para siempre en el presente, y todas sus acciones son sólo fenómenos temporales y secundarios, <relámpagos en un océano de electricidad >. Todo pasa, todo cambia en su forma objetiva y, estando

²¹⁰ Ver *Trübners American and Oriental Literary Record*, 16 de octubre, 1869.

sujeto a la división en el tiempo y a la medición, todo es ilusión. La causalidad, sin embargo, es ilimitada e infinita y no puede ser medida; así *es la única realidad*.

Nirvana es *nada* porque es *Todo*. Parabrahman no tiene ni conciencia ni voluntad ya que es la absoluta «Conciencia Universal» y la voluntad *incondicionada*. La infinita Mónada de Pitágoras, sin principio ni causa, es la *causa primordial* de todo; después de la creación de la tríada, la Mónada que «mora en oscuridad y silencio», vuelve a entrar nuevamente en su morada invisible e intangible. Y aún así, de acuerdo con Proclo, esta Mónada es el «Dios eterno» y todo el Universo gravita a su alrededor. Los cabalistas hebreos igualmente conciben a su *Ain Soph* como inconciente y desprovisto de voluntad, ya que es la *causa sin causa*, y la traducción literal de la palabra *Ain* implica la negación de la palabra siguiente: *nada*. «El espíritu no tiene ninguna forma exterior y así no se puede decir de él que exista», enseña la obra budista *Prajña Paramita* («la Perfección de la Sabiduría»):

-¿Qué es el Nirvana? -pregunta el rey Milinda al *arhat* santo Nagasena-.

¿Por qué conducen los frutos de los *cuatro* caminos de su virtud al Nirvana? ¿Cuál es la causa de la existencia?

-El camino hacia el Nirvana se puede señalar, pero su causa no la conoce nadie -contesta el sabio-.

-¿Por qué?

-Porque el Nirvana es la causalidad misma. Lo que constituye al Nirvana -más allá de toda formulación- es un misterjo que aparte de su propia naturaleza no puede ser alcanzado por la mente humana. El ojo no puede verlo, el oído no puede oírlo, la nariz no puede olerlo, la lengua no puede saborearlo, ni el cuerpo sentirlo.

-¿Por ello, oh Nagasena, el Nirvana no existe?

-Gran Rey, el Nirvana no *existe* sino *es*.

Sin embargo, ya es hora de volver a nuestro mundo de «ilusiones» y de continuar con nuestro examen de la columna de Asoka.

CAPÍTULO XXIV

EL AKSHAYA VATA - EL KHUSRU-BAGH - LA ESTATUA DE HANUMAN

BABA SANNYASIN - MEDICINA HERBOLARIA

Alrededor de monumentos tales como la columna de Asoka, siempre existen viejos especímenes del pipal (*ficus religiosa*), el descendiente directo del árbol Bodhi (el «árbol de la Sabiduría») que, según la tradición, fue el predilecto del Fundador del Budismo. Un árbol de esta especie crecía también junto al pilar, pero ha desaparecido; fue coriado por los ingleses, como es habitual, sin razón aparente. Sin embargo, en la cueva todavía se puede ver el Ashaya Vata («la higuera imperecedera»). Hiouen-Thsang vio este árbol a principios del siglo VII; pero en aquel tiempo ya no pertenecía a los budistas. Las catacumbas, tras siglos de silencio, resonaron nuevamente con las exclamaciones de los sivaítas y se convirtieron, otra vez, en el escenario de ritos sangrientos en honor del dios Destructor. En los días de los peregrinos budistas, esta higuera, un enorme árbol con amplias ramas verdes, estaba a la entrada de la caverna subterránea principal. Los brahmanes trataron de convencernos de que el árbol fue trasplantado por el mismo dios Siva: después de arrancar la parte superior del tronco, lo dividió en dos y plantó uno en Gaya y otro en Jaganath.

Descendimos a la cueva por una escalera de piedras resbaladizas y cubiertas de musgo. Moviendo con gravedad su cabeza afeitada, el desnudo brahmán mostró el camino iluminándolo con una olorosa antorcha de aceite; a ambos lados de los escalones, faquires sucios y

desagradables se sentaban en diversas posturas, totalmente inmóviles, con su largo pelo despeinado y recogido en un nudo desde hacía años. Los ascetas genuinos jamás se sientan en lugares frecuentados sino que se retiran en la soledad de un bosque o en las entrañas de los templos, donde ningún ojo profano les alcanza; un ejemplo de ello es Jabalpur. En el centro de la primera sala, de techo bajo y rodeada de columnas, se encontraba un enorme lingam ornamentado con coronas de hermosísimas rosas; en las paredes, dentro de hornacinas, había estatuas y pintorescas representaciones de Dioses. Las estatuas estaban cubiertas de humedad; grandes gotas de agua, filtradas desde el do subterráneo Sarasvati, goteaban por las ennegrecidas paredes. Era imposible distinguir las inscripciones debido a la poca luz que irradiaban las antorchas. Como la mayoría de ellas ya habían sido traducidas, tampoco nos preocupamos mucho. Existe la firme creencia de que en el siglo VII estas cuevas estaban al nivel del suelo y que sólo más tarde, debido a la humedad y a la acumulación de rocalla, con el paso del tiempo se fueron hundiendo hasta convertirse en subterráneas. El inmortal árbol Akshaya Vata es mencionado por Hiouen Tsiang y los historiadores Rashid-al-Din y Abul-Raihan (o al-Biruni) lo llaman el árbol más viejo de la India.

Atravesamos unas veinte cámaras pero, a excepción del árbol, no vimos nada de interés. Detrás de éste se abre un túnel que, según el brahmán, conduce a Benarés. «Todos los santos –dijo– atravesaron este pasaje cuando se dirigían a predicar a la Ciudad Santa. En su camino hablaban con Sarasvati ... »

Nosotros preferimos el puente sobre el Yamuna a este oscuro pasaje, por lo que lo usamos para llegar al otro lado del río. Este puente es uno de los mayores triunfos de la ingeniería anglo-india. Consta de dos niveles y se alza sobre los ríos confluentes en el punto de mayor anchura; su longitud es de 999 m. Los vehículos y personas que lo pasan a pie utilizan el nivel inferior, mientras que el ferrocarril pasa por el superior. Al mismo tiempo que lo cruzábamos pasaba un tren y casi nos quedamos sordos por el ruido.

No lejos de la estación del tren había un portal antiguo con un alto arco que daba paso a un cuidado jardín. Los muros exteriores estaban espesamente cubiertos de viñas trepadoras y fantásticas rosas. En el *Khusru-Bagh* («el jardín de Khusru») hay tumbas y monumentos del

príncipe de igual nombre, de su madre Sha-Beguni y de otros muchos personajes históricos. Khusru fue el nieto del gran rey Akbar y el hijo de una mujer rajput hija del maharajá de Amber, conocida en toda la India por su belleza y su hechicería, esto último probablemente porque hechizó a Salim, hijo de Akbar, un musulmán que, después de echar al resto de sus mujeres, tornó a la mujer rajput como única y exclusiva esposa para el resto de su vida. Sea como fuere, ningún hindú ni musulmán se acercará a menos de una milla al Khusru-Bagh tras la puesta de sol, porque dicen que todos los descendientes de Akbar, encabezados por el Emperador (aunque él se encuentre sepultado en Agra), celebran aquí todas las noches su *durbar* post mortem.

La historia de esta familia real, empezando por la del emperador Akbar, es sumamente curiosa. Descendiente de los parsis, a quienes los conquistadores musulmanes jamás lograron convertir totalmente a su religión, Akbar no fue ni siquiera nominalmente un musulmán. A juzgar por su biografía, odiaba la religión del Profeta; al convenirse en Emperador de la India, luchó con persistencia para debilitar la influencia del Islám e introducir, al menos, algunos elementos del culto al Fuego. Esto está probado por los nombres que eligió para sus nietos Khusru. u Hosroi («bella faz») es un antiguo nombre de los reyes aqueménidas persas, como el «Cyaxares» entre los griegos clásicos y el «Ahasverus» (Jerjes) bíblico. Este nombre, tan querido por los seguidores de Zoroastro, se hizo hereditario entre los descendientes de Akbar. Salim, quien más tarde se convirtió en Emperador de la india bajo el título de Jahangir, fue comandante del fuerte de Allahabad durante los últimos años de la vida de Akbar. Devoto apasionado de su mujer, la princesa de Amber, y también del hijo que tuvo con ella, Khusru, estuvo totalmente influenciado por el hermano adoptivo de ella, el famoso rajput rajá Man Singh. Este último quiso elevar al trono a su sobrino Khusru. y alejar a Salim. A este intento siguió una terrible matanza, en la que Salim, con la ayuda de otro hijo suyo, Khurrara (tenido con una concubina), tomó posesión del trono... Entonces, su esposa, Sha-Begum, madre de Khusru, tras lanzar una maldición sobre él y toda su descendencia, se suicidó tomando veneno. Khurram, que reinó en el Deccán, asesinó a su hermano Khusru. en el año 1622. Esta es la crónica de la maldición: después de romper una cadena de perlas encima de la cabeza del Emperador, Sha-Begum exclamó: «¡Que cada perla sea un año de dolor, lágrimas y muerte!... ¡Que el último de tus descendientes perezca al cabo de tantos años como perlas caen ahora sobre

tu maldita cabeza! ... » Había 252 perlas. Esto aconteció en 1605; exactamente 252 años más tarde, en el 1857, los últimos dos príncipes de la familia murieron en Delhi ejecutados por los ingleses y, según la historia, untados por los ejecutores con grasa de cerdo. El último Emperador de Delhi, Abu'l-Zafar, un poeta conocido en toda la india y llamado «el Hafiz indo», tuvo que abandonar su país ese mismo año, exiliándose en el Cabo de Buena Esperanza, donde murió de muerte no natural, por supuesto. No es un milagro que las tumbas de Sha-Begum y sus hijos hayan sido pobladas con horribles fantasmas por la superstición popular.

La tumba de Khusru, a quien su padre y su hermano convirtieron en mártir después de quitarle de en medio, es una suntuosa construcción de mármol con una cúpula que recuerda a una de las del Taj Mahal de Agra. La tumba misma es subterránea y el cenotafio, que es un monumento alto y hermoso, está cubierto de inscripciones. Detrás del mismo, se alza una construcción cuadrada de dos pisos, de arquitectura muy peculiar; es el mausoleo de Sha-Begum, la bruja. En frente de éste, se encuentra el edificio y el monumento de «Tamboli-Begurri» o Istambuli-Begum, una princesa cristiana traída desde Constantinopla, que fue estrangulada por su rival. Todo se halla espesamente cubierto de rosas y cipreses, y los senderos sombreados del jardín son considerados como el lugar más fresco de Allahabad.

A la mañana siguiente fuimos a visitar < la morada de Hanuman» a orillas del Ganges y algunas otras curiosidades de Allahabad. «La morada» demostró ser una gran sala cuadrada descubierta, pavimentada con granito, a unos siete metros bajo tierra. Por encima se levantaba una cúpula apoyada sobre cuatro pilares, a unos tres metros sobre el suelo, sin muros, para que la gente pudiera admirar sin dificultad, desde todos los ángulos, al duriente dios-mono que se encuentra debajo. Unos pocos escalones anchos y lúgubres conducían hacia abajo, pero sólo podían recorrerlos los brahmanes que velaban por la paz del ídolo. Lo más curioso, incluso más que el propio ídolo, era una larga y verbosa inscripción en tres lenguas, inglés, hindí y urdú (lengua hablada por los musulmanes), colocada allí por las autoridades. Esta inscripción prohíbe estrictamente a los cristianos y especialmente a los musulmanes. « ... cualquier profanación de este sagrado objeto hindú, como lanzar piedras al santuario, acercarse con botas, reír sonoramente, realizar grabados

indecentes que puedan herir los sentimientos de los adoradores del Dios o mostrar asco» (traduzco literalmente). A pesar de esta prohibición y del peligro de vernos multados o encarcelados, después de dar una rupia al brahmán, nos aproximamos cautelosamente a las columnas sin quitarnos los zapatos. Cuando miramos hacia abajo vimos un ídolo de dimensiones enormes -unos siete metros- de color rojo brillante, con una corona sobre su cabeza de mono que yacía dormido sobre su espalda, y con las rodillas levantadas y totalmente separadas, su cola estaba enrollada como un aro y su mejilla la apoyaba sobre la palma de su mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía un cetro. Una farola sagrada que se encontraba cubierta de flores colgaba sobre su nariz. Al preguntar de qué material estaba hecha la estatua y recibir del brahmán como única respuesta que «estaba hecha de nada» pero que «era el cuerpo viviente de un Dios», no nos satisfizo tan enigmática contestación. Pero, ¿qué hacer? Desde el día en que Hanuman se durmió en este agujero, nadie sino los iniciados brahmanes podían entrar. Lanzar una piedra al durmiente Dios y juzgar según el sonido que se oyera habría sido un crimen previsto por las autoridades que implicaba una multa de 100 rupias. Fue entonces cuando, como verdadero yankee inventivo que era, nuestro Presidente halló la solución: habiendo sacado un puñado de monedas de bronce y de plata de su monedero, bajó su mano a través de la barandilla y dejó caer como por accidente -pero en realidad como un experimento- un ana sobre el estómago del Dios, mientras mantenía sus ojos fijos en el brahmán, quien le miraba atentamente y de pronto le preguntó con disimulo si el saab no la quería recuperar.

-No -contestó el Presidente- cualquier cosa que caiga debe considerarse como una ofrenda a Hanuman.

Animado por esto, el Coronel lanzó otra moneda, esta vez apuntando. Como había conseguido dar en la nariz misma del Dios, pero sin lograr el sonido esperado, empezó a lanzar más monedas, cada vez más de prisa y más fueriemente, hasta que al fin, después de lanzar más de una docena, una moneda sonó como si hubiera dado en alguna superficie metálica. Cuando paró satisfecho con su descubrimiento, el brahmán le pidió que lanzara algunas monedas más en la boca de Hanuman, afirmando mansamente que este juego le gustaba mucho al *deva*...

Después de visitar a Hanuman, fuimos a saludar a «Baba Sannyasin». Para evitar cualquier malentendido, en primer lugar diré que este nombre de Baba no tiene nada en común con la palabra que en ruso significa «campesina», sino que se refiere a un hindú muy viejo y respetable. Dice la gente que tiene 250 años, pero él cuenta que nació hace tanto tiempo que ha olvidado la fecha. Sea como fuere, el Baba es un personaje histórico, estimado incluso por los ingleses, quienes le mostraron gratitud por sus servicios, sorprendiendo con ello a toda la India. En realidad, su agradecimiento se limitó a no usarlo de bala de cañón, no ahorcarlo, ni tan siquiera encarcelarlo; esto constituye realmente algo extraordinario en la India. Lo colocaron sobre una piedra de algo más de un metro cuadrado, donde está sentado desde hace exactamente cincuenta y tres años, sin apenas levantarse; el mismo Municipio le puso un pequeño letrero con una inscripción. El hecho es que este anciano Baba está preso, porque está estrechamente relacionado por los ingleses con la memoria del motín. Salvó la vida de muchos europeos durante aquellos terribles días, ocultándolos en la fosa que hay bajo esta piedra que jamás abandona, y donde guarda sus medicinas y talismanes. Dos veces estuvo a punto de ser ejecutado, pero no delató jamás a los que tenía escondidos.

El Baba es un sikh del Punjab seguidor de Nanak. No lejos del fuerie, en las brillantes orillas del Ganges, está sentado este venerable anciano, ciego y muy pálido. Sobriamente envuelto en un trozo de muselina blanca, con sus largos cabellos de color blanco-plata, en un día tranquilo antes parece una estatua de mármol que un ser vivo. Este es el texto de la generosa inscripción, colocada por el Gobierno municipal a unos dos metros del anciano:

«Baba Sannyasin, descendiente del Punjab. Hombre probado y reconocido por su estricta honestidad, incapaz de cualquier engaño. Ha realizado muchos servicios para el Gobierno. Está sentado sobre esta piedra desde el cinco de julio de 1827. Quedó ciego en 1839 por sentarse continuamente al Sol y debido al reflejo de la luz en el agua. Los transeúntes no deberán molestarle. Quien quiera hablar con él, deberá quitarse los zapatos o botas. Por orden de la autoridad de Allahabad. Octubre de 1858.»

Habiéndonos quitado los zapatos, nos aproximamos al anciano y le saludamos con estas palabras: «Que el rajá Nanak more con la bendición

de los Dioses en el Svarga («paraíso»)). Con gran sorpresa de nuestra parte, el Thakur fue reconocido por el ciego a una distancia de unos tres metros y lo recibió con una sonora bendición, entablando inmediatamente una conversación con él. Supimos que el ciego sikh sólo comía y se levantaba una vez al día, a la medianoche; con la ayuda de sus discípulos, primero se sumergía en el agua sagrada del Ganges; luego, tras el baño, comía un puñado de arroz con leche y tapándose con un nuevo trozo de muselina, tomaba nuevamente su asiento hasta la siguiente medianoche. Bajo el tórrido sol, en medio de rayos y truenos, en la incesante lluvia del monzón, este anciano, está sentado al descubierto día y noche sin tan siquiera un trozo de muselina entre el cielo y la corona de su cabeza. Sus discípulos nos aseguraron que jamás duerme; al menos, ninguno de ellos le vio jamás tendido y, si es que duerme (hecho negado por sus discípulos), lo hace sentado y con los ojos abiertos sin nada en que apoyarse. Los trozos de muselina, que jamás usa durante más de veinticuatro horas, a veces se venden a un alto precio a la gente vecina que cree firmemente en su poder curativo, después de que el sikh lo ha utilizado sólo por un día. Los beneficios son donados a una Institución mantenida por los sikhs exclusivamente para huérfanos, en la que se admiten niños -que a veces llegan a 300- independientemente de su religión. La misma Institución también recibe todas las demás ofrendas generosas, de dinero y material, que hacen al sikh, cuyas necesidades consisten únicamente en arroz, leche y algunos metros de muselina. A menudo, interrumpe sus largas contemplaciones para llamar a uno de sus discípulos y, quizás, enviarlo a un distante bosque para traerle cierto objeto, como por ejemplo, la raíz de alguna planta, una flor o una piedra, dándole al mismo tiempo detalladas instrucciones. Una vez, la mujer del Inspector tenía un carbunco maligno en su pierna; en el umbral de la muerte, los doctores ingleses le quisieron amputar la pierna para evitar la gangrena y la muerte segura; ella envió a su marido a pedir consejo al anciano. El marido era ateo y escéptico y no creía más en el sikh que en su propio clérigo. Fue, sin embargo, a ver al anciano, como Nicodemo, de noche. Apenas hubo empezado a explicar su caso, cuando el anciano le interrumpió y le envió a casa: «Su Maam saab está peor, vaya rápido a verla -dijo el anciano- y déle esta hierba para oler durante toda la noche. Mañana temprano recibirá de mi parte un unguento que curará la pierna de su mujer.»

El desconceriado Inspector tomó la hierba, un racimo seco rociado con agua del Ganges, y a su vuelta se encontró a todo el servicio doméstico consternado: su mujer estaba muriéndose. Olvidando su escepticismo, el Inspector puso el racimo de hierba junto a su nariz; su mujer volvió al instante a la conciencia y hacia la madrugada, cayó en un apacible sueño. Mientras tanto, el anciano llamó a su más antiguo discípulo (quien nos contó la historia), le ordenó vadear uno de los afluentes del río Yamuna, entrar en el bosque de la derecha, seguir el tercer sendero, contar veintitrés árboles de mango y bajo el vigesimocuarlo, en su lado sur, buscar algo junto a la raíz del árbol. Allí, a varios centímetros de profundidad, en un viejo y abandonado hormiguero, encontraría la garra de un tigre que debía traer. El discípulo se marchó, siguió todas las indicaciones y trajo la garra a su maestro. El sikh mandó en primer lugar que se carbonizara la garra en un fuego, y que luego se machacara hasta obtener un fino polvo; a ello añadió varias hierbas y elaboró un unguento; entonces lo envió al Inspector con unas instrucciones especiales. Una semana después, Maam saab misma fue a agradecer los cuidados al anciano.(1)²¹¹

Todas las personas con las que hablamos acerca del sikh, hablaron de él con el mayor respeto y los hindúes, e incluso los musulmanes, lo hacían con un reverente temor.

CAPITULO XXV

NEUTRALIDAD DE LOS INGLESES EN MATERIA RELIGIOSA -
CONVERSOS CATÓLICOS Y JÓVENES MATERIALISTAS -
DISCUTIENDO SOBRE
FILOSOFÍA CON LOS PANDITAS - TYNDALL Y HAECKEL
CONTRA LA
METAFÍSICA - EL THAKUR HABLA ACERCA DE LA
NATURALEZA DEL
HOMBRE Y DEL UNIVERSO

²¹¹ 1 Esta historia nos fue confirmada por la hermana de la esposa del Inspector. La herida, que parecía incurable por cualquier remedio reconocido por la ciencia, se curó totalmente en tres días.

La gente en la India jamás hace algo a medias, son extremistas; o fanáticos totales, o ateos absolutos. Su amor y también su odio no conocen límites, por ello, cuando un indio nos llama «hermano» o «amigo» sin ser obligado a ello, ésta no es una mera palabra. Todos nuestros compañeros eran «reformistas» (así los llaman aquí) y hacía tiempo que habían roto todo lazo con los brahmanes y con todas las formas del culto, pero eran místicos que creían en la evolución espiritual del hombre y estaban convencidos de que esta evolución puede llegar a colocarle prácticamente al nivel de una deidad, siempre y cuando su evolución sea real. Al mismo tiempo, albergando a fanáticos incultos y a hombres de educación superior (como por ejemplo, Narayana), la multitud de «librepensadores» (como a sí mismos se llaman) incrementa cada año con los reclutados por la escuela de Charles Bradlaugh y Lewes entre los jóvenes estudiantes. Durante la última década, bajo la «benefactora» influencia de la educación (estrictamente inglesa, más que europea), algo fenomenal ha tenido lugar; la generación entera que se educó en escuelas y colegios urbanos se graduó como ateísta irrevocable. Las excepciones son extremadamente raras.

La política inglesa trata de no entrometerse jamás, bajo ningún pretexto, en las cuestiones puramente religiosas de un país conquistado. Uno puede sospechar que este principio es más un resultado de la cobardía del Gobierno que un fruto de su liberalismo; pero desde cierto punto de vista es muy razonable, pues sirve como una especie de «bálsamo» para los agudos problemas políticos del país. La prensa anglo-india, con el *Pioneer* a la cabeza, trata de recordar a sus lectores constantemente y de variadas formas que «el Gobierno Británico es *absolutamente incapaz* de introducir elementos de intolerancia religiosa en el campo de su política claramente definida.»

Siguiendo esta regla de oro, y posiblemente con la intención de no herir «los sentimientos cristianos» de sus superiores, todos los cargos presidenciales, gubernamentales y las direcciones de los colegios nativos, están llenos de materialistas convencidos, cuidadosamente seleccionados. Como tales cargos, por su naturaleza seria y responsable, son siempre importantes, también a nivel pecuniario, se sobrentiende con facilidad que están reservados exclusivamente para los ingleses; para un nativo, sin

importar si fuese mucho más cualificado que su superior inglés, semejante cargo es inaccesible.

Por otra parte, a los misioneros de las diferentes sectas, cuyos nombres son legión, se les niega la entrada a los colegios. Como consecuencia de la política antes mencionada, viven en la esconía de la sociedad, entre los parias y los mangs que están excluidos de todas las sectas brahmánicas. Viviendo en constante contienda y confrontación recíproca, literalmente *compran* las conversiones para perjudicarse mutuamente; los parias y los mangs, adoradores de diablos o carentes de religión, pueden ser convertidos, por dinero, y a menudo por un mendrugo de pan, en cualquier cosa imaginable. Puede afirmarse tajantemente que no existe ni un indo convertido al Cristianismo que no sea ladrón, canalla, borracho o asesino. Las misiones en la India son la profanación más grande del Cristianismo. Ninguna familia europea contratarla a un converso para su servicio doméstico, aunque tuviera cualidades para este trabajo. Los misioneros tienen sus propias escuelas, pero éstas, y también sus resultados, son mera farsa. Los indos, que se inclinan por la enseñanza libre, envían a sus hijos a los «padris» a una edad de cinco a siete años, u ocasionalmente, de ocho; poco más tarde, estos niños educados a medias suelen ser casados y las jóvenes parejas, una vez casadas, evidentemente no se dejan per, suadir para volver a la escuela. Toda esperanza futura de conversión voluntaria es hecha pedazos.

Entre los católicos, a este respecto, la situación es todavía más desesperanzadora. El rico y autónomo colegio jesuita de San Javier, en Bombay, en lugar de iluminar a la gente o de disipar la oscuridad de la ignorancia y educar a las jóvenes generaciones de paganos, los confunden totalmente. Los estudiantes de este famoso colegio se gradúan teniendo un desprecio total por la religión y costumbres de sus antepasados, el sistema usual y conocido truco de los hijos de Loyola; al mismo tiempo, su odio a la fe católicaromana es más mordaz posiblemente que el que sienten por la religión cristiaria en general. Los padres jesuitas de este país parecen tan cínicos y desgraciados, que al no tener ninguna posibilidad en la india británica de convertir a los nativos por la fuerza, como quisieron hacerlo, pervierien de manera tan grosera el entendimiento, todavía incipiente entre los jóvenes indígenas, respecto de la verdad y de la honestidad que, bajo su supuesto tutelaje *cristiano*, los resultados fácticos son peores que los alcanzados con el sistema liberal de doctos ateos, tales como los dirigentes

de los colegios de Bombay y Lahore. El pasado año, uno de ellos predicó constantemente a sus pupilos, que desde hacía tiempo habían caído víctimas de las doctrinas de Huxley y Tyndall, la famosa aserción del profesor Clifford que proclama que si es lícito llamar inmoral a una doctrina, entonces, es correcto calificar de muy inmoral a la doctrina que afirma que la Providencia o el Destino, exterior a nosotros, puede sojuzgarnos⁽¹⁾ ²¹², en otras palabras, la doctrina que reconoce un poder superior al del propio hombre. Críticos más perspicaces trataron de explicar esta frase como de contenido político. «Los ingleses han ideado un plan muy sutil -me dijo un hombre joven con disimulada sonrisa-. Evidentemente, quieren imponernos la idea de que sólo ellos representan a la Providencia y a la mano todopoderosa, tododestructora y recreadora que gobierna el destino de nuestras gentes. Nada tenemos que esperar, al parecer, de nuestros propios Dioses o del Dios de los *padris*.»

Por esto, y desde el punto de vista psicológico, la India presenta un cuadro inesperadamente interesante. Con la excepción de un puñado de «reformistas», el país está dividido entre dos campos hostiles: los *fanáticos* y los *ultra -escépticos*. Los primeros, llenos de supersticiones, ven divinidad en todo: en un tigre, en una vaca y su cola, en un árbol, en un cuervo y en cualquier peste; los otros, asimismo llenos de lo que me permito llamar *supersticiones científicas*, niegan todo menos la materia. Lo que sus antepasados consideraban como el Alma inmortal, la «Joven India» lo tiene por meras interacciones de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno; algo que existe simplemente como resultado de la combinación de estos elementos y que se desvanece junto con la desaparición de las causas, es decir, aquellos gases. El ser humano es fruto del *gas cósmico*, de una «ardiente nube», repiten con Tyndall; de ese gas surgen no sólo las formas materiales, «como el exquisito y maravilloso mecanismo del cuerpo humano» sino además, la mente humana, las emociones, el intelecto, la voluntad y todos los fenómenos subsidiarios, como nuestra filosofía, nuestra poesía, nuestra ciencia y nuestro arte. Todo lo que dieron al mundo Platón, Shakespeare, Newton, Rafael, etc., estuvo contenido alguna vez en ese gas, en un estado oculto y potencial.⁽¹⁾²¹³

²¹²*Fortnightly Review*, vol. XVI, nueva serie, diciembre 1847, p. 730.

²¹³ <*Scientific Use of the Imagination*,> por el profesor Tyndall, en su *Fragments of Science*.

«¡Maravillosas son sus obras, oh, Tyndall!», exclaman a coro los jóvenes indos, inclinados ante esta luminaria de la ciencia.

A pesar de todo esto, ambos partidos, tanto el ortodoxo como el ateo, se sienten interiormente hostiles contra sus gobernantes. Los fanáticos ardientes, llevados por los brahmanes a un alto grado de exaltación, como es natural, jamás se reconciliarán en el fondo de sus corazones con un Gobierno que les trae, en su propio país, tan solo privilegios negativos sobre los misioneros de una fe odiada por ellos. En cuanto al campo de los materialistas, año tras año se hace más fuerte con los universitarios indos que terminan sus estudios con brillantez y que flotan en el océano de la vida colegial y universitaria, de manera literal, sin timón ni brújula y sin ninguna esperanza en esta vida, puesto que están prevenidos, por la situación política prevaleciente, contra la participación en el gobierno de su propio país. No tienen fe en una vida futura pues se avergüenzan de creer en ella, tal cual lo hicieron sus < locos antepasados», siendo ellos, en cambio, seguidores de los «apóstoles del intelecto» europeos. No queda nada para ellos en esta vida. Es así como los encontramos en este final del siglo XIX, repitiendo de diversas maneras la conocida frase de la escuela epicúrea: «¡Comamos, bebamos y seamos felices, pues mañana estaremos todos reducidos a anhídrido carbónico, agua y amoníaco!»

Habiéndome tomado la libertad de hacer esta digresión, no he abandonado, sin embargo, mi relato. Simplemente deseo dar una visión de lo que los ingleses han hecho a la India y prepararlos para una comprensión más clara de las discusiones que a menudo sostuvimos con los sabios panditas(2) ²¹⁴. Enterados de nuestra llegada, gran número de estos panditas y de otros filósofos nativos vinieron especialmente para vernos, algunos incluso desde Benarés. Hablaban inglés a la perfección; como nuestro amigo Shamrao, habían leído a Moleschott y Büchner, conocían de memoria y **comprendían** a **Herbert Spencer, Lewes y John Stuart Mill**; **devancaban** acerca de Huxley y Tyndall y adoraban a Dar-win tal como lo presentaba su apóstol Haeckel.

Sin embargo, no habían logrado seleccionar de **todo** este manicomio científico, como lo había hecho el ingenioso Shamrao, las ideas más

²¹⁴2 Pandita es un grado escolástico indo, correspondiente al de Doctor en Filosofía.

acordes a las antiguas filosofías de su propio país, rechazando el resto y logrando su propia comprensión. No habían guardado chispa alguna de esa invencible e inextinguible fe que ni siquiera un Büchrier podrá apagar jamás; fe en un **Poder Supremo** y en la continuidad de la Vida. No importaba que esta Fe fuera a veces deformada, ni que Sharnrao pudiera parecer ridículo, inculto y al mismo tiempo sobré-educado, cuando llamaba a su mezcla ideológica de Manú y Haeckel < la nueva filosofía religiosa», pues cuando escuchábamos los eruditos desvaríos de los panditas de Allahabad y Benarés, a menudo los comparábamos mentalmente -quedando desfavorecidos, por cierto, los últimos-.

A la vuelta de nuestra visita a Baba-Sannyasin, nos aguardaba una comitiva de panditas en la casa del profesor Bhattacharya que estuvo con nosotros, hasta altas horas de la noche en el jardín. Habíamos venido de América para estudiar la filosofía de sus religiones antiguas y contemporáneas, y ellos vinieron a vernos con la evidente sorpresa de encontrarse con «occidentales» lo suficientemente locos y tontos como para preferir a Kapila y Patañjali antes que a Huxley y Tyndall, y a la filosofía de Manú y del Budismo antes que al Positivismo de Augusto Comte. Ellos habían renunciado a toda fe religiosa pero, sin embargo, no se atrevían a renunciar a su casta y a sus leyes. Se avergonzarían de mantener, incluso secretamente en el fondo de su corazón, la imagen de alguna deidad, pero sin ninguna vergüenza llevaban los símbolos sexuales de Siva y Visnú pintados en sus frentes. Ridiculizaban todo lo divino al mismo tiempo que temían a la gente y a la opinión pública. ¿No es también éste muy a menudo nuestro caso como europeos?

Como era de esperar, empezamos a hablar de su antigua filosofía, sobre rishis, yoguis y ascetas. Los panditas fueron bastante francos con nosotros y, con el orgullo que otorga la defensa de una causa superior, expusieron las heridas morales que se les infligía y que, además, se agravaban constantemente debido a las hábiles manos de sus «jefes» ingleses. ¿Cómo podíamos interesarlos -preguntaron- estos desvaríos de viejos metafísicos y teólogos? ¿Quién, además de los farsantes, faquires y pseudo-ascetas, podría ver algún significado en, por ejemplo, la Divinidad Tri-una? BabaSannyasin era un viejo loco, y los faquires, que buceaban en el Ganges para purificarse de sus pecados y permanecían bajo el agua hasta casi ahogarse repitiendo tres veces sus mantrams, deberían ser enviados por el Gobierno a un correccional...

Nuestros argumentos y oposición ir-ritaron mucho a algunos. Finalmente, un viejo y respetable indo, que vestía una túnica blanca bordada en oro, portaba anillos de oro en los dedos de sus pies, un enorme símbolo de Visnú en su frente y unos dorados *pince-nez*(1) ²¹⁵, se dirigió a mí con una pregunta concreta:

-¿Es posible que usted, después de vivir tanto tiempo en América, la patria de Thomas Paine, todavía crea en alguna Divinidad?

-Debo confesarle que así es y que de ninguna manera me arrepiento de mi ignorante debilidad -fue mi contestación-.

-¿Y cree en la existencia del «alma» humana? -preguntó de nuevo, esta vez con una sonrisa no muy contenida-.

-Sí, y aunque pueda parecerle extraordinario, además creo en un Espíritu *inmortal*..

El viejo maestro me hizo entonces, mientras jugaba nervioso con los anillos de sus pies, una nueva y curiosa pregunta:

-¿Así que tiene a Huxley por un charlatán y loco?

Ahora me tocaba a mí mostrar una total sorpresa.

-¿Pero, por qué? -inquirí al *pince-nez*-.

-Pues porque él, siendo una reconocida autoridad, o sabe de lo que está hablando o debe ser un charlatán que discute sobre asuntos de los que nada sabe.

-Huxley, como naturalista, fisiólogo y científico -dije- no sólo tiene mi reconocimiento sino que admito sus estudios y le considero una de las mayores autoridades de nuestros días, siempre en lo referente a las ciencias puramente naturales; pero, en cuanto a su condición de filósofo, no opino gran cosa de él.

²¹⁵ 1 Anteojos; en francés en el original. (N. del E.)

-Es difícil negar las deducciones lógicas basadas en *hechos*.. ¿Leyó su artículo en el *Fortnightly Review*, acerca del automatismo del hombre?

-Creo que sí, e incluso recuerdo algunos de sus maravillosos sofismas... Pero, ¿y qué?

-Pues que allí, el profesor demostró *incuestionablemente* que el ser humano no es más que un autómata conciente y auto-conciente(2)²¹⁶;y en sus *Lay Sermons*(3)²¹⁷añadió a esta afirmación que el hombre es el más asombroso de todos los relojes de la Naturaleza, pero nada más.

Admito que esta discusión llegó a cansar-me un poco. Eché una mirada a Gulab Lal Singh que se hallaba con los brazos cruzados sin tomar parte en la conversación. Conociendo su desprecio por el moderno materialismo, quise hacerlo parlicipar en la discusión. Como si hubiera leído mis pensamientos, vino a ayudarme.

-Permítame contestarle por nuestra huésped, pandita sahib. Hace poco leí el artículo que ha mencionado y puede que recuerde mejor la experta sofistería de Huxley; voy a considerar sólo lo más destacado. Es evidente que Huxley llama «autómata» y «pieza de relojería de la Naturaleza» al hombre. Aquí no se trata de jugar con palabras sino de ver si Huxley ha demostrado lo que afirma. Le enseñaré que no es sólo que no lo ha conseguido sino que se contradice de un modo de lo más infantil.

El hombre de los *pince-nez* naturalmente saltó con esta declaración herética contra la ciencia.

_ ¿Cómo es posible? ¿Dónde se contradice el gran Huxley? ¡ Díganoslo!...

²¹⁶2 *Fortnightly Review*, noviembre de 1874, p. 577.

²¹⁷3 «¿Posee la naturaleza humana algún elemento libre, volitivo o genuinamente antropomórfico, o no es más que el más asombroso de los relojes de la Naturaleza?». *Lay Sermons*, p. 164.

-Si me quiere seguir, se lo explicaré; tampoco será muy difícil. Olvida que, socavada la dignidad humana por aplicarle el epíteto «autómata», aserción seguramente fuera de la consideración del público general que todavía no está preparado para sus grandes ideas, o dada la relativa debilidad de sus hermanos *no científicos* -aquellos que Herben Spencer describe como dejados atrás en el rápido avance conquistador de la filosofía natural y desfamiliarizados con las ciencias físicas-, Huxley añade condescendentemente algo muy raro. Llamando al hombre «autómata», admite al mismo tiempo con benevolencia que esta máquina «posee, hasta cierto punto, voluntad libre, pues a menudo el hombre es capaz de actuar a su antojo.»(1) ²¹⁸¿Recuerda que esto es así?

_ Me parece que sí, -dijo el *pince-nez*, algo confuso-.

-Si es así, debemos tomar esta afirmación como una concesión a una vieja superstición, ofrecida al público por el profesor para dulcificar la amarga píldora, pues de otro modo parecería que Huxley, la autoridad más grande de la ciencia moderna, está simplemente contradiciéndose... Y además, incluso usted debe admitir que el hombre posee voluntad libre.

-Por supuesto, pero ¿dónde ve aquí tan gran contradicción?

-Bueno, ¿no se da cuenta de que con la adición de la última frase, Huxley, como si fuera un suicida japonés, se da muerte a si mismo y a su *teoría*, y que con ello la ingeniosamente inventada palabra «autómata» se transforma en un absurdo?... Primero, según su idea, el hombre, al igual que un conejo o una rana, es un simple «autómata» carente de toda voluntad libre; luego, le concede que en ocasiones puede actuar por propia elección, y por último, que su «*volición* interviene, en cierta medida, en el condicionamiento del curso de los acontecimientos.> (1)²¹⁹ El resultado obtenido con su docta explicación es que el hombre sigue siendo lo que siempre fue, es decir, *un ente pensante dotado de voluntad libre*. Este «autómata» que posee voluntad libre es, sin duda, un descubrimiento interesante e inesperado en el campo de la ciencia natural, y así lo constató el Dr. Elam. ¡Ni un escéptico ni un creyente imaginarían jamás que la

²¹⁸ 1 *Fortnightly Review*, ibíd. p. 577.

²¹⁹ 1 T. H. Huxley, *Protopiasm: the Physical Basis of Life*.

voluntad libre es otra cosa que la facultad de actuar según la propia elección!... El «autómata», cae por tanto en pedazos y nos damos cuenta de que no le vendría mal a Huxley aprender un poco de lógica de nuestro Kananda o de otros filósofos despreciados por ustedes.

-Bueno, supongamos que en esto tenga razón -balbuceaba el desconceriado académico-. Tomemos otro ejemplo: Tyndall, repite prácticamente la misma idea, o sea, «materia y sólo materia contiene a la promesa y a la potencialidad de la vida terrestre»; esto es lo que ha declarado en la Convención de Belfast, en 1874, ante un público selecto e informado. La feliz expresión: «En la materia discierno a la promesa y a la potencialidad de toda forma y cualidad de vida», le trajo la enemistad de todos los viejos soñadores, ¡pero ha dado la vuelta al mundo y se ha convenido en la consigna vital de la ciencia física!

-Y podría haber añadido, que era fútil por parte del mundo religioso enfadarse tanto por ello. En otra conferencia, Tyndall, al igual que Huxley, contradice su feliz expresión. ¿Por qué no mirar en su «Materialismo científico», su contestación a las críticas del Dr. Manincau sobre aquella expresión que estremeció al mundo entero? Allí confiesa que nuestra conciencia interior pertenece a otra clase de fenómenos bastante distintos, cuya relación con el mundo físico es impensable (!);(2) ²²⁰después de haber dividido a los fenómenos de la vida en *dos* clases, en vez de en *una*, el estimado materialista empieza a hablar del abismo existente entre las **dos que** es imposible de cruzar y que permanecerá siempre *infranqueable* a nivel intelectual. ¿A dónde se fue? ¿Y qué ha sido de la supuesta omnipotencia de la materia?

Los panditas intercambiaron miradas. Estaban a todas luces pasmados. Oír que patriarcas de la ciencia como Huxley y Tyndall eran acusados de ignorar aquello que pretendían enseñar a otros y encontrarse incapaces de defender a sus apóstoles de la ciencia positivista, era triste e insultante. Nuestro grupo se sintió triunfante...

²²⁰ 2 En su conferencia o ensayo titulado «El materialismo y sus oponentes», Tyndall dijo concretamente: «El paso de la física del cerebro a los hechos correspondientes de la conciencia, es impensable». (N. del E. inglés)

-Y ahora, -continuó el Thakur- para demostrar la debilidad de sus teorías, permítanme citar las palabras de un naturalista tan experto y famoso como los otros dos. ¿Recuerda lo que Dubois Reymond dice sobre el fenómeno de la conciencia? «Será siempre y absolutamente inconcebible que un número de átomos de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno sean otra cosa que indiferentes a su propia posición y movimiento pasado, presente o futuro». Estas mismas palabras son citadas por Tyndall.⁽¹⁾ ²²¹Este último añade a estas palabras su propio argumento: «No es posible satisfacer al entendimiento humano en cuanto a su demanda de una continuidad lógica entre los procesos moleculares y los fenómenos de la conciencia. Esta es una roca sobre la cual el materialismo se estrellará siempre y cuando pretenda ser una filosofía completa de la mente humana.»⁽²⁾ ²²²A pesar de la rotunda confesión realizada en un artículo, Tyndall escribe, sin ningún tipo de vacilación, en otro artículo titulado «Materialismo científico» que las «relaciones de la física con la conciencia», son algo *inmutable y positivo*.

-Todas las demás autoridades científicas sostienen la misma idea -añadieron bastante tímidamente los panditas- incluso Virchow.

-Nada más lejos de la verdad -interrumpió el Coronel- son sólo algunos, no muchos.

-Así es. Es suficiente con tener un simple conocimiento superficial de la Fisiología y la Patología -añadió Gulab Lal Singh para ver que no sólo las relaciones «inmutables» sino que incluso las excepcionales entre la Física pura y la Fisiología, son difíciles de encontrar, y mucho más cuando se trata de fenómenos psíquicos. En cuanto a Virchow, al mismo tiempo que demolió la *Antropogénesis* de Haeckel, también ha demolido aquello que, si bien indirectamente, sostenía su propia obra cuando apareció.

-Es una gran pena -murmuró el pandita de los *pince-nez*-, pues en este punto Virchow disiente de uno de los más grandes pensadores de su

²²¹1 *Fortnightly Review*, noviembre 1875, p. 585. Las palabras de Dubois Reymond son de su conferencia en el Congreso de Naturalistas Alemanes, Leipzig, 1872. (N. del E. inglés)

²²²2 *Ibidem*, p. 585.

propio país, Büchner. Este último escribe en su *Kraft und Stoff* (p. 27 del Prefacio): «Los naturalistas sólo prueban que no hay otras fuerzas en la Naturaleza además de las físicas, químicas y mecánicas ... »

-No dudo de que Büchner escribiera eso, ni que su memoria sea excelente -dijo algo irónicamente el Thakur-. ¡Incluso dijo más! Cuando por ejemplo, como si repitiera las palabras de Manti, dice: «Todas las fuerzas naturales y mentales son inherentes a ella (la Naturaleza); únicamente se pueden manifestar en la materia; la materia es el origen de todo lo existente... La Naturaleza, la engendradora y devoradora universal, es su propio comienzo y final, nacimiento y muerte. Ella produce al hombre por su propio poder y se lo lleva de nuevo.» Pero Manú aunque dice lo mismo,⁽¹⁾ ²²³ al afirmar sencillamente que todo lo visible tiene su origen en una fuerza *invisible* aunque *conciente*, se encuentra, desde el punto de vista de la lógica y de la filosofía, cien veces por encima de todos los Büchners pasados y presentes. El hecho de que ciertos naturalistas y supuestos filósofos nos aseguraran que no existen en la Naturaleza más fuerzas que esta triple fuerza material, es sabido por todo el mundo. Pero que alguna vez logren *probar sus* hipótesis con demostraciones científicas directas, eso lo niego absolutamente...

²²³1 «(Brahman) de su propia esencia, condensa al éter universal -la materialización de su voluntad, la materia visible e invisible, tangible e intangible y la divide con su soplo en fuego, aire, agua y tierra. Del vapor terrestre (el soplo de Brahman) origina a todos los seres y cosas, orgánicas e inorgánicas; a partir de la simiente vertida en la Tierra e impregnada por el soplo divino, y originada en la materia infinita e ¡limitada- la simiente universal.» Después de conceder tiempo al Universo para desarrollarse según las leyes de la transmutación (evolución), el Señor Supremo, impregnando al final de cada Pralaya (periodo de destrucción universal o más exactamente, de desaparición en lo subjetivo del mundo objetivo) al radiante Huevo de la Naturaleza, después de atravesar todas sus transformaciones, emerge nuevamente junto con el Alma Universal-Parabrahman (*Manú*, Libro I).

Brahma es la encarnación universal de Parabrahman y un Dios bajo la forma de Naturaleza. El invisible e informe espíritu impregna sólo la radiante matriz (Huevo) de la cual emerge, al comienzo de cada nuevo ciclo, el Brahma bisexual, o fuerza creadora de Parabrahman.

-¿Entonces deberíamos en este siglo XIX nuestro, realmente preferir a Manú antes que a Büchner y Huxley?

-¿Por qué no, si Manú enseña fundamentalmente los mismos principios que los científicos occidentales contemporáneos? No pueden negar que Manú *anticipa* en sus enseñanzas casi todo lo que hoy predicán los evolucionistas -«apóstoles del intelecto»-, quienes presentan sus teorías como algo nuevo por completo. Y si Manú logra aquello que los apóstoles de la materia no consiguen y por ello niegan; si Manú demuestra de una manera lógica la necesidad de una relación entre espíritu y materia, y según palabras de Patañjali,(1) ²²⁴apoya esta relación en experimentos constatados en la naturaleza dual del hombre, supremo santuario de espíritu y materia, entonces afirmo con propiedad que Manú se halla, sin lugar a dudas, por encima de nuestra ciencia contemporánea, al menos en todo lo concerniente tanto a su naturaleza puramente espiritual como a la fisiología humana.

-Me parece que nos está aconsejando volver a la idolatría -dijo con sarcasmo uno de nuestros oponentes-.

-De ningún modo. Nuestros antiguos filósofos jamás nos enseñaron a adorar imágenes. Sería inútil de todos modos, pues ustedes mismos adoran a Visnú, a Siva y a los demás Dioses, cuyos símbolos aún no han borrado de sus frentes... Si han decidido abandonar todas las costumbres de los tiempos pretéritos, ¿por qué no rechazan también esos símbolos del paganismo?

-Esto... esto es una costumbre de casta... y no tiene nada que ver con la idolatría -balbuceó el atónito pandita-.

-¿Cómo? ¿Ha olvidado, si es que lo supo alguna vez, que según las doctrinas de los brahmanes, las castas fueron establecidas por los propios Dioses; que los Dioses fueron los primeros en dictar las leyes de las castas,

²²⁴Patañjali fue el fundador del sistema Yoga de desarrollo psicológico del hombre mediante un cambio gradual de su naturaleza interna.

y que las cabezas de los ídolos son diariamente decoradas con los símbolos de sus respectivos cultos? -continuó implacable el Thakur-.

-Pero probablemente, incluso nuestros mejores filósofos llevaron estos símbolos -replicaron los panditas-. Si creemos en Darwin y Haeckel es porque estos científicos ampliaron y desarrollaron plenamente las concepciones materialistas de Kapila y de Manú. El Sankhya de Kapila, por ejemplo, no es una filosofía menos ateísta que la *Antropogénesis* de Haeckel.

-Seguramente debe haber olvidado las enseñanzas de Kapila...

Donde Haeckel no ve más que fuerza y poder creativo de la materia en exclusiva, Kapila considera imposible adscribir cualquier cosa a *prakriti*(¹)²²⁵ sin la colaboración de *purusha*.(2)²²⁶ Él los compara como sigue: *prakriti* es un hombre de robustas piernas, pero sin cabeza ni ojos, y *purusha*, un ser con ojos y cerebro, pero sin piernas ni movilidad. Para que el mundo evolucionase y finalmente produjese al hombre, *purusha* (el espíritu) tuvo que subirse a los hombros de *prakrítí* (materia) sin vida ni raciocinio, de esta manera *purusha* obtuvo la facultad de moverse mediante las piernas de *prakriti* y así manifestarse en la existencia. Si *purusha* es impotente en sus manifestaciones y, como antes, una mera abstracción no-existente sin la ayuda de la forma objetiva de *prakriti*, éste último lo es aún más; sin la ayuda del espíritu y de su influencia vivificante, *prakriti* no vale más que un montón de basura estéril.

-También hemos oído que están interesados en el antiguo zoroastrismo -me preguntó otro pandita-. ¿Qué opina de Surya, el Sol, como deidad?

-Es mejor creer en Surya que en nada. El Sol, que nos calienta y alimenta dando vida a toda la Naturaleza terrestre, es mucho mejor que Büchner o los miembros de la Sociedad Real, ante quienes realizáis vuestra «puja» como si fueran deidades.

²²⁵1 *Praktiti* es la materia plástica, la Naturaleza en su estado caótico e indiferenciado.

²²⁶2 *Purusha* es el espíritu intangible que no se manifiesta en la Naturaleza más que por medio de *prakriti* o materia, a la cual vivifica.

-Pero si empezamos por creer en Surya, ¿por qué no volver de una vez al culto de nuestros 330 millones de Dioses antiguos, a Kali, Krisna o incluso Hanuman?

-No le estoy aconsejando acerca de cuál ha de ser su creencia -tuve que decir para defenderme-. Lo que digo es relativo y le repito que me parece mejor creer incluso en Hanuman que, por ejemplo, en el *Bathybius Haeckelii*, o en el mítico antropoide sin cola ofrecido por Haeckel como nuestro antecesor.

-Él prueba lo que dice... Haeckel comienza la evolución del ser desde los átomos primordiales, y desarrolla lógicamente la gradual transformación del protoplasma original...

-Que desarrolle tanto como quiera. En mi opinión, todos los mucus y los protoplasmas de los señores Lorenz Oken y Haeckel no son ideas más inteligentes que el barro y los monstruos primitivos que, según Beroso en su antigua fábula sobre la creación del mundo, poblaron la Tierra.

Los panditas terminaron por marcharse, llevándose consigo la firme convicción de que éramos reaccionarios ignorantes.

-Bueno,bueno... qué dulce «Joven India» que tenéis -dijo el Coronel-. Me han dado dolor de cabeza con sus tonterías...

-Esto es gracias a los ingleses -contestó el Thakur-. Seda injusto echamos la culpa de los errores de otra gente.

CAPÍTULO XXVI

A KANPUR EN TREN - HIERBA KUS-KUS - PELIGROS DE APOPLEJÍA POR EL CALOR - USO DE HIERBAS ESPECIALES CONTRA LA INSOLACIÓN

NANA SAHIB Y LAS CAUSAS DE LA SUBLEVACIÓN DE LOS
CIPAYOS

'AZIM-ULLAH-KHAN EN INGLATERRA - PASIÓN DE
VENGANZA

BRUTALES ASESINATOS - DESAPARICIÓN MISTERIOSA DE
NANA SAHIB

REPRESIONES INGLESAS - MONUMENTO CONMEMORATIVO
DE

KANPUR - SANTURRONERÍA OCCIDENTAL

Una vez más, estamos en los oscuros y sofocantes vagones del tren. Dentro de cinco minutos cruzará, con ruido ensordecedor, el largo puente que pasa por el Yamuna y al cabo de seis horas estaremos en Kanpur, donde tuvo lugar el acontecimiento más sangriento de la historia anglo-inda. Nuestros amigos de piernas desnudas y pañuelos bordados en oro, los panditas, nos dieron la despedida; unos cuantos babús bengalíes, con sus cabezas descubiertas y vistiendo sus togas de muselina blancas como la nieve se habían unido a ellos. A poca distancia pudimos ver al «espía en jefe»; le vimos sentarse en un asiento próximo acompañado por una gran cesta llena de botellas de whisky y soda y de una caja para hielo. El Thakur y Narayana nos dejaron el día anterior, a fin de preparar un lugar para nosotros «que nunca hubiera sido hollado por un pie inglés... ni lo fuera jamás» -según dijo el Thakur-. Mientras, nos tuvimos que distraer con esta promesa pues no permitió que hiciéramos preguntas de ningún tipo, especialmente en presencia de Mr. W. y de Miss B. quienes, aunque teósofos y amigos nuestros, eran ingleses. Uno puede afirmar rotundamente que jamás una persona de esta raza será declarada santa en la India...

Los vagones tienen ventanillas de cristal verde oscuro, pues de otro modo los pasajeros quedarían ciegos por la luz solar. Cuando se bajan los cristales, en su lugar se colocan unos elementos móviles de hierba kus-kus. Un aparato hidráulico especial, fijado a ambos lados del marco de la ventana, esparce agua sobre los elementos móviles que giran dentro de la ventana como ventiladores, accionados por el movimiento de las ruedas del tren, y así hacen entrar aire fresco en el tren en marcha. Sin embargo, después de viajar sólo unos kilómetros, por poco me quemé los dedos al

tocar la ventanilla; el agua estaba muy caliente por el Sol. Esto nos contó el francés Moncoutier, gerente del restaurante Keller, unos minutos antes de la salida del ferrocarril de la estación de Allahabad: En junio del año pasado la familia de un coronel llegó en el tren de la tarde. Cuando los pasajeros empezaron a bajar, dos chicos jóvenes, llorando y chillando, saltaron del vagón del coronel. En el suelo del vagón encontraron al coronel, borracho, y a su esposa, una mujer enfermiza de unos veintidós años, muerta. Los médicos constataron que la muerte se había producido por una apoplejía causada por el calor. Moncoutier mismo había perdido a sus dos hijos (de 12 y 14 años), porque se expusieron algunos minutos al Sol. El pobre francés nos contó esta historia con lágrimas en los ojos, mientras, nervioso detrás de su mostrador, nos vendió cigarrillos al triple de su valor y nos instó constantemente a compartir con él una copa de absenta o vermouthe. *<Ah, le gredin de pays!>* repetía, medio sollozando, *«Un vrai enfer, quoi! ... Et puis, pas un de ces cochons d'Anglais qui sache un mot de français. Oh, que je voudrais donc voir un jour les Russes ici! ...* »⁽¹⁾²²⁷

Nos reímos, pero pensamos que era mejor no compartir sus peligrosos deseos. Al dar la vuelta, advertimos detrás de nosotros a nuestro rubio espía, a quien el camarero estaba sirviendo un «refresco» de una botella de ron. Esta vez el pobre Moncoutier se debió equivocar al pensar que los ingleses no entendían el francés. Cuando al cabo de dos meses volvimos a Bombay, ya no encontramos al francés tras su mostrador; su jefe, Keller, lo había enviado a una estación lejana, como castigo «por irse de la lengua».

El día anterior a nuestra partida, el Thakur nos trajo un manojo de hojas frescas y nos pidió que las probáramos. Su sabor recordaba a la acedera y provocaba una sensación refrescante como la menta. Nos hizo jurar solemnemente que mantendríamos unas hojas de esta hierba en nuestra boca, en todo el viaje a Kanpur, durante las horas del calor diurno.

²²⁷ 1 ¡Ah, que asco de país! ¡Un verdadero infierno!... Y además, ninguno de estos cochinos ingleses sabe una palabra de francés. ¡Oh, quisiera ver un día a los rusos aquí! (N. del E.)

-Mientras las mastiquen como si fuera betel, el calor no será perjudicial para ustedes -dijo- y a veces, tendrán incluso demasiado fresco.

Y, de verdad, desde aquel día no volvimos a sentir el calor. Pero no logramos convencer a Mr. W. para que mantuviera esta hierba en la boca, en cuanto a Miss B., no paraba de escupirla, y los dos estuvieron a punto de caer enfermos por el calor. Lamento sinceramente no estar autorizada para describir esta hierba ni poder enviarla a Rusia para ser examinada. Los indos son un pueblo extraño e incluso el Thakur, el mejor y más noble de todos los indos que jamás hayamos conocido y nuestro más fiel amigo, no carecía de ciertas peculiaridades. Parecía atesorar la sabiduría de su país, en especial aquella que la ciencia tenía por fabulosa. A nuestra pregunta de por qué no quería enriquecer a la ciencia occidental con un nuevo descubrimiento tan útil en este tórrido país, se limitó a sonreír enigmáticamente, señalar que esta hierba era exclusiva de la India y muy difícil de encontrar incluso allí, y que era imposible salvar a todos siempre.

-La ciencia occidental es bastante rica sin nuestras migajas -añadió- y como *todo* lo toman de nosotros, que al menos nos dejen estas migajas.

Kanpur fue durante cierto tiempo un lugar sin historia y antes de que los ingleses lo eligieran en 1777 como un puesto avanzado de uno de sus cuarteles indos, era prácticamente desconocido. La estación de trenes se hallaba fuera de la ciudad; estuvimos a punto de coger dos *gharis* dorados tirados por bueyes, cuando el sirviente del Thakur anunció que su *maha saab* («Maestro») había enviado un carruaje europeo para nosotros. Se trataba de un llamativo cuatro-plazas rojo, en cuya parte trasera había dos *syces* con sus chaquetas y turbantes rojos bordados en oro, parecidos a dos gotas de sangre; cuatro hombres similares, de largas piernas ligeras, que vestían uniformes, eran los porleadores que corrían frente al carruaje. Súmense a éstos, cuatro rajputs a caballo, la guardia personal de Gulab Lal Singlí, y comprenderán por qué al entrar la comitiva, el Coronel dijo:

-Si por arte de magia, nos encontráramos en Nueva York, la gente nos tomaría probablemente por charlatanes que venden pasta de dientes y polvos mágicos.

Pero nos encontrábamos en la India y allí la gente prácticamente se postraba ante tan magnífica visión.

El primer objeto que atrajo nuestra atención fue una gran iglesia vacía, de oscuros ladrillos rojos, sin ventanas ni puertas, con un alto campanario muy vertical. El edificio había servido durante tres semanas como un adecuado fuerte para el regimiento que se refugió en él cuando estalló el motín el 6 de junio de 1857 y seguramente había muerto hasta el último hombre.

¿Cuál fue la causa real de aquel sangriento motín? Europa lee los informes de los ingleses, imaginándose que está leyendo Historia. A nadie se le ocurre preguntar si entre las muchas versiones que relatan el motín, se encuentra una sola fidedigna y desapasionada. Nadie preguntó a los indios cuánta verdad había en los relatos de sus conquistadores, cuál de los dos bandos beligerantes era culpable de mayores crímenes, y cuál había cometido crueldades más bestiales, si los educados y humanos europeos o los salvajes nativos movidos por la desesperación. Reunimos abundantes *hechos* sobre esto, recogidos, no de una persona sino de muchas que no tenían motivo alguno para estar enfrentadas antes de hacerles nuestras preguntas. Sus contestaciones eran sorprendentemente similares en todos los puntos principales; por esta razón, las tomamos por ciertas, antes que a todas las «historias» del motín de 1857 juntas. Los cartuchos lubricados con grasa de cerdo fueron la causa del motín para los musulmanes, y las correas de piel vacuna que exasperaban a los hindúes no fueron sino la última gota que hizo colmar el vaso de hiel.

En Bithur -una población grande situada en la orilla derecha del Ganges, a unos veinte kilómetros de Karipur- vivía un indo de una noble y antigua familia, llamado Dhundu Path, mejor conocido bajo el nombre de Nana Sahib. Era el heredero adoptado del último peshwa (el jefe regio de la Confederación Maliratti) Radschi Rao, después de cuya muerte heredó todos sus Estados, tesoros y posesiones. Algunos ingleses más concientes que el resto confiesan que este joven, el primo del maharajá de Sind, tenía buenas razones para odiar al Gobierno. En su informe oficial, el teniente coronel Sherer escribió las importantes palabras que transcribimos a continuación: «Este hombre tenía una pretensión a la que nosotros, británicos con el antipático denominador común de todos los pueblos victoriosos, no prestamos ninguna atención.» Adoptado en 1832 cuando

sólo era un niño, Nana Sahib fue educado en el pleno convencimiento de que heredaría el título y los derechos del peshwa, un honor que, según los ingleses, era en realidad más nominal que real, aunque halagador para el que tenía derecho a él. Cinco años antes del motín, el viejo Radschi Rao murió. Inmediatamente después de su muerte, el gobierno de lord Dalhousie anunció, al parecer sin ningún motivo, que el título de peshwa se abolía y que el príncipe Dhundu heredaría de su padre sólo las propiedades y los patrimonios privados. En consecuencia, la pensión del viejo rajá se interrumpió, el ejército recibió la orden de no saludar al heredero, e incluso a Nana Sahib le fueron quitadas ciertas annas de artillería viejas y obsoletas que antes habían sido dejadas con magnanimidad al príncipe destronado y que habían alegrado mucho su vejez. Durante más de cuatro años, el joven príncipe gastó su dinero en vanos esfuerzos por lograr que los directores de la Compañía de las Indias Orientales cancelaran su injusta decisión. En vez de decirle firme aunque amablemente que sus esfuerzos eran vanos, los directores le rechazaron, e incluso trataron de arrebatarse su herencia privada. Nana Sahib tenía dos hermanas, una de 12 y otra de 13 años; la mayor de gran belleza, y las dos estaban casadas. Un día, peregrinando junto a sus tutoras y sirvientes, las dos mujeres fueron asaltadas por oficiales borrachos que se habían adentrado en el patio anterior a los templos excavados en la roca, justo cuando ellas estaban desnudas en el *estanque* sagrado, y las violaron. Se dice que las dos chicas fueron matadas por la mano del propio Nana Sahib pues *ellas lo requirieron así insistentemente*. Después de matarlas, él bebió una gota de sangre de cada una y juró vengarlas en las mujeres e hijas de los ingleses o morir en el intento. Nana Sahib tenía un amigo devoto y leal, un hindú, que había sido convertido al Islam a la fuerza, pero que, después de huir de Hyderabad, había hallado refugio y protección en Nana Sahib y que volvió a su antigua religión. Los ingleses lo conocían bajo el nombre de 'Azim-ullah-Khan. 'Azim fue la mano derecha y el secretario de Nana Sahib. A comienzos de 1853, 'Azim fue enviado a Inglaterra para buscar y encontrar ayuda en el Parlamento. Hoy en día, los ingleses le toman por una especie de criado y proveedor para el harén de Nana Sahib, a pesar de que éste se había consagrado desde la muerte de su padre como brahmacharin, o sea, como monje laico sin ninguna mujer, y mucho menos un harén. Los ingleses se quejaron de 'Azim en sus «historias», como de «un tigre bajo forma humana»; le acusaron de haber sido espía en Sebastopol en donde vio la debilidad de los ingleses, lo que trató de exagerar ante sus compatriotas que de esta

manera se atrevieron a amotinarse; finalmente, 'Azim-ullah-Khan fue acusado de haber participado en el «complot organizado en Turquía contra Gran Bretaña y de haber estado secretamente en Rusia». A pesar de ello, cuando 'Azim-ullah Khan estuvo en Inglaterra, sus trajes pintorescos, sus joyas, pañuelos y diamantes hechizaron no sólo a las damas locales a las que volvía locas, sino también a los altos dignatarios. Fue recibido por la mejor sociedad de Londres y Briglton, y todos los periódicos alabaron sus elegantes modales y su educación... ¿Cómo es posible que ahora sea llamado «vil lacayo»? Algunas damas distinguidas incluso estaban preparando su promesa de venir a visitar a su maestro, el príncipe Nana, en sus estados de Bithur, cuando antes de tiempo estalló el motín, arruinando los planes de Nana Sahib.

Puede afirmarse positivamente que Nana Sahib, como los demás jefes de la conspiración, estaba inspirado mucho más por sentimientos de venganza y de odio hacia los ingleses que por la esperanza de un levantamiento político. Naturalmente, si los planes de Nana Sahib hubieran triunfado, las dinastías mogol y malíratti se habrían vuelto a restaurar, una vez más, en la India. Pero el insaciable sentimiento de venganza, el apasionado deseo de deshonar a Inglaterra mediante la violación de sus más eminentes mujeres e hijos, una violación tal (según la expresión de quien nos dio estos detalles) que «fuese un acto histórico glorificado en la tradición como la justa venganza del príncipe mahratti hasta el siguiente pralaya», fue el primer y principal incentivo. 'Azim-ullah-Khan interpretó tan bien su papel, que no menos de catorce distinguidas damas de la corte londinense (como antes se explicó) hechizadas por el diplomático asiático, estaban listas para visitar el antro de la bestia que yacía espenándolas, y su llegada a Bithur habría sido la señal para el levantamiento general. El ciego hado -Kismet(')²²⁸- las salvó, pero no salvó a sus heríñarías anglo-indas.

Nana Sahib siguió el lema de la vencida Diosa de Virgilio. Realmente, «desató un infierno», como algunos de sus biógrafos han descrito gráficamente, invocando a todos los demonios orientales de la venganza...

Después de morlificarle de todas las formas, habiéndole arrebatado primero a sus hermanas, después su título, su pensión y sus honores, los

²²⁸ 1 Hado, destino, en árabe. (N. del E.)

ingleses consideraron -gracias a los banquetes hábilmente preparados por Nana Sahib-, y con una confianza digna de la inocencia y de la conciencia limpia, que el heredero del peshwa era su mayor amigo. Esperando todos los días que los cipayos de su regimiento se rebelaran y siguiendo el ejemplo de sus camaradas, el general Wheeler, en una fecha tan tardía como el 26 de mayo, llamó a Nana Sahib a Bithur para «que le ayudara a pacificar a los cipayos y a evitar un motín». Nana hizo inmediata aparición con 200 de sus 500 guardias de corps y con tres o cuatro rifles que aún le quedaban. Se le pidió que defendiera el tesoro y él se alojó en su propia casa en Nawabganj. Estuvo, por lo tanto, al corriente de todas las transacciones entre las autoridades civiles y militares y llegó a un acuerdo con los ingleses para crear un «refugio» para mujeres y niños...

El 6 de junio, cuando se levantaron los cipayos, en vez de matar a sus oficiales como sucedió en otros lugares, sólo saquearon el tesoro y marcharon sobre Delhi para unirse al cuerpo principal de amotinados. Los ingleses se encerraron en una iglesia forlificada y en sus edificios adyacentes y entregaron magnánimamente a Nana Sahib, quien les juró «tema amistad», el arsenal, el polvorín, la anillería y todo lo que quedaba del tesoro, encomendando a su «fiel amigo» defenderles de su propia gente. Sólo entonces Nana tiró su máscara. Ordenó el regreso de los cipayos y al día siguiente mismo, el 7 de junio, abrió fuego sobre sus «amigos», pero se detuvo repentinamente: un pensamiento diabólico sacudió al malíatti. Una muerte rápida sin dolor no sería un verdadero castigo. Empezó a jugar con sus prisioneros como un gato con un ratón; sabiendo cuántas provisiones había almacenadas en las barracas, decidió matarlos de hambre... Dos semanas después, de los 250 hombres de la guarnición que entraron en las forlificaciones sólo quedaban 150, y de las 380 mujeres y niños quedaban menos de la mitad. Los cadáveres, se pudrían sin ser enterrados, ante los ojos de los que sobrevivían. Era una agonía espantosa y terrible.

Finalmente, Nana decidió acabar con ellos. El 26 de junio dio su palabra a los ingleses de que si confiaban en él salvaría a los que seguían con vida. La guarnición, prefiriendo una muerte rápida a las toriuras de la muerte por inanición, aceptó la oferta. Entonces, el príncipe destronado ordenó

que se preparasen algunas barcazas diciendo a los prisioneros que los dejada en tierra al llegar a Allahabad. La mañana del día 27, un grupo de ingleses fue llevado hacia treinta barcazas. Tan pronto como ocuparon sus puestos, los barqueros prendieron fuego a los toldos de paja y los cipayos empezaron a disparar a los prisioneros. De las treinta barcazas, sólo dos lograron apagar el fuego y llegar hasta el centro del río, que en aquel lugar medía 1,6 km. aproximadamente. Una de las dos se hundió debido a los agujeros de las balas, la otra se salvó milagrosamente, pero de los veintiocho pasajeros sólo cuatro estaban con vida a la mañana siguiente, escondidos tras los juncos. Los que no se ahogaron fueron sacados del agua y llevados a la orilla. Nana no participó personalmente en ninguno de los acontecimientos. Se dice que aquella misma mañana anunció que entregada los prisioneros a la suerte y a su gente; afortunados serían los que pudieran escapar; los que tenían que perecer, ni siquiera él los podría salvar; a esto añadió que cualquier «blanco» que lograra escapar debería ser sabio y no caer nunca más en sus manos, pues sería ejecutado; las mujeres y niños fueron encerrados en otro edificio, llamado «Savada-Kotti», no lejos de la estación, donde fueron dejados vivos durante unos diez días. Nana posiblemente los hubiera perdonado si no hubiera sucedido lo siguiente: el 10 de julio, cuando pasó por Bilhur con un fuerte contingente de refugiados de ambos sexos desde Fateligarli, el coronel Smith fue visto en el río por los centinelas. El barco fue capturado y unas cincuenta personas, incluidos mujeres y niños, fueron hechos prisioneros. A la mañana siguiente, se les obligó a ir a pie hasta Kanpur, con un calor abrasador, para ser presentados a Nana Sahib. En vez de mantenerse quietos y aceptar su destino de vida o muerte, los ingleses, según cuentan los rumores, empezaron a injuriar a Nana Sahib, llamándole entre otras cosas, un «hijo ¡legítimo», una ofensa que los orgullosos brahmanes castigan con la muerte. Los hombres fueron sacados a la plaza del mercado y fusilados, mientras que las mujeres y los niños fueron sumados a los demás prisioneros. Todo este terrible periodo está envuelto en misteriosa oscuridad. Ni uno de los prisioneros quedó con vida para contar la historia de lo sucedido realmente, pero debió ser algo espantoso e inenarrable.

Probablemente, si lo hubiera podido evitar, Nana Sahib no habría ejecutado a las mujeres y niños, pues los mantuvo con vida mientras estuvo en el poder. Pero el 15 de julio perdió la batalla en Aundh y tuvo que huir. Se dice que en un momento de loco furor, aquella última noche

de su poder y presencia en Kanpur, vengó a sus herinarras: cedió el paso a una multitud de cipayos (musulmanes e hindúes), borrachos de *bhang* y *opio*, a la casa donde las mujeres europeas se hallaban prisioneras, justo unas horas antes de la ejecución. También se relata que cuatro hombres, el juez Thornhill, el coronel Smith y otros dos, fueron dejados a propósito con vida para presenciar esta desgracia nacional. Al amanecer, los hombres fueron echados a la calle y asesinados, y después llegó el turno de las 250 mujeres y niños. Sus cuerpos fueron echados a un profundo «pozo», famoso desde entonces.

Sería inútil continuar esta historia, pues toda Europa conoce el resto. Añadiré simplemente algunos detalles que no se han dado a conocer todavía. Cuando Kanpur volvió a ser tomada por los ingleses y la tranquilidad se restauró (fue esa misma tarde), Nana Sahib ya no estaba allí; había desaparecido sin dejar rastro. Es bien conocido que los ingleses exhibieron durante algún tiempo a un prisionero dentro de una jaula de hierro, al que, en ausencia del genuino, trataron de hacer pasar por el príncipe Dundhu; finalmente, se vieron obligados a soltarle pues toda la India se reía de ello. Mientras tanto, la gente dice que Nana Sahib todavía vive y algunos no han perdido la esperanza de verle de nuevo en la India.

En cuanto a los prisioneros, el inspector teniente coronel Sherer, nos relata lo siguiente:

«Al llegar a la casa de los asesinatos, encontramos sangre hasta una profundidad de veinticinco centímetros. Al ver el pozo, toda la horrible escena se nos aclaró: no había nadie a quien salvar. Era una escena cuya mera evocación, incluso en nuestros días, en la lejana Inglaterra, haría estremecer a las personas y sangrar sus corazones. El pozo era profundo pero estrecho; al mirarlo vimos que estaba completamente lleno de cadáveres desnudos. Había 253 de ellos.>

He aquí el relato de un testigo inglés. No se refiere a cómo fue reunida la gente de Karipur a la mañana siguiente y uno *de cada diez hombres* ejecutado; calla el hecho de que, después de apresar a vanos cientos de hombres (probablemente, inocentes en su mayoría) les hicieron *lamer la sangre seca de los suelos de la casa*; también calla el hecho de que esta sangre fue *lamida* por unos quinientos hombres, prohibiéndoseles levantarse del suelo durante cuarenta y ocho horas, que dos terceras partes

de ellos murieron a causa de los vómitos, y la otra tercera parte fue apaleada por los ingleses hasta morir; y finalmente, calla que no sólo algunas docenas de amotinados fueron cargados en cañones y disparados (lo que confirman fuentes inglesas) sino que *varios miles de hombres murieron de esta forma*.

Lord Canning ordenó que todos los cadáveres «blancos» fueran dejados sin tocar en el pozo y cubiertos de barro y tierra. El lugar fue convertido en un jardín y un famoso monumento conmemorativo fue erigido sobre el pozo en 1857.

Visitamos el jardín inmediatamente después de dejar la estación. Es un lugar sombreado, lleno de cipreses, sauces que se mecen y otras hermosas plantas y flores; pero ni la arquitectura de la capilla, ni los muros del jardín, ni siquiera el monumento sobre el pozo resultan apropiados para el acontecimiento tan trágico, ni dignos de las sumas de dinero gastadas en la realización de la idea de Canning. La estatua representa una figura tosca de un ángel con sus manos abierias, las palmas hacia abajo, como si tuviera frío y se las estuviera calentando sobre un fuego. La estatua es obra del barón Carlo Marocherti y representa, según su idea, «el Ángel de la Compasión». Pero por qué esta postura representa a la Compasión, y no otra cosa, resulta difícil decirlo. La estatua se encuentra dentro de un recinto de granito al que rodea una balaustrada de hierro; en frente, unos escalones de mármol conducen hasta un postigo que sirve de barrera en la balaustrada; esto es todavía más ridículo, pues parecería que en una estructura sin lecho una barrera no tendría sentido, y más cuando parece colgar entre el cielo y la tierra. El que desee acercarse al monumento, deberá descender unos escalones similares dentro de la balaustrada; sólo entonces un «visitante», ahora dentro de un agujero cuadrado con el monumento en su centro, podrá situarse frente al pedestal y verlo, aunque no le impresionará mucho. Justo enfrente, verá la leyenda del motín escrita con letras blancas en relieve sobre un fondo rosa rodeando todo el pedestal. Es en verdad curiosa la leyenda. Parece el glosario de todas las más selectas injurias y maldiciones *inimprimibles* de los paganos. El príncipe Dhundu Path (Nana Sahib), desposeído y exiliado de sus Estados hereditarios, es allí lanzado al «fuego eterno», por ser un «esclavo vil y sedicioso que se atrevió a rebelarse contra el gobierno legítimo del *pueblo elegido de Dios*». ¡Los ingleses, «pueblo elegido de Dios»! Toda la simpatía, todo el profundo dolor sentido por el inmerecido sufrimiento de

las desgraciadas mujeres marlirizadas y sus niños, todos estos sentimientos no pueden sino desaparecer ante la lectura de las horrendas imprecaciones de esta inscripción altanera y pomposa. ¡Una olvida la presencia de los restos que descansan bajo tierra; ante los ojos sólo está esta orgullosa inscripción que huele a fariseísmo por parte de padres, hermanos e hijos orgullosos y crueles! En todo el jardín, entre las decenas de inscripciones conmemorativas, no se puede localizar ni leer ninguna perteneciente al *Nuevo Testamento*. El espíritu de la antigua intolerancia y ansia de venganza israelita, la ley del «ojo por ojo, diente por diente» domina despóticamente en este jardín de muerte y puritanismo. Sea como sea, lamentarse por las muertes inocentes no ayuda nada, y sólo se puede reconocer en aquella terrible tragedia el funcionamiento de una estricta Ley del Talión: «Lo que sembréis, será lo que recogeréis», esto creí oír en cada uno de los sauces ondulantes sobre la tumba y en el distante murmullo del riachuelo. Grandes y terribles fueron los crímenes de Nana Sahib pero, ¿quién se atrevería a decir que estos actos no fueron provocados por las sangrientas lágrimas y los sollozos de los 200 millones de personas de un país pisoteado bajo el pie de su conquistador, un pueblo despreciado donde murieron de hambre cientos de miles durante el último siglo? ¿Y creerán nuestros lectores cristianos que la misma mano desconocida escribió las siguientes palabras sobre numerosas tumbas, palabras tan propias para este lugar sagrado: «El orgullo de una raza está justificado, aquella cuya voz proclame a todo asiático: *Hic niger est; hunc tu, Romane, caveto*»?⁽¹⁾²²⁹

El Coronel, el hombre más humano de todos los liberales, quien vertió su propia sangre por la libertad de los verdaderos negros (la «tribu de Cam» como los llamaban los predicadores americanos), estaba realmente fuera

²²⁹ 1 Expresión de Horacio. «Aquel hombre es un negro (en el sentido de malhechor); romano, ¡líbrate de él!».

Según el *Manual para viajeros por la India*, editado por sir Lothian (Londres, 1955), el monumento de mármol de Marochetti ha sido retirado de su lugar original sobre el pozo en los Jardines Conmemorativos y trasladado al Cementerio; y los jardines han sido red denominados Jardín Municipal y se han convenido en parque público. (N. del E. inglés)

de sí. Finalmente, tropezamos con el monumento de cierto sargento que lucía la siguiente inscripción: «¡Oh, Dios! Me hiciste heredero de impios paganos; destrúyelos, bórralos de la faz de la Tierra y que perezcan los *malditos* filisteos; y tú, ¡ Oh, Dios!, derrama bendiciones sobre tu propio pueblo!». Todas estas inscripciones de falsa humildad me parecieron tan nefastamente jesuíticas, tan llenas de secreta hipocresía, que me apresuré a dejar el lugar y llamé a nuestros compañeros ingleses para que saliéramos del jardín. Estaba segura de que un instante más y ya no podría controlarme, y diría delante del guardia lo que pensaba de los ingleses, vivos o muertos, y además me abalanzada sobre el «rubio espía», que nos seguía como una sombra. Ya estábamos preparados para la exasperación cuando nos acercamos por primera vez al monumento; a nosotros los europeos nos admitieron, pero nos dijeron que nuestros amigos, el babú y Mulji, tenían que esperarse en el jardín, *fuera del recinto* que se cerró en sus caras. En respuesta a nuestras protestas, el viejo guardia señaló silenciosamente una inscripción fijada a la entrada. Con grandes letras daba a conocer la prohibición para «hindúes, paganos y musulmanes de acercarse al recinto del jardín».

Miss B. derramó amargas lágrimas en cada uno de los monumentos. Con gran dificultad, la alejamos de uno de ellos compuesto por dos amantes de mármol sobre una tumba doble, cuyo «espíritu», según ella, «se cemia en aquel mismo momento» sobre su topi y su velo húmedo de lágrimas. Se sintió muy afectada, e incluso herida cuando le dije que, en cuanto a mí, no percibía nada cerniéndose sobre ella, a excepción del «espíritu de la arrogancia, altanería y fariseísmo británicos».

-Ma chère -sollozó- vous n'avez vraiment pas de coeur .. (1)²³⁰

*-Quizás -dije- pero entonces tengo lo que a usted le falta:
jai du nez... (2)²³¹*

Fuimos a reencontramos con nuestros indos.

²³⁰ 1 Querida mía... realmente usted no tiene corazón.

²³¹ 2 Tengo nariz.

CAPÍTULO XXVII

LA LEGENDARIA CIUDAD DE ASGARTA - CAMINO DE JAJMAU
- MONOS

SIN FIN - IMPONENTES RUINAS DE ANTIGUAS
CONSTRUCCIONES

KABIR-BAD - ENORMES TÚNELES SUBTERRÁNEOS - EL
THAKUR

CONOCE PUERTAS SECRETAS - UNA CAVERNA INMENSA Y LO
QUE ALÚ

SUCEDIÓ HACE AÑOS - MAHARANI LAKSHMI-BAI DE JHANSI -
CÓMO

SE DESPLAZAN LAS NOTICIAS EN LA INDIA - EXTRAÑAS
MANERAS

DEL THAKUR

A unos seis kilómetros de Kanpur, en la rocosa orilla derecha del Ganges, en medio de una oscura selva virgen, se hallan unas maravillosas ruinas. Se trata de los restos de ciertas ciudades antiguas construidas unas sobre otras. De la más reciente sólo quedan algunos bloques de lo que fueron murallas, alfeízares y templos, y acá y acullá, perduran una o dos estancias, o mejor paredes, de palacios otrora magníficos. Sobre estas paredes, los pobres nativos colocaron techumbres de follaje y vivían en esta antigua ciudad de Jajinau, transformada poco a poco en un pequeño pueblecito. Las ruinas se extienden por muchos kilómetros cuadrados, pero los nativos sólo habitan en algunas zonas de ellas dejando el resto para posesión de los monos. La historia (la historia inglesa) no menciona a estas ciudades, pues desconoce la leyenda inda según la cual Jajinau se encuentra sobre su hermana y rival Asgarta, la Ciudad del Sol(1) ²³². Ésta, de acuerdo con los antiguos Puranas, fue construida

²³² El término *Asgarta* utilizado por H. P. Blavatsky, aparece también en *Isis sin Velo* como *Asgartha*, en una cita de Jacolliot. Su significado original, posiblemente en *los Puranas*, no ha sido concretado y requiere una mayor investigación. Sin embargo, su aspecto más interesante es que guarda tan estrecha relación de Parentesco con el término mitológico nórdico *Asgard* o *Asgarth*, en realidad *Asgarthr* (de *ass*, «un ser divino», y

por los Hijos del Sol dos siglos después de la conquista de la isla Lanka por el rey Rama, o sea, en el 5000 a.C., según el cómputo brahmánico. La historia pasada de Jainau, saqueada repetidas veces por invasores llegados a través de los Himalayas, es completamente desconocida para los historiadores europeos. Esta ciudad misteriosa, que «ignora su ascendencia», sólo es mencionada una vez en la autobiografía de Babur (Zahir ed din Mohamed), el emperador mogol que vivió a comienzos del siglo XVI.^(1²³³) Dice él, que durante una de sus numerosas campañas contra los afganos, estos últimos buscaron refugio y trataron de fortificarse en la antigua ciudad de Jainau. Pero Humayun, su hijo, los derrotó. Estas ruinas pertenecen a la larga serie de lugares desconocidos para los ingleses, tanto en lo referente a su pasado como, según yo diría, a su presente.

El camino a Jainau es muy duro. Fuimos sobre elefantes y sólo gracias al firme paso de estos inteligentes animales fue como pudimos evitar, en algún descuido, rodar hacia abajo por los profundos desfiladeros, o quedar

garthr, «recinto»), que aparece tanto en el *Edda Mayor* como en el *Menor*. Los *Aesir* (plural de *ass*) eran los Dioses principales del panteón teutónico e incluían figuras como Odín_Thor, Baldur y otros. Asgard era la morada o la ciudadela de los Dioses situada en el cénit, y sólo se podía alcanzar a través del puente *Bifróst*, el arco iris. También es representado como emergiendo desde el centro de *Midgard*. En Asgard estaba el *Ithavoll* donde los Dioses celebraban sus asambleas, a los pies del árbol Yggdrasill. En Asgard existen *doce* mansiones o casas divinas; una leyenda que guarda ecos de la verdad esotérica acerca de la estructura interna del Universo. Si esta leyenda tiene similitud u origen en alguno de los *Puranas* conocidos, constituye una cuestión que deberá esclarecer algún investigador competente. (N. del E. inglés).

²³³ 1 El emperador Babur, literato famoso en la India, fue el sobrino del sultán de Samarcanda y un descendiente directo de Tamerlán; conquistó Kabul en 1504. En 1519 conquistó el Punjab y en 1526, Delhi. Fue el primero en organizar una comunicación y un servicio postal entre Agra y Kabul, y durante su estancia en la India escribió su autobiografía, célebre por su abundancia en datos históricos.

colgados de las ramas por nuestros pelos, como modernos Absalomes. Lenta y cuidadosamente los elefantes avanzaban por el borde del precipicio; se detenían en cada rama que colgaba muy baja y la arrancaban con su trompa antes de proseguir. En realidad, las ramas no molestaban a los elefantes, pero éstos habían sido entrenados para hacerlo así, y obedecían sabiamente las instrucciones de sus conductores. Durante varios kilómetros cruzamos bosques y rocas antes de alcanzar la primera ruina; fuimos por sendas tan estrechas que ni siquiera un pequeño *ekka* nativo en forma de concha tirado por un buey hubiera podido transitar por allí; pasamos de un barranco a otro, de una garganta a otra, hasta que finalmente alcanzamos un lugar habitado; salimos entonces a un camino más ancho y miramos a nuestro alrededor. ¡Qué maravillosa vista! No vimos ni un solo ser humano pero sí docenas y docenas de monos sentados en cada trozo de muralla o fragmento de antigua columna caída. Sin exagerar, debieron de ser varios miles. Los habitantes se quejaban de que les robaban casi todas sus provisiones; daba igual cuán cuidadosamente escondieran su mijo, sus cereales o sus verduras, era seguro que por la noche les sería robado por estos «dacoits» del bosque. Y sin embargo, un nativo no se atrevería ni siquiera a lanzar una piedra a un mono *Weia saabs* o «maestros divinos», literalmente). Los habitantes mueren de hambre, pero los monos prosperan.

El Ganges fluye por el borde del bosque; en su orilla derecha, incluso hoy, se pueden ver los restos de enormes escalones de mármol antiguos, cuya anchura parece indicar que sus constructores fueron gigantes. Por varios kilómetros, toda la orilla de arena y el propio bosque están cubiertos con innúmeros fragmentos de columnas, de pedestales esculpidos destrozados, estatuas y bajorrelieves hundidos profundamente en la tierra. El contorno de los grabados, el estilo de los restos arquitectónicos, el mismo tamaño de las ruinas, produce la impresión de algo grandioso e insólito, incluso para quien ha visto Palmira y la Menfis egipcia. Es difícil comprender por qué estas ruinas no han sido jamás descritas, especialmente, porque están junto a las murallas de Kanpur. En la extensa obra *Concerning the Territories Acquired by the East India Company*, sólo son mencionadas con unas pocas palabras:

«Jajmau, antes una ciudad, es ahora un pueblo con un bazar destruido. La leyenda local refiere que fue construida sobre las ruinas de otras dos ciudades. Dista de Calcuta 992 km.; lat. 26° 26'; long. 8° 28'»(1)²³⁴

Eso es todo. Y sin embargo, bajo Jainau yace enterrada una de las más viejas ciudades de la antigua India... Bastaría con citar el siguiente ejemplo para demostrar su antigüedad. Hace algunos años, tras un severo huracán, algunos bananos viejos y grandes cayeron, otros fueron arrancados hasta las raíces. En las extremidades de estos últimos se encontraron trozos de esculturas de mármol alrededor de las cuales habían crecido las raíces. La gente cavó más hondo y descubrió a cuatro metros de profundidad la punta de las ruinas de un edificio enorme. La cuestión no consiste tanto en saber algo acerca de estas construcciones sino en saber cuántos siglos debe haber costado, primero, el depósito de una cantidad suficiente de tierra aluvial sobre las orillas del Ganges para alcanzar el nivel de estas construcciones (algunas con una altura de cien metros), y además, cubrirlas con cuatro metros de tierra; y segundo, cuánto tiempo ha transcurrido entre este hecho y la época en que los bananos, ahora de unos 1200 años, comenzaron a enviar sus raíces al depósito aluvial. A juzgar por los anillos concéntricos de los troncos,(1) ²³⁵ queda demostrado que estos bananos no tienen menos de 1200 años de antigüedad, y todavía existen otros árboles más antiguos en esta selva. Nos asombró especialmente un grupo de *ficus indica* por su tamaño, quizás sólo un poco más pequeño que el famoso banano de las orillas del Narmada cerca de Broach, llamado por la gente «Kabir-Bad». Ese último es un árbol histórico. Tenía 700 años cuando Alejandro de Macedonia y todo su ejército descansaron a su sombra. En la actualidad, consta de 356 troncos

²³⁴1 En el original inglés señalaba una longitud de 89° 28', pero se trata de un error o de una errata de imprenta, pues la longitud real es la indicada. (N. del E.)

²³⁵1 Como se ha dicho, los árboles crecen en grosor añadiendo una nueva capa cada año que forma un anillo alrededor del árbol, de modo que al contar estos anillos se puede determinar bastante correctamente su edad. Adantson encontró cerca de Gorée un *baobab* de cinco o seis mil años. Humboldt lo menciona como el árbol más antiguo del mundo. Algunos de estos árboles baobab tienen treinta metros de diámetro.

gruesos y cerca de 3000 ramas y hace aproximadamente 200 años, otro ejército de 7000 hombres descansó debajo de él.

Acampamos en el bosque, por el cual caminamos durante tres días. El Thakur conocía bien todos sus escondrijos y senderos, y mantuvo su palabra. Nos mostró el camino a lugares donde jamás había llegado un inglés; uno de aquellos lugares era un oscuro túnel subterráneo a unos cuarenta metros bajo tierra. Llegamos allí antes de la aurora, cuando todos los demás dormían todavía. Sin contamos nosotros, al Thakur sólo lo escoltaban Naravana y su fiel sirviente, el viejo y canoso rajput que nos acompañó durante todo el trayecto desde Bombay. Mr. W. y Miss B. se quedaron en Jajmau con el babú y Mulji y ni siquiera supieron de nuestras salidas y llegadas. Este viaje subterráneo fue para mí, así como para el Coronel, el acontecimiento más interesante de todo nuestro viaje, seguramente por lo misterioso que fue...

Tuvimos que abrirnos paso a través de la espesura durante más de una hora, espantando a los desconfiados monos que nos lanzaron todo tipo de objetos indescriptibles. Como una cohorte de endemoniados gnomos del bosque, nos lanzaban dentelladas y nos espiaban con sus ojos brillantísimos desde detrás de cada arbusto. Por fin, entramos en una estrecha garganta totalmente cubierta de matorrales, pero no tuvimos tiempo de averiguar si ésta era natural o artificial. El Thakur señalaba el camino, luego iba yo, seguida de Narayana, mientras el Coronel y el rajput venían detrás. Permanecíamos en silencio, avanzando en fila por el muy difícil camino, y no era el momento de hablar. Finalmente, comenzamos a descender por escalones escarpados y serpentinos a cuyo término llegamos a un lugar abierto. A nuestra derecha, contra una roca solitaria, había una pequeña cabaña en la que entramos. No había claridad en el bosque, pues apenas comenzaba a amanecer; pero en esta cabaña, abrigada por gruesos bananos y la roca que servía como pared, reinaba una total oscuridad. El rajput hizo un fuego y encendió un farol que dio al Thakur. Entonces, con el farol en una mano y con mi mano en la otra, sin más, cruzó conmigo esa misma pared, pues así me lo pareció en esa oscuridad egipcia. Acaso por la novedad de la situación, o como consecuencia del constante esfuerzo nervioso, debo confesar que al entrar en aquella región subterránea, desconocida para el resto del mundo, me sentí muy alarmada; sin embargo, el sentimiento de curiosidad y de vergüenza prevaleció y le seguí en silencio. El farol nos alumbraba débilmente el camino, lanzaba

sólo un solitario haz de luz potente a nuestros pies; en todo nuestro alrededor reinaba la oscuridad impenetrable. Fui poderosamente cogida de la mano por la imponente figura de un gigante vestido todo de blanco y cuya cara me parecía ahora más oscura que la misma noche. Él caminaba con agilidad y sin vacilación. Todos permanecieron en silencio, e incluso nuestras pisadas parecieron no producir ningún ruido sobre el suelo liso y blando del pasaje, como si camináramos sobre una gruesa alfombra. A pesar de la solemnidad de nuestra procesión y de los alrededores dignos de un Radcliff, el Coronel no pudo dejar de bromear.

-Es un maravilloso gabinete oscuro para llamar a los espíritus... Qué lástima no tener un médium con nosotros -le oímos decir repentinamente-.

Aunque de tono jocosos, el simple sonido de su voz en medio de aquel silencio me hizo estremecer y a él también. Su voz sonaba hueca y extraña, y al mismo tiempo parecía surgir desde algún lugar en lo alto; se extendió lejos, muy lejos, despertando a su paso el dormido eco...

De pronto, el Thakur se detuvo cogiendo con fuerza mi mano.

-¿Qué le sucede? Realmente, en serio, ¿tiene *miedo*? -preguntó de pronto, acentuando con desdén la última palabra-. ¡Sus manos tiemblan como si tuviera fiebre!

Sentí cómo subía la sangre a mi cara a raíz del *merecido* reproche; pero actué como cualquier otra persona hubiera hecho en mi lugar: me rebelé intemamente y traté de justificarme.

-No tengo miedo... no hay razón para ello---. -murmuré, sintiendo en medio de la oscuridad los ojos de Gulab Singh fijos en mí-. Sólo estoy cansada...

-Mujeres -susurró para sus adentros el Thakur, con algo de condescendencia y amargura, y acertó sus pasos-.

No teniendo prueba de suficiente peso en su contra e incapaz de objetar algo a esta nueva ofensa, que era tanto personal como dirigida contra todo mi sexo, me la tragué humildemente y callé. Caminamos de esta manera durante un cuarto de hora o más, sobre un suelo liso y blando, un poco descendente y a través de un pasaje que me pareció bastante alto; mi viejo

amigo no dejaba de sujetarme la mano, el Coronel había empezado a resollar sonoramente y yo estaba quejándome en mi interior de mi falta de fortaleza y del reproche que recibí. El Thakur se detuvo, levantó en alto el farol y abrió los obturadores. Enfrente nuestro vimos una pared de roca lisa. No se veía ni una fisura.

_ Mire esto -dijo Gulab Lal Singh al Coronel- vea esta prueba de las maravillas mecánicas logradas por nuestros antepasados que, según la opinión europea, carecían de ciencia. ¡Apuesto cualquier cosa con usted a que los mejores mecánicos de Occidente no lograrían encontrar el secreto de esta pueria! Quiero demostrarle que esto no es roca sino una puerta...

Nuestro inquisitivo Presidente, que un día recibió una medalla por la mejor tesis en Mecánica del Instituto Politécnico Rensselaer de Troy (Nueva York), empezó a examinar con cautela la pared. Sus esfuerzos fueron por completo en vano. Ni sus golpecitos ni sus toqueteos condujeron a resultado alguno que fuera concluyente. Mientras, aprovechando la luz del farol, examiné los alrededores. Se trataba de una especie de habitación semicircular con paredes rocosas y un altísimo techo; el suelo parecía cubierto con polvo negro.

-Si puede creer mi palabra -remarcó finalmente el Thakur, que observaba pacientemente las investigaciones del Coronel- le puedo decir que este pasaje fue excavado y construido hace muchos miles de años. Como puede ver -añadió mientras apoyaba su hombro contra el borde de la roca- los Hijos del Sol conocían bien el principio del nivel y las leyes del centro de gravedad mucho antes de Arquímedes. De otro modo, ¿cómo podrían haber inventado esto?

Presionando con su hombro y girando algún eje inadvertido, produjo insonora y lentamente una abertura de unos cincuenta centímetros de ancho y a su propia altura, parecida a las modernas puerias americanas que se deslizan hasta su cerradura en la pared. Pero en este caso la puerta no tenía pomo ni se veía una abertura en la pared...

Todos la atravesamos y el Thakur, aplicando de nuevo presión y moviendo algo imperceptiblemente, cerró la pared. Haciendo caso omiso de las insistentes preguntas y curiosidad del Coronel, rehusó contarnos el secreto.

-Debería ser suficiente que les pruebe que estos pasajes subterráneos secretos han existido en la India desde hace muchos miles de años -dijo- e innumerables miles de personas han hallado refugio aquí en épocas distintas, con la ayuda de aquellos que conocían su existencia. No quedan muchos de ellos hoy -añadió con un tono de voz que me pareció algo triste-. ¡No lograron salvar a una de las más valientes y nobles mujeres de la India, la última de las grandes heroínas de nuestra «madre»(1) ²³⁶, por no aceptarlo ella en ningún momento! Dentro de algunos minutos nos sentaremos para descansar y entonces les contaré cierto episodio del último motín. En Europa es casi, si no del todo, desconocido...

Ahora caminábamos por un ancho y elevado corredor. Éste tenía probablemente algún tipo de conexión con el mundo exterior, pues el aire, aunque algo húmedo, era fresco a pesar de que nos encontrábamos a casi cincuenta metros bajo tierra. Nuestra senda continuaba hacia abajo; y no fue hasta el final del tercer corredor, que empezaba en la cueva que ahora describiré, cuando empezó a subir de nuevo. Era evidente que parles de estos pasajes existieron en el tiempo en que Asgarta, entre otras ciudades, era una población floreciente en la superficie de la tierra. A ambos lados del corredor vimos muchas aberiuras en forma de cuadrados oblongos que llevaban a otros pasajes laterales; pero el Thakur no nos los mostró, alegando que conducían a moradas ocupadas a *veces*. Era evidente que este túnel subterráneo había sido visitado hacía poco tiempo, por el hecho de que encontré un viejo sobre arrugado con algunos signos jeroglíficos en él, de un diseño bastante moderno y con cola en la solapa. El pasaje completo, con sus corredores, por lo que pudimos constatar, medía unos ocho o diez kilómetros. Después de caminar aproximadamente unos cinco kilómetros, contando desde la pueria secreta, casi a mitad de camino entre los dos pasajes, llegamos a una enorme cueva natural con un pequeño lago en su centro y bancos tallados en la roca en todo su derredor. En el agua, justo en el medio del pequeño lago, se encontraba una columna de granito rematada en forma piramidal y con una cadena gruesa y oxidada enrollada a su alrededor. En el pasaje, habíamos notado algunas veces que la oscuridad se volvía menos intensa y que una especie de tenue luz llegaba desde su punta; en cambio, en la cueva, probablemente el punto más inferior de los túneles subterráneos, reinaba una oscuridad tan absoluta

²³⁶ Al hablar de su país, los indos llaman a la India su «madre».

como en la Pirámide de Gizeh. Pero aquí, el Thakur nos había preparado una sorpresa. Dio una orden al viejo rajput en un dialecto desconocido para nosotros y aquél, como provisto de los ojos de un gato, penetró en la oscuridad, buscó algo en un rincón y procedió a encender varias antorchas que colocó una tras otra en anillos de hierro fijados en la pared. Muy pronto, toda la cueva se halló bañada en luz. Entonces, cansados y bastante hambrientos, nos sentamos junto al lago y cogimos nuestra cesta de provisiones.

Trataré ahora de contar brevemente la historia de esta cueva y el episodio al que el Thakur aludió referente al motín de 1857, el último que pertenece a la historia, a pesar de los intentos de los ingleses de distorsionarlo, al igual que han distorsionado y ocultado otros muchos hechos de esta época para ellos desafortunada. Habiendo conocido estos hechos, en primer lugar por Gulab Lal Singh, oímos más tarde muchos detalles interesantes al respecto que nos contaron varios vicios indos, algunos de ellos, testigos oculares de los sucesos, y en una ocasión oímos hablar de ellos a un inglés, un viejo oficial anglo-indo.

Los *Puranas* relatan la siguiente historia triste acerca del fin de la antigua ciudad de Asgarta. Sudasa-Rishi era la sagrada cabeza del «*Brahmatma*», y su hennarro Agastya era el Maha-Chatria («el gran Rey-Guerrero») de Asgarta. En su ausencia, el reino fue gobernado por la *maharani* («la gran Reina») que había sido *kumaraka* («Virgen del Sol») en el templo de *Surya-Nari* («Sol-Naturaleza»). Su belleza cautivó al rey; en el preciso momento en que ella se disponía a ofrecerse a sí misma en el altar del fuego (cremación ritual religiosa), él se valió de la antigua costumbre que daba derecho a los reyes a salvar de la muerte a las vestales hindúes y la reclamo como esposa. Hubo otro pretendiente con anterioridad, el rey de Himavat, pero ella lo rechazó, prefiriendo la muerte en el ígneo abrazo de su Dios-esposo, el fuego sagrado. El ofendido rey transhimaláyico juró venganza. Muchos años después, el rey Agastya guerreaba en Lanka (Ceilán), y su derrotado rival, aprovechando su ausencia y la de su ejército, invadió Asgarta. La Reina defendió su ciudad con desesperado coraje, pero finalmente, la ciudad fue tomada por asalto. Entonces reunió a todas las «Vírgenes de Surya» de los templos, las mujeres e hijos de sus súbditos y a sus propios hijos, en total 69 000 mujeres -incluyendo a las *kurnarakasy* la Reina se encerró en el enorme templo subterráneo de *Surya-Nari*; ordenó levantar piras sagradas en todos los pasajes y se

quemó junto con las demás mujeres y todos los tesoros de la ciudad, dejando a los conquistadores sólo las murallas vacías.

Cuando el Rey volvió y encontró, en vez de palacio, mujer e hijos, nada más que cenizas, inmediatamente dio caza al ejército victorioso. Atacando por sorpresa, derrotó al enemigo, cogió prisioneros al Rey y a 11000 hombres de su ejército, y volvió a las ruinas de Asgarta. Aquí obligó a los prisioneros a construir en el lugar de la vieja ciudad una nueva y más bella y, después, cuando terminaron la obra, les ordenó erigir en el centro de la ciudad, en frente del templo de Nari, una pira funeraria suficientemente grande para acoger a 110 00 hombres. Allí fueron quemados vivos el rey Himavat y todos sus guerreros, en medio de las maldiciones e insultos de las gentes de Asgarta, para vengar la muerte de la Reina.

Según la tradición y las antiguas crónicas, los túneles subterráneos que acabábamos de transitar, así como la porción que aún quedaba por delante, al otro extremo de la cueva, constituían el lugar donde la Reina se quemó. ¡El blando suelo bajo nuestros pies, que yo creía que era arena negra, eran las cenizas de 69 000 mujeres y *kumarakas* o Vírgenes!

Tal es la leyenda. ¡Y ahora algunos hechos fácticos! Han pasado veintidós años desde que el triste acontecimiento tuvo lugar, y todos los detalles de la trágica epopeya están aún frescos en la memoria de la gente de Pooria y de Gwalior.

En el camino de Agra a Sagar se encuentra el territorio de ihansi. Actualmente está situado en la provincia inglesa de Bundelkhand, pero en 1854 pertenecía al peshwa inaliratti independiente. El rajanato de Jhansi consta de dos secciones divididas por una estrecha franja de tierra perteneciente al territorio del rajá o thakur nativo de Tehil. Al norte del Jhansi Occidental están las fronteras con Gwalior y Datia; al este, las de Teliri; al sur y al oeste, nuevamente las de Gwalior. En 1832, según las estadísticas de la Compañía de las Indias Orientales, el rajanato contenía 956 pueblos y 286 000 habitantes, esparcidos por 7305 km². Aportaba unas rentas de dieciocho lakhs de rupias.⁽¹⁾ ²³⁷Anteriormente, parte de la propiedad del rajá de Orchha, que pertenecía a la familia de los príncipes de Bundela, fue cedida en el tiempo de Sivaji a los peshwas y fue

²³⁷ 1 Equivalente a 2 800 000 rupias.

gobernada por sus *subahdars* («gobemadores»). En **1804**, los ingleses concluyeron una alianza defensiva con uno de los vasallos de los peshwas; y en 1817, cuando los aliados y amigos, en concordancia con su método usual, despojaron al peshwa de todos sus derechos, él les *cedió (!)* entre otras cosas la posesión **de Bundelkhand**; entonces, la Compañía sacó a la luz otro tratado con el subahdar de jhansi, según el cual éste fue declarado un rajá independiente, «con derecho a dejar su herencia a sus hijos, y si no los tuviere, a sus herederos más cerparios», con la condición de pagar 74 000 rupias anuales a la Compañía. En 1832, el príncipe Ram Rainchandra Rao fue oficialmente reconocido como el Rajá. En 1835, sin embargo, muno sin ningún heredero varón directo, dejando el trono a su nieta, a quien su hija acababa de dar a luz, con la declaración de que el marido elegido por ella debiera heredar el trono. La Compañía, sin embargo, a pesar de las cláusulas del tratado, de la voluntad del pueblo o de las leyes indas de sucesión que no permiten reinar a los leprosos, eligió al tío del difunto rajá, Raghunath Rao. Este rajá leproso, semi-demente y enfermizo, murió tres años más tarde. Esta era la oporiunidad que la Compañía esperaba. Bajo el pretexto de que los nativos no sabían cómo solucionar sus propios problemas, y pretendiendo todo el tiempo estar buscando un heredero digno para Jhansi, los ingleses se apropiaron del rajanato en 1843 y ofrecieron una pensión a Lakshmi-Bai, la nieta casada de Ram Ramehandra Rao (y su heredera directa), y a su marido Gangadhara Rao. Este último murió en 1854, tres años antes del motín, dejando una viuda y un hijo, que poseía todos los derechos hereditarios al trono de su madre y de su tatarabuelo. Los ingleses, sin embargo, le declararon ¡legítimo e incluso despojaron a Lakshmi-Bai de su pensión. En aquel entonces, ella tenía dieciséis años. El Thakur pensaba en ella cuando habló de la mayor heroína de la India moderna.

Maharani Lakshmi-Bai era la prima de Sindhia, el maharajá de Gwalior, y de Nana Sahib. Nada más declararse el motín, cuando el último tiró su máscara, ella se puso públicamente de su lado, y tras reunir un ejército de 22 000 hombres en Jhansi se preparó para apoyarlo hasta el final. Se ha dicho que Nana Sahib no sólo consiguió vencer al ejército de Gwalior sino al mismo Sindhia. Sin embargo, en la consecuente contienda, el Maharajá logró probar que era legítimo y que la acusación fue producto de sus enemigos. Habiendo sido informada de que el ejército de Sindhia estaba preParado para la acción y de acuerdo con Nana Sahib, la maharani inarchó a la cabeza de su ejército hacia Gwalior, la capital de Sindhia,

donde esperó encontrar abiertas las puertas de la fortaleza al ejército y gente dispuesta a declarar su independencia. Según acuerdos previos, esta Juana de Arco debía tomar posesión de Gwalior en el nombre de Nana Sahib y, cuando todo el asunto hubiese concluido, devolver a Sindhia su propiedad. Pero todo resultó al contrario. El *diwan* («primer ministro»), en quien se apoyaban todas sus esperanzas, contando con que lo prepararía todo e informaría al ejército y al pueblo, se volvió traidor a su causa. El maharajá Sindhia se hallaba ausente en ese momento con los ingleses. En vez de abrir las puertas a Lakshmi-Bai y su ejército, el diwan se encerró y avisó a los británicos, a la vez que amenazaba a sus soldados con la venganza del Maharajá y sus aliados de la Compañía. Los soldados vacilaron y al oír las señales acordadas durante la noche, no supieron qué hacer. Al mismo tiempo, al hallar las puertas cerradas y sospechar traición, la «reina de Jhansi» -así la llama su pueblo- asaltó y penetró en la ciudad desde el otro lado. Las gentes dicen que otro pasaje secreto le fue abierto.

Entonces comenzó un reinado de terror en la ciudad que duró una semana, hasta que los ingleses llegaron a toda prisa. Lakshmi Bai ejecutó a la mayor parte del ejército de Sindhia, matando a todo aquel que osase dudar un instante en unirse a su causa. El diwan logró escapar.⁽¹⁾
²³⁸ Cuando el ejército inglés vino a salvar a Gwalior, un brahmacharin vestido como sannyasin ofreció refugio a la Reina, diciéndole que de lo contrario seguramente perecería. Le imploró que lo siguiera con su hijo hasta la vecindad de Kanpur donde encontraría amigos y total protección en las cuevas de Jajmau. Mas Lakshmi-Bai altivamente rehusó la oferta, diciéndole que no temía a la muerte y que, incluso, la prefería a la vida, debido a la desgracia de su país. Una batalla que permanecería célebre durante años tuvo lugar a las afueras de la ciudad y de la fortaleza aún no ocupada por nuestra heroína. La maharani, sobre un caballo desbocado, guió personalmente a sus tropas en la batalla. Al principio, los soldados fueron presa del pánico y los reclutas jóvenes, no acostumbrados al servicio regular, salieron corriendo. Impulsada por el denuedo de la desesperación, ella, junto con su puñado de seguidores, defendió su posición durante tres horas contra un enemigo tres veces más fuerte. Por fin, advirtiendo que sus fuerzas empezaban a flaquear, ordenó a sus seguidores construir una pira allí mismo y hacer todos los preparativos necesarios para prenderla a una señal dada. «¡Hermanos! -exclamó, según

²³⁸ Todavía vive y recibe una enorme pensión de los ingleses.

un testigo ocular- ¡juro, por las sombras de todos mis antepasados guerreros que cayeron en honorable combate, morir antes que la mano de un *bellati* toque un solo hilo de mi sari! **¡Jurad que,** en caso de que caiga, quemaréis mi cuerpo y que no dejaréis ni siquiera que el enemigo toque mis cenizas!». **Así lo juraron** y Lakshmi-Bai galopó sobre su caballo al grueso de la batalla. Dicen que el mismo misterioso asceta ofreció de nuevo salvarla en esta solemne hora, pero nuevamente rehusó. ¡El rumor **popular,** siempre exagerado, cuenta que mató con sus propias manos a varios cientos de ingleses! Que mató a un buen número de ellos es tan cierto como el hecho de que los ingleses han ocultado con recelo este infeliz evento. Finalmente, su caballo aterrorizado se desbocó y la maharani perdió los estribos. Tras algunos brincos, el caballo enloquecido la llevó de nuevo a la muralla de la ciudad, donde fue alcanzado por una bala enemiga y cayó tirando a su jinete. Sin embargo, la maharani no murió. No perdió la conciencia, pero probablemente se rompió las piernas. La apoyaron contra la muralla y ella siguió dando órdenes. Habiendo advertido que algunos ingleses que habían visto su caída se apresuraban para capturarla y que su séquito había sido apartado del camino a la pira, tomó una rápida decisión y dio su última orden. Mientras algunos de sus fieles retenían al enemigo, los otros la colocaron sobre un montón de paja, la cubrieron con ramas secas y encendieron el fuego. Entonces, se lanzaron sobre los ingleses y fueron despedazados, dando tiempo a que el fuego cumpliera su misión y redujera a la maharani a cenizas...

-Estas nobles cenizas, dignas de unirse a las de la reina de Asgarta, descansan aquí y seguro que jamás una mano humana las molestará -concluyó nuestro guía-.

Salimos de la caverna por otro pasaje que conducía hacia arriba. El camino serpenteaba de nuevo y nuestros pies pisaban, como antes, un suelo tan blando como una alfombra. Finalmente, después de una cerrada curva hacia la derecha, llegamos a una sólida pared similar a la primera, pero con una diferencia, en vez de deslizarse hacia el lateral en la pared, esta piedra obturadora descendía para abrir la entrada, dejando una pared baja de casi medio metro por cruzar. Detrás de esta pared, en una pequeña cueva, hay un profundo pozo. Aquí, en cuarenta kilómetros cuadrados a nuestro alrededor, están enterradas las ruinas de la ciudad dormida de Asgarta.

Para alcanzar la superficie tuvimos que escalar tres series consecutivas de peldaños interminables. Nuevamente encontramos una «puerta» -una piedra entre dos rocas, girando sobre un eje oculto- que nos condujo a otra cueva; la luz, aunque tenue, nos cegó después de ocho horas de oscuridad. Emergiendo al aire libre, nos sentimos como alguien que saliera de una celda helada a un horno. El calor era insoportable. Todo dormía en la selva y, excepto el incesante sonido de los grillos, reinaba un silencio absoluto, incluso los monos dormían en medio del follaje. Era mediodía y, amenazados por la insolación, tuvimos que esperar en la sombra hasta que el sol meridiano hubiera descendido. A unos diez pasos de nosotros se encontraba un viejo templo dilapidado del cual no quedaba más que el gopura, la torre de entrada con una o dos habitaciones. Allí nos dirigimos para refugiamos del calor insoportable, y nuestra entrada espantó a cientos de papagayos multicolores, cuyas alas brillantes centelleaban al Sol como un arco iris en movimiento... Llegamos a casa, a tiempo para el té de la tarde.

Explicar con mayor detalle nuestro viaje subterráneo es imposible. La principal razón es el hecho de que esta localidad es por completo desconocida; además, mucho de lo que vimos y oímos allí es tan extraño que quizás no encontrada palabras para describirlo con exactitud. Existen, además, otros túneles subterráneos, por ejemplo, en Amber, cerca **de Jaipur, que jamás han** sido visitados por otros europeos además de nosotros; y también está el pasaje subterráneo que conduce muy adentro del mar en Elefanta, donde, al descender hasta casi cuatro kilómetros, nosotros y nuestro guía parsi casi nos ahogamos. Estos pasajes, sin embargo, son conocidos por los ingleses, aunque jamás los han visitado. En cuanto al subterráneo de Jajinau, para gran asombro mío y a pesar de mi frecuente preguntar, constaté que era desconocido por los ingleses. No sorprende pues, que el Thakur -quien nos hizo prometer no dar jamás una pista acerca del camino que conducía a ello estaba seguro de que permanecería sin ser descubierio por los ingleses. Los indos son, en general, un pueblo muy secretista y misterioso;(1) ²³⁹pero, de todos ellos, el

²³⁹ ' Son tan secretistas que, a pesar de todos los esfuerzos de la policía en general y de los detectives en particular, los ingleses no han sido capaces de comprender el siguiente hecho: ¿Cómo pudieron extenderse las noticias, de un confín a otro de la india, tan rápidamente como lo hicieron durante el motín de 1857, sin *telégrafo* o ferrocarril? Tan pronto como algo

Thakur era el más misterioso. No hace mucho, al tratar de describir este viaje, le pregunté:

_ ¿Le importaría que yo les contara a mis lectores rusos algo sobre los túneles subterráneos de Jajmau?

-Cierio que no -dijo- si es que se fía usted de su memoria.

-De mi memoria me fío, pero, ¿dijo que los ingleses ni sospechan de su existencia? ¿Qué pasará si leen mi artículo y se fijan en estos datos? Ellos leen ávidamente todos los periódicos rusos y traducen al inglés absolutamente todo lo referente a la India o incluso a Asia en general.

-Bien, ¿y qué? Que tomen nota de estos hechos.

-Pero, ¿y si fueran a buscar las cuevas y las encontraran?

Gulab Singh pestañeó extrañamente y me miró inquisitiva o un poco desdeñosamente.

_¿Qué hay de extraño en mis palabras? Pienso que es una suposición muy plausible.

-Muy plausible -subrayó el Thakur-, pero únicamente desde el punto de vista de los europeos, y no desde el nuestro. Permítame tomarme la libertad de decir que posiblemente conozco un poco mejor que usted, no

acontecía en Calcuta, pocas horas más tarde se conocía a miles de kilómetros en el Norte y se discutía en los mercados, pero los ingleses sabían de ello una semana más tarde. Sir John W. Kaye, en su obra *History of the Sepoy war in India, 1857-1858*, menciona esto como un «suceso inexplicable para el Gobierno». «Cuando nuestro estado mayor fue asesinado en Allahabad -escribe el mayor Morel- yo me hallaba en Madrás. A la mañana siguiente, el 8 de junio, recibí la visita de un brahmán conocido, quien me contó toda la historia. No creyéndole, me apresuré hacia el gobernador. Pero allí no sabían nada. ¡Oficialmente la noticia nos llegó seis días más tarde!>.,. (*Algunos días en la India en el 1857*).

sólo a los ingleses, sino a la naturaleza humana en general. Y conociéndola, le pronostico que hay nueve posibilidades de cada diez de que, al leer sus relatos, los ingleses los tomen por un cuento inventado por usted. Son un pueblo demasiado orgulloso y jactancioso como para conceder crédito a que existan lugares en sus dominios de los que no han oído y donde no han colocado sus guardias.

-Pero, ¿y la décima probabilidad? ¿Entonces, qué?

-Buscarán las cuevas y no encontrarán nada.

-¿Cómo puede estar seguro de ello?... El pasaje subterráneo existe... No ha desaparecido de la faz de la Tierra, ¿verdad?

-Precisamente, porque sí existe, no lo encontrarán. Ahora bien, si lo hubiera inventado, los ingleses lo encontrarían, incluso aunque ellos mismos lo tuvieran que excavar.. Así lo harían par-a atemorizar a los nativos y mostrar su destreza ante los suyos. «¡Fijáos qué muchachos tan excelentes somos! ¡Nada se escapa de nuestro *Ojo* avizor!» Ellos inventaron corTespondencia política falsa y cogieron supuestos criminales políticos mediante el soborno de ladrones fugados; y todo ello, simplemente para justificar unos informes inventados por ellos mismos y que habrían de enviar a sí mismos.

-Ahora, ¡una última suposición! Ellos, es decir, el Gobierno y sus espías, saben que estuvo con nosotros en Kanpur y Jajrnau... Yo describiré esto tal como sucedió... *Si* le presionan e insisten en que les muestre las cuevas o, permíteme, si intentaran *hacerle* decir el secreto... ¿Qué hará?

El Thakur rió con esa risa silenciosa que siempre me hace temblar.

-No se preocupe. Jamás sucederá. Pero en el caso de que tuvieran la idea de «presionarme», le advierto de antemano que sená *usted* y no yo, quien estará en una posición incierta. Puede estar segura de que no pronunciaré palabra alguna bajo tales circunstancias y que dejaré mi defensa en manos del inspector de mi distrito y de las personas que me conocen personalmente. El inspector, señor V., confirmará *que desde el 15 de marzo hasta el 3 de junio de 1879* no abandoné mi rajanato y que me

llamaba *unas dos veces por semana durante ese periodo*, y los habitantes, ingleses en su mayoría, lo confirmarán.

Habiendo dicho esto, se levantó, montó en su caballo, se despidió y se marchó, dando esta indicación final en un tono bastante burlesco:

– ¿Cómo podrían saber si no tengo un hermano *gemelo* cuya existencia es tan poco conocida en el mundo exterior como las mismas cuevas?... Ponga esto también; de otro modo, hasta sus propios compatriotas nos tomarán a nosotros y a nuestra Sociedad Teosófica como una versión extendida del barón de Münchhausen.

Eso sería seguro.

Esto ya había sucedido una vez en la vida del Thakur. La gente le vio una vez en Poona, donde estuvo oficialmente durante todo un mes. Pero cuando las autoridades le quisieron involucrar en ciertas acusaciones políticas, el inspector, la municipalidad y *dos misioneros* prestaron declaración de que Gulab Lal Singh no había salido de su Estado durante los últimos seis meses. Yo simplemente constato el hecho, como es habitual, sin tratar de explicarlo. Esto sucedió hace menos de un año.

CAPITULO XXVIII

LLEGADA ADELHI - SUS VICISITUDES EN SIGLOS PASADOS - ANTI

GUAS ESTRUCTURAS Y DESHECHAS RUINAS - EL VALLE DE KUTAB

LA COLUMNA DE FIRUZ SHA - LA TUMBA DE HUMAYUN - EL JAMI

MASJID - LA KUTB MINAR - AKBAR, EL REY SALOMÓN INDO - LA

EXTRAÑA HISTORIA DE VASISHTHA AJANUBAHU - FRAGMENTOS DE UN

MANUSCRITO DE AKBAR - ¿FUE VASISHTHA UN PRÍNCIPE DOLGO

RUKOV? -EXCURSIÓN FILOLÓGICA - AGRA Y EL TAJ MAHAL
LEYENDAS SOBRE AKBAR - LA FORTALEZA - LAS PUERTAS
DEL
TEMPLO DESOMNATH - LA MOTI MASJID - LA TUMBA DE
AKBAR EN
SIKANDRA - PENETRANDO EN EL RAJASTÁN

Por fin estábamos en Delhi, la gran ciudad de los mogoles. Mientras que otras ciudades y lugares de la India nos cautivaron por su encanto de ensueño con visiones de todo lo que hay de bello en arquitectura, Delhi siempre permanecerá en nuestra memoria como la encarnación de un gigante aparentemente invencible y sin embargo derrotado, el dormido Sansón, privado de sus cabellos por la mano de la traidora Dalila. En ninguna parte de toda la despojada India se pueden encontrar tantas pruebas de la grandeza del Imperio Mogol; en ninguna otra parte uno se podría sentir impulsado a inclinarse en reverencia ante la memoria de los más grandes maestros que crearon la «Mezquita de Nadir Sha», la torre de Kutab, el palacio de Delhi y, sobre todo, el Taj Mahal de Agra.

Delhi surgió ante nuestros ojos por detrás de una colina unos Momentos antes de la puesta de sol, y de repente me hizo recordar la capital de oro y perlas del paraíso de Mahoma, tal como la describió el Profeta. Durante una de sus divinas excursiones hacia esta región celeste, recién descubierta por él, el profeta-poeta tuvo la oportunidad de ver, y más tarde de describir para nosotros, un ángel, la parte inferior de cuyo cuerpo era de fuego mientras que la parte superior era de hielo transparente, los dos elementos enfrentados estaban de esta manera pacíficamente unidos sin hacerse el más mínimo daño. Pensé en este ángel cuando vi por primera vez la antigua capital de Sha Jahan. Si Mahoma hubiese podido ver proféticamente la moderna Delhi a la puesta de sol, uno podría imaginarse que este ángel de «fuego y hielo» no era otra cosa que una descripción de estilo oriental muy realista y metafórica de esta ciudad. Inundada por la dorada y purpúrea luz del sol poniente, la parte inferior de los palacios, mezquitas y minaretes de Delhi, todos construidos en arenisca roja, aparecían como una enorme hoguera llameante, de cuyo seno surgían hacia lo alto del cielo vespertino, de un azul-transparente que se oscurecía en las alturas, las partes superiores de estos edificios, masivas cúpulas de mármol blanco impresionantes y relucientes, alminares, torres, y otras

arquitecturas más... Y por encima de toda esta escena, como si fuese la cabeza del ángel, se alzaba sobre una montaña rocosa, Jami Masjid, la mezquita principal de la ciudad, situada en un lugar tan elevado que sus cimientos están un metro por encima del tejado más alto de Delhi. Con sus innumerables torres, almenadas murallas y sus alminares que rodean un edificio central con rayas en mármol negro y blanco, esta mezquita de tres cúpulas es seguramente la más singular, si no es la más bella, de toda la india.(1) ²⁴⁰La escena era magnífica y provocó en nosotros una unánime exclamación de asombro.

La antigua ciudad, sobre cuyas ruinas Sha Jahan construyó Delli en el siglo XVII, se llamaba en la historia inda Indraprastha y más tarde Indrapat. Su fundador fue el rey Yudhislithira que murió, según las antiguas crónicas brahmánicas, en el año 3101 a.C. La historia de esta ciudad, antes de la Era Cristiana, está envuelta en una impenetrable oscuridad, en medio de la cual destacan, aquí y allá, algunos puntos de luz dentro de la configuración de sucesos, cuya autenticidad histórica se puede comprobar comparándolos con hechos que son conocidos por la historia de otros pueblos. Es muy probable que las crónicas de Indrapat, desde el principio hasta el final, existan, pero están en manos de los brahmanes que las ocultan, como lo hacen con muchos otros hechos bajo el pretexto de que, mientras que dure el Kali Yuga (la Edad Negra), los Aryas no deben revelar su historia a sus enemigos «blancos». y dado que todavía quedan **427 012** años antes del final de este período, que significa el comienzo del siguiente, el del *Satya Yuga*, los eruditos orientalistas tendrán tiempo de hacerse viejos; por consiguiente, no será a nuestra generación a la que serán revelados los misterios de la antigua historia inda. Los eruditos europeos se vengan de los brahmanes rechazando sus datos y negando la validez histórica incluso de los pocos hechos que los historiadores nativos consienten en revelarles... A pesar de esto, lo que se conoce de ellos, en general, se puede resumir en pocas palabras. Pero incluso ésto es extraordinariamente interesante debido a tantos acontecimientos que suenan casi como un cuento de hadas.

²⁴⁰ 1 La Jami Masjid fue fundada por Sha Jahan en el cuarto año de su reinado (en 1633) y acabada en el décimo. Su coste estimado fue aproximadamente de 100 000 libras esterlinas sólo para el material; la mano de obra de la construcción no costó nada.

Después de saltar un intervalo de muchos siglos, encontramos a Indrapat establecida como la capital del rey Anangpal Tomar, en el siglo XI d.C. Luego sigue un largo período de Historia bastante desconocida. Los brahmanes no permiten a los profanos mirar detrás del telón, pero cuentan, tanto a amigos como a enemigos, algo sobre las asombrosas riquezas y la civilización de esta ciudad del noroeste de la India y traducen páginas enteras de sus crónicas.

Alrededor del año 980 de nuestra Era, se menciona al Rajá de Indrapat como miembro y aliado de la confederación nativa, que primero fue derrotada por el rajá del Punjab, Sabuktigin, y más tarde defendida por Mahmud de Ghazni en 1008. Finalmente, en la época de la invasión de la India por Shihab Al Din Mohamed de Ghuri en 1191, Indrapat era una de las cuatro grandes potencias de la India, llamada en 1193 Shihab Al Din, el Imperio de Delhi. El historiador musulmán Feristah nos cuenta que el sultán de Ghuri tomó este imperio de Prithivi-Rajá, un príncipe rajput que perdió la batalla a pesar de sus 200 000 jinetes y 3000 elefantes. Sin embargo, estos datos presuntamente «históricos» son hasta tal punto embrollados y tenebrosos que en las crónicas de Ajmer, nos encontramos con la afinación contraria, es decir, que no era Prithivi-Rajá quien fue derrotado sino Shihab Al Din Mohamed cuya cabeza fue cortada, disecada y guardada durante muchos siglos en el arsenal de los reyes rajputs. Por otro lado, nos cuentan estas mismas crónicas que algunos años más tarde Kutb Al Din Aibak, un general de Ghuri, como resultado de una querrela entre los confederados, venció en efecto a los defensores de Indrapat y fundó ahí una dinastía musulmana independiente (1206 d.C.), conocida por los historiadores de Oriente como la de «los Esclavos de los Sultanes de Ghuri». A partir de entonces, este Imperio desafortunado pasó de mano en mano como una pelota. En 1290, los khalji, una «tribu de aventureros» de Afganistán (según la misma crónica), mataron al soberano de Delhi, Kaikubad, dieron el país a su propio jefe Jalal Al Din Firuz Sha, y fundaron de esta manera la dinastía Khalji, que reinó hasta 1321 y terminó con el asesinato del sultán Kutb Al Din Mubarak. El Imperio luego pasó a manos de Ghiyath Al Din Tughluk, el fundador de la dinastía Tughluk. Después Tamerlán invadió la India y llegó a Delhi en 1398, marcando su conquista con la masacre de 100 000 prisioneros indios. «Altas torres se erigieron con sus cabezas, y sus cadáveres se convirtieron en víctimas de aves y bestias» -dice el historiador-. Como una tormenta devastadora que arrasó la India entera, Tamerlán abandonó pronto Delhi dejando todo el

país sumido en el olvido. Durante los siguientes cincuenta años, un silencio cadavérico reinó sobre esta ciudad, donde no quedó ni una sola alma viva. En 1450, Buhlul, el jefe de los pathanes (la tribu afgana de Lodi) tomó de nuevo posesión de la ciudad abandonada y del país. Su nieto, Ibrahim, fue derrotado y matado en la batalla de Panipat por el famoso sultán Babur en 1526. Fue entonces cuando la última dinastía de Babur se estableció en el trono bajo el título de *padishas* y la ciudad fue rebautizada *Shahjahanabad*, en honor a su último fundador. Pero incluso esta dinastía no conoció ninguna paz. El hijo de Babur, el sultán Humayun, fue derrotado en 1540 y exiliado de la India por Sher Kan Sur de Pathan; sólo con la ayuda de Persia reconquistó su trono en 1554. únicamente el emperador Akbar supo elevar su reino indo hasta las más altas cumbres del poder; teniendo 4 400 000 hombres a su disposición, era capaz de asegurar el gran Imperio de Delhi para su posteridad,(1) ²⁴¹un imperio que hasta el año 1707 aportó unos ingresos anuales de 37 724 615 libras a la dinastía. Después de este periodo y hasta el año 18031 en otras palabras durante más de un siglo, este país desafortunado fue el escenario de perpetuas guerras. Sus «Grandes Mogoles» experimentaron todo tipo de desastres. Pathanes, sikhs, nawabs, mahrattis y rajputs invadieron por turno el país, sacaron los ojos a los reyes, los quemaron vivos y alternativamente conquistaron y perdieron la ciudad de Delhi. Al final, la bondadosa Compañía de las Indias Orientales se apiadó de estos pobres soberanos y decidió salvar a la dinastía, *aunque en contra de su voluntad*. Con loable abnegación, en 1803 el general Lake marchó hacia las murallas de Delhi. Allí sacó partido del exceso de confianza o quizás de la negligencia del aventurero francés Louis Bourguien que comandaba el ejército mahratti, y con gran imparcialidad ahogó en el río Yamuna a los franceses, mahrattis y pathanes que asediaban la ciudad, así como a los mogoles que la defendían (a los que supuestamente había venido a rescatar). Luego tomó posesión de la ciudad, que desde entonces ha penarrecido en manos de los ingleses. A partir de este momento los pobres descendientes de Babur fueron de mal en peor. El gran *dies irae* les sobrevino y duró hasta **1862, cuando**, como resultado de la sublevación, el último de los «Grandes Mogoles» de este nombre, Bahadur Sha II, abandonó su lugar de exilio y prisión en la Tierra para entrar en las elevadas esferas par-adisiácas de su Profeta. Esto es lo mínimo que

²⁴¹ 1 Ver M. Elphinstone, *History of India*, donde cita las palabras de Abul Fazel.

esperamos para este miserable y desposeído mogol. Sufrió lo suficiente como para haber merecido por lo menos este único privilegio de tantos que le habían sido prometidos.

Nada se puede comparar a la belleza de los recónditos lugares y monumentos históricos, no sólo de la ciudad medio en ruinas de Delhi sino también de sus alrededores en general incluida la muralla. Esta última, todavía con aspecto formidable a la vista y sombreada por espesas acacias y datileras, recuerda elocuentemente al turista su antigua grandeza y los gloriosos tiempos caballerescos cuando los centinelas de los invencibles sultanes Akbar y Aurangzeb montaban guardia sobre ella. En nuestros días sólo permanecen, bajo la triste sombra de las oscuras *salvadoras*, los alminares esparcidos sobre las tumbas y los solitarios monumentos de los héroes que han partido para su eterno descanso... Durante mucho tiempo recordaremos el melancólico y misterioso Valle de Kutab. A lo largo de esta llanura, en una ininterrumpida extensión en las orillas del Yamuna de once kilómetros de ancho y más de cuarenta y ocho de largo, se desparraman las ruinas no sólo de una, sino de *varias* ciudades antiguas y modernas. Es todo un poema en mármol, un poema del glorioso pasado de innumerables generaciones de héroes... Desde el Jardín de Shalamar bajo la muralla de la ciudad y casi hasta medio camino de Agra, todo el valle está cubierto de estructuras ciclópeas y edificios ruinosos de una época más reciente: las en otro tiempo imponentes fortalezas de los reyes rajputs; palacios, cuyas paredes de mármol parecen haber sido hechos por las manos de seres mágicos; torres con tejas, fortificaciones de granito y otros edificios de formas extrañas. Se pueden ver suntuosos mausoleos, grandes como templos, con sus puertas y arcos gigantescos, como si los cinco millones de la comitiva del ejército de Jerjes rindiesen homenaje militar a todos los ahí enterrados; obeliscos arruinados -las reliquias de la grandiosa arquitectura pathani-; habitaciones de palacios reales ahora transformadas en chozas y alojamientos libres para los parias, con muros de ladrillo cubiertos de preciosos esmaltes y maravillosos mosaicos; antiguas cúpulas doradas, entre cuyas grietas han crecido bosques enteros de cactus; fragmentos de murallas que se parecen a bellas obras de encaje veneciano y ruinas de antiguos templos paganos consagrados a Dioses desconocidos con altares que muestran pinturas cuyos colores son tan frescos y tan brillantes como si hubiesen sido pintados ayer... A cada paso hay ruinas; por dondequiera que se mira se ve alguna muralla desplomada, una estatua volcada o una columna rota... Y encima de este maravilloso y

extraño mundo de ruinas casi vivas, reina día y noche un silencio morial. ¡Qué extraña escena de devastación! Cuando nos encontramos allí, parece como si hubiésemos entrado en el reino mágico de la «Bella Durmiente».

No hace mucho tiempo -un cuarto de siglo- este valle, desde la ciudad misma hasta la torre de Kutb Minar, a 14,5 km. desde la puerta más cercana de la ciudad, era la tierra del lujo, del placer y del poder. Entonces estaba cubierto por las villas de ricos cortesanos y dignatarios del Gran Mogol. Ahora, sin embargo, ha sido transformado en un lugar de absoluta decadencia y es llamado acertadamente por el pueblo el Valle de la Muerte. La gente, tanto a pie como a caballo, lo evita; solamente los turistas se atreven a pisar este suelo maldito. Sus antaño magníficas mansiones han sido derrumbadas, sus murallas llenas de mosaicos están agrietadas y sufren bajo los sofocantes abrazos de los cactus salvajes. Gracias a sus ramas espinosas, los muros no se han desplomado totalmente, sino que siguen en pie como mármores condenados a muerte... Cada emperador de las poderosas dinastías de los pathanes, rajputs y mogoles, erigió algún monumento a sí mismo. Uno puede dirigirse hacia cualquier lugar que elija, en un radio de cuarenta kilómetros, y no encontrar ningún fin a este muy inusual y extraño mundo en ruinas.

Durante cinco días recorrimos aquellos parajes. Salíamos de casa a la madrugada, comíamos y cenábamos en medio de estas reliquias de épocas pasadas y no retornábamos hasta el anochecer. Uno es invadido por una sensación triste y melancólica al entrar en este valle desénico, ¡la última morada de tantas generaciones! Alrededor, todo está tranquilo y silencioso como la muerte... No llega ni el más mínimo sonido, ni tan siquiera desde la lejana muralla de la ciudad donde se elevan solemnemente, entre alminares y monumentos, macizas fortificaciones inglesas, de cada uno de cuyos baluartes miran nueve cañones como los vigilantes ojos del enemigo. De vez en cuando algo se mueve bajo los pies de uno; es un puercoespín perturbado por el inusual sonido de pasos humanos; sacando sus espinas en todas direcciones y bufando como un gato asustado, se aleja rodando como una pelota. A veces, una bandada de pavos reales pasa volando, reluciendo al Sol como una lluvia de chispas coloreadas, o un tímido gamo mira por detrás de un áloe verde oscuro, o algún lagarto corre por la hierba con su lomo de matices multicolores brillando al Sol. No se oye ni un sonido. De vez en cuando se puede percibir en medio del profundo silencio un ligero crujido, seguido por la caída de una pequeña

piedra; es la mano del implacable Tiempo, que trabaja sin cesar en su obra destructiva en el «Valle de la Muerte», soltando ladrillo tras ladrillo, piedra tras piedra de los muros con mosaicos de antiguos palacios, como a tantas lágrimas de mármol que caen sobre los cimientos de color rojo sanguíneo. Siglo tras siglo van cayendo, hasta que palacios y murallas se reducen a polvo...

Sí, la espléndida ciudad de Delhi cayó, pero como solamente lo saben hacer los gigantes; como lo hizo Sansón, una víctima de la traición y de su propio exceso de confianza. Se durmió en los brazos de Dalila, a quien había querido y enjoyado durante tantos años, y en cuya fidelidad fue lo suficientemente loco de creer. La Compañía de las Indias Orientales, fiel a su «vocación histórica» actuó pues, como una verdadera Dalila. No solamente se hizo cómplice de su voluptuosidad sino que le arrastró hacia el camino de insana depravación. En los últimos años de su *independencia*, bajo la protección de las alas de Dalila, Delhi había superado a la antigua Roma en libertinaje y afeminamiento... Aprovechándose de su temporal debilidad, Dalila le corió el cabello al indefenso gigante, le sacó los ojos y le entregó a los filisteos. Y aún así, ¡cuánto parecían haberse amado! ¡Una cálida amistad les había unido, a Inglaterra Dalila y el bien parecido mogol indo! Uno puede darse cuenta de la coquetería del último por lo que relato a continuación. El coronel Skinner, un héroe de los días de la Compañía de las Indias Orientales, vivió en la India durante cuarenta y cinco años consecutivos. Habiéndose asentado en Delhi, se olvidó de todas las diferencias entre las distintas religiones, se convirtió en un devoto musulmán y se casó con varias mujeres. Después de negarse a asignar una pequeña suma de los fondos del Estado para la construcción de una iglesia cristiana, erigió poco tiempo después, al parecer *corriendo él mismo con los gastos*, una mezquita muy costosa y, algo más tarde, un templo para los hindúes. La construcción de una iglesia en Delhi, según escribió en su informe, «con razón despertaría resentimiento por parte del Gran Mogol y su pueblo». También se nos mostraron en Delhi unas dos docenas de templos paganos Y mezquitas que contenían preciosas campanas de bronce, estatuas de plata, costosas arañas y lámparas de diseño artístico, e incluso altares en los cuales estaban grabados los nombres de sus donantes.

Todos estos objetos eran «ofrendas de gratitud», donaciones voluntarias *de los ingleses a los Dioses y a Mahoma*, como resultado de un voto «por

la liberación de una grave enfermedad» y otras calamidades... Los nombres de los donantes son todos europeos.

Pero en nuestros días todo esto ha cambiado. No hay más lugar para la hipocresía; en lugar de lujosas hazañas dignas de Luculo y el uso de la mera adulación, Albión-Dalila ha colocado su pesado pie sobre Delhi, así como sobre sus vecinos, y la ciudad musulmana ha sido sofocada. El Gran Mogol ha desaparecido; y también sus afeminados cortesanos. *Les apparences sont sauvées*, y no se requiere nada más. Los mogoles ya no sabían cómo gobernar como tampoco los nawabs de Oudh en épocas anteriores, y en *nuestros días, el desafortunado Teibo*, rey de Birmania.(1)
²⁴²La filantropía de los ingleses no les ha permitido en el pasado, ni les permitirá en el futuro, ser testigos de un pueblo martirizado bajo un gobierno despótico. Son los salvadores, enviados por Dios, de todos los pueblos asiáticos, los amigos de la atonnetada Humanidad.

En el camino hacia el valle de Kutab [Kutb], escribí con lápiz, sobre un viejo monumento cerca de la antigua fortaleza de Firuz Sha, el célebre verso de Dante, la inscripción sobre las Puerias del Infierno, que se aplica oportunamente al solitario valle y la carretera que lleva hacia él:

«Per me si va nella cittá dolente,
Per me si va nell'eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente ... »(2)²⁴³

²⁴²Más de una vez tuvimos la oportunidad de hablar con monjes budistas que acababan de volver de Birmania sobre los reportajes difamatorios de «cámenes» y «atrocidades» atribuidas al rey de Birmania por periódicos ingleses. Todos ellos nos aseguraron que no sabían nada de esto. Estos budistas eran pacíficos súbditos ingleses de Ceilán; estaban muy contentos con el Gobierno de su país y leales a los ingleses, un hecho que es fácil de entender si uno piensa en los despóticos, sanguinarios y fanáticos holandeses y portugueses. Pero estos budistas nunca leían los periódicos y así no podían entender la fraudulenta política de sus gobernantes, cuyo lema debe de haber sido: «*Quand on veut tuer son chien on dit qu'il est enragé.*»

²⁴³ 2 *La Divina Comedia*, Canto III, 1, Infierno.

Apenas tuvimos tiempo de dar algunos pasos cuando, dándome la vuelta, vi por un instante el rubio bigote y la cara rosada del altamente honorable espía, el capitán L. Estaba delante del monumento con la inscripción en lápiz y se rascó el cogote. Luego, sacando papel y lápiz, copió cuidadosamente la inscripción, de modo que Dante será leído otra vez por lord Lytton y quizás incluso por el mismo Beaconsfield...

Algún viajero dijo una vez acerca de las tumbas musulmanas de los nobles de la India: «Si quiere hacerse una verdadera idea de ellas, tendrá que imaginarse la catedral de Saint Paul de Londres como si fuese hecha de mármol y se encontrará en medio de un gran jardín con las adornadas puertas de la vieja York como entrada; o imaginarse una cantidad de cúpulas colocadas sobre altas y graciosas columnas y arcos, con incrustaciones de azulejos pintados en colores del más brillante lustre metálico -verde, azul, dorado y bronce-violeta-, prístinamente bellos e igual de perfectos que en el día en que salieron de la mano del escultor.» Estas construcciones están literalmente desparramadas por toda Delhi. El trabajo en algunas de estas tumbas es tan delicado y fino que, a la puesta de sol, los muros de mármol parecen tan transparentes como la pantalla de alabastro de una lámpara...

Después de admirar el Lat de Firuz Sha (una enorme columna de arenisca roja que, a pesar de que cayeron a tierra dos terceras partes de su longitud, tiene trece metros de altura y dos de diámetro en su extremo superior), fuimos a ver el mausoleo del sultán Humayun, tantas veces representado en los famosos broches de Delhi. Se apoya sobre una plataforma de mármol de setenta metros cuadrados y es sostenido en todos los lados por arcadas, con cuatro tramos de escaleras de granito que suben hacia ellas. Cada arco esconde cierto número de tumbas y en lo alto se eleva el Mausoleo Imperial, un magnífico edificio de piedra roja, adomado con mármol blanco. El estilo de arquitectura es puramente sarraceno. Dentro del mausoleo hay una cámara redonda en medio de la cual se encuentra un sarcófago de mármol. Desde el plano tejado del monumento uno tiene una espléndida vista a muchos kilómetros alrededor. Habíamos traído con nosotros un telescopio y pudimos distinguir claramente, sin pérdida de nuestro valioso tiempo, el monumento dedicado a Nizam Al Din, un santo que pasó su larga vida rodeado de estiércol y ahora, después de su muerte, descansa sobre precioso mármol y pórfido. También vimos el mausoleo de la princesa Jahanara, la hija del desafortunado Sha Jahan (la poética

leyenda sobre ella y su monumento se contará más tarde), y la última y lujosa mansión de Safdar Jang, el gran visir del Imperio en el siglo XVIII y el antepasado del último y desgraciado rey de Oudh. ¡Ciudades enteras de mausoleos y sarcófagos de precioso mármol, esto es todo lo que queda de lo que una vez fue el más rico de los imperios musulmanes! «Aquellos monumentos blancos que se ven a lo lejos» -me dijo recientemente un juez inglés de una sinceridad poco común- «en verdad me causan una sensación de inexplicable temor y me ponen nervioso cuando por la noche estoy sentado solo en mi balcón... Se parecen a un ejército de muertos en sus sudarios blancos que han venido para reclamar la cuenta por el destino de sus descendientes ... »

En «Chandni Chauk» se encuentra el bello Palacio Imperial, descrito por el obispo Heber como una de las más nobles residencias de reyes que jamás había visto, «mucho más impresionante que el Kremlin, aunque en algunos detalles inferior al Castillo de Windsor». ¡Una ingenua fanfarronada nacionalista! Según nuestra opinión, que incluye la opinión de artistas ingleses y del arquitecto W., este palacio es muy superior a cualquiera de los europeos, antiguo o moderno, tanto por su originalidad y belleza como por su solidez. Uno de los arcos de la gran torre en el patio central es seguido por un largo pasadizo abovedado como la nave de una catedral gótica y despierta la admiración de los expertos. Un arco sigue a otro, haciendo que este pasaje parezca más un túnel que un edificio anexo... En el centro hay un patio, abierto octogonal de granito, cada centímetro del cual es de diminuto mosaico que muestra flores y frutas hechas de mármol de color y otras piedras. La *Diwan i Khas* («Sala del Consejo Imperial») es un pabellón de mármol blanco coronado por cuatro cúpulas del mismo material, con arcos y columnas bellamente tallados, todo cubierto de arabescos dorados, flores de nácar, comalina y malaquita, y con inscripciones del *Corán* en letras persas del más exquisito diseño. El rico follaje hecho de plata pura que entonces adornaba el techo, ha sido arrancado por los conquistadores, y el hermoso pabellón es ahora el domicilio de murciélagos y lechuzas. Del mismo estilo es el pabellón octogonal en medio del suntuoso pero ahora descuidado jardín, así como la «Moti Masjid» -la hermana gemela de otra Moti Masjid (la *Mezquita de la Perla*) en Agra- la Capilla de la Corte de los Emperadores; y en la «Sala de Audiencias Públicas» está el trono de los Grandes Mogoles, con la representación en mosaico de la cola extendida de un pavo real. Hace poco

este trono ha sido limpiado de los excrementos de las palomas que lo habían cubierto con una espesa capa.

Después de pasar por una preciosa mezquita con todo un grupo de alminares que se reflejaban a lo largo del día en las aguas del río, nos paramos cerca de la gran mezquita de Jami Masjid». Su enorme basamento o zócalo cuadrado es de arenisca roja y las murallas se parecen a las de una forialeza. En cada esquina de la terraza hay una torre, cuya cúpula de mármol descansa sobre finas columnas rojas. Desde tres de sus lados, escaleras increíblemente anchas conducen a las tres puertas principales. Es una larga subida; cuando se llega a la cima, los tejados de la ciudad yacen abajo. La cuarta pueria o puerta central que se abre hacia el Este es tan sagrada que no se le permite a nadie acercarse a ella. Las tres grandes puerias conducen a un patio de 135 m² con galerías abiertas y rodeado por tres lados de filas de columnas rojas; en **medio de ellas** hay una gran alberca de mármol que puede ser llenada, por medio de un mecanismo especial, de agua de las varias fuentes del valle. La mezquita conocida como «La Belleza del Este» está orientada hacia la Meca. Su fachada entera está cubierta de espesas placas de mármol blanco y alrededor de toda la comisa hay inscripciones del *Corán*, incrustadas en letras negras de mármol de 1,20 m. de altura y ornamentadas con oro. Las tres cúpulas enormes tienen rayas del mismo mármol negro, mientras que los alminares son rojos y blancos. Cada una de las torres es una maravilla.

Era viernes y también día de fiesta; en el patio, que podía albergar unas 12 000 personas, había multitud de fieles. Nuestros indos no nos siguieron sino que se quedaron abajo con unos conocidos o alguno de los numerosos familiares del babú. Nos quedamos sólo unos minutos en la mezquita, ya que se obligó a Mr. W. y al Coronel -para su gran indignación- a quitarse los zapatos y ambos tenían la sensación de resfriarse al andar sobre los filos suelos de mármol. El suelo de la mezquita se parece a un tablero de ajedrez en blanco y negro...

A unos metros de la muralla de la ciudad está el observatorio, tan enorme como todo lo demás. Fue construido (1742 d.C.), junto con una serie de otros observatorios, de acuerdo con los planos del famoso rajá de Amber, Jay Singh II, un erudito astrónomo y astrólogo de principios del siglo XVIII, el mismo que, según la voluntad del emperador Mohamed Sha, revisó el calendario local. Además de un enorme reloj solar, encontramos

en este patio, que era tan grande como la plaza de una ciudad, unos «círculos del azimut»⁽¹⁾ ²⁴⁴, según nos contó Gulab Singh, así como unos gnomones⁽²⁾ ²⁴⁵extrañamente forriados que se usaban para medir alturas y muchos otros imponentes instrumentos astronómicos. Todo el patio está lleno de muros curvados, de construcciones triangulares con escalones que llevan al espacio vacío, con curiosas figuras geométricas hechas de granito «para los astrólogos locales», como supimos más tarde; y todo ello está cubierto con signos incomprensibles, terribles símbolos y figuras, que solamente el Thakur conocía, mientras que nosotros, pobres profanos, estábamos confundidos y volvimos a casa con dolor de cabeza.

«Kutb Minar», una columna a catorce kilómetros de la ciudad, es considerada la más alta del mundo, incluso hoy, aunque se haya hundido profundamente en el suelo y parte de su ápice fuese derribado por un rayo. La columna tiene setenta y un metros de altura y, según la tradición local, fue utilizada por los magos de la corte para su amigable intercambio con los espíritus «planetarios». De hecho, a juzgar por su altura, uno puede imaginarse fácilmente que estos habitantes de los elementos tropezaban muchas veces con ella y se laceraban sus alas en sus corlantes puntas. ¿Es posible que enviaran el rayo justamente para destruirla?... La columna se va estrechando regularmente desde la base hasta la punta, donde, antes de la destrucción de la cúpula, hubo sitio suficiente para doce magos, cada uno de ellos con doce libros de «exorcismo» consigo. Los muros están cubiertos de inscripciones en cúfico y letras gigantescas, grabadas en la piedra con una profundidad de algunos centímetros. Roja de arriba a abajo y alcanzando las nubes, la «Kutb Minar» parece desde lejos como un enorme signo de admiración hecho de sangre, colocado sobre el «Valle de la Muerte».

Alrededor de la columna hay una serie de pilares, arcos y columnas más pequeñas. Cada uno de estos fragmentos tiene su propio estilo, que muchas veces no es musulmán sino más bien hindú, lo que en sí es evidencia suficiente de su antigüedad y del tiempo que debe haber pasado

²⁴⁴Del árabe, az-zemt, «dirección, punto del horizonte». En *Astronomía: <ángulo que forma un círculo vertical o de altura con el meridiano del lugar de observación.>* (N. del E.)

²⁴⁵ 2 Antiguo instrumento de Astronomía.

entre los diversos estilos. Hacia un lado hay un edificio singular de cuatro pisos cuya parte superior tiene forma de pirámide coronada por una cúpula y con terrazas que parecen esparcirse como setas. Este es el «Colegio de Akbar», famoso por sus exquisitos grabados y construido por él para las asambleas de «hombres sabios», especialmente invitados de todas partes del mundo para «discusiones religiosas»⁽¹⁾ ²⁴⁶. Este edificio está frente a su terraza inferior, y sus muros están cubiertos de pinturas, bajorrelieves de mosaico de toda clase y hornacinas con interminables filas de diseños geométricos e inscripciones en relieve sobre fondo dorado; es una magnífica introducción a la gigantesca columna misma.

Cinco días habían pasado como uno solo, y esa tarde tuvimos que partir hacia Agra, la antigua capital de Akbar. Ya que quizás íbamos a salir para siempre del Valle de Kutab [Kutb], nos fuimos a descansar por última vez bajo la sombra de la enorme columna. Nadie sabe cuándo, por quién o para qué propósito fue construida. Los suelos de mármol negro de los cuatro balcones alrededor de la columna están cubiertos de los mismos signos curiosos que los de la escalera de caracol interior. Las cuatro habitaciones de la columna, una en cada piso, tienen bajas aberturas que dan hacia el balcón, y siempre hay visitantes que están ansiosos de subir la escalera. Nosotros, sin embargo, nos negamos a trepar hasta las nubes: yo, por razones personales que más vale no mencionar, y los demás, por pereza o simple saciedad. En realidad, todos empezamos a notar los síntomas de una enfermedad que podría ser llamada «indigestión de ruinas». Comenzamos a tener pesadillas en forma de torres, palacios y templos; ágiles alminares nos perseguían y los sarcófagos de mármol negro bailaban una danza de muerte alrededor nuestro... El Thakur, sin embargo, acompañado de Narayana Krisnarao, subió, dejándonos bajo la custodia del cuñado de este último, babú Narayana Das Sen, que inmediatamente empezó a asustar a Miss B. contándole historias de fantasmas y espíritus que frecuentan la columna de Kutb Minar.

²⁴⁶ 1 Es un hecho conocido que el emperador Akbar nunca fue un musulmán ortodoxo sino que durante toda su vida buscó la verdad en diferentes religiones, oscilando constantemente entre el Cristianismo, el Islamismo y las religiones de los parsis y los hindúes. Fue uno de los grandes astrólogos de su tiempo.

Es probable que incluso nuestro Hércules mahratti viera algo muy aterrador en la misteriosa columna, ya que, cuando los dos bajaron media hora más tarde, el Thakur estaba más serio y severo que nunca, mientras que las morenas mejillas de Narayana parecían de color tierra y sus labios temblaban nerviosamente.

-Mire -susurró el irrefrenable bengalí a Miss B.- estoy completamente seguro de que el Thakur saab llamó a uno de sus antepasados para mostrárselo a Narayana... ¡Mire su cara aterrorizada!...

Algo profundamente doloroso e incluso de mal agüero se reflejó en los negros ojos del hindú... Pero enseguida bajó su mirada y, haciendo un visible esfuerzo por controlarse, permaneció en silencio...

Queda interferir y parar las inoporiunas burlas por parte del babú, pero el Thakur me hizo una advertencia. Sin cambiar la conversación desvió con habilidad el curso de nuestras ideas de este delicado asunto hacia una dirección diferente por completo...

-Tiene razón, babú -dijo pensativamente, sin prestar la más mínima atención a la obvia ironía del bengalí- en toda la India no hay ningún lugar más idóneo que esta torre para evocar la memoria de las grandes hazañas del pasado logradas por *mis* antepasados rajputs. Aquí -continuó señalando hacia Delhi- a finales del siglo XVII, los generales y príncipes del Rajastán fueron definitivamente destronados y privados de su legítimo reino, la herencia de sus padres... ¡Aquí fue donde los fanáticos y crueles mogoles tomando posesión del trono por mera astucia, volvieron, de fonna deliberada, la última página sangrienta de la historia de la India como país grande e independiente!... ¡Sí! -exclamó de repente, con sus ojos brillando como carbón ardiente y al parecer impresionado por un impulso de ira hasta ahora reprimido y por ello incluso más intenso-. ¡Sí!... ¡Fue exclusivamente la depravación y el afeminamiento de esta maldita raza lo que abrió de par en par las puertas a los conquistadores europeos! ¡Sólo los mogoles arruinaron nuestra India! ¡Si éstos generados en harenes no se hubieran asentado en nuestra patria, no tendríamos ahora a ningún inglés aquí!...

Mr. W. frunció sus cejas y, volviéndose hacia la pared, parecía estar muy ocupado en examinar las inscripciones en cúfico. Miss B., sin embargo,

sintiéndose molestada y con un ardor patriótico merecedor de una causa mejor, se precipitó a la batalla.

- ¡ Oh! -exclamó con ironía la vieja solterona, haciendo uso de todos los tonos de su disonante lengua nacional- ¡Oh, oh! ¿Realmente quiere decir que *nosotros* no hubiésemos sido capaces de vencerles a ustedes los rajputs?... ¡Nosotros, los ingleses, *nunca* fuimos derrotados por *nadie*; y nunca cedimos un territorio que ocupamos alguna vez!...

En verdad empecé a temer por esta estúpida mujer. Nunca antes había tenido ocasión de ver en ojos humanos una luz tan amenazadora y sombría como la que ahora brillaba en las dilatadas pupilas del orgulloso Thakur. Pero se calló y solamente la miró. Así la esfinge debió haber clavado la mirada en su futura víctima, antes de que se resolviese su enigma...

Por fortuna el Coronel se puso a la altura de las circunstancias y nos salvó a todos desviando felizmente la conversación.

-¿Así que vosotros los ingleses nunca habéis sido derrotados? -preguntó con una risa afable-. Excepto por nosotros, los americanos, se debería añadir... Recuerde la lección que les dimos entre 1775 y 1783, cuando les echamos para siempre de nuestras costas... ¡Y luego otra vez en 1812, cuando por cada americano que perdió su vida murieron ocho ingleses!... Mi querida Miss B ., no debería olvidar los hechos históricos, ni siquiera por motivos de patriotismo.

El Coronel no se equivocó con su magnánimo plan. Estas pocas palabras eran totalmente suficientes para provocar una tormenta de indignación dirigida contra él y acompañada, como siempre, por un torrente de lágrimas histéricas. La inglesa se hizo cada día más insoportable para nosotros...

En su calidad de presidente de la Sociedad Teosófica, el Coronel había intentado varias veces decirle en serio que debería volver a Bombay donde, en el ambiente familiar y simpático de comerciantes llegados a ricos y altivos ex-zapateros ingleses, ella se sentiría más tranquila y feliz. Pero yo siempre protesté. Por insoportable que se nos hiciera su compañía, aún así, siendo ingleses, ambos, Miss B. y Mr. W. eran indudablemente útiles, debido a las ridículas sospechas y persecuciones por parte de la

policía. Este espionaje, tan desagradable y estúpido, con sus infructuosos intentos de mantenerse en secreto, nos molestó cada día más. La presencia de dos ingleses, ambos fervientes patriotas, no solamente podía ser útil en el futuro sino que mostró a la Administración anglo-india en su aspecto más ridículo...

Fiel a su costumbre habitual, el Thakur vino a despedirse de nosotros a la estación de ferrocarril, nos dijo adiós y prometió reunirse con nosotros *posiblemente* en Agra, pero si no era posible lo haría en Bharatpur. Y así partimos.

Durante el viaje, Narayana estaba muy distinto de su forma normal de ser y daba la impresión de sufrir bajo el peso de alguna presión terrible o algún dolor. El babú, al contrario, estaba tan excitado como el diablo antes de la liturgia(1) ²⁴⁷. Mulji estaba como siempre callado; Mr. W. puso mala cara en nombre de Miss B. que rechinaba los dientes durante la mayor parte del camino; el Coronel roncaba en un rincón del carruaje; en cuanto a mí, estaba tan absorta en pensamientos, como para literalmente «no estar allí»... ¿Qué había pasado entre el Thakur y Narayana?... ¿Cuál era su secreto?... ¡Quién sabe!...

Semejante al día en que llegamos a Delhi, el Sol estaba justo a punto de ponerse, sumergiéndose en el derretido oro de las nubes, y muy lejos hacia el horizonte se podía ver la magnífica «Kutb Minar», ya medio cubierta por la púrpura de las sombras vespertinas, con su parte superior ardiendo como una columna de fuego en el brillo dorado y anaranjado de la puesta de sol.

El emperador Akbar, el rey Salomón de la India, fue en virtud de su sabiduría el gobernador mogol más grande y más amado de la India, el único cuya memoria es tan querida a los musulmanes como a los hindúes. Los últimos le aman posiblemente incluso más que los primeros, ya que siempre estaba en favor de su causa. Akbar el Magnífico, el Bendito, Akbar el Amado de los Dioses y «la Belleza del Trono del Mundo». Éstos son los epítetos que se unen a su nombre. La ciudad de Agra todavía es conocida hoy entre los nativos como *Abarabad*. En cuanto al número de sus esposas, superó incluso a Salomón. ¿Qué son las 800 mujeres legales y

²⁴⁷ Proverbio ruso.

las 300 concubinas de este último en comparación con las 5000 mujeres de Akbar? Las crónicas del país aseguran que debió su poder y grandeza únicamente a estas damas. Una vez decidido a tomar posesión de toda la India, el Gran Padisha se casó, de forma sucesiva, con las hijas de cada uno de sus nuevos aliados para fortalecer sus alianzas. En cuanto se enteraba que tal o cual rajá o príncipe vecino tenía una hija, le ofrecía enseguida casarse con ella. ¿Cómo era posible rechazar a un pretendiente como el emperador Akbar? De esta manera, habiendo creado todo un ejército de suegros aliados, garantizaba la paz para sí mismo y aseguraba a su país contra la invasión. Las esposas estaban contentas y felices, y ninguna envidiaba a otra. Cada una de ellas tenía su propia habitación en el palacio y sus propios privilegios especiales. Ahora todo lo que queda de este palacio familiar son ruinas.

Se dice de Akbar que pertenecía a la cuarta generación de los descendientes de Mahoma; por esta razón la gente oriodoxa le perdonaba mucho, aunque cometía grandes pecados contra su religión. Sus ofensas más graves fueron las dudas y su constante búsqueda de la *Verdad* «como si toda la Verdad Divina no estuviese centrada en nuestro Bendito Profeta», por utilizar las palabras de uno de sus historiógrafos. Tenía pasión por el estudio de la filosofía y mostraba una profunda reverencia ante manuscritos antiguos, apartaba grandes sumas de dinero para las más antiguas escrituras referentes a las «seis grandes religiones de Oriente»: el Cristianismo, el Islamismo, el Judaísmo, el Parsismo, el Budismo y el Hinduismo. Reverenciaba a las seis pero no pertenecía a ninguna de ellas(1) ²⁴⁸. Se dice que después de su muerte se encontraron un gran

²⁴⁸ 1 Akbar, aunque sus súbditos musulmanes le consideraban como un santo y un *hacedor de milagros*, estaba lejos de favorecer al Islam; muchas veces, cuando necesitaba dinero, lo cogía fríamente de las mezquitas y saqueaba los tesoros en beneficio de su caballería. Tampoco los misioneros cristianos eran más afortunados que los *mullahs* musulmanes. No solamente adoraba al Sol Y rogaba a él cuatro veces al día sino que se erigió a sí mismo como objeto de veneración. «Estudiaba la magia y se rodeaba de hombres dedicados a sataná, hombres que realizaban varios milagros perniciosos en el nombre y con la ayuda de fuerzas del mal.»

(Extraído de los Informes de los misioneros de Goa en *Murrays Discoveries*.)

número de manuscritos suyos y, lo que es aún más asombroso, existen todavía hoy. Nació en 1542 y murió en 1605, después de reinar casi medio siglo. No puedo dejar de **relatar una historia extraña** que me contaron, aunque, puede ser una leyenda o **una mera fábula**. Pero como está estrechamente relacionada con la historia .rasa y coincide con exactitud con las fechas de sus acontecimientos históricos más imoportantes siendo mencionada una conocida familia de la nobleza rusa, la contaré tal como la escuché yo misma, sin adornos.

Como todo el mundo en la India, Akbar creía ciegamente en la astrología y magia. En su juventud como príncipe había ofrecido una vez su amistad a un joven de rostro pálido que de un modo u otro había llegado a su palacio. Más tarde el joven desapareció y nadie excepto -el príncipe sabía quién era y dónde se había ido. Pero después de que Akbar hubiese ascendido al trono, el joven reapareció y adquirió una gran influencia sobre el Emperador. Nadie conocía su verdadero nombre ni de dónde había venido el misterioso extranjero, y en una corte siempre llena de forasteros y «sabios del Este, Oeste, Sur y Norte» en un principio nadie le prestaba ninguna atención especial; sin embargo pronto surgió la envidia, y la gente comenzó a socavar la predilección del Emperador hacia él. El pueblo empezó a comentar que el joven era un despreciable esclavo prisionero del lejano Norte que había sido entregado a Akbar por un cacique pathan de Afganistán. Al final las intrigas se tomaron tan crueles que su vida estaba en peligro. El Emperador se alarmó y una buena mañana el joven desapareció de nuevo tan misteriosamente como había aparecido. Para impresionar a sus súbditos y para advertirles, Akbar sostuvo que no sabía si su favorito se había esfumado; mandó a los enemigos del joven aparecer ante él y la misma mañana cayeron varias cabezas. Doce años más tarde apareció en la corte un hombre, de aspecto joven, a quien los antiguos cortesanos reconocieron como el joven perdido. Siendo un individuo varonil, solemne y pensativo, fue presentado a los cortesanos por el mismo Emperador como un erudito astrólogo y gurú; ahora la corte se inclinaba más o menos sinceramente y con algo de respeto ante el forastero, ya que la fama del joven astrólogo había

[Aquí se hace referencia a la obra de Hugh Murnay, *Historical Account of Discoveries and Travells in Asia, etc.* Edimburgo, 1820. (N. del E.)]

precedido a su aparición en Agra y la gente había hablado de él en sus muniuraciones pero con cierta reverencia y con algo de temor: «El pandita Vasishtha Ajanubahu ha estudiado las ciencias ocultas del *Jadu Vidya* y del *Yoga Vidya* (magia negra y blanca) con los mismos *jinn* («espíritus») en los bastiones del Himalaya, cerca del Badrínath, y el Gran Emperador mismo le ha elegido como su gurú. ¡Alá es grande! Este forastero es el poseedor del anillo de Sulciman (Salomón), el gobernador de todos los *jinn*. ¡ Los ortodoxos deberían evitar ofender al pandita!»

Las crónicas afirman que el pandita Vasishtha Ajanubahu permaneció junto a Akbar hasta la muerte de este último, y luego, habiendo llegado él mismo a una edad muy avanzada, desapareció: nadie sabe dónde se fue. Se dice de él que antes de partir convocó a sus discípulos y pronunció las siguientes palabras extraordinarias: «Vasislitha Ajartubahu se marcha y pronto abandonará a este cuerpo decrepito; pero no morirá, sino que reaparecerá en el cuerpo de otro Ajanubahu, más grande y más famoso, que pondrá fin al Gobierno mogol ... (1) ²⁴⁹Ajanubahu II vengará a Ajanubahu I, *cuyo país fue humillado y saqueado* por los odiosos hijos del pseudo-profeta.» Después de pronunciar estas palabras, blasfemas para los oídos de sus discípulos, el viejo mago desapareció; «y que su nombre sea condenado» -añade devotamente el autor musulmán-.⁽²⁾²⁵⁰

El lector deberá tener presente la frase en cursivas citada en el párrafo anterior y la cronología de los sucesos. Quizás nuestro nuevo descubrimiento no signifique nada, pero la coincidencia y los nombres son muy reveladores. En todo caso es de un interés extraordinario para los lectores rusos. Hay tantas leyendas sobre el pandita Vasislitha como árboles en la selva virgen; de entre ellas he elegido sólo una que tiene

²⁴⁹Sivaji, el héroe y conquistador de los mogoles y el fundador de la dinastía mahratti, que nació en el segundo cuarto del siglo XVII y ascendió al trono de los peshwas en 1664, recibió el nombre de «Ajanubahu» por tener los brazos muy largos. La tradición afirma que Sivaji era la encarnación de un poderoso «mago del lejano Norte». Nació diecisiete años después de la muerte de Akbar, muy probablemente en 1622.

²⁵⁰2 *Legends of the Mogol Empire*. Una colección de tradiciones traducidas de las lenguas urdú y mahratti.

relación directa con nuestro tema. El hecho de que este pandita fuera ruso pero fuese hecho prisionero por los tártaros durante la victoria de Iván el Terrible sobre la Horda de Oro en 1552, cerca de Kazán, me parece ahora fuera de toda duda. En cuanto a la cuestión de quién era realmente el legendario «pandita» y qué tenía en común con ciertas familias de la nobleza rusa, lo dejo al juicio del propio lector. Nuestro cuento todavía no ha terminado; la parte más curiosa de esta manavillosa historia aún no ha sido relatada y es cierto que el simple nombre de Ajanubahu no significa mucho. Es el apelativo que aquí se da generalmente a todos aquellos versados en «ciencia oculta». La tradición popular afirma que una persona predestinada a ser «el gobernador de las fuerzas misteriosas de la Naturaleza» nace con brazos muy largos... Ahora volvemos a nuestra historia.

Durante el asalto a Delhi de 1857 a 1858, cuando los ingleses por fin irrumpieron en la ciudad, tuvo lugar el siguiente acontecimiento histórico. La ciudad fue tomada, pero el viejo Rey había desaparecido y no se le podía encontrar en ninguna parte. Finalmente, como muchas veces en situaciones tan difíciles, surgió un traidor, similar a Judas, entre los mogoles. Por un saco de oro, promesas de perdón y una pensión, el suegro del heredero forzoso, Mirza Elahi Buksh, con la ayuda de un hombre llamado Rujjub Afi, un *munshi* («profesor»), traicionó al Gran Mogol y lo entregó, junto con otros cuatro príncipes de la dinastía Shalizada de Delhi, a manos del aventurero Hodson. El Rey fue encontrado en un escondite donde nadie le hubiera descubierto; si no hubiera sido traicionado, habría tenido tiempo para escapar al Himalaya. Se descubrió que había logrado enviar cierta caja de tesoros y documentos a los príncipes, así que el capitán Hodson -la sola mención de cuyo nombre hace que el ejército se ruborice de vergüenza, algo que no ocurre muchas veces- salió en busca de los príncipes. Fueron encontrados escondidos en las cercanías de Delhi, en uno de los refugios secretos entre las tumbas del «Valle de la Muerte». Era difícil capturarlos con vida, ya que ellos y todos sus compañeros estaban dispuestos a hacer saltar todo mediante explosiones y morir en ese acto, pero Hodson quería asegurarse su captura, si no de los príncipes mismos, por lo menos de los tesoros que estaban en sus manos. Por ello recurrió a la astucia. Después de haberles prometido el perdón *en nombre del Gobierno* y de garantizarles sus vidas y una completa amnistía, les persuadió a rendirse y prometió llevarles a la ciudad. Basta con ver la

Guerra de los Cipayos de sir John W. Kaye(1) ²⁵¹, un testigo de estos acontecimientos, para conocer los detalles de lo que pasó entonces. A pesar de todas sus promesas, el canalla Hodson ordenó parar el palanquín de los príncipes, les hizo salir y quedarse de pie enfrente de él que se encontraba a caballo en medio de la carretera. Como sospechaban traición, los príncipes salieron solos, dejando a un sirviente con la caja del tesoro y un pequeño baúl de plata antiguo en el palanquín. Después, mientras él fingía querer hablar con ellos, a una señal determinada sus soldados los mataron brutalmente como a ovejas junto con todos sus seguidores. Hodson se precipitó entonces hacia el palanquín, pero ahí no quedaba ni caja del tesoro, ni baúl, ni hombre alguno. Durante el tumulto y mientras prosiguió la matanza, el cipayo desapareció y nadie supo nunca nada más de él. Sobre qué es lo que pasó con el tesoro, no tengo ninguna posibilidad de saberlo, pero en cuanto al baúl con los documentos, se encontraron algunas huellas. Según algunas noticias, uno de los rollos de pergamino está ahora en posesión de un cacique en las provincias noroccidentales. Los manuscritos están escritos en parte en persa y en parte en hindí, y cada uno de ellos lleva el sello personal del Emperador. Contienen registros, anotaciones y documentos que en su totalidad forman una especie de libro de notas del emperador Jalal Al Din Akbar. Me enteré de su existencia y del contenido de uno de ellos de la curiosa forma que relato a continuación: Uno de los miembros de nuestra Sociedad Teosófica, un familiar cercano al individuo que posee el rollo misterioso, quería saber de mí si entre nuestras nobles familias rusas había alguien con el nombre de «Vasislitha Ajanubahu».

-No, nunca escuché tal nombre -dije-. Tenemos el nombre Vassily pero no Vasislitha; en cuanto a «Ajanubahu» no lo he oído nunca antes. ¿Pero qué significa este nombre? *Ajanubahu* traducido del sánscrito significa «de brazos largos», creo yo, (*ajanu*: «que baja hasta las rodillas» y *bahu*: «brazos»). ¿No era éste el nombre de Sivaji, el gran gobernador inalinatú y fundador de su reino? ¿Se refiere a él?...

-No, no exactamente. ¿Tienen ustedes en Rusia el nombre de *Longimanus*?

²⁵¹1 Vol. III, p. 642 y ss.

-No, tampoco; pero tenemos el nombre de Dolgorukov, que es la traducción literal del latín *Longim-anus* y del sánscrito *Ajanubahu*.

-Ahora por fin hemos llegado al punto donde todo está claro para mí...
-dijo mi amigo-.

-En lo que a mí se refiere, ¡me parece tan oscuro como antes!...

Fue entonces cuando supe de él la historia del pandita Vasislitha y de Akbar, y del episodio sobre Dellii que acabo de contar. Durante bastante tiempo se había interesado por las memorias de Akbar. Dado que conocía bien varias lenguas, había estudiado las anotaciones del Emperador, y al conocer la leyenda sobre el astrólogo Vasislitha en Agra, se dio cuenta en seguida de que una de las notas se refería a este misterioso personaje. Tenía que rehusar mis repetidas súplicas de dejaríne ver los manuscritos, ya que éstos estaban escondidos en un lugar secreto que solamente conocía un hombre, su hermano mayor. Me prometió, sin embargo, traducir para mí uno de los apuntes de Akbar que había copiado para su propio uso. Cumplió su promesa. Este es el texto escrito según la cronología musulmana en el año 938 de la Hégira.

Lo transcribo de la tr-ducción realizada por mi amigo.

Nota 1. «Al principio de la luna llena del mes de Marana del año 935 (1557), un joven *moscovita* fue traído desde Ghazni por el pathani Azaf Kan, de «Ulamam» (?). Fue capturado y hecho esclavo en el Kanato Kapchak («Horda de Oro») cerca del *pueblo* de Kazán (?), en aquellos días en que se dice que Shaitan, bajo la forma del zar moscovita, defendió a los kanes... El nombre del joven moscovita, traducido a nuestro idioma hindí (o sea, sánscrito) es Kosr Vasislitha Ajanubahu(1) ²⁵², también Longimanus en el idioma de los padris portugueses. Es el hijo del viejo Kosr, principe asesinado en el Kanato Kapchak... Vasislitha dijo: «Conozco mi propio idioma moscovita; también los idiomas de Irán y Pathan. Aprendí astrología y sabiduría en la provincia de Gilan (Mar Caspio). Desde ahí fui una vez más llevado a Irán, donde serví al rey Thamasp. El Padisha se enfadó debido a una pesadilla que tuvo y me dio

²⁵²¿Esto seria en la traducción al ruso principe (Kosr) Vasislítha (o Vassily) Brazos Largos o Dolgorukov?

en regalo a Azaf Kan. Quiero estudiar la sabiduría de los sufíes y de los samanes [probablemente budistas] y quiero obtener el *shast* [una cadena, pero en este contexto un talismán] con el Gran Nombre en él... Que estudie.» Y dice un poco más adelante: «Enviado a Cachemira».

Nota 2. «Volvió para consultar, recibió el Allah o Akbar.(2) ²⁵³Vasislitha descubrió el gran nombre *He(3)* ²⁵⁴e inició a los sufíes de la bendita Rabía.(4)²⁵⁵

En el año 968 hay una nota, según parece, escrita por el mismo Emperador: «¡Grande es Vasislitha Ajanubahu!... Sostiene en sus manos la Luna y el Sol. Se liberó del *taklid* («collar») de religiones fraudulentas y descubrió la verdadera sabiduría de los sufíes como se expresa en la siguiente estancia:

«La lámpara y su luz son una,
Sólo los locos ven en la imagen y su Brahma
dos objetos diferentes entre sí ... »(5)²⁵⁶

²⁵³2 Consigna simbólica de Akbar, tallada en un talismán, sólo concedida por mérito a renombrados magos y astrólogos para que lo llevaran en su turbante.

²⁵⁴3 *He o Nei*, lo que traducido significa «Ello» o «la Deidad».

²⁵⁵4 *Rabía*, una mujer, fundadora del místico grupo religioso de los *sufíes*, que vivió en el siglo I de la Hégina. El poeta Hafiz perteneció a esta fraternidad.

²⁵⁶5 Esta es la idea panteísta de los sufíes y de los vedantinos sobre la unidad de todo el mundo. El Universo es Uno; las formas y figuras tanto del mundo objetivo como del subjetivo son solamente olas del mismo océano. La Deidad está en el Universo y el Universo está en la Deidad. Fuera de ello no hay nada, ni siquiera caos.

Así terminan estas notas. Quién fue aquel Vasishtha Ajanu bahu probablemente será para siempre un enigma sin resolver. Si fuese uno de los príncipes Dolgorukov hechos prisioneros por los tártaros en tiempos de Iván el Terrible, tendría que mencionarse este hecho al menos en las crónicas de aquella familia, si no en la Historia General. Que era ruso se me demostró por el hecho de que en una línea «escrita en lengua desconocida» y que mi amigo había copiado exactamente del papiro, vi y reconocí la firma «Knyaz Vassily»; ésta estaba escrita en viejas letras eslavas y en una escritura inexperta, exactamente como escribían nuestros antepasados hace tres siglos; la firma no es fácil de leer, pero la palabra Knyaz y el nombre Vassily pueden ser fácilmente reconocidos por un ruso.

«¡Maravillosos son tus misterios, oh, canosa y silenciosa Antigüedad!» Y cuanto más la estudiamos en la India, más fuerte se hace mi inquebrantable convicción de que nosotros, los rusos, y la prehistórica Rusia, Bulgaria y todas las naciones eslavas en general, estamos mucho más estrechamente relacionados con la Aryavarta de lo que los historiadores piensan o los orientalistas modernos ni siquiera sospechan.

He tenido más de una ocasión en estas páginas para afirmar definitivamente que no tengo la más mínima intención de competir con los etirólogos y filólogos eruditos; pero, a pesar de sus conclusiones autoritarias, no puedo evitar contradecirles a cada paso al notar cuántas veces y hasta qué punto sus deducciones, en apariencia tan lógicas y brillantes cuando se está fuera de la india, se muestran débiles e improbables a aquel que estudia este país allí mismo y toma en cuenta no sólo las tradiciones locales sino también cómo encajan perfectamente con las de lugares muy alejados los unos de los otros. Reconozco que mis acciones en estos casos contradicen a los principios estrictamente científicos y los métodos empleados por la filología moderna; me doy cuenta que, al señalar semejanzas fonéticas entre diferentes lenguas, fuera de todas las demás consideraciones, estoy pecando contra las reglas básicas de la etimología, establecidas por los filólogos rigurosos y aceptadas sin protestas en Europa por los seguidores de sus escuelas. El profesor Max Müller tiene perfecto derecho de mirarme con una sonrisa despectiva e incluso de calificar mi parecer de «opinión salvaje», y a mis

teorías de unwissenschaftlich(!) ²⁵⁷; y sin embargo, a pesar de su absoluta desaprobación (a la que, dicho sea de paso, he sobrevivido felizmente) cada vez que estoy presente en discusiones de los panditas en su lengua sánscrita o cuando oigo de nuestro estimado amigo y aliado svami Dayananda(2) ²⁵⁸el frecuente llamamiento a sus discípulos: «dehi me agnim», dadme fuego, en la simplicidad de mi espíritu ignorante, no puedo dejar de exclamar: ¡Esto suena completamente a ruso! ... (3) ²⁵⁹Para citar un dicho moscovita: «Si vives con sencillez, vivirás un siglo» en el que sustituida el verbo «vivír» por «pensar». En estos casos no puedo evitar recordar que más acertadas que todos los estudios filológicos del mundo, en cuanto al simple sentido común, son las palabras de una de las damas de mi familia rusa, una mujer inteligente, educada y muy observadora, aunque no conocedora del sánscrito, que recientemente me escribió en una

²⁵⁷1 Del alemán y quiere decir: «no científico». (N. del E.)

²⁵⁸2 ¡Ay! El «estimado amigo y aliado» se ha convenido desde entonces en un peligroso enemigo. El fanatismo y la intolerancia obtuvieron dominio sobre él. Contrario al programa original, el svami solicitó que «la Fraternidad de la Humanidad», la Sociedad Teosófica, aceptara como miembros exclusivamente a los «aryas» es decir personas que, habiendo renunciado a su anterior religión, aceptaran de forma incondicional la fe de los védicos hindúes. Él mismo fue primero vedantino, y ahora se opone a la *Vedanta* -la mejor y más pura de todas las filosofías de la India- sustituyéndola por los *Vedas* en su forma de letra muerta y que la interpreta según sus propios deseos y gustos. Este nuevo Lutero de Oriente se convirtió poco a poco en un Calvino, y ahora rápidamente sigue el camino escogido por los seguidores de Loyola. Al convencerse de que ni el coronel Olcott ni yo consentiríamos en ser convenidos de forma pública en «Arya Samajistas» ni en reconocerle como el Papa *infallible*, se enfadó tanto que empezó a llamarnos públicamente «*nastikas*» («ateístas») y luego nos anatematizó. El Thakur, que nos defendió, le declaró poseído por la «manía del poder». De esta manera el svami perdió alrededor de cuarenta y cinco personas, ingleses y americanos, que antes le habían reconocido como su *Maestro*, y nuestra sociedad consiguió aproximadamente cien miembros de la «Arya Sarnaj», que pasaron de su campo al nuestro.

²⁵⁹3 Las palabras rusas para ésto son: *day mne ogon, o ognya*. (N. del E.)

de sus cartas: «Usted, querida, puede defender la Trimurti hindú y entusiasmarse por su significado oculto tanto como quiera, pero no puede haber apenas duda alguna de que la traducción al ruso de su Trimutti significa simplemente tres morros (tri mordi).» Tenía razón; la palabra murti significa en sánscrito tanto «cara» como «iniagen»; y Trimurti, traducido literalmente significa «tres imágenes», la triple representación de Brahma, Visnú y Siva. Por esta razón no puedo estar de acuerdo con el gran Max Müller ni creerle cuando dice que «en la lengua alemana el porcentaje de **palabras puramente** sánscritas es mucho mayor que en las eslavas o el ruso». Cuanto más porque en nuestra infancia nos hicieron conjugar el verbo alemán *geben* y no pudimos dejar de sentir que la fonna del imperativo «gib mir Feuer», a pesar de la filología, se parece tan poco a «dehi me agnim» como lo que se pueda parecer el estimado profesor vestido con traje de etiqueta a un Dalai-Lama tibetano vestido con túnica. La lengua georgiana, según nos aseguran las enciclopedias de hoy, basadas en la autoridad de filólogos, está llena de formas gramaticales sánscritas puras, mientras que el ruso está lleno de raíces escandinavas ' táriaras, finlandesas y otras no-eslavas. Pero la cuestión es: ¿no podría haber adquirido la lengua rusa estas «raíces no-eslavas» en su desarrollo durante los periodos históricos más tardíos, *por la razón* de que estas «raíces no-eslavas» del escandinavo, tártaro, finés y otras lenguas son dialectos o, según la expresión de Max Müller, derivados primitivos del sánscrito (tengo que pedir de antemano disculpas a nuestros filólogos «turano-semitistas» por esta hipótesis poco científica), ya sea del sánscrito en su forma acabada y perfeccionada, o si no, al menos de aquella lengua primitiva de dos terceras partes de la Humanidad? Esta cuestión nunca ha sido ni siquiera tocada por los filólogos, ni mucho menos solucionada. No hay que olvidar el hecho sumamente importante de que Rusia no tiene en absoluto monumentos ni inscripciones que puedan indicar las diferentes etapas de la evolución del lenguaje ruso.

Todo esto, sin embargo, es mi opinión privada, y no será de interés para el lector. Por lo tanto, dejaré esta cuestión por el momento y continuaré mi relato sobre la India tal como se presenta en nuestros días.

Agra, como muchas otras ciudades, fue construida sobre las tumbas de sus numerosos predecesores. El estado actual de la ciudad, aparte de sus edificios y monumentos históricos, que mayormente pertenecen a los mogoles, es lamentable. Suciedad, hedor y, a juzgar por la apariencia

exterior de sus viviendas, un terrible estado de pobreza reinan por doquier en la parte musulmana de la ciudad. Los indios de aquí han llegado a ser iguales a los musulmanes y han perdido completamente sus rasgos originales. Agra es la entrada al Rajastán, una especie de antesala en la que los dueños no viven realmente sino que sólo la atraviesan de vez en cuando. Como en todas las demás ciudades, los ingleses se han aislado de los nativos por una muralla china de caserones y arrogancia, y viven completamente separados. Tienen sus propios barrios -donde ningún *negro* se atrevería a instalarse- lejos de Yamuna y del Taj Mahal; este último no está lejos de la *Moti Masjid* conocida entre la gente por el nombre poético de «Mezquita de la Perla». Tanto la *Masjid*. como el Taj Mahal pueden ser comparados literalmente y sin ninguna exageración oriental con perlas que yacen en un montón de estiércol.

¡Qué bella perla es este último! Después de haber agotado toda mi elocuencia en describir a Delhi, tengo que presentar ahora esta octava maravilla del mundo, el Taj Mahal, y me siento absolutamente incapaz de hacerlo. Si fuese posible evocar del misterioso reino donde perduran las formas, que hace tiempo tuvieron sus efímeras existencias sobre la tierra en los más poéticos sueños de Miguel Ángel -un reino revelado por los alquimistas y cabalistas- entonces, quizás sería posible crear una visión adecuada de él en alguien que nunca haya visto este monumento. Se imaginaria un grandioso mausoleo, tan grande como una catedral gótica y terminado como una preciosa corona real; vería sus cuatro cúpulas blancas como perlas en las esquinas de un cuadrángulo, en medio del cual se eleva, quince metros más alta, la brillante cúpula central coronada por dos globos dorados y una media luna también dorada²⁶⁰ que resplandece en el suave azul del cielo. Muy alejado de cualquier otro edificio y rodeado de bellos jardines, el Taj Mahal está solo en su indescriptible belleza a orillas del Yamuna azul, reflejando su pura y orgullosa imagen... ¡ El edificio es tan perfecto en sus dimensiones arquitectónicas, tan encantador y completo en el acabado de sus más mínimos detalles y, al mismo tiempo, tan grande en su sencillez, que uno no puede decidir si es más de admirar su diseño, su arte o a los materiales de los que está hecho!...

²⁶⁰1 Esta cúpula tiene veintiún metros de diámetro y se alza a una altura de setenta y nueve metros desde el basamento de la terraza más baja.

Estos materiales son masas de lujoso mármol blanco, a veces entremezclado con mármol negro y amarillo, nácar, jaspe, ágata, esmeralda, aguamarinas, perlas y cientos de otras piedras. Sin embargo, el mármol blanco predomina. En todo el edificio, desde lo alto de la cúpula hasta el último centímetro de los cimientos *no puede encontrarse ni un solo clavo*, ni una partícula de vidrio o madera. Incluso las tuberías de agua son de mármol y los muros están tan perfectamente pulidos que reflejan sobre sus brillantes superficies las más fugaces sombras del cielo y del follaje, recordándole a uno más el nácar que el mármol. Difícilmente podíamos creer que el Taj Mahal fuera obra de seres humanos, y estábamos muy dispuestos a dar crédito a la leyenda local, que asegura a los fieles que el inconsolable Califa fue elevado por un santo derviche a la morada de Mahoma en el Paraíso, donde Alá mismo ordenó al arcángel Gabriel trazar el plano de una de sus residencias. De acuerdo con este plan, se construyó entonces el Taj Mahal sobre el cuerpo de Mumtaz-i-Mahall, la amada del Califa, conocida como *Arjmand Banu*, «La Corona del Serallo».⁽¹⁾²⁶¹

Cuando uno se acerca por la parte del Yamuna, lo primero que salta a la vista es un masivo cuadrado de deslumbrante mármol blanco, de 294 m. de longitud de este a oeste y de 100 m. de anchura de sur a norte: una plataforma o pedestal verdaderamente digno de tal monumento. Su base es de arenisca roja, pero apenas se distingue porque está tapada por los verdes arbustos de la orilla. A cada lado hay mezquitas separadas, también construidas en arenisca, con diseños de appliqué en mármol negro y blanco y con tres cúpulas blancas cada una. Estas mezquitas, sin embargo, no parecen pertenecer al monumento mismo y tienen más bien el aspecto de dos centinelas que están eternamente de guardia. Sobre la primera plataforma y terraza, de unos 120 m² y 18 m. de altura, también hecha de mármol blanco, se eleva el mausoleo. En los cuatro ángulos, centelleando a la luz del Sol como torres de hielo, hay alminares altos y maravillosamente elegantes, cada uno de 42 m. de alto, hechos del mismo material y con cúpulas similares. El mausoleo imperial con los cenotafios se encuentra en el lado septentrional de la terraza cuadrangular.

²⁶¹1 La historia de la India está tan enredada e incierta que algunos historiadores nos aseguran que Mumtaz fue la nieta de Akbar, mientras que otros dicen que fue solamente la mujer de su nieto Sha-Jahan, el padre del famoso Aurangzeb. La última versión es sin duda la correcta.

Magníficas puertas con arcos conducen hacia el edificio principal, cuyos rojos muros están cubiertos de inscripciones mnemónicas tomadas del *Corán* y trabajadas en appliqué de mármol; más allá está el jardín, dividido en cuadrados, con fuentes en tazas de mármol rodeadas de macizos formados por las flores más extrañas, y viejos cipreses cuya oscura sombra armoniza perfectamente con la siempre presente vista del edificio blanco. Justo enfrente de la entrada, una avenida larga y sombreada termina en una ancha escalera de mármol de dos tramos que conducen a la plataforma superior, su suelo está formado por enormes losas de mármol blanco enmarcadas por un borde negro del mismo material.

Al llegar a la plataforma superior, unos cuarenta pasos más adelante, uno contempla el mausoleo mismo, y sólo dicha visión basta para aturdir a cualquiera... ¡Uno, de repente, se siente como en un sueño, ante una visión que pertenece a otro mundo mejor y más puro, e intenta recobrar sus sentidos, convencerse a sí mismo que no está soñando, que lo que ve es una realidad y no una fantasía de su imaginación, una visión de las *Mil y Una Noches!* He visto la catedral de San Pedro en Roma y las de Colonia y Estrasburgo; he admirado a más no poder las producciones de los más famosos artistas italianos; pero nunca vi un solo monumento, una sola estatua, pintura o templo que me causara una impresión más fuerte que este edificio ideado por musulmanes, que no me gustan particularmente, y construido por manos desconocidas. Se dice que durante 22 años, 20 000 obreros trabajaron constantemente en este mausoleo, y que sin contar el trabajo y el material, que no costaron nada, el precio del edificio fue de tres millones de libras esterlinas. El corresponsal de las *Illustrated London News*, el conocido periodista Simpson, que también es artista, arquitecto y arqueólogo, comentó, después de volver a Inglaterra desde Kabul el año pasado, que nunca emprenderla la construcción de tal monumento ni por todos los tesoros del Golconda. «Ya no existen estos genios en nuestro frío mundo que lo niega todo -dijo un artista moderno-. ¡Solamente para pulir este mármol se necesitaría un Fidias y un Benvenuto Cellini junto con un Miguel Ángel para ayudarles! ... » Esta opinión no es en absoluto exagerada.

Uno está frente a la fachada de mármol de un templo grandioso en su elegante sencillez. Sus muros son completamente blancos y lisos. Sólo bajo el arco y encima del ancho pórtico se pueden ver ingeniosas

decoraciones hechas del mismo material, como un bordado transparente convertido en piedra, representando flores, frutas y arabescos; sobre la comisa de la cúpula y a lo largo de los muros laterales se ve también una estrecha cenefa de inscripciones del *Corán* en enormes letras doradas. El pórtico conduce directamente a la gran sala interior del mausoleo que está rodeada de pasillos y naves laterales. Por todas partes las mismas paredes de un blanco deslumbrante y paneles de mosaicos, las mismas guimaldas de bellas flores hechas de piedras preciosas en *pietra dura*. Algunas de ellas parecen de una perfección tan natural, el artista ha copiado la Naturaleza tan maravillosamente bien, que la mano de uno se extiende de forma involuntaria para asegurarse de que en verdad no son reales. Ramas de jazmín blanco hechas en nácar se enroscan alrededor de una flor de comalina de un rojo granate o los frágiles zarcillos de parras de vino y madreselva, mientras que unas delicadas adelfas se asoman por debajo del espeso follaje verde. Y todo esto está sobrepuesto al mármol blanco, no como el microscópico mosaico florentino sino al estilo del mosaico *oriental* de la india, que utiliza piezas de tal tamaño y forma que no molestan al conjunto de las piedras preciosas. Cada hoja, cada pétalo son una esmeralda, una amatista, una perla o un topacio separados; a veces se pueden contar hasta cien en un sólo manojo de flores, y hay cientos de ellos en todos los paneles y tablas de mármol perforadas. Una misteriosa penumbra reina en esta morada de la muerte, así que no pudimos darnos cuenta en seguida de la cantidad de tesoros que había enterrados aquí junto a la pareja imperial. Pero las antorchas iluminaron la sala y de repente millones de chispas destellaron desde las piedras preciosas y nos dejaron asombrados.

El techo bajo la cúpula, iluminado por la luz del día a través de las ventanas góticas de crestería(1) ²⁶²de mármol, está espesamente cubierto de flores similares y frutas de piedras multicolores; pero en vez de tener una superficie lisa, el mosaico está superpuesto al mármol, de forma que desde cierta distancia parece realmente un florido enramado de plantas vivas antes que fría piedra. Después de haber visto el Taj Mahal, el turista leerá sin sonreír la elocuente historia contada por un devoto historiador nativo que concluye su descripción con la siguiente aseveración ingenua: «No hay duda alguna de que el proyecto de esta Perla de Oriente, de la que

²⁶² 1 Decoración arquitectónica fort-nada por combinaciones de figuras geométricas caladas. (N. del E.)

nosotros, musulmanes de la India, estamos con razón orgullosos, estaba desde su principio destinado por el gran Profeta a inspirar a los fieles una idea verdadera de las moradas bienaventuradas en el Paraíso.»

Justo bajo el centro de la cúpula hay dos cenotafios, rodeados por crestería de mármol, de casi dos metros de alto, similares a otros existentes en el mausoleo y cubiertos de arriba abajo de preciosos diseños de flores y un borde que recuerda a los lirios. Las esculturas son tan diminutas y gráciles que a pesar de tener un espesor de algunos centímetros, la placa de crestería de mármol parece exactamente encaje. Los sepulcros, los cuatro que hay, aunque solamente dos de ellos contienen los cuerpos de la pareja real (la bella Mumiaz-i-Mahall y su fiel esposo, aquí y en la otra vida, el califa Sha-Jahan), están hechos todos de una sola pieza de mármol blanco.⁽¹⁾ ²⁶³ Los dos cenotafios de la sala superior son espléndidos ejemplos de sencillez y forman un notable contraste con las placas de mármol cubiertas de piedras preciosas. Desde el pórtico bajarnos por unas anchas escaleras a la cripta donde se encuentran los otros dos sepulcros uno al lado del otro. La tumba de la Emperatriz está cubierta con innumerables arabescos, mosaicos, piedras preciosas y versos del Corán. La tumba del Califa es un poco más alta, pero más sencilla. Como los sepulcros de arriba, estos dos están enmarcados en maravillosas obras de enrejado, pero sin mosaico alguno. El techo tiene una bóveda como la del piso de arriba, pero no está decorada; la sala misma es octogonal. Día y noche, esta oscura sala está iluminada por lámparas plateadas y doradas; los viernes, los fieles traen numerosas ofrendas a su «califa»; éstas, por supuesto, encuentran su camino hacia los bolsillos de los mullah, dado que el Gobierno se ocupa de todos los trabajos de reparación y protección del mausoleo.

Después de haber visitado el mausoleo, subimos por una escalera de caracol hacia el alminar del norte y permanecemos ahí durante aproximadamente dos horas. Era difícil separarse de esta maravillosa escena. Desde el alminar uno puede ver los alrededores de Agra que se extienden por muchos kilómetros. Desparados a lo largo de ambas orillas de la serpenteante cinta plateada del Yamuna están los grandes

²⁶³ 2 Los dos sepulcros que contienen los cuerpos están en la cripta que se encuentra en el piso inferior bajo las dos plataformas; encima de ellas, en la sala del mausoleo situada en el piso superior, están los dos cenotafios.

monumentos de la dinastía de «Tamerlán»: fortaleza, palacios, mezquitas, torres... La ciudad vista desde esta altura pierde su sucia apariencia y parece estar sumergida en el verde follaje de arbustos y árboles. Sería decepcionante describir cualquier otra cosa en Agra después de haber visto el Taj Mahal. La Moti Masjid, la «Mezquita de la Perla», cuya belleza es siempre muy elogiada, puede muy bien ser extraordinaria desde el punto de vista de la arquitectura, pero solamente puede llamar la atención de aquellos que no han visto todavía el mausoleo. Columnas, cúpulas y mármol blanco, especialmente grandes bloques de este material sobre plataformas construidas de arenisca roja: esto es, en breve, la descripción de los palacios y las otras mezquitas de Agra.

Al vivir bastante cerca del Taj Mahal, lo visitábamos diariamente y utilizábamos sus jardines sombreados y frescos como nuestro salón. Allí sentados, escuchábamos leyendas locales y respirábamos más libremente que en el sofocante *dak bungalow(1)*²⁶⁴, montado por el Gobierno en uno de los antiguos mausoleos o mezquitas cerca de las puertas del Taj Mahal. En la misma mezquita, encima de la sala de la sepultura, los ingleses han instalado «una sala de baile para meriendas», un acto de «una discreción y delicadeza muy cuestionables» según la expresión de R. Gordon Cumming.

-¡Imagine nuestros sentimientos como europeos y cristianos -añade el autor- si unos neozelandeses, después de habernos conquistado, empezaran a bailar su danza guerrera en *nuestros* mausoleos o incluso en nuestras mucho menos románticas capillas de cementerio!

Sin hacer ningún comentario mío, he citado a propósito a uno de sus compatriotas para mostrar a los ingleses que no son sólo los rusos -de los que generalmente sospechan como espías quienes observan y señalan al mundo su repelente egotismo y falta de consideración hacia los sentimientos de los pueblos conquistados. No son los rusos sino ellos mismos quienes despertaron el justificado odio de los pueblos asiáticos mediante este peligroso comportamiento.

²⁶⁴ 1 Fonda donde se da alojamiento libre. El precio de la comida es muy bajo para los viajeros que no se traen su cocinero y sirvientes con ellos.

Se dice que después de la muerte de su amada Mumtaz, la joya de su corazón, el pobre Califa fue postrado por una profunda melancolía. Luego apareció un santo derviche que le sugirió la construcción de este monumento en memoria de su amada que asombraría al mundo entero y, para ello, le prometió la protección del Profeta. El derviche mantuvo su palabra. Según el proyecto original, el Califa había planeado erigir un mausoleo similar para él mismo, en la orilla opuesta del Yamuna y conectar los dos monumentos por un puente de mármol blanco. Pero mucho tiempo antes de que se acabara el Taj Mahal, el Emperador cayó enfermo y estuvo al borde de la muerte. Entonces sus cuatro hijos, los que tuvo con Mumtaz, sin esperar su muerte, iniciaron una guerra entre ellos por la posesión del trono. Aurangzeb fue el vencedor en este reverente torneo filial y encerró a sus tres hermanos así como a su propio hijo en la fortaleza de Gwalior, una especie de «Bastilla» india, donde muchas veces los familiares cercanos de los califas mogoles fueron encarcelados. A su padre, el pobre viudo Sha-Jahan, lo encarceló en la antigua fortaleza de Agra, donde el destronado Emperador pasó siete años y finalmente murió, siendo su único consuelo el poder ver el mausoleo de su amada esposa desde la ventana; pero estaba apenado, porque la obra había sido detenida. Sin embargo había visto su encarcelación como algo muy natural, inherente a la naturaleza misma de las cosas. Ni un solo Emperador, excepto Akbar, había ascendido jamás al trono mogol sin derramamiento de sangre y el encarcelamiento de todos los pretendientes que en uno u otro momento le habían estorbado. El mismo ShaJahan había ascendido al trono sobre el cadáver de su hermano a quien había matado con su propia mano, a pesar de su sincero dolor. Tal es *Kismet*. Su padre, Jahangir, el hijo de Akbar, empaló a más de 800 familiares de la dinastía Tamerlán antes de que pudiera establecerse pacíficamente sobre el trono de la familia.

Después de la muerte de Sha-Jahan, Aurangzeb, como auténtico musulmán e hijo respetuoso, le rindió todos los homenajes posibles a su padre que ya que no podía serle peligroso. Lo enterró cerca de la «Corona del Serallo» y terminó el mausoleo con el dinero de unos magnates que fueron asesinados para este **propósito**. Incluso superó a su padre en extravagancia cuando erigió enfrente de la puerta ya existente, que conducía al jardín, otra hecha de *plata pura*, con capítulos enteros del *Corán* grabados sobre ella y decorada como la copa de Benvenuto Cellini. Al describir estas puertas, las crónicas de los misioneros portugueses de

Goa dicen que fueron construidas por el mismo diablo y terminadas en una noche; pero en eso los piadosos padres probablemente se equivocan... También por orden del mismo Emperador se hizo un portillo, que ahora ya no existe, *de una sola pieza de ágata* de tal belleza y valor que, según las palabras de los mismos veraces historiadores, «fue la obra del Infierno». Pero si realmente fue así, el sino de estos dos tesoros sólo confirma el dicho de que «el diablo no hace regalos sino únicamente préstamos». No más de un cuarto de siglo después, los triunfantes mahrattis se llevaron las puertas y acuiñaron rupias con ellas; en cuanto al portillo, lo convirtieron en altar para Siva en el templo del maharajá de Gwalior. Nadie sabe hoy qué ha sido de este portillo. Se conjetura que ha sido nuevamente retirado, esta vez por el maharajá de Bharatpur, que lo enterró en alguna parte de los Jardines encantados de Digh. Pero murió repentinamente y con él el secreto del escondrijo del portillo.

Incluso hoy, en Agra se pueden oír oscuros rumores entre la nte y leyendas sobre el poder «secreto» de Akbar (que superaba incluso al afirmado por él). El Emperador no fue solamente un gran hombre de Estado y General, sino que había sido también iniciado en la oscura ciencia de la nigromancia y la magia. A su muerte, profetizó que la grandeza de su dinastía llegaría a su fin en la cuarta generación después de él, durante el reinado de su bisnieto, y proetió aparecer ante el Emperador reinante de entonces. Cumplió u palabra. Así ocurrió...

El gran Califa se apareció a Aurangzeb «el Espléndido» en la mosa fortaleza de Agra, que él había construido y que era conoda como el fuerte de Akbar. Esto sucedió alrededor de 1680. Una uena mañana «el Espléndido» estaba sentado en su trono en la «Sala e Audiencias», donde tiempo atrás se había sentado su antepasado, y dictaba sentencias de bien y de mal sin hacer caso de las leyes. La historia no nos cuenta en qué estado de ánimo estaba ni tampoco en cuál se encontraban sus cortesanos. Probablemente el Califa, como cualquier kan ortodoxo, estaba sentado «con los ojos mirando hacia abajo y fumando en pipa». En la última década los mogoles habían sufrido constantemente graves derrotas por los mahrattis, y los pobres fieles estaban muy deprimidos, aún más porque aquéllos estaban bajo el comando del invencible Sivaji, el decano Ilya Muromets. Ajanubahu II, de acuerdo con la profecía del pandita Vasishtha, amenazaba con arrebatat con sus «largos brazos» a la India(1)

²⁶⁵ todos sus reinos conquistados y de esta manera vengar la *tierra* de Ajanubabu I. De repente, Aurangzeb (literalmente, la «Belleza del Trono») comenzó a temblar como las hojas del álamo y, levantándose de un salto, sin pronunciar palabra, con los ojos llenos de terror, señaló algo en un rincón de la sala a sus cortesanos. Los cortesanos no pudieron ver nada, pero todos escucharon una fuerte voz, que se parecía a la de un hombre viejo, pronunciar las palabras: «¡ Dolor... desgracia para la gran casa de Tamerlán! ¡El fin de su grandeza ha llegado! ... » El Emperador se desmayó. Más tarde juró haber visto la sombra de su antepasado Akbar, que repitió la terrible profecía (según la tradición) enunciada en su lecho de muerte...

A partir de entonces, todo fue mal en el reino y finalmente cayó en pedazos. Aurangzeb murió en 1707, y con la «Belleza del Trono» desapareció también la grandeza de la dinastía.

Al principio no creímos esta historia, pero después de visitar la «Sala de Audiencias» y ver el rincón en que Akbar se apareció a su bisnieto, tuvimos que rendimos ante la evidencia de los hechos.

En la ciudad de Agra, en la fortaleza de Akbar, había un arsenal de armas, de cuyo contenido se aprovecharon los cipayos en el motín de 1857 para utilizarlo en la matanza de los ingleses. El arsenal ahora ha sido trasladado a la «Sala de Audiencias» y la última ha sido convertida en una fortaleza dentro de una fortaleza, en la que el annamento es guardado bajo setenta y siete cerraduras. En mi modesta opinión, los ingleses tendrían que poriarse bien y no bailar en el mausoleo de los califas; esto sería la mejor medida de precaución.

La fortaleza se extiende 1,6 km. a lo largo de la orilla del río, sus muros tienen una altura de 26 m. y son de un espesor inusual, calculados para intimidar a cualquiera que los intentara asediar... pero solamente a aquellos que puedan venir sin la ayuda de la artillería actual. Con la ayuda

²⁶⁵ 1 Aurangzeb, que se llamó a sí mismo con altivez «Conquistador del Mundo», tenía un globo dorado que llevaba ante él como un símbolo... Pero para mostrar humildemente al mundo que hasta ahora sólo había conquistado tres partes de él, arrancaba una esquina de cada hoja de papel que usaba en su correspondencia.

de esta última, el fuerte, que ha sido reforzado adicionalmente durante los últimos veinte años, ya no sería capaz de resistir, como ocurrió en 1803, cuando lord Lake, con un reducido número de viejos fusiles, obtuvo la capitulación de sus 6000 mahrattis en el primer día del sitio. Entre los tesoros del «arsenal de armas», donde esta vez no pudimos entrar, están las dos mitades de las puertas primorosamente talladas, de 3,7 m. de altura, incrustadas de costosos mosaicos y adornadas de escudos hechos de plata pura. Una extraña metamorfosis que nadie puede explicar sucedió a estas puertas que tienen su propia historia. Estaban hechas de sándalo y llenaban el aire con una fragancia deliciosa. Se dijo de ellas que en su día fueron el adorno de la gran pagoda hindú de Somnath, pero en 997 fueron sacadas por el sultán afgano Mahmud de Ghazni que en el mismo año invadió y saqueó todo el Gujarat para castigar a los paganos y enriquecerse con el botín. Estas puertas de sándalo se consideraban como un *chef d'oeuvre* en el arte del tallado nativo; el pueblo de la India las veneraba y apreciaba hasta tal punto, que Mahmud ordenó trasladarlas, con enormes gastos, a Ghazni, donde se les hizo honor colocándolas en la entrada del mausoleo del sultán. La presencia de un objeto tan sagrado a los ojos de los hindúes en el lugar de entierro de un musulmán era una monstruosidad para ellos y estaba dirigida para recordar al pueblo el poder supremo del dominio mogol. Los hindúes intentaron varias veces tomarlas por la fuerza e incluso trataron de robarlas, pero todo fue en balde. Habían ya costado varias vidas, pero todavía permanecían allí. Así pasaron 800 años hasta que lord Ellenborough, que conquistó Ghazni, contempló la famosa manzana de la discordia. Después de escuchar su historia, tuvo la idea de mostrar a los mogoles que ellos ya no eran los señores de la India y que los ingleses habían tomado su lugar. Con esta intención, ordenó llevar las puertas a Agra. Esto se hizo con grandes gastos y enormes dificultades y la empresa fue maldecida por los soldados ingleses. Los hindúes, sin embargo, estaban llenos de júbilo. «Las puertas del templo de Somnath tienen ahora un valor histórico aún más grande», dice la *Guide to the Curiosities of Agra*. «Son un monumento a la victoria de lord Ellenborough y su proclamación al final de la Guerra de Kabul; al mismo tiempo son un excepcional objeto de arte, que fue añadido por nosotros (es decir, los ingleses) a tantos otros tesoros.» Entre numerosos visitantes, todos emocionadísimos de asombro, vino un día a admirar las puertas un tal Mr. Simpson, un correcto y sagaz escocés, cuyo nombre tuvimos la ocasión de mencionar antes. Después de examinarlas críticamente, declaró de repente que las puertas eran falsas, ¡para gran horror de los ingleses! De

acuerdo con todas las antiguas inscripciones, las puertas cogidas por el sultán Mahmud llevaban las representaciones de casi todos los treinta y tres millones de dioses hindúes en ellas. En éstas, sin embargo, el tallado era de un estilo puramente mahometano. Se produjo una gran excitación; todo el mundo corrió de acá para allá sin saber qué hacer. Finalmente, llegó una orden de Calcuta para examinar las puertas a través de un microscopio. ¡Ay! ¡El examen demostró de la manera más innegable que estas puertas, traídas con tantos esfuerzos y visitadas por cientos de turistas de países lejanos, no eran ni siquiera de sándalo sino de madera de pino corriente!... ¡Si este descubrimiento se hubiese hecho algunos años más tarde, podría apostar a que la prensa inglesa habría acusado a Rusia de haber robado las auténticas puertas!... En nuestros días, las pobres puertas están en un oscuro rincón, cubiertas de polvo y totalmente olvidadas.

El «Gran Templo» de Somnath, el Osiris hindú, el Dios que juzga las almas de los muertos y decide sobre su futura forma de existencia de acuerdo con la ley de la metempsicosis, es uno de los más grandes y ricos de la India. Se encuentra en Gujarat, en la costa del Océano Índico. En los días de Mahmud, este templo tenía 2000 sacerdotes, 500 bailarinas (*nautches*), 300 flautistas sagrados y 300 barberos. Cuando el sultán tuvo noticias de su riqueza, decidió ir a mirarlo y comparir el botín con el Dios. Al entrar en el templo, vio una inmensa sala con una bóveda soportada por cincuenta y seis columnas plateadas y con estatuas doradas de Dioses a lo largo de las paredes. Cuando ordenó a los soldados cargar estas últimas en su tren de equipajes, Mahmud se acercó a la estatua más grande de Somnath, y, sin pronunciar palabra, le quitó la nariz. Entonces los brahmanes se arrodillaron y le pidieron que respetara a su Dios, ofreciéndole, si renunciaba a Él, una suma de dinero tan grande que su visir le aconsejó aceptar la oferta. Pero el sultán era un musulmán riguroso y rechazó la oferta, acto que fue recompensado por el Profeta. Cuando Somnath fue roto en pedazos, se encontró dentro un inmenso tesoro que consistía en perlas y diamantes y cuyo valor sumó diez veces lo que le habían ofrecido los brahmanes. Así la virtud triunfó una vez más en la Tierra.

El palacio en el que Sha-Jahan estaba encarcelado se encuentra ahora en ruinas. Cuando lo abandonamos, cruzamos un patio y entramos en el *zenana* («harén») en el medio del cual Tavernier vio, en su día, una piscina de doce metros de longitud por ocho de anchura hecha de mármol gris.

Las paredes de las innumerables habitaciones están cubiertas de miles de espejos convexos al estilo persa; todo aquí es nuevamente de mármol blanco: las columnas, y todo. Encantadores pabellones separados cuelgan como estrellas de encaje sobre sus pedestales rojos, rodeados por balcones enrejados cubiertos de parras verdes. Todas estas maravillas de la arquitectura, donde en otro tiempo la gente vivía, sufría y amaba, están ahora vacías, abandonadas y como durmiendo un sueño interminable... Sólo los papagayos verdes perturban el solemne silencio de esta parte inhabitada de la fortaleza, despertando vagos ecos; pájaros de alas azules construyen a veces sus nidos entre los arlesanados, siendo cada pieza de ellos una maravilla escultórica. En una noche iluminada por la Luna, aquellas escenas están llenas de magia. Justo como si el Rey de la Escarcha hubiese corrido por el reino de la «Bella Durmiente» y cubierio los edificios con adornos de hielo... Este arte mágico se parece más a una miniatura en marfil que a cualquier obra de mármol conocida en Europa.

En la misma fortaleza, sólo a un paso del Taj Mahal, está la Moti Masjid, la mezquita erigida por Sha-Jahan durante su encarcelamiento de siete años. El mausoleo, que habíamos visitado primero, nos predispuso contra todo lo demás, incluida la «Mezquita de la Perla». Esta última, sin embargo, es verdaderamente una perla preciosa entre las mezquitas. Perfecta en su forma arquitectónica, rodeada de una atmósfera altamente poética, blanca como la nieve recién caída, sin adición de algún otro color, la mezquita atrae la atención del visitante y merece su simpatía a causa de la triste leyenda que la acompaña. La gente dice que la idea de construir esta bella mezquita era de Jahanara, la hija favorita del sultán encarcelado. Cuando vio los sufrimientos de su padre y su inconsolable pesar, la princesa, que insistió en ser encarcelada con él, le persuadió de dedicar su tiempo a erigir la mezquita, ya que ella pensó que eso disipada su melancolía. Se dice que al consentir en este plan, el destronado sultán exclamó con el profundo dolor que sintió en su corazón: «Que sea como tú quieres, hija mía; y que la futura mezquita sagrada se llame La Perla... ¡Como la perla real debe su comienzo, su desarrollo y su belleza dentro de la concha a los sufrimientos de la ostra, asimismo Moti Masjid deberá su existencia a la desesperada tristeza sufrida por el padre infeliz del cruel Aurangzeb!» De esta forma su mezquita de ensueño, la progenie de tantas amargas horas de reclusión, comenzó su existencia toda de una vez, como si una lágrima del «ángel del destino», cuyo deber es registrar en el libro

del arrepentimiento todos los sufrimientos y tristezas, se hubiese caído y congelado a los pies del Taj Mahal.

Más tarde vimos en Delhi la última morada, la tumba de la fiel hija del sultán: Jahanara; por fuera es un soberbio sarcófago de mármol blanco con ornamentación escultural y mosaicos como en todos los demás monumentos; pero dentro del mausoleo hay un fresco jardín verde, con sencillos macizos de flores que son regados diariamente con sumo cuidado por un viejo y encorvado mogol, un retrasado que perdió su juicio a consecuencia de los horrores que experimentó en Delhi. Una ruina viva entre ruinas muertas; este anciano es la personificación misma del infalible amor y devoción hacia la caída casa de los Padishas: el último y único descendiente de una larga línea de fieles servidores de los sultanes, que escapó a la suena de todos los demás porque era decrepito e insignificante. Tenía alrededor de cien años. Temblando y vacilando sobre sus viejas piernas huesudas, nos mostró el camino hacia el mausoleo y sobre una de las paredes nos señaló un epitafio escrito por la princesa Jahanara, justo antes de su prematura muerte, y cavado sobre la tumba de acuerdo con su deseo. Ella pidió que únicamente flores y hierba marcaran el lugar donde yaciera su cuerpo. «Que sólo flores creadas por las manos de Alá se mezclen con los restos de esta peregrina morial: Jahanara... Son el mejor adorno posible para la última morada del alma liberada de todas las cadenas terrenales» -dice la inscripción-. Dimos algunas monedas al huesudo anciano; el devoto servidor las escondió en la alta hierba y, pasando su temblorosa mano por el sarcófago, comenzó a murmurar, dirigiéndose a la difunta princesa: «Le compraré unas flores frescas, Begum Hanum; plantaré nuevas rosas en el lugar de las marchitas ... » Me acordé de aquella escena en el Taj Mahal, cuando el mullah del lugar, haciéndose cada instante más gordo y más rico, nos molestaba al pedimos constantemente «una rupia más, sólo una más» para su Califa. Aquí el pobre anciano, cuya energía de vida menguante estaba concentrada en la tumba de la princesa, fallecida unos 200 años atrás, y solamente porque ella era un antepasado de sus amados y asesinados señores, apareció ante nuestra imaginación como uno de los últimos ejemplos en nuestro tiempo de amor y devoción sinceros de nuestros «hermanos menores».

En la sección del harén de esta amplia forialeza, uno puede ver a cada paso habitaciones selladas, escondrijos secretos y pasajes subterráneos contruidos hace muchos siglos y ahora inesperadamente descubierlos por los ingleses. ¡Qué escenas, terribles y sangrientas, tuvieron lugar en esta

fortaleza! ¡Cuántas víctimas, cuánto sufrimiento y cuántos misterios enterrados para siempre!... Se dice que los soldados ingleses que viven aquí están en un estado de constante pavor, debido a sus supersticiones que ningún castigo puede impedir por más duro que sea. Un sargento irlandés comentó a Mr. W.: «¿A quién le gustaría pasar noche tras noche entre *paganos* del otro mundo, muertos sin estar bautizados y relacionados con el Viejo Harry (el diablo)? ¡Ni siquiera el bendito san Patricio seda de ayuda aquí! » Después de atravesar toda una serie de pasillos, se nos mostró un lugar donde ingenieros ingleses habían perforado una pared y habían encontrado una habitación sobre el río; dentro se hallaban tres esqueletos sonrientes, el de un hombre joven y dos mujeres, una mayor y la otra joven. La última estaba ricamente vestida y ataviada con joyas. Habían sido encerrados allí y abandonados para que murieran de hambre. Como si fuese para aumentar sus últimos sufrimientos a un *nec plus ultra* de crueldad refinada, había un agujero en medio de la habitación protegido por una gruesa reja de hierro que se abría a un pozo profundo donde gorgoteaba el agua... En uno de los pasajes subterráneos se encontró asimismo un abismo casi insondable, sobre cuya abertura yacía una gran viga. ¡Sobre esta viga colgaban alrededor de una docena de esqueletos femeninos como manojos de paja!... Nadie sabe con certeza cuántas vidas jóvenes se perdieron cayendo de la viga al terriblemente oscuro abismo, excepto el Ángel de la Muerte. Sin embargo, Azrael no revela sus secretos, y menos a nosotros que somos unos incrédulos, puesto que, de acuerdo con la orden de Mahoma, ya no aparece más en forma visible...(1) ²⁶⁶De esta manera la vida del harén parece ser más atractiva y sólo podemos envidiar a la feliz Suleika.

En otra parte de Agra, unos operarios que excavaban para construir un estanque, encontraron hace poco los restos de un gran palacio y finalmente descubrieron la entrada a una de las habitaciones subterráneas, conocida como *thikana* (< lugar fresco»), en la que los dueños pasaban la parte más calurosa del día. Mostraron interés por una pared que resultó tener doble tabique; dentro había un pasillo estrecho donde se encontraron cinco esqueletos en fila, encadenados a la pared y ataviados con maravillosas

²⁶⁶ Antes del tiempo del Profeta, según enseña el Corán, apareció en forma corpórea para reclamar sus víctimas, y se debe solamente a la orden de Mahoma, que quería liberar a la Humanidad de una visión tan terrible, el que este ángel hoy en día llegue sin ser visto ni oído.

vestimentas. Tres de ellos parecían pertenecer a la alta aristocracia: un hombre joven y dos mujeres, una a cada lado de él, con largas trenzas negras. Sus vestidos y velos estaban bordados con oro; en sus manos y tobillos llevaban pulseras, de oro también, y alrededor de sus cuellos, preciosas cadenas, collares de perlas y otros talismanes. ¡Obviamente, los últimos han demostrado su poder mágico de proteger contra el peligro!... Todos estos tesoros fueron vendidos por el Gobierno por dos mil libras. Otros dos esqueletos eran los de mujeres ancianas, probablemente sirvientas.

A unos catorce kilómetros de la ciudad, en un claro de un jardín situado en un pueblo llamado Sikandra, está enterrado el gran emperador Akbar. Su sepulcro es una segunda edición en miniatura de la fortaleza misma. Ocupa cuarenta acres de tierra y se encuentra en un jardín o más bien en un parque amurallado de varios kilómetros cuadrados. El mausoleo está en la más alta de cuatro terrazas que disminuyen gradualmente, y tiene en cada esquina los alminares habituales con cúpulas. Éstas están cubiertas con azulejos de mosaicos, verdes y azules con adornos en oro. Es inconcebible que ni los colores ni las esculturas se hayan deteriorado en absoluto en tres siglos, especialmente en un clima donde el calor y la humedad arruinan en el plazo de un año algunos de los trabajos más duraderos de artistas europeos.

Sobre el sarcófago están grabadas en letras persas de oro las noventa y nueve virtudes de Alá. En tres lados de la terraza inferior del mausoleo hay columnatas con numerosos arcos cubiertos de inscripciones del *Corán* y *unas* maldiciones más recientes a los no creyentes; todo ello está incrustado en mármol negro. Cada dos columnas hay una ventana en el típico estilo arquitectónico indo: una especie de encaje en piedra. Como dijo aceriadamente la hermana de Gordon Cumming, el Ninirod escocés de la Inglaterra moderna, este encaje en piedra, finalmente empieza a dar la sensación de ser algo corriente. «Pero si pudiéramos transporiar una de estas ventanas -sigue diciendo- a alguna catedral cristiana, ¡qué multitud se apiñaría para verla y qué exclamaciones de entusiasmo y sorpresa se oirían por parte de los expertos! Aquí en la India, sin embargo, este trabajo es solamente la obra de unos *negros despreciados* y nuestros arrogantes británicos difícilmente las contemplarán!»

Esta es la opinión de una patriótica mujer inglesa.

Al día siguiente salimos bastante temprano de Agra; tan pronto, que la aurora ni siquiera había arrojado aún su luz rosada sobre el níveo Taj Mahal... Tuvimos que viajar treinta y ocho kilómetros antes del almuerzo que nos iba a ser preparado en Fatelipur Sikri, las ruinas más famosas de las provincias del Noroeste, donde nos esperaba nuestro amigo y protector, el Thakur. Gulab Lal Singh no había acudido a Agra, un lugar que **por una u otra razón odiaba**, aunque nos había prometido venir. Estábamos, sin embargo, habituados a sus extrañas costumbres, a sus apariciones y desapariciones imprevistas, y nunca le preguntábamos nada.

Por la mañana salimos del territorio británico y entramos en el clásico país del Rajastán, un país que **aunque no del todo libre** e independiente, sí uno con el que los ingleses tienen que contar. En Bharatpur, el Estado nativo limítrofe con Agra, por ejemplo, no hay ni un residente político, ni siquiera un solo inglés, ni en la ciudad misma ni en los alrededores. El gobierno anglo-indo y Bliaratpur sólo tienen una relación política. Rajastán era la patria del Thakur, por la que siente tanto orgullo; su historia se remonta según los orientalistas ingleses a 600 años antes de Jerjes y según Tod, incluso al 3000 a.C. Es el país de héroes históricos y míticos, de osada valentía y caballerescos sentimientos hacia las mujeres, tan poco estimadas y muchas veces despreciadas y pisoteadas en el resto de la India... Aquí Gulab Singh estaba «en casa» y nos preparó una cálida bienvenida. Ahora nos parecía que respirábamos más libremente... Apenas los vagones desvencijados del tren de Jaipur habían dejado con traqueteo la estación de Fatelipur, cuando nosotros, excepto los dos ingleses, dimos un alegre grito de alivio. Los sirvientes del Thakur que aparecieron como si hubiesen salido de la tierra, transportaron nuestro equipaje a carruajes enviados a nuestro encuentro por el *diwan* del Maharajá de Bharaipur.

-Su Alteza está en una peregrinación en Hardwar, pero el diwan está a su disposición y nos ordenó postramos ante nuestros henrianos sahibs americanos -dijo un joven rajput de cabello largo y con un turbante blanco-. Los carruajes están a su servicio.

Luego vino el Thakur sahib a caballo, escoltado por una guardia personal de media docena de hombres barbudos, anchos de espalda, con largos cabellos ondeantes, a los que nunca habíamos visto antes... La oscura silueta del hombre a caballo forró un nítido contraste con el cielo azul

oscuro, y su enorme figura me recordó el monumento ecuestre de Pedro el Grande. Todos estábamos contentos... Sólo Miss B. con su acostumbrado tacto, dándose la vuelta y dirigiéndose al enviado del diwan o quizás a las colas de los caballos, exclamó con un triste tono de voz:

-¡Cielos! ¡Qué ambiente más sombrío y salvaje! La gente dice que los rajputs son terribles bandidos... ¿No será peligroso para nosotros ir solos a este país?...

Sentí un irresistible impulso de estrangular a la imbécil mujer por su falta de tacto, pero me contuve y, sintiendo vergüenza en presencia de los rajputs, miré al Thakur que nos había alcanzado.

Gulab Lal Singh acariciaba tranquilamente su bigote. Pero en su aparentemente forluta mirada hacia la inglesa noté la misma expresión, de controlado enojo o incluso diría, de odio, que tuvo en Delhi algunos días atrás. Este enfado u odio se reflejó en seguida en el pálido rostro de Narayana Krisnarao.

-¡Cálmese! -dijo la voz apacible y algo sarcástica de nuestro amigo-. Usted olvida que la Rajputana tiene el honor de estar bajo el protectorado de Gran Bretaña... La perspicacia y paternal vigilancia de ésta no conoce fronteras, igual que su cálida preocupación por nosotros, miserables... bandidos... Mire alrededor, su Gobierno no pierde de vista a ninguno de nosotros ni por un momento, tanto se preocupa para que no caigamos en malas manos.

Señaló hacia la estación de ferrocarril. Allí, en la plataforma, preocupado por su equipaje y la caja de whisky y soda, vimos al rubio espía con su blanco uniforme.

CAPITULO XXIX

CALOR ABRASADOR - UNA DISPUTA Y UNA INSOLACIÓN - LA HIERBA

KUSIMAH - REVELADORA CONVERSACIÓN CON EL THAKUR -
NATURALEZA DE LA GUPTA VIDYA - EL CORONEL
ENFRENTADO A LOS

GUARDIAS RAJPUTS - RAJÁ YOGA Y HATHA YOGA - LOS
MISTERIOSOS

PODERES DEL THAKUR - ANALES INVISIBLES EN EL AKASA

Los días y las semanas pasaron rápidamente, y a pesar de que nuestros lugares de residencia iban cambiando con gran velocidad y de que no perdimos tiempo, no vimos más que una vigésima parte de los lugares históricos famosos por los que la India es tan célebre. Mientras tanto, el calor se hacía cada día más intenso. Por lo general, en la mayor parte del Indostán alcanza su punto culminante a primeros de mayo. Durante este mes, hace realmente tanto calor en el Rajastán como en el infierno; es un calor abrasador incluso para la India, y en comparación, la misma Allahabad puede parecer fresca. Ahora, cuando alrededor de San Petersburgo y Moscú las campiñas empiezan a ponerse su verde vestimenta y las lilas están todavía bastante desnudas, en los campos abrasados de la Rajputana todo está triste y totalmente quemado, y la superficie de la tierra se parece a pan tostado que se ha dejado demasiado tiempo en el horno y se resquebraja. Sus enormes llanuras, abrasadas y con un triste aspecto en su color marrón amarillento, cuando no están muy densamente habitadas, recuerdan a las estepas rusas: la misma hierba seca, los mismos espejismos frecuentes en el candente horizonte.

Como una mujer vieja, arrugada hasta la médula de sus huesos, duerme la cansada y marchita Naturaleza de la India, aguantando bajo los ardientes rayos del despiadado Sol hasta el final su «estación de calor». Primavera, verano, otoño e invierno son para los nativos meras palabras sin sentido. El indio sólo conoce tres estaciones **del** año y habla de ellas como la «estación del calor», la «estación del frío» y la «estación de las lluvias». Dentro de unas tres o cuatro semanas aparecerán en el claro cielo azul zafiro, despejado durante nueve meses del año, las primeras nubes de lluvia. Retumbarán truenos, ciclones y huracanes devastadores se desencadenarán sobre las costas de Bengala, perecerán seres humanos, se derrumbarán edificios; pero en cambio, el huracán traerá sobre sus poderosas alas el anhelado *Monzón* del Sur, cargado de las fragancias de

Ceilán y de la India Meridional. Después de dos o tres días de aguaceros torrenciales, toda la India, desde los Himalayas hasta el Cabo Comorin, florecerá de nuevo. Los inundados valles del Rajastán se parecerán a un lago de cuyas profundidades emergerán sólo *las rocas de los thakures*, con sus fortalezas y castillos medio en ruinas. Estas rocas, ahora desparramadas como horribles verrugas sobre la faz de *Suryavansa* -«la raza del Sol»-, serán lavadas y cubiertas de flores, y toda la Naturaleza se regocijará... El cucú, el bardo del amor en el Indostán, el ave consagrada a Karria, el Dios del Amor, romperá a cantar. Surgirán de la tierra las neblinas; según los ¡ndos, aparecerán los más fragantes aromas de la Naturaleza, y en todas partes se celebrarán bodas, banquetes y fiestas.

Ahora, sin embargo, antes de la llegada de la lluvia, la «amada de la tierra» según el poeta griego, la Rajputana, no podía ofrecernos más de lo que ella misma poseía. Todo estaba abrasado y realmente no quedaba ya nada por arder. Miss B. tenía razón, una primera vista a los alrededores no era favorable. Todo era muerte y silencio; en los campos desnudos ya no se veía la conocida figura del campesino, un pobre esqueleto negro que cavaba como un topo a lo largo de casi todo el año... No tenía nada que hacer hasta la llegada de las primeras lluvias. En esta época de calor, hasta el camello, que lo aguanta todo, se tumba donde puede; su comida no le apetece y, o bien duen-ne profundamente día tras día, o simplemente se muere. Todo en la Naturaleza parece estar muerto y coagulado, y su actividad se muestra sólo en la muerte y la putrefacción... En tales días, caen al suelo pájaros, muriendo por docenas. El silencio general únicamente es interrumpido por el grito largo y triste del halcón que parece flotar en las calientes corrientes de aire; a veces hay, sobre un pequeño montículo, algunos buitres rodeando la carroña; permanecen inmóviles con sus cabezas hacia abajo y ni siquiera tocan su alimento preferido, satisfechos de soñar con él. La muerte en sus diferentes formas se cierne sobre las cabezas de los europeos... Les hace guiños desde las relucientes olas de calor, presagiándoles una insolación; les acecha en un vagón de ferrocarril, amenazándoles con morir de «apoplejía por calor», como lo llaman los médicos en la India, y que es causada por las abrasadoras corrientes de aire producidas por el movimiento del tren o por la agobiante temperatura en el interior de las casas. Espera a sus víctimas en cada oscuro y comparativamente fresco rincón, donde ciempiés, escorpiones e incluso serpientes venenosas son atraídos por la humedad de contraventanas y puertas refrescadas con agua.

La muerte en la India no deja pasar ni una sola **oportunidad**; es el mejor aliado del nativo ya que muchas veces le libera de su tirano. Observa a los anglo-indios desde cada esquina; cualquier medio es bueno para este fin. El siempre sudado inglés la encuentra en todas partes: en el artificialmente enfriado *punkah*, el *perpetuum mobile* indio, bajo cuyo movimiento come, duerme, bebe, jura, combate y realiza sus tareas oficiales, así como en cada bebida con hie o. La neumonía o el cólera muchas veces ponen fin a su carrera en un par de horas.

Todo esto lo sabíamos puesto que habíamos sido advertidos del calor de la Rajputana; hasta el momento todo había ido bien y esta impunidad nos hizo ser imprudentes. En Delhi, el Thakur nos dijo: «No temáis, yo *respondo* por vosotros, y si los dos ingleses siguen mi consejo, responderé también por ellos.» Por eso estábamos bastante tranquilos.

El Thakur, poco a poco estaba adquiriendo una influencia cada vez mayor sobre nuestra voluntad y nuestros pensamientos (hablo del Coronel y de mí misma). Habiendo inclinado nuestras mentes y almas hacia él y excitado nuestra curiosidad al máximo, nos hizo sentir que al más ligero movimiento de su mano estaríamos dispuestos a seguirle a cualquier parte, a través de fuego y agua, sin la más mínima vacilación; sin embargo, cuando por fin había subyugado por completo nuestra voluntad, evidentemente no quería hacer uso de su poder.. Siempre tranquilo y amable con todo el mundo, con nosotros parecía estarlo a veces incluso más, pero seguía siendo igual de reservado que con todos los demás con respecto a su misterioso e innegable conocimiento de la «ciencia oculta». Es un hecho incuestionable el que el Thakur conociese nuestro intenso deseo de aprender de él y de recibir una explicación de sus extraordinarios poderes psicológicos, de los que teníamos absoluta constancia. También lo es el que en este mismo momento, él pueda conocer, si lo desea -a pesar de que esté en el Tíbet-, cada palabra de lo que yo escribo. Pero aunque sabía nuestros deseos, se callaba. A veces me parecía como si nos estuviera estudiando, queriendo asegurarse hasta qué punto podría fiarse de nosotros, y yo tenía miedo de hablar sobre él, hasta con el Coronel. Aunque pertenecía a nuestra «Sociedad» seguía siendo nada más que un simple miembro y rechazaba el título de «miembro de honor del Consejo General», que le había sido ofrecido en repetidas ocasiones. Uno de los Consejeros Generales de la Sociedad Teosófica en Londres, un Lord y

Conde, un hombre conocido como uno de los miembros más eruditos de la Sociedad Real, habiendo oído hablar del Thakur, escribió el año pasado a otro miembro del Consejo de nuestra Sociedad, editor del principal periódico gubernamental: «Por Dios, pídele al Thakur que me diga si hay alguna esperanza para mí de alcanzar la meta por la que he luchado en vano durante los últimos quince años... El Espiritismo me ha defraudado traidoramente. Sus fenómenos son hechos; su explicación, *basura*. ¿Cómo puedo reanudar mi contacto con la persona con la que acostumbraba a hablar tan libremente a través de cinco mil kilómetros, cada uno sentado en su propia habitación? ... Todo ha terminado ahora; no me oye e incluso *no me siente* ... ¿Por qué?». Cuando transmití esta caria del editor al Thakur, Gulab Singh me dictó el siguiente texto: «¡Mi Señor! Usted es un inglés y su vida diaria transcurre de acuerdo con la pauta inglesa. La ambición y el Parlamento comenzaron el trabajo de su ruina, la carne que come y el vino que bebe lo terminaron... Para que el alma humana se reúna con el Alma Universal o Parabrahman, sólo hay un estrecho y espinoso camino por el que usted no andará. El hombre material mató en usted al espiritual. Sólo usted mismo puede resucitar al último; nadie más lo puede hacer por usted ... ».

Los escépticos y los materialistas, aquellos que toman los fenómenos del espiritismo por *la obra del diablo*, y aquellos otros que están completamente seguros de que después de la muerte no queda nada de nosotros sino «hierbajos» -según la explicación de Bazaroff-, desde luego, no creerán nada de esto y se reirán de nosotros por hablar tanto de thakures y lores, e incluso, nos volverán la espalda. A todo ello nos hemos acostumbrado desde hace mucho tiempo. Al contrario, la gente seria, los científicos, los hombres experimentados en fenómenos *mediumnísticos*, como los profesores Bullerov, Wagner, Zöllner, Wallace y otros, quienes han sido convencidos por los hechos y que los han reconocido como tales, estos eruditos que han llegado a descubrir la existencia de una fuerza capaz de hacer nudos en una cuerda ilimitada, creerán en la *realidad* de los fenómenos extraños e inexplicables que hemos visto en la India. Sólo en un punto no estaremos de acuerdo con ellos: ellos creen que la fuerza desconocida que causa la transformación de la materia en *séances* espiritistas pertenece a *espíritus*, mientras que nosotros no creemos que los muertos tengan un poder activo que interfiera en estos casos, y atribuimos este poder al espíritu de *hombres vivos*. Quién de nosotros tiene razón, sólo el tiempo lo demostrará. Los hombres, en primer lugar, tienen que

convencerse de la objetividad de estos controvertidos fenómenos y sólo entonces empezar a explicarlos. El Espiritismo ha sufrido serios daños por las teorías de gente que cree en él.

Lo que acabamos de comentar no es una digresión, sino una explicación necesaria para lo que seguirá. Mis *Cartas de las Cuevas y Selvas del Indostán* no son meras descripciones geográficas y etnográficas de la India entretejidas con héroes y heroínas ficticias, sino un diario de los principales miembros de la Sociedad Teosófica, cuyas ideas están empezando a ser tenidas en cuenta tanto por el Espiritismo como por el Materialismo en Europa, y especialmente por los desordenados orientalistas.

Molestos por la conducta de Miss B. y preparados para tomar asiento en el carruaje del maharajá de Bliaratpur, nos alarmamos al subir en él. Era un enorme *landau* prehistórico, medio abierto y bastante confortable que fácilmente tendría sitio para seis o incluso ocho personas. Pero mientras estuvo a la espera de nuestra llegada, los asientos se habían convertido en una silla de la Inquisición, donde antaño se tostaban las víctimas lentamente... Se podría haber hecho una tortilla en los escalones y en otras partes metálicas del vehículo, y al tocar uno de sus lados, estuve muy cerca de perder la piel de la palma de mi mano. La retiré horrorizada y no me atreví a sentarme, incluso el valiente Coronel vaciló. ¡ Un vehículo así sólo puede usarlo Belcebú, el príncipe del Infierno!

-No pueden utilizar este vehículo antes de la noche -observó el Thakur, frunciendo el ceño-. Tendrán que pasar el día en alguna parte cerca de aquí. Vayan al restaurante de la estación mientras busco un vehículo cubierto...

A continuación hubo un pequeño consejo. Hasta los jardines mágicos de Digh con sus 600 fuentes (el patrimonio de los maharajás de Bliaratpur, famoso históricamente) había treinta kilómetros y a la capital del Estado, ocho. El tren había llegado con retraso y ya eran las diez de la mañana. Viajar bajo el calor del mediodía, cuando ya estábamos aturdidos por él, hubiese sido una auténtica locura. Incluso los indos, prácticamente todos, excepto el Thakur, se tornaron pálidos, sus caras tomaron un color tierra y se abanicaron con sus pañuelos. Sólo el babú parecía estar bastante feliz. Con la cabeza descubierta y sin poder estar quieto sobre el asiento

delantero del carruaje, donde ya había subido, se zambullía en las olas del aire candente como un nadador se sumergiría en las frías aguas de un río, asegurándonos que después de todo no hacía tanto calor y que en Bengala un día así hubiese sido considerado fresco por mucha gente.

Mientras que el Thakur dio órdenes y dos de sus guardaespaldas se alejaron al galope para conseguir un carruaje, Miss B., cerca del colapso a causa del calor y buscando pelea por todas partes, consideró su deber sentirse ofendida por las palabras del babú.

-*C'est du persifflage, cela!* -repetía una y otra vez. ¡Él está fresco mientras que todos nosotros nos molimos de calor!

-¿Qué le importa a usted? ¿Puede impedir que alguien tenga sensaciones distintas a las que tiene usted? -dijo persuasivamente, preveyendo otra disputa entre ellos-.

-¡ Lo hace a propósito! Se burla de nosotros -dijo la vieja solterona refunfuñando-. Él, como los demás indos, nos odia a nosotros, los ingleses. Se alegra cuando sufrimos.

-No tiene razón cuando piensa eso -dijo irónicamente el babú desde su asiento-. No odio en absoluto a nuestros *buenos* gobernantes. Pero cuando ellos están a mi lado, yo siempre estoy frío y viceversa... Siéntese a mi lado y le abanicaré con su abanico... ¡Usted sabe como... le estimo!...

-Gracias -exclamó ella-. Permanezca sentado al Sol, que solamente es impotente contra gente como usted... simples criaturas anfibias -añadió de repente con rabia-.

-¿Salamandras, quiere decir? -replicó el babú en broma-no cometa ningún fallo, *chandra ka tukra* saab! ... (1)²⁶⁷

-¡No me importan sus correcciones, incluso si estoy equivocada! -dijo enfadada, volviéndose muy pálida-. ¡No es su *raza* la que tiene que dar lecciones a los ingleses!

²⁶⁷ 1 Esto significa: «Señora pieza de la Luna», es una expresión reverencial y adulatora en hindí.

-Le recomendaría seriamente tener más cuidado con este calor -interrumpió el Thakur, bajando de su caballo y enfatizando sus últimas palabras-. La más mínima excitación puede ser fatal en nuestro clima, que incluso el dominio inglés no ha sido capaz de sojuzgar.

Y una vez más el mismo relámpago penetrante apareció en los ojos semiabiertos del rajput, las aletas de su nariz temblaron ligeramente al sentir el desdén que sonaba en las palabras «su raza». Pero la enfurecida inglesa ya no se podía controlar. Empezó a quejarse de que sólo un fraude la había hecho venir a un país donde no había ni un solo inglés para defenderla, donde los nativos se burlaban de ella e insultaban la grandeza de toda la raza inglesa incluyendo a la Reina en persona. Finalmente comenzó a decir tantas tonterías que le miramos asombrados, como si fuese una lunática. Mr. W. la cogió del brazo y trató de llevarla al restaurante. Se encontraba muy molesto, pero como inglés quizás pensaba que estaba por debajo de su dignidad el intentar hacerla razonar, y así aparecer, de manera indirecta, del lado de los nativos en una disputa con una hija de la «raza superior».

Esta, sin embargo, iba a ser la última discusión y sus consecuencias resultaron ser bastante inesperadas. El desafortunado babú -la causa involuntaria de la tempestad-, al intentar hacer las paces con Miss B. «en consideración a la Sociedad», como nos lo dijo posteriormente, empeoró mucho más la situación en lugar de mejorarla.

Miss B., llevada por Mr. W., estaba de camino a la estación; yo, de pie bajo un enorme parasol que había sido abierio sobre el Coronel y sobre mí, estaba esperando recuperar los prismáticos de teatro y la cartera que habíamos dejado en el carruaje, cuando Narayana Krisna Rao Mulji y el babú, como si fuese de mutuo acuerdo, se acercaron al Coronel y le pidieron permiso para volver a Agra con el mismo tren e irse a casa. Nuestro estimado Presidente agitó ambos brazos en rotunda negativa. No iba a separarse de ellos por nada... Esta disputa era muy tonta y estaría olvidada dentro de una hora...

_ ¡Por nada del mundo! Antes volvería yo mismo con vosotros -dijo en voz alta-.

A las primeras palabras de esta conversación, la inglesa había aguzado su oído. Habiéndose percatado de la trayectoria que tomaba la discusión, se apartó de Mr. W. y corriendo hacia nosotros dejó escapar algo así como que «estos caballeros indos (acentuando irónicamente la palabra *caballeros*) se estaban anticipando a su propio deseo».

-No podemos mantener por más tiempo la armonía necesaria para viajar juntos -dijo ella-. Que el Presidente elija ahora entre los miembros europeos y los *asiáticos*.

Yo me puse muy furiosa ante esta nueva ofensa y estaba a punto de contestarle como se lo merecía, cuando sentí la mirada del Thakur fija en mí. El Presidente estaba tosiendo y arreglándose las gafas, señal de que preparaba una resolución oficial. Mientras que él tuviera algo que decir, yo no tenía ningún derecho de interferir...

-No puede haber ninguna elección aquí -comenzó lenta pero enfadadamente, volcando las cenizas calientes de su pipa sobre los cojines del carruaje de Su Alteza-. Todos los miembros de la Sociedad Teosófica de Nueva York, que fueron puestos bajo mi responsabilidad, *sin distinción de raza o religión*, son respetados **por igual** por mí y queridos por la Sociedad en general. Por esta razón me niego a elegir, pero sostengo mi derecho a aplacar las diferencias entre los miembros. ¡Escuché cada palabra de su fuerte controversia y tengo que confesar que no la considero en absoluto una disputa!...

Nuestra estimada Miss B. perdió los estribos y dijo algunas cosas groseras -acentuó la palabra *groseras*- al babú; éste permaneció callado y actuó como un caballero. Espero que Miss B. comprenda que fue a él a quien se le insultó y no a *ella*, y *en* su persona, al resto de los miembros nativos; espero que ella añada sus disculpas a las mías, les pida que olviden este estúpido incidente y ruegue a nuestros queridos y estimados amigos que no nos dejen...

Miss B. estaba temblando de ira.

A unos pocos pasos de mí, el Thakur, apoyando el codo en su silla de montar, había fijado sus ojos -que tenían un ominoso brillo fosforescente-

en ella. Narayana, con la cabeza inclinada hacia abajo, estaba en silencio, pero sobre sus labios, que mordía, había una gran gota de sangre...

-¿Qué? ¿Quiere decir que yo tengo que pedirle perdón a él? -exclamó la vieja solterona-. Para mí, cuando él...

-No pedirle perdón, pero sí darle la mano en señal de paz entre ustedes -interrumpió Mr. W.-.

Estaba muy pálido y habló con obvio esfuerzo. Su honor innato estaba luchando con su altivez nacional, y desafortunadamente la última prevaleció. Al captar la enfurecida mirada de su compatriota, añadió:

-Disculpe mi intervención, pero me permito interpretar el deseo del Presidente *sólo* en el sentido que acabo de señalar. Porque... usted tiene que admitir... que a pesar del hecho de que las ideas americanas de buenas costumbres son diametralmente opuestas a las nuestras -es decir, las inglesas- no podría suponer, ni por un instante, la posibilidad tan absurda de que a nuestro Presidente se le pudiese ocurrir pedir a una dama, *una dama inglesa*, que pida perdón a... a un... hombre -concluyó con alguna dificultad, evidentemente sustituyendo la última palabra por otra que por fortuna logró tragarse-.

«Ahí está tu Fraternidad Universal» -pensé para mis adentros-.

-¿Por qué no? -replicó el Coronel con bastante tranquilidad-. Puede suponerlo, porque era justamente esta *posibilidad absurda* la que tenía en mente.

-Pero no pienso exigir excusa alguna, ni siquiera espero recibirlas -interrumpió el babú en tono amistoso-. Todavía no entiendo qué es lo que hice para ofender a la estimada Miss B., a la que siempre he tenido el mismo respeto que a mi propia madre...

La caída de un rayo a los pies de esta solterona de cuarenta y cinco años no hubiese tenido tanto efecto sobre ella como esta inocente palabra «madre», pronunciada con tan buena intención por un chico de veinte años. Como conocía su punto más débil, me alarmé y pensé que iba a arrojar sobre el babú como un gato salvaje. El Thakur, tirando a un lado

la brida de su caballo, se acercó uno o dos pasos, lanzando a la aireada inglesa una mirada aún más fija que antes.

La cara de la mujer enrojeció. Las venas de su cuello estaban hinchadas como cuerdas, y chilló con espuma en la boca:

-¿Qué? ¡Madre!... Madre... Me llamas... Debe de saber, sir -añadió de repente, enderezándose orgullosa- que me tiene que respetar no como a su madre sino como un miembro de la *gran* nación que domina a su des... despreciable ra...

El Thakur extendió rápidamente su mano hacia ella... y ella, pronunciando palabras incoherentes, de repente se desplomó temblando convulsivamente y cayendo en los brazos de Mr. W., hacia quien Gulab Singh había dirigido hábilmente su cuerpo cuando se caía.

-Justo lo que yo preveía y contra lo que le advertí -dijo el Thakur con tranquilidad y calma, inclinándose sobre su cuerpo desvanecido-. Es una insolación. ¡Llévela a la sala de las mujeres!

En toda la ciudad de Baratlipur, y quizás en todo el reino de los jats, con una población de unos 100 000 habitantes, no hay médicos europeos sino solamente *hakims* («inédicos») nativos. Ir a cualquier parie en aquel día era impensable; y así, habiendo despedido nuestro carruaje hasta la mañana siguiente, llevamos a la pobre inglesa a la diminuta habitación del operador de telégrafos, en la también pequeñita estación de ferrocarril, e intentamos hacerla volver en sí por nuestros propios medios. Pero en la estación no había hielo, el primer remedio para una insolación. Nos acordamos de la caja de whisky y del hielo perieneciente al rubio espía que nos perseguía y enviamos a Mr. W. para que contara nuestra desgracia a su compatriota, y le pidiera para la agonizante inglesa una pequeña porción de sus reservas hasta que nos trajeran hielo desde Agra. El espía escuchó coriésmente la petición y... ¡la rechazó! Un trozo de hielo no sería de mucha ayuda y él mismo podría caer enfermo a causa del calor... Entonces el babú, al que Miss B. había insultado, recurrió al último remedio y la salvó tanto a ella como a nosotros. Junto con Narayana corrió hacia los campos y volvieron con los brazos llenos de una hierba llamada *kusimah*. Esta hierba que actúa como las ortigas al más mínimo contacto, cubre el cuerpo con una erupción fonriando grandes ampollas. Sin explicar

nada, me pidió que me pusiera los guantes y frotera las piernas de Miss B. con la kusimah. Sus manos y cara ya estaban hinchadas por las ampollas, pero no prestó la más mínima atención a ello. Tengo que confesar que ejecuté su orden con ardiente fervor. De alguna manera esperaba... más bien *sentía* que el Thakur no permitiría un final tan trágico como la muerte de una inglesa en nuestro viaje. El que, sin embargo, quisiera causarle una desagradable pero saludable picazón, que perduraría por algunos días, era un pensamiento reconfortante para mí. Después de cinco minutos de frotamiento, las piernas de la inglesa estaban cubiertas de ampollas, pero como resultado abrió los ojos y tenía la satisfacción de ver (por lo menos así lo esperaba) cómo «el hijo de la raza despreciada» la cuidaba. El babú, sin embargo, no se contentó con esto; mientras que Mr. W., su compatriota, roncaba en la habitación de al lado bajo el pretexto de estar cansado o no sentirse bien, el pequeño bengalí no la dejó ni por un instante. Era él quien cambiaba constantemente las compresas de hielo sobre su cabeza, el hielo había llegado hacia la tarde después de pedirlo por telégrafo a Agra, y el babú no la dejó hasta la mañana siguiente cuando el médico inglés llegó con el primer tren.

Cuando supo del extraño remedio del babú, el médico murmuró algo para sus adentros y luego declaró que incluso el kusimah puede ser útil como remedio para retirar la sangre de la cabeza. Después de ordenar que su paciente fuese llevada de vuelta a Agra y luego, cuando se sintiera mejor, a Bombay, tomó de nosotros cincuenta rupias y se fue a almorzar mientras esperaba el próximo tren; *en passant* pidió a Mr. W. que cuidase para que los «negros» no le molestaran. Mr. W., que sintió mi mirada fija sobre él, se sonrojó, pero prometió al doctor acceder a su petición y no dijo nada más. Tenía que salir con Miss B., ya que no podíamos dejarla sola en este estado y tampoco parlar sin haber visitado al svami Dayananda.

Pero volvamos a los acontecimientos que tuvieron lugar algunas horas antes. La tarde anterior, después de la catástrofe, cuando la paciente se había don-nido, cuatro de nosotros, el Thakur, el Coronel, Narayana y yo misma, estábamos sentados cerca de las tiendas que habían sido montadas para nuestro uso detrás del pequeño jardín cercano a la estación. Las tiendas pertenecían al Thakur, habían aparecido de repente, como por arte de magia, y eran muy originales. Bajo otras circunstancias, su construcción hubiese atraído la atención de nuestro Presidente, que se entusiasmaba siempre por las novedades, ya que contenían varias

habitaciones, un pequeño pasillo alrededor de ellas, un dormitorio, un salón e incluso un pequeño baño, todo con mobiliario oriental. Pero en ese momento se encontraba demasiado agitado. Estaba preocupado por un solo pensamiento: sus deberes y responsabilidades como presidente de la Sociedad y la comprensión de que hubo una disputa en nuestro grupo, además de que uno de sus miembros, no importa hasta qué punto fuese culpable, estaba en peligro de muerte. La inseguridad del futuro y el sincero dolor a causa de la imposibilidad de establecer la paz entre los dos componentes de la Sociedad que estaban bajo su dirección y cuidado, tan antagónicos entre sí como lo son los altivos ingleses y los nativos, que se llevaban como el fuego y el agua produciendo humo al más mínimo contacto, no le dejaban en paz. El pobre Coronel se paseaba de un lado a otro, bajo el techo de la tienda central, en un estado de gr-an preocupación; el Thakur, como siempre tranquilo y sin dejarse periurbar, estaba fumando sentado sobre una alfombra en la entrada de la tienda. Finalmente, desesperado, el Coronel comenzó un monólogo:

-Sin duda, ¡Miss B. es una mujer terrible, terrible... una egoísta y tan excitable como... como... una yegua mejicana!... -se interrumpió no encontrando otra comparación mejor-. Todo esto es verdad. ¡Aparte es inglesa, arrogante y almidonada como sus propias enaguas, a punto de estallar en cualquier momento como la rana de la fábula, a causa del orgullo personal y la vanidad nacional!... ¡ En otras palabras, es completamente estúpida!... Sin embargo, ¡es un miembro de nuestra Sociedad!... ¿No es así? -terminó dirigiéndose a mí-.

-Mientras que ella sea miembro de nuestra Sociedad, no tiene mucho sentido el criticarla -contesté yo- aunque ella misma no se atenga a los reglamentos y confunda a los demás.

-No obstante, es un miembro útil de la Sociedad -replicó el Coronel-, justamente es útil por ser inglesa y una patriota. Ella y Mr. W. son nuestra defensa... una especie de protesta viva en contra de que, por ejemplo, ese idiota que está allá enfrente con su uniforme blanco, que ahora bebe su vigésimo *peg(1)*²⁶⁸ en la terraza, nos tome por espías, como si fuéramos igual que él... ¿Qué haremos si muere?

²⁶⁸ *I* Whisky y soda con hielo.

-No se preocupe, Coronel, no morirá -apuntó el Thakur-.

-¡Que no morirá!... ¿Puede garantizarlo, mi querido Thakur? -exclamó jocoso el americano-.

-Garantizar la vida o la muerte de un enfermo es algo demasiado arriesgado para mí que no soy un médico -replicó el rajput sonriente-. Pero, después de muchos años de experiencia, juzgo que habiendo sobrevivido la primera media hora y como no se han presentado síntomas de otras enfermedades que corupliquen la insolación, el principal peligro parece que ya ha pasado.

-Y usted.... perdón, mi querido y muy estimado amigo, ¿no le causará otros síntomas similares? -preguntó el Coronel, mirando misteriosamente alrededor e inclinado sobre el Thakur.

Yo me hallaba en la otra parte, apoyada en un poste escuchando en silencio. Las palabras del Presidente me hicieron temblar; parecían el eco de mis propios pensamientos inexpresados y sentimientos profundamente enterrados, un eco fiel. Narayana, con un *bidi*(1) ²⁶⁹apagado en su boca, estaba junto a Gulab Singh. Vi cruzar una sombra por su rostro, y por un momento miró al Coronel. En esta mirada vi enfado y un silencioso reproche por su insolente pregunta.

En los ojos profundos, oscuros y abismalmente enigmáticos del Thakur no capté aquel repentino destello abrasador que los encendió de luz cuando Miss B. hizo su estúpida y ofensiva observación sobre los nativos; ahora no veía esa chispa, que confieso que siempre me atemorizó hundiéndome en una sensación de miedo sobrenatural, sensación que me avergonzaba, pero que lograba dominar. Ahora su mirada era bastante tranquila e indiferente, se limitaba a sonreír algo irónicamente...

-En otras palabras, ¿su pregunta es una acusación directa de que fui yo quien causó su insolación? -preguntó al Coronel, mirándole fijamente a los ojos-.

²⁶⁹ *Bidi* es un pequeño cigarro indo hecho con hojas verdes de mango.

El Coronel se sonrojó, pero no trató de hacer una inútil defensa. Miraba con franqueza a través de sus ojos algo ciegos, pero honestos, al Thakur y confesó calladamente:

-Sí, así interpreté este desafortunado suceso... Pero no debería llamarlo una acusación.

-¡Hum! Tampoco puede decirse que semejante suposición sea halagadora -añadió sonrientemente el rajput, después de un breve silencio, mirando en la distancia-. Vengarse de una mujer por su lenguaje estúpido, amenazándola de muerte, es más una costumbre de los civilizados europeos que de las tribus de ladrones del Rajastán. Pero no puedo condenar su pensamiento, pues sé que ha llegado a un concepto exagerado de mis... poderes psíquicos y, sin embargo, he esperado a que sacase sus propias conclusiones y deducciones... A su modo, tiene razón.

El americano alzó sus claros ojos azules y rascando pensativamente su barba, dijo humildemente:

-Llegamos a la India atravesando una distancia de más de 15 000 kilómetros para estudiar Psicología y todo lo concerniente a la dimensión *Espiritual* del Hombre... y esto de acuerdo a sus instrucciones. Le tenemos por nuestro *gurú*, y *ahora* que hemos descubierio, solo en usted, la encarnación de la «Ciencia Oculta», ¿nos da la espalda?

Había algo de profundo pesar en la voz de nuestro Presidente. El Thakur le miró un instante y, después de una pausa, contestó muy tranquilo, e incluso, amablemente:

-Es cierto que he sido iniciado en lo que conocemos como *Gupta Vidya*, Ciencia Oculta...

-¿Conoce esas Ciencias? ¿Ha decidido por fin dárnoslas a conocer a nosotros, sus discípulos ignorantes pero devotos?

-Jamás traté de hacer un secreto de ellas, y ni siquiera lo podría haber deseado. Soy un *brahmacharin*(1) ²⁷⁰. Pero este término y el de «ciencias ocultas», a menudo significa muchas cosas diferentes y su sentido es muy elástico. Muchos miles de años han transcurrido desde los tiempos gloriosos de los rishis; la India ha caído y ha degenerado -añadió con pesadumbre-. Hoy, en cualquier gran ciudad encontrará brahmacharines que sustituyen a la esposa legal -prohibida para ellos por la regla de castidad- por el harén secreto, el *zenana*(2) ²⁷¹, y se dedican a la usura, ¡es fácil encontrar a charlatanes que preparan y venden pócimas de amor en el nombre de las «ciencias ocultas»! ¿También quiere usted investigar éstas para honrarlas después sólo por ese *nombre* ? ...

No podía evitar mirar al Coronel y los dos nos sentíamos azorados. Antes de dejar Bombay, después de grandes precauciones y persistentes requerimientos, nos fue presentado cierto gran sadliu y alquimista, como nos indicaron Mulii y los otros. El «santo» anacoreta emitía un olor de lo más ofensivo y hacía toda variedad de ruidos extraños con su nariz y boca, pero todo esto el Coronel lo atribuyó a su renuncia a los intereses terrenales, así como a su santidad. Después de sacar de nosotros, incluido el «general silencioso», varios cientos de rupias con la promesa de transformarlos en «elixir de la vida» y en un polvo protector contra todo mal, y habiendo recibido públicamente señales de devoción servil por parte del Coronel (esta vez con la aceriada indignación de la inglesa), el viejo santo nos dejó y se encaminó hacia su retiro desconocido; *en nous disant*: «*je reviendrais!* ... » -como dice el verso de *La Favorita*(1) ²⁷²-. Y aún estamos esperando...

-¿Qué son las «Ciencias Ocultas»? -continuó el Thakur, alejándonos de este ingrato recuerdo-. Para mí y para todos aquellos que han dedicado su vida a ellas, éstas contienen la llave que abre los secretos de la Naturaleza y de los mundos visible e invisible. Esta llave, sin embargo, es mucho más

²⁷⁰ 1 Un tipo de monje laico consagrado desde el nacimiento al celibato y al estudio de los siddhis: la ciencia de la Teúrgia o Magia Blanca y de los poderes psíquicos.

²⁷¹ 2 *Zenana* es el «harén», es decir, los aposentos de las mujeres.

²⁷² *La Favorita*, ópera italiana de Donizetti (1840). (N. del E.)

difícil de encontrar de lo que usted piensa. La *Gupta Vidya* es un arma de doble filo y nadie puede acercarse sin sacrificar todo lo que es terrenal, incluida la razón, pues ésta subyuga y destruye todo lo que no la logra someter. Las fábulas antiguas no son meras fantasías. En nuestra antediluviana Aryavarta encontrará también a la Esfinge, similar a la egipcia, y por cada Edipo existen miles de víctimas. Esta ciencia es especialmente peligrosa para ustedes los europeos y los blancos. Esta es la razón por la que me reservo el acceder a su petición, firme, pero irresponsable, de someterse a un periodo de probación.

-¡Thakur, en el nombre de todo lo que ama -exclamó nuestro Presidente con voz implor-ante-, le ruego en nombre de nuestra Sociedad, en nombre de la Ciencia y de la Humanidad entera!... Usted sabe que yo no soy un cobarde. No considero demasiado a la vida, y si ni siquiera hacia su término logro atisbar un destello de verdad, bueno, entonces... cuanto antes llegue ese fin... ¡mejor! Si tan sólo una vez me quisiera mostrar Usted el sendero que conduce a la Verdad, juro no abandonarlo jamás...

La respuesta del Thakur se hizo esperar.

-De acuerdo -dijo de pronto, para gran alegría del Coronel-, como seguramente mañana estará libre de los ingleses, le invitaré a mi dominio en D. Usted dispone de dos semanas antes del encuentro con svami Dayananda. Allí, Coronel, le someteré a una pequeña prueba preliminar. Si sale con éxito, será mi *chela* por siete años. Si no... bueno, todo será como antes. ¿Acepta?

-Con placer, con placer -exclamó alegremente nuestro Coronel-. Y verá, Thakur, que no fallaré en ninguna prueba.

Al final de esta conversación, el Thakur me pidió que fuera a constatar el estado de Miss B. Los tres, es decir, Gulab Singh, el Coronel y Narayana, se encerraron en la tienda. Cuando regresé después de una hora y media, dos guardianes rondaban delante de la cerrada entrada. Al dirigirme en la oscuridad hacia mi propia tienda, casi atropellé al rubio espía, al que **reconocí por su olor** a licor más que por su ropa o figura. Evidentemente trataba de oír lo que se decía y cuando llegué desapareció veloz en la noche.

Una hora más tarde alguien llamó a mi pueria. Todavía no me había acostado, pues pretendía visitar otra vez a la desafortunada Miss B. Al oír el golpe, estuve a punto de decir el usual «adelante», cuando de repente, como surgidos del suelo, aparecieron dos altivos y peludos rajputs; estaban colocados como estatuas en la entrada, apoyados en sus rifles y mirándome solícitamente.

Debo confesar que esta súbita aparición me sorprendió y me turbó. Como no podían entenderme y yo tampoco a ellos, nuestra conversación se podría haber prolongado hasta el amanecer si no hubiera sido por la voz enfadada del Coronel, que se oía desde el otro extremo de la tienda.

-¿Qué diablos? -gritó-. ¿Me toman por un leopardo que no dejan que me acerque a la tienda?... ¡Salga un momento! -gritó con la clara intención de que yo le escuchase-. ¡Mire lo que hacen ... ! ¿Qué significa esto, es que está bajo arresto o qué?

Como un relámpago cruzó por mi cabeza el pensamiento de que el espía inglés, ése que había visto prácticamente en mi puerta, estaba involucrado en el asunto. Era una idea loca, pero no improbable, aunque sin embargo, fue de inmediato desechada cuando me dirigí hacia la única puerta para contestar a la llamada del Coronel. Mis peludos rajputs no sólo me dejaron pasar sin oponerse cuando me acerqué, sino que se echaron como cangrejos en la arena, como señal de sumisión y devoción, y casi tuve que pasar por encima de sus cabezas. Cuando salí, vi una escena que me recordó cierto ballet americano que representaba a los indios pieles rojas bailando la danza de la guerra. Otros tres rajputs, tan armados y peludos como los otros, con las espadas en sus manos derechas y sujetando en sus manos izquierdas escudos de piel de rinoceronte, se interponían en el camino del Coronel. Sus movimientos enérgicos iban acompañados de un silencio absoluto y de una expresión de total devoción en sus rostros. Si el Coronel daba un paso a la izquierda, ellos también saltaban a la izquierda y le detenían con sus escudos; si lo intentaba por la derecha, hacían lo mismo y de nuevo le detenían con su impasible muro de escudos. Cuando me vieron, bajaron al instante sus armas y se detuvieron como estatuas.

Feliz de verme, el Coronel me contó que tenía nuevas noticias muy importantes y que me explicada más tarde la extraña conducta de los rajputs; iba a entrar en mi tienda, cuando Narayana lo llamó.

-¡Coronel saab! -gritó muy coriés-. ¡Espere un momento! El Thakur saab me envía.

-¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? -preguntó el Coronel inquisitivamente-.

-El Maha saab (el gran señor), *Monseigneur* me ha ordenado decirle que es mejor que no vaya a ver a la Bai saab. Estamos en Rajastán y aquí las ideas sobre la etiqueta son diferentes de las de Europa, y hasta de las nuestras... en la India Central. No entre; si lo hace, los escandalizará más de lo que puede imaginar...

-Pero, ¿por qué, y quién se escandalizará? Además, ¿quiénes son estos tipos extraños?

-Estos hombres han sido enviados por el diwan del maharajá de Bharatpur, son guardaespaldas, algo así como una guardia de honor de Madame saab -contestó Narayana-. Todo el país se escandalizará. Nadie puede entrar al zenana después de la puesta del sol.

_ ¿Zenana? Pero, ¿dónde hay un zenana?

-¡Los aposentos de Maam saab!

El Coronel silbó largamente.

-¡Eh! ¿Las mujeres de su edad todavía viven en zenanas?... -exclamó con ojos asombrados y rompiendo en una carcajada irreverente-.

Yo también reí de su franca observación.

-No es cuestión de edad, saab, -explicó Narayana con senedad- sino de respeto por el sexo femenino. Cuanto más mayor es una mujer, más la respetan los rajputs.

-Bueno, si no debo entrar, no lo haré -dijo el Coronel buenamente-. ¡Casi creí que trataban de robarme y no entendía para qué bailaban ante mí!... Bien, vayamos hacia la estación y le contaré mis novedades en el camino. Allí, también podremos informarnos de Miss B.

-¿Sabe -dijo con tono feliz, tan pronto se hubo marchado Narayana- que el Thakur me pondrá mi primera *prueba*?

-Sí, lo sé. Estaba presente cuando se lo prometió, si usted superaba su primer examen.

-No, me refiero a algo diferente. Me ha concedido utilizar cuando quiera el *kumbhaka* y el *puraka*.

-¡Cielos! -exclamé horrorizada-. ¿Estará colgado y sin respirar durante horas? ¡Se desmayará!... ¿Ha perdido usted el juicio?

- ¿Por qué desmayarme? Todo depende del poder de la voluntad y a mí me sobra -contestó el Coronel, un poco ofendido-.

-Bien, haga como mejor le parezca... Pero esté seguro de que no se está burlando de usted... Simplemente quiere demostrarle lo poco aptos que son los europeos para alcanzar las metas del ascetismo hindú...

Por primera vez desde que nos conocimos, el estimado americano casi llegó a enfadarse conmigo por esta observación. Él repetía que parecía como si le envidiara, a pesar de mis afirmaciones de que no entendía el por qué tenía que anhelar el dejarse colgar la cabeza como un murciélago; que cualquiera podía tomar esa postura si lo deseaba; y por último, que se estaba metiendo en problemas y que todos se reirían de él. Nada servía sin embargo, mis razones no le convencían. Él había venido aquí para estudiar las «ciencias ocultas» y estaba evidentemente dispuesto a ello.

-¿Qué ha decidido hacer? -dije con algo de dureza-. ¿Quiere convertirse en un faquir pintado de estiércol de vaca, o en un rajá yogui? Debe haber olvidado o quizás no sabe que el primero sabe tanto de Gupta Vidya como usted mismo, mientras que los auténticos Rajá Yoguis, como el Thakur, no se cuelgan cabeza abajo y pies arriba ni revuelven sus cerebros.

Este último argumento pareció haber calado de lleno en él.

-¿Cómo? ¿No practicó el Thakur las 86 posturas prescritas por el <Yoga> de Patañjali?(1)²⁷³

-Eso sería propio de él ¿no? Él, que habla con desprecio de las extravagancias, de los hatha yoguis, esos seguidores de la letra muerta del Patañjali, que se mantienen durante días sobre sus cabezas, dejan que sus uñas crezcan en la tierra, o cuelgan de un gancho de hierro que atraviesa su muslo o la piel de su espalda, y que está sujeto a un *ckakra*(2)²⁷⁴-repliqué, agotada mi paciencia-.

-¿Cómo permite, entonces, que otro sí lo haga?

-Lo permite para deshacerse de usted, pues usted lo tiene harlo; y seguro que querrá darle una lección... No se enfade, Coronel. ¿Vio alguna vez un faquir o un simple *bairagin gossain* («monje mendicante») con una barriga como la suya?

Profundamente herido, se ofendió de nuevo.

²⁷³ Este sistema filosófico-ascético de la India es de los más difíciles de dominar. Como en la *Cábala* caldea, sobre cuyo sistema asentó Simón Ben Yohay en el siglo I d.C. la *Cábala* hebrea, y también como en ciertos tratados alquímicos, cada palabra contiene diversos significados según sea la clave de interpretación. Por lo general, es obvio que la clave esté exclusivamente en manos de los rajá Yoguis, y que los brahmanes no tengan la menor idea del real significado de estas enseñanzas.

²⁷⁴ 2 Un *chakra* es una gran pértiga con cuatro tablas horizontales en cruz sujetas a ella. A veces, hasta una docena de faquires cuelgan de ella, clavados en ganchos que atraviesan sus carnes sangrantes. El Gobierno ha prohibido la exhibición Pública de los chakras en los festivales religiosos, pero todavía existen en las salas de sacrificios de los templos, donde los ingleses no tienen autorización Para acceder. Los faquires giran alrededor del chakra como pedazos de carne cruda, hasta que caen por su propio peso.

-Puedo perder peso; yo lo único que quiero demostrarle es mi *fuerza de voluntad*, y *también* que no sólo los indos son dignos de la Iniciación en las Ciencias Ocultas.

-¡No es así como lo demostrará! Yo le conozco mejor que usted. ¡No se engañe con vanas esperanzas! Agradezca al destino que, a pesar de que pertenecemos a la odiada y despreciada «raza blanca», él vea mejor que nadie la sincera devoción que le tenemos, y que, debido quizás a la simpatía que sentimos por su pueblo y al respeto por su país, haga una excepción inaudita con nosotros. No le pida lo que no quiere ni puede darle; en cambio, contétese con las migas que nos tira por el camino.

-Pero, ¿por qué, por qué? -insistió el Coronel-. ¿No tiene discípulos?

-Los tiene, pero no son como nosotros, hijos de una civilización podrida, herederos de todos los vicios de Occidente. Vea a Narayana, el pobre chico es un místico y un fanático por naturaleza; vive y respira sólo por el Thakur y estaba dispuesto a sacrificar diez mil veces su vida si fuese necesario. Pero ni siquiera él será admitido como *chela*, a pesar de ser un auténtico indo.

-Pero, ¿cómo sabe esto? ¿Lo dijo él?...

-No, no lo dijo, pero lo sé por la simple razón de que conozco Patañjali mejor que usted y de que no es la primera vez que estoy en la India. El desafortunado Narayana *no puede convertirse en rajá yogui porque está casado*.

-Pero de momento, sólo está casado nominalmente. Su esposa sólo tiene once años. Y no se trata más que de un compromiso.

-Tiene el Thakur derecho a arruinar la vida de una criatura joven e inocente? ¿Sería propio de un hombre como él? Olvida que si Narayana la abandonara sería desgraciada para el resto de su vida. Y no sólo ella, sino todos sus familiares hasta la séptima generación perderían su casta... Su cabeza sería afeitada como la de una viuda, y el menor contacto con ella se consideraría una *impureza*. Su desgracia se explicaría como debida a un pecado cometido en una vida anterior, y ni siquiera sería incinerada después de muerta, sino tirada a los chacales.

- ¡Infeliz muchacho! -exclamó el Coronel con honda simpa tía, olvidando por un momento su propia pena, sin darse cuenta lo mucho que disminuía este ejemplo sus propias expectativas de éxito-.

-Bueno, es posible que la suerte le sonría... Quizás ella muera -añadió ingenuamente-.

- ¡Pobre pequeña *Avani Bai*(1) ²⁷⁵! ¿No se avergüenza de desear su muerte?

-No lo deseo en absoluto... pero todo es posible... después de todo, lo que deseo es su bien...

Apenas tuvo tiempo de terminar de hablar cuando algo anómalo ocurrió. Estábamos detrás de la estación y conversábamos casi susurrando, la tienda del Thakur estaba a no menos de setenta metros. De repente, como si saliese de la espesura del árbol de mango sobre nuestra cabeza, oímos la voz clara y sonora de Gulab Singh contestando a la afirmación egoísta del Presidente, que se quedó petrificado...

-¡Aquel que construya su propia felicidad sobre la miseria de otro, jamás podrá convertirse en rajá yogui!... -dijo la voz claramente-.

Las primeras palabras de la sentencia las oímos sobre nuestras cabezas, y las últimas, se perdieron gradualmente en la distancia, y al final, se desvanecieron entre el aullido lastimero y la risa de los chacales en los lejanos campos.

El Coronel volvió corriendo hacia la tienda del Thakur, tan rápido como lo permitieron sus corias y robustas piernas y lo encontró a éste certando con Narayana y otros dos indos.

El Thakur estaba terminando su ración vespertina de leche, único alimento que tomaba (por lo que pudimos ver, al menos, durante las semanas que viajamos juntos). A la pregunta del Coronel, de si Gulab

²⁷⁵ 1 *Avani* significa «la tierra». *Bai* significa «hermana» y se añade al nombre propio de todas las mujeres, tanto parsis como hindúes.

Singh acababa de estar fuera de la tienda, todos los presentes respondieron negativamente. El Thakur no se había levantado de su alfombrilla desde que el Presidente trató en vano de entrar a la tienda de Bai saab...

-¡Le miré como si yo, por momentos estuviera loco -me contó más tarde el Coronel-, mientras él estaba sentado allí, tranquilo e indiferente, como siempre, mirándome con sus ojos maravillosos, como si estuviera analizando y examinando hasta el fondo a mi alma! ¿Y sabe lo que dijo como respuesta a mi afirmación de que me había *parecido* oír su voz en la estación? Me contestó:

«Es posible, mi querido Coronel. Los ocultos pasillos de la eternidad y del ilimitado espacio *akásico(1)* ²⁷⁶, están llenos de todas las voces de la Naturaleza... pasadas y presentes. Es muy posible que penetrara en una onda congelada de mi voz y que, poniéndola en movimiento, evocara un eco en uno de esos pasillos... Recuerde, nada se pierde definitivamente en la Naturaleza; por ello, jamás mencione, *ni siquiera piense* algo que no quisiera ver alguna vez inscrito en las tablillas de la Eternidad ... »

-¡Qué el diablo me lleve si logro comprender a ese enigma viviente que llamamos el Thakur! ¿Quién y qué es?...

Al día siguiente pusimos a Miss B., todavía débil pero ya habladora, en un vagón y la enviamos a Agra, acompañada por Mr. W. y el médico. A los saludos de despedida del babú, ella contestó con un saludo benevolente aunque altivo y frío. Ella no dio su mano a ningún indo; Mr. W., sin embargo, debido a nuestra presencia, dio la mano, rápida pero escurridizamente, a todos menos al Thakur que no estaba presente en esta despedida. El médico alzó de manera muy leve su sombrero, y se volvió hacia el «general silencioso» con un cigarro sin encender en la boca, con la *orden* de que le diera fuego. Pero quedó aturdido por el Coronel, quien miró arrogantemente al médico y al «espía» recién aparecido en el andén, cogió a Mulji del brazo y gritó: «¡Eh! ¿Quién hay por ahí? ¡Envíen un *camarero* aquí!». Miss B. cayó llorando en mis brazos, y a pesar de mi recibimiento más bien frío, secó su nariz en mi blusa durante dos minutos.

²⁷⁶ ' Akasa es el éter de nuestros científicos e incluso, a veces algo más, algo no descriptible en nuestro lenguaje y para lo cual no existe un término adecuado en la metafísica occidental.

Finalmente, la última campana nos libró de este elemento antipático y nos sentimos como si nos hubiésemos liberado de un gran peso. Nos quedamos solos con los indos y el espía anglo-indo. Este último, sin embargo, desapareció de forma misteriosa ese mismo día y, como nos informó más tarde el Thakur, fue sustituido por espías musulmanes hasta nuestro regreso a territorio británico.

En la tarde de aquel día, nos dirigimos hacia la capital del Maharajá donde pasamos la noche en el palacio del príncipe indo independiente. Esa historia y la narración de nuestras siguientes aventuras todavía están por redaciarse.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

BHARATPUR - EL REINO DE LOS PAVOS - LOS JATS Y SU ORIGEN

EL DECAÍDO PALACIO DE BHARATPUR - SUCESOS DE LA HISTORIA

LOCAL - ACERCA DE ATmAN y MANAS, BAJO LA LUZ DE LA VEDANTA

SANKHARACHARYA Y LA «CIENCIA DEL AMOR» - EL CORONEL TOD

ACERCA DE LOS SOLDADOS NATIVOS - EL ILBERT BILL Y SUS

REPERCUSIONES - TRANSMIGRACIÓN DE ALMAS - UNA COBRA - UNA

ANTIGUA PINTURA FASCINA AL CORONEL - EL THAKUR Y SU PASADO

MISTERIOSO - EXTRAÑA VISIÓN

El pequeño dominio de Bharatpur, que fue en otro tiempo reino con sus reyes y reinas, es conocido sólo por sus jardines semirámicos(1)²⁷⁷ y su ciudad de Digh. Su Rajá se siente tremendamente orgulloso de su independencia ante la presencia de sus hermanos menos afortunados -los rajás de los otros Estados en la Rajputana- olvidando que en realidad debe esta independencia a la aislada posición geográfica de su territorio. No existen ni residente ni otros funcionarios ingleses en Bharatpur, por la sencilla razón de que, atrapado entre las garras de Agra, Jaipur y Alwar, este pequeño Estado es como un prisionero rodeado por apretadas filas de soldados y, por ello, carece del centinela superfluo que se tendría que encaramar sobre la cabeza o los hombros del cautivo. A pesar de esta circunstancia, la población, o más bien las clases superiores (los Chatrias, la casta guerrera) que exceden en número a las inferiores, desprecian con un orgullo digno del hidalgo español a los mahrattis y hasta a los rajputs, a quienes han dejado de temer. Totalmente arruinados por los ingleses, se contentan con poco y viven alegres y felices en su «Reino de los Pavos» (llamado así, porque sólo en el valle de Bliarata se han llegado a contar. 6000 pavos reales sagrados). Aunque en otra época fue un pueblo activo y guerrero, desde 1826, cuando lord Lake destruyó su capital al tomarla por asalto, se sumergió en una especie de estado letárgico y desde entonces pasa su vida prácticamente entre fiestas religiosas y ofrendas a los Dioses. Bliarapur es un nido de bardos cuyos himnos sagrados glorifican desde la mañana hasta la noche los hechos heroicos de Dioses y moriales. Por esta razón, de los 700 000 habitantes que ocupan un *área* de unos 120 por 80 kilómetros, 400 000 *brahmanizan*, es decir, no hacen nada, mientras que 300 000 gastan sus vidas en sacar agua de los lagos de Digh, llevarla sobre sus hombros y distribuirla para irrigar 412 302 hectáreas. Aparte de estos lagos que ocupan en total sólo unos pocos kilómetros cuadrados, no se encontrará ni una gota de agua en toda la zona.

El Rajá y el noventa y nueve por ciento de los habitantes son jats. Esta tribu, que en un tiempo constituyó la enorme mayoría de la población del Rajastán, son «los aborígenes de las llanuras quemadas» que se extienden

²⁷⁷1 Semíramis fue una reina de Asiria; parte de su importancia en la Historia se debe a que embelleció su Imperio con soberbios monumentos, construyó numerosos canales y majestuosos jardines. (N. del E.)

a lo largo del Indo y sus afluentes. Tod afirma y prueba -a su manera- que los jats son de la misma rama y tribu que los *getae*, *massagetae* y *jutos* de Jutlandia y, por ello, también de los conquistadores anglosajones de Inglaterra. Incluso, encuentra «rasgos familiares muy evidentes» en la parte inferior de la mandíbula (sic) y, con toda probabilidad, en los oídos, entre el rubiales jutlandés, su rubio primo John Bull y el «negro-como-el-as-de-picas» jal. No hay nada ingenioso en ello. Bajo los despóticos decretos de los señores filólogos, etnólogos y antropólogos, nuestra pobre Madre Naturaleza está abandonada al silencio.

Una cosa es ciería: los jats son uno de los pueblos más antiguos de la India y, aunque «aborígenes», para los rajputs que llegaron después, no son los verdaderos aborígenes; y actualmente estas tribus están esparcidas por toda la India, ocultas en barrancos de montañas inaccesibles, en bosques y selvas. Sus tradiciones indican, como la propia Historia -o más correctamente, esas páginas hechas pedazos que entre nosotros circulan bajo el nombre de historia-, que los jats son un pueblo cuyas colonias más avanzadas llegaron a la India antes de la época de Ciro, desde más allá de los Himalayas e incluso del Oxo (el Amudaria actual). En el siglo IV la Historia halla al Imperio Jat en el Punjab, pero no indica su fecha de fundación ni da información alguna sobre la primera aparición de los jats. Tod también aspira a probar su identidad con los *asii*(¹) ²⁷⁸del Oxo, la tribu que arrasó al Imperio Griego en Baciriana. Precisamente estos *asii*, dice, son la estirpe ancestral, una de cuyas ramas invadió el norte de Europa y se estableció, entre otros lugares, en Jutlandia. De todas las tribus existentes en la India a las que los historiadores quieren poner por antepasados a los escitas, los jats parecen ser los que más se adecúan a la hipótesis. El aspecto externo de los eseitas, tal como lo encontramos descrito por Herodoto, está fuerientemente marcado en ellos. Achaparrados, hirsutos, con músculos muy desarrollados, esta descripción se ajusta bien a los jats, pero muy poco a los altos y bien proporcionados rajputs y bhillis. Basta con observar los perfiles puramente griegos de los rajputs, para convencerse de la imposibilidad de que hayan derivado de los escitas. De igual manera, es absurdo descargar a los sikhs del Punjab, esos colosos de nariz aguileña y cara típicamente europea, en el «agujero escita» común, sólo porque antes de su monoteísmo acostumbraran a usar caballos como

²⁷⁸ Los *asii* (griego *asioi*) son mencionados por Estrabón en su Geografía (Libro XI, VIII, 2).

víctimas sacrificiales. Según la opinión generalizada de los orientalistas, los sikhs y los rajputs se hallan entre los tipos más bellos de la especie humana.

Ahora, bajo el «benévolo Gobierno de Inglaterra» (una expresión estereotipada), gran parte del Rajastán ha mezclado entre sí a jats y rajputs puros, y sus *thakures* y *zamindares* gozan de iguales derechos o, lo que quizás sea más cierto, gozan por igual de ningún derecho, a parte de los propios del terrateniente medio y del dueño de su propiedad. Sin embargo, la opinión pública -que se equivoca muy pocas veces en estas cuestiones- establece un abismo entre los thakures de sangre rajput y los de sangre jat. El thakur jat es un barón feudal que saquea por la noche. El thakur rajput es un caballero, *un chevalier sans peur et sans reproche*, en el pleno sentido de la palabra. Con objeto de apaciguar a los primeros y de proveerse de fieles aliados, el Gobierno prohibió, por una parte, el saqueo durante el día *de jure*, pero lo permitió *de facto*, consintiendo a los saqueadores, como *jeques* beduinos de Palestina y Siria, cobrar a las caravanas y viajeros que llegaban con el fin de ser protegidos de los ataques de los bhillis. Sin embargo, los thakures rajputs no aceptaron ni uno de estos beneficios que les ofrecían. Gobiernan de forma prácticamente autocrática sobre un puñado de súbditos, apenas traspasan los límites de sus ciudades y, a menudo, ni siquiera los de sus castillos. Orgullosos, indómitos e incapaces de emprender guerras entre sí, simulan resignarse a su destino y sólo se asocian con los rajás, a quienes tienen la obligación de pagar tributos en personas y dinero, por ser sus vasallos. Con los ingleses apenas tienen contacto directo, pero en caso necesario conducen sus asuntos a través de los ministros de su soberano, el Maharajá.

Como en otros lugares, la «raza superior» de conquistadores jugó el papel de Caín en relación a los Abeles inocentes. Han removido la India como si se tratase de una baraja de cartas y, así, un hombre es ahora un extraño entre sus parientes. Es una pena ver este pequeño rincón de Bliarata conocido ahora como Bliaratpur, que floreció bajo los rajputs e incluso bajo los reyes musulmanes, desechado como un trozo de pastel carbonizado en el polvo de los antiguos palacios y templos. A principios del presente siglo existía un magnífico suministro de agua de los lagos inagotables de Digh, y Bliaratpur era considerado como uno de los graneros importantes de la India. El país florecía y estaba verde durante

todo el año. Pero en 1825, las tropas insaciables de la Compañía de las Indias Orientales aparecieron bajo el mando de los lores Lake y Combermere.

La ciudad está construida en las tierras bajas y las aguas del Moti Jhil («Lago Perla»), el enorme lago ahora inexistente, estaban a una altura tal que podían, en cualquier momento, llenar los depósitos de la fortificación, convirtiéndola en inexpugnable a la ciudad. Desde 1805, los ingleses han tratado cuatro veces de tomar Bliaratpur por asalto y cada vez han sido arrollados sufriendo grandes pérdidas. Durante veinte años usaron todas las estrategias militares, en lo que son expertos los benevolentes ingleses, para lograr apropiarse del Reino de los Puros, con sus salinas y su comercio -que ingresa 170 000 libras esterlinas anuales en concepto de impuestos-, pero no fue hasta 1826 cuando finalmente lo lograron. Según los datos del diwan, y en particular del anciano tutor del Rajá, la responsabilidad de la destrucción de la ciudad pesa sobre la conciencia de su patrón, el dios Krisna. Durante el primer ataque, los soldados nativos que servían en las filas británicas juraron que habían visto a Krisna sobre la ciudad, en el aire, «vestido con la ropa amarilla del asceta y armado con sus pertrechos personales: arco, maza, concha y flauta sagrada»; y como resultado de ello salieron corriendo. Pero en 1826, la deidad fue negligente... La superstición de los jats puede compararse sólo con la de los dravidianos del sur de la India. Es un mundo encantado y embrujado. Pasar varios días entre los jats es como leer cuentos de hadas día y noche... A cada paso se alza un altar con su leyenda particular, con sus caballeros, Dioses y Diosas, siempre en los papeles de magos buenos y malos, como en los cuentos de Perrault, donde la virtud triunfa inexorablemente y el vicio siempre es castigado...

-¿Ven esas murallas demolidas de la fortaleza allí sobre el baluarte donde crece ese gran árbol con flores doradas? -nos preguntó el enviado del diwan-.

Nos aproximábamos a la capital de Bliaratpur; enfrente de nosotros se levantaban montañas de desechos, escombros de las fortificaciones un día famosas, y detrás de ellas, en una depresión sucia y opresiva, se extendía la ciudad. Era una amalgama de casuchas miserables semiderruidas. Sobre las terrazas planas de las casas había feas estatuas, entre las que

vociferaban pomposamente los pavos con sus colas de cientos de ojos resplandecientes bajo los rayos del sol poniente.

-Lo veo... ¿Qué tiene de maravilloso ese árbol? -preguntó el Coronel, mirando de reojo-.

-En este momento, nada -contestó el funcionario suspirando-. Pero esas flores doradas, esos innumerables racimos de pequeños pétalos fragantes son las lágrimas de Krisna... Alverque los ingleses habían cortado el camino a nuestras tropas hacia el lago, y que estaban cruzando la muralla de la ciudad, el *deva* («Dios») lanzó su maza con desprecio a los pies del primer destacamento, e inmediatamente creció un árbol en aquel lugar. Entonces, como una lluvia fina, gotearon lágrimas divinas sobre el árbol, y una flor brotó por cada lágrima.

-En lugar de llorar, hubiera sido mejor que el Dios no hubiera sido negligente y que hubiera retorcido aquí y allá el cuello al regimiento entero -se burló el babú entre dientes-.

El joven rajput que cabalgaba junto al carruaje, levantó sus ojos negros como el carbón hacia el babú. Hubo un silencioso reproche en su mirada.

_ Eres un bengalí Y ¿acaso un *nastika* («ateo»)? -preguntó tajantemente el rajput-.

-Sí y no -replicó el babú, un poco embarazado por la pregunta tan directa y aún más, por la mirada de Narayana fija en él-. Soy de Bengala, pero pertenezco, o más bien, *pertenecía* a la fe *charvaka*(1) ²⁷⁹, los lokayatikas.

²⁷⁹ 1 La doctrina *charvaka* se basa en un *Sutra* («escrito») de Brihaspati, y en el breve *Catecismo* de Charvaka, el Epicuro de la India, y es conocida como los *Aforismos de Brihaspati*. Sus seguidores niegan todos los *pramanas* (las fuentes del verdadero conocimiento), y reconocen tan solo el *pratyaksha* (conocimiento por medio de los sentidos) y cuatro *Tattivas* («Principios Eternos»), es decir, cuatro Elementos de la totalidad de los que emerge la razón, o más bien el instinto animal, que sólo en el hombre se convierie en razón. Ellos enseñan que el alma no difiere del cuerpo y que surge y muere con él. *El Charvaka darsana* es la escuela más materialista de la India.

Pero ahora -se apresuró en añadir soy un teósofo dispuesto a creer lo que nuestro Presidente mande.

Nos reímos, esforzándonos en convertir esa franca confesión en una broma. A todas luces, había causado una mala impresión en sus camaradas religiosos. Parecía ser que hasta entonces no sabían que nuestro irresponsable babú había pertenecido a aquella secta tan despreciada por el resto de los hindúes. Afortunadamente para él, el Thakur estaba ausente. Después de hacemos montar y de dotamos de la custodia de sus caballeros, como solía hacer, se esfumó.

Bliaratpur fue construido sobre ruinas, y sus últimos restos ni siquiera contienen las cenizas«de la antigua capital fundada por el héroe Bliarata. La capital actual sólo tiene un siglo de antigüedad. Como avergonzado de la actual apariencia miserable, el castillo del Maharajá se oculta entre las ruinas de antiguos bastiones y torreones, abrazado con fuerza por trepadoras. Lo rodean torres por todos los lados y sobre las terrazas de la vieja fortaleza sobreviven cúpulas y numerosos alféizares y, según el comentario de Fergusson, presenta «una lastimera mezcla de estilos arquitectónicos», desde el sarraceno hasta el jat.

Después de atravesar varias puertas antiguas arqueadas y murallas semi-demolidas, sobre las que había centinelas profundamente dormidos o fumando *chelum*, arribamos al castillo. El Maharajá no se hallaba allí, pues había emprendido un peregrinaje a Hardwar, acompañado de su corte.⁽¹⁾ ²⁸⁰Por primera vez desde nuestra llegada a la India, estábamos adentrándonos en el palacio de un rajá ausente y, por supuesto, esperábamos encontrar con algo mágicamente bello. ¡Nuestra desilusión fue completa...!

²⁸⁰ 1 En la India, todos los rajás, tanto los poderosos como los pobres realizan, al menos una vez al año, peregrinaciones a los lugares sagrados. Por lo general, la última jornada del viaje la terminan a pie, vestidos con el hábito pobre del peregrino asceta, descalzos y con los símbolos de su fe pintados sobre la frente.

Como todos los palacios de los rajás, se trataba de una elevada estructura bastante deprimente. Había innumerables galerías, pórticos, torres y torretas, escaleras y corredores. Las paredes contenían relieves y estaban ennegrecidas por el humo. En su interior había un sinfín de habitaciones indescriptibles y, desde la primera hasta la última, desde la sala del «trono» del durbar hasta la menor buhardilla bajo los tejados, todas se parecían al almacén de un anticuario. Los suelos de las habitaciones carecían de alfombras, estaban repletos de irregularidades y no habían sido barridos desde la marcha del Rajá, pues con cada uno de nuestros pasos se levantaba una nube de polvo que nos hacía estornudar y toser. Las habitaciones estaban sembradas de trastos en varios grados de rotura; había filas de sillones y bancos, otrora dorados y ahora desconchados, de todo tipo y antigüedad, tapizados con lujosos brocados ya descoloridos. Colgaban de las paredes, entre enormes espejos carísimos que ocupaban desde el techo hasta el suelo, baratos relojes de cuco alemanes (¡en una habitación llegamos a contar ocho!), y cuadros mecánicos con barcos en movimiento y música. En la biblioteca, de cristal precioso y madera de palisandro tallada, había seis o siete folletines de una colección incompleta de las novelas de James. Por doquier, como si estuvieran a la venta, había espejos abatibles de cuerpo entero para señora, cuyas superficies, tras años de humedad, parecían mapas geográficos y distorsionaban las figuras que se reflejaban a nuestro paso, como haciéndonos muecas. ¡Esto es lo que encontramos en el palacio de un Rajá independiente!

Seguramente, al darse cuenta de la ausencia de todo encanto en nuestros rostros cándidos, el barbudo jat que encontramos en el pórtico y nos había mostrado las cámaras *imperiales*, intentó cambiar nuestra opinión sobre el esplendor del palacio y nos escoltó hasta cierta habitación *secreta*, que era visitada -según nos informó muy confidencialmente- por todos los *bada sahibs* («grandes lores») ingleses y muy alabada por ellos. Pidió a un viejo sirviente que abriera la habitación con una llave secreta muy especial que hizo sonar una música. El interior estaba cubierto de cuadros de estilo francés con la temática más ilícita. El Coronel apenas pudo evitar dar un trompazo verbal al jat, y Narayana, sin apenas levantar la cabeza, salió de la habitación y alivió su corazón casto mediante un torrente de palabras que no entendíamos, pero que sin duda alguna impactaron hondamente al hirsuto confidente. Quedó bastante compungido y se apresuró a cerrar la habitación «secreta», murmurando algo de naturaleza apologética. Sólo una cosa entendimos: todos los *bada sahibs*, los *feringhis* e incluso, sus

maam sahibs («sus señoras»), habían visitado este «museo» europeo y siempre habían reído a carcajadas. Sin embargo, después de este trance, el barbudo sirviente se apresuró a desaparecer, dejándonos en manos del viejo cuidador o tutor del Rajá.

Por todas paries encontramos la misma suciedad, polvo, falta de gusto, desolación y dilapidación. El propio Maharajá no ocupa sus cámaras «imperiales» que ahora sirven para cautivar a los bárbaros extranjeros blancos. Hace algún tiempo, fue a residir en el *zenana* con media docena de esposas. Desgraciadamente en la India, ni los rajás ni los príncipes dan ejemplo de virtud a sus súbditos. A excepción de ellos, todos los nativos, desde el más elevado brahmán hasta el más humilde coolie, son monógamos estrictos, mientras que hasta el último de sus soberanos se adhiere a la poligamia. Estos potentados nacen y viven, por así decirlo, ajenos a las castas, porque la mayoría de ellos jamás tuvieron ninguna. El abuelo del holkar de Indaore nació como simple pastor; el *gwalior* de la familia Sindhia es nieto de un peón. En 1714, su tatarabuelo Ranaji, el primer Sindhia, fue el sirviente de confianza del Peshwa que le recogió de una simple familia de campesinos, y en 1782, el hijo natural de Ranaji, Sindhia, se convirtió en maharajá de Gwalior. Los *Gaikovars* de Baroda, como su mismo nombre indica, fueron ganaderos hace cien años; el joven Gaikovar actual -elegido por el Gobierno después de la condena del desafortunado Malhar Rao, acusado (injustamente) de tratar de envenenar al coronel Roberi Phayre, el Residente político- es el hijo de un simple coolie, pariente lejano de Malhar Rao, etc. Si podemos creerles, los rajás musulmanes descienden cada uno de Fátima, la hija del Profeta, y su linaje femenino desciende de la yegua de Mahoma (sic), aunque la evolución de esta última todavía no ha sido del todo esclarecida. Por otro lado, el Maharajá de Udaipur, el soberano de Mevar en Rajastán, sin exageración ni ánimo de burla, desciende, al parecer, de Adán. En cualquier caso, el linaje de esta casa imperial ha sido proclamado por el Gobierno británico como absolutamente correcto y legal; y esta genealogía señalaba a Ikshvaku, el hijo de Manú, el gran legislador mítico de Aryavarla, como el primogénito de estos maharajás. Ikshvaku nació antes del 2225 a.C. Uno apostaría a que en toda Europa no se podría encontrar ni una familia tan antigua como ésta. Los *suryavansas*, los descendientes del Sol, tienen el inalienable derecho, apoyado en el árbol genealógico reconocido por los ingleses, de menospreciar a las más antiguas familias inglesas. ¡En breve

discutiremos con mayor detalle estos soberbios recuerdos de una grandeza extinguida, que fue y no será nunca más!

-Una curiosidad antigua y una tienda de trastos -mun-nuró el todavía enfadado Coronel al mirar a su alrededor-. ¿Pero dónde está el Thakur sahib? -preguntó inesperadamente-. ¿No lo veremos más hoy?... Narayana... ¡ Mulji!... ¿saben dónde está el Thakur?

-El Maha sahib («gran señor») jamás entra al palacio de los gobernadores de Bliarutpur -susurró Narayana a nuestros oídos-.

Prosiguió ilasta Digh y nos espera mañana para el *chota hazali* («desayuno»).

-¡Mmm! -murmuró el Presidente, mientras examinaba un mandarín de porcelana china con la nariz rota-. Eso significa que todo está perdido. ¿Sabe, mi querido Narayana, por qué el Thakur sahib evita la morada del Rajá local?

El inaliratti quedó notablemente perplejo.

-No tengo derecho, Coronel, a entrometerme... y discutir... los asuntos privados, en particular, los actos del Maha sahib -contestó por último, balbuceando-.

Pero la curiosidad del Coronel no era del tipo de aquellas que pueden detenerse con una simple reprimenda. Se volvió al viejo tutor del Rajá que se arrastraba detrás de nosotros rodeado de porteros cargados de llaves, y le repitió la pregunta.

Al oírle, el anciano jat se vio todavía más en apuros que Narayana.

En principio se desorientó por completo. Entonces empezó a inclinarse servilmente y asegurar al Coronel que él, un *sahib* americano, era el «protector del pobre» y el «benefactor de viudas y huérfanos». Después de esto, evadió de forma astuta la pregunta directa, haciendo como que de

pronto se daba cuenta de la puesta del sol y que en breve estaríamos a oscuras. Terminó por escoltarnos hasta nuestros cuartos, en vez de contestar a la pregunta. El Coronel se paró en seco.

Nos alojamos en un ala separada que conectaba directamente desde nuestros cuartos al edificio principal por una terraza cubierta. Aunque menos cargadas de mobiliario, nuestras habitaciones estaban en un estado de desorden inconcebible. Al igual que en el palacio, también había aquí una mezcla de las más dispares decoraciones. Abultados sillones con incómodos respaldos -traídos probablemente desde Inglaterra por la difunta Compañía de las Indias Orientales- parecían apartarse, como bien nacidos ingleses «de raza superior», de las sillas de madera oscura hábilmente talladas por la «raza inferior». Crecían hojas de hierba en las troneras llenas de suciedad y tierra de una destrozada mesa de billar. Consolas con placas panidas de mármol sobre pies de cristal dorado sostenían costosos espejos antiguos, que se habían ladeado con el tiempo. Las paredes estaban cubiertas de retratos de los rajás, pintados al óleo y a tamaño natural, junto a los cuales colgaban grabados sobre madera, de manufactura inglesa barata, representando escenas de caza con lores y ladies montados en caballos color carmesí, acompañados por perros rosas y verdes corriendo detrás de ellos. En una pared del salón, bajo otro grabado en madera de estilo francés que representaba un torneo de patinaje de señoras, con las narices tapadas con chales, pieles de talla extra y botas de color azul claro, había cerca de dos docenas de cuadros de la llamada obra de Delhi, descuidadamente apoyados contra la pared. Éstas, sobre grueso pergamino con inscripciones de oro en *urdú* -leyendas acerca del tema representado- y con versos del *Corán*, retrataban a varios *durbars* históricos de los rajás y soberanos mogoles e indos. En uno de ellos, de casi un metro cuadrado, había representadas casi ochenta figuras humanas. A excepción de una pequeña figura en uniforme azul claro, charreteras y mostacho rojo, todos se hallaban en actitud obediente con los brazos cruzados sobre el pecho y girados hacia un rajá sentado en un trono. Los ojos se deslumbraban con la sola mirada a este grupo pintado con los más vivos colores y, como todas las producciones orientales, sin sombras ni imprimación. La habitación estaba alumbrada por una gran lámpara colgante de cobre; la llama de la mecha, hundida directamente en el aceite de coco del modo más primitivo, se movía en todas direcciones debido a la corriente que penetraba por las aberturas y rendijas de las puerias, e iluminaba muy tenuemente los objetos. Ni el Coronel ni yo prestamos

atención a esta pintura sacada a medias de entre las demás de durbars y escenas de caza puestas cabeza abajo.

Era obvio que se había tenido la intención de recibimos y entretenemos al estilo europeo. La mesa de la cena resultó estar en posesión de una colonia de hormigas rojas y, como era imposible deshacerse de ellas sin matar alguna por accidente, un crimen según las *Leyes de Manú*, que el tutor jat no quiso transgredir, se nos trajo otra mesa. La consola de mán-nol con magníficos mosaicos que descansaba sobre tres pies dorados rotos en parte, se derrumbó instantáneamente con el peso de los platos, para el horror del sirviente-tutor, que vio en este incidente el presagio de la muerte repentina de alguien. Para gran disgusto no disimulado de nuestros indos, nos trajeron una cesta llena de vinos y licores franceses, y para la sorpresa indescriptible del viejo tutor jat, las alegres bebidas fueron inmediatamente retiradas por el Coronel, avergonzado. El guía no pudo entender cómo podían los feringhis sahibs rechazar el vino y el vodka. Su asombro no tuvo límites cuando, para completar esta excentricidad que sin duda le pareció una tremenda locura, le pedimos la cena a la manera nativa, sentados sobre almohadones y con tres grandes hojas en vez de platos...

Eran sólo las ocho de la tarde cuando, después de terminar el convite en el suelo en la dudosa compañía de dos enormes ciempiés que huyeron de nuestro acecho al cuarto preparado como dormitorio para mí, empezamos a sacar al pórtico, con el mayor cuidado Posible, varios sillones reclinables donde, por fin, nos sentamos para tornár un respiro después de un día agotador. Pronto se sumaron dos personas a nuestro grupo: el asistente o secretario del diwan que nos había escoltado desde la estación aquella mañana y un babú bengalí muy corpulento que era el inspector de los colegios del Maharajá; eran las únicas personas en Bliaratpur que hablaban inglés. El Coronel les cubrió de preguntas. En menos de una hora, sabíamos tanto como ellos acerca de los rumores internos del Maharajá y del Reino de los Pavos.

Entre otros retazos de información nos enteramos que el actual Rajá -según los ingleses, el verdadero y legítimo heredero del trono- parece ser un usurpador a los ojos de sus súbditos, aunque se acuse al Gobierno de este crimen y no a él. En 1825, cuando murió Baldeo Singh, el rajanato debía pasar -según las *Leyes*- a su hermano Durjan Sal; primero, porque

los hijos de los rajás no pueden ser sus herederos; ascenderían al trono, sólo por falta de hermanos y sobrinos (hijos de hermanas, pero no de hermanos) y, segundo, porque el difunto Rajá sólo tenía un hijo y éste era ¡legítimo. Durjan Sal tenía un gran panido y las *Leyes de Manú* le apoyaban, pero la Compañía de las Indias Orientales tenía soldados con cañones y la prerrogativa de que éstos eran los más astutos si no los más fuerles. Además, John Bull tanto entonces como ahora, insistió en su derecho de ser el defensor y protector universal del débil y del inocente y, bajo este pretexto devorarlos junto con su reino. También hicieron su aparición custodios no invitados; su política consistía en ceder el poder únicamente a aquellos rajás que habían sido educados sólo por ellos, de acuerdo al inteligente método de Mettemich en relación a Napoleón II, el desafortunado príncipe imperial. Como el duque de Reiclistadt (Napoleón II), todos los rajás indos perecieron a la manera del Marqués de Sade, gracias a sus tutores ingleses, quienes inadvertidamente les llevaron, desde el primer día, por la senda de la ruina terrenal mediante el vicio y la embriaguez.(²⁸¹)

Así pues, a pesar del hecho de que Durjan Sal ya había ocupado el trono por voluntad del pueblo, en 1826 apareció un ejército de veinte mil hombres con ciento doce cañones para apoyar a un príncipe ilegítimo, un

²⁸¹ 1 El joven rajá de Cooch Bihar, a quien veo todos los veranos en Sintla, Darjeling y en los Montes Mysore, se ha convertido ahora en un inglés de pura sangre. Bebe champagne por barriles, se adorna con valiosos brazaletes, collares y sortijas para ver a las *belles de la saison* -las *maam sahib* y *missy bibi*- que le honran grandemente al bailar el vals con él; y se está arruinando con las distracciones y los excesos. ¡Todo esto lo hace, no sólo con el consentimiento, sino con la aprobación de su tutor, el Coronel X., que jamás se separa de él, ¡y el Rajá no tiene aún veinte años! ¡Incluso muchachas jóvenes no se avergüenzan de aceptar sus lujosos regalos! Es obvia la clase de administrador que será el rajá de Cooch Bihar. En caso de parúirse la cabeza o de converlirse en un borracho, los benevolentes padres y gobernadores tomarán en sus manos, primero, toda la administración del reino bajo el pretexto de ser los legítimos custodios y, después, *lo anexionarán* secretamente. Todo estará en orden y todas las leyes se habrán observado,

menor de edad. El ejército fue rechazado con grandes pérdidas, según se dice «por el dios Krisna mismo y los pavos sagrados de Sarasvati», de los cuales, veinte mil cayeron sobre el ejército, se agarraron a las cabezas de los soldados y empezaron a picarles despiadadamente en los ojos. Esa vez, los ingleses no pudieron tomar la ciudad por asalto. Pero un mes después volvieron y, (traduzco las palabras de las crónicas de Bliaratpur) «tomando ventaja por el hecho de que en ese momento Krisna se encontraba practicando tapas»⁽¹⁾ ²⁸², o más bien, debido al empuje de su acción, el ejército bloqueó a los ingenieros del Rajá en el camino firme hacia el puente, como ya se dijo antes, y entonces masacraron a unos nueve mil habitantes inocentes, según el testimonio de los cronistas. Después de aquello, los ingleses capturaron al rajá Durjan Sal, que huía con sus mujeres y sus dos hijos, y desterraron, al desgraciado príncipe a Benarés, concediéndole magnánimamente cincuenta libras esterlinas (quinientas rupias) para mantenerse todos los meses. El Rajá murió en 1851, dejando a sus dos hijos y a un número indefinido de nietos. La miserable pensión se dividió entre los hijos y la madre Maharaní. Todos los descendientes de Baldeo Singh han muerto, lo cual ha sido muy ventajoso para el Gobierno.

Ahora me permitiré una breve digresión para adelantarme al relato por un instante, a fin de lograr cierta claridad.

En 1880, durante nuestra estancia en Benarés, tuvimos oportunidad de conocer al único nieto superviviente del Rajá. Los demás habían muerto de hambre. La tarjeta de visita que nos envió decía:

Rao Krisna Deva Surya Singh
Nieto del maharajá de Bharatpur

Rao Krisna demostró ser un hombre joven de excelente educación y aspecto. Lo que es más, inmediatamente recordamos que él fue el héroe de una historia misteriosa, casi improbable, que habíamos escuchado en Bharatpur por boca de nuestros visitantes, y que ahora relataré.

Su padre, el hijo del desterrado Rajá, mientras moría de hambre (la pensión se había anulado convenientemente a raíz de la insurrección de

²⁸² 1 Meditaciones religiosas prescritas para todos los Dioses y hombres; autoinmersión en el Brahmán que reside en el corazón de todo mortal.

1857), había estudiado fotografía y vivía de sacar fotos a los peregrinos en las orillas sagradas del Ganges y en diversos templos. No disponía de medios para pagar la educación de su único hijo y el Gobierno denegó su colaboración. Religioso hasta el fanatismo, una bella tarde -el día del eclipse lunar, fecha muy importante para los hindúes- encontraba ante el templo de su Patrón, Krisna. A pesar de la negligencia que mostró el Avatara de Visnú por la capital del antiguo reino de su padre, nunca dejó de realizar las ofrendas sacrificiales a Krisna. Aquella tarde, los bolsillos y el estómago del desgraciado hijo del Maharajá estaban vacíos. Sentado sobre sus tobillos ante la estatua y tocando el rosario, se quedó dormido de puro pesar. Algunos materialistas y fisiólogos «inteligentes» han expresado la opinión de que las visiones sólo aparecen en los moribundos cuando sus estómagos están bien llenos, pero esta vez hubo una excepción a favor del moribundo. El joven Dios apareció ante él en un sueño y, señalando un espeso árbol en el jardín de la miserable cabaña que ocupaba el Rajá, le dijo: «Cava bajo el árbol cada luna llena y, mientras tengas fe en mí, encontrarás mil rupias de plata cada mes en su lado sur.» Despertando y viendo que esa misma noche era luna llena, el príncipefotógrafo entró en su morada, se annó con una pala y empezó a cavar. Krisna había mantenido su palabra y el joven halló mil rupias. Entonces, rebosante de gratitud, el príncipe hizo el voto de realizar una peregrinación anual con su hijo a un conocido templete cerca de Hardwar, en honor del Dios favorito de las gopis. En la luna llena del siguiente mes, ocurrió lo mismo, bajo el árbol volvieron a aparecer mil rupias. Su único hijo, Rao Krisna (el último nombre había sido añadido al primero por el padre, en reconocimiento al Patrón Divino), sólo tenía ocho o nueve años. Cada mes, el dios KrÍstra colocaba un estuche con mil rupias bajo el árbol, y cada año el padre y el hijo realizaban el peregrinaje al lejano templo, descalzos, bastón en mano y con el hábito de los ascetas indos, es decir, el atuendo ligero y primitivo de Adán.

Y ahora pido al lector que se prepare para la increíble historia a la que voy a hacer alusión. A pesar de su carácter improbable, estas historias son muy comunes entre los 250 millones de habitantes nativos de la India y no tienen nada e antásticas para ellos.

Cuando Rao Krisna hubo alcanzado su decimocuarto cumpleaños, su padre, como era costumbre, le llevó a la peregrinación anual. Aquel año, un violento cólera causó estragos entre los peregrinos, matando a sus víctimas en menos de una hora. Morían como enjambres de moscas a lo

largo del camino. En el claro de un bosque de Deodar, también el joven Rao cayó enfermo. El padre, desesperado y aterrorizado, vio que el chico se estaba muriendo. Otros peregrinos y sannyasines que caminaban con ellos también lo observaron y se dispersaron para no contaminarse por el contacto con el cuerpo en caso de tener que asistirle. Solamente pocos devotos permanecieron allí a cierta distancia. Fueron ellos quienes dieron a conocer por toda la India lo que allí sucedió ante sus ojos.

El joven murió y los gritos de lamento y el desconsolado dolor del padre llenaron el bosque. Imploró a sus camaradas peregrinos que al menos le ayudaran a levantar una pira funeraria para la cremación del cadáver. Finalmente, dos decidieron arriesgarse al contagio y se aproximaron. El muchacho estaba azul y completamente muerto. Todos los ritos prescritos por Manú fueron realizados para él. Pasaron varias horas, la pira estaba a punto y sólo restaba colocar el cadáver sobre ella. De pronto, los peregrinos vieron un nuevo y, para ellos, muy extraño individuo que apareció de no se sabe dónde. Era un viejo asceta de más de cien años. El triple cordón sagrado sobre su hombro indicaba que era un Brahmán y la marca blanca y negra pintada en su frente señalaba que pertenecía a la escuela de la *Vedanta Advaita*(1) ²⁸³. Lentamente y sin apenas levantar sus pies, se aproximó al muerto que yacía a un lado e inclinándose sobre el rostro del difunto, le miró largo tiempo sin tocar el cuerpo. El padre y los demás peregrinos, al ver el triple cordón, no se atrevieron a acercarse, pero observaron la silenciosa escena desde cierta distancia. Además, el anciano padre estaba tan acongojado por el dolor, que quizás no habría prestado atención al hombre si no fuera porque algo muy extraño sucedió. El asceta, hasta ese momento inmóvil, empezó a inclinarse a uno y otro lado y a acercarse al difunto. Dos o tres segundos más tarde los peregrinos vieron al cuerpo decrepito estremecerse y sus piernas ceder... El anciano, cayendo súbitamente al suelo con un golpe, como un saco echado, quedó junto al joven muerto y... en ese instante, este último extendió sus brazos, se incorporó, miró extrañado a su alrededor y, para horror de los peregrinos, les hizo señas con la mano...

²⁸³ 1 La *Advaita* («no-dualista») se opone a la *Dvaita* («dualista»). No reconocen Dioses; únicamente a Parabrahman, la esencia divina universal, que a raíz de su omnipresencia es indistinguible de la esencia del espíritu humano.

Cuando el primer minuto de confusión y de terror hubo pasado, el padre avanzó con gritos de júbilo hacia su hijo resucitado y los demás peregrinos también se acercaron. Al examinar el cuerpo del asceta, vieron que estaba rígido y muerto. Pero lo más extraño de todo fue que parecía como si hubiera muerto hacía varias horas. Su cuerpo mostraba todos los síntomas del cólera: manchas negras, hinchazones y miembros contorsionados. El cuerpo del joven, sin embargo, que parecía haber comenzado a descomponerse hacía poco, estaba exento de todas estas señales que se habían desvanecido sin dejar ningún rastro. Su cuerpo estaba limpio y parecía perfectamente sano. Era como si el viejo y el joven hubieran intercambiado sus organismos...

La enseñanza y la interpretación de esto es la siguiente: todo en el mundo es *maya*, ilusión, y no deberíamos creer ni siquiera a la muerte. Los indos están convencidos por completo del secreto poder de los *mantrams* y *mantrikas* («oraciones de exorcismo») y también de la habilidad de los Adeptos de las Ciencias Ocultas para ocupar, en caso necesario y sin ceremonia, los cuerpos de otras personas durante el sueño profundo, enfermedad, o incluso, muerte de los mismos. Así pues, ellos explican el incidente con Rao Krisna como que el anciano asceta estaba cansado de morar en su propio cuerpo decrepito y deleznable. Aparte, probablemente, fue movido por la desesperación del padre afligido. Por esta doble razón, tras asegurarse de que el chico había muerto, el venerable asceta recitó un mantram, salió de su propia piel y entró en el cuerpo del difunto que, con ello, revivió. Así, «todos ganaron, ambas partes fueron satisfechas y nadie salió perdiendo».

-¿Qué quiere decir con que nadie salió perdiendo? -preguntamos a los narradores-. ¡ El chico mantuvo un cuerpo vivo o, más bien, el viejo decrepito obtuvo para sí mismo uno nuevo; pero seguro que Rao Krisna perdió su personalidad espiritual, la individualidad de su alma inmortal!

-Un razonamiento muy equivocado -nos contestaron los vedantinos, tal como harían otras veces en el futuro-. La creencia en la individualidad de nuestro espíritu y en su propia identidad personal es, de todas las ilusiones, la más fuerte y peligrosa. Nosotros la consideramos una terrible *herejía*. El espíritu inmortal en el hombre no está separado del Espíritu Universal.

-Entonces, según ustedes, ¿Parabrahman también mora en mí? -les pregunté-.

-No es que Él sea en usted, por así decirlo, sino que usted es en Él, que tiene existencia eterna, y su espíritu (*Atman*) no es de ninguna manera diferente del espíritu de otro ser humano... Pero el alma, el asiento de su propia inteligencia personal es, por supuesto, suya.

-Gracias por todo esto... ¿Pero no viene a ser la misma cosa?

-¡Naturalmente que no! Pues el alma (*Manas(I)* ²⁸⁴o alma vital) no puede ser inmortal como lo es el espíritu. El espíritu es parte del divino e increado Parabrahman, sin principio ni fin, pero la mente, teniendo principio, debe también tener un final. *Manas* nace, se desarrolla y muere; por ello, no puede ser inmortal. Por ejemplo, recoja con sus manos algunas gotas de agua del océano, apriételas en la palma de su mano, y pida a otra persona que haga lo mismo. Unas manos serán completamente distintas de las otras; unas serán blancas, otras oscuras; ninguna de ellas es inmortal, pues tarde o temprano se convertirán en polvo, mientras que el agua en las palmas, proviniendo del único, ¡limitado e infinito océano, la personificación de Parabrahman, en nuestro caso, deberá retomar en uno u otro aspecto a su fuente primaria, al único *Paramatman* (el Alma Universal Suprema)... ¿Lo comprende?

-No comprendo nada, aunque esto no significa mucho. Crean lo que tengan por verdadero, pero yo necesito detenerme un momento.

Esto fue lo que nos enseñaron nuestros teósofos hindúes, como explicación de la historia que se había narrado. Sin embargo, era la enseñanza de los vedantinos que se basan en Sankharacharya, el más grande adepto y yogui de la India meridional. Los dvaitas, visishtadvaitas y brahmanes rechazan lo antes expuesto y creen en una personalidad divina, *Ishvara*, distinta del alma humana.

²⁸⁴ «*El Manas* de la literatura esoterista no debe confundirse con el de la filosofía Sankhya. Literalmente, significa «mente», la facultad mental que hace del hombre un ser inteligente y moral y le distingue del simple bruto. Esotéricamente, sin embargo, cuando no está especificado, significa el Ego superior, o sea el principio senciente, que se reencarna en el hombre.» H. P. Blavatsky, *Glosario Teosófico*. (N. del E.)

En aquel tiempo, en nuestros primeros viajes, todavía no estábamos familiarizados con esta doctrina, ni con el suceso, ni tampoco con su héroe, que es el primero en negar su veracidad, aunque recuerda bien su llamada «muerte». Por ello, reaccionamos con mucha cautela ante la historia, causando con ello una gran ofensa a nuestros amigos.

-Eso es, sin duda alguna, libre-pensamiento -nos reprocharon en coro-. Tales *hechos* son conocidos por toda la India, y ha habido muchos, muchos casos igualmente *históricos*. El gran Sankharacharya mismo, el expositor de la *Vedanta*, habitó varias veces durante su vida en los cuerpos de rajás, a fin de corregir sus errores y ayudar a la gente. Recuerden su diálogo con la diosa Sarasvati.

Para confirmar la veracidad del suceso narrado, nos contaron lo siguiente de la biografía del gran *acharya* («instructor»).

En el *Sankharadigvijaya de Madhava (VIII, 34)*, hay una historia sobre cómo ganó en astucia a Sarasvati, la Diosa de las Ciencias Ocultas y de la Sabiduría. Cierta vez, bajo la forma de una simple morial, la Diosa entró en una discusión académica con Sankharacharya. Ella quiso demostrarle que había cosas en el mundo que ni siquiera él conocía. Después de recibir respuestas satisfactorias a preguntas de las más variadas temáticas, de repente Sarasvati, le dejó perplejo al demandar una definición de la *ciencia del amor*, de la cual Sankharacharya, asceta y yogui desde los ocho años, evidentemente, nada podía saber. Entonces, para no quedar derrotado ante la examinadora, el asceta pidió una prórroga de un mes. La Diosa, convencida de que ningún sannyasin dedicado al celibato y a la castidad estaba en posición de contestar a sus preguntas, aceptó la prórroga y celebró su victoria con antelación. Pero el gran comentador de los *Upanishads*(1) ²⁸⁵se sirvió de la ayuda del *Jñana Kanda*. Este *Kanda* es

²⁸⁵1 *Los Upanishads*, la tercera subdivisión de los *Vedas*, son también llamados *Rahasya* o doctrina mística. Es imprescindible poseer la clave del significado secreto para poder entender a la perfección estas concepciones metafísicas de la mente del hombre. Como señala correctamente el profesor Monier-Williams, los *Upanishads* son la única escuela religiosa en que se apoyan los pensadores más profundos de la India. Son los libros sagrados de todos los nativos cultos. Los Comentarios

la ciencia secreta o comprensión correcta de los *Vedas*, algo accesible sólo a unos pocos elegidos (*los rajá yoguis*), mientras que *Karma Kanda* es la enseñanza de los *Vedas* accesible a la ignorante mayoría, incapaz de recibir la verdad de otra forma que no sea a través del ritualismo exterior y del crudo culto de la forma y de la letra muerta. Así, con la ayuda del *jñana Kanda*, Sankharacharya lograría vencer la batalla. Marchó inmediatamente con sus discípulos hacia el este de Arnritapura, donde el rajá Amaraka acababa de morir y, tras mezclarse con la muchedumbre de coriesanos apesadumbrados, se decidió por el camino de acción más práctico en aquella circunstancia. Uno sólo tenía que ver el hermoso cuerpo del difunto y constatar la desesperación de sus noventa y nueve esposas, para convencerse de que el Rajá había sido un maestro en la *ciencia del amor*. Después de encargar a sus discípulos del cuidado de su propio cuerpo, pues iba a ser abandonado temporalmente, Sankharacharya (o más bien su alma) se deslizó de sus «envolturas» y entró en las *envolturas sin vida del Rajá*. La ilusión de resurrección fue completa. En un mes, Sankharacharya aprendió la «ciencia del amor» a la perfección, y no sólo la aprendió, sino que escribió un excelente tratado sobre el tema en dos partes. En la primera parte, describe al amor con los más brillantes colores y elogia la atracción de esta ilusión en *slokas* («versos») tan ardientes como eruditos; en la segunda parte, todos los argumentos, toda la brillante sofistería de la primera, son demolidos y reducidos a polvo por el autor. Aniquila los argumentos de su primera disertación y señala al amargo fruto nacido de la atrayente flor del insidioso «árbol del amor». Bajo el sabio reinado del rajá Sankhara en las «envolturas» del rajá Amaraka, el pueblo fue dichoso; sin embargo, los astutos brahmanes, conocedores del *Jñana Kanda*, sospechaban la verdad y pretendían aprovecharse el máximo tiempo posible del gobierno de un hombre tan sabio y, recurrieron a la argucia. Con el fin de impedir regresar a su propio cuerpo a aquel que se había posesionado del cuerpo del difunto y aparentemente resucitado Rey, decretaron un edicto secreto ordenando la inmediata *cremación* de todo cuerpo muerto que se hallara en su país. De esta manera, actuando sin el conocimiento del Rey, pensaron que el cuerpo desconocido del adepto, del *rajá yogui* que temporalmente habitaba en el cuerpo del anterior Rajá bello, pero estúpido, perecería también. Las «envolturas» de Sankharacharya -aunque protegidas fielmente por sus discípulos- fueron

a los *upanishads* de Sankharacharya son la piedra fundamental de la *Vedanta* (es decir, la «corona o cúspide de toda sabiduría terrena»).

encontradas, y el cuerpo fue tirado en la pira funeraria que se había preparado. Empero, gracias al *Yoga Vidya*, Sankharacharya notó que algo andaba mal con sus verdaderas «envolturas», e inmediatamente percibió que pretendían obligarle a permanecer en el cuerpo del Rajá. Así que, sin dilación, salió del *kosha*(1) ²⁸⁶que no le pertenecía y dejando la cáscara vacía del Rajá a su suerte inevitable, volvió a su propio cuerpo, que halló rodeado ya por las llamas. Sólo gracias a la invisible cola de malla, por decirlo así, hecha de material incombustible, aunque invisible, no fue consumido. Al volver a Benarés, causó asombro incluso a la Diosa de la Sabiduría Oculta, Sarasvati, con su profundo conocimiento acerca de la «ciencia del amor». Ella se reconoció vencida y declaró gran *Rishi* («sabio y santo») a Sankharacharya.

Es comprensible que, cuando todos los *Shastras* y *Puranas* (sus antiguas tradiciones) más sagrados de los indos, e incluso los *Upanishads* que los brahmanes consideran una revelación divina, están llenos de tales historias acerca del alma que abandona un cuerpo para entrar en otro, sería injusto acusar a los hindúes, por muy cultos que sean, de superstición. La creencia en tales milagros es natural y sagrada, y cité este episodio de la vida de Sankharacharya, reconocido por los orientales como uno de los más destacados filósofos de la India, como un ejemplo que justifica la creencia nacional inda en lo que *nosotros* consideramos como una estúpida superstición. Aquí es fácil ofender a cada paso los sentimientos religiosos de indos y rajputs. Su sagrado pipal, refugio de las almas puras, sucumbe diariamente bajo el hacha de los plantadores ingleses; el pavo, ave consagrada a Krisna, es abatido ante los nativos, con la misma indiferencia fría que si se tratara de un cuervo. El inglés no comprende, ni quiere comprender, que con cada hachazo y con cada bala, deja una marca en el corazón del devoto hindú, que a cada hora abre más y más el abismo de odio, excavado con sus propias manos, en el alma del indefenso nativo. Hasta qué punto se dan cuenta de ésto los ingleses, se advierte fácilmente en sus mismas afirmaciones:

«Es antifilosófico e ignorante tratar injuriosamente tales prejuicios; prejuicios que están más allá de lo razonable. Es impio quien no los respeta. Es un patán quien no trata por todos los medios de evitar esas

²⁸⁶1 Kosha («envoltura») es un término usado por los vedantinos cuando hablan del cuerpo físico.

ofensas fruto de la ignorancia o de la liviandad. Es un abuso de nuestra fuerza y una explotación egoísta de su debilidad. Recordemos a los que son guardianes de estos templos de Baal, su pipal y su ave sagrada (el pavo); los hijos de Surya y de Chandra [el Sol y la Luna] y los descendientes de los sabios de antaño, que llenan las filas de nuestro ejército y son atentos, aunque silenciosos, observadores de todas nuestras acciones: ¡los más respetuosos, más fidedignos y más obedientes de la Humanidad! Mantengámosles en el deber, obediencia y respeto, teniendo consideración para sus prejuicios y calmando su orgullo... Plantéense los desprejuiciados si su felicidad ha aumentado en proporción a las conquistas que han logrado para nosotros(1)²⁸⁷ o si ha evolucionado en

²⁸⁷1 Por extraña que pueda sonar semejante admisión, es o será un hecho: «los conquistadores de la India» no son los ingleses, sino los indos. Recientemente, los bengalíes, llegados a la desesperada rabia como resultado de los intolerables insultos diarios en obras y en palabras, publicaron un panfleto dirigido al diario *Englishman* de Calcuta, donde impugnaron, punto por punto, la *imaginaria* conquista de la India por los ingleses, llamándola «farol», demostrándolo todo con informes oficiales y comunicados entre el gobierno anglo-indo y la *Foreign Office*. El panfleto se difundió bajo el título: *Nuestros conquistadores ¿quiénes son?* Refutando la escandalosa aserción de que «perienecemos a la raza superior de conquistadores y no permitiremos al Gobierno que nos subordine a la jurisdicción de gente que perienece a la *inferior*», el autor del panfleto dice: «A este ruidoso *vae victis* que ha zumbado en nuestros oídos desde el primer día de resistencia al Ilbert Bill, repetimos de nuevo y para siempre: ¡no conquistásteis a la India, ni tampoco lo hicieron soldados europeos, sino nuestros cipayos, lo hicieron los indos, y os desafiamos en cuanto nación, a rebatir ésto si podéis!» Además, el autor enumera todos los lugares conquistados por los indos para Inglaterra, desde Plassey hasta la última revuelta cuando Inglaterra fue salvada por los sikhs. Recuerdo de los anglo-indos las palabras de numerosos generales, palabras que han sido publicadas y pertenecen ahora a la Historia. Así, lord Macaulay compara la lealtad de los cipayos a lord Clive con la de la X Legión a Julio César, y con la de la Vieja Guardia a Napoleón; el autor también repite la comparación hecha por el mismo historiador, entre los cipayos indos y los soldados de Mauricio de Sajonia, y las palabras de Comwallis reprochando a los soldados ingleses y alabando a los indos: «una brigada de nuestros

razón inversa a esta prosperidad... Para el bien del gobernador y del gobernado, sea esto rectificado. Declaro con extrema solemnidad, que con estas observaciones no tengo otra cosa en el corazón que la felicidad de todos. Amé al servicio, amé al soldado nativo. He constatado, con admiración, cómo actúa, cuando en 1817, treinta y dos fieles tiradores de mi guardia atacaron, rechazaron y dispersaron a un grupo de 1500 hombres, aniquilando tres veces su número...

¿Qué nos dicen las Termópilas de la India, Corygaum? ¡ 500 tiradores contra 20 000! ¿Recuerdan los anales de Napoleón una hazaña más brillante? ... »(1)²⁸⁸

Bien; han recibido y están recibiendo cada día las gracias de 60 000 anglo-indos, encabezados por todos los periódicos ingleses de la India, en particular el *Englishman*. En 1857, ofensas e insultos diarios provocaron el motín de los cipayos. ¡En el momento actual, en 1883, una revuelta de babús bengalíes ha estallado, y día a día cobra mayor fuerza! Sin embargo, las consecuencias del primer encuentro de plantadores y vendedores anglo-indos en la Calcuta City Hall, después de que conocieran el llamado *Ilbert Bill*, no se limitaron sólo a escaramuzas generalizadas y controversias inocentes. El deseo legal y meritorio de lord Ripon -apodado «babú Ripon»- de hacer justicia a los nativos -garantizándoles por fin a sus jueces profesionales al servicio de la Corona derechos iguales a los de los ingleses- levantó una tormenta inaudita, inesperada para todos, por parte de los *no-civiles*, es decir, los mencionados plantadores y especuladores que no se encontraban en las filas de los servicios civiles o militares; y los funcionarios civiles y también los militares les siguieron, algunos en secreto, otros incluso abiertamente. Se lanzaron tales insultos y tal ridículo sobre los inocentes babús, que uno tenía que ser un *indo*, y tener la paciencia del más manso de los mulos, para tragar eso todos los días a todas horas sin casi responder y, al mismo tiempo, mantener una actitud

cipayos podría hacer fácilmente a cualquiera Emperador del Indostán-, etc. (Ver Kaye, Lives of Indian Officers, C. «Life of Cornwallis»).

El Acta Negra que restringe la libertad de prensa ha sido revocada y los ingleses, nolens volens, han tragado una amarga verdad.

²⁸⁸ 1 Coronel Tod, *Annals and Antiquities of Rajasthan, vol. I, pp. 74-75.*)

sólo defensiva. Pero el huracán cobró fuerza. Empezó por extenderse desde Calcuta hacia todas las ciudades y aldeas de Bengala, de forma que actualmente no hay ni un sólo lugar en que no resuene el eco del llanto de los ultrajados babús. La cuestión ya ha llegado hasta el Parlamento. Bajo el seudónimo «Chai-Chi-Chfu», apareció en el periódico *The Englishman* algo que se parecía a un anuncio: «Se necesitan numerosos porteadores de agua, basureros, cocheros, *limpiadores de mataderos*, etc., para varias familias eurasiáticas. Sólo se contratarán babús bengalíes. Los anunciantes prefieren inspectores, jueces y letrados de la Corona retirados»; y seguía en el mismo tono. Con esto, la furia de los desesperados babús y, de hecho, de toda la nación, alcanzó sus límites; entonces, afrentas similares aparecieron como réplicas. En el Parlamento, O'Connell -uno de los líderes del partido irlandés- llamó la atención de la Cámara sobre este «inmerecido insulto». El subsecretario, el señor Cross, replicó que había leído el libelo deshonroso», y ya había dado instrucciones al Gobierno anglo-indo, por lo que el *Englishman* sería llevado a juicio con toda probabilidad, por incitar el antagonismo racial entre pueblos ya mutuamente hostiles. Mientr-as, después de hervir su potaje, el pobre «babú» Ripon no sabía qué hacer. Esta sugestión carente de acciones hizo inflamar aún más a nuestros babús. Las publicaciones diarias, semanales y mensuales se llenaron con este lema durante más de tres meses. El desafortunado rajá Siva Prasada, que se atrevió a decir algunas palabras en contra del *Bill* en el Consejo del Virreino, fue quemado y sigue quemándose, en efigie por supuesto, en todas las ciudades de la India. Por todas partes se ven mítines «monstruo», protestas, proclamas y encendidos discursos. La India está llena de quejidos y rumores. La prensa nativa, por primera vez desde que existe, se ha levantado como un solo hombre, y en el campo anglo-indo las *maam sahibs* y *missy bibis* amazónicas han ido a socorrer a sus esposos y hermanos. En respuesta a la petición *contra* el *Ilbert Bill*, encarnada por la «carria de las ladies a la Reina» con seis mil firmas obtenidas por solicitud del bello sexo (bello pero de muy mal genio), las mujeres nativas replicaron en una «proclama» a Su Majestad *en favor* del *Ilbert Bill* con 300 000 firmas y al mismo tiempo protestaron contra la serie sistemática de insultos a los súbditos de Su Majestad.

Sin embargo, todo esto se refiere a la cuestión del *Bill*. A la vez que culminaba este asunto, tuvo lugar de repente algo mucho peor, de lo que todos nuestros lectores ya se habrán informado por los periódicos. Este asunto parece todavía más seno, y solamente la Providencia sabe cómo terminará. Moscú ardió por una vela de un penique; por una vieja estatua

de piedra, un *Salagrama*, los corazones de todos los indos, tanto creyentes como incrédulos, arden con inextinguible odio hacia los ingleses. Este insulto es, a pesar de todo, no político sino puramente religioso e, incluso, hasta los *nastikas* incrédulos como nuestro babú, se han irritado. «No se trata de la estatua -dicen-, sino de la afrenta a toda una nación.» El señor Norris, juez del Tribunal Superior, ordenó durante el proceso sobre la adjudicación de la posesión del antes mencionado ídolo, que éste fuera llevado a la sala judicial con el consentimiento de ambas partes, según nos explica ahora. Pero a los ojos de toda la nación esa acción fue inaudita e intolerable. Los periódicos nativos dividieron su atención entre el *Bill* y el ídolo. Todos los panditas, brahmanes y shastris(1) ²⁸⁹se levantaron. Al mismo tiempo que, también se levantaba, amenazador, un ejército de yoguis, sannyasines y toda la hermandad de monjes y de mendicantes. El Gobierno se alarimó seriamente. Pero si, según el dicho, un inglés siempre sale impune, entonces el anglo-indo «debe tener sin duda, al propio diablo por criada». Las cosas se tranquilizaron, después de una promesa de no repetir similares ofensas, durante un par de días cuando, repentina e inesperadamente, el trueno retumbó por tercera vez. El editor del diario *Bengalí*, se explicaba, ofendió al Tribunal Supremo, al imprimir una censura de la actuación del juez Norriís, declarando que, según la ley, no tenía derecho a requerir a la venerada estatua y a profanar la reliquia sagrada. Norris se ofendió en nombre de la «majestad e inviolabilidad de la Cone», como aseguraron los periódicos anglo-indos, y «pretendía vengarse de la India en la persona de un nativo culto e influyente», según los nativos progresistas, que aquí y allá sacaron a la luz la actuación del juez, como lo hicieron cuando, en el encuentro contra el *Bill*, arrojó su sombrero e increpó a los nativos. El editor, babú Surendro Nath Bannerji, fue condenado a dos meses de prisión. Lo que sucedió entonces es complicado de relatar. En menos de veinticuatro horas, el babú se convirtió en el héroe de la India entera. «Es un mártir de nuestra Madre india; sufre por todo el pueblo y por *la cobardía de todos los demás*», etc. Las condolencias se reciben desde todos los pueblos de la india y se recolectan grandes sumas para «el mártin». Se están recogiendo *millones* de firmas para una petición que se va a presentar ante el Parlamento, y numerosos abogados y vocales ya se han trasladado a Londres...

²⁸⁹1 Brahmanes eruditos que conocen *de memoria* todos los *Shastras*, *Puranas* y *Vedas*.

¿Cómo terminará todo esto? Grande será el político -¿o debería decir profeta? - que pueda levantar la cortina que oculta el futuro este caso. Todo depende del corazón de la India, Calcuta. Aunque pueda ser vergonzoso y triste marcar a toda una nación de sesenta millones con un simple trazo de pluma, la verdad me impele a decir francamente que, en general, los babús bengalíes no son tratados en absoluto como hombres, sino como si fueran un sabroso pastel hecho con manteca de coco. La levadura se ha levantado y actuará determinado tiempo, pero se hundirá de nuevo y fermentará durante otro siglo...

Pero, ¡Dios!, ¿dónde me encuentro? Por lejanos horizontes me he perdido. Es difícil, el escribir sobre el pasado y no referirse al presente, particularmente cuando el tema concierne a un pueblo colmado de excelentes cualidades, con un corazón tan delicado como el de un bebé y con una cabeza de sabio, pero también tan malcriado como un niño, no por la indulgencia, sino por las crueles palizas de una madrastra no deseada y no amada... Ahora tendré que volver a las supersticiones de este pueblo extraño y completamente excepcional.

Apenas es posible relatar -aunque sólo sean algunas- las historias contadas por el maestro de escuela y por el jat, acerca de la habilidad del *Ego* espiritual del indio para recibir y enviar visitas mutuas y acomodarse en los cuerpos de otros. Necesitarla un libro especial con un suplemento de cuentos seleccionados del *Barón de Münchhausen*. De todos modos, habiendo sido amamantada durante cuatro años con similares narraciones, con indicaciones sobre los *hechos* en cada una, es decir, *de otras personas habitadas por las almas de los vivos (sic)*, quizás no sea yo sino mi *envoltura* europea, quien escribe estas notas irreverentes. A veces, mi mente se atorbellina y embarulla las cosas e, incluso, confundo y no parezco reconocer mi propia personalidad. Ante tales narraciones extraordinarias, no estaba preparada para discernir dentro de mí que era en verdad yo misma y no (como en uno de los cuentos de Mark Twain) mi propia hermana gemela que se ahogó junto a mí en la bañera... Así que estábamos sentados en la terraza desde las ocho de la tarde hasta bastante entrada la medianoche, escuchando un relato tras otro, cada uno más extraordinario que el precedente.

Finalmente, nuestros huéspedes pidieron permiso para marcharse. Sólo entonces nos dimos cuenta de que era culpa nuestra su larga visita:

¡habíamos olvidado invitarles a dejarnos! En la India, si el anfitrión no se ocupa de dar la despedida a sus invitados a tiempo (los europeos, con la frase «Espero verle de nuevo pronto» y los nativos, ofreciendo betel para masticar, después de rociar a los invitados con agua de rosas), los visitantes se quedarían toda la noche por cortesía. Este es un deber muy ingrato, y al principio nos embarazó terriblemente. Ahora nos hemos habituado e incluso encontramos muy práctica esta costumbre, sobre todo porque aquí este delicado problema no requiere para nada de la «sopa de pescado de Demián».⁽¹⁾ ²⁹⁰Al contrario, los propios huéspedes traen obsequios en forma de frutas, dulces y flores, y se marchan sin mirar hacia atrás si se les ofreciese algo. Las rígidas reglas del inexorable sistema de castas no les permiten tocar siquiera un vaso de agua. Si se ha ofrecido agua a un europeo en la casa de un indio, el vaso u otra vasija empleada, es enseguida roto en pedazos como si estuviera maldito para siempre. Los europeos corteses, se encargan ellos mismos de romper sus vasos.

Los invitados ya se disponían a marchar, cuando el Coronel, ferviente y tenaz discutidor como auténtico yanqui que era, confió sonriente al jat y al maestro de escuela lo siguiente:

-Gracias por su visita y por la información recibida. Sin embargo, y perdónenme, de alguna forma me cuesta creer que el alma de un ser vivo pueda posesionarse del cuerpo de otro cuando le plazca.

-No afirmamos que eso lo pueda llevar a cabo cualquier alma, sino sólo el *mayavi rupa* («cuerpo de ilusión», *périsprit*) de un yogui iniciado.

-Creo firmemente en su fuerza y secreto poder -interrumpió el Coronel, ahora más serio-. Lo creo, porque me convencí yo mismo de todo ello al llegar a la India. ¡Pero que el alma (aunque sea la del más poderoso adepto y él sea tan sabio como Salomón) pueda a voluntad ocupar otro cuerpo, eso no lo puedo creer! ¡Así los convierte en simples hombres-lobo!... De

²⁹⁰ 1 Referencia a la fábula del escritor ruso Krilov, en la que un anfitrión en exceso solícito y hospitalario, Demián, infla a su invitado con sopa de pescado hasta el punto en que, este último coje su cinto y su sombrero y se marcha apresuradamente a su casa, para no volver jamás a la de Demián. (N. del E.)

esa forma, según ustedes, cualquier *yogui* podría ser capaz de transformarse en cocodrilo, gato o rana, como en las historias de nuestros Pielas Rojas... ¡Eso es diabólico!

-No discuta, Coronel -dijo Nar-ayana, que hasta ese momento había permanecido en silencio-. No discuta, pues no puede saber hasta dónde alcanzan sus *poderes*, y...

-¡Pero todo tiene un límite! -irrumpió nuestro Presidente con voz ligeramente enojada-. Y bueno, por ejemplo, tomemos al Thakur... Yo creo en su ciencia, profunda sabiduría y poder psíquico, como creo en mi propia existencia... ¿Pero debo por ello creer que aprovechándose del cuerpo de una rata muerta, vaya también a esconderse en él? ¡Bah, qué repugnante!

Incluso ensartó lo que, por algún motivo, me hizo recordar a Mr. W. y su discusión con el Thakur en las orillas del lago.

-Sólo los *jadugars*, los hechiceros, los *dugpas* y chamanes tibetanos, entran en ratas y tigres -exclamó Narayana, casi enfadado, con los ojos centelleantes-. El gran *saab* nunca condescendería a eso, pero si él lo quisiera, naturalmente que...

El poderoso sonido de potentes alas a dos pasos de nosotros, interrumpió de pronto a Narayana antes de que terminara. Se estremeció y fijó su asombrada mirada en un rincón de la terraza. Un magnífico pavo, quizás despertado por las fuertes voces de los disputadores, voló desde el tejado para aterrizar estruendosamente sobre el suelo delante de Narayana, abriendo con orgullo su exuberante cola como un abanico...

El Coronel rompió en carcajadas.

-¿Entonces, ahora pensará sin duda, mi pobre Narayana, que nuestro Thakur está en este ave? ¡Acaso se propone convencerse y convencernos de que Gulab Lal Singh se ha transformado a propósito en un pavo con la intención de detener la indiscreta divulgación de su poder! ¡Ja, ja, ja!...

Nuestro Presidente se desdoblaba en carcajadas, pero Narayana ni siquiera sonrió. Para mayor asombro pudimos observar que incluso el

babú permaneció serio. Los demás adoptaron un aire de indiferencia y desenfado que evidentemente no sentían. Sólo el corpulento maestro resopló y mostró una afectada sonrisa, después de tratar durante varios minutos de introducir una palabra. Por fin, logró aprovechar el momentáneo silencio y tosió significativamente.

-El Coronel saab no cree en nuestras historias sobre la transmigración de las almas de un cuerpo vivo a otro y, sin embargo, delante de él tenemos, por así decirlo y si debemos creer a toda la India, a un vivo ejemplo -dijo con fuerza-. Pregunten a quien quieran, todos responderán que en el *joven Thakur*, Gulab Lal Singh, habita el alma del viejo señor Thakur, su abuelo, y que él...

El Coronel y yo levantamos nuestras orejas y escuchamos, tratando de no dejar escapar la menor palabra. Yo incluso dejé de respirar...

-¡Termine! -exclamó impaciente nuestro Presidente al repentinamente silencioso maestro que aparentaba estar considerando algo-

... Que el Thakur, durante su vida...

Pero parecía ser que no estábamos destinados a escuchar el final de este interesante fragmento de información. De repente, en el tejado sobre nuestras cabezas, se escucharon los gluguteos emitidos por unas pavas y algo cayó a los pies del maestro, una vez más resonando y golpeando el suelo de piedra con un sonido hueco. En la penumbra y antes de que pudiéramos examinar el aspecto de este nuevo fenómeno, el pedagogo obeso saltó sobre su silla con la elasticidad de una pelota de goma, **rompiéndola en partes** y casi dañándose a sí mismo con ella. Aterrizando de algún modo sobre sus pies, brincó a un lado y con atemorizado falsete gritó con toda su voz:

- ¡Una cobra, una cobra, cuidado con la cobra!

Nuestro pequeño babú, que tampoco tenía gran fe en las *Leyes de Manú*, que prohíben la matanza de cualquier criatura viva, incluyendo tigres y chinches, así como a los hombres-lobo, se lanzó con la velocidad de un mono en ayuda de su paisano. Ayudado por un fino bastón de bambú, con una mano apresó a la serpiente por su cola -quizás más asustada que nosotros- y con la otra, armado con el bastón, le rompió la espina dorsal;

entonces, pisando la cabeza con sus pesadas botas, terminó con ella a golpes. Encontramos un huevo de pavo en la boca de la desagradable criatura, lo cual nos explicó la visita del pavo-hombre-lobo y la aparición de la cobra. Con la boca llena con un huevo que no podía tragar y quizás indefensa ante las pavas atacantes, la cobra cayó del techo de puro miedo.

Nos reímos un poco de la superstición de Narayana y Mulji y, diciendo adiós a los huéspedes, entramos a nuestro comedor. Durante nuestra ausencia y, quizás esperando cobrar algunos *bakhshish* a la mañana siguiente, cosa que incluso los sirvientes imperiales hacen, el servicio doméstico de la «corie» había tr-atado de ordenar las habitaciones. Su principal logro en el zafarrancho consistió en cubrir la mesa de billar con una vieja manta de cretona llena de agujeros y en distribuir las pinturas de Dell---ii a lo largo de las mesas y ventanas. Una pintura nos atrajo particular, mente la vista. Había sido colocada sobre una mesa, por debajo de un espejo que se hallaba frente a la entrada. Nuestro estimado Presidente caminó hacia ella de forma mecánica y, levantando sus anteojos hasta su frente, empezó a examinar, con la luz de una gran lámpara que estaba sobre la mesa, las numerosas figuras del cuadro que representaba a un *durbar*. Mientras esperaba que terminara su inspección, me senté sobre la mesa muy cansada y bostezando.

Todo en derredor estaba en quietud. Bharatpur dormía, nuestros compañeros nos habían dejado y los pavos del tejado también se habían dormido, habiéndose tranquilizado después de la excitación. Sólo nosotros no dormíamos, y Narayana estaba todavía sentado en los escalones de la terraza con la cabeza inclinada. Jamás se retiraba antes que nosotros y estaba obedientemente a nuestro servicio a cualquier hora del día o de la noche. Si esto lo hacía como resultado de los deseos del Thakur o pcur su propia buena voluntad, nunca lo supimos. Pero desde el primer día de nuestra salida de Bombay, sólo cuando se oía el fuerte ronquido de nuestro sano jefe desde la habitación o tienda, Narayana se acostaba en el dintel de la pueria de mi dormitorio y no se movía de allí hasta la mañana. ¡Qué pueblo tan aforiunado es el de los indos a este respecto! Se adaptan a todo lugar, desde las laderas de los Himalayas hasta la tierra roja y caliente de las planicies del Indostán. El más rico rajá no dormida por nada en una cama; un trozo de suelo... y la cama estaba hecha. El clima no significa

nada para ellos. Un *dhoti*(1) ²⁹¹de muselina y una camisa, piernas, pies y un pecho desnudos, éste es su atuendo en todas las estaciones y climas. Los indos -bengalíes y padrasis- que llegaron conmigo a Darjeling en octubre del año pasado, vestían lo mismo sin añadir ni quitar una sola pieza a su vestido tanto en las abrasadoras orillas del Hugli en Calcuta, como en Sikkim, donde me helaba del frío y de la humedad y temblaba bajo las mantas y abrigos de piel. A más de 3000 metros sobre el nivel del mar, o simplemente a pocos centímetros sobre el mismo, (2) ²⁹²ésto no supone ninguna diferencia, y se bañaban dos veces al día en las corrientes heladas de las montañas con el mismo placer con que lo hacían en el agua caldeada de sus estanques sagrados en las planicies de Bengala. Jamás enfermaban ni siquiera se constipaban. En contestación a mi pregunta pidiendo una explicación de esta secreta invulnerabilidad, rieron, asegurándome que era muy simple: «Ustedes, los saabs blancos, lavan sus cuerpos con jabón y los frotan con toda clase de esencias venenosas, mientras que desde el primer día de nuestro nacimiento, nuestras madres nos friccionan con aceite de coco después del baño, y nosotros repetimos este procedimiento cada mañana durante el resto de nuestra vida. Cada poro de nuestro cuerpo es impregnado y llenado con una sustancia que no admite ni la humedad ni el frío dentro del organismo ... » Juzguen los fisiólogos y alópatas si este punto de vista es correcto o erróneo. Los últimos dirán probablemente que se trata de una costumbre inocua, que el aceite bloquea la transpiración natural, etc. Quizás sea así, pero nuestras delicadas *grandes darnes* envidiarían la piel (si no el color) del más inferior coolie o de la más vulgar de las mujeres de la India. Su piel es más suave y fina que cualquier raso o terciopelo y además, como es obvio, no es afectada por el frío, como la nuestra.

De repente, varios gallos empezaron a cantar desde alguna parte.

-Vaya a dormir, Narayana -dije, girándome hacia el inaliratti sentado en los escalones-. Escuche, los gallos de los jats ya han empezado a cantar.

²⁹¹ 1 Un *dhoti* es una pieza de muselina de entre 2,5 y 3,5 m. de largo que hace las veces de calzón en los hombres y de falda en las mujeres.

²⁹² 2 El lugar más elevado de Calcuta -Clive Street- no llega a los treinta metros de altura por encima del nivel del mar cuando es marea baja.

¡Usted también Coronel! Está haciendo que Narayana no se retire -añadí, incorporándome-. ¡Buenas noches, saabs!...

No hubo ninguna respuesta a mi amable despedida y me volví, sorprendida, hacia el Coronel. Se hallaba en el mismo lugar, sujetando una pintura en sus manos, con su espalda girada a medias hacia mí, y estaba tan absorto en la contemplación del *darbar* que, inclinado sobre la lámpara, no se daba cuenta de que su calvicie era lo único que lo salvaba de que inevitablemente se le quemara el pelo.

-¿Qué le sucede, Coronel? -pregunté de nuevo-. ¿Se ha dormido sobre la lámpara? ¡Cielos! ¡Por qué no contesta! ¿Qué le sucede?

Enseguida fui hacia él, realmente preocupada. Pensamientos de «envolturas», «hombres-lobo» y otras maravillas de la India cruzaban por mi mente.

Observando su rostro, me aterroricé todavía más. *Rojo* como un cangrejo hervido, con puntos blancos en su cara, de la cual caían grandes gotas de transpiración, se encontraba allí, a la manera de una estatua terrorífica. En sus *ojos*, totalmente abiertos, el miedo, la fascinación y una especie de confusión desesperada, se evidenciaban de forma manifiesta. Me di cuenta de que sujetaba la pintura hacia abajo y que su mirada aterrorizada se dirigía a la parte trasera de la misma.

-¿Qué está mirando en el reverso de esa tela que es tan terrible? -continué preguntando, sacudiéndole el brazo con todas mis fuerzas-. ¡Al menos, diga alguna palabra!

Mi esúmado Presidente expresó algo de la naturaleza de un débil rugido y señalaba con un dedo de su mano izquierda la inscripción en oro en lengua urdú. Como no estaba familiarizada con los signos de este dialecto, no comprendí nada.

-¿Qué hay escrito allí? ¡Dígame!

En vez de una respuesta directa, musitó con débil voz:

-¡Narayana, Narayana, venga aquí!

En un segundo, nuestro fiel compañero de viaje se encontraba a nuestro lado y le miraba con idéntica sorpresa a la mía.

-No entiendo muy bien estas letras... Puedo equivocarme... Léelo tú, Narayana, hijo mío, léelo -le murmuró con voz baja-.

-«Durbar de Sha Alam. La transferencia por Su Majestad el Padisha diwan de Bengala y también de las provincias de Bihar y Orissa, a la Compañía de las Indias Orientales. El encuentro de los Embajadores rajputs ... Tratados de paz... por la voluntad del bendito profeta Mahoma ... después de la amarga derrota en Pama en 1173, pintado por Ahmad Din en 1177».

-¿Qué tiene de terrible eso? ¿Qué nos importa su desgracia? -pregunté-.

-¿Qué nos importa a nosotros? -casi gritó el Coronel-. ¿A nosotros? ¿A nosotros? ¡Ahora verá lo que nos importa! Según la Hégira, esto sucedió en el 1177, ¿no es así?

-Así parece -contestó Narayana, mirándole con estupor-.

-Bien, 1177 de la Hégira... ¿Qué año será según la cronología europea?

Narayana pensó un instante y contestó:

-El año 1765, parece que de eso hace 114 años...

-¡El año 1765! ¡Ciento catorce! -chilló el Coronel, con la cara roja y enfatizando fuertemente cada sílaba-. ¿Sí? Bueno, entonces miren ustedes dos... ¡reconozcan y llámenlo por su nombre! ¡Después de eso sólo me queda una -cosa: ordenar que se me ingrese en un sanatorio de lunáticos!...

Arrebatando rápidamente la pintura de las manos de Narayana, el Coronel la giró hacia arriba y, señalando la figura que estaba situada junto al Padisha, balbuceó con voz ronca:

- Miren, aquí está él... sin duda es él. ¿Existe otro que se le parezca en el mundo entero? ¡Es él! -repitió el Coronel, señalando con su dedo-.

Miramos, y admito que la sorpresa me arrebató el aliento y heló mi sangre... La pintura vibraba notablemente en las temblorosas manos de Narayana.

Ante nuestros ojos, entre unas setenta u ochenta figuras de musulmanes y brahmanes de la Corte cerca del trono del Pandisha, se hallaba sin lugar a error ¡la **figura de Thakur Gulab Lal Singh!... Realmente**, como ha dicho el Coronel, ¿hay alguien que se le parezca en el mundo entero? ¡Era él! Era un retrato de su doble si no de él mismo. Sin mencionar el hecho de que la gran altura de la figura le destacaba, la medida de una cabeza sobre el resto de las figuras, sólo este personaje estaba totalmente libre de las poses serviles de los otros coriesanos. El representante inglés apenas se destacaba bajo de los codos de los magníficos y limpísimos *sardars*, y el desprecio del artista le había hecho retroceder por completo hasta un segundo plano. Sólo la figura de quien reconocimos en seguida como Gulab Lal Singh elevándose mucho sobre la multitud, era prominente por su orgulloso porie. Incluso la postura de la figura era la característica y peculiar-nente suya; se encontraba con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando con tranquilidad al espacio por encima de las cabezas de los coriesanos. Sólo la vestimenta era diferente. Un turbante rajput con una pequeña pluma, guantes de acero hasta los codos, una especie de cota de malla, varias dagas y un escudo transparente de piel de rinoceronte a sus pies.... Pero el largo cabello ondulado, la barba, la cara, la estatura, no dejaban dudas acerca de quién era, nuestro misterioso e insondable protector...

_ ¡Pero esto es imposible, inconcebible! -dijo el Coronel, todavía muy perplejo, rompiendo el silencio-. ¿Quién entiende estog ¡El hombre no parece ni tener cuarenta años y este retrato aparece en una pintura hecha hace más de cien años!

-Quizás sea un retrato de su abuelo -propuso Narayana, como defendiendo al Thakur-.

- ¿Abuelo? -exclamó airadamente nuestro Presidente-. ¿Y por qué no su abuelo o el mío?... ¡Acaso existen esos parecidos familiares?... No... No...

No es su abuelo ni su bisabuelo, sino él mismo. Estoy empezando a desvariar -dijo el Coronel, sobreponiéndose a sí mismo-. Realmente, si esta pintura no es un engaño, entonces es... *¡imposible!* Dígame -me dijo de repente con una voz implorante que resultaba cómica- dígame, *es imposible...* ¿No?

-No lo sé, Coronel... Desde hace varios días carezco de la facultad de pensar. Parece que... pero no me pregunte... Mejor pregúntele a él, si se atreve... -añadí mentalmente, sintiéndome, no sé por qué, enojada con el pobre Coronel-.

-¡No, no! Es imposible -continuó razonando para sus adentros-. ¡Imposible! Por lo tanto, dejemos esta conversación.

-Quizás sea, en efecto, su abuelo -comenté-. ¿Recuerda el inspector de colegios que comenzó a decir algo sobre él? Pero dijo...

Fui sobresaltada por la mirada que Narayana me lanzó. Tan pronto como había expresado las primeras palabras, me mostró un reproche tan tremendo y doloroso, que las palabras se me detuvieron en la garganta.

Pero la sencilla referencia ya había surtido efecto.

-¡Cielos! ¡Casi me olvidaba! -exclamó el Coronel, dándose en la frente-. Pero entonces el problema se hace más complicado... Piense -continuó como si se hablara a sí mismo- si el Thakur y su abuelo...

-¡Ya basta! -anuncié definitivamente-. Si en realidad le respeta, no olvide que con frecuencia nos ha aconsejado no escuchar los variados rumores ni tratar de encontrar respuesta a todo lo que a él se refiera. Yo, al menos, le tengo suficiente respeto como para no contrariar sus deseos, ¡hasta mañana, caballeros!

Entré en mi habitación y bajé la cortina de la puerta. En pocos minutos todo se había calmado en la habitación adjunta, y en menos de un cuarto de hora el familiar ronquido acompañado de un silbido se empezó a escuchar.

¿Qué era eso? ¿Una aparición, una realidad, o tan sólo una fantasía o un sueño?... La pesadez era terrible y no podía dormirme. El *punkah*(1),²⁹³ rítmicamente movido por dos coolies desde la terraza, manaba aire caliente en vez de aire fresco. Era como el ardiente aire de un horno en mi rostro... No estaba dormida, esa es la verdad. Mi *ayah* («criada,» se hallaba recogida como una pelota, a la manera de un gato, durmiendo a los pies de mi cama... Allí estaba mi topi solar, que había caído al suelo, rodando hacia delante y atrás al compás de los movimientos del punkali. No, no estaba durmiendo... ¿Pero qué era eso? ¿Por qué me parecía estar mirando a través de la gruesa conina de la puerta y ser capaz de distinguir en la oscuridad todos los objetos, muebles, a Narayana dormido, o al menos echado a través del umbral, e incluso el cuadro del *durbar* que el Coronel había dejado sobre la mesa ... ? En el comedor adjunto una claridad aumentaba y aumentaba como si la Luna, emergiendo entre negras nubes, lo iluminase. ¿Quién era aquél?... ¿Podría ser el Thakur? ¡Pero si estaba en Digh!.. Allí estaba, silenciosa y cuidadosamente acercándose a Narayana dormido para tocarle el hombro. Narayana se levantó de un salto y le vi reverenciar al *Maha sahib*, tocando los pies del último con sus palmas dobladas. El Thakur extendía su mano hacia la pintura y ésta desapareció inmediatamente de mi vista... después de brillar con lo que parecían millones de chispas eléctricas. Todo se confundió y se volvió borroso y luego, a la mañana, abrí mis ojos a la llamada de mi *ayah*, quien en silencio y con interminables *salaams* me despertó para decirme que el *Coronel sahib* ya me estaba esperando.

_ ¡Qué extraño aunque sorprendentemente claro sueño! -pensé para mis adentros cuando me senté en el dorado carruaje que nos había enviado el diwan-.

²⁹³ 1 En todos los dormitorios de la India se extiende una pantalla con una ancha y gruesa cortina situada en el techo sobre la cama y que atraviesa toda la habitación. Enfrente de la cama hay una abertura en la pared, por la cual sale la cuerda que mueve al *punkah*. Los coolies la baten durante toda la noche. De otro modo, cualquier europeo moriría ahogado.

CAPÍTULO II

VIAJE A DIGH - ¿QUIÉN LA CONSTRUYÓ? - ANTIGÜEDAD DE LAS

MARAVILLAS ARQUITECTÓNICAS INDAS - INCREDELIDAD OCCIDENTAL

ORIGEN DE LOS ÁRABES - MOGOLES Y SARRACENOS - TEMPLO DE

BAROLI - DESAGRADABLE DISCUSIÓN CON INGLESES - NATIVOS

INSULTADOS - NARAYANA DESESPERADO - OPTIMISMO DEL CORONEL

El camino llano y monótono que va desde Bharatpur hasta Digh corría como una pista polvorienta que atravesaba las estepas y lagunas sin fin. Nuestro dorado carruaje de la época del rey de Yore, -que era seguido por una larga línea de pequeños jutos montados en bueyes pigmeos vivazmente trotantes-, avanzaba acompañado por los gritos y voces de los cocheros y los ruidos producidos por los carros. La procesión recordaba a los viajes del «Gato con botas» recorriendo la propiedad del marqués de Carabás. Como en el cuento de Perrault, los pacíficos pobladores que nos encontrábamos en el camino, al ver nuestra triunfante procesión rodeada de una guardia de honor (la media docena de jais con aspecto de bandoleros sobre unos míseros caballos, con sus lanzas, gallardetes y escudos), se echaban de rodillas al suelo, cediéndonos el paso tímidamente y ofreciéndonos todo tipo de honores. De esta manera, viajamos durante dos horas a través de zonas desérticas, sin el menor rastro de vegetación, rodeados por todas partes de pantanos, zanjas y pequeñas salinas. Finalmente, llegamos ante las gigantescas puertas de Digh, llamada con toda propiedad «El oasis de Bharatpur».

¡Qué inesperado cambio de escenario! Como por arte de magia, entre los áridos campos y los pantanos con centenario verdín, apareció ante nosotros un maravilloso castillo-fortaleza con torres, torretas y jardines colgantes semirámicos.

Nos adentramos en la semiderruida ciudad -si puede llamarse así a dos docenas de torretas de piedra- y comenzamos a ascender a la fortaleza. La pequeña ciudad encontró refugio bajo la protección de un monumento

majestuoso antiquísimo, tan antiguo que las mentes de los cronistas modernos, perdiéndose en la oscuridad de un pasado prehistórico inapresable, se sienten incapaces de determinar su origen.

Los antiguos nombres de Digh -*Dirgha* y *Dirghapura*- son mencionados con frecuencia en el *Skanda Purana* y en el capítulo IV del *Bhagavata Mahatrnaya*. Digh la vieja, la prehistórica Digh que se halla bajo el polvo de la actual, es más antigua que Lucknow, la anterior *Lakshmanavati* de inmensa antigüedad, la capital del rey Lakshmana -el hermano de Rama- construida hace *sesenta siglos*, como nos explicó Narayana, nuestra enciclopedia andante.

La Digh actual «fue fundada por los jats, *escitas* extranjeros del lejano Norie», dicen los historiadores anglo-indos. Según la creencia popular, Digh fue construida por los hechiceros que vinieron con los jats y que habían levantado la poderosa forialeza anterior con su fabuloso castillo y deslumbrantes jardines... *en una noche*. Como todo lo que se construye con tanta prisa, Digh, a pesar de sus infranqueables fosas con agua y su inaccesibilidad durante nueve meses al año, tanto para sus habitantes como para los extranjeros, demostró ser, sin embargo, nada más que un *maya*, una ilusión, para los conquistadores pelirrojos. Durante la crecida de los dos y de los cientos de pequeños lagos en las estepas de Bliaralpur, se forma como un océano alrededor de la pequeña ciudad y entonces es realmente inaccesible al enemigo. Pero, aunque tuvieron que esperar, como dice el proverbio, cierto tiempo junto al mar, los ingleses esperaron hasta la llegada del tiempo favorable. En diciembre de 1804, el general Frazer tomó Digh por asalto, la demolió por completo y, después, devolvió generosamente el «oasis» al rajá Jat. En la actualidad, no queda una piedra de las murallas de la forialeza. Hacia el sureste destaca el *Shakh Buil* de la Digh moderna. Es una empinada roca cuya espaciosa masa está ahora rodeada por un seto verde en lugar de los baluartes, aunque en cada una de sus cuatro esquinas conserva un bastión. Dentro del recinto, que de todos modos se eleva a las alturas, perduran tres muros de las fortificaciones, de siete metros de grosor, alardeando todavía hoy de su glorioso pasado. En la sección occidental de «la fortaleza», se encuentra el palacio del Rajá con suntuosos jardines, pavos sagrados, surtidores y fuentes de agua. Este palacio y jardín constituyen la principal atracción para los turistas.

Los viajeros contemporáneos han decidido unánimemente que, a excepción del Taj Mahal de Agra, el palacio de Digh es la obra arquitectónica más magnificente de la India: las mismas salas de mármol enormes, las paredes decoradas con mosaicos de lujosas piedras, el idéntico estilo arquitectónico de las torres, el mismo arte delicado y asombroso en el encaje de las balaustradas de mármol blanco en las terrazas así como en las barandillas de las escaleras.

¡El inglés es un sorprendente sujeto tanto en su casa como en sus «Colonias»! Con toda su altiva presunción y sus demandas de que él, un John Bull, sea considerado el principal representante de la familia humana, todavía no se ha dado cuenta del todo de la verdad contenida en el proverbio de su propio pueblo: «Es un pájaro cochino, que ensucia su propio nido». ¡Con justicia se enorgullece de la india, la llama 4a perla más preciosa de la Corona de Gran Bretaña» y se deleita con ella como un avaro con su tesoro, aunque odia a los indos, los hijos legítimos de aquella tierra, despreciándoles y al mismo tiempo temiéndoles más que a una madrastra cruel! Pobres y desafortunados brahmanes, miserables sudras, y vosotros, los parias y demás descastados tenidos por inferiores a los gusanos de la tierra, ¿quien no sentirá lástima por vosotros en el fondo de su corazón? La saliva maliciosa de los anglo-indos no sólo alcanza a la generación presente de indos de todas las castas y tribus, sino que su desprecio irrefrenable por los descendientes subyugados, aviva este sentir ruín y despreciable, exaltado por la auto-justificación hasta el nivel de sentimiento racial, incluso contra sus lejanos antepasados.

Leer los comentarios y las conclusiones sobre la India en materia arqueológica, en los artículos *pretendidamente científicos* de ciertos funcionarios públicos, es algo ridículo y molesto. Los autores actuales tratan de rebajar incluso a los nativos del periodo del *Mahabharata*, presentándolos como una raza incapaz por completo de realizar bellas artes. Tal facultad creativa no existe -nos dicen- en los hindúes actuales (oprimidos y empobrecidos); y por lo tanto, no pudo haber existido antes, según el derrotero de la lógica de estos «novelistas», que olvidan -de manera conveniente que hoy vemos lo mismo entre los griegos contemporáneos e, incluso, entre los degradados romanos. En consecuencia, de todos los cientos de templos imponentes que se siguen encontrando cada año en las intransitables junglas de la India Central, ni una ruina histórica será considerada por un anglo-indo como obra de arte

puramente nativa. En los lugares donde los no-mogoles habían construido los templos esparcidos por la Rajputana y Mevar, por ejemplo, se presenta rápidamente la ingeniosa aunque infundada hipótesis sobre griegos e italianos. En los Puranas se menciona a los cautivos «Yavarra» que fueron puestos a trabajar por los conquistadores.

<Fueron ellos los que construyeron estos templos.> Al decir esto, se pasa por alto que el nombre «Yavana» fue dado por los brahmanes no sólo a helenos y jonios sino también a otros extranjeros, entre ellos los escitas. Hasta aquí no hay nada de extraño; pero fueron los griegos, -¿lo sabía?-, quienes arribaron a la India desde tiempos macedónicos y, con toda seguridad, construyeron el Templo de Karli, e incluso, los más antiguos *viharas* de Elefanta y Ellora. No existe absolutamente ningún dato que confirme semejante conclusión. Los *Puranas* y otras crónicas lo contradicen, además de todas las tradiciones de la India, y por si fuera poco, *las mismas Leyes de Manú*. Inmutables e inviolables, que prohíben al *mlecha* («impuro extranjero», un *no-hinduista*), así como al *paria* impuro, tocar con su mano la más pequeña piedra de las destinadas para la construcción de cualquier estructura sagrada. De otro modo, «en el caso de semejante profanación», podemos leer en *Manú*, que «el Templo, aunque estuviera casi terminado, deberá ser destruido en aquella sección que fuera tocada por tal mano; su material deberá ser purificado y sólo entonces la construcción podrá reanudarse». (*Manava Dharma Shastra* y *Vastu Shastra*).

Pero todos estos argumentos no valen nada en presencia de la parcialidad y obstinación de los indófobos. Los *Puranas* mienten; las *Leyes de Manú* fueron escritas y sometidas a *falsificaciones* por los brahmanes después de la conquista de la India por los mogoles, y así todo. Resumiendo: «ni los indos antiguos ni los actuales hubieran podido crear jamás algo parecido a estas maravillas de la arquitectura». ¿Podrían unos parásitos indolentes erigir unos muros tan transparentes, etéricos y fantasmales, pero tan fuerles como la roca? ¿Podrían siquiera imaginar el plan de estas cámaras y palacios, de estas balaustradas horadadas que surgen en el cielo azul del Indostán, como el lazo veneciano sobre el vestido de raso azul de una bella mujer? ¿Podrían de verdad?

Admitiremos, por supuesto, que no solamente la «octava maravilla del mundo», el Taj Mahal, sino también todos los palacios, los monumentos y

las pagodas, así como todas las mezquitas de las ciudades de Lucknow, Delhi y las provincias del Noreste fueron construidos por los mogoles y los fugaces griegos; y que la mano de los brahmanes jamás tocó esas magníficas construcciones, únicas por su estilo y belleza, y que no se pueden encontrar ni en Grecia ni entre las ruinas de la antigua Roma. Pero, ¿quiénes fueron los constructores, y quiénes fueron los que esculpieron las paredes de granito de los templos de Ellora y de Jaisalmer, de la pagoda jaina de *Arhai-din-ka-Jhompra(1)* ²⁹⁴, y otros templos menos destacables -estas esculturas en piedra, de diseño y acabado tan perfecto que conmocionaron de forma indescriptible a los ingleses (los capaces de juzgarlas, claro)-? Sólo obras en plata y oro como las de Benvenuto Cellini, logran parecerseles; pero ni siquiera en Italia se encontrará nada en granito o mármol que las iguale. ¿De quién fueron las manos que trabajaron estos bloques de granito, adornados de arriba abajo con esculturas? Si no fueron las de los indos, entonces deberemos considerar que fueron las de los «magos yoguis». En presencia de ese odio ciego, me temo que los ingleses, desarmados por los hechos evidentes, antes darán su voto de confianza a los cuentos sobre «magos» que actuarán con justicia con los hindúes.

Lo que se ha dicho antes debería aplicarse sólo a aquellos monumentos embellecidos con Dioses y Diosas del panteón hindú, pues los musulmanes, al igual que los hebreos, consideran la representación de la figura humana en los templos como la mayor «abominación» y «pecado». Pero los ingleses(2) ²⁹⁵ no tendrán menos dificultades en negar que los indos participaban en la construcción, incluso, de templos y monumentos de estilo «sarraceno». Las manos laboriosas que tr-abajaron sobre ellos perienecieron, en cambio, a artistas *nativos* y no a los mogoles extranjeros; y, si los griegos construyeron alguna vez algo en la India, seguro que fue según planes indos y no según los de los mogoles, por la siguiente razón: Los mogoles, como es sabido por todos, fueron siempre (al menos en la

²⁹⁴ 1 «Refugio de dos-días-y-medio»; nombre dado al templo a raíz de la leyenda sobre sus constructores yoguis magos, que lo levantaron en sesenta horas, vivieron sólo dos días en él y después desaparecieron.

²⁹⁵ 2 como, por ejemplo, el arquitecto arqueólogo Fergusson y su admirador Simpson, un artista, ahora corresponsal del *Illustrated London News* en Asia Central.

India) grandes artistas cuando se trataba del arte de destruir y derramar sangre; no destacaron en las bellas artes, aunque algunos de sus califas las apoyaron y fueron autoridades en ellas. Los árabes y sarracenos de España que construyeron la Alhambra no se tienen en cuenta aquí, por la simple razón de que los mogoles que conquistaron la India no fueron ni árabes ni sarracenos como el ilustrado caballero Saladino. La gran mayoría de ellos eran simplemente los antepasados de casi todos los actuales ladrones-héroes del Kabulistán y del Hindu Kush, o sea, tribus barbáricas del Asia Central que acababan de ser convertidas al Islam, al igual que los afganos y los antiguos turcos. En los mogoles de la India, el tipo turanio y mongol predomina hasta la fecha actual. Para convencerse de esto, invitamos a nuestros opositores a fijarse atentamente en la población musulmana desde Bombay hasta las provincias del Norte. Sus rostros apenas barbados (si no del todo imberbes), con pómulos salientes como los de los calmucos, demuestran una total ausencia del elemento semítico.(1)²⁹⁶

Desde Mohamed ibn Kasim, que conquistó Sind para el califa Omar II en 711 d.C. (año 90 de la Hégira), hasta el final del reinado de Almanzor (Al Mansur(2) ²⁹⁷, año 775), o sea, durante más de medio siglo, no hubo musulmanes en la India; habían conquistado Sind y se habían marchado. Los posteriores califas estuvieron demasiado ocupados con los cristianos occidentales y los hunos caspianos como para pensar en la India. En aquellos días, los sarracenos *reales* batallaban con Rodrigo -el último godo de Andalucía-, lo derrotaron y hostilizaron a Carlos Marlel quien, a su vez, los derrotó en Tours (Francia). Pero en aquella época todavía no habían ni siquiera hecho su aparición en la India. Como se mencionó antes, fueron los afganos(3) ²⁹⁸y los pueblos de Asia Central en general (cuyos

²⁹⁶1 Durante cinco años hemos inquirido los orígenes de nuestros conocidos musulmanes. Dondequiera que encontrábamos al tipo ario o pálido con facciones regulares, descubrimos que sus antepasados habían sido hindúes convertidos a la fuerza al Islamismo por los mogoles.

²⁹⁷2 «El Victorioso»; Abu Giafar Abdallah ben Mohamed, segundo califa abásida (nacido en el año 712), que reinó entre el 754 y el 775 y fundó Bagdad en el 764.

²⁹⁸3 Si creemos al historiador Feristah, podría resultar que los afganos fuesen si no los antiguos, sí los actuales «árabes» de Egipto, es decir, los

descendientes siguen saqueando allí) quienes constituyeron los ejércitos de los califas y que más tarde conquistarían la India. Así lo hicieron finalmente en el 975 d.C., es decir, ciento cincuenta años después de que Harún al Rashid, un contemporáneo de Carlomagno, entregase Sind, Indostán y Khurasan a su segundo hijo, Al Mamún(1) ²⁹⁹. Entonces el Indostán fue realmente habitado por musulmanes, pero de ningún modo por sarracenos ilustrados. A excepción de los reyes, descendientes directos de Mohamed por medio de los califas de Bagdad, el resto de la población mogol, el pueblo y el ejército, eran las heces del Islam en Asia Central.

Conociendo todo esto, ¿debemos creer a los orientalistas que tratan de convencernos de que, en vez de los indos, fueron los mogoles y los fugaces griegos quienes estuvieron trabajando en estas maravillas artísticas? ¿Debemos creer que en lugar de los descendientes de los gloriosos rishis y de generaciones enteras de matemáticos, geómetras y poetas, estos edificios, sin par en su originalidad, fueron construidos por las tribus de saqueadores del Asia Central que hasta el día de hoy no tienen ni la menor idea de arte? Allí donde durante siglos el elemento árabe se asentó y dominó, los musulmanes jamás construyeron, ni construyen ahora, algo que se parezca a las tumbas, palacios y mausoleos que tan sólo encontramos en la India. No existe nada que se asemeje al Taj

coptos. Dice que cuando los afganos cayeron por primera vez en las manos de los musulmanes, vivían alrededor de Kuh-i-Suleiman. Esto era en el año 62 de la Hégira. Feristalr escribe: «Los afganos eran coptos bajo el gobierno de los faraones y muchos de ellos habían abrazado la Ley de Moisés. La mayoría se retractaron y, volviendo a sus Dioses, dejaron Egipto y marcharon hasta llegar al Indostán [?], asentándose, por fin, cerca de Kuh-i-Suleiman; Kasim (Mohamed ibn Kasim, comandante en jefe de Omar y conquistador de Sind) les visitó y les convirtió a la fe verdadera. En el 143 de la Hégira, los afganos ya habían conquistado las provincias de Kerman, Peshwar y muchos países colindantes.» ¿No podría ser que debido a la conversión a la Ley de Moisés, los afganos sean tenidos como una de las diez tribus perdidas de Israel? Respecto a los afganos, más adelante hablaremos de ellos.

²⁹⁹ 1 Sobrenombre árabe que significa «en quien los hombres creen». En este caso, se trata de Abul Abbas Abd Allalt Al (786-833), séptimo califa abásida. (N. del E.)

Mahal, las tumbas de Akbar y del califa Humayun, a las mezquitas y palacios de Delhi, Lucknow y Digh, ya sea en Persia o en el Egipto actual, en Siria o en Bagdad, ni siquiera en la Turquía semieuropeizada. Fijémonos únicamente en los monumentos y palacios del Sur de la India; en los adornos y ornamentos esculpidos en los templos de Madura; Srir-angam y otros de la Presidencia de Madrás; en la mole piramidal de la gran pagoda de Tanjore, la más antigua del país. Casi sesenta metros de altura, cubierta de estatuas de Dioses, Diosas y Avatares dos veces más altas que un ser humano, con su buey de granito negro delante de la fachada y sus ornamentaciones esculpidas sobre columnas y techos interiores, esta pagoda es considerada como «una de las más bellas producciones del arte de la India brahmánica» (obispo Heber). ¿Esto lo construyeron también los musulmanes? Que los que niegan cualquier talento a los indos hagan un viaje por todo lo ancho y largo de la Rajputana, por Mevar, Sind y Malwa como lo hicimos nosotros. Que vean esta vasta extensión sembrada con las ruinas de templos, fuertes y palacios hindúes, y luego decidan quién los construyó. Aquí en la Rajputana y en Mevar, los mogoles no se detuvieron mucho, por la sencilla razón de que en esta parte de la India fueron duramente golpeados.

Sin embargo, es justo aquí donde el turista encontrará, sobre las paredes semiderruidas de los templos, tales obras de escultura y relieves, tal variedad de objetos de arte, que incluso la descripción homérica del escudo de Aquiles perdería valor si fuese comparada con ellas.

¿Quién entre los europeos ha oído alguna vez algo sobre el Templo de Baroli, cerca de Chitor, que tanta fama tiene en las Crónicas del Rajastán? Fue descubierto en medio de un espeso bosque y descrito por el coronel Tod y el capitán Waugh. Me tomo la libertad de citar unos extractos de la descripción de estos oficiales. Mostrarán mejor que cualquier otra cosa la diferencia entre la opinión de los ingleses cultos y desprejuiciados de la época de la Compañía de las Indias Orientales y las opiniones de los «pequeños comerciantes» actuales de la India. Estos últimos, llegados desde Londres para destruir y apaciguar, juzgan todo lo autóctono, simplemente por una reacción de sus propias mentes estrechas, envidiosas y pequeñas, injuriando con ello tanto a la verdad como a la ciencia.

« ... de repente, ante nuestros ojos irrumpió el Templo de Baroli a través de la espesura que lo amortajaba... En el acto, desmontamos y nuestros pasos volaron hacia el recinto del templo. Describir su arquitectura maravillosa e intrincada es imposible... Ésta se debe sólo a la labor del lápiz, pero también el trabajo de realización debe haber sido casi infinito. Aquí, el arie parece haberse superado a sí mismo y, quizás por primera vez, fuimos totalmente arrebatados por la belleza de la escultura inda. Las columnas, los interiores, los techos exteriores y cada una de sus piedras, que presentan templos en miniatura, unos sobre otros, hasta ser cororYados por los kuillus (kalasas) en forma de urna, llamaron nuestra atención. Los relieves de cada columna requerirían muchas páginas de explicaciones y el conjunto está en un estado de conservación maravilloso a pesar de los años. Esto es atribuible principalmente a dos causas: cada piedra ha sido extraída de la dura cuarcita, que es posible que sea la más resistente (puesto que es la más difícil de **trabajar**) **de todas; y para que los islamitas** tuvieran alguna excusa para evadir su ley **iconoclasta, cubrieron el templo entero** con el más fino cemento de mármol, tan adhesivo, que sólo allí donde los vientos preponderantes lo han golpeado se ha desprendido del todo, dejando las esculpidas aristas de la piedra tan lisas y afiladas que parecería que hubieran sido talladas ayer.⁽¹⁾³⁰⁰

El destruido arco de la entrada debió ser muy curioso, pues los restos que cayeron al interior son de sumo interés. Uno de estos especímenes estaba entero y era de un gusto y una belleza sin par. Las principales figuras son de Siva y su consorte Parvati, con su séquito. El está sobre un loto y le rodea una Serpiente en forma de guirnalda. En su mano derecha sostiene el dumroo (damaru), o pequeño tambor con el cual, como Dios de la Guerra, inspira al guerrero; en su izquierda tiene el *cupra* (kapala), hecho de un cráneo humano, en el que bebe la sangre del vencido. Los otros dos brazos han sido rotos: circunstancia que demuestra que incluso el islamita, a quien se puede adscribir este acto respetó esta obra de arie. La «nacida en montaña» se encuentra a la izquierda de su esposo, sobre la *coorm* (kurma) o toriuga, con el cabello trenzado y pendientes de conchas. Cada uno de sus miembros es del estilo peculiarmente ondulante del antiguo arie indo, ausente en los ejemplares modernos. Ambos están cubiertos con adornos

³⁰⁰ 1 Este cemento fue quitado después de que Sivaji, el mahratti, pusiera término a la dinastía y a la casa de Timur, hace dos siglos. [H. P. Blavatsky]

perlados y no llevan ropajes. La actitud finne, masculina de <Baba Adán>, como he oído a un rajput llamar a Mahadeo, contrasta bien con los delicados contornos femeninos de su consorie. La serpiente y el loto se entrelazan con gracia sobre sus cabezas... El capitán Waugh está enamorado de una de estas esculturas, a la que califica, conmigo, como obra de arte insuperable. Algunas partes, en especial las cabezas, no desentonarían con las esculturas de Canova. Se trata de altorrelieves, casi sueltos de la placa trasera...

A la derecha está el altar de la *Trimurti(1)*³⁰¹, la divinidad trina. El rostro de Brahma, en el centro, ha sido bornado casi por completo, así como el de Visnú, el Preservador; pero el Destructor está intacto. La tiara que cubre la cabeza de la triple divinidad, también está entera y es de un acabado perfecto. La maestría del escultor «no puede ser mayor»... El conjunto es colosal y las figuras miden casi 2,20 m.... El techo de la *munduf* (pronaos) [mantapal... no puede describirse: sus distintas partes deben examinarse con minuciosidad para comentar los detalles. El conjunto de ornamentos está tan armonizado como jamás lo he visto en otro lugar. Incluso los elefantes en miniatura tienen las más delicadas proporciones y han sido esculpidos con exquisitez.】(2)³⁰²

Aquí siguen doce páginas de descripciones de dú *minorum gentium* y otras maravillas de Baroli, y Tod concluye:

« ... Se necesitaría el trabajo de un grupo de artistas durante seis meses para hacerle un mínimo de justicia a las maravillas de Bundi.»

No dejaron ningún dato para la posteridad que pudiese indicar cuándo o por quién fue construido este templo, poco conocido en la India. Cierta rajá Hun es el legendario héroe de esta localidad. Ni siquiera Tod, que a pesar de haber escrito dos gruesos volúmenes para probar que los rajputs son escitas, que el Mahadeo Siva es Adán y que Manú es Noé, ha logrado

³⁰¹ 1 Esta *Trimurú* está representada por tres rostros (*murti*), pero una sola cabeza.

³⁰² 2 Coronel James Tod, *Annals and Antiquities of Rajasthan, vol. II*, «Recuerdos personales». Tod vivió como agente político en la Rajputana, sin dejar aquel lugar durante veintidós años.

incorporar a los hunos en la mitología de los hindúes. El agente político de la Compañía en la Rajputana consiguió una cosa en el Templo de Baroli; encontró una inscripción sobre el bajorrelieve de Mahadeo y lo tradujo junto con la fecha que había en él, el trece de *Karttika* (el mes dedicado al Marte de la India) de la Era de Shalivahana, el año 981 ó 925 d.C. En esta inscripción se menciona la ofrenda hecha a Mahadeo (el patrón de los yoguis) por «su esclavo» (el nombre ha sido borrado por el tiempo), siendo ésta la suma necesaria para la reparación de *su antiguo templo*.

Si en el año 925, hace casi mil años, y unos cincuenta años *antes* de la invasión musulmana de la India, el Templo de Baroli ya era considerado <antiguo>, es obvio entonces que no fue construido por los mogoles, y mucho menos por los griegos. Ni en la arquitectura, ni en la escultura de esta gran masa se puede encontrar un elemento característico reminiscente de los helenos. Ni siquiera hay sugerencias de estilo dórico, y mucho menos del jónico. Cada cosa en él es única, todo es del estilo indo más puro.

Para justificar esta larga digresión, aunque sin prometer no volver a caer nunca más en mi error habitual, me gustarla explicar la razón de ello. Primero, como no iba a visitar este templo hasta más tarde, lo tendría que haber descrito igual, y mi narración, después de tantas explicaciones de otros templos, habria parecido monótona; y segundo, en este caso quería apoyarme en las pruebas del arqueólogo y dignatario anglo-indo, reconocido como un escritor fiel, para demostrar que no soy parcial en cuanto a la India, sino que solamente le hago justicia. Tod vivió durante muchos años en la india y el deleite que brota de entre cada una de las líneas de sus descripciones de las maravillas del antiguo arte indo es mucho más significativo que el mío.

Además, la cuestión de quién construyó todo esto en la India, si los mogoles o los indos, sirvió durante las primeras horas de nuestra llegada a Digh como causante de un desagradable suceso que terminó en una igualmente desagradable discusión.

Apenas habíamos subido a la terraza y entrado en la sala, cuando nos topamos, para gran disgusto de todo nuestro grupo, con dos ingleses desconocidos. Venían de Jaipur con destino hacia alguna otra parte, pararon en Digh para comer a expensas del Maharajá y degustar

gratuitamente de los licores y el champán. Con este último era obvio que ya habían tratado antes, pues aparentemente habían abandonado su acostumbrada reserva altiva de los hijos de Albión. Olvidando su usual etiqueta, nos saludaron con una inclinación de cabeza cuando entramos e incluso comenzaron una conversación con Olcott, al tiempo que miraban con desdén hacia nuestros compañeros nativos y gesticulaban hacia el Coronel.

Es posible que esto fuera tan sólo una broma espontánea de su parte, pero sus muecas parecieron muy insolentes y en particular insultantes para los indos. Me marché inmediatamente con Narayana para inspeccionar las <habitaciones> mientras Olcott permanecía con los ingleses en la Sala Durbar, donde estos últimos se habían sentado a la mesa preparada para nosotros. No había otra, ni grande ni pequeña, en todo el palacio, cuyas salas grandes y polvorientas parecían una jungla de mármol. Sólo teníamos que esperar. Los ingleses se marcharon al cabo de unas dos horas, pero incluso en tan breve tiempo habían logrado ofender a nuestros amigos y tener una discusión conmigo.

Cuando después de una hora volví, agotada de caminar a través de incontables pasillos, de subir y bajar escaleras, todavía se encontraban allí discutiendo con Olcott, que defendía las antiguas artes de la India y, en general, estaba del lado de los nativos. Nuestros indos se habían sentado en otra habitación sobre unas alfombras escuchando sombros la conversación. Narayana, notablemente hosco y aburrido desde aquella misma mañana, fue directo hacia sus camaradas sin pasar por la sala, y yo me senté a beber café al final de la mesa, decidida a no tomar parte en la conversación. Por no poseer la paciencia innata de nuestro respetado Presidente, presentí que me indignaría si discutiera con ellos y, de esta manera, permanecí obstinadamente silenciosa. Mis prevenciones no fueron coronadas por el éxito; el Coronel desbarató mi plan.

Habiéndose olvidado del nombre de un famoso geómetra de la antigua India, levantó la voz y pidió ayuda a Narayana y al babú Y terminó trayendo a los dos desde la habitación contigua. Mientras les explicó a quien deseaba citar, uno de los indo-británicos, después de mirarme por casualidad, se giró directamente hacia mí.

-¿*Sus sirvientes*, supongo? -preguntó con desdén, señalando con su cabeza a Narayana y al babú-.

La indignación y el enojo me hicieron atacar a esta imperlinencia obviamente *deliberada*.

-¡Sirvientes!... Se equivoca. Ambos caballeros son estimados amigos y hermanos nuestros -dije enfatizando mucho la palabra «caballeros»-.

La insolencia y la desfachatez se desarrollan con rapidez entre los indo-británicos. Mi réplica produjo fuertes risas en los dos.

-Amigos... eso, quizás sea posible, puesto que sobre gustos no se puede discutir -articuló mordazmente el inglés, mientras apuró con tranquilidad su vaso de champán con hielo-. ¿Pero cómo pueden ser «hermanos»? ¿Usted con toda seguridad será nativa de Europa?

-Así me considero, pero por fortuna no soy una *inglesa*. En consecuencia, estoy orgullosa del privilegio de llamar a estos dos caballeros nativos, no solamente amigos, sino también *hermanos*, -repliqué muy cortante, mirando directamente a los **ojos del alto** e insolente tipo-.

Ahora le tocaba a él irritarse.

No sé lo que iba a replicarme, porque su amigo no le dio tiempo para exponer sus pensamientos. **Agarrándole por el brazo**, le empujó casi a la fuerza hacia el otro extremo de la habitación donde comenzó inmediatamente a decirle algo en voz baja. Me imaginé que le explicaba acerca de nuestra **Sociedad y de quién** era yo. Y así fue.

Al oír las primeras palabras de nuestro franco intercambio, los rostros oscuros de los nativos se volvieron casi verdes y sus ojos destellaron esas chispas severas, fosforescentes, que tan bien conocía. Permanecieron como dos estatuas inamovibles... Sólo el Coronel se molestó y se levantó a toda prisa de la mesa.

Los ingleses cogieron sus sombreros y maletas, **saludaron con** la cabeza a Olcott y se dispusieron a marchar. El mayor de los dos trataba obviamente de evitar una desagradable reyerta y, murmurando algo acerca

de no discutir con mujeres, se dirigía a la salida. Pero mi oponente, excitado por el champán y mi desaire, no desistió. Se detuvo en el centro de la sala, se tambaleó **un poco debido** a la intoxicación, dio media vuelta en mi dirección, orgullosamente girando su cabeza hacia mí, y me dijo con grosería por encima del hombro:

-Acabo de enterarme de que usted es *esa señora rusa* de la que hablan tanto nuestros periódicos, advirtiéndome al *Gobierno*... Ahora comprendo sus *fraternales* relaciones y sus sentimientos hacia esa *chusma negra*. Permítame informarle, a pesar de la gratitud que usted concede a la Providencia por *no* haber nacido inglesa como acaba de expresar, que es más seguro, se lo advierto, pertenecer a *nuestra* nación que a la *suya*, al menos *aquí en la India* -añadió enfáticamente-.

-Eso es muy probable. Pero, asimismo, estoy contenta y orgullosa de *no* ser una inglesa -dije, poniéndome de pie y conteniéndome tanto como pude-.

-Es en vano, porque *a nuestro Gobierno no le gusta admitir a rusos*, ni tampoco a damas rusas *que confraternizan mucho con los asiáticos conquistados por nosotros*.

-¿Qué es esto, una broma o una amenaza? -interrumpió el Coronel, con el rostro transformado-.

-Naturalmente que es una amenaza -comenté riéndome-. ¿Ha olvidado Coronel que ya hemos tenido claras pruebas de ello y que el gobierno anglo-indo, ya sea por estupidez o cobardía, ha enviado sus espías militares, policías, para seguimos como si fueran sombras desde el mismo momento en que abandonamos Bombay?...

-¡Tenga cuidado... y sea más discreta al elegir sus palabras! -susurró entre dientes el inglés, más altivamente todavía y enfurecido por completo-. No ponga a prueba la paciencia de nuestro Gobierno, cuyas acciones y política usted se permite censurar... Más le valdría aprender, si es que todavía no lo sabía, *que no hay lugar para los rusos en nuestros dominios británicos*... No lo olvide la próxima ocasión.

-¡Es usted quien se está olvidando, sir! -exclamó con furia el Coronel, que había perdido la paciencia-. ¡Está insultando a una mujer y amenazándola!... Y lo que es más, ella es ciudadana de la América libre y *no una rusa*,... es decir, no el *tipo* de rusa por el que la toma usted -dijo corrigiéndose, cuando vio mi mirada indignada-.

-Disculpe, Coronel. Concédame el derecho, por favor, de defenderme yo misma... En primer lugar, soy *rusa*. Nací rusa y moriré rusa. Soy rusa en mi *alma*, no sólo por el pasaporte.--¡Debería avergonzarse! ¿Realmente pretende que estos caballeros se marchen con la impresión de que estoy dispuesta a renunciar al país de mi nacimiento e incluso, de mi nacionalidad, frente a frente con su estúpida exhibición de impertinencia?

-Eso habría sido más prudente, si le parece -comentó en tono corlante el otro inglés-.

-Posiblemente más prudente, pero de ningún modo más honesto. De cualquier forma -añadí, dirigiéndome al primero lo sentida muchísimo si su puntualización de que no hay lugar para rusos en los dominios británicos fuera un *hecho* y no sólo insolencia gratuita por su parte. En *nuestros* dominios rusos, por ejemplo, en Georgia y en el Cáucaso, hay lugar para cualquier extranjero, hasta para turbas de indigentes ingleses que llegan hasta nosotros sin botas siquiera y que vuelven con millones en sus bolsillos...

Discutir parece que no devuelve la sobriedad, sino más bien que potencia los efectos del champán. Mi oponente se hallaba ahora sentado completamente borracho y su amigo contestaba por él.

-Cada país tiene sus propios puntos de vista políticos sobre las cosas. Lo que dice no prueba nada en contra de la política del Gobierno anglo-indo.

-Para usted, quizás no. Sin embargo, para *nosotros* los extranjeros, y es probable que también para sus súbditos nativos, ésto demuestra claramente un punto: que mientras ustedes, señores ingleses, temen a los rusos en sus **propias Colonias, los rusos no** les temen. Es tan simple que no vale la pena hablar de ello.

Al ver el rostro desfigurado del defensor de privilegios ingleses cuando oyó estas palabras, llamé a los **indos y, girando mi espalda** a los demás, entré en el jardín. Los ojos de Narayana estaban inyectados de sangre; el babú, cuya cara goteaba **sudor de la furia controlada**, corrió afuera y empezó a gruñir y a saltar con las ropas puestas, sobre el agua de la gr-an fuente, gritando **desde debajo del** torrente a través de todo el jardín:

- ¡ Oh, así al menos me alivio y limpio un poco de la atmósfera contaminada de los *bada saabs!*

Me encontraba indescriptiblemente entristecida, no por mí, por supuesto, sino por estos inocentes y maltratados indos, condenados por algún poder fatal al abuso eterno y en absoluto merecido. Que me habían tomado por una espía, ahora era obvio; en otras circunstancias me hubiera hecho reír. Incluso ahora, sólo sentía desprecio por el «vencedor» que era tan cobarde que temía la influencia de una simple mujer sobre las mentes de millones de «conquistados». En otro tiempo, me atrevería a decir, que incluso hubiera halagado a mi ego y, tan solo hubiera sido muy divenido, si no fuera porque era tan triste y, además, hasta peligroso. Temí que, en vez de prestar un servicio a los miembros indos de nuestra Sociedad, yo podría ser el pretexto para su persecución y servir para las excusas de parte de sus «gobernantes», por el simple hecho de ser *rusa*. Rusia y todo lo ruso son una constante pesadilla para la India inglesa. Cuanto más cerca de los Himalayas, tanto más violentamente pincha por la noche a cada británico el «dornorrio casero» ruso. Se dice que el miedo tiene grandes ojos y que puede convertir lo negro en blanco.

En la misma presentación de nuestra Sociedad en la India, empecé a escuchar rumores sobre el desagrado de diversos dignatarios en cuyas oficinas trabajaban muchos nativos de Bombay miembros de la Sociedad Teosófica. «Los poderosos de la tierra» los *bada saabs*, advirtieron a sus tímidos subordinados que «no fueran demasiado amables con los aventureros recién llegados de América».

En una palabra, la situación era francamente desagradable.

Me senté en el banco cercano a la fuente donde el babú se estaba sacudiendo al Sol como un perro mojado. Narayana permaneció en un silencio morial. Al mirarle, me quedé pasmada: los oscuros círculos bajo

sus grandes ojos se habían ennegrecido con más profundidad, sus dientes estaban al descubierto como los de una bestia y temblaba como un enfebrecido...

-¿Qué le sucede Narayana? -pregunté, preocupada-.

Tardó más de un minuto en responder; sólo sus fuertes dientes blancos rechinaban todavía un poco más... De repente, se agazapó en la arena del sendero y, de alguna forma, se precipitó con el rostro hacia delante en el jardín de flores *aralias* brillantemente rojas, flor dedicada a la diosa Kali...

Ya fuese la flor favorita de la sanguinaria Diosa de la Venganza lo que exaltó a nuestro cortés y paciente Narayana, u otra cosa lo que instaló un mal pensamiento en él, levantó su cabeza y, fijando sus ojos inyectados de sangre en mí, preguntó con voz siseante:

-Bien, ¿quiere que le mate?

Salté como si me pincharan.

-¿Qué dice? ¡Recobre sus sentidos! ¿Merece este fanfarrón borracho que la gente honesta arriesgue el cuello por su insolencia? ¡Debe estar bromeando o delirando, querido mío!

-No es él, él no... En su rostro no veo otra cosa que su país, odiándonos. Matándole, yo vengaría los años de sufrimiento, de humillación... de insultos mortíferos... Vengada a mis muchos amigos y, además, ¡el insulto llegó hasta *usted!*... -exclamó con voz ronca y desesperada-.

-¡Basta! ¿En realidad se imagina que me siento en serio insultada? ¿Cómo es, entonces, que simplemente me río de su estúpida conducta?...

Pero no me oía. Bajando la cabeza hacia las plantas aplastadas, como si se dirigiera hacia un interlocutor invisible, subterráneo, continuó hablando con la misma extraña voz ronca. Era como si vertiese en el regazo de la Madre Tierra una repentina ola rompiente de sufrimiento, llena de impotente amargura que había estado hirviendo en él todo este tiempo... Jamás le había visto en semejante estado de alteración. Me pareció inexpresablemente desgraciado, pero al mismo tiempo temible de verdad.

-¿Qué le habrá pasado? -pensé-. ¿Puede esto ser en efecto el resultado de ese episodio estúpido?

-Le han ofendido... por *nosotros*... sólo por nosotros -continuó medio susurrante-. ¡Y eso no es todo! Pronto le seguirán... le persuadirán... Déjenos, márchese de nuestro lado... Cuénteles que estaba bromeando, que se estaba riendo de nosotros, y le perdonarán; le harán caso y le ofrecerán su amistad y su sociedad.--Pero usted no hará eso, pues de otro modo, el *Maha saab* no le tratará ya como antes... Por eso le espera mucho dolor en el futuro, ¡dolor y calumnias! ¡Sí, es peligroso ser amigo de los pobres indos! ¡No hay consuelo para los hijos del Kali *Yuga*, y quien nos ofreciese su mano estaría loco, pues tarde o **temprano tendría que pagar** amargamente su transgresión!...

Escuché con fascinación y casi con terror este discurso inesperado e incoherente, pero no sabía qué decir **para consolarle, así** que permanecí en silencio. **Involuntariamente, empecé a mirar** al babú. Estaba tumbado sobre el banco, a unos treinta pasos de nosotros, secándose al Sol, y se debió haber adormilado.

-No se enfade conmigo, *Upasika(1)*³⁰³, y *perdóneme* por violentarla -habló de nuevo Narayana, ahora con voz más tranquila y pausada-.

-¿Enfadada con usted, mi pobre Narayana? **¿Por qué?** ¿Sólo estaba bromeando, verdad? -le interrumpí, no sabiendo qué decir-.

Se incorporó un poco y se volvió a sentar en el sendero de arena con su postura habitual. Abrazando ambas rodillas con sus poderosos brazos y apoyando su barbilla en ellas, ahora se balanceaba hacia delante y atrás, contemplando fijamente las aralias aplastadas. Era obvio que estaba luchando por controlarse y, finalmente, tuvo éxito. Su voz ya no era desgarrada ni vibrante, pero cuando volvió a hablar, se oyó tanto sufrimiento profundo en aquella voz, que me estremecí instintivamente.

³⁰³1 *Upasika*, literalmente «la mujer que estudia filosofía bajo la dirección de un gurú o instructor», generalmente de una fraternidad de monjes.

-No, no estaba bromeando -dijo con firmeza-. Una sola palabra y le hubiera matado. ¿No es todo lo mismo en el fondo? Mi vida, de una forma o de otra, se ha perdido...

-Pero, ¿por qué? ¿Qué ha ocurrido? No puede ser que un simple loco le afecte tanto. Dígame, ¿no es sólo por él, verdad?

-No, no sólo por él' -murmuró de una manera apenas audible-. Sencillamente, que seda más fácil para mí, si pudiera antes de morir, *¡matar al menos un individuo de esta raza tan intolerable para nosotros!*

-¡Matar! ¡Con qué facilidad lo dice! ¡Seda un crimen horrible! ¿Qué diría el Thakur?...

- ¡Él no diría nada! ¿Qué tengo que ver con él? -expresó aún con más lentitud-.

-¿Pero usted no es su *chela*(2) ³⁰⁴?

Tembló y se alteró completamente como si su corazón hubiera sido traspasado por un cuchillo. Se inclinó todavía más sobre sus rodillas y, de súbito, soltó desde el fondo de su pecho tal gemido de desesperación, que me destrozó por completo... Sentí cómo me volví pálida e incapaz de soportar durante más tiempo la escena.

-No, no soy su *chela*. Me ha rechazado... ¡Me ha rechazado!... -sollozó el entristecido gigante como un niño de cinco años-.

Así que eso era, comprendí en seguida. ¡ Eso significaba que el inglés sólo fue la última gota en un vaso colmado! Y entonces, reviví una visión, un sueño que había tenido, o pensaba haber visto la noche anterior en Bliaratpur, donde Narayana estaba inclinado sobre las rodillas del Thakur. ¡Pero sólo fue un sueño! ¿O en realidad había ocurrido todo eso y yo había presenciado la escena?

-¿Por qué le rechazó?

³⁰⁴ 2 *Chela*, discípulo o estudiante de las ciencias ocultas y místicas.

De repente, se oyeron pasos apresurados. Narayana se incorporó de un salto, y haciendo una rapidísima reverencia, me dijo susurrando:

-¡Le ruego que mantenga inviolado mi secreto! Ni una palabra a *nadie*... Todavía le seré útil, pero no diga nada al señor Olcott... ¡Me voy!

Pero no lo consiguió.

-¿Por qué se han enterrado aquí como un grupo de *bhutas* submarinos? -sonó inesperadamente detrás de nosotros la voz del Coronel-. ¿Dónde están Narayana y el babú? -continuó mientras se aproximaba en compañía del «general silencioso»-. ¡Ah! ¡Ahí están! No se escondan. Los dos fanfarrones se han marchado y demostraron ser unos buenos muchachos... Quedamos como amigos. Les aseguré que usted los perdonaría señora, y les expliqué muchas cosas que ignoraban; por ejemplo, los principios y objetivos de nuestra Sociedad... Se interesaron e, incluso, admitieron haberse equivocado.

-¡Qué gente y qué lugar para hacer proselitismo! -remarqué con tristeza, interrumpiendo este torrente de palabras-. ¿Quizás desea sumar estos dos «patriotas y pensadores» a nuestra Sociedad? No se moleste ni sienta embarazo, mi querido Presidente; más le valdría convenir conmigo en que serían un espléndido complemento de Mr. G. y Miss B.

Mr. G. era, y todavía es, un funcionario bastante importante en la provincia del norte del Indostán. Pretendiendo ser un seguidor entusiasta de la gran filosofía de los indos, solicitó ingresar en nuestra Sociedad en la época en que todavía estábamos en Nueva York. Al llegar a la India, descubrimos que no había otro indófobo mayor que este Mr. G. en todo el país; que odiaba a los nativos y que había deshonrado a dos familias brahmánicas (*impunemente*, como siempre ocurre en estos casos); y, para colmo, que una serie de cartas despectivas y difamatorias contra la Teosofía y contra nosotros, publicadas en 1879 y 1880 en el *Civil and Military Gazette* de Lahore, fueron obra de este «patriota y pensador», como el Coronel le llamaba en Nueva York, contento de este «maravilloso y honorable miembro anglo-indo».

-Aquí le tenemos otra vez, recordando hechos pasados -expresó el Coronel, con desconcierto-. ¡Qué más da! ¿Quién es el que no comete

nunca un error? ¡Yo, ciertamente, no pretendo ser un Papa infalible! No todos los anglo-indos son villanos y traidores.

-Seguro que no todos, pero apuesto a que no se podrían encontrar más de dos docenas de anglo-indos que respeten a los nativos... Tal como lo *veo* ahora, *es necesario ser* muy, muy prudente en esto... ¿Porqué se de, Mulji? -pregunté al «silencioso» que lucía una amplia sonrisa en su cara-.

-Por su generosidad, maam-saab. ¿Dos *docenas* de ingleses en la India que nos respeten a nosotros, los *negros*? ¿No *es* mucho?

-¡Así es! -irrumpió *el* babú que se había despertado y ya estaba completamente seco-. ¡Si tuviéramos aunque sólo fuesen «dos docenas» de éstos, le puedo asegurar que cada uno de los 250 millones de indos, «sin distinción de casta o religión» -dijo citando los «Estatutos teosóficos»- les dada sus alabanzas y realizarla su *puja* todas las mañanas y tardes a los bada saabs de Calcuta y demás lugares!

-Yo sólo he llegado a conocer a uno en toda mi vida y le querían *encerrar en un asilo pero, por fortuna* para él, murió -bramó Mulji-.

-¿Y quién era él? -interrogó inquisitivo el Coronel-.

-El señor Peters, el antiguo Inspector de Madurai, en la Presidencia de Madrás. Murió hace más de veinte años, cuando yo era todavía un niño.

-¿cuál era el delito del señor Peters?

-Empezó como materialista, como nuestro babú aquí presente, pero terminó como un *pujista* («adorador de ídolos»).

- Algo que «nuestro babú» no va a hacer todavía -replicó con frialdad el bengalí a esta *referencia personal*-. Estaba ocupado *en* pegar pétalos de flores en la nariz de Kali, cuyo ídolo surgía entre las matas de las aralias-.

-¿Se volvió *pujista*? ¿Qué quiere decir eso? Cuente su historia más explícitamente -insistió el Coronel, que había agudizado sus oídos-.

-Bien, señor Presidente, pero no sé muy bien como contarla.

Sin embargo, nos la contó y la «historia» demostró ser realmente curiosa. La daré a conocer en mi siguiente carta, tal como la anoté de las palabras del narrador. En Madrás, todo el mundo la conoce.

CAPÍTULO III

LA HISTORIA DEL SEÑOR PETERS - LA AUTOBIOGRAFÍA DE LA
DIOSA MINAKSHI- BHUTAS Y PISACHAS - BRAHMANES Y SUS
RECOLECTAS - RÍOS SUBTERRÁNEOS - MINAKSHI SALVA LA
VIDA DEL

SEÑOR PETERS - CONCEPCIONES PROFUNDAS TRAS DE LA
MITOLOGÍA

EXOTÉRICA - LA TRIMURTI HINDÚ - LOS DIOSES Y SU
SIGNIFICADO

INTERNO - LA VEDANTA ACERCA DE LOS TRES TIPOS DE
EXISTENCIA

AGNÓSTICOS Y PANTENTAS

Ahora pasaré a exponer lo que Mulji nos relató sobre el «anglo-indo que amaba a los indos».

El señor Peters era el inspector de la ciudad santa de Madurai, la Meca de la India del Sur. Ardiente arqueólogo, y admirador de los antiguos manuscritos, necesitaba de los brahmanes para buscar y traducir estos textos; en consecuencia, aunque es posible que en un principio no los amara, sin embargo, se asoció con los indos y no les oprimió como lo hacían sus colegas. Materialista convencido de corazón, se reía de sus supersticiones y prejuicios; su actitud, además, era la misma hacia la religión cristiana y por ello los brahmanes no le prestaron demasiada atención. Solían llamarle *nastika* («ateísta,» y despacharle con un gesto hecho con la mano. Pero pronto todo esto cambió y el señor Peters sorprendió a la población inda y a sus propios compatriotas.

He aquí como sucedió.

Cierto día, un yogui desconocido pidió una entrevista personal. Habiendo obtenido permiso para presentarse ante los ojos brillantes del señor Inspector, le hizo entrega de un antiguo manuscrito y le explicó que lo había recibido de la mismísima diosa Mirrakshi (una de las formas más comunes de Kali), quien -según dijo- le ordenó entregarlo al señor Peters. El manuscrito, cuyo aspecto era tan arcaico que involuntariamente inspiraba respeto en el anticuario, estaba escrito sobre una *olla*(1) ³⁰⁵. El Inspector, orgulloso de sus conocimientos en el campo de las lenguas antiguas, se entusiasmó y de inmediato quiso recompensar como era debido al eremita. Para su gran sorpresa, el yogui rehusó con gran dignidad cualquier retribución, y con ello, le sorprendió más todavía. Como casi todos los funcionarios anglo-indos, el señor Peters pertenecía a la Logia Masónica. Inesperadamente, el eremita le hizo uno de los signos más secretos y después de pronunciar la conocida fórmula del Rito Escocés: «Ni lo he recibido así, ni lo transmitiré así» (es decir, que el manuscrito no se obtuvo por dinero), desapareció rápidamente.

Peters reflexionó mientras envió a un *cipayo* en busca del huésped que se había esfumado. Con la ayuda de un pandita brahmán, se volcó por completo a descifrar y traducir el manuscrito. El yogui no fue encontrado, naturalmente, porque en opinión de Mulji, que en ese momento se hizo eco de la creencia de toda la ciudad de Madurai, era la encarnación temporal de la misma diosa Mirtakshi. Tras un diligente estudio de la *olla*, el Inspector encontró interesantísimas alusiones acerca de muchas cosas.

Según las afirmaciones del pandita, el manuscrito era la *autobiografía de la diosa Minakshi escrita de su propio puño*, donde hablaba de sus manifestaciones, poderes, cualidades, y su carácter en general. Según su propia afirmación, la Diosa poseía poderes (*shakti*)(2) ³⁰⁶de la más grata variedad, y eran pocas las maravillas que ella no podía prometer a sus favoritos. No se esperaba una fe demasiado ciega en su poder personal; bastaba con *amar a la devati* («Diosa») de forma sincera y ardiente, como se ama a una madre, y ella extendería su patronazgo al adorante cuidándole, amándole y ayudándole.

³⁰⁵*Olla*, hoja de palma que ha sido secada y preparada para la escritura.

³⁰⁶2 *Shakfl* significa literalmente <fuerza>, el principio femenino en los Dioses masculinos. Su significado común es, de todos modos, «poder».

- ¡ Oh tú, *de ojos de pez!* -graznó el incorregible materialista, Peters, cuando oyó lo anterior de los labios del pandita-.

Este epíteto, sin embargo, no era una insolencia de su parte. Traducido literalmente, «de ojos de pez» es el nombre de la Diosa; de *mina*, «pez» y *akshi*, «ojo».

-¿Pero qué o quién es la diosa Minakshi? -nos preguntarán los europeos laicos-.

Minakshi es la mismísima Kali, es decir, el poder creativo o *shakti* de Siva, su principio y aspecto femenino, impregnado del espíritu de aquél, y una de las numerosas manifestaciones de su esposa Kali.

Cada deidad del vasto panteón de la India, femenina o masculina, en su aspecto primario, es decir, en su primera separación del principio abstracto puro, el «Uno e Impersonal» que llaman *Parabrahman*, es siempre neutro. Pero en su manifestación terrestre, aparece dual, como los primogénitos Adán y Eva; la mitad femenina se separa de la masculina y se convierte en Diosa, mientras la otra mitad permanece como un Dios. La deidad universal, Parabrahman, es AQUELLO, pero su esencia es dual, que en adelante se transforma en un número sin fin de Dioses y Diosas, es *él* y *ella*, es decir, bisexual. A partir de los Dioses principales, Brahma, Visnú y Siva, y sus *shaktis*, se engendran sucesivamente los otros Dioses. Sin embargo, estos últimos no son, como podHa pensarse, los descendientes directos de los padres divinos; estos sucesores en el panteón de los brahmanes pueden tener un lugar completamente separado y distinto de otros: son los mismos Dioses y Diosas plimogénitos que representan y adoptan innumerables «aspectos» 0 rostros de sí mismos.

Por ello, incluso la sanguinaria diosa Kali, la más poderosa de todas las *shaktis*, cuando aparece bajo uno de sus aspectos, tal como Minakshi por ejemplo, cambia íntegramente sus atributos personales y se hace irreconocible. SeKa inabarcable y aburrido explicar aquí el proceso de tal metamorfosis. Será suficiente con decir que Kali, cuando se transforma en la Minakshi de Madurai, se convierte en la más pacífica Diosa, en posesión de las mejores cualidades: mansedumbre, paciencia, magnanimidad, etc.

Mitrakshi es la patrona de la ciudad de Madurai, que ha sido construida según el diseño del templo de Srirangam: un cuadrado dividido en gran número de cuadrados interiores o recintos, en cuyo centro aparece el famoso Templo de Minakshi. La Diosa, a pesar de sus cualidades internas y, acaso, como prueba de no tener ni vanidad ni orgullo, está lejos de ser una belleza en su aspecto exterior; sus ojos recuerdan a los de un pez y de aquí la apelación de «ojos de pez». Según sus adoradores, posee de forma natural un poder extraordinario. Los desgraciados que están poseídos por *pisachas*, <demonios>, son llevados en tropeles ante ella para ser curados. En la India hay muchos de estos poseídos, porque los piadosos brahmanes incluyen a los que en Europa se llaman «inédiurris» en la categoría de los «poseídos». En la India se da derecho de ciudadanía únicamente a las manifestaciones fenoménicas que se dan en presencia de yoguis, *sadhus* y *otros* realizadores de maravillas, iniciados en las «ciencias ocultas». Todo lo que afecta *a la voluntad de la persona*, y que nosotros llamamos demoníaco, los brahmanes lo atribuyen al comportamiento vulgar de los *pisachas*.

¿Pero qué es un *pisacha*?

Los *pisachas* son los «espíritus», *esprits frappeurs*,^{(1) 307} de los espintistas, espíritus con la estructura incompleta de su liberada entidad. únicamente se convierle en *bhuta* («espíritu terrestre») o *pisacha* aquella parie de un alma humana que, tras la separación del espíritu inmortal después de la «muerte», suele permanecer en una forma *invisible* (a menudo *sentida* por los «vivos») en la atmósfera del lugar donde vivía y se desenvolvía durante la vida del cuerpo, Tras la muerle de un ser humano, lo *divino* marcha en conjunto hacia un mundo superior, más puro y mejor. Sólo *la escoria del alma* que es retenida por esta atmósfera se queda atrás, es decir, las *pasiones terrestres* del alma encuentran una morada transitoria en el «doble» semi-niaterial del difunto que ha sido expulsado de su hábitat por la descomposición y destrucción completa de la envoltura física, y es por este hecho por el que se aplaza la desaparición definitiva del «doble», causándole además, sufrimientos. Un estado post-mortem como éste, causa mucha angustia entre la familia del difunto y los brahmanes lo consideran una gran desgracia; por tal motivo los indos

³⁰⁷ Del francés, <espíritus golpeadores>. (N. del E.)

toman todas las precauciones posibles para evitar semejante evento indeseable. En la mayoría de los casos es el resultado -según piensan ellos- de *una excesiva sed de vida*, o de una pasión particular del difunto por alguien o por algo, a *quien* o a lo *que* no desea abandonar, ni siquiera después de muerto. Por esta razón, los indos tratan de permanecer impasibles ante todo y de evitar todos los vicios o ataduras, temiendo, más que a cualquier otra cosa en el mundo, morir con un deseo *insatisfecho* y, como consecuencia, convertirse en un *pisacha*. Los nativos de todas las castas y cultos detestan a los «espíritus» y, teniéndolos por *pisachas* o demonios, procuran exorcizarles tan pronto como es posible.

Qué extraño tributo a Minakshi: diariamente se ven verdaderos tropeles de indos poseídos en el recinto de su *pagoda*. Algunos de ellos cantan como gallos y ladran como perros, igual como en nuestra Rusia; pero los simples médiums son más variados, desde los vulgares videntes de fantasmas hasta los *adivinos* en cuya presencia tienen lugar diversos fenómenos y toda una gama de diabluras. Tan pronto como el poseído por un *pisacha* es llevado ante los «ojos de pez» de la Diosa, el demonio comienza a chillar -a través de la boca del poseso, claro- que en seguida abandonará el albergue ocupado, si la Diosa le da tiempo para ello... Tras ello, el enfermo es conducido fuera y, como prueba de haber mantenido su palabra, el *pisacha* arroja un mechón de pelo que como despedida siempre arranca de la cabeza de su víctima delante de Minakshi. Según los informes, esos mechones de pelo, salidos al parecer de la nada, revolotean por el templo desde la mañana a la noche, ante los ojos asombrados de las gentes. Se podrían hacer unos estupendos colchones con ellos, si no fuera porque los brahmanes los queman con gran ceremonia.(1)³⁰⁸

Llegando por miles y cientos de miles al templo, los peregrinos lo proveen de enormes ingresos y sus brahmanes que offician como oráculos son considerados los más ricos de la India. Excluyendo el Templo de Minakshi, sólo hay cinco *pagodas* tan lucrativas en toda la Presidencia de Madrás, a saber: los famosos templos de Tirupati, Aligarh, Vaidesvaran,

³⁰⁸1 Si podemos creer en los relatos, es muy peligroso tocar este pelo. Mulji, cuando era un casto joven, robó uno de esos mechones de pelo del Templo de Minakshi e, inmediatamente, el *pisacha* tomó posesión del chico. «Gracias a la devati, pude deshacerme del diablo», cuenta el General.

Kovil y Svamimalai. Los dos primeros están consagrados al dios Visnú y los tres últimos a Siva. Los días normales de la semana se recolectan entre 3 000 y 10 000 rupias *diarias* en las *pagodas*; en días festivos, los ingresos sobrepasan todo lo imaginable y alcanzan a menudo ¡las 25 000, 50 000 e incluso, 75 000 rupias *al día!* Estas cifras no son exageraciones, sino datos bien conocidos por el Gobierno anglo-indo. Las autoridades de Madrás no han clavado en vano sus pequeños dientes dañinos en el colosal *fondo pagodal* del sur de la India.

Lenguas maliciosas nos aseguran que sólo gracias a un compromiso, este célebre <fondo> ha podido escapar durante un tiempo de la amarga suerte que amenazaba con ponerlo bajo la dirección de los administradores de Madrás. Con el paso del tiempo, Tirupati, la más rica de todas las *pagodas* terapéuticas de demonios, tuvo que presentar cuarenta lakhs de rupias (cuatro millones de rublos) a los mencionados administradores, después de entregar una cantidad, en función de sus rangos, a los miembros de la Cámara Legislativa; una acción que dispensó a las otras *pagodas* de pagar «tributos» por varios años.

El simple hecho de narrar tal rumor ya es embarazoso. ¿Qué? ¡Ingleses aceptando un soborno! ¿Quién en Europa no sabe, sobre todo por medio de los periodistas de Londres, que sólo en la Rusia barbárica y semi-asiática existen todavía tales anomalías monstruosas para nuestro siglo como los *funcionarios que aceptan sobornos?* (Ver *The Pioneer* y *Bombay Gazette*). ¿Es posible creer que los anglo-indos -esos guerreros y gobernantes sobrios y moderados, destinados los primeros a ser **conocidos desde** ahora hasta el fin de los tiempos como los «esparianos de las Termópilas afganas»- pueden haber sido capaces de aceptar *un soborno?* ¡Y los ingleses *pur sang*, los ingleses de Londres, dignos hijos de una nación cuyos representantes en el Parlamento castigan severamente las «pretensiones de extorsión» de sus vecinos y la menor desviación de la verdad y honestidad en otras naciones, han podido permitirlo entre sus propios anglo-indos! impensable, simplemente absurdo. No debemos creerlo, porque un país tan sensato no mostrada tan ardiente indignación en su prensa y Parlamento por los «extorsionistas rusos», si fuera culpable de idéntico pecado... Como resultado de esta reflexión, hemos decidido considerar las acusaciones de los brahmanes como una difamación abominable originada por infieles desagradecidos, y volver a la historia del señor Peters.

Y, en fin, esta «historia» no puede atribuirse a una calumnia, como lo fue el «soborno de cuarenta lakhs de rupias ofrecidos por el Templo de Tirupati» a los instigadores del celebrado Ilberl Bill.(1) ³⁰⁹El impío sepulcro del estimado Inspector, con sus símbolos paganos, se ve todavía hoy a las puerias de Maduraj, y los funcionarios cultos que sucedieron al difunto se ruborizan al verlo.

Se sonrojan porque el señor Peters perteneció a la misma clase culta de funcionarios (aunque no en relación a los sobornos) y sólo no miraba con desdén los *fondos pagodales*, sino que, además, contribuía a ellos con dinero de su propio bolsillo. Todo esto fue el resultado del hecho de que, después de leer el manuscrito sobre Minakshi, por una u otra razón, su alma se conmovió por tan gran virtud que decidió familiarizarse mejor con la Diosa. A pesar de haber realizado en el pasado profundos estudios sobre la filosofía india, no compartía sus opiniones acerca de la «Obsesión» y tampoco había incluido a la sanadora femenina de ésta en el campo de la filosofía; al contrario, se divertía y burlaba de tales idiosincrasias. Pero desde el día en que recibió el manuscrito, empezó a visitar el Templo y a esforzarse en recoger todos los mitos existentes sobre la Diosa.

Entre tales leyendas compiladas por el estudioso Inspector, una demostró ser raramente interesante y, aunque los geólogos y etiógrafos británicos no le prestaron apenas atención, el señor Peters la clasificó como un hecho histórico. Es más, fue dado a conocer por la misma Diosa en su «autobiografía». Por deseo expreso de Peters, el manuscrito fue enterrado en la tumba donde reposan sus cenizas.

El río Vaigai, en cuya orilla sur está situada la ciudad de Maduraj, forma parte de los llamados *antarvahini nadi*, es decir, dos que fluyen *bajo tierra* desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar, es decir, son corrientes subterráneas. Incluso durante la estación del Monzón, cuando los campos se inundan por las lluvias torrenciales y los dos se desbordan, el lecho fluvial se seca en tres o cuatro días y sólo queda el fondo rocoso. Sin embargo, en cualquier época del año, al cavar cincuenta centímetros o un metro en la tierra, se obtendrá agua excelente, suficiente no solamente

³⁰⁹ 1 Ver capítulo 1 de la Segunda Parte. (N. del E.)

para las necesidades de la ciudad, sino también para la irrigación de los campos de todo el distrito.

Estos ríos eremíticos son muy escasos en la india y, en consecuencia, se consideran sagrados. En la India, es generalmente conocido -o quizás, conocido sólo por unos pocos- que cada templo y monte, cada montaña y bosque, en resumen, cada localidad y cada construcción considerada sagrada por una u otra razón, posee su propio *Purana*(1) ³¹⁰. Está escrito en antiguas hojas de palmera y los brahmanes oficiantes de cada una de las *pagodas* lo conservan cuidadosamente. En algunos casos, el original en sánscrito ha sido traducido a la lengua vernácula y ambos textos se guardan con idéntica reverencia. En los días sagrados de los aniversarios en honor de tales «Diosas fluviales» y «Dioses montañoses» (para ellos un río es siempre una Diosa, y un monte, un Dios), los manuscritos son sacados a la luz y a la noche los brahmanes leerán para la gente estos *Puranas* locales que son acompañados por considerables rituales y los comentarios necesarios. En muchos templos hindúes, durante la Nochevieja(1) ³¹¹, el *Brahmán -astrólogo* lee a la gente el calendario del año entrante.

Estos calendarios indican con exactitud la posición de planetas y estrellas, distinguen entre horas *favorables* y *desfavorables* de cada uno de los 365 días del nuevo año y predicen la fecha e incluso *la hora del día*, de futuras lluvias, vientos, huracanes, eclipses de planetas o del Sol y otras manifestaciones diversas de la Naturaleza.(1) ³¹²Todo esto se lee

³¹⁰ 1 *Purana* significa literalmente, «antiguo», pero también es un sinónimo de «historia» o «crónica».

³¹¹2 Durante el mes de marzo o abril, según los distintos calendarios religiosos.

³¹² 'Nuestros astrónomos predicen la hora y el minuto de eclipses con no menor éxito, suponemos, que los Brahmanes-astrólogos. Pero es curioso que los últimos, raras veces se equivocan en predecir frecuentemente para todo el año las fechas y horas de huracanes y lluvias inesperados, que (en especial, los últimos) casi nunca aparecen fuera de la estación de lluvias. He aquí lo que el maharajá de Travancore escribe sobre estos Brahmanes-astrólogos en su artículo «Los límites entre Materia y Espíritu»:

delante del Dios patrón o de la Diosa patrona en el templo. La muchedumbre escucha con reverencia las profecías de la Divinidad, que habla a través de los labios del br-ahmán sobre hambres, guerras y otras calamidades nacionales; tras ello, el astrólogo y brahmán bendice a la multitud y, después de reparlar entre los más pobres el arroz, las frutas y otras ofrendas comestibles traídas para las divinidades, les permite dirigirse a sus hogares.

El Inspector Peters encontró en la «autobiografía» de Minakshi *un Purana* sobre los antarvahini nadi. Con la ayuda de su pandita, lo tradujo del sánscrito al *telugu*, y hoy en día se puede leer en el templo de la Diosa de buen corazón. Lo que sigue es un breve resumen de su contenido.

Este *Sthula-Purana* explica la causa del curso subterráneo del río Vaigai y, además, da pruebas de la honda fe de la diosa Minakshi en el señor Peters, a quien eligió confiar el episodio de su temprana juventud y el amor por su esposo Siva.

<La Astrología, tan despreciada por los modernos, sigue rigiendo a la Humanidad, y la creencia en ella se puede descubrir en los rincones menos esperados. Un amigo europeo nos contó el otro día que hace algunos años se dirigía a un depósito de madera en el corazón de los bosques, situado en una isla formada por dos brazos de un gran do. El tiempo y las corrientes de aire eran bastante secos. Sucedió que en el camino se encontró con un astrólogo que le avisó de que tres días después habría una fuerte lluvia y una terrible subida del do. No había ninguna nube en el cielo; desdeñando la predicción, se dirigió hacia el depósito de madera. Entonces sucedió: la lluvia vino torrencialmente en el día señalado, el río se desbordó, cortando todas las comunicaciones y arrastrando consigo mucha leña valiosa, y le obligó a vivir miserablemente durante varios días en la parte alta de la isleta, en una cabaña improvisada hecha de ramas. Él declara creer en la astrología, aunque muchos astrólogos sean a menudo impostores. Tenemos conocimiento de casos en que la fecha de nacimiento y el sexo de bebés fueron predichos con perfecta exactitud.»

(*The Theosophist*, vol. VI, No 2, nov. 1884, p. 41)

Kulashekara(2)³¹³, el valiente rey de Madura; en los días de adolescencia de los principales Dioses, y su esposa (cuyo nombre no ha sobrevivido a la Historia) se vieron recompensados por los largos años de continuos *tapas*(1)³¹⁴ y *obras* benéficas con el nacimiento de una niña encantadora. Ella era fruto de cientos de *janmans* («encarnaciones») pasadas con aspectos exteriores de otras personalidades; esta hija era la célebre Minakshi de «ojos de pez». La Diosa no lo fue desde el primer momento, sino que fue el resultado de su piedad en muchas de sus existencias anteriores, durante las cuales suplicó a Siva y a Kali: al primero, honrarla con escogerla como una de sus esposas, y a la segunda, hacer de la suplicante uno de *sus aspectos*. Por fin, Sundaresvara(2)³¹⁵ satisfizo sus oraciones y anunció a Minakshi que se desposada con ella.

El rey Kulashekara comenzó unas magníficas preparaciones para el festejo nupcial. Rebosante de orgullo con el pensamiento de ser honrado con semejante yemo divino, rogó a Siva que trajera una gran comitiva formada por los señores más eminentes de Kailasa.(3)³¹⁶ *Bhumi-devi* («Diosa de la Tierra») dijo, a pesar de su fecundidad e innata paciencia proverbiales, que no tendría tiempo para generar suficientes *devas* para la boda, además de que diariamente tenía que traer al mundo a masas de pecadores (sin mencionar al reino animal y otros); por ello, y si no se compadecía Siva, la boda careceda de esplendor y no habría nadie que comiese los manjares preparados.

El novio prometió complacer la ambición de su suegro; pero cuando descendió de Kailasa hacia la «dulce tierra»(4)³¹⁷, en lugar de la comitiva resplandeciente que se esperaba, sólo trajo consigo a un malogrado enano,

³¹³ 2 La traducción literal de este nombre es < la cabeza de las joyas familiares».

³¹⁴ 1 *Tapas*, rituales y disciplinas del Kliya Yoga. (N. del E.)

³¹⁵ 2 *Sundaresvara*, < el Señor Magnificante>, nombre de Siva, uno de los *ekadasa Rudras*, u «once Rudras». *Rudra* significa literalmente «destructor, vencedor del mal».

³¹⁶ 3 *Kailasa* es la parte del cielo que es morada favorita de Siva.

³¹⁷ 4 *Madurai* significa «dulce tierra».

Kundodara.(5) ³¹⁸El suegro electo lo tomó como una ofensa y se enojó mucho. ¿Pero qué puede significar el disgusto de un mortal a los ojos de un Dios? Siva, que leía los pensamientos de Kulashekara, sonno y se limitó a decir: «¡Rey, da de comer a mi pequeño cortesano!» El Rajá, muy enfadado porque nadie comería sus manjares, ordenó a su *pradhana mantrin* («Primer Ministro») que velara porque el enano comiera cuanto quisiese. Pero cuando éste comenzó a comer, devoró no sólo las *exquisiteces* que se habían preparado en el palacio, sino también todas las provisiones, incluso todas las reservas de la ciudad de Madurai; además vació toda el agua acumulada en pozos y fuentes. Al gritar que queda más agua, el enano fue llevado a la orilla del río Vaigai. Las aguas resultaron ser insuficientes para saciar la sed de Kundodara, De un trago, secó todo el do hasta el fondo, por lo cual la Diosa fluvial tuvo que ponerse a salvo en el interior del bosque.

He aquí la lección que Siva dio a su suegro, quien no había tenido en cuenta a los pobres, a quienes podía haber servido la comida preparada para la boda, prefiriendo que la comieran los dignatarios de la corte. Desde entonces, el enano, bajo la forma de su imagen en piedra con panza de barril, está sentado en la orilla del seco do, esperando su aparición anual en la estación lluviosa. La buena Minakshi, apiadada de la suerte de los maduraianos, instó a la diosa Vaigai para que volviera del profundo bosque y corriera hasta el mar bajo tierra, permitiendo que el enano se bebiera todo el agua del do sólo una vez al año. Desde entonces, Ella es la patrona de la ciudad.

Poco después de sus frecuentes visitas al templo, Peters, que se había sumergido en el estudio de los hechos gloriosos de la poderosa *devi* y *maravillado* por sus virtudes, empezó a encontrar algo atrayente en la expresión de los «ojos de pez» de Minakshi. Parecía como si su horrible boca se transformara en una benigna sonrisa con la llegada del inspector. Él se acostumbró a su fealdad. Universitario, con los gustos simples de todos los universitarios, Peters había empezado a estudiar la religión hindú para la causa de la ciencia y acaso también por aburrimiento, pero comenzó a profundizar poco a poco en su filosofía complicada y

³¹⁸5 *Kundodara* significa «gran abdomen».

rompedora de cabezas, y pronto se convirlió en un verdadero shastri(1) ³¹⁹. Dejó de burlarse de los piadosos brahmanes y empezó a confraternizar y rodearse de ellos.

Entre ellos había un *mantrika*, un brahmán del Templo de Mirtakshi, cuyo deber era pronunciar mantrams y otras oraciones mágicas ante la Diosa. En poco tiempo, se convirtió en el *alter ego* del Inspector. Finalmente, un buen día le llevó a Peters una figurilla de Minakshi y la pieza de bronce fue colocada en el dormitorio del huésped. Conociéndole como arqueólogo, los pocos anglo-indos que vivían en Madura; no prestaron particular atención a esto.

Una noche, el señor Peters, que siempre dormía muy profundamente, vio a su Diosa en un sueño. La aparición de «ojos de pez» trató de desperiarle con premura, rogándole que «se levantara y vistiera». Pero ni siquiera un requerimiento semejante podía afectar al profundo sueño del Inspector. Entonces, *en su sueño* parecía como que la Diosa empezaba a vestirle rápidamente; las sagradas manos de Minakshi no tenían reparos ni siquiera para ponerle las botas en los pies, unas botas hechas de piel de vaca *sagrada*. (He aquí la razón por la que las botas son para los brahmanes el componente más despreciable de la indumentaria europea.) Después de vestir a su admirador, le tocó la frente, diciendo, «Sálvate por la ventana. ¡Salta o morirás!» Luego desapareció y el señor Peters despertó.

La casa del Inspector estaba ardiendo. Las llamas ya estaban lamiendo las paredes de su dormitorio con sus avariciosas lenguas y la única puerta de salida estaba en llamas. Sin dubitaciones, saltó por la ventana y así salvó su vida. La casa se había construido en la orilla del río, pero en la época del incendio, como la mayor parte del año, éste estaba seco por completo. De repente, para el asombro de la multitud allí reunida, el agua comenzó a fluir por el lecho fluvial y a subir rápidamente hasta la ventana de la casa incendiada ante sus propios ojos. Gracias a esta inesperada ayuda, el fuego se apagó de prisa y muchos objetos de la invaluable colección del señor Peters fueron salvados. Sólo papeles y documentos muy importantes del Gobierno habían sido consumidos.

³¹⁹ Un teólogo que conoce de memoria todos los Shastras o tratados teológicos.

Este suceso está consignado de puño y letra por el propio Inspector, con su rúbrica personal, y ha sido confirmado por el testimonio de su asistente, sus secretarios y muchos de los presentes en la escena del incendio; y además, se encuentra en las actas oficiales de los archivos de la ciudad, donde el curioso documento puede ser visto todavía hoy.

Lo más extraño de todo fue que el señor Peters, según el testimonio de su criado y de él mismo, la noche de la conflagración se fue a la cama desnudo y descalzo, pero cuando saltó por la ventana, se vio vestido y con las botas puestas. Sumado a todo esto, no saltó del primer piso con las manos vacías, sino con la pesada imagen de Minakshi bajo su brazo. Este hecho inexplicable, en el que él ha meditado cientos de veces, hizo reír y menear la cabeza a todos. «El buen Peters -dijeron- estaría borracho aquella tarde y quizás se desplomó en la cama vestido y con las botas puestas.» Pero los brahmanes y la población nativa estaban triunfantes, firmemente convencidos de que él *había sido ataviado y salvado por la MahaDevati*, por la misma «gran Diosa».

Era evidente que el señor Peters estaba convencido por completo de esta opinión, si juzgamos por los imprevistos resultados que tuvo el suceso: repentinamente se volvió extremadamente devoto, si es que es posible usar esta palabra en conexión con el objeto de su piedad, y según las palabras de Mulji, de ser un materialista total fue literalmente «transformado en un *pujista*-. Peters comenzó a adorar a la diosa Mirtakshi tanto como cualquier brahmán. Se dio de baja en su función y, retirado, se vistió con el atuendo de los *bairagines*, para llevar a cabo todos los días los ritos religiosos prescritos por los *Shastras*, terminando por ganar reputación entre el populacho como «santo blanco»,. Se enamoró del pueblo indio y se convirtió en un defensor tan ardiente de ellos que su memoria todavía vive en los corazones de los agradecidos nativos y su nombre es pronunciado con el mayor respeto por los peregrinos que vienen a ofrecer culto.

Como resultado de esta «suceso» inusual, el Gobierno le declaró loco y designó a una comisión de psiquiatras para enviarle a Inglaterra y someterle a un tratamiento. Pero incluso aquí, la «Diosa» no abandonó a su admirador. Los doctores y expertos cayeron bajo la influencia de la *dharana* («influencia magnética») de Minakshi, pues en lugar de un testimonio de su debilidad mental le dieron un certificado de salud, afirmando que la mente del ex-Inspector funcionaba con total normalidad.

Después de regresar a Madrás, volvieron a confirmar su testimonio. Peters tenía amigos influyentes en Inglaterra y medios independientes, así que fue dejado en paz. Cuando años más tarde murió, su deseo fue que sus cenizas fueran enterradas en un lugar desde donde se pudiera ver el templo de su Diosa. Y así se hizo. Después de la cremación, fue enterrado sobre el montículo desde el cual se ve la dorada *stupa* («cúpula») de la torre oriental del templo, tan claramente como si uno la tuviera en la palma de su mano. Aún hoy, el mausoleo granítico destaca en el lugar, y los peregrinos se acercan para visitar la tumba del «santo blanco». La *Tumba de Peters* es una de las curiosidades de Madura; y el turista que desea contemplar la ciudad y el templo, sube al conocido montículo. Este último se halla en tierras pertenecientes al Templo de Minakshi; gracias a ello, la tumba y el monumento no fueron derruidos hace tiempo, ni el terreno aplanado.

Sin embargo, los anglo-indos que «no estaban locos» por los indos, habrían encontrado excesivo el haber sido obligados a proclamar dementes a todos los suyos que, si bien no amantes de los nativos, sí creían en el poder de sus Dioses y Diosas, por extraño que esto pueda parecer. Toda esa gente excéntrica, si se les pregunta, reconocen haber dejado las filas de los materialistas, ¡y todos son ex-ateístas y ex-positivistas! Por ejemplo, aquí tenemos lo que escribió el maharajá de Travancore, el más culto de todos los príncipes de la India, sobre otro Inspector cuyo nombre no quiso revelar:

«Cierta Inspector de un distrito de la Presidencia de Madrás tenía una familia de varias hijas pero ningún hijo. Habiéndose relacionado durante su vida oficial con diversos caballeros nativos de todas las variedades de fe, varios de ellos le recomendaron tomar baños de mar en Rameswaram ¡para tener un hijo! Por supuesto, rechazó la propuesta, pero pensando que un baño en el mar no podía hacer daño, se bañó en Dhanushkodi(1) ³²⁰. ¡Y poco después tuvo un hijo!»(2)³²¹

³²⁰ ' El templo de Rameswaram en Dhanushkodi es un lugar de peregrinaje visitado por los nativos devotos, *para tener hijos*.

³²¹ 2 *The Theosophist*, vol. VI, No 2, nov. 1884, p. 4.

Algunos anglo-indos se han vuelto mahometanos; otros, que no fueron aceptados al Hinduísmo por los brahmanes, se han convertido, por odio, o bien en *vallabhacharyas*(³²²), o bien en adoradores del diablo.

Madurai no está lejos de Madrás. Cuando la visitamos unos dos años más tarde, y poco después nos instalamos en Adyar, en las orillas del río, uno de los viejos brahmanes que conoció personalmente a Peters, nos habló extensamente acerca de él.

-La Diosa se le reveló -dijo entre otras cosas- en su *verdadera esencia primordial*; de otro modo, jamás la habría adorado como lo hizo.

Como contestación a nuestra observación de que aunque los vedantinos insistan especialmente en la *Unicidad* de Parabrahman, su culto a los ídolos desmiente y contradice esta Unicidad de sus enseñanzas, respondió:

-La *Devati* («Diosa») es un simple ídolo sólo a los ojos del ignorante *sudra* (la «clase inferior»); para los *shastris* iniciados Minakshi, como todas las demás divinidades, es tan sólo *uno de los ladrillos del edificio común*, cuyo nombre es *Sat*, Seidad.

Esta explicación y la expresión «ladrillo» nos parecieron en aquel momento muy insatisfactorias y a mí, hasta ridículas.

Antes de comenzar mis estudios serios de los *Vedas* y, en general, del simbolismo de las creencias hindúes, frecuentemente me surgía esta cuestión: ¿en virtud de qué podía un pueblo tan inteligente y unos pensadores tan genuinos como los autores de estos sistemas tan importantes y originales -para los que hayan estudiado las seis escuelas filosóficas principales de la India-, haber caído en el *politeísmo* y en su expresión externa de un **culto a «ídolos»**, o haberlo permitido en las masas, por muy ignorantes que fueran? Durante mucho tiempo no podía explicar-me esta predilección. No entendía por qué, por ejemplo, Keshub Chunder Sen, el conocido y muy culto reformista bengalí, un hombre que

³²² 3 La secta vallabhacharya es, no sólo amoral, sino de lo más inmoral. Reconoce como única autoridad al Pontífice, que goza de derechos conyugales absolutos sobre las mujeres e hijas de todos los vallabhacharyas sin excepción.

llegó a encantar a la reina Victoria⁽¹⁾ ³²³ por su conversación y sus opiniones, y a toda la alta sociedad londinense por su elocuencia inusual y fascinante; por qué este místico, cabeza y líder de la Brahma Samaj, no pudo en toda su vida renunciar a su diosa *Durga*. A veces parecía incluso desagradable oírle decir y leer en la prensa, cómo se rodeaba, en sus pseudodelirios místicos, ¡con Mahoma, Buda, Chaitanya y Durga! Pero ahora lo comprendo y me arrepiento sinceramente de mi clamorosa censura a este reforrista ahora muerto. Fue un ardiente monoteísta, pero nació hindú y lo siguió siendo hasta el final. La siguiente explicación de este enredo, es posible que sea de algún provecho:

En la extraña mitología de los brahmanes -que a primera vista es incluso más legendaria que la mitología griega- y, en general, en su todavía más extraña concepción del mundo, se encierra, sin embargo, una profunda filosofía. La forma externa de idolatría no es sino una cortina que oculta a la verdad, como el velo de Isis. Esta verdad, empero, no se evidencia tal cual. Para algunos, la cortina oculta, no el rostro de Isis, sino simplemente un espacio vacío que se pierde en lo que para ellos es oscuridad impenetrable; en cambio, para otros, de ese lugar emana luz. Para aquellos que no poseen por naturaleza aquel sentido innato, interno, que otros sí tienen, y que los hindúes llaman con acierto el «tercer ojo» o el «ojo de Siva», es mucho mejor contentarse con los fantásticos motivos sobre la cortina, pues no pueden sondear la profundidad de la oscuridad impenetrable, ni llenar un espacio vacío. Pero para aquel que posee el tercer ojo» o, hablando con más claridad, quien es capaz de transferir su visión desde lo objetivo burdo hasta lo profundo puro, ve luz en la oscuridad y en el aparente vacío discierne el *Universo*... La conciencia de su naturaleza interna le mostrará infaliblemente que la presencia de Dios es percibida aquí, pero no puede ser comunicada, y el expresarlo en una forma concreta tiene por excusa el ardiente deseo de transmitir este sentimiento a las masas. Así, aunque sigue censurando en su alma la forma de culto, no se reirá ya abiertamente de los ídolos y de la creencia en ellos por parte de quienes, incapaces de penetrar más allá de la cortina, se satisfacen con la foriria exterior, sólo porque es difícil para ellos, si no

³²³ 1 Keshub Chunder Sen siempre llamaba a la Reina su «madre». Los miembros de la secta Brahma Samaj son considerados y llamados los «Unitalistas» indos y, por ello, semi-cristianos.

completamente imposible, llegar a cualquier concepción viable del «Dios Desconocido».

A fin de mostrar de forma gráfica que los 330 millones de Dioses de la india juntos apuntan hacia el Dios Desconocido *Uno*, trataré de hablar con sencillez. Para ello, bastará con contar una de las historias alegóricas de los antiguos hindúes de los *Puranas*, una historia que, al parecer, no han descubierto todavía nuestros orientalistas.

Hacia finales del último *pralaya* (es decir, el periodo intermedio entre dos creaciones de nuestro mundo), el Gran Rajá que mora en la eternidad del espacio infinito, queriendo dar a los hombres venideros un medio de conocerle, construyó un palacio en el Monte Meru hecho de sus *cualidades inherentes* y *fijó* su residencia allí. Pero cuando los hombres volvieron a habitar en la Tierra, este palacio, uno de cuyos extremos descansaba sobre un confín de la «infinitud» y el otro sobre el otro confín, demostró ser tan vasto que la pequeña raza ni siquiera sospechaba su existencia; para ellos, el palacio era el firmamento celestial, más allá del cual, según ellos, no existía nada. El Gran Rajá, viendo la dificultad y compadeciendo a la pequeña raza, decidió revelarse a ellos, no *en su totalidad*, sino *en partes*. Demolió el palacio creado con todas sus cualidades y comenzó a tirar uno por uno los ladrillos a la Tierra. Cada ladrillo se convirtió en una estatua; un ladrillo rojo, en un Dios, y uno gris, en una Diosa; y cada uno de los *devatas* y *devatis* que se habían encarnado en una estatua, *recibió una de las innumerables cualidades del Maharaiá*. Al principio, todo el panteón consistió sólo en cualidades superiores. Pero la gente, aprovechando la impunidad, se volvió más depravada y más mala... Entonces el Gran Rajá envió a *Karman* (la «Ley de Compensación») a la Tierra. Karman, que no perdona ni siquiera a los Dioses, cambió muchas de las cualidades en instrumentos de castigo; y es así cómo los Dioses destructores y vengadores aparecieron entre las divinidades clementes y benevolentes.

Esta historia, que nos fue contada por un brahmán de Madura₁, explica por qué él llamó a la diosa Minakshi «un ladrillo» y, además, indica la unidad de fondo en todo este politeísmo. La diferencia entre la esencia individual de los *dú maiores* del sagrado Monte Meru -el Olimpo de la India- y los *dú menores* no es demasiado grande. Los primeros, son rayos directos, y los segundos, son los rayos fragmentados, refractados de una

misma luminaria. ¿Qué son en realidad Brahma, Visnú o Siva? Ellos son el triple rayo emanando directamente de la «Luminaria del Universo», *Svayambhu*, el *poder o espíritu* que vivifica y fecunda a la materia, encarnada esta última en Sarasvati, Lakshmi y Kali, las tres representaciones de *prakriti* («materia»), las tres Diosas de los tres Dioses. Estas tres parejas, sintetizadas en Svayambhu, la «Deidad *Inmanifestada*», son los símbolos que personifican a su invisible presencia en todas las manifestaciones de la Naturaleza. Resumiendo, Brahma y Sarasvati, Visnú y Lakshmi, Siva y Kali, representan en su totalidad al *espíritu* y la *materia* en sus cualidades triples: *creación, preservación y destrucción*.

Visnú es uno, pero posee 1008 nombres, cada uno de los cuales es el nombre *de una de las cualidades del Uno*. Las cualidades personales de Visnú están encarnadas a la vez en los Dioses secundarios del panteón hindú. Así, convirtiéndose en una personalidad separada de Visnú (al tiempo que Visnú es sólo la personificación de una de las *siete* cualidades o atributos principales de Svayambhu), cada personificación es llamada aspecto o «manifestación» de Visnú, Brahman o Siva; o sea, de uno u otro de los Dioses y Diosas *principales*. Cada uno de ellos, tiene numerosos nombres que los brahmanes oficiantes de uno u otro culto repiten a la manera de loros, pero que en los días de la Antigüedad tuvieron un profundo significado; Svayambhu es la primera emanación o nayo de Parabrahman, la Divinidad *sin atributos*, es el primer soplo de su espíritu; y es *trimurti*, síntesis de los tres poderes espirituales en unión con los tres poderes materiales. A partir de las cualidades de estas tres parejas nacen los Dioses menores, los *dii menores*, que a su vez representan las cualidades de los Dioses mayores.

Así es que los siete colores primarios del prisma en los que el rayo *incoloro* se descompone, dan origen, a través de nuevas fusiones, a los colores compuestos secundarios y se diversifican *ad infinitum*. Los brahmanes dicen que el dios Surya (el Sol) tiene siete hijos, cuya descendencia constituye una buena tercera parte del panteón de los *devas*; y el Dios del Aire, *Vayu*, es el padre de las siete sílabas primordiales y de las siete notas musicales que generan, y conforman todas las combinaciones posibles de sonidos en la armonía de la Naturaleza.

En la India antigua, la religión estaba estrechamente vinculada a la contemplación de la Naturaleza. Las verdades universales y la misma

esencia de la *Verdad* estaban personificadas en la Deidad. Cada verdad manifestada, sea cual sea, tiene su relación directa con la Divinidad, es decir, la *Verdad existente por sí misma*. En el panteón de la religión hindú, sólo el método de expresión exterior es, en verdad, crudo y tiene, en general, una forma repelente y caricaturizada.

La conclusión lógica que se debe sacar de todo esto es que el panteísmo de la India -que externamente ha deificado todas las crudas fuerzas de la Naturaleza, como si sólo personificaran las formas exteriores- está en relación con el campo del conocimiento de la Física, de la Química y, en particular, con la Astronomía, y posee en sí algo de la naturaleza del materialismo poético, como una continuación del Sabeísmo caldeo. De todos modos, si dejamos de lado su forma exterior, que ha llevado a las masas ignorantes al más repugnante culto idolátrico, y penetramos en la fuente primordial de los mitos del Panteísmo, entonces no encontraremos allí Dioses, ni siquiera un culto externo a diversos objetos de los reinos de la Naturaleza en sus formas ordinarias, sino más bien un culto al Espíritu *omnipresente*, igual de inmanente en la menor hoja de hierba que en el poder que la engendró y estimuló a crecer.

Esta es la explicación simple y natural de los treinta y tres *crores*(1)³²⁴(330 millones) de Dioses de la India. Estos Dioses fueron creados y dotados de existencia como resultado de la ciega inclinación a personificar lo que no se puede personificar, dando lugar así a los «ídolos». Con el curso del tiempo, la piedra fundamental de la concepción filosófica y religiosa que tenían del mundo sus sabios, cayó en manos de ambiciosos y fríos brahmanes calculadores, que la rompieron en pedazos y la redujeron a polvo para su conveniente asimilación por las masas. Pero para el pensador, así como para cualquier orientalista *desprejuiciado*, estos malogrados pedazos, así como su grava finamente triturada son, a pesar de todo, fragmentos de aquella piedra, atributos de la energía manifestada de Parabrahman, el Uno que Es eternamente sin principio ni fin.

Los brahmanes vedantinos postulan tres tipos de existencia: *paramarthika*, la *real y verdadera*; *vyavaharika*, la *condicionada y práctica*; y *pratibhasika*, la *ilusoria*. Parabrahman es la única representación de la primera y, por ello, es llamado Sat, „aquello que

³²⁴ 1 Un crore es igual a cien *lakhs* o diez millones.

realmente es» o la *Existencia-Una*; a la segunda clase pertenecen los Dioses personificados bajo diversas formas, las almas *personales*(2) ³²⁵ de los mortales, y de todo lo que se halla manifestado como fenómeno en el mundo de la percepción subjetiva. Esta clase, después de recibir existencia en la imaginación de las masas ignorantes, tiene un fundamento no más firme que el de aquello que vemos en sueños; pero en función de la realidad de la relación práctica de la gente con estos Dioses, su existencia se define *condicionalmente*. La tercera clase de existencia incluye objetos tales como los espejismos -una madreperla tomada por plata, una serpiente erguida tomada por una cuerda- y hasta el hombre, en una de sus subdivisiones. La gente *piensa*, imagina que ve una u otra cosa; consecuentemente, para aquel que lo ve y lo imagina tal cual, *realmente existe*. Pero esta realidad es sólo temporal y la propia naturaleza de estos objetos es efímera, por lo tanto, condicionada, y debido a esto, en un último análisis se concluye que esa realidad es solamente una *ilusión*.

Todas estas concepciones no sólo no interfieren en la creencia de la personalidad y unicidad de la deidad, sino también sirven como barrera impenetrable para el ateísmo. En la India no existen los ateístas en el sentido que nosotros los europeos le damos a ese término. Un *nastika* es un ateísta en el sentido de *no creyente en Dioses e imágenes*. Esto es conocido por todo el mundo en la India y estamos completamente convencidos de ello. Los ateístas e, incluso, los *agnósticos* de Occidente están lejos de los *nastikas* de Oriente. Los primeros lo niegan todo crudamente, menos la materia; los últimos, es decir, los materialistas indios, los *nastikas*, no niegan de ningún modo la posibilidad de la existencia de aquello que no comprenden. El auténtico filósofo comprenderá, no sólo la letra, sino el *espíritu* de su negación. Se convencerá con facilidad del hecho de que si, en referencia a la abstracción llamada Parabrahmán, enuncian que este principio «carece de volición y actividad, sensación y conciencia» precisamente lo hacen porque, según su forma de entender, *el Uno*, con tal nombre, es la volición incondicionada, la actividad *sin principio y sin fin*, la conciencia y el conocimiento de sí *autógenos*.

De ahí se sigue que los panteístas de la India, al mantener a sus ídolos, pecan tan sólo de un exceso de sentimiento religioso, si bien mal aplicado.

³²⁵ 2 De acuerdo con las enseñanzas de los brahmanes, el alma personal o conciencia terrestre se distingue de nuestro inmortal «espíritu».

Además, después de la total destructividad y absoluta no creatividad del materialismo *animal* en Europa, este Panteísmo aparece como refrescante moral y espiritualmente, como un exuberante oasis en medio de un estéril desierto de arena. Es mejor creer *en al menos una de las cualidades de la divinidad*, personificándola y adorándola bajo la apariencia que represente para cada uno, según su capacidad de entender, el semblante y símbolo más convincente del *Todo*, que negar el *Todo* bajo el pretexto de que no puede ser demostrado por métodos científicos y no creer en nada, tal como lo hacen nuestros doctos materialistas y los agnósticos de última moda.

Según el punto de vista expuesto, y a pesar de que podemos sorprendemos e incluso divertimos sinceramente por la originalidad de la elección de su objeto de culto, nosotros comprendemos por qué el señor Peters cambió tan repentina e inesperadamente de materialista ardiente de la escuela de Mill y Clifford en panteísta y hasta *pujista*.(1)³²⁶

Y ahora debemos volver a Digh.

³²⁶ 1 De la palabra puja, que significa «culto a los Dioses según reglas establecidas»; no oración, sino ritual.

CAPITULO IV

MARAVILLOSOS JARDINES DE DIGH - LAS ENSEÑANZAS DE LA

VEDANTA ACERCA DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE Y DEL UNIVERSO

LOS PRINCIPIOS DE LA CONSTITUCIÓN HUMANA – CONVERSACIÓN CON

EL THAKUR ACERCA DEL HOMBRE Y DE SUS ESTADOS POST MORTEM

EL SUTRATMAN - SUEÑO Y MUERTE - EL SVAMI ANANDA Y LA ALEGRÍA

DEL CORONEL - ¿QUÉ ES UNA RUDRAKSHA? - EL SALAGRAMA

La narración de Mulji, muy detallada en realidad pero considerablemente condensada por mí, llegó a su fin a la hora de la cena, sobre las cinco de la tarde, sin que nos hubiéramos dado cuenta de ello.

Un insoporiable bochorno pesaba sobre nosotros. El día que pasamos en Digh fue tan caluroso que uno creería que Surya deseaba quemar vivos a todos los jats que le adoraban y a nosotros, pecadores con él, pues tantas veces nos habíamos quejado de sus ardientes caricias...

Los rayos implacables caían como oro fundido sobre las cúpulas y murallas de mármol de los temples y sus enneguecedores reflejos se bañaban en las soñolientas aguas de los estanques, disparando flechas mortales a vivos y muertos. incluso espantaban a las bandadas de papagayos y pavos, que colman los jardines indos del mismo modo que los

gorriones llenan los jardincitos de las cocinas rusas, para hacerlos ocultarse en la más densa espesura. Un silencio impenetrable nos envolvía... Todo dormía, todo languidecía y ardía...

Antes del comienzo de la narración sobre Peters, ya habíamos buscado refugio en la gran casa veraniega de mármol que prácticamente estaba oculta en la parte más espesa del jardín, y allí, sin atrevernos a abandonar la cubierta bendita que habíamos encontrado, nos deleitamos en su relativa frescura. Estábamos rodeados por el agua de un pequeño estanque en cuyo centro se alzaba la espaciosa casa veraniega resguardada de la luz por plantas acuáticas trepadoras, ésta nos ofreció protección librándonos del gran calor y de haber quedado exhaustos. Sombra y frescor nos rodeaban a varios metros. Un infierno ardía fuera del límite del diáfano estanque en miniatura; el suelo se cuarleaba y se quebraba con los besos ardorosos del terrible sol de verano cuyos rayos lamían con sus lenguas de fuego la vegetación del jardín todavía exuberante, aunque agostada. Las rosas se arrugaban y caían, incluso el loto y los nenúfares acuáticos doblaban los bordes de sus duros y gruesos pétalos hasta dejarlos enrollados, como si, con fastidio, trataran de rehuir la caricia abrasadora. Sólo las orquídeas, 4as flores de la pasión> (1) ³²⁷, levantaban sus pequeñas y abigarradas copas, parecidas a insectos, para beber esa fiera corriente tal como otras flores beben del fresco rocío...

¡Qué esplendoroso e inigualable jardín! Extendido sobre una sierra desnuda, en un espacio que mide cerca de 300 m. de largo y 120 m. de ancho, incluye más de doscientas fuentes grandes y pequeñas.

El Superintendente, un viejo meloso con aspecto de eunuco, nos aseguró que «no todas las fuentes estaban en activo», muchas estaban atascadas o rotas, pero que en el día de la recepción del Príncipe de Gales en Digh -si no me equivoco- había seiscientas de ellas. De todos modos, nos habríamos contentado con doscientas. Por algunas rupias, los jardineros hicieron posible que estuviéramos todo el día bajo el más delicioso frescor, y que paseáramos a la luz de la Luna por una avenida bordeada

³²⁷1 *Flor de la pasión*, llamada así porque esta especie de orquídea sólo se abre del iodo con el calor del mediodía y no, como muchos han afirmado, porque sus pétalos, supuestamente, guarden una semejanza con la cruz, los clavos y la corona de espinas.

por dos hileras continuas de fuentes con densos chorros de agua que nos parecían árboles. Nada podía igualarse al efecto de estas dos paredes de espumeante agua como si fueran diamantes resplandecientes bajo el fulgor del astro de la noche, e iridiscentes como las madreperlas. Un maravilloso rinconcito, olvidado por todos, no visitado por nadie excepto por los funcionarios anglo-indos que vienen accidentalmente, siempre tratando de entretenerse con los príncipes nativos para eliminarlos en el momento adecuado.

El propio maharajá de Bliaratpur apenas se fija en Digh. El potentado de los jats, amamantado por el Gobierno, prefiere el burbujeo del champán al murmullo de las **fuentes de su propio** palacio encantador, y no existe melodía más **dulce para él que el** sonido de una botella de coñac cuando es descorchada...

Así es que el viejo jardín sombreado crece satisfecho con salvaje belleza, abandonado por la gente pero, por otro lado, a total disposición de un ejército de magníficos y salvajes pavos reales. Cientos de estas aves favoritas de Juno (llamada Sarasvati en la India) llenan los senderos, deambulando pomposamente y con sus largas colas agitando el polvo acumulado durante años. Colman los árboles desde la copa a las raíces y, gracias a su presencia, a menudo el jardín adopta desde lejos el aspecto del bosque encantado de un cuento de hadas. Los ásperos árboles, inundados con la deslumbrante luz solar, parecen respirar al moverse e inclinarse, y tras su denso follaje, miles de centelleantes ojos curiosos observan, reflejando haces de zafiro y oro... Son los ojos esparcidos en las colas de los pavos que se mueven entre las ramas.

Al salir a la terraza para observar el jardín, por un momento no pude explicar toda esta extraña fantasmagoría, y descendí por los escalones para examinar más de cerca el maravilloso espectáculo. Mi curiosidad fue inmediatamente castigada por «asalto y fuego»: el vuelo poderoso de un pavo, que asustado por mi irrupción había despegado de un árbol, corrió mis reflexiones sobre las maravillas de la India cuando tiró el topi de mi cabeza y me lanzó al suelo. Me solacé explorando el jardín, pero el babú se vengó de mi caída en otro pavo ¡arrancando media docena de plumas de la cola de la inocente ave, «en recuerdo de Digh»!...

Senderos estrechos cruzaban el jardín por todas partes, y se limpiaban y despejaban de la suciedad acumulada sólo antes de la llegada de «invitados eminentes» -según nos explicó el jardinero de donde dedujimos, con nuestro perspicaz discernimiento, que no pertenecíamos a esa categoría afortunada. En cada rincón, así como en el corazón del jardín, las aguas inmóviles reposaban pacíficamente en sus estanques de mármol cubiertos de espeso limo. Las fuentes, balsas y lagos en miniatura se habían convertido en una masa de desechos verdes, y sólo las aguas de los más próximos al palacio se mantenían limpias, aportando gran belleza a este pequeño rincón. A pesar del evidente abandono, la laguna octogonal en el centro del jardín, con el fresco palacete que nos protegía del calor, era particularmente bella. Rodeados por estanques menores con grandes chorros chisporreantes que surgían de entre las exuberantes flores tropicales, estuvimos dichosos y felices todo el día, sentados en la casa como si fuera un reino subterráneo. Cuatro avenidas de fuentes conducían a la laguna, y cuatro cortos puentes de mármol esculpido que llevaban al pequeño palacio, la cortaban en cruz.

Extenuados por la conversación, permanecimos sentados en silencio, cada uno cavilando sobre sus pensamientos y propósitos. Yo estaba leyendo, pensando más en el Thakur que en el contenido del libro, mientras el Coronel dormía. Sentado en un banco contra la pared, su cabeza echada hacia atrás sobre la espesura verde y su larga barba gris sobresaliendo, nuestro estimado jefe, el coronel Olcott, roncaba quedamente. Narayana y Mulji charlaban en el suelo, mientras que el babú, encaramado como una cariátide sobre el pedestal de una estatua rota y ahora perdida, también dormía.

Durante bastante tiempo estuvimos así, soñolientos, callados e inmóviles. Finalmente, hacia las cinco y media, el dormido jardín despertó poco a poco; el calor menguó, los pavos emergieron de sus rincones y bandadas de papagayos dorados y verdes gritaban de una punta a otra del árbol... Algunos minutos más y el Sol desaparecería tras el límite de los salobres lagos, y la Naturaleza, exhausta del día, descansaría hasta la mañana siguiente y se enfilaría hasta la próxima prueba de fuego.

Dejé mi libro para observar cómo todo lo que nos rodeaba empezaba a susurrar y moverse. El jardín se transformó de horno ardiente -como aquel de Daniel- en bosquecillo de un idilio clásico: sólo faltaban las juguetonas

ninfas bailarinas y la graciosa flauta de Pan. El líquido transparente del estanque ahora reflejaba únicamente el claro cielo azul y los presumidos pavos se disponían para la noche en la balaustrada esculpida del pequeño puente. En preparación de su próximo descanso, movían sus colas como las señoras españolas sus abanicos, abriéndolas y cerrándolas una y otra vez, y admirando su reflejo en el agua. Por fin, emitiendo su último rayo dorado, el Sol se hundió y una suave brisa nos envolvió. Era tan agradable, tal el fresco en la casita veraniega, que definitivamente rehusamos cenar en el polvoriento salón del palacio y decidimos pedir la *khana* («cena») en la glorieta, enviando al babú como mensajero de esta misión.

Bajo el pretexto de temer la venganza del pavo cuyas plumas había arrancado y que, según su propia afirmación, había reconocido entre aquellos que se habían instalado en las balaustradas, el infatigable bengalí escogió el camino más directo, el de lanzarse impetuosamente al estanque desde el pedestal, en vez de tomar el camino por el pequeño puente. El repentino chapoteo despertó y asustó al dormido Coronel, que en seguida preguntó preocupado si el babú se hallaba en peligro de ahogarse.

-Mejor ahogarse que arriesgarse a la venganza de un «pájaro funesto» -gritó el burlón escéptico, resoplando y tragando agua-.

-¿Qué «pájaro funesto»? -preguntó inquisitivamente nuestro Presidente, tranquilizado al ver que el agua tan sólo llegaba hasta el pecho del babú-.

-¡El maldito pavo! ¡Se trata del mismo «pájaro funesto» que anteanoche cayó sobre la barandilla en Bharatpur! -exclamó el bengalí, mientras avanzaba con dificultad por el fondo limoso del estanque-. Yo mismo vi cómo insinuó sobre mí a Mulji.

-Siempre anda tirando piedras en mi jardín -comentó el «generab, frunciendo el ceño-. ¿Acaso ha creído alguna vez en algo este *nastika*? Siempre se está riendo de todo y de todos.

-Bueno, ahora puede reírse usted de él. ¡Véale ahí! -repliqué, rompiendo en carcajadas-.

En verdad, el babú presentaba un aspecto de lo más curioso. Con gran esfuerzo había salido del fango y, escalando el alto parapeto del estanque,

dejaba detrás de sí gruesos pasteles de barro verde sobre el mármol blanco. Cubierto con plantas mugrientas y barro, había perdido todo parecido humano.

-Parece un ahogado, mi pobrecito babú -me burlé de él-. ¿Cómo puede gustarle tanto el agua? Esta es la segunda vez hoy. Tenga cuidado de no convertirse en un pisacha acuático después de su muerte; y, además, no vaya a ahogarse...

-Lo que fui, es lo que soy y lo que seré -fue la réplica que recibí de él, una muestra de los aforismos de su filosofía nihilista-. Polvo soy y polvo seré, y ahogarse, dicen, es una forma agradable y fácil de morir, Maam saab...

-Todos saben lo que *es* usted. Pero lo que *será*, lo ignoro. Pero seguro que fue un cachorro de Terranova en su existencia anterior, eso es indudable -replicó Mulji, vengándose-.

Pero el babú no oyó el comentario hecho en voz baja a su costa. Algo azorado por su aspecto, salió apresuradamente hacia la casa.

Si hubiera poseído el don de la precognición, como Narayana se imaginaba que yo tenía de algún modo, hubiera sellado mi boca antes de pronunciar mi último comentario. ¡Pobre chico, bueno y despreocupado!... ¿Sabía él que le esperaba una muerte tan temprana y horrible en las turbulentas olas amarillas del Ganges? Hasta hoy, a pesar de que han pasado cinco años desde entonces y casi dos años desde el fatídico suceso, no puedo recordar al pobre babú y las semanas felices de viaje que pasamos juntos, sin conmoverme. ¡Cuántas veces, demasiadas desde entonces, he soñado durante mis noches inquietas con esa figura flaca, pequeña y casi infantil, toda cubierta con el oscuro limo verde del estanque de Digh! En mis sueños veo cómo me miran sus ojos otrora chispeantes, siempre llenos de alegría bondadosa, pero ahora vidriosos y sin vida, y oigo nuevamente la réplica a mi aviso profético inconsciente, «No vaya a ahogarse», contestándome con el mismo tono profético: «*Lo que fui, es lo que soy... Polvo soy y polvo seré ...*»; ¡entonces me despierto

temblando de horror por el recuerdo! ... (1) ³²⁸Al pensar en el pasado, a menudo me hago esta pregunta: ¿Es cierto que todo lo que queda de él es... polvo? Entonces recuerdo una discusión entre Narayana y el babú y las respuestas del Thakur a nuestras preguntas. Esta disputa entre los dos tuvo lugar algunos días después de aquella otra -tan memorable para mí- en Digh.

Relataré la interesante conversación *in extenso*, con la esperanza de que interese al lector serio, no tanto porque ella clarificó las cuestiones que tanto tiempo me preocuparon, sino porque explica el peculiar punto de vista de los vedantinos acerca de la vida después de la muerte, sus misterios, y del alma humana en general.

Con vistas a una explicación más completa, daré algunas aclaraciones preliminares, a fin de hacer más entendible al lector dicha conversación. De otro modo, seña extremadamente difícil -para aquellos no familiarizados con la filosofía de los vedantinos (de la escuela *secreta*) y, en particular, con la compleja teoría del alma y de su significación en la eternidad- seguir los términos distintos con que se reconoce el «hombre espiritual». Estos últimos son innumerables, al igual que los nombres de sus Dioses -máscaras todos ellos-, porque cada *aspecto* del alma (o, más exactamente, del *agregado* espiritual unificado llamado por los vedantinos el Hombre Real o «individualidad espirituab, a diferencia de su cuerpo perecedero o personalidad *terrestre* que es considerada como una *ilusión*), cada una de sus modificaciones cualificativas tiene su propio vocablo descriptivo particular. Por ejemplo, dividen a la «personalidad terrestre»

³²⁸ 1 El joven muchacho se ahogó en 1883 de un modo trágico y, al mismo tiempo, estúpido. Entre Dchradun y Hardwar, el Ganges todavía no es un río, sino una corriente estrecha y extremadamente rápida. Sólo puede ser cruzado por un lugar mediante un pequeño puente, y aquellos que viajan a caballo lo conducen de la brida cerca de la pasarela, donde el agua no alcanza ni siquiera a las rodillas del animal. Pero el babú, a pesar de la adveriencia, quiso cruzar el río subido a caballo. El animal trastabilló y cayó; el babú se enredó con los estribos y no se pudo librar. La corriente, según los relatos, arrastró a ambos por más de un kilómetro hasta el borde de la catarata, donde jinete y montura murieron. ¡Su mucile, sobra decirlo, fue airibuida a la «furia de los Dioses»!

en tres grupos principales: espíritu, alma y cuerpo, y subdividen estos cuerpos en siete poderes o principios compuestos.

Los dos primeros, el espíritu y el «alma divina» (vehículo del espíritu), son impersonales y desprovistos de cualidades *per se*, y los cinco restantes son llamados *koshas*, es decir, «envolturas» o «receptáculos» de los diversos principios espirituales o terrestres del hombre, personales y cualitativos. Así, *manomaya kosha*, según su transliteración textual, significaría «envoltura de cognición ilusoria», es decir, el asiento o receptáculo de las concepciones terrestres y, por lo tanto, *ilusorias* del hombre. Este kosha es el asiento *de las concepciones de su mente física* en conjunción con la actividad de nuestros cinco órganos sensoriales que, al oscurecer la mente pura divina con sus groseras concepciones materiales, transforma toda verdad en un *espejismo*.

Esta teoría es particularmente difícil para aquellos que, aunque admiten la creación de un alma separada para cada hombre, rechazan al mismo tiempo la teoría de sus innúmeras encarnaciones y con ello repudian a la *emanación*, punto esencial de la filosofía panteísta de la India. Por ejemplo, al leer sobre la constitución *septenaria* del hombre, podría suponerse que en nosotros residen siete personalidades, cada una distinta de las demás («siete demonios», de acuerdo a la expresión de un teósofo ruso), que aparecen en secuencia numérica tal como las delgadas pieles de una cebolla, haciéndose más eléricas y subjetivas en proporción a su distancia de la burda envoltura exterior, o sea, del cuerpo. Sin embargo, nada de esto es establecido por la filosofía vedanta. Todos estos koshas tienen el propósito de elucidar su doctrina de la completa unidad de Parabrahman, base y sustancia de todo el Universo *manifestado*. Esta doctrina de la Causación del Universo cualitativo por el espíritu vacío de toda cualidad si no fuer-a explicada mediante las emanaciones, seda completamente incomprensible para los mismos panteístas.

El Espíritu es uno e indivisible, mientras que las almas de la Humanidad representan un número incontable de unidades separadas. Estas almas son emanaciones, «espíritus del espíritu». Pero como la impersonal *Seidad Incondicionada*, carente de toda cualidad, no puede manifestarse personalmente, se postula un reverso de Parabrahman: *Mulaprakriti*,(1)

³²⁹su poder o energía coeterno, la *raíz* de todo lo existente. inseparable de Parabrahman, Mulaprakriti conforma con Aquél al *Universo Invisible*. Lo que se separa no es Mulaprakriti, sino sólo la luz o radiación de «la Luz del Universo», y ésta es la emanación que se convierte en el Universo *visible*. Pero aquí vuelve a surgir una dificultad: ¿dónde hay lugar para un Universo *visible*? ¿Cómo puede algo ocupar el lugar que ya está ocupado, aunque sea en el espacio infinito, si este espacio es de hecho el propio Omnipresente *Sat*? Finalmente, ¿cómo puede una sustancia cualitativa abstraerse del espíritu carente de toda cualidad, o sea, que se presenta a nuestra concepción como una *nada*?

Los vedantinos solucionan esta dificultad así: el Universo *visible* no es más que una *ilusión* temporal de nuestros sentidos y de los igualmente temporales y falsos conceptos del hombre terrestre, quien asimismo es una ilusión y un simple kosha o vehículo del hombre espiritual y por ello, de la única individualidad *real*. El Universo visible y el hombre objetivo no existen realmente, porque todo lo que es visible y cognoscible por medio del testimonio de nuestros cinco sentidos es un *autoengaño*; Sat es lo único que Existe y Es.

Aún así, antes de que el «mada-todo» *real* se convierta en un «algo» *ilusorio*, debe darse una transformación gradual. En cualquier caso, «la radiación de la luz» es Parabrahman sin cualidades y, en consecuencia, incapaz de acción. De esta manera, la sombra -también < ilusoria>, por supuesto, porque una sombra no existe si no es por causa de un objeto, y Parabrahman es incorpóreo-, empieza a transformarse por medio de la diferenciación gradual de su actividad inconciente (*nota bene*: inconciente sólo para nuestro condicionado concepto de auto-conciencia) partiendo de lo que carece de cualidad y es impersonal hasta lo que es cualitativo y personal, o sea, primero en mundos visibles y, luego, también en el hombre. Pero ni el hombre ni los mundos podrían haber sido creados *de golpe* en esa envoltura tan pequeña en la que los *imaginamos* ver. El hombre fue formado y constituido según el siguiente orden:

GRUPO I

³²⁹1 *Mulaprakriti* significa literalmente «la raíz de la materia», es decir, la esencia primordial de la Sustancia. Pero, dado que Parabrahman es el Todo, esta raíz es también el mismo Parabrahman.

1. *Brahman o Atman*, un rayo de Parabrahman o Espíritu.

2. *Buddhi*. *Su vahana o* receptáculo, portador del Espíritu; el alma superior o divina.

(Esta unidad dual es la *raíz* del hombre, a pesar de que esta unidad *impersonal y sin cualidades* en sí misma aparezca ante nuestro entendimiento como una pura *abstracción*. *Su* individualidad empieza a definirse sólo después de muchas encarnaciones; a fin de adquirir cualidades incluso espirituales, *Buddhi* debe cosecharlas, después de la desaparición de la personalidad terrestre, en el primer principio del Grupo II, *Manas*.)

GRUPO II

3. *Manas*. El asiento de la mente. En conjunción con *Karna rupa* (ver abajo), ésta es la personalidad terrestre operante, el Ego del hombre o del cuerpo en el que habita esa personalidad; se llama alma *humana o terrestre* cuando es considerada como distinta de *Buddhi* o «alma divina». Cuando se une a *Buddhi* se llama *sutratman* («el alma-hilo»), porque de los tres grupos, sólo ella sigue al primero a través de todas las encarnaciones terrestres, cambiando únicamente sus propias cualidades personales.

4. *Kama rupa*. «El asiento de los deseos». Este principio sobrevive al «hombre» y junto con el *Mayavi rupa* desaparece con el tiempo.

5. *Mayavi rupa*, el «cuerpo ilusorio» o *doble* de la personalidad. Después de la muerte del hombre físico, estos principios cuarto y quinto se convierten en pisachas, o esos «espíritus materializados» que los espiritistas toman por las almas de sus difuntos, y los brahmanes por *demonios*.

GRUPO III

6. *Jiva o vida*. «El principio vital».

7. *Sthula sharira o* cuerpo físico del hombre, la máscara del alma.

Este último grupo es el más ilusorio de todas «las ilusiones» y desaparece sin dejar ningún rastro después de su desintegración.

Vemos que los tres grupos con sus siete divisiones están resumidos en el «alma divina». La unidad impersonal sin cualidad necesita adquirir individualidad y cualidades espirituales con cada nuevo *Manas*, es decir, con el *Ego* mental, y no después de una, sino de innumerables encarnaciones. Antes de que esta unidad esté preparada para convertirse en una personalidad *divina*, digna de unirse temporalmente a *Sat(1)*³³⁰ y *cesar* como «ilusión», necesita atravesar todos los niveles del sufrimiento humano, probar personalmente todo lo que experimenta la desvalida humanidad, hacer esfuerzos personales para purificarse de la escoria terrestre, extraer de las personalidades en que encarna sólo las más elevadas cualidades espirituales, si *es que existieron*, y pasar como el oro por la prueba del fuego. Cada nueva encarnación es un nuevo paso hacia la purificación y la perfección. La finalidad de todo esto es para que, después de numerosas edades, incluso la humanidad pasada viva tan realmente en Dios, como Dios vivirá en la humanidad futura, la *séptima* según los vedantinos de la *escuela secreta*, siendo la humanidad presente la *quinta*.

La siguiente conversación con el Thakur será ahora más inteligible para el lector.

-Maestro -preguntó Narayana al Thakur en medio de una calurosa disputa con el pobre babú ¿qué quiere decir éste?...

¿Debemos creerle?... ¿No queda absolutamente nada del hombre después de su muerte? ¿Acaso su cuerpo tan sólo se disgrega, como dice, en sus elementos constituyentes y aquello que nosotros llamamos alma y él «autoconciencia transitoria» se evapora y desaparece como el vapor del agua hervida cuando se enfría?

³³⁰1 *Sat* es una palabra casi imposible de traducir a las lenguas europeas. Aquí, *Sat* significa *la Realidad o Evidencia-Una*, fuera de la cual todo es sólo ilusión o autoengaño; *Sal* es la *esencia* eterna, ¡limitada, de todo, en el espacio eterno e infinito donde no hay lugar para nada excepto *Sat*. En resumen, *Sat* es la Seidad Absoluta, el espíritu incondicionado sin cualidades, la divinidad inmanifestada.

-¿Qué hay de extraño en ello? -contestó el Thakur-. Debes saber que el babú es un *charvaka*(1) ³³¹y como tal, sólo dice lo que cualquier otro charvaka diría.

-¡Pero los charvakas son unos mentirosos! Otros creen que el hombre no es su envoltura física, sino que consiste en una mente, asiento de su autoconciencia. ¿Pero puede el alma perder su autoconciencia con la muerte?

-En su *caso*, puede -contestó el Thakur con tranquilidad-, porque *él cree sincera* y firmemente *en lo que ahora profesa*.

Narayana lanzó una mirada asombrada y perpleja al Thakur, pero el babú, que más bien temía al último, nos mostró una sonrisa triunfante.

-¿Cómo es eso? ¿No enseña la *Vedanta* que el «espíritu del Espíritu» es inmortal y que el alma humana no muere en Parabrahman? ¿Es que existen excepciones?

-En las Leyes Fundamentales del mundo espiritual no pueden haber excepciones, pero existen leyes para los que ven y leyes para los que no ven.

-Así lo entiendo. Pero en ese caso, yo le explicaba a él que la completa y definitiva desaparición de su autoconciencia no es más que la aberración de un ciego que, incapaz de ver el Sol niega su existencia toda su vida... Pero lo verá con los ojos del espíritu una vez muerto.

- No verá nada en absoluto. Después de negarlo durante toda su vida, tampoco lo va a ver desde la tumba.

Viendo la terrible perturbación de Narayana y que también el Coronel y yo estábamos pendientes de una respuesta suya mucho más explícita, el Thakur continuó, mostrando una evidente reserva.

-Usted habla del «espíritu del Espíritu», de Atman, y confunde el Espíritu con el alma del mortal, el Manas. Indudablemente, el Espíritu es inmortal, pues no tiene principio y, por ello, tampoco fin. Pero la presente discusión

³³¹1 Secta de materialistas de Bengala.

no trata del Espíritu, sino del alma humana autoconciente. Usted confunde a ésta con el anterior, y el babú niega a ambos, tanto al Espíritu como al alma. Ustedes dos los confunden.

-Yo le entiendo a él, pero...

-¿Pero no a mí? Trataré de explicarme con mayor claridad. ¿En el fondo, trata usted de saber si es factible la pérdida total de la conciencia y percepción de sí después de la muerte, incluso en el caso del materialista profundamente convencido? ¿Es así?

-Sí, porque éste niega rotundamente todo aquello que constituye una verdad incuestionable para nosotros... y que es nuestra Fe sagrada.

-Muy bien. Así como la suya, es sagrada mi creencia en nuestra enseñanza respecto al periodo *post mortem* o intervalo entre dos encarnaciones como estado *transitorio*; y en cuanto a la cuestión que me plantean, replico categóricamente diciendo: Ya dure este intermedio entre dos actos ilusorios de vida un año o un millón de ellos, tal estado *post mortem* demostrará -sin ninguna transgresión de la ley- ser exactamente igual al estado del ser humano cuando está en coma. Por lo tanto, el babú *está en lo cierto*.

-Pero, ¿por qué?... ¿Cómo puede ser, cuando las leyes de la inmortalidad, tal como nos ha enseñado, no admiten excepciones?... -preguntó el Coronel-

-Desde luego que no, *para todo lo que realmente existe*. Quien haya estudiado el *Mandukya-Upanishad* y el *Vedantasara* no debería ni siquiera preguntarlo...

-Pero el *Mandukya-Upanishad* enseña -comentó tímidamente Narayana- que entre Buddhi(1)³³² y Manas(2)³³³, así como entre *Isvara* y *Prajña*,(3)

³³² El «alma divina» del hombre. (N. del E.)

³³³ 2 Manas, como asiento de la mente terrestre, da lugar a una percepción del Universo basada en las experiencias de esa mente y no a una visión espiritual profunda. (N. del E.)

³³⁴no existe, de hecho, mayor diferencia que *entre un bosque y sus árboles, o entre un lago y sus aguas*.

-Completamente cierto, pues aunque un árbol, o incluso cientos, se marchiten por falta de savia vital, o se desarraiguen, ello no hará que el bosque deje de serlo.

-Sí... pero en este símil, Buddhi es representado por el bosque, y *Manas Taijasa(1)* ³³⁵por los árboles. Si el primero es inmortal, ¿cómo Manas Taijasa, siendo igual a Buddhi, puede perder por completo su conciencia hasta su nueva encarnación?... Esto es lo que me tiene perplejo...

-Es innecesario. Trate de no confundir una representación abstracta del conjunto con sus modificaciones casuales. Recuerde que si se puede decir de Buddhi que ~es incondicionalmente inmortal, no se puede decir lo mismo de Manas o de Taijasa. Ninguno de estos [ni Manas, ni Taijasa] puede existir separado del alma divina [Buddhi], porque el primero es un calificativo de la personalidad terrestre y el segundo es idéntico al primero, pero con la luz de Buddhi reflejada en él. A su vez, Buddhi sólo seguiría siendo un espíritu *impersonal* sin este elemento que toma prestado del alma humana que le condiciona y convierte, durante todo el transcurso del ciclo de encarnaciones humanas, en algo *aparentemente separado del Alma Universal*. Por esto, si usted hubiera dicho que Buddhi-Manas no puede morir, ni perder su conciencia ni en la eternidad, ni durante sus periodos transitorios, habría estado en lo cierto, según nuestro punto de vista. Pero aplicar este axioma a sus atributos es lo mismo que si hubiera asegurado que, como el alma del coronel Olcott es inmortal, también el pelo de su barba debe ser inmortal. Se deduce de esto, que en su comprensión ha confundido obviamente a la esencia con sus manifestaciones. Ha olvidado que, sólo en asociación con Manas o el

³³⁴ 3 *Isvara* es la conciencia colectiva de la deidad *manifestada*, *Brahma*; y *Prajña* es su sabiduría individual. (N. del E.)

³³⁵ 1 *Taijasa* significa «el radiante», como consecuencia de su unión con Buddhi; *Manas Taijasa* significa «mente radiante», la razón humana iluminada por la luz del espíritu, mientras que *Buddhi-Manas* es «revelación de la mente divina, más el intelecto y autoconciencia humanos». (N. del E.)

«alma humana», la radiación de Taijasa se convierle en una mera cuestión de tiempo, porque tanto la inmortalidad como la conciencia después de la muerte, se convierten, para la personalidad terrestre del hombre, en simples atributos determinados por las condiciones y creencias elaboradas por la propia personalidad durante su vida física. *Karman* («la Ley de Compensación») actúa incesantemente, y *en nuestro futuro sólo recogeremos el fruto que nosotros mismos hayamos sembrado en el pasado.*

-Pero si mi *Ego*, después de la disolución de mi cuerpo, puede hallarse en un estado de completa inconciencia, ¿qué consecuencias de los errores de mi vida pueden haber *para mí* en tal estado? -preguntó el Coronel, acariciando pensativamente su barba-.

-Nuestra filosofía enseña que los efectos negativos únicamente alcanzan al *Ego* en una encarnación futura y que después de la muerte sólo recibe la compensación de los sufrimientos *inmerecidos* de su vida terrestre. Como ve, todo el «castigo» *consiste en la ausencia de cualquier compensación y en la posterior pérdida de la conciencia de la propia felicidad y paz.* *Karman* es hijo del ego terrestre, fruto de las acciones de su personalidad visibles para todos, e incluso, de los pensamientos y motivos del «Yo» espiritual. Pero también es la cariñosa madre que cura las heridas infligidas por ella en existencias previas, antes de que empiece a torturar de nuevo al *Ego*, produciéndole otras nuevas. Si se puede decir que no hay pena o desgracia en la vida de un mortal que no sea el fruto y resultado directo de alguna transgresión en existencias anteriores, por otro lado, al no consentir el menor recuerdo de ello en su vida actual y pensar que no merece tal castigo, en consecuencia, sufre *injustamente*, y sólo esto es suficiente para que el alma humana merezca la mayor consolación, descanso y paz en su existencia *post mortem*. Para nuestro «Yo» espiritual, la muerte siempre llega como un liberador y amigo; como el sueño plácido de un niño o como las fantasías y las ensoñaciones dichosas.

-Pero, por lo que puedo recordar, las encarnaciones periódicas del *sutratman*(1) ³³⁶ se comparan en los *Upanishads* con la vida terrestre en

³³⁶ 1 En la *Vedanta*, *Buddhi* unido a las cualidades espirituales, y a la percepción y conocimiento de las personalidades en que ha estado encarnado, es llamado *Sutratman*, que literalmente significa «alma-hilo»,

cuanto que oscilan entre el sueño y la vigilia. ¿Es así? -pregunté, tratando de sintetizar la primer pregunta de Narayana-.

-Sí, la comparación es muy correcta.

-No lo dudo. Pero la comprensión de ello me resulta confusa. Después del sueño, otro día comienza para el hombre, pero éste, tanto en alma como en cuerpo, sigue siendo el que era el día anterior, mientras que en cada nueva encarnación tiene lugar un cambio completo no sólo en la envoltura exterior, sexo y personalidad, sino, al parecer, de todas sus cualidades espirituales también...

¿Cómo puede ser válida esta comparación, si es evidente que las personas al despertarse, recuerdan no sólo lo que hicieron ayer, sino también lo de muchos otros días, meses y hasta años, mientras que en su vida presente no guardan el menor recuerdo de cualquiera de sus otras vidas? Le aseguro que una persona despierta recientemente puede haber olvidado lo que vio en sueños, pero recordará a la perfección que estuvo durmiendo y que existió durante el sueño. Sin embargo, de nuestra vida pasada no sabemos ni siquiera eso. ¿A qué causa obedece esto?

_Quizás haya quien lo recuerde -contestó algo enigmáticamente el Thakur, sin responder a la pregunta-.

-Supongo... pero *no nosotros, los simples mortales*. Por lo tanto, ¿cómo podemos los que no hemos alcanzado el *sarṇma sambuddha*(1)
³³⁷ comprender el símil?

porque toda la larga serie de vidas humanas se ensartan en este hilo. Unido a Sutraiman y colgando de él como la perla de un collar, por así decirlo, Manas debe llegar a convertirse en Taijasa («radiante») con el fin de alcanzar la eternidad y, dentro de ésta, tomar conciencia de sí mismo. A menudo, empero, debido a los defectos y a la asociación con la mente puramente terrestre, esta radiación desaparece.

³³⁷ 1 El conocimiento de las encarnaciones anteriores. Se dice que sólo los yoguis y discípulos de la Ciencia Secreta logran la visión completa de *todo su* pasado mediante grandes logros ascéticos.

-A través del estudio y la correcta comprensión de sus características y de los tres tipos de sueño.

-Pero eso es bastante difícil. Incluso nuestros mayores fisiólogos se han enredado al tratar esta cuestión y, al fracasar en explicar los sueños, sólo han aumentado nuestra confusión -dijo riendo el Coronel-.

-Debido a que, en vez de su propia tarea, se ocupan del deber de los psicólogos, que no existen en Europa, al menos no entre los científicos. Los psiquiatras occidentales son los mismos que los fisiólogos, sólo que con otro nombre, y trabajan en base a principios todavía más materialistas. Lea a Maudsley y verá que trata las enfermedades de la psique sin creer en la existencia del alma.

-Pero nos hemos desviado del lema de nuestras preguntas que parecería no desea explicamos, Thakur sahib. Parece confirmar y aprobar la teoría del babú y él, profundamente atrincherado en la opinión de que nada sabemos de nuestro pasado ni de nuestro estado *post mortem*, aspira a demostrar que no existe ni puede existir ninguna conciencia más allá de la tumba.

-De nuevo, debo decirle que el babú es un charvalca que repite lo que le han enseñado. Confirмо y apruebo, no el sistema de los materialistas, sino la exactitud de las opiniones del propio babú en lo que concieme a su estado personal después de la muerte.

-Según esto, parecería que la gente como el babú son la excepción de una regla general.

-De ninguna manera. Dormir es una ley general e inmutable para el hombre, igual que para toda criatura terrestre viviente, pero existen distintos estados de ensoñación y una variedad de sueños y visiones todavía mayor.

-A pesar de ello, él niega no sólo la conciencia de la vida después de la muerte y de sus sueños, usando el lenguaje de la *Vedantasara*, sino además, rechaza la inmortalidad en general, así como la supervivencia de su propio espíritu.

-En primer lugar, él actúa completamente de acuerdo a los cánones de la ciencia europea contemporánea, basada en el testimonio de nuestros cinco sentidos. En esto, sólo ofende a **los que** no comparten su opinión. En segundo lugar, acierta en cuanto que, sin una percepción interna preliminar de la inmortalidad de su alma y una fe en ella, ésta no alcanzará a convertirse en *BuddhiTaijasa*,⁽¹⁾ ³³⁸sino que simplemente seguirá como Manas; y para Manas solo, no es posible la inmortalidad. *Para poder vivir una vida conciente en los otros planos de conciencia, primero uno debe creer en esa vida durante la existencia terrestre.* Toda nuestra filosofía acerca de la conciencia *post mortem* y de la inmortalidad del alma está construida sobre estos dos aforismos de la Ciencia Secreta. Suir-atman recibe siempre de acuerdo con sus logros. Después de la disolución del cuerpo, un periodo conciente de vigilia completa, un estado de sueños caóticos o un sueño totalmente sin ensueño comienza. Si nuestros fisiólogos encuentran la causa de los sueños y visiones en la elaboración inconsciente de ellos durante las horas de vigilia, ¿por qué no puede admitirse lo mismo para los sueños *post mortem*? Repito lo que enseña el *Vedantasara*: *la muerte es sueño.* Después de la muerte ante los ojos espirituales se comienza a llevar a cabo un programa aprendido y a menudo compuesto inconscientemente por nosotros mismos: la ejecución práctica ya sea de nuestras creencias *correctas* o de las ilusiones que hemos creado. Estos son los frutos de ultratumba del árbol de la vida. Es evidente, por supuesto, que la creencia o descreencia en el hecho de 1 inmortalidad conciente, es incapaz de influenciar la realidad incondicionada del hecho en sí una vez que se ha reconocido, pero el cree o no en

³³⁸ 1 Esto significa que, sin una completa asimilación con el alma *divina*, el alma *terrestre* o Manas no vivirá una vida conciente en la eternidad. Se convertirá en *Buddhi-Taijasa* (o *Buddhi-Manas*) cuando sus aspiraciones durante la vida la eleven desde el mundo terrestre hasta el espiritual. Entonces, alimentado por la esencia e inmerso en la luz de su propia alma divina, Manas desaparece en Buddhi, se convierte en él, preservando sólo la conciencia espiritual de su personalidad terrestre. De otro modo, sólo como Manas, es decir, «como opinión humana basada únicamente en el testimonio de los sentidos físicos», nuestra alma terrestre o personal cae, tal cual estaba, en un profundo sueño sin ensueño y sin conciencia, hasta la siguiente encarnación.

ello no puede evitar que sea teñido ese hecho en su aplicación a cada uno en particular. ¡ Creo que ahora lo entenderán!

-Empiezo a entender. Los materialistas, que no creen en nada que no sea verificable por sus cinco sentidos y por su llamado razonamiento *científico*, y que rechazan toda intervención espiritual, tienen a la vida terrestre por la única existencia conciente posible; por ello, según sus creencias, o mejor, descreencias, así será para ellos. Perderá su «ego» personal y se sumergirá en un sueño sin ensueño hasta el nuevo despertar. ¿Es así?

-Aproximadamente. Puede añadir que los vedantinos, al reconocer dos tipos de existencia conciente -la terrestre y la espiritual-, hablan sólo de la última como de una realidad *irrefutable*; la vida terrestre, resultante de su naturaleza transitoria y cambiante, es simplemente una ilusión de los sentidos erráticos. Nuestra vida en las esferas espirituales debe ser admitida como realidad por el solo hecho de que nuestro «Ego» inmutable, infinito e inmortal, el Suiatman, mora en estas esferas; y en cada nueva encarnación, se viste de una personalidad temporal y transitoria, distinta por completo de la precedente, donde todo, excepto su prototipo espiritual, está condenado a la ulterior destrucción sin dejar ningún rastro.

-Discúlpeme, Thakur, ¿pero es posible que mi personalidad, mi ego terrestre conciente perezca, no sólo temporalmente como en el caso de los materialistas, *sino incluso sin dejar rastro*?

-Según nuestro punto de vista, *debe* perecer y en toda su integridad, excepto aquel principio en él que, habiéndose unido Buddhi, ha alcanzado la espiritualidad pura, constituyendo ambos a partir de entonces y para siempre un indestructible todo. Pero en el caso de un materialista total, sucedería que, dado que absolutamente nada de su «yo» personal se habrá reflejado en Buddhi conciente ni inconcientemente, este último no tendría ni siquiera ocasión de transportar una sola partícula de esa personalidad terrestre hacia la eternidad. Su «Yo» espiritual es inmortal; pero de su personalidad actual, sólo *llevará consigo aquello que merece la inmortalidad*, es decir, sólo el aroma de la flor que ha sido sesgada por la muerte.

-Y bien, ¿qué le sucede a la flor, o sea, al «yo» terrestre?

-La flor misma, como todas las flores pasadas y futuras que han florecido y florecerán en el tallo materno, el Sutratman, todas ellas hijas de una raíz única o Buddhi, volverán a ser polvo. Como indudablemente sabe, su verdadero «Yo» no es el *cuerpo* sentado ahora delante de mí, ni tampoco es el Sutratman, sino que es el utratman Buddhi.

-Pero esto no me aclara por qué denomina a la vida después de la muerte inmortal, infinita y real, y a la vida terrestre un *fanisma*, ya que, según su enseñanza, parece que la vida *post mortem* también tendrá sus limitaciones y, aunque de mayor duración que la vida terrestre, también debe tener fin.

-Sin duda. El Ego espiritual del hombre se mueve en la eternidad como un péndulo entre las horas de nacimiento y muerte. Si por un lado, estas horas que marcan los periodos de vida terrestre de vida espiritual están limitadas en su duración, y si el número de tales estadios en la eternidad entre el sueño y la vigilia, la ilusión y la realidad, tiene su principio y su fin, por otra parte, el espiritual peregrino es eterno. Por lo tanto, las horas de su vida *post mortem* cuando, después de desencarnar, se halla frente a frente con la *verdad* -y no con los espejismos de sus existencias terrestres transitorias durante el periodo de ese peregrinaje que llamamos «ciclo de encarnaciones»- son la *única realidad* en nuestra concepción. Tales intervalos, a pesar de su limitación, no impiden que el Sutratman, en constante perfeccionamiento, avance con persistencia, si bien lenta y gradualmente, por el sendero que conduce a su transmutación final, que alcance su meta y se realice como ser «divino». Tales intervalos no sólo colaboran en la consecución de la meta, sino que sin estas limitaciones cíclicas, el Sutratman Buddhi jamás alcanzaría ese objetivo. El Sutratman es el actor y sus muchas y variadas encarnaciones son los papeles que representa. Presumo que no tratará de llamar a estos «papeles», y mucho menos aún a sus vestimentas, la individualidad del actor. A semejanza de éste, el Ima tiene que interpretar muchos papeles que a menudo serán desagradables para ella, durante todo el Ciclo de la Necesidad hasta el mismo umbral del *Paranirvana*(1) ³³⁹. Así como la abeja

³³⁹ 1 Existe una enorme diferencia entre *Nirvana* y *Paranirvana*. *Nirvana* es la vida espiritual que toda alma *personal* del Sutratman -un alma A o un alma B (excepto, como se mostró, las almas materialistas) - pervive al término de cada carnación y que es decretada por la ley de compensación (Karman) como resultado de sus sufrimientos personales en la Tierra.

que recoge su miel en cada flor, dejando que el resto sea alimento para los gusanos terrestres, así nuestra individualidad espiritual, el Sutratman, recoge solamente el néctar de las cualidades espirituales y de la conciencia egoica despertada por cada personalidad terrestre donde el Karman le compele a encarnar, fusionando finalmente todas las cualidades en un todo que emerge entonces como un ser perfecto, un *Dhyan Chohan*.(1)
³⁴⁰Lástima de las personalidades terrestres cuando no se puede recoger nada de ellas. Esas personalidades, por supuesto, no permanecen concientes después de la existencia terrestre.(2)³⁴¹

Paranirvana es el estado orioso que espera al Sutratman en su totalidad, es decir, junto a todas las almas personales reunidas en este hilo. «Alma» es una expresión incorrecta, utilizo debido a la ausencia de otro término más apropiado en nuestra lengua; en lugar de «almas personales», sería más conveniente referirse al «aroma de las almas personales», según la expresión del Thakur. En la «disolución del mundo» (ralaya), cuando se fusionen en uno, todos estos «aromas» formarán al «hombre divino» que *mora eternamente en Parabrahman*; en cambio, cada alma de la personalidad considerada de manera aislada, sólo vive transitoriamente en el rayo de la divinidad, el Atman-Buddhi. La diferencia entre Nirvana y Paranirvana es análoga a la existente entre el estado del alma *antes* y *después* del día del Juicio Final.

³⁴⁰ 1 *Dhyan Chohan*, espíritu planetario que «surge y se hunde en y con Parabrahman», después del ciclo de vida.

³⁴¹ 2 La filosofía de la Vedanta *secreta* no cree en el infierno, ni concede castigos en el mundo espiritual por transgresiones terrenas. El hombre, dice, aunque esté dotado de libre albedrío nace indefenso, un juguete de las circunstancias exteriores que no dependen de él. Sufre tanto inocentemente en este mundo, que una compensación infinita le otorga un descanso pleno en el mundo de las *sombras*; y sólo después, en la siguiente vida terrestre y en una nueva encarnación, se enfrentará con las reacciones de sus transgresiones en su *rol* antecedente. La selección de cada vida siguiente y de las penalidades es determinada y procedida por el Karman, «la ley de compensación». Esto prueba el hecho de que la gente, en apariencia inocente, sufra constantemente en nuestra Tierra.

-Entonces, en cuanto a la personalidad terrestre, ¿sigue siendo condicional la inmortalidad? ¿No es la inmortalidad incondicionada en sí?

-De ninguna manera. La inmortalidad no alcanza a lo *noexistente*. Para todo lo que existe como Sat o emana de Sat, la eternidad y la inmortalidad son absolutas. *Mula Prakriti* es el polo opuesto de Parabrahman y, sin embargo, son uno. La esencia de *todo* esto, es decir, de espíritu, fuerza y materia, no tiene principio ni fin, pero la forma, el exterior que esta triple unidad adquiere durante sus encarnaciones es, naturalmente, una simple ilusión de nuestras concepciones personales. Por esto, llamamos a la vida después de la muerte una *realidad* y a la vida terrestre, incluida a la personalidad, una *ilusión*.

- Pero, en este caso, ¿por qué llamar al sueño *realidad* y a la vigilia *ilusión*?

-La comparación tiene como finalidad el facilitar la aprehensión del tema y desde el punto de vista de las concepciones terrestres es muy correcto.

-Entonces, de nuevo, la vida del Más Allá está apoyada en la justicia, en compensaciones merecidas por todas las penalidades terrestres, y si el Sutratman saca provecho de la menor chispa de espiritualidad en cada una de sus encarnaciones, entonces, ¿cómo puede ser admitido que la individualidad espiritual de nuestro babú -como se ha ido, hablemos abiertamente de su caso-, la individualidad de este chico, tan idealmente honesto, noble e infinitamente bondadoso a pesar de sus creencias, no alcance la inmortalidad, sino que muera como <un resto de flor>? – comenté-.

-¿Quién sino él, ha preparado esa suerte? Conozco al babú desde la infancia y estoy completamente convencido de que el Sutratman recogerá una espléndida cosecha. Aunque sus creencias y su materialismo no son sólo pretensiones, a pesar de ello, *no puede* morir para siempre y en toda su integridad.

-Pero, Thakur, acaba de confirmar la exactitud de sus puntos de vista acerca de su condición personal después de muerto, y estos puntos de vista son que su *conciencia entera* desaparecerá después de la muerte...

-Confirmé sus creencias y las vuelvo a confirmar. Uno puede dormir y perder varias estaciones durante un viaje en tren y, empero, sin tener la menor conciencia *de ellas*, despertar en la estación siguiente y llegar al destino del viaje de modo conciente. ¿Encuentra errónea la comparación entre el sueño y la vigilia? Recuerde simplemente los tres estados de sueño que incluso el hombre conoce: el profundo sueño sin ensueño; el sueño caótico de imágenes confusas; y, por fin, el sueño donde las visiones son tan reales y lúcidas que se convierten por completo en verdaderas para el soñador durante un tiempo. ¿Por qué entonces, no puede admitir que sucede lo mismo cuando el alma se libera del cuerpo? Según sus logros y sus *esperanzas*, y *desde* la separación del cuerpo, para el alma comienza una vida completamente conciente o semiconciente o una caída en ese profundo sueño sin ensueño y sin conciencia comparable al estado de *no-existencia*. Ésta es la realización del «programa» del que hablé, creado y preparado de antemano por los propios materialistas. Pero los materialistas cambian. Un malvado, incluso un egoísta total que a su completa incredulidad suma una indiferencia hacia el mundo entero, desde luego que tendrá que tirar para siempre su personalidad a la basura de lo mortal. Nada lo ata a su Sutratman, y con su último aliento, se ha roto toda conexión entre los dos. Pero así como el babú se quedó dormido y perdió una sola estación, así vendrá el tiempo en que también se reconocerá de nuevo en la eternidad y acaso se arrepentirá de haber perdido ese día único en toda la eternidad de su vida.(1)³⁴²

-Pero ¿no sería más correcto llamar a la muerte un nacimiento a una nueva vida o, mejor todavía, un retorno a la eternidad una vez más?

³⁴² 1 En contestación a la corriente objeción hecha a los vedantinos, de que cientos y miles de estas vidas terrestres presididas por el Sutratman o *Ego* del hombre, conducen, a pesar de todo, a la completa desaparición de todas las personalidades en lugar de la inmortalidad, ellos contestan: «Para una comparación con la eternidad, tomemos la vida del hombre en la Tierra, una vida hecha de tantos días, semanas, meses y años. Si la personalidad ha conservado una buena memoria hasta su vejez, puede evocar vívidamente todas los días y años de la vida transcurrida recientemente. Pero incluso si olvidara algunos de ellos, ¿no continúa siendo la misma personalidad? Y así sucede con el *Ego* divino al final del ciclo de encarnaciones. Cada vida separada será similar a cada uno de los distintos días de la vida de un hombre.»

-Realmente es así, y no tengo inconveniente contra la reformulación. Pero con nuestros conceptos condicionados de la vida material, las palabras «vida» y «existencia» son bastante inapropiadas para el estado puramente subjetivo de la vida después de la muerte, y si fueran utilizadas en nuestra filosofía sin un firme conocimiento de todas sus elucidaciones, los vedantinos llegarían rápidamente a esas extrañas ideas que hoy prevalecen entre los espiritistas americanos, que predicán acerca de «espíritus» que se desposan entre sí y con moriales... Para los vedantinos, igual que para los verdaderos y no simplemente nominales cristianos, la vida del Más Allá es aquel lugar donde no existen ni las lágrimas ni los lamentos, y donde nadie puede entrometerse ni nadie se casa... Precisamente, debido a que el alma desencamada posee toda la viveza realista de ciertos sueños, pero carece de la burda forma objetiva de la vida terrestre sólo útil para los sentidos corporales, es por lo que nuestros filósofos la han comparado con el sueño nocturno. Y ahora, me parece que lo he explicado todo...

Nos separamos, pero esta conversación penetró hondamente en mi alma, y jamás la olvidé. Aquel día casi me enfadé con el babú por sus burlas charvakas; a pesar de todas sus excelentes cualidades, alguna cuerda faltaba en este bengalí; y decidí dejarlo a su suerte. Sin embargo, después de su temprana muerte, con frecuencia, ¡ay, con cuánta frecuencia!, me he arrepentido de mi indiferencia.

Apenas habíamos terminado de cenar en la casa veraniega, cuando se anunció que cierto hombre joven con atuendo yóguico y enviado por el «Thakur sahib», pedía permiso para vernos. Al oír mencionar el nombre del Thakur, el Coronel, que ya había preguntado varias veces por su gurú, sin recibir una respuesta satisfactoria de Narayana, se incorporó con un salto de la mesa.

-¡Que pase, que pase! -exclamó el Coronel alegre-. Estoy seguro de que se trata de su chela, que prometió enviar a su llegada a casa, a propósito de mis instrucciones especiales de Pranayama ... (1)³⁴³

³⁴³ 1 Método original de instrucción para los candidatos al Yoga. Consiste en un paulatino control de la respiración hasta su detención mediante mantrams.

-¡Cómo! ¿Pretende recibir su primera lección inmediatamente después de cenar? -pregunté-.

-Por supuesto, en caso de que el chela esté de acuerdo... ¿Por qué perder un tiempo precioso?

-Con el estómago lleno, no sería extraño que se desmayara... Lo que pasa es que no puede estar tranquilo, debido a su pasión por el yoguismo. Recuerde lo que le dije... cuando le advertí en la estación cerca de Bharalpur...

-Me acuerdo, me acuerdo -contestó nuestro Presidente, evidentemente ofendido-. Comprendo a la perfección y tengo presente desde hace tiempo el hecho que consiste en que, por una u otra razón, no quiere que yo estudie los misterios de la india antigua...

-¿Y de qué misterios se trata? Simples trucos de farsantes que son por completo inútiles para usted, e incluso, peligrosos...

-Confío en que el Thakur no prepare nada dañino contra mi vida, ni siquiera contra mi salud -replicó cortantemente-.

Hice un gesto con mi mano.

-Coronel -le dijo Mulji con tranquilidad- Maam saab tiene razón. El Pranayama debe ser estudiado desde la más temprana juventud y...

Pero no tuvo tiempo de terminar. El rostro enfurruñado del Coronel se levantó con una sonrisa de alegría. Ante nosotros estaba el mensajero del Thakur que, descalzo, había cruzado con sigilo el puente en la oscuridad.

Apareció de repente, como si hubiese surgido de entre las losas de mármol del templete. Estaba en la entrada, inmóvil, con los ojos bajados y los brazos cruzados sobre el pecho, y sobre él, la luz vacilante de las velas se movía juguetona en el viento. Grandes sombras fantásticas se deslizaban sobre su cara y atuendo blanco, dando a su delgada y delicada figura, casi transparente en su flaqueza, un aspecto extraño y espectral.

-¡*Sarvabhishta, Mundaka!* («que todos sus deseos sean cumplidos») -y con su suave y tranquila voz, clara como la de una muchacha, habló en el dialecto tamil-.

Cada uno de nosotros respondió a su saludo de acuerdo a sus conocimientos y habilidades. Mulji y Narayana murmuraron algo en sánscrito (al parecer, algún saludo formal), cubriendo sus oídos con las manos e inclinándose; el babú mostró los dientes y juntó sus manos, yo pronuncié entre dientes, el saludo inglés usual.

El Coronel, en cambio, se llevó la palma, sorprendiendo a los presentes y causándome un torrente de risas. Se inclinó y, después de cubrirse los oídos con las manos según el ejemplo de los dos indos, se tiró de repente delante del humilde joven enfrente suyo, y casi puso su nariz sobre los pies desnudos del muchacho.

Todos fuimos hacia él, pensando que se había resbalado y caído por culpa de la fuerte inclinación. Sin embargo, con un salto volvió sobre sus pies y dio nuevamente la bienvenida al enviado. Diciendo «salaam» y tocándose la frente con su mano derecha, le invitó con su mano izquierda hacia los asientos junto a la mesa, mostrando todos los signos posibles de respeto, como si estuviera recibiendo a un príncipe de sangre.

-¿Qué hace, Coronel? -le pregunté con voz baja y en francés-. Puede que piense que usted se está burlando de él.

- ¡Por el amor de Dios, no diga nada! Le reconozco... aunque el Thakur apenas me habló sobre él. No es un simple chela, ni un discípulo, sino un adepto de la «Fraternidad del Bosque»⁽¹⁾ ³⁴⁴. ¿No escuchó que nos saludaba en la lengua vernácula tamil? -susurró en contestación el Coronel, también en francés-.

-¿Y qué lo demuestra? El...

-Discúlpenme, *niadame et monsieur*, por interrumpirles. Pero hablo francés, pues soy de Pondicherry -dijo el recién llegado, para gran sorpresa

³⁴⁴ 1 La *Fraternidad del Bosque* es una conocida pero secreta sociedad de místicos en la Presidencia de Madrás.

nuestra, con la misma voz blanda que el idioma de Victor Hugo, y sin el menor tono de disgusto, como hubiera sido comprensible en su caso-.

Ya no pude contenerme y estallé en risas que resonaron por todo el jardín; el Coronel, sin embargo, se enfadó por algún motivo, aunque mostró más bien con sagacidad su penosa equivocación.

-¡Ah!... ¿usted es de Pondicherry? ¡Me alegro mucho, muchísimo! Eso significa que será más fácil entendemos...

-También hablo inglés -contestó la misma voz-.

-¡Excelente! -exclamó el Coronel, paulatina y obviamente perdiendo un poco de su veneración ante tantos conocimientos mundanales, algo que iba, suponía él, en detrimento de las ciencias místicas-. ¡Maravilloso! Sentémonos en la mesa y presentémonos. ¿Le envió el Thakur?

-Sí, él es quien me ha enviado hasta usted.

-¿Es usted su chela?... ¡Ah!, sí; y permíteme por haberle tomado por alguien de la <Fraternidad del Bosque>. Supuse que...

Y sin decir lo que había supuesto, el Coronel se puso a reír de un modo gracioso, aunque forzado.

-No es necesario que se justifique, puesto que supuso bien. Realmente, pertenezco a esa Fraternidad.

Sentí mucha pena por el Coronel, pues tuvo que enfrentar nuevamente una «metedura de pata». Sin quitar los ojos del rostro del joven, el pobre Presidente miró a través de sus gafas con total perplejidad, como si estuviese viendo un fantasma ante él. Yo también le miraba con la mayor curiosidad y detrás de mí, los indos –Mulji y el babú- hacían otro tanto. únicamente Narayana permanecía sentado, la cabeza ladeada tristemente y metido, al parecer, solo *en si mismo*, sin advertir nada ni a nadie.

-Usted... usted es uno de esos fascinantes adeptos... ¿Es usted un sadhu?... Lo sabía... ¡ Lo presentí!

-¡Oh, alma profética mía! -dijo en voz baja el babú, citando a Hamlet-

-Hasta el momento sólo soy un candidato, un humilde *sishya*,⁽¹⁾ ³⁴⁵mi Coronel sahib, que está a su ser-vicio y a quien el Thakur sahib ha encomendado para que le dé a usted entrenamiento preliminar, si a usted le parece.

El extraño hablaba tranquilamente, con seriedad y con gran dignidad. No había ni la menor sonrisa en su joven, casi infantil, rostro, y no tenía ni un rastro de vello en su cara, salvo en su labio superior. A juzgar por las apariencias no debía tener más de dieciséis años. Sólo examinándolo con mayor atención se descubría en su llamativo rostro, indudablemente del tipo dravidiano, los rasgos varoniles. Se sentó a la mesa con la brillante luz de la lámpara cayendo sobre él, y esto me permilió escrutar sus facciones desde más cerca. Era menos alto y, globalmente, más delgado que nuestro pequeño babú. Sus manos, pequeñas como las de una niña de diez años, reposaban en la mesa y el color de su piel satinada me recordó ciertas manos bronceadas bellísimas de un pisapapeles. Tenía una cara ovalada, asombrosa por su delicadeza y fragilidad, con una nariz recta pequeña, una boca menuda de finos labios, unos ojos de un tamaño no natural y unas cejas pobladas, tan negras como si las hubiese teñido con carbón. Todo estaba enmarcado por una melena leonina de curvados rizos que caían libremente sobre sus orejas, frente y hombros. Su vestimenta era como la de nuestro babú en los días calurosos que consistía en varios metros de fina muselina blanca, debajo de la cual se veían los contornos angulares de su huesuda figura. Dos profundos pliegues entre las cejas y otros similares en las esquinas de su boca y de sus ojos, contradecían elocuentemente la primera impresión de juventud. Más tarde supimos que había llegado ya a los treinta.

Estaba sentado inmóvil, como si esperase cor-tésmente que se le preguntara, y observaba con calma y con mirada inescrutable al Coronel. Si no fuera por el leve movimiento de su collar hecho de semillas de

³⁴⁵ 1 Un *discípulo* de grado superior, estudiante de las «ciencias ocultas», que ha superado todas las pruebas menos la última que lo convertiría en un *sadhu*.

rudraksha(1) ³⁴⁶, uno podría haberle confundido con una estatua de piedra, tan mortalmente quieto estaba su rostro.

Siguió un silencio bastante embarazoso. El Coronel, que ya había sufrido tres contratiempos seguidos, manipulaba sus anteojos, se los quitaba y se los ponía, los frotaba, todo ello sin pronunciar palabra alguna, olvidándose no sólo de expresar su alegría por las noticias, sino incluso de agradecer al

³⁴⁶1 *Rudraksha* es la semilla, o más bien, la pepita de la fruta de un árbol que crece en los Himalayas y los Nilgiris, sobre todo en el Nepal. Un collar o un abalorio de estas pepitas es lo más precioso y difícil de conseguir en la India. Los nativos tienen la *rudraksha* por sagrada y solamente los yoguis tienen el derecho de llevarla alrededor de su cuello o, incluso, de tocar estas pepitas, debido a sus maravillosas cualidades mágicas. *Rudraksha* es una palabra compuesta que significa «el ojo de Rudra» (Rudra es uno de los nombres de Siva) y sólo los iniciados de *tres ojos* de las Ciencias Ocultas, quienes después de largos años de ascetismo han adquirido el «tercer ojo» de Siva (es decir, la clarividencia y el don de la profecía, cuyo símbolo es, precisamente, la *rudraksha*), han desarrollado todas estas cualidades. Volúmenes enteros en sánscrito y tamil están dedicados a la descripción de este talismán y a las instrucciones sobre cómo distinguir las buenas pepitas de las malas y otras cuestiones. Las cualidades mágicas de la *rudraksha* dependen de la edad del árbol, del suelo, del bosque e, incluso, de las *cualidades personales* de sus recolectores. «A un hombre malvado, la *rudraksha* traerá infortunio en vez de bienes.» Pocos árboles de esta especie dan frutos y de éstos, el noventa por ciento no sirve para estos propósitos, pues su fruta o bien cae demasiado pronto o se pasa de madurez; las pepitas más útiles son aquellas que, molidas sobre la piedra de examen, dejan un polvo dorado: los príncipes y rajás de la India pagan sumas exorbitantes por ellas, desde mil a cinco mil rupias por cada una, mientras las mejores, que tienen un *mukha* («corte») o *muesca* en la pepita, no pueden conseguirse por menos de diez mil rupias. Semejantes *rudrakshas* se hallan en algunos árboles en el Nepal, y en este caso, sólo aparecen dos o tres por árbol, y una vez cada muchos años. Las pepitas inmaduras (rojas, marrones, grises y amarillas) no tienen ningún valor; únicamente las de color negro son apreciadas. El maharajá de Nepal pagó diez lakhs (un millón de rupias) por media docena de estas pepitas genuinas. Son del tamaño de una pequeña nuez y su superficie es irregular como la de la semilla del melocotón.

recién llegado la asunción de la responsabilidad de su «educación preliminar».

-¿En qué consistirá esta educación preliminar? -me preguntaba-. ¡Todos se burlarán de él!

-Tengo una caria del Thakur Rajá para usted y un pequeño regalo -dijo el mensajero, rompiendo el silencio-.

Introduciendo su mano bajo la ropa de muselina, sacó de entre sus pliegues una caria sellada y una cajita y las puso delante del Coronel. Al verlas, el Coronel volvió por fin en sí y recuperó su estado mental normal.

-¡Ah! ¡Muchas gracias!... mi gurú... -contestó el Coronel, riendo de alegría-. ¿Me permite? -preguntó, señalando la carta-.

El gurú se inclinó levemente e hizo un gesto de asentimiento tan digno y elegante que habría honrado a cualquier marqués de un salón parisino.

La caria fue abierta y primero la leyó en silencio, tras lo cual, nos fue dado a conocer su contenido. Era corta, pero contenía muchas noticias interesantes para todos nosotros.

«Le envío, querido Coronel -escribía el Thakur-, al instructor de las ciencias que le interesan, tal como le prometí. Subramanya Muruga Ananda svami (puede llamarle simplemente svami Ananda) es joven, pero ya ha alcanzado el penúltimo peldaño que conduce al templo interior de la Gupta Vidya. Es miembro de la Fraternidad del Bosque y, por lo tanto, perfecto conocedor de todos los métodos de los diferentes sistemas, tal como son practicados por las diversas escuelas. No siendo usted un hindú, no puede, por supuesto, seguir ningún método en particular de cualquiera de las escuelas, pero accederá a una selección de las enseñanzas de las mejores escuelas y, en consecuencia, podrá aprender mucho... Lamento sinceramente que, aun en el caso de un pleno éxito por su parte, no le será posible el pertenecer a nuestro asrama(') ³⁴⁷; está casado, es padre de

³⁴⁷ 1 Un templo secreto donde se admite sólo a los *Iniciados*. Antiguamente, los había en todas las *pagodas*, pero hoy quedan muy pocos.

familia y es un hombre del mundo: tres obstáculos insuperables en el camino hacia el Rajá Yoga.»

En este punto, el Coronel tariamudeó un poco y por un segundo su voz se rompió. Como un eco, un lamento de dolor apenas audible, como un sollozo, pudo ser oído en el rincón más alejado... Mirando rápidamente alrededor, vi una figura alta desaparecer por el puente hacia la oscuridad.

Pobre Narayana, pensé, y pedí al Coronel que continuara su lectura. Nadie prestó atención a aquel quejido de dolor, nadie al parecer, excepto el recién llegado. Sus gruesos párpados se levantaron y lanzó una veloz mirada por debajo de sus cejas hacia el puente. La expresión enigmática de aquellos ojos azules, oscuros como la misma noche, me impresionaron tanto que, pensando en su significado, no oí el final de la caria del Thakur y tuve que pedirle la carta al Coronel para leerla.

«... De todos modos -continué leyendo- si saliera victorioso de las pruebas, ésto no evitará que le considere como mi chela en ciertos aspectos. Pero no espere llegar a convertirse en un Rajá Yogui. Es totalmente imposible.

Mañana, al amanecer, acompañará a svami Ananda, quien le enseñará un camino poco conocido, aunque es el más corto, hacia mí. Por ciertas razones, sólo irá en el carro del Maharajá hasta el poblado más cercano, y allí lo enviará de vuelta. No se preocupe por su equipaje; ha sido enviado desde Bharatpur. Encontrará otro vehículo en el pueblo que le llevará hasta Sri Muara, el lugar del nacimiento de Krisna. Desde allí tendrá que ir en barca, a caballo, e incluso, a pie a través de bosques. Para la *upasika* se prepararán un palanquín, pero incluso ella tendrá que ir a pie unos quince *kos(1)* ³⁴⁸. Dígale que no pierda su valor: *nuestros caminos demostrarán ser mejores* que los medios de comunicación anglo-indos o europeos; *yo me ocuparé de ello*. Le recomiendo mantener secreta esta visita a nuestras junglas rajastánicas; nada de esto incumbe a los *bada saabs*. »

A esto seguían varias líneas de instrucciones y se mencionaba al *salagrama* que había enviado al Coronel.

³⁴⁸ 1 Un kos son, aproximadamente, dos kilómetros.

Mientras nuestro Presidente y los indos examinan con vivo interés y devoción el tesoro, yo describiré el talismán y todo lo que aprendimos sobre sus cualidades de svami Ananda.

Un salagrama es tan famoso en la india como una rudraksha. Suele ser una piedra redonda u ovalada, negra como el carbón y brillante; sus medidas valían desde las de una semilla de melocotón hasta las de un huevo de oca, y en muy raras ocasiones llega hasta el tamaño de un melón, en cuyo caso se convierie en *impagable*.

Su valor depende, sin embargo, más de otras cualidades que de su tamaño o forirra. Existen salagramas muy pequeños, del tamaño de un grano de pimienta, que valen una foriuna. Como es usual, entre ellos se hallan también, como entre los *escarabajos* egipcios, piedras falsas que son imitaciones fraudulentas; pero un brahmán *iniciado* jamás puede ser engañado. Esta «piedra», dicho sea de paso, en realidad no es una piedra, sino una concha osificada.

Los salagramas auténticos y más raros únicamente se hallan en un lugar, en el fondo del do Gandaki, en el Nepal, uno de los afluentes principales del sagrado Ganges. Como prevención contra los buscadores de salagramas, este lugar está **vigilado por los soldados** del príncipe de Nepal, que viven en barracones junto al do durante todo el año; cada salagrama que se encuentra es enviado por ellos al tesoro real. No pueden ser comprados al Maharajá a ningún precio pero, ocasionalmente, él los regala a aquellos discípulos de los brahmanes hacia los que salte la piedra cuando sea mantenida frente a ellos a cierta distancia. Muy pocas veces termina en éxito esta prueba; el Residente inglés, Hodson, pudo presenciar, de todos modos, una de estas pruebas y, según los testigos, vio este experimento con sus propios ojos. Los salagramas muy lisos y si no tienen cualidades especiales, son de poco valor. Algunos han sido perforados por la Naturaleza a lo largo de su eje axial; como un *sudarsana* o *chakra*, la Rueda de Visnú y su *anna*. Existen salagramas, con y sin agujeros, que son de tal naturaleza que, cuando se dividen en dos, revelan en sus lisas paredes internas, pinturas del *Matsya* («pez»), *Kurma* («tortuga») u otros avatares («encarnaciones») del dios Visnú. Además, si semejante salagrama es colocado en un vaso de leche y, en vez de precipitarse hacia el fondo (como lo haría una piedra ordinaria), comienza

a nadar como un pez o una tortuga, entonces es declarado una piedra indudablemente genuina; y se le rinden honores como si se tratase del mismo dios Visnú.

Existen salagramas (y de este tipo era el espécimen que el Thakur había enviado a nuestro Presidente), cuyas pinturas muestran a Krisna (el avatara de Visnú) bajo la forma de un *gopala* («pastor») con sus vacas. Aquí, la extravagancia de la Naturaleza ha logrado su mayor pericia: parecena como si la pintura hubiera sido tallada con los cinceles ariísticos más delicados, aunque sí costó algo de imaginación detectar a las vacas.(1)³⁴⁹

La formación de estas piedras es atribuida por los estudiosos de las ciencias naturales a ciertas especies de peces. El pez, se dice, selecciona una pequeña piedra y habita junto a ella; entonces, comienza a construir su propio nido o concha, y el material que utiliza para ello es emitido del propio organismo del pez, como en el caso de la araña. Después de haber morado durante un cierto tiempo en la concha y sintiendo el tedio de la soledad, el pez rompe su concha y desaparece nadando; entonces, la piedra y la concha se convierten en un salagrama. Esto que leo, es de la historia natural de los nativos *dravidianos*. Hasta qué punto la explicación es compatible con la verdad y con la ciencia occidental, no me atrevo a decirlo.

Al Coronel le embargó un gran contento con tan extraordinario regalo. Examinó desde todos los ángulos al salagrama, lo admiró y lo alabó. Habiendo aprendido de svami Ananda que lo tenía que llevar sobre su persona para mayor eficacia de sus cualidades ocultas, empezó a instarme para que le cosiera una bolsita de piel con un cordón y así poderlo llevar en su cuello. Consiguió una aguja, hilo y tijeras. Sólo descosiendo un par de guantes de niño sin estrenar, pude lograr paz para el resto de la tarde.

³⁴⁹ 1 Hemos visto salagramas pertenecientes a un Maharajá, en los que se veían varias pinturas de avatares como: Ugra Narasinha, es decir, Visnú, que bajo la forma del león *Hiranya Ka~ipu* atacaba al tirano de los Rakshasas; *KalyanaNarasinha*, Visnú sonriendo a *Prahlada*, a quien había salvado, etc. «Esto no puede ser la Naturaleza, es obra del diablo» -dijo un misionero-.

Mucho después de la medianoche, al ir a descansar algunas horas antes de nuestra salida, vi dos figuras en los escalones de la ter-raza. Una estaba sentada con la cabeza entre las manos; la otra estaba ante ella, con los brazos cruzados. Reconocí a Narayana y svami Ananda...

CAPÍTULO V

CAMINO DE MATHURA - RAJÁ YOGA Y HATHA YOGA -
SIGNIFICADO
INTERNO DE HANUMAN - CONVERSACIÓN SOBRE
SALAGRAMAS Y
DANDAS CON EL SVAMI ANANDA - ACERCA DE LA MATERIA
Y LA FUERZA
CARGAR CON PODERES MAGNÉTICOS

A la mañana siguiente, todo se llevó a cabo según el programa del Thakur. Al amanecer, media hora antes de la salida del Sol, pues no hay aurora en la India, salimos hacia algún pueblo en medio de la luz de las estrellas y justamente cuando bajamos del carruaje todas se apagaron al unísono como las luces en un teatro, y el Sol -la luz del día, aunque una plaga para los turistas en la India- nos miró, exhalando fuego y llamas en el horizonte.

Eran las seis en punto y antes de las nueve teníamos que recorrer todavía unos veinticinco kilómetros para llegar hasta Mathura, lugar sagrado para los hindúes de todos los cultos, a excepción de los sivaílas. Sólo quienes estén firmemente resueltos a morir pueden viajar por la Rajputana después de las nueve en una mañana de verano. En consecuencia, tan sólo nos bajamos de nuestro carruaje dorado para trasladarnos a uno cubierto, superviviente de los tiempos de la dominación portuguesa -y posiblemente de los de Alejandro de Macedonia- al cual tuvimos que subir- mediante una escalera, como lo hacíamos con los elefantes. Me senté con Narayana y el babú en un banco, y el Coronel se situó en otro entre svami Ananda y

Mulji. Esta disposición de los asientos tuvo su sentido. El «general silencioso» era un ardiente devoto de las vías místicas de los *hatha yoguis* y *simpatizaba* con el coronel Olcott y sus aspiraciones a faquir, mientras yo me rebelaba contra ellos y el babú simplemente se reía de «los europeos enamorados de los *sucios bairagines*».

El misterioso *salagrama*, a pesar de sus propiedades taumatúrgicas, debió causar cierta inhibición en la movilidad del Coronel. Tenía el tamaño de una gran naranja. Su feliz dueño, tras haberlo fijado en su cuello con cordones, no podía ocultar la presencia del mismo en su persona, ni impedir que se saltara de un lugar a otro de su pecho con cada sacudida de nuestro carro antediluviano. Primero, el salagrama le salió por un lado, luego, saltó fuera de su fina camisa militar. Teniendo que reajustarlo continuamente, Olcott no dejó de levantarse de su asiento y de liarse con todos, llevándome al límite de mis nervios.

Al parecer, la conversación que tuvo Naravana a medianoche con el Hermano del Bosque había tenido su electo tranquilizador. Aunque el joven candidato rechazado no estaba consolado por completo, al menos parecía reconciliado con su destino. Mientras el trío de místicos discutía solemnemente sobre los excrementos de vaca, el babú y yo buscamos la manera de desayunar con algo de lo que llevábamos en la cesta de alimentos sin pincharnos los ojos ni herir a los demás. Éramos sacudidos y lanzados de un extremo a otro del carro del modo más vergonzoso y casi hizo que me quejara al Thakur por enviarnos este vehículo.

Sin embargo, y para honrar a la verdad histórica de este relato, me corrí en seguida a mí misma. Al hablar de un *trío*, lo hago incorrectamente. Sólo el «general» y el Coronel comentaban las maravillas que obraba el polvo de ceniza con que los sivaítas se untaban, mientras que svami Ananda corregía sus garrafales errores y sus puntos de vista equivocados. Naravana escuchaba y aprendía.

Pronto llegamos a un tramo arenoso. Por fin, el babú y yo habíamos satisfecho nuestro apetito y nos pudimos sentar después de haber logrado introducir el alimento en nuestras bocas, donde tenía que haber ido a parar desde el principio si no hubiera sido por los baches y piedras del camino, que lo llevaron a nuestros ojos y narices. El Coronel cambió de actitud y

también se animó, con lo que la conversación se generalizó de una forma muy edificante.

Queremos hablar de aquello que nos preocupa.

-No es culpa nuestra, Coronel, que usted y yo estemos casados -racionalizaba el apenado Mulji-. Usted quizás se haya casado por propia voluntad, pero yo fui esclavizado a la tierna edad de seis años... ¿Qué podía hacer? ¿Matar a mi esposa para poder convertirme en *Raid Yogi*? Eso no habría sido la solución sino un obstáculo aún mayor. ¡ Qué elección! ¡ No ser aceptado como *raja yogui*, y ser advertido de los peligros del *Hatha-Yoga*! Por supuesto, se trata de un sistema muy arriesgado en la práctica, ¿pero qué podemos hacer, svami, si no tenemos otra elección? Antes *Hatha* que nada. Después de alcanzar cierta edad, nada puede lograrse sin religión... ¡ Es imposible!...

-Es posible estudiar filosofía sin caer en extremos -comentó pausadamente svami Ananda-.

-Para usted es fácil afirmar eso. **No fue forzado al matrimonio** sin ser consultado y todas las vías a las ciencias ocultas se le muestran abiertas -replicó Mulji enfadado-.

-Pero, sin embargo, no se trata tanto de religión como de conocer los misterios transcendentales del *Yoga* lo que me interesa de esta ciencia, y de un modo u otro, lograré mi propósito. *Debo* aprender no sólo *Pranayama*, sino también todo lo que contribuya al desarrollo de los poderes psíquicos -dijo Olcott, acalorado-.

-Confío en que, antes que otra cosa, tratará de aprender a llevar su salagrama. Casi ha despellejado mis codos con él -me quejé, frotando mi brazo después del último impacto-.

-Discúlpeme, sea indulgente con su prójimo. Sepa que no lo hago a propósito... Toque su herida con el talismán, ¡estoy seguro de que el dolor desaparecerá por completo! ¿No quiere? Bueno, como usted quiera. No olvide que este salagrama es el regalo de nuestro venerado Thakur y que él, ciertamente, no lo habrá enviado *sin razón*.

-Ciertamente, *no sin razón*, sino como una *prueba*, ¡y no sólo para usted, como acabo de constatar a pesar mío!...

-En relación a los salagramas, rudrakshas, y otros *objetos sagrados* similares, para que sean efectivos es necesario que, ante todo, se tenga confianza en ellos -comentó Narayana con tono de reproche-. Y para que beneficien a sus dueños, deben ser tratados todas las mañanas y tardes según las prescripciones de los *Shastras*, pues, de otro modo, perderían muy pronto sus propiedades y, en consecuencia, sólo reportarían daño a quienes los llevaran.

-Los preceptos a que se refiere, mi querido Narayana, equivalen a *puja*. ¿Es esto lo que le sugiere al Coronel? -disparé con indignación hacia él-.

-¿Es eso cierto? -reconvino Olcott, algo agitado por lo que se decía, pero sin explicar si era por la novísima información de Narayana o por mi réplica-. ¿Es verdad? -preguntó de nuevo, dirigiéndose a svami Ananda-.

El asceta asintió levemente con la cabeza pero sin decir nada. Hubo silencio.

Desde que hizo su aparición entre nosotros, este joven había despertado mi curiosidad. No podía de ningún modo hacerme una idea clara acerca de él. Yo, tan sólo le observaba desde cierta distancia. Obviamente, la recomendación del Thakur pesaba más que suficiente para que no me hiciera ninguna pregunta sobre si este joven era un hombre bueno y honesto, o un charlatán de los que había tantos en la India y que se autotitulaban *ascetas* y *yoguis*. A este respecto, svami Ananda estaba por completo asegurado contra cualquier sospecha. Pero yo deseaba muchísimo descubrir hasta qué grado se habían desarrollado en este joven aquellas sorprendentes dotes psíquicas que admirábamos en el Thakur. ¿Dominaba, al igual que el Thakur, la facultad de leer los pensamientos de los demás, como si se tratase de un libro abierto ante él? ¿Podía, no sólo leer, sino *dirigir los* pensamientos de los demás, y producir al menos alguna de las maravillosas manifestaciones que al parecer tan poco le costaban al Thakur? ¿Para qué le habrá enviado? ¿Con qué propósito? Estas eran las preguntas que surgían en mi interior.

Sabía que el Coronel trataba, en vano, de adquirir, incluso en una pequeña medida, no sólo las cumbres del *Rajá Yoga*, sino también aquellas extrañas e inexplicables facultades psico-fisiológicas, a fin de producir los llamados «milagros» que habían dado a ciertos *hatha yoguis*(¹) ³⁵⁰ una justa fama. Como se ha demostrado, el *Rajá Yoga* requiere entrenamiento y un ininterrumpido esfuerzo de tipo puramente psíquico en la misma dirección desde la más temprana edad; un estudio en profundidad y, en especial, una comprensión del sentido *secreto* de las instrucciones de Patañjali, en vez de la letra muerta de su sistema, así como una iniciación en los Misterios, que ninguno de los brahmanes iniciados revelaría por precio alguno. Para convertirse en un *hatha yogui*, se requieren años de esfuerzos pretemerales, sobrehumanos y mortificadores del físico; uno debe haber nacido con tales *idiotías* fisiológicas, si no, no obtendrá nada, excepto la repulsiva apariencia externa de un faquir y la vanidad del charlatán. Contra lo último, el Thakur arremetía denodadamente; en cuanto a lo primero, no es posible ofrecérselo al Coronel. Entonces, ¿por qué esta inútil comedia? ¿Por qué dejar que nuestro honesto y confiado Presidente quede en ridículo ante los ojos de los indos y de los suyos propios? ¿Debería, pues, interrogar a Ananda? ¿O debería acaso tener un ojo encima de él, para cuando revelase su misión? ¡Sin embargo, no parecía probable que él se descubriera!... No le quité los ojos de encima en toda la tarde anterior, ni tampoco desde las cinco de la mañana de hoy y, no obstante, no he sido capaz de detectar el menor esbozo de sonrisa o

³⁵⁰ 'Cualquiera puede dedicarse al estudio del *Hatha Yoga* según la *letra muerta* del sistema de Patañjali. Para hacer esto, no es preciso ser un filósofo, ni tampoco saber cómo leer y escribir, sino simplemente poseer la volunad y la firmeza férreas de los indos, su indiferencia al sufrimiento físico, su ciego fanatismo y su fe en un Dios elegido. Afirmaría que los verdaderos *hatha yoguis* se parecen mucho a los médiums, pero con *deliberación y volición*, algo que le falta al médium occidental. Producen sus fenómenos *ad libitum*, haciéndolos depender de sus propias voluntades y del *control del finn*, mientras que los espiritistas, por el contrario, están bajo el control de los jinns («espíritus») que personifican este poder todavía no descubierto. Los *hatha yoguis* logran esio también mediante terribles monificaciones de sí mismos que desembocan en la pérdida de la sensación, como los *convulsionnaires* de san Medardo y cierres santos católicos. El método de los *rajá voguis* es, en cambio, completamente diferente. Su lema es: *Mens sana in corpore sano*.

expresión definida en este rostro juvenil. Ha permanecido impasible y absolutamente impenetrable detrás de una máscara de extrema serenidad, como la de un muerto. Su voz, blanda y gentil, evocaba la monotonía de la lectura a media voz. Carecía de toda entonación, aunque algunas flores de elocuencia oriental fueran depositadas aquí y allá. Sus pensamientos eran poderosos y expresados con suma precisión. Incluso en sus ojos había una ausencia de expresividad, a veces hasta de pensamiento. Sus enormes pupilas ni se contraían ni se dilataban, ni brillaban ni se ensombrecían, como si detrás de ellas estuviera funcionando el movimiento periódico de un mecanismo de relojería. Sentía la piel de gallina por todo mi cuerpo cuando sus ojos radiantes y pacíficos se encontraban con mi mirada curiosa. Pero, incluso entonces, nada me decían estos ojos. Sin duda, poseía un mejor control de sí mismo que el propio Thakur.

Entretanto, el Coronel seguía agitado.

-Pero resulta que no estoy familiarizado con el ritual -explicaba-. ¿Qué debo hacer? ¿Y el salagrama?

-Quíteselo y guárdelo en una cajita de sortijas -sugerí-.

-¿Me enseñará las fórmulas necesarias cuando vayamos a Mathura, querido *gurú*? -pedía Olcott a la joven esfinge, sin prestar atención a mi sugerencia-.

-Desgraciadamente debo declinar su petición. Sólo los *Brahmana Vaishnavas* (del culto de Visnú) que han sido iniciados en los arcanos(1)³⁵¹ (rituales) del *sankha*(2)³⁵², *padma*(3)³⁵³, *tulsi*(4)³⁵⁴ y *salagrama*, pueden iniciar a otros. Yo no poseo el derecho de hacerlo.

-Entonces, ¿tendrá tiempo para persuadir a uno de esos brahmanes? Le ruego que lo intente.

³⁵¹ Arcano: secreto mágico.

³⁵² 2 *Sankha*: <molusco>.

³⁵³ 3 *Padina*: *el* «loto sagrado».

³⁵⁴ 4 *Tulsi*.- una planta. Todos estos objetos están dedicados a Visnú.

-Lo intentaré, pero mi éxito es muy dudoso -contestó Ananda, mirando a todos y, sin embargo, a nadie-. De todos inodos, este salagrama posee poderosas cualidades, incluso sin las superficiales *japas* («ceremonias»), y se lo debo advertir.

-¡No me diga! Por favor, cuénteme...

-Esta piedra representa a *Gopala Krisna(1)* ³⁵⁵. Aquel que lo lleva sobre sí, debe evitar encontrarse con vacas. De otro modo, todo un rebaño bobino que ruge alegremente, perseguirá al poseedor de tal salagrama. Les atrae con una fuerza magnética irresistible...

Miré con asombro a svami Ananda. ¿Se estaba burlando o no de nosotros? Su rostro permanecía, como era de esperar, serio y tranquilo.

El Coronel tembló ligeramente.

-Es cierto -interpuso Mulji-. Mi abuelo tuvo un salagrama de ese tipo y, cierta vez, cuando servía como *diwan* («primer Ministro») al thakur de Wadhwan, el rebaño de éste casi acomeó a mi abuelo cuando fue a mostrarle su afecto.

-Y ya sabe, Coronel, que Mathura está repleta de vacas, que además, son *sagradas* -le amenacé, apenas dominando mi risa-.

-¡Y todavía hay más: monos sagrados! -pinchaba el babú-.

-De ahí, babú, que a usted no le sacarán innecesarias fotografías -apuntó sarcásticamente el piadoso Mulji-. No es necesario que usted ayude a

³⁵⁵ 1 Copala Krisna es Krisna, «El Pastor». Existen salagramas que representan a Sampat Krisna, «El prodigador de bienes»; Saintana Krisna, «El otorgador de hijos»; etc., uno para cada ocasión y necesidad. Si las vacas no corren tras un hombre que lleva un Gopala Krisna la piedra se considera falsa.

Maam sahib. Ella no tiene por qué respetar nuestras creencias, pero usted es un hindú.

-Como leósofos, estamos obligados a respetar *todas* las creencias -dijo sentenciosamente nuestro Presidente-. Pero la clave de la cuestión no está ahí, sino en cómo puedo utilizar con provecho el salagrama. De todas formas, ya consultaré al Thakur sobre esto -añadió, más tranquilizado-. ¿Qué clase de caña de bambú es esa que lleva svami Ananda? -preguntó inesperadamente, mostrando interés por este nuevo objeto y examinando con curiosidad el bastón que colgaba del brazo del asceta-.

-Esto es un *hanumanta bera*... El bastón mágico de todos los ascetas de Madrás -contestó el voluntario babú-.

_ ¿Es eso cierto? -inquirió el Coronel, dudando de la fiabilidad del conocimiento del babú-, ¿le puedo preguntar, svami Ananda, por algunos detalles acerca del mismo? He leído algo sobre estos bastones en las obras de Jacolliot. ¿Él los describe con exactitud?

-No, porque consiguió su información de quienes nada saben del *danda* -el nombre de este bastón- y que le engañaron vergonzosamente.

-Bien -dijo el Coronel- ¿puede usted narrarnos la historia de su bastón de bambú y explicarnos por qué se considera mágico y se llama «de Hanuman»?

-A ustedes les puedo hablar. Son teósofos y tienen derecho a nuestra confianza. Estoy a su ser-vicio. Procedan a preguntarme.

-Pues, ¿por qué lleva usted objetos consagrados a Siva y Hanuman, cuando denuncia como ficticios a los Dioses? ¿Cuál es el misterio?

-No hay el menor misterio. Todo el problema se debe a que en nuestra mitología no existe ninguna fábula que no esté basada en una verdad. Llevo una rudraksha y un danda, no porque los brahmanes trataron de velar aquellas verdades con la niebla de alguna que otra fábula, sino porque la madera y el fruto del cual están hechos poseen particulares cualidades benéficas para cierto propósito mío previamente establecido.

-Bueno; eso es algo bastante peligroso para usted. Aquellos a quienes no explica el verdadero significado o la razón de su proceder, no verán ninguna diferencia entre usted y los hatha yoguis.

-Al haber renunciado al mundo -replicó Ananda-, no tenemos ningún motivo para preocuparnos por tal o cual opinión sobre nosotros. Que la gente piense lo que, quiera.

-Acaba de decir que la madera y el fruto de los que el danda y la rudraksha están hechos tienen propiedades benéficas para su propósito. ¿Puede decirnos algo sobre estas propiedades?

Simultáneamente se oyeron en el carro dos profundos suspiros. El rostro de Ananda permaneció impassible, si bien miró un instante a Narayana.

-El hanumanta bera («árbol de Hanuman») sólo crece en las Montañas Udayagirí(1) ³⁵⁶, a unos ciento sesenta kilómetros de Nellore, en la Presidencia de Madrás -empezó diciendo Ananda, con su voz quieta, monótona-. El hanumanta bera es el árbol favorito de los monos de la tribu de Hanuman y por ello ha sido sacralizado y se le ha dado nombre en su honor. únicamente los materialistas ignorantes optan por ver en Hanuman sólo un mono real, el receptáculo de... ¡un Dios! En nuestra mitología, Hanuman es llamado el *vahana* de Rama(1) ³⁵⁷, es decir, el asiento o vehículo físico de aquel que se declara la personificación de las cualidades

³⁵⁶ 1 Udayagiri está formada por dos palabras: udaya, «amanecer», y giri, «montañas»,. Están localizadas al este de la Costa Coromandel (pronunciación real: kuru manal, «arenas negras»), mientras las Astagiri («Montañas Occidentales») están en la Costa de Malabar. Ambas cadenas se juntan en el sur mediante las Montañas Nilgiri o «Azules».

³⁵⁷ 1 Rama, rey y héroe, es una figura perfectamente histórica, como han demostrado numerosos orientistas. Representa al Sol, es un Dios solar. Un *vahana* es meramente el «contenedor, de algo, el recipiente, la forma objetiva en la que se encierra y con la que se transporta algo incorpóreo, es decir, a una *naturaleza esencial* de la sustancia. Así, el cuerpo es el vahana del alma, a la que, en la filosofía hindú y en sánscrito, se llama el «conductor» del vahana, como en el caso de cualquier otra esencia incorpórea que se manifiesta en la materia.

del Sol. Hanuman es el antepasado de los dravidianos, una raza totalmente distinta a los hindúes del Norte; se llama vahana de Rama porque nuestros antecesores eran, de hecho, los Hijos del Sol, los suryavansa, aliados del Sol en el Sur y en los Trópicos y también del gran «Rey Sol» hablando metafóricamente. Resumiendo, Hanuman, si lo contemplamos en clave simbólica, es la representación colectiva de los pueblos del Sur, incluso para los occidentales. Históricamente, se trata de Bhimasena, el hijo de Kunti, el tío de Krisna por la rama paterna; mitológicamente, es el hijo de Vayu, el Dios del Aire, guardián y barquero del río *Viraja*, la laguna Estigia hindú, que todo morial debe cruzar hacia el mundo de las *sombras* y que *ninguno puede hacerlo sin la ayuda de Hanuman*. El significado de esto es que antes de que el hombre, en otros mundos más evolucionados, pueda alcanzar el logro de no necesitar más la forma objetiva burda, debe empezar por el punto inicial de la Humanidad bajo la forma del hombre-mono, con todas sus pasiones e instintos animales. Para lograr convertirse en *deva*, uno debe, primero, nacer como hombre. Debe, por lo tanto, ganar cada paso, cada ronda conducente a un nivel superior, *mediante el esfuerzo personal y victorioso*. No es difícil de entender por qué los brahmanes enseñan que este do Viraja, que según sus doctrinas tiene un significado simbólico tan tremendo para nuestra evolución espiritual, está protegido por Hanuman y, asimismo, por qué se honra al dios-mono.(2) ³⁵⁸Al realizar sus abluciones matinales, todo brahmán cierra sus ventanillas nasales, orejas, ojos y boca con los dedos de ambas manos y concentra toda su atención en la sagrada palabra de cuatro sílabas que debe ser pronunciada en voz alta tres veces. Este ritual diario es particularmente obligatorio para los Brahmana-bralimacharines.

-¿No es porque en el *Ramayana*, Hanuman también se llama brahmacharin, «asceta virgen», profundamente versado en la lógica y en las *navaryakaranas*, o los nueve sistemas de gramática? -preguntó de manera inocente el bengalí-.

³⁵⁸ 2 *Hanuman* es el símbolo personificado del «hombre terrestre», que a pesar de su naturaleza animal, desarrolla su naturaleza espiritual mediante el esfuerzo personal y, tras superar a la primera, emerge como vencedor inielectual de todo lo terrestre, convirtiéndose finalmente en un individuo divino, merecedor de andar brazo a brazo con Rama, la encarnación de la más elevada Divinidad.

-¡No interrumpa, babú!... Es una falta de respeto y también suspende nuestra atención -exclamó con enfado Mulji-.

-Así es, «asceta virgen» y «brahmacharin» son epítetos que pertenecen con justicia a Hanuman -confirmó tranquilamente el *brahmacharin* de Madrás, como si no se percatara del insulto deliberado-. Hanuman también es considerado como el fundador de la gramática sánscrita. En consecuencia, ningún poeta o autor deja de alabarle al igual que a Sarasvati, la Diosa de la Sabiduría Oculta, en el encomio de la primera hoja de sus obras.

-¿Y cuándo sabremos más del «bastón mágico»? -preguntó quejándose el Coronel-.

De nuevo estoy a su servicio -contestó el brahmán francés, inclinándose levemente-. En el día del *Hanumanta Jayanti(1)* ³⁵⁹, los devotos del mono-guerrero se pasan la jornada en ayunas y realizando «puja». Entonces, justo en la hora «propicia», determinada por los astrólogos iniciados, parten para las montañas Udayagiri, donde, después de realizar las ceremonias prescritas, corian ramas finas de los árboles sagrados, los *hanumanta bera*, y las llevan a casa.

-¿Parecidas a su bastón?

-En apariencia, exactamente iguales. Pero como hay muy pocos brahmanes experios en terminar la *preparación* del bastón -más de un año de tratamientos diarios son necesarios antes de que se convierta en «bastón mágico»-, uno como éste es, en consecuencia, sumamente raro.

-¿Y cuáles son las propiedades del «bastón» cuando ha sido preparado de acuerdo a todas las normas?...

-Ello depende de su dueño, como también en el caso de la rudraksha, la Tulsi o cualquier otro objeto similar. Las propiedades que adquiere son varias. Si le pregunta sobre ello a un brahmán sectario, probablemente le contestará que gracias a su danda puede someter a los «espíritus» o alejar los pisachas de los cuerpos humanos que ha posesionado; que el danda

³⁵⁹ 1 El día del cumpleaños de Hanuman, en el mes de abril.

ayuda en la adquisición y desarrollo de la clarividencia; que protege al poseedor de *los jinn*, de la muerte y del mal de ojo; que cura todas las enfermedades; en fin, que sus propiedades son idénticas a las que poseía el gran «dios-mono»; y etcétera.

-Nos está repitiendo simplemente lo que quizás nos hubiera dicho un *sectario*. Pero usted no pertenece a esa clase. Nos complacería saber lo que *usted* nos puede decir.

-Mi respuesta es que el bastón sin la mano que le imparte el poder de realizar esta o aquella acción, es inútil; en la mano de un raja *yogui*, *cuya mente y voluntad funcionan a plena conciencia*, el bastón se convierte en el conductor de esa voluntad, como el cable telegráfico que conduce los pensamientos del emisor del mensaje, sin dejar de ser un simple trozo de metal en ausencia de ese agente. En manos de un hatha *yogui*, sus operaciones son a menudo sorprendentes, pero como la mente del agente motivador funciona *inconscientemente*, las propiedades del danda son variables y no siempre están acordes con la razón y la moral estricta.

-¿Pero actúa el hatha *yogui* inconscientemente como nuestros médiums?

-No, no del todo. En principio, son sus deseos y pensamientos los que actúan; o sea, que él no actúa inconscientemente. Pero, al creer en sus Dioses inexistentes y en su ayuda, no es *conciente de su propia conciencia completa*, y no admite su propia autoría personal. Separando los actos de sus causas, es decir, de su propia voluntad conciente, pues la mayoría de estos sannyasines milagreros no son filósofos, sino simples fanáticos, considera que los fenómenos realizados por él, son la obra de Hanuman y así, lleva a errar a otros, difundiendo solamente la superstición y, a menudo, también grandes males, en vez de conocimiento y bienes.

-¿Así que, mi propio salagrama -preguntó el Coronel- no funcionará sin mi voluntad? ¿De qué manera podré unir las dos? ¿Enséñeme, en honor de la verdad y en nombre de la Humanidad! ¿Puedo, por ejemplo, curar con él, mediante pases magnéticos?...

-Si su voluntad es fuerte, su deseo de ayudar a la Humanidad y su amor por ella inquebrantables, entonces, con el tiempo, probablemente podrá producir un poderoso efecto en él. Pero, repito, su salagrama posee sus

propias cualidades particulares e intrínsecas. Es asimismo un imán de su propio tipo, con el que puede realizar diversos experimentos de una variedad sin límites, pero sus propiedades específicas permanecerán por siempre las mismas.

-*Gare aux vaches, mon Coronel(1)* ³⁶⁰-le recordé con una risa-. -¡Oh, pare, por favor! ¡No interfiera! -replicó el profundamente interesado Coronel, alzando su mano en protesta-. ¿Y las rudr-akshas alrededor de su cuello, el tulsí y el *tutti quanti* de artículos usados por los ascetas? ¿Eh? Como sabe, se trata de *reliquias sagradas* de Siva y Visnú, de varios Rudras y *devatas* en los que usted no cree, pero cuyos emblemas, no obstante, lleva como si no existieran en el mundo otros objetos con características similares, útiles para usted -comentó el Coronel, instando al asceta que no movía ni un solo pelo-.

-Está equivocado. Yo únicamente no creo en la presencia y personalidad de *esos* dioses. Rechazo la sombra, pero no el ser en sí. Creo en estas fuerzas cósmicas, vestidas por la fantasía popular con las formas de preservador y conservador. Conociendo algo de las correlaciones ocultas de esas fuerzas con las de la Naturaleza y con sus manifestaciones en la materia no puedo evitar creer en ellas. De otro modo, individuos como el Thakur, y yo mismo, no nos dedicaríamos por entero y sin reservas al servicio de estas fuerzas.

-¿Pero por qué, en tal circunstancia -pregunté por primera vez dirigiéndome a él precisamente «esos» como el Thakur sacrifican la verdad y el espíritu a la simple forma... Mire a nuestro Mulji que ha embadurnado su frente con cenizas blancas, sin duda, en honor a Mathura. ¿Qué sentido tiene este ensuciamiento?

-No se trata de un «ensuciamiento», Maam sahib -replicó el «generab, algo ofendido-, sino de respeto a las costumbres inmemoriales...

-Pero usted no es un sivaíta(2) ³⁶¹. ¿Por qué entonces, sigue la costumbre de estos practicantes?...

³⁶⁰ 'Cuidado con las vacas, mi Coronel.

³⁶¹ 2 *Sivaíta* es el devoto de Siva; *Vaishnava* el de Visnú. *Rudra* es el título de ambos Dioses y significa «Señor».

-Porque está generalmente aceptado así.

-¿Y en qué consiste la filosofía de esta costumbre generalmente aceptada? ¿En qué se basa?

-En una fábula -replicó el babú, interrumpiendo de nuevo-. Siva, verás, era también un brahmacharín, un «asceta virgen», como Hanuman. *Smasana(3)*³⁶² era su lugar preferido. Allí, enteramente embadurnado con las cenizas de los muertos, con un cráneo humano para beber agua en vez de una copa, con mil y una serpientes cubriéndole por completo, en vez de guimaldas de flores, y con una *kadrusha(1)*³⁶³ en su cabeza, tenía una apariencia exterior tan horrible que ganó el apelativo de *Ugra(2)*³⁶⁴. Por otra parte, sin embargo, cuando sus colegas, los demás Dioses, le desposaron con Parvati (Kali, etc.) para pacificar su carácter demasiado feroz, Ugra se convirtió en *Kshanta(3)*³⁶⁵. Así es que, en recuerdo de sus gestas ascéticas, los sivaítas frotan sus cuerpos y rostros con cenizas blancas. La doble moraleja de la fábula es: no te conviertas en un brahmacharin y en un asceta hasta dominar tu temperamento, y luego *cásate* si quieres alcanzar el sagrado martirio...

-¡Basta ya de fantasías! Encuentra algo ridículo en todas las cosas.

-De ningún modo, mi querido Mulji. Estoy ayudando a Maam sahib a recoger información y le muestro la lógica completa y los beneficios de frotarse el cuerpo con cenizas.

-Este método está basado en razones higiénicas -explicó Ananda-. Los ascetas sivaítas evitan así muchas enfermedades epidémicas. Debe saber

³⁶² 3 El lugar de las cremaciones de los brahmanes.

³⁶³ 1 *Cobra de capello*. Numerosos faquires del culto sivaíta portan una serpiente viva en su cabeza en lugar del turbante.

³⁶⁴ 2 Ugra significa «feroz».

³⁶⁵ 3 *Kshanta* significa «santo». Cierta juego de palabras: «de ugra se hizo kshanta», significa que de *feroz* se transformó en *santo*.

que no se trata de las cenizas de los cuerpos incinerados, sino de cierta raíz medicinal mezclada con estiércol de vaca.

-¿Pero por qué no frotan los rajá yoguis sus cuerpos de esta forma tan grata?

-Tienen otros medios incluso mejores.

Mirando a Ananda, pensé que ésa sería la razón de que, al menos extemamente, no envejeciera.

Olcott seguía mirando de reojo el danda y el collar de su gurú y volvió al ataque.

-Todo eso será así y nos ha explicado muy bien por qué hace *o no* esto o aquello. Pero todavía no comprendo por qué los rajá yoguis, los iniciados y los candidatos a iniciados realizan, a pesar de todo, ciertas prácticas de los hatha yoguis. ¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre la utilización del danda y de la rudraksha por parte del rajá yogui y del hatha yogui?

-Esto sólo podría ser explicado a quien poseyese una clara visión de la diferencia entre estos dos tipos de *Yoga* y de las propiedades naturales de dichos objetos. El Hatha Yoga es la última -y en comparación con el Rajá Yoga, la más moderna- exposición del misticismo. Es el resultado de siglos de vulgarización de las prácticas de la filosofía, es la victoria de la forma del ritual extemo sobre el espíritu de la enseñanza y, en consecuencia, una gradual degeneración de la *Brahma Vidya*, o Sabiduría Divina. Después de perder, debido a la ambición personal y a las pasiones terrenales, la capacidad de **unión con Brahmán, es decir, con la Naturaleza Incondicional**, la mayoría de los brahmanes, excluidos de la suprema Iniciación Final cuyas dificultades no podrían superar, sustituyeron el Rajá Yoga por el Hatha Yoga. Los que creen que ésta es la verdad última están convencidos de que el propio *Siva Mahatrnya* reside en cada pepita de la rudraksha y por esto atribuyen cualquier manifestación, como, por ejemplo, la clarividencia o la curación de enfermedades en presencia del talismán, no a su propio poder y a su propia voluntad, sino a la intervención y a la acción directa de Siva. El rajá yogui, por el contrario, niega en principio esa participación, al igual que la personalidad de Siva. Para él no existen Dioses antropomórficos, sino

solamente el incondicionado Poder de doble filo que crea y destruye, el Uno Universal o Sustancia Primordial del que él es una partícula inalienable, aunque, para la engañosa conciencia de sus sentidos terrestres, parezca ser un personaje transitorio. Después de verificar durante años sus propiedades mediante experimentos metódicos, y descubrir este poder en sí mismo, lo carga y lo concentra en este objeto, ya se trate de una rudraksha, un salagrama o un danda. Entonces, cuando se presenta la ocasión, y según su propia voluntad y discreción, dirige este poder cuya doble cualidad es la atracción y la repulsión, en una u otra dirección. Siva no tiene nada que ver con todo esto. De este modo transforma incluso un bastón o un danda en un vahana, llenándolo de su propio poder y espíritu y otorgándole, por cierto tiempo, sus propias propiedades. En Occidente, sus magnetizadores, al impregnar con su corriente vital un papel o cualquier otro objeto que vaya a usar el enfermo, hacen lo mismo, sólo que en un grado incomparablemente inferior.

-Discúlpeme -interrumpió el Coronel- pero está hablando de poder, espíritu, propiedades y fuerzas como si todo esto fuese lo mismo que la fuerza vital o que la corriente «magnética». Sé que el magnetizador puede impregnar un objeto inanimado con el superávit de su propia vitalidad para propósitos curativos. Yo mismo lo he hecho. Pero ahora quisiera entender su afirmación referente a la transferencia a un objeto de la voluntad, pensamientos, acción conciente, etc., es decir, de cualidades y propiedades incorpóreas y puramente psicológicas... ¿Realmente es eso posible?...

-Para quien no sabe nada o muy poco sobre el Rajá Yoga y la verdadera Brahma Vidya, y para el que no está familiarizado con la Psicología oriental, la sustancia es el producto de sus propias concepciones, o de las deducciones e hipótesis científicas occidentales; en otras palabras, el resultado de *ideas incuestionablemente relativas*. Para el occidental, cualquier sustancia -desde la fuerza vital hasta un mineral- es materia. Ignora los sucesivos niveles, desde la sustancia condicionada y limitada hasta la sustancia primordial e ¡limitada o *mulaprakriti*, es decir, la materia primordial. De aquí que es muy difícil, si no imposible, explicarle la naturaleza de las acciones del rajá yogui y de la transferencia de la esencia de su poder creativo a un objeto inanimado. Para el científico occidental, cuyas ideas sobre la sustancia están basadas en la correlación de su organismo con el mundo externo y que se limita a este marco único, *todo lo que no sea materia es, o bien, «nada», o simplemente una cualidad incorpórea*. Él no cree en el espíritu o, si lo hace, es incapaz de una clara

comprensión del «Espíritu-Sat» y del «poder del Espíritu». Según su opinión, el espíritu es algo no-sustancial, en consecuencia, no separable y no transferible. Ignora todas las propiedades y condiciones de la fuerza. La antigua Teurgia occidental, en cambio, atrae nuestra atención en sus propias crónicas hacia innumerables ejemplos de objetos inanimados dotados de momentánea movilidad y, parecería que también de conciencia e, incluso, volición. Las creencias religiosas de los occidentales contemporáneos dan testimonio de lo mismo. ¿Qué sabe, después de todo, el científico occidental sobre la sustancia universal, sobre su naturaleza esencial y sus modificaciones? Todo lo que saben sobre la materia y sus propiedades, sobre los sentidos físicos y espirituales, no es más que un conocimiento relativo condicionado por los atributos de sus organismos terrestres, sus experiencias personales y las conclusiones de la ciencia, basándose en las sensaciones exteriores, en vez de en las verdaderas cualidades de la sustancia. Por esto, si yo les dijera que no está lejos el tiempo en que sus químicos -comenzando con conservas y extracto de ternera, leche y otros productos animales- lograrán por fin obtener un extracto del principio vital, algo ya conseguido por los homeópatas de la Antigüedad y por alquimistas inconcientes como un tal profesor Jager, ustedes se pondrían a reír. A pesar de su falta de fe, me permito suministrar esta información con visos de profecía.

-¿Pero qué es lo que está comparando?... ¿Es posible encerrar al espíritu en una botella? Pero eso se puede leer en un cuento como «El pescador y el jimi» -un espíritu encerrado en un tonel bajo el sello de Salomón- de Las Mil y Una Noches.

-¿Entonces, por qué seleccionó precisamente este símbolo para el sello de su Sociedad?

-Porque es la figura del Sri Yantra, el *Chakra* o «Rueda de Visnú», uno de los símbolos más antiguos de la India...

-El «Sello de Salomón», que se encuentra en **nuestro pueblo** y entre los caldeos, entre los pueblos primitivos de Europa, así como entre los indígenas de las dos Américas, de África y de Asia, sólo demuestra una cosa: que el cuento de «El pescador y el jimi» está basado en un hecho. El jinn, un espíritu malo y, al mismo tiempo, bueno y servicial, es el símbolo personificado de aquel poder de la Naturaleza que he estado explicando: el

poder que crea y destruye, que atrae y repele. El Salomón de las leyendas populares es un «inago» y un Iniciado. Es el patrón de los cabalistas judaicos y también de los europeos, de la misma manera que Hermes lo es de los Magos egipcios. Este poder que se concentra en cualquier objeto, ya sea por Salomón o por Hermes, o por un rajá yogui de la India, en otras palabras, un Iniciado en las Ciencias Ocultas, no es más que espíritu sin atributos ni materia cualitativa. Este mismo poder es el que ha creado al Hombre, el vahana de Parabrahaman y Mulaprakrítí. A su vez, un ser humano conciente de esta doble fuerza en él, podrá transmitir su superávit a otros vahanas. Pero para lograr crear y desarrollar en sí mismo esta doble fuerza debe, en primer lugar, renunciar a su propia personalidad, dedicarse por completo al ser-vicio de la Humanidad, olvidar su Yo personal, hacerse primeramente digno de ser un colaborador de la Naturaleza y, sólo entonces, aspirar a la Iniciación.

-Pero, ¿cómo y de qué forma ayuda él a la Humanidad, o siquiera al progreso de ésta, con el uso de dandas y rudrakshas? Entiendo el deseo de hacerse discípulo, de estudiar los secretos de la Naturaleza con un propósito, primero, *personal* y, digamos egoísta, y que luego ayudará a otros con el conocimiento adquirido; ¡ pero no veo la relación entre rudrakshas e Iniciados benefactores de la Humanidad!...

-Lo siento, pero no pasaré a explicarle esto en su estado actual de ceguera espiritual. Repito que, para llegar a ser un rajá yogui, es necesario en primer lugar una renuncia *incondicional* de la propia personalidad y carecer de propósitos *egoístas*, porque sólo los hatha yoguis se ocupan de tales intereses, como resultado de haber degradado el *sentido* de las Ciencias Ocultas a los ojos de los no-iniciados.

-¿No podría -insistió el Coronel, algo embarazado por esta lección directa- ayudarme con un ejemplo sencillo a entender por qué los rajá yoguis en particular, y también los hatha yoguis, despreciados por aquellos, llevan bastones, iguales a estos dandas?... -A fin de no disipar la esencia de la fuerza dual por culpa de la presión de las eventualidades externas de la vida diaria, y de disponer de ella en reserva, por así decirlo, siempre preparada a ser utilizada en el caso de posibles emergencias...

-¿De qué tipo, por ejemplo?

-Imagínese que camina por la calle en compañía de un rajá yogui y que mantiene una conversación sobre temas comunes que, sin embargo, por una u otra razón le interesan. El rajá yogui lleva en su mano el danda que siempre está con él, uno como éste -dijo Ananda, señalando su propio bastón de siete nudos-. Desde detrás de una esquina un perro rabioso se lanza sobre usted. El peligro está cerca, y la cuestión de su seguridad depende de la velocidad de acción, contada, no por minutos ni por segundos, sino por fracciones de instante. Aunque el pensamiento actúa con la velocidad de la electricidad, sin embargo, la mente coordinadora ocupada en objetos extraños, para extraer del aparato perceptivo los impulsos volitivos necesarios para repeler al perro, posiblemente tarde medio segundo más de lo que necesitará el animal para morderle. Sin su danda, es posible que el rajá yogui no tenga tiempo de socorrerle. Pero el danda, imbuido de la esencia del poder del rajá yogui, actúa con la celeridad del rayo y dirigiéndose contra el animal, paraliza instantáneamente el impulso de saltar sobre usted; y una repetición del gesto del rajá yogui podrá incluso matar a la bestia, si ello fuera *necesario*, sin apenas tocarla. He aquí de lo que es capaz el danda en circunstancias *ordinarias*. Pero llamarlo por esto *bastón mágico*, es incorrecto, pues ni la «vida», ni un rudraksha pueden ser aislados de nuestro pensamiento y voluntad concientes, ni actuar independientemente de nosotros. Atribuirles tales propiedades significa reconocer en ellos la presencia de un aparato conciente, como lo hay en el hombre, y supone una deliberada diseminación de la superstición y del grosero culto a la materia.

-Acaba de decir que un rajá yogui jamás está sin el danda en su mano. Pero, nunca he visto un bastón en las manos del Thakur...

-El poder activo no depende de la forina exterior del vahana, y no sólo el danda es seleccionado como portador o vehículo del «poder» -fue la respuesta evasiva que recibimos-.

En aquel momento, el ruidoso y crujiente carruaje, levantó su parte trasera y suspirando a través de su cubieria de tela, con sus ruedas que producían los chirridos más increíbles, se detuvo en el pavimento de Mathura, la tierra prometida de los piadosos *vaishnavas* («devotos de Visnú»).

-¡Sri Muttra! -exclamó Mulji, cayendo con el rostro sobre el fondo del carruaje-. ¡Sri Muttra! -repitió después Narayana, mirando pensativamente a la distancia, como si esperara a alguien-.

Ananda no hizo más que girar su cabeza cuando hicimos nuestra entrada, mientras que el resto de nosotros nos agolpamos y caíamos unos sobre otros, para ver los **templos rosados cubiertos** de monos por debajo del toldo de tela, él no movió ni un ojo, ni siquiera cuando casi le pisé su delicado pie desnudo. Cuando me excusé, sólo miró dentro de mí (y no hacia mí) con sus ojos amables de cervatillo, como si quisiera descubrir en mí de qué estaba disculpándome exactamente...

La mirada me hizo presa del terror. Olvidando a *Mathura*, volví mis pensamientos hacia el recuerdo del «hombre-autómata» que perdió su alma, protagonista del cuento de cierio Hoffmarm norteamericano.

CAPÍTULO VI

ATAQUE DE MONOS - CARÁCTER DE LOS ELEFANTES -
ANTIGÜEDAD DE
MATHURA - PÁGINAS DE SU HISTORIA - KRISNA, PATRÓN DE
MATHURA
ORIGEN INDO DE LA MITOLOGÍA GRIEGA - POCOCKE Y SUS
INTUITIVAS
OPINIONES - PELASGOS Y SU ORIGEN - NOMBRES GRIEGOS EN
LA
INDIA - ¿QUIÉNES FUERON LOS CÍCLOPES?

Mis reflexiones y meditaciones sobre la ausencia de un alma «personal» en Ananda fueron abruptamente interrumpidas por algo totalmente insospechado. Transitábamos entre dos líneas de edificios cuyos balcones colgaban hasta casi la mitad de la calle, cuando empezaron a caer cosas con cierta fuerza sobre el toldo del carruaje, corriendo alrededor con

alboroto y vociferando. Con un chillido que se elevaba por encima de los multitudinarios sonidos que emergían de nuestro propio vehículo, fuimos atacados, o acaso sólo «saludados a su manera», por toda una tropa de monos grandes y pequeños. Montaron en los laterales del carruaje, se apilaron en los accesos, subieron unos encima de otros y sobre nuestras cabezas y hombros. Su aparición fue tan repentina que apenas me enteré de lo que sucedió. Cayeron todos sobre una pequeña cesta que contenía alimentos y que, por desgracia, se encontraba abierta de par en par sobre uno de los asientos. En un abrir y cerrar de ojos, la botella con café frío fue rota y Mulji bañado en líquido negro; la caja del té fue hecha pedazos y el té mismo vertido por todo el carruaje y la calle; entre tanto, el Presidente fue coronado con un estupendo pastel y mi vestido manchado con mermelada.

Había diez o quince de estos monos y desde el mismo momento de su aparición, el típico olor penetrante invadió el carruaje de tal manera que casi me ahogué. Los monos no tocaron a nadie, sólo estaban, evidentemente, buscando manjares; de cualquier modo, nuestro conductor apenas pudo detener a los caballos al girar por una esquina, antes de que toda la tropa desapareciese tan de prisa como llegó... Dos brahmanes de afeitadas cabezas, que corrieron a salvar nuestro cargamento, al ver que sus «dioses» retrocedieron, volvieron tranquilamente a sus respectivos lugares en los escalones de una pagoda.

Para llegar al lugar de reposo preparado para nosotros, tuvimos que atravesar casi toda la ciudad. Mathura, alumbrada por el brillante sol matinal cuyos rayos golpearon siglos de cenizas y la suciedad de las casas viejas, nos pareció muy pintoresca. Las viviendas se sitúan en forma de abanico sobre la escarpada orilla occidental del Yamuna y se han extendido por las elevadas estribaciones que desaparecen en la distancia como olas verdes. SH Krisna(1)³⁶⁶, Avatara de Visnú, demostró su gusto artístico cuando eligió Mathura como lugar de nacimiento y, luego, hizo de esta localidad la arena de sus místicas aventuras amorosas con las gopis

³⁶⁶ 1 Sri; «gloria», «bienaventuranza»; uno de los nombres de Lakshmi, la consorte de Visnú. En la actualidad, sin embargo, este nombre se ha convertido en un adjetivo, un epíteto, y es sinónimo de santidad. Así, tenemos a Sri Muttra, Sri Krisna, etc., es decir, «Glorioso o Santo Muttra», «Glorioso Krisna».

(«pastorcillas»), cuyo desbordante número causó probablemente su color azul. No estoy preparada para decir hasta qué punto es cierta esta hipótesis, pero ésta fue la explicación que dio el babú cuando presencié el temor reverente de Mulji ante la enorme estatua del Dios Pastor pintado de azul oscuro de la cabeza a los pies, desde las mejillas hasta su flauta de caña. Más adelante daremos una mirada a las causas filosóficas y etnográficas de su color azul.

Cruzamos el río por un puente de barcazas de poco calaje, una forma de construcción que, por una u otra razón, es especialmente apreciada en comparación con otras. El río sagrado, competidor del Ganges, estaba lleno a rebosar de hindúes de ambos sexos que se purificaban de sus pecados, según la costumbre, todos los días a primera hora. En la abrupta orilla, escalones de mármol llevaban hasta el agua, y cada apeadero estaba ornamentado con un templo en miniatura en honor de una de las pastoras.

Toda la ciudad está traspasada por estrechas calles de escalones de piedras irregulares, ascendiendo y descendiendo como las calles de Malta, por las cuales es casi imposible bajar o subir incluso sobre una mula. Sin embargo, los elefantes, también sagrados, con sus pesadas patas como columnas, andan con facilidad por allí, visitándose entre sí de una a otra pagoda. Parece que cuando se encuentran frente a frente, un elefante que sube y otro que baja por una calle en una situación en la que es difícil avanzar e incluso retroceder, recurren al siguiente truco: después de intercambiar algunas palabras, acompañadas por movimientos de orejas y abrazos con las trompas, demostrándose mutua amistad, el menor de los dos se apoya en la pared, y el mayor se tumba en el suelo y trata de hacerse lo más pequeño posible. Entonces, sin prisa, pasa sobre su amigo con gracia y habilidad. A veces, el elefante tropieza y cae, pero la trompa del que está en el suelo, alzada con aspecto de interrogante durante toda la delicada operación, está siempre presta a ayudar con toda su fuerza a su hermano más pequeño y débil. El respeto y la solidaridad entre elefantes se ha convertido en proverbial y son un permanente reproche a los humanos.(1)³⁶⁷

³⁶⁷ 1 Es llamativo que los elefantes, criaturas de gran ambición y fáciles de ofender, nunca se pelean cuando viven en ciudades, mientras que sí se destruyen mutuamente y con frecuencia en su hábitat natural. También llama la atención que aunque se muestran signos de respeto mutuo, jamás

Mathura parece un zoológico. Hay más animales en él que seres humanos, aunque en los meses de peregrinación la población llega hasta los 300 000 habitantes. Todas las calles están literalmente atestadas con toros y elefantes «sagrados». Los tejados de las casas y de los templos están cubiertos de monos «sagrados», y por encima de nuestras cabezas, como oscuras nubes que cubren la luz de Dios, vuelan los pavos y papagayos. Todos ellos viven en libertad, sin pertenecer a nadie, pero mandando como señores, no sólo sobre el patrimonio de la ciudad, sino también sobre los mismos habitantes. Los desdichados mercaderes del bazar están obligados a transportar sus artículos alimenticios en cestas fuertemente selladas que sólo abren a medias y con la mayor precaución para los compradores; de otro modo, los monos, que siempre rondan las entradas a los bazares y están habituados a cobrar una tasa a cada carro que pasa -lo que explica su ataque al nuestro- lo incautarán todo y, además, arrancarán los pelos a quien defienda sus mercancías demasiado enérgicamente. Sólo los elefantes se comportan con gran dignidad y honor. Nunca cogen nada y esperan modestamente junto al puesto de dulces hasta que se les atiende. En 1880, había en Malhura unos 30 000 monos, alrededor de 5000 toros y varios centenares de elefantes. El olor era tal, que durante todo el día de mi estancia en la ciudad sagrada no

se hacen amigos, sino que a menudo eligen para sus afectos apasionados a perros, burros u otros pequeños animales. Uno de esos elefantes se encariñó con un burro y se encargó de su protección. El elefante era libre y pertenecía a una pagoda mientras que el burro se alquilaba para trabajos. Cierta vez, un soldado inglés lo alquiló, y al montarlo le empezó a golpear los costados con sus pesadas botas. El elefante, que se encontraba en el umbral del establo donde vivía su amigo, observando el abuso que sufría su favorito, agarró al guerrero británico con su trompa y le dio tal sacudida, que cuando aquél se libró, quiso, en su furor, ejecutar al elefante en el mismo lugar. Fue persuadido a no hacerlo, porque los otros elefantes próximos lo hubieran *matado* seguramente; tan asombroso es el *esprit de corps* de los elefantes. Interesado por lo que había oído, perdonó al elefante y, como oferta de paz, le dio un trozo de caña de azúcar. El elefante lo contempló durante algún tiempo, pensó un poco y, entonces, cogió el sabroso bocado, fue derecho al burro y con su trompa lo puso en la boca de la pobre criatura, giró y salió «sin miranne, como un hombre ofendido», -comentaba el soldado que nos contó el episodio-.

aparié el pañuelo perfumado de mi nariz. La santidad nos rodeaba por todos lados y nos soplaban desde cada esquina, asaltando de tal manera a nuestras narices, que por la tarde los «blancos» las teníamos hinchadas de tanto estornudar. *Santos sannyasines* se sostenían sobre sus cabezas en cada cruce; toros *sagrados* extendían una blanda alfombra de su producción propia por encima de las calles sin pavimento; al mismo tiempo, desde los tejados, los monos *sagrados* echaban las frutas y verduras robadas, ahora plenamente digeridas por sus estómagos insaciables, sobre nosotros... Por la tarde, dejé de reprochar al babú por su ateísmo. Entendí a la perfección su aversión a los «dioses» y simpatiqué con él.

Aparte de su santidad, Mathura es una de las ciudades más interesantes y antiguas de la India. En los días del astuto Megastenes, los griegos se llevaron a sus casas recuerdos de muchas ciudades santas *vaishnavas*. Por ejemplo, Arriano en una cita del embajador de Seleucia, menciona a Mathura (**MéOopét**, *Methora*) y **KXeLo,ófiopa**, Kleisobora (?), como las ciudades principales de los *surasenas*. Presumiblemente con Kleisobora, Megastenes quisiera hacer referencia a *Kailaspur*, porque tanto Mathura como esta otra ciudad fueron construidas por los descendientes de *Surasena*, el abuelo de Krisna. El escritor griego también menciona a *Bouduan* (**BouSuav**) y de *Kradeuan* (**KpaSe6av**) como los progenitores de esta casta de los *surasenas*, la principal del país en aquellos tiempos.⁽¹⁾
³⁶⁸Probablemente se refiere, y siguiendo la costumbre griega de distorsionar palabras, al Buda y a Kroshtudeva, los progenitores del pueblo de Yadu, los *induvansa* o raza «lunar». De acuerdo con el árbol genealógico que fue oficialmente examinado, verificado y certificado por la administración del rajá de Udaipur, estos dos nombres de hecho encabezan la lista de descendientes del Buda⁽¹⁾ ³⁶⁹y de Ella (la Tierra), siendo uno de ellos Krisna, y se mencionan frecuentemente en los *Puranas*. Tan hacia atrás como en el tiempo en que floreció Krisna (de

³⁶⁸ 1 Ver *Anábasis de Alejandro*, libro VIII (*Indica*), VIII Arriano.

³⁶⁹ 1 El adjetivo *buda* («omnisciente») no debe ser confundido con Gautama el Buda, o Buda el conocido reformador del Budismo que adquirió este título a edad avanzada. Hubo muchos *budas* en la India antes del tiempo del Príncipe Gautama.

acuerdo con los brahmanes hace 5000 años y de acuerdo a los orientalistas unos 1200 años a.C.), Mathura ya era una ciudad antigua.

Hoy, sin embargo, solamente quedan tres puerlas semidestruidas y algunas ruinas de una poderosa fortaleza antigua de la otrora fuerientemente fonificada ciudad. Los monos han completado la destrucción comenzada por los alganos; incluso la mezquita de Aurangzeb, con sus cuatro torres de azulejos de color azul claro, ha sido arruinada por la negligencia. En la actualidad, no hay lugar para los musulmanes en Muttra. Hasta los misioneros americanos, que no se dejan echar fácilmente de los «nidos de idólatras», huyeron de los monos y de los toros, y hace tiempo que desaparecieron. Los oscuros Krisnas azules y sus animales, con su séquito de brahmanes, permanecieron como señores todopoderosos.

Hubo un tiempo en que el lugar natalicio de Krisna, el divino Don Juan de la India, era famoso por su riqueza y lujo; fue esta fama lo que atrajo a los primeros conquistadores afganos. Cuando Mahmud de Ghazni llevó a cabo su expedición contra Karrauj en el 1017, después de oír hablar acerca de los tesoros de la ciudad de «Krisna Vasudeva», marchó hacia allí con su ejército y al encontrar la ciudad indefensa, porque los brahmanes celebraban su puja, tomó posesión de ella y la saqueó. El ejército de Hanuman se había deteriorado evidentemente; sus descendientes huyeron y durante diez años, tras la incursión de los odiados mogoles, la ciudad sagrada no vio dentro de sus murallas ninguno de sus aliados «amados por los dioses» (o sea, los monos), según dicen las crónicas de Mathura. ¡Menudos aliados! Es seguro que no quedó nada para comer en la ciudad sagrada y, en consecuencia, se largaron.

Cuando Mahmud abandonó el lugar, quemó un sin fin de estatuas y acumuló muchos tesoros de oro, plata y piedras preciosas. También habría destruido los numerosos templos, pero vio que ésto le llevaría muchos meses; otras crónicas dicen que los perdonó gracias a su maravillosa belleza. Una cosa es cierta -esto lo podemos leer en una de sus cartas al gobernador de Ghazi-, Mahmud quedó fascinado por la belleza de la ciudad y sus nquezas. A continuación expongo un extracto de esa carta que he copiado de documentos seleccionados y publicados por la Compañía de las Indias Orientales:

«Aquí hay mil edificios, tan fin-nes como la fe de los creyentes, casi todos de mármol, aparte de innumerables templos; no parece que esta ciudad haya adquirido su condición presente si no al precio de muchos millones de dinares; ni se podría construir otra igual en menos de dos siglos.»⁽¹⁾³⁷⁰

Más adelante, el autor nos cuenta que entre las cosas halladas en los templos de Mathura había «cinco ídolos de oro puro, cuyos ojos eran rubíes de un valor de 50 000 dinares cada uno. En uno de los ídolos se halló un zafiro que pesaba 300 *miskals*(2) ³⁷¹». Además de esto, «se encontraron cien ídolos de plata que fueron transportados sobre otros tantos camellos». Mahmud penrianeó en Mathura «veinte días, durante los cuales la ciudad sufrió grandemente a causa del fuego», sin contar las pérdidas debidas al saqueo.

Después de estos sucesos, Mathura fue abandonada durante muchos siglos hasta que fue saqueada por segunda vez por los afganos, en esta ocasión por el ejército de Ahmed Sha Durrani en 1757. Ahmed no condujo personalmente a sus tropas, sino que entregó el mando de estos ladrones a su sardar, Jahan Khan, llamado Zanus por los jesuitas. Tieffentaller escribe que este ejército contaba con 25 000 jinetes y añade después:

«Muttra es una ciudad populosa, con numerosos habitantes ricos. En esta ciudad, y en otra llamada Bendroban [Viindavanil, famosa en toda la India debido a la encarnación de Krisna, los afganos llevaron a cabo grandes crueldades, y mostraron su odio por los ídolos e idólatras quemando las casas junto con sus inquilinos, masacrando a otros con la espada y la lanza, arrastrando al cautiverio a muchachas y jóvenes, a hombres y mujeres. En los templos mataron a las vacas tenidas por sagradas por las gentes supersticiosas, y mancharon de sangre las estatuas y el pavimento.»⁽³⁾³⁷²

³⁷⁰ 1 E. Thornton, *Gazetteer of India*, 1857, p. 656.

³⁷¹ 2 Esta unidad de medida se utiliza incluso hoy para pesar perlas; en Turquía equivale a 4,804 gr.; en Egipto a 4,663 gr.; y en Persia a 4,536 gr.

³⁷² 3 E. Thornton, *op. cit.*, p. 656.

Por fin, después de la muerte de Najaf Khan, el rey maharati, Mathura fue tomada por Sindhia, que la ofreció al aventurero francés Perron «en *jaghire*(4)³⁷³». No fue hasta 1803 cuando los ingleses ocuparon la ciudad *sin la menor resistencia por parte de los habitantes y la* aseguraron ese mismo año por un tratado especial concluido por la Compañía de las Indias Orientales. Así, de nuevo los británicos fueron «conquistadores», como gustan de llamarse en la India.

A excepción de unas pocas plazas fortificadas, todo el país pasó a manos de los ingleses, casi siempre de igual manera, sin crear ninguna conmoción... Los padres *más honorables* de la Compañía jamás han perdido una oportunidad. Primero fueron protectores y custodios, padres y benefactores de los perseguidos gobernantes de la India; luego, trataron de convencer a estos últimos de todas las ventajas que obtendrían de una alianza con ellos; finalmente, la cuestión terminó así: A pesar de todos los tratados y acuerdos, un buen día les dijeron a sus aliados «*ôtes toi de là, que je m'y mette*»(1)³⁷⁴, y añadieron sus dominios a los otros reinos, que habían conquistado de la misma manera guerrera, convirtiéndolos en posesiones permanentes. ¿Por qué perder la preciosa fuerza de uno, conquistando su *Marte*, si lo puede conseguir también *per casum obliquum*?

En sus *Memorias* políticas, el honesto coronel Tod nos cuenta la interesante contestación que en 1817 recibió del viejo y ciego Néstor de la India, Salim Singh Jhala, el thakur de Kotah(2)³⁷⁵

³⁷³ 4 Un favor hecho a condición de un servicio militar.

³⁷⁴ 1 «Quítate de ahí que yo me meto.»

³⁷⁵ 2 Salim Singh Jhala, el potentado de Kotah, fue un conocido héroe de la India. Incluso los ingleses tuvieron que retirarse ante este rajput y su coraje indomable. Murió en 1827.

« ... Una sonrisa se esbozaba en el rostro del político invidente cuando el enviado negó la idea de que se tratase de una guerra expansionista. A todas las protestas decía:

-Maharajá, yo no dudo de que cree en lo que dice; pero recuerde lo que el viejo Salim le dice: no está lejos el día en que un solo emblema de poder (*eki sicca*) sea reconocido en toda la India.⁽³⁾ ³⁷⁶Maharajá, usted llega a nuestra patria en una época afortunada; el *pfut*⁽⁴⁾ ³⁷⁷está maduro y sólo les resta colocar los trozos en sus bocas. No crea que es su poder y su valentía lo que les convierne en los señores de la India. Todo lo deben a nuestra desunión y a las disputas entre nuestros gobernantes.»⁽⁵⁾³⁷⁸

Por muy extraño que pueda parecer, después de citar estas palabras Tod añadió su propio pensamiento, evidentemente bastante sincero: «Estas palabras no carecen de un profundo significado, *aunque espero que la profecía jamás se cumpla*».

Ésta, sin embargo, se cumplió por entero. Los ingleses se han tragado todos los trozos de *pfut*, uno tras otro, e incluso, tuvieron éxito en arrebatar de la boca de Francia los trozos que ella se disponía a tragar. John Bull tiene una excelente digestión.

Ahora, después de terminar con los ingleses, examinemos al patrón de Mathura. Para averiguar las fechas definitivas en torno a Krisna debemos

³⁷⁶ 3 Tod, *Annals, etc.*, vol. II, p. 53 1, Ed. de 1894. (N. del E. inglés)

³⁷⁷ 4 *pfut* es una variante del melón dulce, que estalla tan pronto como madura, rompiéndose en trozos. Sinónimos de la palabra *pfut* en la lengua hindí son «desumón, disputa, desacuerdo». Salim Singh, que como todos los indos habla utilizando símiles, comparó los Estados y los dominios menores de la India con esta fruta.

³⁷⁸ 5 Por lo que parece, este pasaje de la obra de Tod no llegó a publicarse, pues no ha sido localizado. (N. del E.)

dirigimos a los orientalistas. Si enumeramos sus diferentes opiniones, obtenemos lo siguiente:

1. Krisna es uno de los diez Avataaras de Visnú. La época de su nacimiento no ha sido todavía determinada. Varía entre el 1200 a.C. y el 1200 d.C.
2. Krisna es un personaje histórico, porque se le llama el «Príncipe Negro» (*Kri*) de la tribu de Yadu, y todo apunta hacia su origen etíope.
3. Krisna es un mito o un mono, porque es representado como de color azul, y los hombres azules, como es bien sabido, no existen, aunque sí existen monos azules.
4. Krisna es la personificación de todas las viriudes, y de aquí los versos laudatorios del *Bhagavad Gítâ*.
5. Krisna es la personificación de la inmortalidad; como prueba de esta afinación, se mencionan los relatos de los *Puranas* y la doctrina *Vallabhacharya*.

Esto debe ser suficiente para convencerse de que la suma total de información acerca de este Dios-héroe es ínfima. Los orientalistas pueden presentar sus hipótesis porque los brahmanes permanecen silenciosos; y al público europeo en general no le importa en absoluto este caso particular de uno de los tantos Dioses indos. En realidad, la última deificación de Krisna no es la más interesante, pero como otros muchos Dioses hindúes, este caso apunta hacia uno de los antiguos héroes prehistóricos, y unos datos más exactos acerca de ello llevarían a descubrimientos etnológicos extremadamente importantes y lanzarla una luz bastante más brillante sobre las razas prehistóricas y, después históricas, tanto de Europa como de Asia. He llegado a la conclusión de que los Dioses escandinavos, egipcios, griegos, centroasiáticos, germánicos y eslavos fueron todos, o al menos, los más importantes de ellos, héroes reales de la Antigüedad, nacidos en la India prehistórica o Asia en general. Sin embargo, hubiera sido preferible que esto lo tuvieran claro aquellas autoridades que dirigen las mentes de los profanos o no-especialistas, esos que no se dedican al estudio personalmente ni descubren nada por sí mismos pero que aceptan al pie de la letra las palabras de sus <~autoridades». De hecho, en todas las

cuestiones concemientes a las religiones antiguas y presentes basadas en un simbolismo, como por ejemplo, la religión de los hindúes, nuestros mejores orientalistas también son profanos (*pro fanum*), así como sus seguidores. Se hallan «fuera del templo», al igual que el público en general, porque los brahmanes no permiten entrar a nuestros estudiosos de *Oriente* a sus pagodas, ese mundo interior que hay detrás de sus representaciones públicas. Pero, como es bien sabido, para nosotros se hicieron muchas excepciones en la India, y para gran irritación de los anglo-indos fuimos admitidos en lugares donde jamás ninguno de ellos había entrado.

Lo mismo ocurrió en Mathura. Ante svami Ananda, *el enviado del Thakur*, las puerias siempre tenazmente cerradas para todos, excepto para los *vaishnavas* oficiantes, fueron abiertas y nos permitieron ver lugares jamás hollados por el pie de un feringhi o un mlecha, desde la época de los afganos. Pero también aquí, como en Jabalpur, sólo dos de nosotros fuimos admitidos: el coronel Olcott y yo misma, mientras que los indos que habían perdido su casta esperaban fuera.

En Mathura nos convencimos del hecho de que los habitantes del Olimpo griego nacieron más cerca de los Himalayas que de la patria de Homero; que el Pamaso debía de buscarse cerca del Bamian; y que Apolo, Heracles, Dionisos y Orfeo eran *avatars* de Krisna, Baladeva, Vagisa(1) ³⁷⁹y

³⁷⁹ 1 *Vagisa* es el Dios de la Palabra; vestido con una piel de leopardo o de tigre, se sienta sobre sus pies, como un yogui. Vagisa es uno de los *aspectos* de Siva, así como de Visnú; un papel parecido corresponde a muchos Dioses, que todos primero fueron *brahmacharines* o «ascetas vírgenes». La cabeza de este Dios, al igual que su cuello, está cubierta de guirnaldas de *bilva*, una planta similar a la vid con la que se hace una bebida fuertemente embriagadora y cuyas hojas secas están siempre masticando los *hatha yoguis*. El hecho de que el Dionisos griego nació como Siva Vagisa se demuestra del modo siguiente: la primera aparición de Vagisa (vestido como Dionisos y coronado con ramos de uvas) tuvo lugar en el Monte *Su-Meru* (*su*, «sagrado», y *meru*, «montaña»), cerca de Bamian en los Paropamisos. «Allí enseñó a la Humanidad el arte de la agricultura y la civilización.» Los historiadores de Alejandro llamaron a esta montaña *Su Meros*, con la terminación habitual, e insistieron en que incluso en aquellos días era la morada de Dionisos. Según una tradición

Arjuna, el amigo de Krisna, uno de los Pandavas. No en vano, entusiastas como Pococke, el autor de *India in Greece*, tratarán de probar, *sin haber visto lo que nosotros vimos en el santuario interior de los templos de Mathura*, que toda la Grecia con sus Dioses, así como Egipto con su «zoolatría», llegaron todos de la india (no la India moderna, por supuesto, encerrada tras su frontera himaláyica, sino la tierra prehistórica).

En uno de los templos(1) ³⁸⁰vimos a Krisna tocar el caramillo en compañía de otros Dioses, sobre una montaña que los brahmanes que nos acompañaban llamaron «Parriassus». Nos dijeron que una parte de los Paropamisos (Bamian) se llamó así antiguamente. Estas montañas se siguen llamando hasta hoy, Devanika, porque según la tradición, están habitadas por «dioses terrestres», *bhudevas Ohumi: nierra*), es decir, héroes deificados.(¹) ³⁸¹En los *Puranas* leemos que el retiro religioso donde los Dioses moraban durante ciertas épocas estaba siempre situado

hindú y la palabra de Arriano, fue aquí donde el macedonio celebró una fiesta dionisiaca, *orgia*, con sus generales; coronados con bilva, brindaron por el Dios. Esta montaña, como muchas otras, está cubierta con viñedos silvestres. Según la mitología de los griegos, Dionisos nació del muslo de Zeus. En griego, *meros* significa «muslo». ¿No es evidente que los griegos, o confundieron esta palabra con *meru*, «montaña» en sánscrito (pronunciado por los griegos como meros), o simplemente olvidaron su lugar de origen, cuando las centurias y los milenios transcurrieron entre los autóctonos del Ática y el macedonio? Su montaña «Tornaros» también debe haberse originado en el Paropamisos. Como la letra *d* cambia en griego en la *z*, *Deus*, *Zeus*, de la misma manera la letra *s* se convierte a menudo en una *t*. *Sumero* se convirtió, primero, en *Sumeros* y, después en Grecia, en «Tomaros».

³⁸⁰ 1 Hasta aquí he tratado de nombrar con exactitud todos los lugares y de llamar a los templos con los nombres que les corresponden. Siento mucho *no poder nombrar ahora los de Mathura*, porque obtuve permiso para publicar los hechos, pero tuvimos que dar *nuestra palabra de honor y prometer solemnemente que no mencionaríamos los nombres*.

³⁸¹ 2 Ver el ensayo del capitán Francis Wilford «Acerca del Monte Caúcaso», en *Asiatic Researches*, Calcuta, 1801, vol. VI, p. 497.

sobre montañas, y allí construían pequeñas cabañas de bambú llamadas hasta hoy *parnasi*; Rama y Krisna también vivieron sobre el monte Pamaso, en «parnasi».(3)³⁸²

Así como Dionisos es el Avatara de Vagisa, Apolo es la personificación griega de Krisna. Todo se inclina a demostrarlo. Krisna es llamado *Muralidhara*, es decir, «portador de la flauta», es el Dios de la Música. La flauta fue inventada antes que la lira, la cual ignoraban las primitivas tribus de pastores. Dicen los *Puranas* que el *bansli* (la flauta de cañas, de la palabra *bana*, <caña>), era el instrumento favorito de Kanya (uno de los nombres de Krisna)(4)³⁸³, porque sus rebaños prefirieron el barisli de su pastor divino al *chatara o vina* («lira»).(1)³⁸⁴

Sólo en Muttra, sin contar otras ciudades consagradas a su nombre (tales como Dwarka y Nathdvara), Krisna aparece con siete personalidades o *aspectos* diferentes, cada uno de los cuales debería constituir objeto de serias investigaciones por parte de los orientalistas. ¡La similitud de estas «persortalidades » adicionales, o Dioses distintos, por decirlo así, con las de las mitologías occidentales es bastante asombrosa!

Examinemos, por ejemplo, más de cerca a Krisna-Kanya. Vemos que el Dios de la Música hindú está representado buscando, en el «Parriaso»(2)

³⁸² 3 La palabra *Parnassus* aparece en el *Ramayana* y en el *Mahabharata*. Es difícil determinar si los montes fueron llamados así por las cabañas, o viceversa.

³⁸³ 4 «Krisna-Kanya» es el Dios de la Música y el inventor de la escala cromática. En Grecia este invento es atribuido a Timeo, un contemporáneo de Alejandro de Macedonia, quien fácilmente lo pudo haber traído desde la India. Uno no tiene más que comparar los himnos griegos en honor a Apolo con los himnos de *Jayadeva*, compuestos hace 3000 años en honor a Krisna. Hay una colección en Mathura.

³⁸⁴ La *kithara* griega, tomada probablemente de la *chatara* inda de seis cuerdas, produjo a su vez a la *zither* anglosajona y germana, y más tarde a la *guitarra* española. *Chatara* es una palabra compuesta de *chah*, «seis», [sánserito, *shash*], y *tara*, «cuerda».

³⁸⁵asiático, un lugar para sus rituales y meditaciones místicos. Compáresele con Apolo, tal como se representa en el himno en su honor,⁽¹⁾ ³⁸⁶donde el poeta le describe en busca de un lugar para su altar en las estribaciones del Pamaso griego. Montes, montañas, corrientes, ríos, toda la Naturaleza canta sus alabanzas a estos dos Dioses con casi idénticas palabras. Cerca de la corriente, junto a la cueva, Krisna-Kanya encuentra a la serpiente Nagaputra y la derrota. Apolo se enfrenta a la serpiente Pitón y la mata igualmente. Entre las serpientes *Putra* y *Pitón* hay muchas otras semejanzas, además de la pronunciación.

En las Musas de Apolo reconocemos a muchas de las gopis o pastorcillas amadas por Krisna. Las principales de ellas son aspectos de la Diosa de la Ciencia y del Arte, Sarasvati, la Diosa de la Sabiduría, Lakshmi, la Diosa de la Poesía, etc.

La estatua de «Krisna en el Parriaso» fue trasladada por primera vez desde la cueva del «Vihara de Girdhana»⁽⁴⁾ ³⁸⁷hasta Natlidvara y más tarde a Mathura. Al igual que en el culto de Apolo, los«Misterios» de Krisna tienen lugar en el interior de cavernas. Uno también puede reconocer al Apolo Pítico en otras estatuas, por ejemplo, en la gran estatua de Krisna-Kanya matando la serpiente negra KaliyaNaga que, de acuerdo a la tradición local y puránica, envenenaba las aguas del Yamuna antes de ser muerta por el héroe. Krisna-Kanya es representado como sacando a la Hidra de múltiples cabezas del río y, luego, aplastándole la cabeza bajo su pie.

Diodoro dice que *Kan* era uno de los títulos del Apolo egipcio en su aspecto de dios Sol. No hay mucha distancia de *kan* a *kanya*. Krisna-Kanya es llamado *Nilanath* (el Dios Azul) por su color azulado. Además, Nilanath acompaña a las almas difuntas hacia el Surya Svarga (el

³⁸⁵ 2 En estatuaria, en los bajorrelieves y en los himnos de Jayadeva.

³⁸⁶ 3 *Himnos homéricos*, «Himno a Apolo Delio», líneas 22-24.

³⁸⁷ 1 Voz coloquial para *Govardhana*.

paraíso Solar), y en este *aspecto*, en lugar de una cabeza humana, muestra una *cabeza de águila y sujeta un loto con sus manos*. En todo momento, el águila le sirve de vahana. En Turin hay inscripciones jeroglíficas que describen el Kan egipcio como sigue: la cabeza de un águila sobre un cuerpo azul, en las manos un loto, y lotos ante él sobre el altar. Como Nilanath, Krisna también es pintado de color azul, porque es el símbolo del espacio: *Ouranos*. Lo mismo puede decirse de Kan. Tanto Kanya como Kan son los llamados «Dioses de los Misterios»; en honor a ellos se celebraban los Misterios en el Egipto Antiguo, en Grecia y en la India; en la última, todavía hoy son practicados. Después de ver el KrisnaNilanath con su cabeza de ave en el templo de Muttra, casi le confundí con el Osiris de cabeza de *ibis*, esposo y hermano de Isis, al que se parecía. Finalmente, uno de los nombres del Apolo de Delos es Oulios; también es azul y tiene cabeza de águila. ¿Quién copió a quién? ¿Copiaron los egipcios a los indos o los brahmanes a los griegos y egipcios?

Todos estos Dioses son llamados dioses «solares»; todos ellos son héroes, guerreros y pastores con sus rebaños de vacas y toros, como Hermes, Mercurio y otros. En cada lugar donde reciben culto, los encontramos rodeados de toros y vacas, animales que en la Mitología. siempre tienen una relación misteriosa con el Sol (*Hari*). En el caso de los modernos parsis, adoradores involucionados de Zoroastro, la vaca y todos sus productos se consideran sagrados; lo mismo sucede con el toro. Al amanecer, el parsi de Bombay extiende sus brazos hacia Ormuz, la «esfera de llameantes ojos», y bebe sin temblar una cucharadita llena de *nirang*. Ésta es su ambrosía, el néctar de la vaca. La vaca y el toro son deificados en Caldea, Escandinavia y en Egipto tanto como en la India actual. En la cabeza de Isis hallamos cuernos de vaca; vemos al toro matado por Ahriman; Hermes y Apolo son los pastores de «los rebaños de la luminaria de los días», y Krisna lo es para el rebaño de Visnú (el mismo Sol). La hija de Br-ahma se transformó en una vaca para eludir la pecaminosa pasión de su padre, pero a pesar de esta metamorfosis Brahma logra preñarla. El toro Apis se tenía por más sagrado que el Faraón, y su vida era más cara al pueblo que el reino entero. Hasta la fecha, y a pesar de su despotismo, los anglo-indos jamás se han atrevido a matar o siquiera golpear un «toro sagrado» que les haya entrado en su jardín. Para todos los pueblos antiguos, la vaca era el símbolo de la Tierra y de la Naturaleza, preñada, vivificada por su creador, el Espíritu *incognoscible*. «La Vaca es como un

brahmán», nos dijo un sastrin en Muttra en respuesta a nuestras indagaciones. La vaca es el *vahana de Purusha*.

«¡El *Ramayana* es un cuento de hadas! Y el *Mahabharata*, una colección de extravagantes fantasías y supersticiones de lo más grotescas», hemos oído decir a menudo. Pero veamos. Rama, la primera encarnación de Visnú, se dirige a [Sri] Lanka, acompañado por *Hari*, es decir, nuevamente Krisna, pero en su primer aspecto. Ramsés-Sesostris, personificación del mismo Sol (Osiris, Visnú, Apolo y tutti *quanti*), dirige una expedición a la India. En el ejército de Rama están sus aliados; monos, osos, águilas y todo el reino animal. En el ejército de Ramsés se encuentran los cinocéfalos(1) ³⁸⁸, sátiros y otras criaturas mitológicas. También debemos tener en cuenta lo siguiente: hasta la actualidad, muchas de las tribus rajputs se nombran según las diferentes especies animales. Por ejemplo, los *induvansas* tienen una tribu de *asvas* («caballos»), de *takshakas* («serpientes»), de *sasas* («liebres»), etc., al tiempo que los *suryavansas*, cuya cabeza es Rama, tienen todavía hoy una tribu de *mushas* («ratones») y, según sus genealogías, tuvieron tribus de (*bandars*) («monos») y *garudas* («águilas»). Teniendo presentes estos detalles y señalando aquellos de interés para el arqueólogo y el etnólogo, ¿no es una pena que, en vez de tratar de arrancar el velo que oculta los hechos históricos, los orientalistas ni tan siquiera tratan de levantarlo un poco para saber si el *Ramayana* y el *Mahabharata* pudieran ocultar algo más importante que cuentos sobre ejércitos de animales y magos? Primeramente deberían procurar desentrañar esta telaraña de Dioses y Diosas con todos sus nombres desconcertantes y sólo entonces juzgar. Si uno estudia la <mitología> de los hindúes *sin prejuicios*, fácilmente se halla el hilo conductor que llevará directo al descubrimiento del origen de las distintas razas: ese hilo ahora perdido para el arqueólogo y el historiador en la niebla impenetrable de los sucesos y los nombres confundidos, distorsionados por los griegos.

Cierto que éste no es el lugar para demostraciones de estos puntos de vista. Muchas ideas similares ya han sido dadas a conocer, pero todo en vano; los esfuerzos han estallado contra la roca del prejuicio y ningún orientalista favorecerá estas opiniones. Sin embargo, Platón dijo que la

³⁸⁸ ' *El cynocephalus* es de la misma especie de monos que Hanuman; son primos, si no hermanos.

religión de Grecia provenía enteramente de Egipto y que los Dioses griegos, así como los egipcios, procedían todos de Oriente. Y no sólo los Dioses, en la India encontramos nombres de tribus, montañas, lagos y localidades, con sus respectivas leyendas, mostrándonos claramente que tanto los griegos como los romanos, -y antes de ellos, los egipcios- trajeron su Panteón de Dioses de la India. Nos muestran también que estos pueblos con sus ancestros, los *autoclahones*, los pelasgos y etruscos, llegaron desde Asia, y que los brahmanes «de orillas del Oxo» vieron la luz por primera vez en las playas del Nilo, el Mar Egeo o el Tíber. Es imposible que tales coincidencias, tales similitudes en nombres, leyendas y costumbres persistentes, sean simplemente azar. No hay montaña, río o Dios de la Antigua Grecia o Roma, que no tenga su *prototipo* en la India antigua o moderna. Podemos reconocer casi todos los nombres, aunque en general, distorsionados por los griegos. Por ejemplo, el «Sandrokottos» de Megasthenes resulta, de repente, ser el rey Chandragupta, el abuelo de Asoka. Tomemos como ejemplo a los pelasgos. Hace cierto tiempo fueron centro de interés; pero como su origen era tan difícil de encontrar, al igual que un tesoro escondido, los científicos abandonaron la cuestión por constituir un problema irresoluble. ¿Pero alguien trató de averiguar si existía alguna conexión entre ellos y los pueblos antiguos griegos? Según yo recuerdo, la gente se rió de Pococke, el autor de *India in Greece*. Pero esto fue hace treinta y cinco años, cuando la gente ignoraba casi todo de los *Puranas*. Si la cuestión sobre los pelasgos y los griegos prehistóricos fuera de nuevo levantada, la afirmación de Pococke de que «la historia primera de Grecia y Roma es la historia antigua de la India» sería reivindicada. Pero mientras se tenga por mera fábula a la literatura brahmánica, la historia temprana de los pueblos centroasiáticos que se asentaron en Europa permanecerá hundida en una oscuridad impenetrable. Es extremadamente extraña la falta de atención que se presta a las leyendas brahmánicas, todavía en espera de su Champollion. Seguro que el *Mahabharata* requerida tanto esfuerzo como el que se necesitó para la Piedra de Rosetta y, sin duda, llegará el día en que las llamadas *fábulas* y *los mitos* en griego, *demostrarán ser hechos históricos*, en sánscrito.

Contemplemos ahora directamente los hechos. Éstos nos miran «a la cara» y deberían ser evaluados, si no públicamente, al menos por cienos expertos en filología y arqueología. Por ejemplo, antes de la «Gran Guerra», todo el país que ahora se llama Bengala perteneció a los *induvansas*, los Hijos de la Luna, budistas desde mucho *antes* de Gautama

el Buda y de la época del reformador; dicho en otras palabras, Jainam Gaya (el *Buda Gaya*) era la capital de Palasa(1) ³⁸⁹, el nombre antiguo de la provincia de Bihar. Anteriormente se llamó *Palivarta* y *Paliktana*, es decir, el país donde la gente hablaba *pali*, ahora lengua religiosa de los budistas. El pali, como es sabido por los brahmanes, precedió al *sánscrito*, como se ve en los nombres de las dos lenguas. El pali se encuentra en la misma relación con respecto al *sánscrito*, que el eslavo con el ruso moderno. *Pali* significa «primitivo, tosco» y *sanskrita*, «pulido, acabado y perfeccionado».

¿Qué sabe la Historia de los pelasgos? Los historiadores no saben nada de su lengua, creencias y origen, o tan poco, que han dejado de discutir sobre ellos. Toda nuestra información se reduce a unos pocos versos de Asio, un poeta que vivió sobre el 700 a.C., y algunas palabras de Esquilo. El primero nos cuenta que el rey Pelasgo, el antecesor de los pelasgos, *surgió del suelo negro y le llama, quizás por ello, «divirio»*.

*'AvriOEov 81 rleXao-y¿w kv bOIK6~LOLOILV bpE0r01t
Faia 1£éXaLVbVeSCOKEV, ÍVa OV11rCOV YéVO9 eín(2)*³⁹⁰

Esquilo, por otro lado, hace de Pelasgo el hijo de Palaicltthon (*rJaXa¿X00V*)(3) ³⁹¹¿No sería más razonable, en vista de lo dicho anteriormente, suponer como algunos ya han hecho (sir William Jones, entre otros), que este místico Pelasgo nació en *Gaya*, la capital de Palasa, o en Bihar, en vez de haber nacido en *gaia* («tierra» en griego)? ¿No está Pococke más cerca de la verdad que las autoridades oñentalistas? Fue ridiculizado por suponer que el rey Pelasgo fue realmente el hijo de *Palaichthon*, la «wieja patria» de los griegos, es decir, *Paliktana*, el país de la antigua Bengala donde se habló el pali. ¡Por otra parte, un filólogo nos

³⁸⁹ ' Derivado de la palabra *palasa* (*Butea frondosa*), una planta que cubre montes y valles de esa provincia.

³⁹⁰ 2 «El divino Pelasgo nació de la tierra negra, en las montañas de bosques, por ello, existe la raza de los mortales.» Esta referencia de Asio puede encontrarse en Pausanias, *Descripción de Grecia*, libro VIII (Arcadia), I, 4.

³⁹¹ 3 En su obra *Las Suplicantes*, 250-25 1.

asegura que los pelagos delivaron su nombre de la palabra *pelagos* («mar»), porque llegaron a Grecia a través del mar! Otra autoridad, un etimologista, deriva el nombre de *7reXapyó9*, «cigüeña», y otros, Waclismuth y Müller, la derivan de las palabras *7roXéw* «cultivar», y *¿Yypóg*, «campo». En ese caso, también los ingleses pueden ser llamados *pelasgianos*, porque también ellos tienen que ir y venir por vía marítima, estando su país rodeado por el *pelagos*. ¿También debemos llamarlos cigüeñas, o aves migratorias, dadas sus costumbres? Jamás hubo un pueblo agricultor que cultivase su tierra que no pudiese reclamar el nombre de *Pelagros*.

¡Quizás se nos diga que incluso la primera hipótesis *est un peu trop tirée par les cheveux!*(1) ³⁹²No lo negaré. Pero el rey Pelasgo tuvo que nacer en *algún lugar* y de *alguien*. En cualquier caso, la suposición de que Pelasgo, el hijo de *Palaichthon*, nació en *Palasa*, la provincia de *Paliktana*, es mucho más razonable que la otra según la cual salió de la «tierra negra» como un gusano tras la lluvia. No es sorprendente que a pesar de su completa ignorancia sobre el *origen* de los pueblos de Grecia e Italia, las renombradas academias de Europa se dan siempre de los esfuerzos de algunos orientalistas(2) ³⁹³para probar que el crisol de todos estos misteriosos pueblos prehistóricos -tanto los primitivos como los civilizados etruscos y pelasgos, por ejemplo - deberían buscarse entre las numerosas tribus de la india. A pesar de todo, después de estudiar la genealogía de los jefes tribales del Rajastán, de los rajás y thakures, y de los antiguos nombres geográficos en este país según los *Puranas*, uno se convence con facilidad de que apenas hay un pueblo griego, o un nombre geográfico, que no corresponda -incomprensiblemente si se rechaza nuestra hipótesis - a los nombres de tribus y topónimos de la India. ¿Por qué entonces no tratan de constatar nuestra teoría, que al mismo tiempo es una de las hipótesis sostenidas por algunos de los orientalistas más conocidos en el mundo de la investigación? Especialmente, porque sólo en la Antigua Grecia hay muchísimos nombres griegos que *no significan nada* en aquella lengua, hecho que jamás sucede con los nombres naturales de personas y lugares. Pococke halló todo un catálogo de tales

³⁹² 1 Es un poco tirada de los pelos.

³⁹³ 2 Algunos de los más conocidos, como Colebrooke, sir William Jones Wilson, Tod y otros menos famosos.

nombres *aparentemente* sin significado entre los nombres geográficos griegos, cuando buscaba sus raíces en los dialectos de Grecia; pero tan pronto como se comparan con los nombres en la lengua sánscrita de los *Puranas*, o con las genealogías del Rajastán, éstos adquieren de inmediato un sentido. Entre estas palabras etimológicamente inexplicables se encuentran las siguientes: Stymphoca, Dodona, Chaonia, Crossaea, Ithaca, Locri, Corithos, Ossa, Arcadia, Achaia, Boeotia, Elida, Larissa, Pharsalus, etc. Entre las tribus de los suryavansas e induvansas, los kurús y pandavas que según el *Mahabharata* emigraron tras la «Gran Guerra» hacia el «Kukarmadesa», la *Tierra del Pecado* (es decir, la tierra occidental) podemos encontrar casi todos los nombres de los antiguos pueblos griegos que combatieron en los campos de Troya. Valmiki y Vyasa son el Hesíodo y Homero de la antigua India. Sus *bhats* («bardos») nacieron antes que los de Escandinavia y que los trovadores provenzales o los *minnesingers* de la antigua Alemania; estos *bhats*, a quienes se atribuían facultades de precognición, como en el caso de sus descendientes europeos, nos dejaron en sus cantos(1) ³⁹⁴los nombres antiguos, así como otros más recientes, de los compatriotas que abandonaron la india y se convirtieron en sus enemigos, poblando más tarde Europa, Asia Menor e, incluso, parte de Africa. Treinta y seis tribus rajputs, *raikula*, retienen la clave del origen de las tribus griegas.

Veamos si un par de ejemplos no nos llegan a asombrar, debido a ciertas «coincidencias». Empecemos por las tribus de «Gokulas», de la tierra de Gokuladesa,(2) ³⁹⁵que desde tiempos antiguos vivieron junto al Yamuna. Los *Puranas* se refieren a ellos como a guerreros muy valientes, expertos en el arte del arco y de la flecha, que se dedicaban a la vida de pastores en los periodos entre guerras. La tierra de los Gokulas fue el escenario de las jóvenes conquistas amorosas de Krisna y de las gopis y la morada de Nanda, su tutor. Incluso hoy en día, los Gokulas son famosos por sus casas similares a torres redondas, extremadamente fuertes, construidas como las de los pelasgos.

³⁹⁴ I Todavía existen sesenta y nueve libros del *bhat* Chund, llamado *Trikula*, «el de las ires tribus». Los hemos visto y contienen 100 000 estancias consagradas a la descripción de las tres tribus rajputs. Chund vivió en el siglo XII de la Era actual.

³⁹⁵ I Go, «vaca»; *kula*, «tribu»; *desa*, «tierra».

Algunos orientalistas están convencidos de que los cíclopes griegos, *kuklopes* (K6KXW7re9), son los *gokulas* indos. Los etimólogos antiguos y modernos han especulado sobre ellos, pero no encontraron mucho, aunque algunos se acercaron bastante a la verdad. ¡Qué cosas más maravillosas se han imaginado de los cíclopes! Primero, aparecieron como «constructores», arquitectos remotos, luego como «arqueros», y al fin, como «mineros». Desde Homero hasta los filólogos alemanes Kruse y Bauer, desde Estrabón hasta el comandante Jacob, hicieron florecer teorías tras teorías, cada una más curiosa que la anterior. La linterna, que como mineros portaron en sus frentes, era la supuesta «explicación de la fábula del Polifemo de un solo ojo». Un autor decía una cosa, otro decía otra. Kruse nos cuenta que los cíclopes tomaron su nombre de la forma circular (K6KX09) de las construcciones pelasgas, parecidas a **colmenas y con una abertura redonda parecida a un ojo (*ops*).**(¹) ³⁹⁶**Esto es más plausible que la hipótesis de otro orientalista que deriva el término «un ojo» de la «¡dea griega de un Dios olímpico, supuestamente cerrando un ojo para tomar puntería» con su «arco de relámpagos»(2)** ³⁹⁷. Pero ni siquiera la hipótesis de Kruse vale mucho. De todos modos, si alguien desea obtener pruebas adicionales de la hipótesis de Pococke, quien afirma que los cíclopes mitológicos son los contemporáneos *gokulas* del Yamuna, deberá permanecer algún tiempo en Multra o Dwarka y visitar sus fiestas anuales de pastores en honor a Krisna y sus *gopis*. Si logra, como hicimos nosotros, presenciar esta solemne festividad, o el cumpleaños de Krisna, atestiguará un espectáculo en el que todo menos los actores -o sea, los trajes, escenografía y detalles de todo tipo, incluida la barbárica música nativa- ha permanecido idéntico a las celebraciones mistericas que presenciaron los *hari-kulas*, los *agnikulas* y los *gohil-kulas* del Rajastán en los comienzos de la «Edad Negra» (Kali Yuga), hace 5000 años según las cronologías indas.

³⁹⁶ 1 Friedrich Karl Hermann Kruse, *Hellas, oder geographisch-antiquarische Darstellung des alten Griechenlandes und seiner Colonien*, cte., Lcipág, 1825-1827.

³⁹⁷ 2 G.A.F. Ast, *Grund. der Phil.* (No sabemos si la referencia alude a su *Grundlinien der Philosophie*, Landshut, 1807, o su *Grundriss der Philologie*, Landshut, 1808.) (N. del E. inglés)

Trataré de describir este espectáculo único y alegórico en mi próxima carta.

CAPÍTULO VII

FIESTA PASTORAL DE GAURI - RAGAS, RAGINAS Y LA ESCALA MUSICAL INDA - LAS SIETE ESTATUAS DE KRISNA -EL CORONEL Y SU DESVENTURA CON LAS VACAS - EL SVAMI ANANDA Y SU DANDA LOS BHAITAS DE RAJPUTANA COMO ESLABÓN CON EL PASADO ANTIGUAS CRÓNICAS RELATAN EL ORIGEN DE LAS NACIONES KANPHATA YOGUIS - EL JIGGER-KHOR Y OTROS BHUTAS - LA HISTORIA DE RANI PADMINI Y DEL JAUHAR DE CHITOR -PÁGINAS DE LA HISTORIA DE CHITOR - EL CORONEL TOD ACERCA DEL BHATTA CHUND - HÉROES DE LA HISTORIA DEL RAJASTÁN

En lugar de un par de horas permanecimos dos días en Mathura y sus alrededores. El Thakur nos mandó un recado diciendo que nos quedásemos para la fiesta primaveral de la «Gokula Ashtarna»(1) ³⁹⁸. El día del nacimiento de Krisna se celebra en agosto, pero tiene un prólogo en la primavera, al mismo tiempo que la fiesta de *Gauri*, la Ceres rajput.

La similitud entre Krisna y el Apolo griego, es decir, entre los epítetos que los griegos, romanos y otros pueblos europeos dan a este último y los correspondientes nombres indos para su Avatara favorito, es tan llamativa que no puede dejar de interesar a todos aquellos que aman las mitologías antiguas. Repito, no puede ser mera coincidencia. Especialmente notable es el parecido entre los nombres

³⁹⁸ *Gokula* es la tribu de la vaca (*go*); Krisna fue criado por el pastor Nanda; el prólogo de esta fiesta llega en primavera al lugar de nacimiento de Krisna.

Ashtama es el primer cuadrante de la Luna.

dados al Sol, que es personificado por ambos «Dioses». Hari-Krisna es el sol abrasador (destrutivo). Ari-Krisna es simplemente el Sol. Krisna, el «señor de los rayos» (Febo), y su morada celeste es llamada Haripura (¿Heliópolis?) o Ciudad del Sol.(1) ³⁹⁹

-Los *Dii Miores* de los rajputs son en número y título los mismos que entre los griegos y romanos, ya que son las deidades que figuradamente presiden el sistema planetario -observó con exactitud Tod-.⁽²⁾ ⁴⁰⁰Por esta razón todas las ceremonias religiosas, las danzas de las *nautches* y los misterios, es decir, las escenas tomadas de su mitología, tienen siempre como base un significado astronómico. *Bhanu Saptami*, «el séptimo día del Sol», también llamado «nacimiento del Sol» o Visnú (la entrada del Sol en el signo de *Makara*, Capricornio, en el mes solar de *Magha*, enero) es una gran fiesta en Udaipur. El carro del Sol, tirado por ocho caballos, es sacado del Templo de Visnú y de nuevo devuelto a él, en una ceremonia similar a la del día de la ascensión al trono de un nuevo *rana*. El solsticio de verano es llamado la «Noche de los Dioses» puesto que Visnú (como el Sol) permanece durante los cuatro meses de lluvia sobre su lecho, la serpiente Ananta.

Una descripción de *todas* las fiestas hindúes o solamente de las principales, requeriría una colección de volúmenes como los que componen una biblioteca entera. *Sat varam aur nau tyauhar* «nueve fiestas en siete días» es un dicho rajput que no necesita explicación. Voy a describir solamente una representación del teatro místico que vimos en las cercanías de Multra.

La fiesta pastoral de Gauri, la Ceres local, es abierta por las *gopís* o pastoras. Gauri es una de las formas de *Parvati* o *Durga-Mata*, la «poderosa madre», la Diosa hindú de la Cosecha y la Plenitud. *Durga-Mata* es similar a la *mater montana*, según Diodoroun epíteto

³⁹⁹ *I* Los rajputs creen en dos tipos de «paraíso% dos lugares o Campos Elíseos: uno puramente espiritual; el otro de cualidad material. En sus cantos, los bardos enseñan al guerrero que aquel que muere en el campo de batalla «por el acero» y «cumpliendo con su honor» irá al «paraíso espiritual» y no volverá nunca más a la tierra. La chispa liber-ada (jyotis) se unirá con el fuego paterno, el Sol, Surya.

⁴⁰⁰ *2Annals, etc. vol. I, p. 513, ed. de 1894.*

asociado a Cibeles o Vesta, en su papel de «guardiana de los niños»; mater montana es llamada en Rajastán *Amba-Mata* (<madre de la montaña») y aparece aquí como la patrona de los niños, los futuros guerreros. Los altares de *Gauri-Parvati-Mata*, <la poderosa madre de la montaña», coronan casi todas las altas montañas en Mevar, el corazón de Rajastán; a ella están consagradas todas las <fortalezas-templo» del país. Sus actividades son más variadas y sus obligaciones más difíciles y múltiples que las de sus equivalentes veneradas en Roma, Grecia e incluso Egipto, ya que todo tiende a demostrar que ella es el prototipo de Isis. Como la Diana de Efeso, *Gauri-Durga* es coronada por una media luna; como Cibeles, lleva sobre su cabeza una torre almenada(1) ⁴⁰¹; y bajo el nombre de *Devi-Durga* («fuerza, poder»), es considerada como la patrona de todos los lugares fortificados. También es *Mata-Janani* . , «madre *creatrix*», es decir, realiza las tareas de Juno, *Juno Lucina*; como *Padma* «cuyo trono descansa sobre un loto», es la Isis del Nilo; como *Gauri-Tripura* (¿literalmente: «tres ciudades», Tripolis?), «la que gobierna tres ciudades», y como *Atma Devi*, «la Diosa de las Almas», es naturalmente la *Hécate Diformis* de los griegos. En otras palabras, Gauri reúne en sí todas las Diosas de Grecia y Egipto, empezando por Diana y Proserpina y terminando por Isis y Astarié. Principalmente, sin embargo, es la «Tierra», la Ceres hindú que aparece en los misterios sentada sobre haces de trigo en un carro tirado por una vaca(2) ⁴⁰²y sostiene en sus manos un *Kama-kumbha*; recipiente que se parece a un cuerno de la abundancia, del cual caen frutos y granos.

Detrás de la procesión aparece *Karna-deva*, el Dios del Amor, el Cupido de la India, cuyo arco y flechas son reemplazados aquí por guirnalda de flores y un bastón puntiagudo de bambú. Toca con este último a una de las *gopis*, la hija de Nanda, que se enamora desesperadamente de Krisna. El coro empieza a cantar. Este es el himno a Kama extraído del *Bhavishya Purana*:

«¡ Salve, Dios del arco floreado; salve, guerrero con un pez en tu estandarte;

⁴⁰¹ 1 Toda la provincia de Mevar y los alrededores de Udaipur están cubiertos de antiguas torres de este tipo, y todos están bajo la protección de *Amba* y *Gauri-Durga*.

⁴⁰² 2 La Tierra o *Prithivi* es simbolizada por los hindúes como una *vaca*.

salve, poderosa divinidad, que originas la firmeza del sabio, para después abandonarle, y dominas a las deidades guardianas de las ocho regiones!...

¡Gloria a Madana, a Karna; a Él que es formado como el Dios de Dioses;
a
Él, por quien Brahma, Visnú, Siva e Indra están completamente llenos de emociones de éxtasis!»(3)⁴⁰³

Después aparece *Guhanatha* (Krisna en su aspecto de «Señor de la Caverna»; - *Guha* -, «Señor de las Pastoras»). Es envuelto en una piel de animal, coronado con hierba *kusa* y *tocando* un caramillo de bambú; atraídas por su música, las *gopis* empiezan a reunirse alrededor de él. En el primer acto, las *gopis* no son pastoras, y el mismo *Guhanatha* es transformado de «Dios de la Cavema» en «Dios de la Montaña», *Govardhamanatha o Nathii* («Señor de todos los señores»). Es coronado con una brillante corona de rayos, como Febo, ya que es el Sol mismo, como **Visnú, Apolo y Osiris**. El humilde caramillo es reemplazado por la *chatara*, la lira de *seis cuerdas* con la que el Dios azul empezó a tocar, no **una melodía**, sino -como pensaba yo- una *escala* sin más, muy monótona.(1) ⁴⁰⁴Pero cuando me contaron que era una tonadilla musical tan vieja como la «música de las esferas», me sometí a ella. Delante del *dios* transformado aparecen las *gopis* que ya han sido convertidas en *sonidos*.

Éstas son las nueve *raginas*; es decir, *raga* es la «escala musical», y las *raginas* (el plural femenino) son las «mujeres de los ragas».

Utilizo la palabra «sonidos» ya que me parece que no hay otra expresión apropiada. Esto no es culpa mía, sino de los sabios que inventaron la

⁴⁰³ 3 *Asiatic Researches*, vol. 111, 1799, p. 278; «El Año Lunar de los Hindúes» de sir W. Jones.

⁴⁰⁴ 1 Una música que para el oído europeo está ausente de melodía, pero que sin embargo, posee *una escala completa de siete notas*. A pesar de que se piensa generalmente que el monje Guido Aretinus fue el primero en usar la *séptima nota* (en el siglo XIII) y, en efecto, los griegos conocían solamente *seis*, existe, sin embargo, en los *Puranas* una escala de siete notas.

música sánscrita, en la que, además de su innegable atracción -aunque desagradable para mis oídos- se puede encontrar toda una mitología.

Presento a continuación las pruebas.

Los inventores de la música sánscrita establecieron seis ragas es decir, escalas, cuyos nombres son: *Sriraga* (*raga* significa también «señor»), *Vasabtam Pañcharna*, *Bhairava*, *Megha*, *Nata-narayana*.

Cada uno de estos ragas tiene cinco mujeres y cada una de estas mujeres tiene ocho hijos. Cada raga, cada ragina y cada *raganiño* tiene un nombre, atributos, biografía personal, genealogía, y ¡si hubiese nacido en Rusia, probablemente habría tenido una hoja especial de servicios! Sin embargo, al haber nacido en la India, cada uno de ellos recibió el título de un Dios, Diosa o diosecillo. La filosofía de esto es que, en la India, cada cantante y músico que canta y actúa, tiene a su disposición 276 *escalas* diferentes, con siete notas cada una; cada nota representa un sonido especial del reino animal y además, tiene que representar alguna emoción.

Los sonidos animales y sus emociones correspondientes los he tomado de una obra original de la Sociedad de Música Sánscrita, y esto explica, mejor que cualquier otra cosa, *qué era lo* que representaba Krisna Nathji y sus raginas.

Notas de varios la Escala de:	Nombres sánscritos	Tipos de sonidos animales	Representan matices
fiT Sa Do	Shadja	Pavo real	
T Ri Re	Rishabha	Buev	Heroísmo,
Asombro, Terror			
'1 Ga mi	Gandhara	Cabra	Compasión
cf Ma Fa	Madhyarna	Grulla	Humor, Amor
rd Pa Sol	Pañchama	Mirlo	Despreocupación
14 Dha La	Dhaivata	Rana	Aversión, Alarma
fPr Ni Si	Nishada	Elefante	Piedad, Conciencia
de fuerza			

Estos «sonidos» que representan matices de emoción fueron representados por las *nau raginas*(1) ⁴⁰⁵ bailando delante de Krisna. Eran las personificaciones de las «nueve pasiones» *nau rasas*,(2)⁴⁰⁶ engendradas por la melodía del Dios de la Música, creaciones suyas que nacieron por la mágica fuerza de Vach(3) ⁴⁰⁷. La representación así como la idea misma, era encantadora. Sosteniéndose con las manos, las *nau raginas* danzan primeramente ante su creador; después tiene lugar otra transformación. El llameante Dios del Sol aparece delante de los espectadores, esta vez no de *incógnito*, y las *nau raginas* son transformadas en signos del zodiaco; éste es el comienzo de la representación del teatro místico astronómico en el que las constelaciones de Diosas forman un círculo alrededor del Dios Solar y bailan el famoso *Rasa-Mandala*, la Danza de las Estrellas. Las *nau raginas* y las *nau rasas* desaparecen de nuevo y los signos del zodiaco se quedan. El *Rasa-Mandala* continúa. Los movimientos lentos y airosos de la mímica se hacen más vivos y se aceleran cada vez más.(¹)⁴⁰⁸ La danza mística en las orillas del Yamuna recuerda la de las *almeas* en Egipto y transporta a las orillas arenosas del Nilo.

En el tercer acto, todo cambia otra vez. Krisna aparece de nuevo como pastor, con su cayado y alrededor de él juegan y cantan nuevamente las *gopis*. Las *nau raginas* han sido una vez más transformadas en las *nau rasas*, las «nueve pasiones», y tratan de apartar al pastor, un

⁴⁰⁵ 1 *Nau* significa «nueve».

⁴⁰⁶ 2 «Nueve pasiones» o las nueve Musas de Apolo.

⁴⁰⁷ 3 El Dios del *Sonido*, en este caso, del sonido místico, *oculto*.

⁴⁰⁸ 4 Los címbalos, el *tabor* y el *murali* (especie de flauta) casi me volvieron loca; pero aprendí mucho aquella tarde. Los *chobis* de Mathura tienen en la india una fama muy difundida y bien merecida como cantores y mímicos, y las voces bajas de los brahmanes junto con los contraltos y tenores de los «cantores celestiales» de la pagoda estaban llenas de armonía; esto en cuanto a la música vocal. En lo que se refiere a la música instrumental, sin embargo, si es escuchada largo tiempo, se hace pesada e insoponible para el oyente europeo.

brahmacharin, del camino de la verdad; pero no lo logran. Krisna vence por sus viriudes y las pastoras *en sont pour leur frais*.(1)⁴⁰⁹

Krisna, sin prestar atención alguna al flirteo de las pastoras, sigue tocando su caramillo que ha reemplazado ahora a la *chatara* de seis cuerdas. Las vacas de su rebaño sagrado, sin embargo, probablemente avergonzadas de las pastorcillas, se dispersan. El Sol se ha puesto y el escenario se hace oscuro. Entonces aparecen los feroces *kachis* (otra tribu de los rajputs) y se llevan las vacas. Los gokulas o *kuklopes* los persiguen e intentan recuperar las vacas. Cuando aparecen, el espectador es confrontado con los feroces pastores cíclopes de Homero, los peludos gigantes que no conocían ni leyes, ni moderación... Salen a cuatro patas de las cuevas y bajan de los árboles; sobre el pecho de cada uno de ellos *brilla como un ojo feroz una enorme luciérnaga, fijada a la piel del animal*..

Estas luciérnagas son la única luz en la cueva del pastor o en la torre redonda de un pobre gokula y son utilizadas incluso hoy en día por la tribu de Nanda, el educador de Krisna. Muchas veces, de noche, cuando salen para buscar una vaca perdida o un buey, los gokulas fijan varias de estas luciérnagas a sus turbantes para tener algo de luz. ¿No habrá que buscar el origen y la explicación de los cíclopes griegos aquí en esta tribu de gokulas? Las luciérnagas explican perfectamente la «linternas en la frente» de los *mineroscíclopes*, y también el hecho de que Homero los conocía como una tribu de pastores, gokulas, cuyo jefe y único representante era Polifemo, el de un solo ojo.

La representación del teatro místico terminó muy tarde. Los *chobis* brahmanes (llamados así debido a la *choba* o «maza» que llevan durante la representación) habían vencido al tirano Kansa en su palacio, destruyendo su fortaleza y ahuyentándolo hacia los arbustos⁽¹⁾ ⁴¹⁰mucho antes de que nosotros saliéramos de la pagoda. Después de la representación, el «dios Krisna» se unió a nuestro grupo y resultó ser un rajput muy joven y alto

⁴⁰⁹ «Se quedan con las manos vacías».

⁴¹⁰2 Kansa es el tío de Krisna y el usurpador de su trono. Todos los años, los *chobis* brahmanes asedian su palacio y supuestamente le matan en el bosque, adonde ha huído para buscar refugio.

que, para nuestro asombro, hablaba inglés. A él le debo la mayor parte de la información que obtuve en Mathura. Él me explicó el significado de muchas cosas que no entendimos en la representación, en la que hizo el papel principal.

Creía profundamente en Krisna, el héroe, pero rechazaba, como nosotros, a Krisna, el Dios. De él aprendimos que el culto al séptimo aspecto de Krisna -uno de los siete más importantes bajo el cual se le deifica en Rajastán, es decir, *Madan Mohan*, la «divinidad que embriaga con amor»- está exclusivamente en manos de las mujeres *brahmanes*. Madan Mohan es el pastor que hechiza a las pastoras. En la actualidad, la Suma Sacerdotisa del Dios Azul es muy vieja y muy estricta con las nautches del templo, cuyo deber consiste en representar los papeles de las gopis y en coriejar al Dios. Esta rigidez tiene efecto sobre su templo que sufre la carencia de «músicos celestiales»⁽¹⁾ ⁴¹¹. Tienen que pedir en otras pagodas, fuera del Rajastán, a los pequeños cantores del *cielo*.

Existen en este país, como hemos dicho, *siete* estatuas principales o representaciones de Krisna; éstas fueron descritas por Tod, el único inglés, creo yo, a quien se le permitió acercarse al santuario, como también lo hemos hecho nosotros cincuenta años más tarde.

Estas siete estatuas que producen «milagros» las trajo hace siglos un personaje misterioso, Balba, que más tarde se convirtió en el sumo sacerdote de Rajastán. Cuando murió, las distribuyó entre sus siete «nietos», la prole de su hijo espiritual (e hijo adoptivo), y ahora son la fuente de enormes ingresos para sus descendientes, los brahmanes oficiantes de las siete pagodas principales del país.

El hombre que hizo el papel de Krisna y cuyo nombre olvidé, consiguió permiso para que nosotros pudiésemos ir a ver a *Nonita*(²⁴¹²), «Krisna, el

⁴¹¹ Los músicos celestes o cantores de las pagodas, como es bien conocido, son siempre los hijos de las nautches, las muchachas bailarinas. Esto no es censurado en ninguna parte, excepto en Rajastán. En este país de tradición caballeresca, las nautches son verdaderas vestales.

⁴¹² 2 Se escribe *Navanita*, de *nava* («nuevo») y *nita* («mantequilla»). En su infancia, *Nonita* tuvo gran predilección por la mantequilla fresca y muchas veces la robaba a sus vecinos. De ahí su nombre.

niño». Nonita está sentado sobre un loto que tiene aspecto de berza, sosteniendo pensativamente en su mano un pequeño bizcocho (*peda*); estos bizcochos se hacen de pasta mezclada tan sólo con agua del Yamuna. Hasta 1803 había permanecido en el fondo del río desde la época de los afganos, que con su típica iconoclastia echaron a Nonita al Yamuna. Cuando fue sacado por casualidad, todavía no había comido su bizcocho y continuaba examinándolo igual de atento, como si no se fiara de él. Simpatizó completamente con su reticencia. Nunca olvidaré el bizcocho «sagrado» que me fue ofrecido como una muestra muy especial de atención. Después de haberlo comido, sentí un fuerte dolor de estómago y tuve durante todo el día una sensación de profunda angustia.

Hay otra figura de Krisna, Gokulji, que fue encontrada de forma milagrosa y que actualmente se halla entre las posesiones de una mujer brahmán. Sin embargo, no vimos ninguna de ellas, aunque nos hubiese gustado mucho visitar la isla en el Yamuna donde se **encuentran las dos. Ahí vive un gran grupo de yoginis, o yoguis** femeninas, bajo la dirección de una anciana mujer brahmán. No obstante, preferimos visitar otros dos o tres templos para ver, y especialmente escuchar, los famosos *bhattas*.

Al visitar los templos y sus variadas estatuas, había olvidado completamente el *salagrama*, que seguía viajando sobre el corazón o la espalda de nuestro Presidente, el coronel Olcott, del que no se separaba ni un segundo. Mis pensamientos estaban tan ocupados en comparaciones mitológicas que, incluso si alguien hubiese hablado de la piedra, ni siquiera le hubiese prestado atención. Pero la fuerza del talismán se impuso a nosotros y en circunstancias en las que hubiese sido difícil ignorarlo.

Cuando, en la última tarde de nuestra estancia, salimos del palacio desmoronado, adonde a nuestra llegada, nos había llevado Ananda, decidimos pasar a visitar el templo de Gopala-Krisna. La pagoda estaba tan cerca de nuestra casa que el desvencijado carruaje que nos había seguido hasta allí, nos pareció superfluo. Le dijimos que se fuera, ya que realmente no lo necesitábamos. Yo iba delante junto con Narayana, el babú y svami Ananda; el Coronel nos seguía con una comitiva de brahmanes, panditas y sastris. Mulji era su intérprete.

En cinco minutos, a pesar de las frecuentes paradas y los obstáculos causados por los monos que saltaban constantemente entre nuestros pies, y de las procesiones de burros y carros cargados, llegamos a la entrada de la pagoda, donde me senté en los escalones de la ancha escalera esperando al jefe de nuestro grupo. Svami Ananda estaba a unos dos pasos de mí hablando tranquilamente con Narayana, con quien por lo visto había hecho amistad; había mandado al babú para que comprara algunas golosinas para los «sagrados» cuadrúpedos y especialmente para los *cuadrúmanes*.

El templo de Gopala-Krisna se encuentra al final de un estrecho callejón, desde donde no se podía ver nada excepto la esquina de la gran plaza que acabábamos de cruzar. Mientras esperaba al Coronel y a que el babú me trajera las nueces, estaba sentada tranquilamente y con bastante éxito mantenía alejados a los tropeles de monos que intentaban descaradamente vaciar-me los bolsillos. Estos animales estaban tan acostumbrados a vivir entre la gente que incluso nuestro aspecto, tan diferente del de los nativos, no les provocó otra sensación que la de la normal expectativa de una limosna. Me rodeaba una colonia de ellos y hubiese sido difícil ignorar sus pequeños ojos astutos y brillantes que observaban atentamente cada movimiento de mis manos. Uno de ellos, un mono viejo al que le faltaban varios dientes, cogió sin que yo me diese cuenta uno de mis guantes y empezó a masticarlo en una esquina.

Por fin vino el babú con las nueces y algunas pasas. Las echó a los monos y entonces empezó la gran diversión. Chillaban y se peleaban mientras nosotros los observábamos y nos reíamos. De repente oímos desde la plaza un alarido terrible y totalmente inesperado, como si toda una jauría de tigres estuviese suelta... Los gritos de la gente, el rugido de los toros, el trompeteo de los elefantes: todo se mezcló en un interminable estruendo... Cuando se acercó a nosotros, se hizo cada vez más fuerte. Yo estaba a punto de seguir el ejemplo de los monos que desaparecieron inmediatamente, cuando svami Ananda se convirtió en el foco de mi atención, apartando mi interés del peligro desconocido. Al mirarle con ojos desorbitados, debí poner una cara tan aterrorizada que el babú, no conociendo la causa, se puso inmediatamente delante de mí para protegerme con su cuerpo delgado, mientras que Narayana cogió un gran palo y se colocó a mi lado como un gladiador. Así permanecimos por unos segundos, sin decir ni una palabra, como si estuviéramos petrificados.

¿Qué había pasado? Nada insólito para cualquiera que no hubiese tenido la oportunidad de observar al asceta, como yo, desde la mañana hasta la noche durante tres días enteros. Al oír el rugido, svami Ananda, que normalmente se movía lenta y elegantemente, ahora se había transformado de repente. En un instante, con un salto del que un atleta hubiese podido estar orgulloso, se colocó al final del callejón, y con la destreza de un acróbata subió por la esquina de una casa y se colgó de su brazo derecho. Parecía como si estuviera apuntando con su mano izquierda hacia algo en la distancia.

-¿Qué está haciendo? -grité, volviendo en mí-.

-Está usando su *danda*, Maam saab -rió el babú, que ya se había calmado-.

Sólo entonces me di cuenta de que el Svami, *sosteniendo el bastón mágico con su mano, estaba señalando efectivamente hacia la plaza.*

Como si quisiera demostrar que el babú tenía razón (aunque el sonido de voces se estaba acercando), el terrible bramido cesó inmediatamente; sólo algunos débiles rugidos podían oírse todavía. Luego toda una multitud de brahmanes llenó el callejón, entre ellos el Coronel... ¡pero por Dios, en qué estado!

Había perdido su sombrero y aparentemente también sus gafas. Su chaqueta y pantalones blancos estaban de un sucio indescriptible, llenos de estiércol y polvo, hechos pedazos y cubiertos de suciedad y huellas de hierbajos podridos además de manchas marrones como de tabaco de mascar, un aspecto tan querido por los estetas londinenses. Su cara estaba roja como una cereza madura, su cabello desmelenado y su barba llena de paja y heno. Parecía estar muy desconcertado.

-Advertí al Coronel que no se acercara demasiado a las vacas sagradas, pero no hizo caso a mi consejo -exclamó Mulji-.

-¡Al diablo con vuestras vacas sagradas! -replicó nuestro Presidente-. Quería darles algo de pan y pastas y unas diez de ellas empezaron a empujarme de acá para allá. ¡Intenté quitarme de en medio, pero me persiguieron... sacudieron sus cabezas, alzaron sus rabos y fijaron sus

miradas en mis bolsillos... Bramando terriblemente todo el tiempo... Me volvieron sordo... Luego me caí... Tan sólo resbalé y me caí!

-¡Desde luego, usted tenía el salagrama bajo su chaqueta! Anandaji(1)⁴¹³le advirlió que tuviese cuidado y no se acercase a las vacas!

-No era el salagrama, sino el pan; no me siguieron hasta que les ofrecí algo de pan...

-Nunca antes estuvo tan cerca de ellas -insistió Mulji-. Es el salagrama lo que las atrajo.

- ¡No, el pan! En cuanto cogí un trozo con mis manos y lo di a la primera, las demás intentaron llegar a mis bolsillos...

-Al salagrama, no al bolsillo -corrigió el «general»-.

-Todas iban detrás de mí, me empujaron hacia un rincón -continuó el pobre Coronel, como si se excusara delante de mí-, y así me caí. ¡Los brahmanes, agitando sus brazos, *pidieron* en sánscrito a las vacas que me dejaran en paz; pero ninguno les perseguía con su bastón! ¡Y la embestida de las vacas fue cada vez peor!

A estas palabras, una expresión de devoto temor apareció en la cara de Mulji.

-¡Pegar a una vaca de Gopala-Krisna...!

-¿Le hicieron daño? -pregunté, sintiéndome todavía demasiado asustada e impresionada por lo repentino de todo esto como para poder apreciar lo cómico de la situación-.

-No, creo que no -contestó mirándose de arriba abajo- pero me ensucié... ¡Las malditas vacas! **¡Qué pena que no llevara ningún bastón!...**

⁴¹³ Ji es un adjetivo coriés, como «honorable», se usa detrás del nombre.

-Le ruego, Coronel, que no hable de esta manera –susurró angustiado Narayana, mirando con miedo hacia los brahmanes-. Es una suerte que no le entiendan... ¡Podrían matarnos a todos por sus vacas sagradas!

- Hubiese sido aún peor, saab -dijo el babú- si no hubiese sido por svami Ananda... Fue él quien le salvó con su danda.

-Ni siquiera le vi ahí. iba delante, con usted, ¿o no?

-¡Actuaba sobre el rebaño «sagrado» desde lo alto! -continuó el babú riéndose-. Estaba allí como Indra con sus flechas... allá, cerca de aquel balcón...

-¡Simplemente mirando! -interrumpí-. Todo había pasado *antes* de que su danda actuara.

-Usted sabe, *Upasika, que no es así!* -dijo con tono de reproche Narayana, haciéndose a un lado para reunirse con el «Hermano del Bosque»-. Ananda había saltado de su posición elevada justo en el momento en que los primeros brahmanes aparecieron en el callejón. Más tarde supimos que, habiendo dejado pasar a los hombres, impidió que algunas de las vacas les siguieran hasta el estrecho pasaje. El rebaño persiguió al pobre Presidente hasta que desapareció en el callejón.

¿Qué hizo y cómo previno que las vacas llegasen hasta aquí? -pregunté a «Krisna» que se había unido a nosotros unos minutos más tarde-.

-Estuvo en la entrada y agitó *su danda dentro de ellas*.

-¡Dentro de ellas! ¿Quiere decir *hacia* ellas?... Simplemente las ahuyentó.

-No, no, era *dentro de ellas*. *Mis* vacas no podrían ser espantadas por el mero movimiento de un bastón.

Dijo «mis» vacas como si pensara en serio que era Krisna.

Tuvimos que parir sin haber visto el templo de Gopala. El Sol se había puesto y retornamos bajo el manto de la oscuridad que se estaba acercando rápidamente y que por fortuna ocultó el triste aspecto de nuestro

Presidente. Hicimos los preparativos para dejar Mathura. Para gran desgracia del Coronel, todo nuestro equipaje fue enviado desde Bharatpur directamente al interior del Rajastán, así que ni siquiera pudo cambiarse de ropa. Nuestro imperturbable jefe, sin embargo, no perdió su iniciativa; compró el traje blanco de un nativo y apareció delante de nosotros con una vestimenta que era una extraña mezcla entre el estilo rajput y el europeo.

Parecía haber entendido que había recibido una lección. El salagrama desapareció de su cuerpo y ya no había nada que nos recordara su «mágica» presencia. Su posesión, sin embargo, resultó ser muy útil para nosotros. Los brahmanes, después de enterarse, envidiaban al Presidente y estaban sorprendidos de que el objeto sagrado no hubiese perdido su fuerza al ser llevado por un impuro *mlecha*. A partir de entonces nos mostraron un respeto incluso mayor, mezclado con un temor supersticioso.

Por la noche partimos de Mathura en un gran barco antiguo y navegamos do abajo. Nos hizo recordar una góndola de Venecia; había una mesa con bancos alrededor e incluso tenía espacio para una cocina. Esta última, sin embargo, resultó ser inútil para nosotros, ya que tuvimos que dejar el barco a las dos de la madrugada y fuimos llevados a algún «tributario» en el bosque, por utilizar la expresión de Ananda, para pasar allí la noche. Para gran alegría mía, encontré en la habitación una cama de hierro preparada para mí, que parecía haber sido comprada a un hotel de primera clase. Tenía incluso un mosquitero de muselina limpia. Nuestros amigos, el Thakur y Ananda, fueron realmente hacedores de milagros: *¡un lit ú sommier* en medio de los bosques de la Rajputana!

Al día siguiente fuimos a un pequeño pueblo de *bardos*. Los *bhats* o *bhattas* y los *charans* o *charanas*, es decir bardos y cronistas⁴¹⁴ que desde antaño han sido empleados para transportar cosas. Esta profesión empezó como una gentileza y terminó por convertirse en un negocio. En este país, en la Antigüedad, no había posibilidad de enviar ni dinero ni muebles de un lugar a otro por la carretera principal ya que estaba poblado de tribus constantemente en lucha y por bandas de salteadores de *bhilis* y *meras*. Los bardos eran la única clase respetada por los ladrones y la maldición de éstos era temida por aquéllos. Cuando se hacían cargo de una

⁴¹⁴ *Bhca* es «bardo» o «genealogista», mientras que *charan* es «escritor de crónicas», y ambos son poetas y cantores.

cantidad de dinero o de un objeto de valor, el bardo garantizaba el envío con su propia vida. Si los ladrones, sin hacer caso de su posición oficial, robaban lo que se había confiado a los bardos, éstos se suicidaban inmediatamente, se clavaban un cuchillo en el corazón salpicando a los enemigos con su sangre, y morían maldiciéndoles. *Esta maldición siempre surtía efecto*, nos dijeron los rajputs. Han pasado los siglos, y todavía hoy los bardos no son tocados por los ladrones, aunque lleven millones o incluso haya cien contra uno. Los bardos trabajan de agentes de transporte por todo el Rajastán, y su posición les hace sagrados incluso a los ojos del más feroz de los salteadores.

« ... incluso los salvajes kofi y bhilis y los sahrae [saoral del desierto temen el anatema de estas razas singulares que conducen las caravanas a través de las regiones más salvajes y desoladas. El viajero que quiere llegar a la costa por Jalor, Bhinmal, Sanchor y Radhanpur, se sirve de esta escolta cuando prosigue su camino a Surat o Muscat-Mandavi [Maska Mandavi]>⁽¹⁾⁴¹⁵

Esto lo escribió un Residente de Mevar.

Los charans y bliats son rajputs; ambos ocupan el lugar de los brahmanes entre los habitantes del Rajastán dado que el oficio de cronistas y de genealogistas les da el derecho de realizar ritos religiosos. Después de las vacas y los bueyes, el bliat es el ser más sagrado entre los rajputs y toda la familia de un bliat es igualmente sagrada e inviolable.

Cuando se encuentra con ladrones, el bliat los enfrenta con un cuchillo en la mano y pronuncia la bien conocida advertencia. Si los ladrones no hacen caso de la primera advertencia, el bliat se infligirá a sí mismo una pequeña herida y salpicará a los ladrones con su sangre. Si esto no produce el efecto deseado y la caravana es saqueada, se matará a sí mismo; su mujer, niños y familiares también están obligados a suicidarse, pronunciando las mismas maldiciones. Desprecio de la vida es la primera lección que los bliats y charans aprenden desde su infancia.

⁴¹⁵ I Colección J. Tod. Annals, etc. «Recuerdos personales» vol. I, p. 661, ed. de 1894.

Al día siguiente nos levantamos después de un buen descanso en los bosques y Ananda nos llevó a visitar a un charan, con cuya familia pasamos el resto del día. El anciano, con su vestimenta larga, ancha y blanca se parecía a Ossian emergiendo de un lienzo. Sentado en el suelo con su chatara en la mano, nos cantó leyendas referentes a la antigua valentía de los hijos de su país, sobre la caída de Chitor, los héroes Chauhan (la tribu del Thakur) y de *la bienaventuranza de la muerte en el cumplimiento de un deber honorable*, el cumplir su palabra o salvar a su país... Sus dos hijos, rajputs altos y bien parecidos, cantaron a su vez; sus leyendas eran todas sobre las hazañas de Krisna, Balarama, Arjuna y las tribus *Harikula*. Sus mujeres y su anciana madre estaban pendientes de nosotros y nos servían comida, no sabiendo qué hacer en absoluto para agradecer a los «saabs» que iban a visitar al «Gran Thakirr».

El traje de las *mujeres bhat* es muy pintoresco: una falda de lana oscura con un sari blanco como la nieve por encima; y en sus cabellos negros, flores, corales y adornos dorados. Las mujeres aquí recuerdan a las bellas napolitanas de los viejos tiempos. En este bendito rincón de la India no hay ni castas ni fanatismos, como ocurre con los brahmanes de Bombay. Los bliats y charans forman, por decirlo así, un *imperium in imperio*. No dependen de nadie y el Gobierno se abstiene prudentemente de mezclarse en sus asuntos; todo el Rajastán se levantaría en defensa de sus sagrados bliats. Son el último lazo que une el triste presente con la gloria de su inolvidable pasado.

Estos cantores, nada conocidos en Europa y muy poco incluso en la India, están probablemente en posesión (nosotros no dudamos de ello) de las primeras páginas de la *Historia de la Humanidad entera* y no solamente de la Aryavarta. Todo lo que queda del pasado de la India son sus canciones heroicas. Pero estas canciones dan derecho a los bliats a ser reconocidos como los primeros historiadores primitivos de la Humanidad. Vivían mucho antes de que las fábulas griegas atrajeran por vez primera la atención de los poetas, incluido Herodoto, el Padre de la Historia, hace miles de años; los bliats cantan sobre los sucesos *actuales y la gente viva*, no sólo sobre mitos. Según la opinión de los primeros orientalistas, como sir William Jones, Wilson y otros, Calíope fue deificada en la india desde los tiempos de Vyasa, el contemporáneo de Job. Estos sanscritistas, aunque a veces equivocados en sus conclusiones, nunca sacrificaban la

verdad por una posición ventajosa. Se han conservado en verso muchos miles de rollos de genealogías y crónicas históricas; sus exageraciones poéticas no impedirían a un historiador derivar de ellas hechos y acontecimientos cuya narración en cualquier lengua europea muy probablemente trastornaría todas las deducciones no solamente de Macaulay y Grote, sino incluso de nuestros *historiadores rusos*. «Chand-bhujamga»⁽¹⁾ ⁴¹⁶y la veneración de las musas, como vimos en la lectura de cientos de genealogías pertenecientes a los suryavansas -tribus que han desaparecido hace tiempo- no impedirían a los bardos el decir la verdad, a diferencia de otros poetas; y la simple alabanza de los jefes «prehistóricos» no puede impedir a nadie reconocer en estas crónicas obvios eventos históricos. El simple hecho de que los bardos rajputs contaran tantas veces a sus gobernantes contemporáneos la amarga verdad, es prueba suficiente de que no sacrificaban esta última por beneficios mundanos. Cuando estaban afectados o afligidos por los actos de sus gobernantes, los condenaban abiertamente, sin pensar en las consecuencias. Bajo el despiadado látigo de la sátira de los bardos, más de un tirano temblaba y esto producía gran alivio entre la gente pobre, que miraba a estos cantores como a sus principales defensores. Incluso hoy, el *visha* («verterio de la palabra») del bardo se considera más peligroso que la espada del enemigo y hasta más terrible que los mismos ingleses a los ojos de un príncipe rajput.

Los bardos «iniciados» (hay entre ellos algunos) nos contaron que la enorme colección de sus crónicas -cuyos rollos más antiguos habían sido escritos a partir de la tradición oral- llena todas las lagunas y explica todos los errores en la Historia del mundo; se nos dijo que en ellos se encuentran las prueba-, necesarias para demostrar que eran tribus del Rajastán las que en tiempos prehistóricos poblaron las costas de los mares del Norte, el Báltico, el Negro, el Caspio y otros; que todos los pueblos germánicos, y especialmente los *eslaios* de Europa son los descendientes de tribus que -habían dejado el Rajastán (llamado antiguamente *Raethana*). A decir verdad, si los finlandeses y los magiares de Hungría tienen que buscar su origen en Asia Central y el Tíbel, los suecos en Kashgar, los germanos (los de Max Müller, claro) por, el Oxo, ¿por qué entonces no podríamos buscar nuestros antepasados en los variagorosos de los bosques y el «gran desierto» de Jaisalmer? ¿Quién sabe en realidad que los antepasados

⁴¹⁶Estrofa o verso *serpentinus*.

eslavos de nuestros «hermanos»),(1) ⁴¹⁷los más antiguos búlgaros, serbios, checos y nosotros los rusos, actualmente descansan bajo las siete capas de las ciudades prehistóricas de Surashira, Amber y Udaipur? Alarico Iv Gengis-Khan seguro que no inventaron su extraño ritual de entierro. Cuando el majestuoso túmulo fue erigido sobre los cuerpos de estos héroes, se plantaron árboles en un enorme espacio alrededor, según nos cuenta Gibbon, «a fin de impedir para siempre que ningún pie humano pisara los restos sagrados».

Así también se enterró en los -viejos tiempos a los héroes del Rajastán, según cuenta una antigua canción del bardo Chanda. Donde hoy se encuentra el «Valle de la Muerte», el desierto de la India que conduce al valle del Indo, había antes selvas vírgenes. Los milenios pasados las han reducido a polvo y el país donde todavía se pueden encontrar estos túmulos es ahora un desierto. En las estepas rusas hay muchos de estos «túrriulos»; y lo que nosotros llamamos «baba»(1) ⁴¹⁸tiene el mismo nombre en la India, sólo que aquí la palabra significa «padre». Vi varios de estos babas de piedra en Mevar.

Cerca de la casa del bardo había un cementerio de estos túmulos redondos con «babas». Aquí encontraron la muerte miles de *gosaines* («monjes guerreros»), llamados aquí *Kanphata yoguis*. Se nos mostró el lugar en el bosque donde descansan sus restos mortales; los bardos cubren los túmulos diariamente con ramas de fresno del monte que es consagrado a ellos, como también lo era a *los sacerdotes* celtas, y luego vierten agua sagrada sobre ellos. El respeto por los muertos en general, y en especial por los guerreros caídos en el campo de batalla, es una característica de estos paganos que podrían muy bien adoptar algunos pueblos cristianos. Sé de algunas tumbas de oficiales que fueron muertos y murieron de sus heridas o también la de un general en el Cáucaso o en Sebastopol que están bastante descuidadas y olvidadas, e incluso no hay ni siquiera una cruz sobre ellas...

⁴¹⁷1 Es decir, los eslavos de las cercanías del Danubio, no los Chudes que venían de Altai.

⁴¹⁸ 1 Una figura de piedra toscamente cincelada sobre los túmulos de entierro. En ruso esta palabra significa «vieja campesina»,. (N. del E.)

Aún a principios de este siglo los kariphata yoguis fueron todavía tan famosos en las crónicas militares del Rajastán como en los siglos pasados. Vivían (y viven todavía hoy, aunque desde la llegada de los ingleses en número más reducido) en «hermandades» de varios miles de integrantes. Son *hatha yoguis* simples e incultos, pero valientes guerreros; los gobernadores nativos hicieron con frecuencia pactos con ellos, especialmente para la defensa. Su audacia feroz se ha hecho proverbial. Eran los más valientes y más intrépidos guerreros de su país. Ahora los rajás han dejado de luchar entre ellos y los kanphala yoguis, al no encontrar ya una salida a sus hazañas guerreras, han empezado a matarse mutuamente; sin enemigos, se hacen la guerra a ellos mismos en vez de luchar contra estos últimos. Algunos de ellos están sentados bajo los árboles sobre pieles de tigres y leones, cubiertos de pies a cabeza con ceniza blanca y con sus cabellos desmelenados atados como un turbante sobre sus cabezas. Al lado de cada uno arde un altar de carbones candentes; de vez en cuando, los esparcen sobre sus pies y rodillas, como si los carbones fuesen hojas. El olor a carne humana quemada que subía con el humo y el chisporrotear de los fuegos hizo que me diera cuenta de que se trataba realmente de carbones candentes...

-Qué horror -dije al Coronel y a Ananda en francés-. ¡Eh, Coronel, tome una lección de hatha yoga de éstos... Difícilmente encontrará algo mejor!

Este espectáculo era demasiado repugnante incluso para el tan inquisitivo Coronel. No lo pudo aguantar y se apartó diciendo que prefería las tumbas de los muertos a las toriuras de los yoguis vivos.

Más adelante vimos un cementerio de guerreros comunes, con «babas» sobre las tumbas de los rajputs muertos en batalla. Las cenizas de los cuerpos quemados habían sido llevadas a casa, y sobre las tumbas de los «jefes» había, en lugar de simples «babas», lápidas más elaboradas. En algunas de ellas estaba moldeada la figura del guerrero a caballo con la armadura completa, con su escudo, espada y lanza; cerca de él estaba su mujer, señal segura de que se había quemado a sí misma sobre la tumba de su marido, es decir, había realizado el *sati*. El pensar en lo que había pasado aquí, estropeó para mí el placer de este paseo.

En Rajastán cada localidad sacralizada por el *Maha Sati*, es decir, el gran auto-sacrificio (cremación), es en seguida transformada en un lugar de

acción «de espíritus», o en «lugar impuro». Este caso, sin embargo, no ocurre sólo entre los rajpuls. También los «espíritus» de suicidas en Occidente, presumiblemente arrepentidos de su acto, devuelven a la vida los restos de sus vidas interrumpidas de forma brusca en cuerpos menos «cómodos», y por lo tanto, más propensos al vicio. Incluso en nuestra Rusia, los suicidas no descansan con tranquilidad en sus tumbas, si hemos de creer la tradición popular. En cualquier caso, en la India sus «espíritus» alcanzan el punto más alto de molestia. Los espiritistas estarían muy contentos aquí, pero los no-espiritistas se quejarían mucho.

En la *noche del noveno día*, los «demonios» estaban prestos a aparecer, en el lugar en el que acontecieron estos suicidios espectrales, entre las pilas funerarias, donde tan a menudo fue quemada despiadadamente una joven mujer llena de belleza y felicidad terrenal, y donde una madre entre sollozos bendecía a su hija y al mismo tiempo la instaba a cometer el *acto de santidad*, y el padre, forzado a estar presente en el Maha Safi desde el principio hasta el final, cantaba himnos a la que era quizás su única hija, cuyo cuerpo joven y palpitante era torturado en las arrolladoras llamas. Aquí aparece inmediatamente de forma gratuita el *Jigger Khor*, el terrible *Harpy* de días pasados conducido por el *Dakini(1)*⁴¹⁹. Los dos demonios, como es bien sabido, deambulan por la noche y atacan a los vivos; el *Jigger Khor* come sus corazones, sacándolos de sus cuerpos. Algunos de los mausoleos, como las tumbas de Pompeya, están contruidos con una habitación interior, donde se celebran cada año rituales en honor a los muertos. Para un rajput, este es el día más horrible y espantoso del año, pero es algo que de acuerdo con las costumbres generales no puede evitar. Está obligado a visitar completamente solo la sala de sepultura y realizar ahí el ritual, rociando la sala con agua y haciendo ofrendas de flores y arroz, y luego estar postrado en el suelo durante dos horas, murmurando mantrams.

-Mi propio hermano -nos contó un viejo bardo-, uno de los guerreros más valientes de Mevar, llegando a casa del *Pitri-isvars* (como es llamado este ritual) descubrió que durante estas dos horas había encanecido, como un hombre viejo... y no tenía ni siquiera treinta años.

⁴¹⁹ 1 *El Dakini* es un espíritu malo que guía al *Jigger Khor*, que es un *Harpy* ciego.

-¿Por qué? ¿Vio algo?

-No, pero sintió... Sintió todo el tiempo el contacto de las heladas manos del Jigger Khor, que buscaban su corazón. Fue salvado por los mantrams. Sí, el día de *Pitri-isvars(1)* ⁴²⁰ es un gran día... Pero un día terrible. En el cementerio que acabamos de visitar, *ellos* revolotean todas las noches.

-¿A quiénes se refiere cuando dice «ellos»?

-*Bhutas* «espíritus». Al salir por la puerla trasera que da a la terraza, se puede ver en el crepúsculo, incluso desde aquí, cómo ellos aletean como luces multicolores sobre las tumbas...

-Azul claro -corrigió Ananda- sólo se ven los *shahaba*, las fugaces luces que se pueden encontrar en todos los cementerios y en especial en los campos de batalla -añadió pensativamente-.

-Sí, sí, en los campos de batalla como es natural. ¿Y dónde, si no ahí, hay más cuerpos de valientes guerreros? Estas luces son sus almas.

-No sus almas, sino simplemente luces fosforescentes producidas por la putrefacción de tantos cuerpos.

-Nuestro *Maharaiá*, el *Thakur sahib*, también nos dijo esto. Ni él ni usted creen en los Dakini y Jigger Khor, ya que no se atreverían a tocarles; sin embargo, a nosotros no nos tienen miedo.(2)⁴²¹

⁴²⁰ 1 Pitris son ascendientes, los parientes muertos y los antepasados. Pitri significa «padre», is o isvara es «señor». Así Pitri-*isvars* significa «antepasados muertos».

⁴²¹ 2 Nada puede dispersar la superstición de un rajput, ni siquiera una autoridad como la del Thakur. El coronel Tod nos cuenta en sus Memorias acerca de su amigo, el capitán Waugh, que, después de haber oído mucho sobre las «luces», los «diablos» y las «brujas» y sospechando que esta vez el Dakini era una hiena a la que había visto muy de mañana, se fue a caballo al cementerio y esperó a la bestia. Se acercó y mató «al caballo del Dakini» sobre el que la bruja (Harpía) Jigger Khor cabalgaba por la noche. Al oír que la hiena había sido maizada, los rajputs tuvieron miedo y predijeron que una calamidad iba a caer sobre el capitán por la muene del

La objeción y el escepticismo de Ananda parecían no gustarle al anciano. Se puso hosco y de repente, pulsando las cuerdas de su chatara, empezó a cantar una canción sobre el *jauhar*. El *jauhar* es el horrible ritual en el que los impotentes guerreros, convencidos de su incapacidad de vencer al enemigo, reúnen a sus mujeres, madres y novias y las matan con sus propias manos, quemando luego sus cuerpos en la pira. El año 1275 siempre se recordará en Rajastán; incluso hoy en día los bardos cantan sobre la «caída de la ciudad de Chitor» y «la muerte de *Rani Padmini*», la causa inocente de la guerra y la destrucción de la ciudad que fue saqueada tres veces según la historia escrita y todo el pueblo fue destruido.⁽¹⁾
⁴²²Chitor pereció definitivamente en 1676, pero entonces no fue defendida por sus legítimos dueños, sino por sus conquistadores y destructores. La leyenda se refiere al año 1275 y está llena de belleza e interés. A continuación relataré uno de sus episodios.

Bhim-Singh, el tío del niño-rajá y su tutor, se enamoró y se casó con la hija de Chauhan Hammir-Singh, Rey de Ccilán, la bella Padmini, un sobrenombre utilizado solamente para referirse a «una belleza entre bellezas». Su beldad, talentos, nobleza de alma y abnegación la llevaron a

«caballo» de la bruja. Al día siguiente Waugh se cayó de su caballo y se rompió una pierna, justificando de esta forma su supersticiosa predicción.

[Esto es relatado por el coronel Tod en sus *Annals*, etc. vol. I, p. 69, en una nota a pie de página, de la ed. de 1894. (N. del E.)]

⁴²² 1 La palabra rajput *saka* (que fue seguramente tomada de ellos por los anglo-sajones y los galos) corresponde al inglés *sack* o al francés *sac*, como en «le sac d'une ville» -el saqueo de una ciudad conquistada- Aquí está lo que el autor de los *Annals and Antiquities of Rajasthan* escribe sobre esta palabra: «Los rajputs sitiados, habiendo perdido toda esperanza de una victoria, en el último momento matan a todas sus mujeres; después, los guerreros vestidos con largas camisas amarillas, se lanzan en un último esfuerzo sobre el enemigo y mueren inevitablemente. Esto es llamado «hacer el saka», cuando cada saka o rama es cortada del árbol por el enemigo. Chitor sufrió tres veces un completo saka:>

la pira y a Chitor hacia su caída final, proporcionando temas favoritos para las leyendas populares del Rajavara (Rajastán).

Voy a citar ahora, en la medida que pueda hacerlo, la bella balada de los bardos que nuestro viejo anfitrión nos cantó. Haré una traducción literal, aunque desde luego, abreviando muchos acontecimientos de esta histórica y para siempre memorable batalla.

«No es la ciudad de Chitor por la que el corazón de 'Ala al-din suspira,

Es Padmini de ojos de loto, esposa del valiente Bhim-Singh.

El pathan está impaciente.(1)⁴²³

He aquí que envía un mensajero al Durbar del Maharajá.

-Dadme a la Rani(2)⁴²⁴ por Delhi. Tomad todo mi reino y riqueza.

Todo lo que poseo por Rani, por la perla del Este:

¡A no ser así, pereceréis! ¡Saquearé a Chitor, tu ciudad, para siempre.

Destruiré a Agnikula(3)⁴²⁵ y arrancaré tu corazón!

Nuestro rey Bhim-Singh se puso furioso y le miró con fieros ojos.

-¡No quiero tu reino, Califa, no temo a los mogoles!...

⁴²³1' Ala al-din, un Emperador pathan.

⁴²⁴2 Rani es la forma femenina de *rana*, la esposa del rana de Udaipur es llamada rani.

⁴²⁵3 Agnikula, la tribu de Agni («fuego»), que fue destruida con Chitor.

No poseerás a la reina Rani, la fiel Padmini.

¡Escupo en tu barba, enemigo! ¡Ven! ¡Los Agnikulas te están esperando!

La ciudad es sitiada, Padmini pasa hambre, el mogol sale victorioso.

Otra vez manda a un mensajero:

-Dej adme ver un solo instante a Rani Padmini!

Vendré sin escolta armada... confiaré en tí, Rajá,

¡El raiput cumpla su palabra!

Sintiendo pena por la bella Rani, para evitar el jauhar,

Bhim-Singh consintió; dejó pasar al Califa a través de las puertas de Chitor.

Solo y sin escolta... el malvado pathan vio el reflejo

de Rani, la bella, en los espejos de la pared de la sala del Durbar.(1)⁴²⁶

‘Ala se enamoró; a cambio de su confianza, el pathan le preparó al Rajá una infame traición...

-Por tu confianza te pago confiando en tí -dijo Bhim-Singh a ‘Ala al-din-, te acompañaré de despedida hasta las puertas de Chitor..

De repente ‘Ala llamó a su escolta armada e hizo prisionero a Bhim-Singh y lo llevó al campo pathan, a traición, diciéndole: -¡Oh, raiput! Eres un rehén de ‘Ala al-din,

⁴²⁶1 El historiador Feristali confirma este hecho contando que sólo se le permitió a 'Ala al-din mirar a Rani Padmini a través de espejos colocados en la sala del Durbar.

¡Dame a Padmini, recupera tu reino y tu libertad! ... »(2)⁴²⁷

Los habitantes de Chitor, sitiados por 80 000 hombres del ejército del traidor pathan, estaban desesperados. Los ancianos celebraron un consejo: ¿Deberíamos entregar a Padmini a cambio de la liberación del Rajá o seda deshonoroso? Pero la Rani misma decidió que era su deber sacrificarse ella misma para salvar a su amado esposo y no permitirse nunca ser tomada viva por 'Ala aldin. Después de haberlo consultado con su tío Gaura y su primo Badul(3) ⁴²⁸, se decidió intentar liberar a Bhim-Singh sin deshonar a la Rani o sacrificar su vida. Mandaron un mensaje diciendo al Emperador que ellos le darían a Padmini si él levantaba el sitio y se retiraba; que ellos se la entregarían en sus manos, pero que, debido a su rango, no podía ser enviada sin la ceremonia; tenía que ir acompañada de una numerosa escolta de cortesanos llevando todas sus pertenencias y su dote, y finalmente, que todas las mujeres y niñas de Chitor, excepto aquellas que iban a querer acompañarle hasta Delhi, tenían que decirle primero adiós. El Califa consintió y se preparó para el evento, jurando respetar la costumbre de Chitor en cuanto al privilegio de las mujeres de viajar en palanquines bien cerrados.

Entonces, las mujeres «las madres y parientes mayores de los guerreros rajputs», salieron de la ciudad en más de 700 palanquines, cada uno poriado por seis guerreros disfrazados. Las tiendas del Rey fueron rodeadas, de acuerdo con la promesa del Califa, por *kanats*, („muros de lino bien forrados»). Los palanquines con la escolta entraron en medio de

⁴²⁷2 Esto es un hecho histórico. 'Ala al-din se fió de Bhim-Singh porque sabía que un rajput preferii~a morir antes que no cumplir su palabra, y actuó de esta forma simplemente para hacerle caer en la trampa. Por su fanatismo e hipocresía, este gobemador, el más exitoso y belicoso de la India, se parece mucho a Aurarigzeb, el último gobemador de la dinastía Tamerlan. El título de «SikanderSani», el segundo Alejandro (de Macedonia), que eligió para sí e hizo estampar sobre sus monedas era -según los cronistas- bien merecido. En la India fue un verdadero Atila, el azote de los rajás, y aniquiló casi por completo la tribu de *Agni* en Chilor.

⁴²⁸3 Badul era uno de los más grandes héroes del Rajastán en la Edad Media. Mató con sus propias manos gran cantidad de mogoles.

ellos. Se le concedió media hora a Bhim-Singh para despedirse de su Rani; pero en cuanto apareció, fue sentado en uno de los palanquines vacíos y rápidamente sacado de allí. En los otros había armas escondidas y 700 guerreros, la flor de la juventud de Chitor. La media hora de gracia todavía no había pasado, cuando 'Ala al-din, celoso de la larga despedida y sospechando traición, a pesar de su juramento, se abrió camino a través de los kanats. Estos hechos han sido confirmados por el historiador Feristah. En lugar de la bella Padmini y su séquito de jóvenes muchachas, el Califa se encontró con 5000 guerreros y cientos de respetables pero feas mujeres, que «se tiraron sobre los mogoles como gatos salvajes». Los rajputs, que habían decidido previamente sacrificar sus vidas, sólo procuraron cubrir la huida de Bhim-Singh, y, rodeados por todos los flancos, bajo la presión de 80 000 hombres, pereció *hasta el último hombre*. Al ver cómo fueron matados sus hijos y familiares las valientes ancianas rajput se clavaron puñales en sus corazones y como cuenta la balada:

«No era una montaña lo que se elevó en el valle de Chitor, Eran los cuerpos de los valientes guerreros, que no tendrán de qué avergonzarse.»⁽¹⁾⁴²⁹

Todos ellos murieron por su Rey... y sobre esta montaña, hay otra montaña,

⁴²⁹ Llamo la atención del lector sobre esta expresión que es un juramento de los rajputs. La palabra *lajia* significa literalmente «vergüenza», una palabra que ellos utilizan en el sentido de deshonra. «Laj-rakhei» o *que no esté avergonzado*, significa literalmente «que yo esté libre de vergüenza» ya que la palabra *vergüenza* es sinónimo de *deshonra*. ¿No es esa la misma frase que utilizaban los «guerreros de Vladimir» y que fue expresada, según creo, por «Dobrinya Nikitich»? ¿No era eso lo que quedan decir las palabras de Sviatoslav cuando dijo a sus soldados: «¡Perezamos aquí: los muertos no conocen la vergüenza!» La expresión *laj-rakho* «que yo esté libre de vergüenza», puede encontrarse en las crónicas de Udaipur hace unos 3000 años, pronunciada por Suryavansa Balarama. ¡Ciertamente no fueron los rajputs los que la copiaron de los variagorosos!

Hecha de los cuerpos de las madres y esposas de Rajavara ... »

Se le dio un rápido corcel al rajá Bhim-Singh y así logró escapar de los mogoles que le persiguieron. Las hazañas de sus compañeros de annas y de sus viejas madres inspiraron tanto a los habitantes de Chitor que durante los próximos días hicieron milagros de valentía. Los sitiados finalmente expulsaron a los sitiadores y 'Ala al-din fue obligado a retirarse, después de haber perdido la mitad de su ejército.

¡Pero, ay, la flor de la juventud de Chitor pereció en el campamento de los pathanes! Algunos meses más tarde el Rey pathan, aún enamorado, sitió de nuevo la ciudad y esta vez fue el conquistador. Toda la población, excepto las mujeres y los niños, conducida por Bhim-Singh, atravesó las puerias de la ciudad para luchar. Estos héroes, sin vacilar ni un instante, se lanzaron sobre sus enemigos que eran diez veces más que ellos y, según nos cuenta la historia, fueron ,segados en el campo de batalla», según las palabras de la balada, «como gavillas bajo el soplo de un ciclón». El lema de los rajputs era el mismo que el de los antiguos y el de los modernos rusos: *perezcamos, los muertos no conocen la vergüenza*.

El joven Badul fue salvado, aunque gravemente herido; era el primo de Padmini y tenía entonces sólo doce años, pero de acuerdo con las ideas de los rajputs, ya se esperaba que defendiese su país y muriese por él.

Los héroes de Chitor recuerdan a aquéllos de la Montaña Negra (Montenegro). Estos últimos tienen muchos nasgos similares a los de los rajputs: la misma fabulosa valentía, el mismo desprecio del sufrimiento físico y el mismo arraigado amor por su país. Los jóvenes valientes, de sólo doce y trece años de edad, sobre los que leemos tanto en los años setenta y ochenta, parecen ser la encarnación misma de Badul de Chitor.

Este episodio es descrito muy expresivamente en el *KhumanRasa*, pero en la epopeya guerrera, cantada por el viejo bardo, era aún más impresionante. El distinguido anciano parecía estar transformado: sus ojos negros estaban chispeantes como si brillasen con pasión guerrera a los acordes de su propia canción; su cara arrugada tenía, a veces, una expresión de odio hacia el enemigo cuando pensaba en el «*saka* de Chitor», y en otros momentos mostraba el sentimiento de profundo dolor y aflicción por los sufrimientos de las mujeres y madres, encerradas en la

ciudad sitiada, al imaginarse su preparación para el jauhar («auto-inmolación») con el fin de no caer en manos de los mogoles y no ser deshonradas por el enemigo.

-*¡Myn bhuka ho!*, ¡Tengo hambre!... ¡Tengo hambre!... -gritó la Diosa de la Muerte y Destrucción cerniéndose sobre el campo de batalla-; era la patrona de la sitiada ciudad y sus sentimientos estaban heridos por el acto del Rajá. La implacable Kali se inclina sobre un guerrero y éste cae al helado abrazo de Yami (la devi de la muerte); señala con su *chirag* («farol») hacia otro, la espada le cae de la mano y su escudo se desliza, cubriendo su cara «como la sombra de la tumba, echando su manto negro sobre los restos de un guerrero sepultado».

Badul, cubierto de sangre, volvió solo a Chitor. Luego hay un monólogo entre él y la esposa de su tío, la desdichada Padmini, aquella que causó la caída de la ciudad. Antes de reunirse con su esposo, es decir, de realizar el sati y jauhar, ella quiso escuchar del joven algo de las últimas hazañas de su «Rey», «*son doux seigneur et maitre*».(1)⁴³⁰

Badul contesta:

«Fue el segador del campo de batalla; yo sólo recogí las gavillas,

Paso a paso le seguí, como el que cosecha y va tras la cortante guadaña,

Le vi, a nuestro padre, prepararse para sí mismo un lecho de honor;

Y cubrirlo con una alfombra ensangrentada; y eligió como almohada al príncipe

De los mogoles, y se tendió sobre él. Ahora duerme profunda y dulcemente,

Protegido por los cuerpos de sus enemigos que encontraron el sueño por sus manos.»

⁴³⁰ 1 «Su dulce Señor y Maestro.»

Padmini, la viuda, pregunta de nuevo a su sobrino:

«Dime, Badul, ¿cómo luchó mi Rey, mi queridísimo Señor?»

Y Badul contesta:

-Oh, madre, ¿cómo podría describir su valentía,

Cuando no ha quedado ningún enemigo para temer o admirarle?

La Rani sonrío; se despide del valeroso joven y dice: -Mi Señor meespera... la pira ya está encendida.»

Se arroja ella misma al fuego, y las mujeres y las jóvenes muchachas de Chitor le siguen...

Las crónicas oficiales de Udaipur, así como sus propias crónicas, añaden que 22 000 muchachas y esposas de Chitor siguieron a Padmini <a las llamas que salvaron su honor y su nombre>. Sacrificaron sus vidas a su deber y fueron quemadas en una terrible conflagración como las mujeres de la ciudad subterránea cerca de Kanpur. (Ver parte I)

Feristah (el historiador) menciona solamente aquellos sakas de 'Ala al-din y Akbar, y de este modo no hace justicia a la historia. Pero incluso él nos habla de los horrores de esta cremación en masa y de la cueva de *Maha Sati*.

En las *Memorias* de Tod encontramos la siguiente descripción de «un autor... el único inglés» -según dice-, que tenía «acceso a Chitor» un lugar *sagrado* en aquellos días.

«El conquistador tártaro tomó posesión de una capital inanimada, cubierda de valientes defensores, elevándose todavía el humo de las profundidades donde yacía muerta la que otrora fuera bello objeto de sus deseos; y desde este infeliz día, la caverna ha sido sagrada: ningún ojo ha penetrado en su oscuridad y la superstición ha colocado como su guardián

una enorme serpiente, cuyo «hálito verrierroso» extingue la luz que podría guiar a intrusos hacia «el lugar de sacrificio».(1)⁴³¹

Las emanaciones asfixiantes y el miedo a serpientes vivas -no míticas- forzaron a Tod a volver. *Khuman-Rasa* afirma que esta cueva conduce a un bello palacio y muchos ingleses creen en su existencia.

Tod, sin embargo, habla como si hubiese habido sólo una «cremación en masa», un Maha Sali o jauhar, después del salca de 'Ala al-din. En realidad las palabras «ningún ojo ha penetrado en su oscuridad» se refieren a un safi posterior, ya que el terrible acontecimiento de 1275 no era sino el precursor de otro todavía más terrible aunque menos poético, y Tod mismo describe esta segunda cremación en masa en los días de Akbar, el famoso Emperador, el hijo y heredero de Humayun.

El campamento de este iluminado pero a veces cruel Emperador, se puede contemplar aún hoy cerca de Chitor; tiene una columna piramidal de mármol que fue erigida ahí y que es llamada por la gente *Akbar-Ka-Dewan*, la «Lámpara de Akbar». Su campamento se extendía desde el pueblo de Pandowly, a unos dieciséis kilómetros de la forialeza sitiada, y sus tiendas más adelantadas estaban casi al pie de la roca.

Chitor(1) ⁴³²es una de las más antiguas ciudades de Udaipur o Mevar y fue siempre famosa por sus héroes. Aquí, de manera resumida, está la historia desde 1275 hasta 1803, no teniendo en cuenta las incursiones prehistóricas y previas a las musulmanas.

En 1303 'Ala al-din apareció otra vez bajo las mur-alias de Chitor y, después de haberla tomado por asalto destruyó todo lo que pudo, respetando sólo, por extraño que sea, el lugar una vez santificado por la presencia de la mujer a la que amaba tan apasionadamente. El palacio de Bhim-Singh y la «bella Padmini» quedaron intactos; la alta columna, el

⁴³¹1 *Annals*, cte., «Anales de Mevar» vol. I, p. 248 y nota a pie de página en la ed. de 1894.

⁴³²Aunque nuestra visita a esta ciudad ocurrió más tarde, voy a describirla ahora para no volver nuevamente a este tema.

obelisco de los *jainas* y su templo budista construido en el 896 también se salvaron de milagro, ya que Padmini pertenecía a la religión de Ccilán... ¡Oú *la poésie de llamour va-t-elle se nicher!* ... (2) ⁴³³ ¡'Ala al-din, el fanático y cruel tirano, haciendo el papel de un gentil caballero!

La verdadera Chitor, a saber, la ciudad vieja con su forialeza, está levantada sobre una enorme roca, mientras que la ciudad moderna, construida a partir de 1350, está situada a su pie. Abajo corre el río Gambheri sobre el cual hay un magnífico puente de nueve arcos, siendo el del medio semicircular con arcos góticos a cada lado. La ciudad baja es poco interesante. Hay que subir por la roca a la ciudad vieja y visitar los edificios antiguos para hacerse una idea correcta de su valor arqueológico. Dentro de la fortaleza, que de acuerdo con la leyenda ha existido desde tiempos de Krisna (quien tiene dos templos aquí, los más grandes de todo el país), está todavía la *Nau Lakha Bhandar*, la ciudadela interior, construida sin duda por cíelopes *míticos*, a juzgar por la naturaleza maciza de sus muros y torres. Cerca de ella está el palacio de Padmini, cuyos muros almenados han quedado intactos a través del tiempo, el gran destructor. Allí se puede ver su morada con las altas habitaciones que han quedado vacías, mientras que la pobre belleza desafortunada y sus hermanos han obtenido la poco envidiable reputación *post-mortem* de *bhutas* o demonios de media noche. En la Durbar o Sala del Trono todavía se pueden ver las paredes de *espejos*. Recibieron su nombre por las *laminitas* semejantes a mosaicos que las cubren; son pequeñas piezas de acero pulido, como aquellas de los palacios persas.(1) ⁴³⁴ Sólo el milagro del amor pudo haber logrado que 'Ala al-din viese en estos «espejos» la bella figura de Padmini y se enamorase de ella. Luego de mirarlos y esforzarme mucho en captar el reflejo en ellos de mi propia cara bastante bien conocida para mí, descubrí finalmente, después de una larga búsqueda, mi propio ojo sobre la frente y mi nariz cerca de la oreja izquierda. ¡Con tal *anamorfosis* del objeto amado ante sus ojos, el Califa no debería haber sido movido a cometer semejante pecado!...

⁴³³2 «¡Donde la poesía del amor anida!»

⁴³⁴1 La cuestión es: ¿imitaron los persas a los antiguos indos al decorar sus paredes de esta manera o imitaron los rajputs a los iraníes?

Cerca de los templos de Krisna hay dos depósitos (*cisternas*), cada uno de treinta y ocho metros de largo, por quince de ancho y otros tantos de profundidad, hechos de enormes bloques de mármol negro. La cima de la roca está coronada por un templo consagrado a las 4uerzas destructivas», con el símbolo de tres puntas de Siva en su entrada. Los muros son increíblemente macizos de forma que le hubiese costado mucho tiempo al Dios, el patrono del templo, probar su fuerza destructiva en ellos si hubiese decidido destruirlos. Dispersas por toda la fortaleza quedan todavía unas ochenta *cisternas*, muchas de ellas llenas de agua. Sin embargo, la construcción más maravillosa, aunque no la más antigua, es la *Kirat Khambh*, «la Columna de la Victoria», erigida por *Rana Khambh*(2)⁴³⁵ después de la brillante victoria de este rajput sobre las fuerzas aliadas de Malva y Gujarat. El obelisco está sobre una terraza de trece metros cuadrados; se eleva a treinta y siete metros sobre un pedestal cuadrangular, de once metros de largo por cada lado. Este obelisco tiene nueve pisos, una habitación con un corredor lateral en cada piso y una escalera de caracol que pasa por todos ellos. La torre está coronada por una cúpula. La construcción es de mármol blanco y cubierta de arriba abajo con relieves. Hay una mitología completa escrita en sus muros. Además existen en la ciudad dos o tres palacios privados antiguos y siete torres igualmente antiguas.

Después de 'Ala al-din, Chitor fue tomada nuevamente por Bahadur-Sha, rey de Gujarat, en 1533. Bahadur, a su vez fue expulsado por Humayun, el padisha de Delhi, que devolvió la ciudad a sus anteriores dueños rajputs. Más tarde, en 1567, Chitor fue conquistada por el emperador Akbar. En aquel año, al saka le siguió un jauhar. Los terribles fuegos de la cueva de Maha Sati fueron nuevamente encendidos; otra vez corrió la sangre de mujeres y niños y toda la tribu de raiputs, después de haber reducido sus mujeres a cenizas, atravesó las puertas de la ciudad para lanzarse contra los mogoles y fue aniquilada «porque los muertos no conocen la vergüenza».

¡Qué sueño terriblemente sangriento es la historia de Chitor! Cuando fue fundada por un héroe mítico «*Rajá Hun*» en tiempos prehistóricos, la Diosa del «Poder y la Destrucción» y la patrona de todos los lugares fortificados, *Durga*, prometió a los primeros reyes de Chitor que nunca

⁴³⁵2 Reinó en Mevar de 1418 a 1468.

dejaría su querida roca sin protección. Mientras que su *Eklingji-Dewan(1)*⁴³⁶ le permaneciera fiel, ella, Eklingji, 4a nacida de una leona>, no les abandonaría.(2) ⁴³⁷El primer rajá de Chitor, el «iniciado» *Bappa*, era el esposo espiritual de la Diosa. Prestó en su consagración un juramento por Chiranjiva(3)⁴³⁸, y mientras que los rajás cumplieran este juramento, la

⁴³⁶ Uno de los títulos de los Maharanas de Udaipur.

⁴³⁷ 2 Roma tuvo su Rómulo; Chitor tuvo su *segundo* fundador, el sobrino del rajá Mori, cuyo origen está también enterrado en los mitos de la Antigüedad. *Bappa* («el infante»), llamado *Sailadhisa*, «Señor de la Roca» ena, de acuerdo con *los Puranas*, este sobrino. Como todos los principes primitivos, era también el pastor del «rebaño del Sol» y una vez se encontró en la montaña con el ermitaño *Chiranjiva* (el que vive eternamente), que durante más de tres siglos dormía profundamente en los arbustos. En agradecimiento por haber sido despertado, el ermitaño inicia al príncipe en los «misterios de Siva» y así le convierte en esposo de Kali en su *aspecto* de Eklingji, nacida de una «Diosa leona» es decir, la misma diosa Kali. Todos los hombres «iniciados» son llamados por los sivaítas *novios o* incluso esposos de Eklingji (Isa, Parvati, Durga, Gaurí, la Diosa de la Tierra, *Amba-Mata*, la Madre Universal; estos son todos aspectos de Kali). Eklingji es la Diosa que bajo el nombre de *Cauri-devi* es la guardiana de las montañas, rocas y lugares fortificados. Es la misma que Cibele, y como la Diosa griega se la representa coronada con un tocado parecido a una torre almenada. Después de casarse con Eklingji (es decir, ser «iniciado»), *Bappa* recibe un armamento completo: un arco con flechas, un escudo, una lanza y una espada, ofrecidos personalmente por su esposa espiritual. Después de esto, siendo invencible como Aquiles, expulsa a su tío y se convierte con la ayuda de la Diosa en rey de Chitor, mientras que Durga-Eklingji llega a ser la patrona de la ciudad ya que ella es la Diosa de la roca sobre la cual fue construida.

⁴³⁸ 3 Este juramento de los *Kanphata-yoguis*, incluso hoy, es prestado anualmente por los rajás de Udaipur: «Juro por *Gurú-Chiranjiva* y la diosa Eklingji; juro por Takiak, la sabia serpiente, y por Hari, el Sabio; juro por Bitavani (Palas) destruir al enemigo. ¡Destruir! ¡Destruir!» Las armas que recibió *Bappa* de Eklingji, el arco y las flechas, la lanza, el escudo y la espada, se guardan en el tesoro de los rajás de Udaipur. Los «Monjes guerreros» prestan su juramento sobre ellas.

Diosa no permitiría la caída de Chitor. Mientras que sus rajás poriaran los títulos de *Raid-Gurú*, «Maestro Rajá» *Hindua Surai*, el «Sol de los indos» y *Chukura*, «Gobernador del Mundo», Chitor no sufriría.

Pero algunos rajás posteriores -así lo dice la misma leyenda en su orgullo, olvidaron el juramento e incluso faltaron en mostrar el debido respeto a la Diosa. Empezaron a incluir otros Dioses como Krisna (odioso para Siva) en su culto y el brillante color rojo de su estandarte empezó a oscurecer. Durga-Eklingji prometió su protección a los descendientes de *Bappa* mientras que le permanecieran fieles. En el primer saka de 'Ala al-din, doce rajás, gobernadores coronados de Rajavara, defendieron su estandarte, pero ya no poseía su poder y fueron muertos en el campo de batalla. En tiempos del segundo saka, iniciado por Bahadur Sha, el thakur de Delhi de la casa reinante de Mevar se sacrificó a la Diosa dándose muerte en su altar, y ella salvó la ciudad. Pero la tercera vez, en los días terribles del sitio por el joven Akbar, Durga-Amba, asumiendo su aspecto original de Kali, permaneció sorda a todas las súplicas. Se apartó de su corona almenada y cuando se apareció a Samarsi (rajá de Chitor en 1412) para declarar que «la gloria hindú se estaba desvaneciendo», lo hizo por última vez.⁽¹⁾ ⁴³⁹Udai Singh, rajá de Mevar, era el último de los reyes que pecó contra esta Diosa huyendo ante la primera aparición de Akbar y su ejército. Entonces la Diosa se apartó para siempre de Chitor. La famosa ciudad cayó a pesar de su defensa desesperada. No era Durga-Eklingji, sino Kali quien apareció delante del caballo de Udai-Singh lanzando su habitual grito de guerra: *¡Myn bhuka-ho!* («Tengo hambre»); desapareció y se sació con la última de las famosas tribus de *Agnikula*.

Treinta mil hombres perecieron en los días en que Akbar sitiaba a Chitor. Se preparó entonces un terrible jauhar y los 8000 rajputs que estaban todavía vivos, después de comer juntos el último *bida*(2) ⁴⁴⁰y vistiendo túnicas amarillo azafrán (el emblema de la pira ardiente), se fueron a realizar su terrible deber. Nueve ranis y cinco princesas (sus hijas), dos hijos infantes del Rajá y todas las mujeres de distintas clases perecieron a

⁴³⁹1 Ver las *Crónicas del Bardo Chund*, último volumen, p. 2.

⁴⁴⁰2 *Bida o pan* es una hoja de betel de un sabor fuerte preparada con varias especias, que los indos sirven en comidas de despedida para ser consumida por todos los presentes.

manos de esposos, hijos, hermanos y familiares; sus cuerpos fueron quemados en la cueva Maha Sati. Posteriormente, este ejército que contaba con 8000 hombres, abrió las puertas de par en par y se precipitó como un torrente imparable sobre el ejército de Akbar. **Ni uno de ellos** sobrevivió, y por tanto, ni uno solo de los camisas *amarillas* fue deshonrado porque se hubiera rendido.

Sí, la divinidad rajput les abandonó en este terrible y fatal último día de Chitor. La firme roca de su independencia y poder fue hecha pedazos; sus templos y palacios fueron reducidos a polvo y Akbar incluso se llevó todos los símbolos de la casa reinante: el *nagadas(I)* ⁴⁴¹-cuyo sonido solía anunciar a la población en miles de kilómetros a la redonda la llegada y parlida de los Rajás y príncipes-; el candelabro del altar de la <Gran Madre>, *Amba-Mata*, quien había dado la espada a *Bappa* e incluso la espada misma.(¹) ⁴⁴²A partir de aquel día, la expresión *Chitor saka ka pap*, «Juro por el pecado del saka de Chitor» se ha convertido en un juramento sagrado e inolvidable entre los rajputs.

«*Tijo saka Chitor ra* («el tercer saka de Chitor») ha llevado a Rajastán a la presente condición» -dijo el bardo, terminando melancólicamente su canción-: «La Gran Madre nos ha abandonado y ahora, en los tres últimos

⁴⁴¹ 1 Un gran tambor de dos, tres o cinco metros de diámetro.

⁴⁴² 2 Contando sus víctimas, Akbar midió su éxito por los *zinaras* («collares») de oro que distinguían a las familias reales o nobles. Pesaban 74,5 *mans* (un *man* son 4 libras). A partir de este día el número 74,5 fue llamado *tilak*, «maldito». Puesto en una carta de un rajput o en cualquier documento, este número representa un compromiso inviolable, porque es sinónimo de juramento «por el pecado del saka de Chitor». El que no lo cumple es expulsado de la tribu y de la ciudad en la que vive y es generalmente condenado o, muchas veces, incluso matado.

[El *man* indostánico, relacionado muchas veces -con la palabra inglesa *maund*, una cesta, es una medida de peso que contiene cuarenta ser de pesos diferentes. El *man* bengalí pesa 82,85 libras; el de Surat, cuarenta y una; el de Bombay, veintiocho y el de Madrús, veinticinco libras. En Arabia, equivale a 2,98 libras (1340 gr). Hay una gran discrepancia en el valor de su peso. (N. del E.)]

siglos, Rajastán se fue muriendo lentamente ... El Sol nos ha abandonado... Los Suryavansas se están degradando ... »

¡Ay! Esto era sólo una metáfora. El Sol nos abrasaba incluso en este impenetrable bosque. Me sentía fatigada en esta atmósfera sofocante, estaba acostada sobre las alfombras de la terraza y apenas podía pronunciar palabra. Sin embargo, mi curiosidad e interés vencieron tanto a la pereza como al calor y pregunté sobre el actual estado de Chitor: ¿qué había sido de ella después del saka de Akbar?

Ananda contestó por el bardo.

-Uno de los rajás de Mevar tomó posesión de las ruinas poco después del ataque, pero en 1676 abrió sus puertas y se rindió a Aurangzeb a la primera demanda y sin presentar batalla. Chitor no fue devuelta a sus señores rajputs hasta finales del siglo pasado.

-¿La visitó?... ¿Vio sus ruinas?...

-Sí lo hice. Todo lo que queda de ella. La antes inconquistable Chitor ha sido abandonada tanto por su gente como por el gobierno del Rana. De acuerdo con los primeros, la maldición de la Diosa está sobre la ciudad; en cuanto al último, todo está inutilizado. <La residencia de los reyes que durante 3000 años elevaron sus cabezas coronadas muy por encima de todas las ciudades de la India -dice la crónica- se ha convertido ahora en refugio de animales salvajes que han hecho sus guaridas en los antiguos templos...» La capital sagrada ahora está defendida sólo por gosains y yoguis, y al Rana(1) ⁴⁴³y a los príncipes de sangre real les está prohibido el acceso por decreto especial del Mahani; ni el jefe de los monjes guerreros; ni la maldición de la Diosa, ni los animales salvajes, ni las *figger-khors* («harpías demoníacas») se atreven a tocar a los yoguis; y ésta es la razón por la que ustedes no les tienen miedo -añadió el bardo con tono de reproche-.

⁴⁴³*Rana* hoy en día es sólo el título del rajá de Udaipur. Existe la misma diferencia entre un *Rana* y un *Raid* que entre un Emperador y un Rey

El asceta de Pondicherry no reaccionó ante este comentario y la verosimilitud del punto de vista del supersticioso cantor permaneció sin respaldo y sin aclararse para la posteridad. Narayana, sin embargo, se volvió hacia Ananda y le preguntó si estaría bien hablamos del papel que jugaban los antepasados del Thakur en el último acto del sangriento drama de Chitor.

El silencioso asceta asintió con la cabeza. Narayana, constatando que el episodio que iba a narrar estaba oficialmente registrado en las Crónicas de las casas *reales de* Salumbra y Mertia y está cantado por todos los bardos, comenzó su relato.(2)⁴⁴⁴

-Los nombres de Jaimal y Patta están para siempre inmortalizados juntos e inseparables en la historia de Chitor –*empezó* Narayana, cuyos ojos brillaban al mencionar a los antepasados del Thakur que le había rechazado, mostrando cuánto deificaba a su héroe el pobre chico-. Serán siempre un símbolo de inigualable heroísmo y vivirán en los corazones de los rajputs y todos los indos como sagrados, mientras que haya en el país la mínima chispa de memoria de nuestro glorioso pasado... En los tiempos en que el defensor de las «Puertas del Sol», el jefe de los Salumbras, pereció, la elección de un nuevo señor cayó sobre Patta de Kailwara. Tenía sólo dieciséis años. Su padre, un guerrero, había sido herido de muerte hacía siete años, en una batalla, y su madre rechazó el honor del sati; requerida por su esposo que estaba muriendo a causa de las heridas, sacrificó su gloriosa muerte para educar a su único hijo como el heredero de una insigne familia. En Occidente, ustedes glorifican a la madre de los Gracos y a las matronas espartanas y romanas; pero ellas no son más que pobres ejemplos en comparación con la bisabuela del padre del Thakur sahib por parle de su madre. Cuando le entregó la espada a su hijo, le

⁴⁴⁴ 2 «Pero los nombres que resplandecen con más brillo en esta oscura página de los anales de Mevar que aún se mantienen sagrados por el bardo Y el verdadero rajput y están inmortalizados por la pluma del mismo Akbar, son Jaimal deBednor y Palta de Kailwara, ambos de los dieciséis vasailos superiores de Mevar.El primero era el Rathore de la Casa de Mertia, el más valiente entre los clanes valientes de Marwar; el otro era la cabeza de los Jaggawuts, otro gran vástago del Chonda.»

mandó ponerse la «camisa amarilla» y morir para Chitor. Pero, como el coronel Tod observó correctamente, fue más lejos que la madre romana ya que apoyaba a su hijo con su propio ejemplo. Hizo incluso más que eso. El joven Patta fue comprometido: temiendo que el amor por su prometida pudiera influenciar la conducta de su hijo en la batalla, dio a la prometida(1) ⁴⁴⁵una lanza y una daga y, llevándola de la mano, la condujo montaña abajo hacia las puertas de la ciudad, donde los defensores de Chitor presenciaron el valor de las dos mujeres, una de ellas bastante mayor y la otra sólo una niña. «Defendiéndose como una leona y atacando como una tigresa» -cuenta la crónica- la joven amazona finalmente cayó muerta a los pies de la heroína anciana que había realizado aquel día tales milagros de valentía. ¿Es un milagro entonces que este ejemplo de intrépido patriotismo por parte de madres e hijas transformase a los guerreros rajputs en verdaderos leones que merecían totalmente el nombre de *Singh* («león»)? La defensa duró desde la salida del sol hasta muy entrada la noche. Al ver abatida a su prometida, Patta dio una señal a su madre. Con voz fuerte ordenó un jauhar, pidiendo a las mujeres mismas que encendiesen los fuegos en la cueva y diciendo a los guerreros de la retaguardia que matasen a las mujeres cuando todo estuviera preparado. Patta y su madre a la cabeza de una avanzadilla, se echaron sobre los mogoles. **Lean lo que dice el Emperador mismo acerca del desesperado ataque en el que la anciana guerrera, como es llamada por Akbar, o cortó con sus propias manos las cabezas de sus sardars más valientes». El mismo *Shaitan* poseía a aquella mujer rajput -escribe él-. Jaimal, el primo de Patta, realizó semejantes hazañas de valor en la otra puerta y se unió al ataque general contra el enemigo de aquella noche. Por fin, cuando Patta mismo fue muerto, acribillado por las balas, su madre, «pareciéndose a una Kali sangrienta», recogió valientemente su cuerpo y lo llevó, bajo una lluvia de flechas y balas, a las puertas de la ciudad dejándolo allí para que fuese quemado, volvió al campo de batalla. Jaimal de Bedrrore fue muerto por el Emperador mismo, que estuvo muy orgulloso de ello durante el resto de su vida. Este hecho es atestiguado por el historiador Abul Fazul y el**

⁴⁴⁵1 En la India un «compromiso» es equivalente al matrimonio y no puede ser disuelto. La comprometida, de acuerdo con la Ley, ya es la esposa.

emperador Jahangir, que llama al fusil(1) ⁴⁴⁶con el que Akbar dio muerte a Jaimal, *Sangram*. ¡Sí, grandes fueron los héroes que produjo nuestra India!

Algunas baladas más, nuevas canciones heroicas, y oímos la voz de Ananda que nos llamó para recordarnos que el Sol se había puesto y había llegado el momento de continuar el viaje...

Los indos montaron un elefante mientras que el babú, el Coronel y yo subimos a un carro cubierto tirado por bueyes. Intentamos visitar las ruinas de un templo antiguo; en una de sus paries -que había sido preservada del tiempo- vivía un yogui con sus discípulos. íbamos a llegar allí hacia la madrugada y tuvimos que viajar lentamente toda la noche por el bosque. A pesar de ello, no tuvimos miedo ni de los tigres

⁴⁴⁶ ' Un gatillo con una mecha. «Él [Akbar] llamó al mosquete con el que dio muerte a Jaimal, *Sangram*, ya que era de gran superioridad y calidad, y había matado con él tres o cuatro mil pájaros y fieras.» (*Tuzuk-i-Jahangiri*). Akbar hizo incluso más. El heroísmo de Jaimal y Patta le habían impresionado tanto que mandó erigir estatuas de los dos en la entrada a su palacio en Delhi. Esto es lo que escribe Bernier a Londres desde Delhi el 1 de julio de 1663:

«No encuentro nada extraordinario en la entrada excepto dos grandes elefantes de piedra que están a ambos lados de las puenas. Sobre uno de ellos está la estatua de Jaimal, aquel famoso rajá de Chitor y sobre el otro, Patta, *su* hermano. Son dos hombres intrépidos que, junto con *su* madre, que era incluso más valiente que ellos, causaron tantos desvelos a Akbar; y quienes en los asedios de ciudades que ellos habían realizado contra él, dieron tan excelentes pruebas de *su* generosidad, que finalmente prefirieron morir en las salidas con su madre antes que rendirse; y es por esa gallardía por lo que incluso sus enemigos les consideraron dignos de poseer unas estatuas erigidas en su honor. Estos dos grandes elefantes junto con los dos hombres resueltos sobre ellos dan una impresión, al entrar por primera vez en la fortaleza, de no sé qué grandeza y temor reverencial.»

[Traducido del original francés de François Bernier, en *sus Voyages*, etc. Amsterdam, 1710, vol. II, pp. 33-34. (N. del E.)]

ni de los bhilis ladrones. El Coronel tenía su salagrama y temía ahora mucho más a las vacas que a todos los tigres regios del salvaje Rajastán. En cuanto a mí, tenía una inexplicable sensación de confianza al pensar en el Thakur e incluso en Ananda. Además, el viejo bardo y sus dos hijos estaban también con nosotros.

Me dormí bastante convencida de mi seguridad y de que iba a desperiarme a la mañana siguiente sana y salva, y soñé con la bisabuela del Thakur que, con un simple palo ahuyentó de mí toda una manada de tigres que estaba tratando de llegar con sus zarpas a mis bolsillos, como los monos de Mathura.

(Continuará)

RADDA-BAI

NOTA DEL COMPILADOR:

Nunca se encontró continuación a este relato, ni en publicaciones ni en forma de manuscrito, a pesar de una intensa investigación. Esta última entrega o capítulo VII de la Segunda Parte de la historia apareció en el vol. 184 del *Russkiy Vestnik*, agosto 1886, pp. 684-718. En aquel tiempo H. P. Blavatsky estaba cada vez más ocupada en escribir *La Doctrina Secreta* y es posible que no encontrara tiempo para continuar con sus relatos de viaje.

INDICE

INTRODUCCIÓN7

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Llegada a Bombay - Gharipur o Elefanta - Cerro Malabar El Templo de Valakeshvara - El Puerto de Bombay -Sospechas de los Ingleses - Cuervos borrachos17

CAPÍTULO II

Carácter único de la India - Viajes de Atanasio Nikitin - El svami Dayananda Sarasvati, su carácter y su obra -Badrinath y su misterio - La fon-nación de la Sociedad Teosófica - La alianza con la Arya Samaj - La posible ruptura con Dayananda La Ton-e del Sflencio de los Parsis - Ritos funerarios de los Parsis Los Jainas y sus creencias - El Pinjrapol.....31

CAPÍTULO III

El drama misterioso - Su antiguo simbolismo mitológico Los Guebros y sus migraciones - Variopintas tipologías y costumbres del pueblo51

CAPÍTULO IV

Conversos católicos - Matheran - El Thakur Gulab Lal Singh Bhao Mallin - Insolencia de los Ingleses - Materialismo entre jóvenes indos - Ardha Nari y el Panteísmo Védico - La Metafísica de la India - El Siva de cuatro rostros.....59

CAPÍTULO V

Viaje a las Cuevas de Karli - Tres serpientes - Grupos de monos - Indigencia de los Coolies - Bellezas del paisaje montañoso - Los Ghates - Khandala - Sivaji, el héroe mahratti un curioso documento - Los antiguos arios conocieron América - Los Naguales - La ciudad de Atlan - Arjuna, e Illupl 67

CAPÍTULO VI

Las Cuevas de Kark - La Columna de los Leones - Bibliotecas inaccesibles de la India - Los Thakures y sus castillos Manuscritos sagrados - Opiniones de Fergusson sobre Karli Gran antigüedad de Elelanta - Comparación con Karli y Kanheri 79

CAPÍTULO VII

La Feria de Karli - Encantadores de serpientes - Un talismán contra mordeduras de serpiente 87

CAPÍTULO VIII

El Sadhu y su vaca de cinco patas - El contratiempo del Coronel - Rescate por el Sadhu - Cena en la veranda - La antigüedad de los indos - Opiniones del coronel Tod - Significado verdadero de Hiranya Garbha - La antigüedad de los Vedas - Meditaciones acerca del Thakur - Un tigre y su repentina muerte 95

CAPÍTULO IX

Lohogarh - Wadgaon - Conflicto entre los Ingleses y los Mahrattis - El tigre muerio - Las Cuevas de Birsa y Bhaja Chinchvad y las encarnaciones de Ganapati - Vuelta a Bombay 109

CAPÍTULO X

La verdadera India es desconocida para sus conquistadores Csoma de Körós y lo que probó - Emocionante viaje en ekkas Las Pagodas de Nasik - Leyendas sobre Rama y Hanuman Montando en elefante camino de los templos excavados en la roca 117

CAPÍTULO XI

Las Cuevas de Nasik - Inscripciones que revelan su gran antigüedad - Lo que Kalluka Bhatta dijo - Egipto y Arabia ... 129

CAPÍTULO XII

Los Babús bengalíes - Khandesh - Cementerios musulmanes Ghats hindúes - Cremación de ricos y cremación de pobres Los Mangs - Enfrentamientos de los Ingleses con los Mahrattis 135

CAPÍTULO XIII

Las Cuevas de Ankai Tankai - Estatuas de Budas - Mandu, la ciudad muerta - Ruinas del Jami Masjid - Invitación del Patel Fieras salvajes en la noche 145

CAPÍTULO XIV

Castas y ostracismo - Purificaciones - Perdón pedido por los Indos - Supersticiones y exclusivismos 153

CAPÍTULO XV

Patani Prabhus y su historia - Visita a la casa del Patel Diversas ceremonias de los Brahmanes - La Sabiduría Antigua no reconocida -

Dinanath Atmaram Dalvi, El Matemático Fundamentos magnéticos de ciertas ceremonias - Comida en una familia de Brahmanes - Bhutas y Gandharvas – Bailes y canciones . 163

CAPÍTULO XVI

Matando un vampiro - Acerca de Manú, Darván y Haeckel Metempsicosis por un donativo . 175

CAPÍTULO XVII

Ritos matinales brahmánicos - Culto a los Dioses - Visita al establo de las vacas - La planta sagnada tulsi - Comienza una salida nocturna . 185

CAPÍTULO XVIII

Camino de la Cavema de la Hechicera - La Kangalina o profetisa- El Sivatherium Bliutas propiciadores - El extraño caso del capitán Pole El rapto místico de la Hechicera Inesperado final del rito 191

CAPÍTULO XIX

Una flor maravillosa - Sannyasines y Akalis - Sikhs y Kukis Hyderabad y sus pasadas glorias - La India degradada – Los enredos de los Derechos Territoriales Indos - Los Bhilis y sus actividades - Los Bliattas y sus antiguas canciones - Rajputs y Escitas - Visita a la casa de un Dhani207

CAPÍTULO XX

Acerca de los matrimonios de niños - Costumbres nupciales Nautches - El infanticidio erradicado por los Ingleses Largas ceremonias de compromiso y de boda – Presenciando una boda - Ritos y festividades - La auto-inmolación de viudas - Distorsión de las Escrituras por los Brahmanes.....225

CAPÍTULO XXI

Las Cuevas de Bagh - Pruebas de su antigüedad - Opiniones de los eruditos - El Coronel encuentra celdas secretas Investigando las celdas -

Aparición súbita del Thakur - Él salva la situación - Hardwar y su feria - El Ganges y sus mendicantes querellosos - Tradiciones acerca de los HariKulas - Discusión sobre el Mesmerismo -Meditaciones acerca del Thakur- - Pintura de un paisaje inexistente 239

CAPÍTULO XXII

Monos sagrados al amanecer - Música mágica entre las cañas y los arbustos - Svami Dayananda combate las supersticiones Noche de plenilunio en la India - Fuegos artificiales en la noche - Discusión sobre la música antigua de la India y de China - Puntos de vista del Thakur- sobre la música - La verdad en la Mitología -Mediumnismo y enfermedades psíquicas - Mayavi Rupa - Concepciones vedantinas del hombre, . 271

CAPÍTULO XXIII

Jabalpur - Marble Rocks - Los Thugs y sus métodos - El Madan-Mahal - Suspensión de la respiración – Posturas increíbles de los Faquires - El doctor Paul y su Tratado sobre la Filosofía Yoga - Métodos de hibernación -Niveles del trance según Paul - Allahabad en un día de verano - El río subterráneo - Monumentos antiguos y las inscripciones de Asoka ¿Qué es el Nirvana? - Causalidad y el Ego Espiritual 291

CAPÍTULO XXIV

El Akshaya Vata - El Khusru-Bagh - La estatua de Hanuman Baba Sannyasin - Medicina herbolaria323

CAPÍTULO XXV

Neutralidad de los Ingleses en materia religiosa – Conversos católicos y jóvenes materialistas - Discutiendo sobre filosofía con los Panditas - Tyndall y Haeckel contra la Metafísica El Thakur habla acerca de la Naturaleza del Hombre y del Universo . 333

CAPÍTULO XXVI

A Kanpur en tren - Hierba kus-kus - Peligros de apoplejía por el calor - Uso de hierbas especiales contra la insolación Nana Sahib y las causas de la sublevación de los Cipayos ´Azim-ullah-Khan en Inglaterra - Pasión de

venganza –Brutales asesinatos - Desaparición misteriosa de Nana Sahib
Represiones inglesas - Monumento conmemorativo de Kanpur-
Santurronería occidental . . . 347

CAPÍTULO XXVII

La legendaria ciudad de Asgarta - Camino de Jajmau Monos sin fin -
Imponentes ruinas de antiguas construcciones- Kabir-Bad - Enormes
túneles subterráneos - El Tha-Kur conoce puerlas secretas - Una caverna
inmensa y lo que allí sucedió hace años - Maharani Lakshrni-Bai de Jhansi
Cómo se desplazan las noticias en la India - Extrañas maneras del
Thakur.....359

CAPÍTULO XXVIII

Llegada a Delhi - Sus vicisitudes en siglos pasados - Antiguas estructuras
y deshechas ruinas - El Valle de Kutab La Columna de Firuz Sha - La
Tumba de Humayun – El Jami Masjid - La Kutb Minar - Akbar, el rey
Salomón indo La extraña historia de Vasishtha Ajanubahu – Fragmentos
de un manuscrito de Akbar - ¿Fue Vasishtha un príncipe Dolgorukov? -
Excursión filológica - Agra y el Taj Mahal Leyendas sobre Akbar - La
Fortaleza - Las puertas del Templo de Somnath - La Moti Masjid - La
Tumba de Akbar en Sikandra - Penetrando en el Rajastán 375

CAPÍTULO XXIX

Calor abrasador - Una disputa y una insolación - La hierba Kusimah -
Reveladora conversación con el Thakur -Naturaleza de la Gupta Vidya -
El Coronel enfrentado a los guardias rajputs - Rajá Yoga y Hatha Yoga -
Los misteriosos poderes del Thakur - Anales invisibles en el Akasa ... 419

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Bharatpur - El reino de los pavos - Los Jais y su origen El decaído
Palacio de Bharatpur - Sucesos de la historia local - Acerca de Atman y
Manas, bajo la luz de la Vedanta Sankharacharya y la «Ciencia del Amor»
- El coronel Tod acerca de los soldados nativos - El Ilbert Bill y sus
repercusiones - Transmigración de almas - Una cobra - Una antigua

pintura fascina al Coronel - El Thakur y su pasado misterioso - Extraña visión 441

CAPÍTULO II

Viaje a Digh - ¿Quién la construyó? - Antigüedad de las maravillas arquitectónicas indas - Incredulidad occidental Origen de los Árabes - Mogoles y Sarracenos - Templo de Baroli - Desagradable discusión con Ingleses – Nativos insultados - Narayana desesperado - Optimismo del Coronel 473

CAPÍTULO III

La historia del señor Peters - La autobiografía de la diosa Minakshi - Bhutas y Pisachas - Brahmanes y sus recolectas- Ríos subterráneos - Minakshi salva la vida del señor Peters - Concepciones profundas tras de la Mitología exotérica - La Trimurti hindú - Los Dioses y su significado interno - La Vedanta acerca de los tres tipos de existencia Agnósticos y Panteístas493

CAPÍTULO IV

Maravillosos jardines de Digh - Las enseñanzas de la Vedanta acerca de la Naturaleza del Hombre y del Universo Los Principios de la Constitución Humana – Conversación con el Thakur acerca del hombre y de sus estados post mortem - El Sutratman - Sueño y muerte - El svami Ananda y la alegría del Coronel - ¿Qué es una Rudraksha? El Salagrama 513

CAPÍTULO V

Camino de Mathura - Rajá Yoga y Hatha Yoga - Significado interno de Hanuman - Conversación sobre Salagramas y Dandas con el svami Ananda - Acerca de la Materia y la Fuerza - Cargar con poderes magnéticos 541

CAPÍTULO VI

Ataque de monos - Carácter de los elefantes – Antigüedad de Mathura - Páginas de su historia - Krisna, Patrón de Mathura - Origen indo de la

Mitología griega - Poccoke y sus intuitivas opiniones - Pelasgos y su origen – Nombres griegos en la India - ¿Quiénes fueron los Cíclopes? 559

CAPITULO VII

Fiesta pastoral de Gauri - Ragas, Raginas y la escala musical inda - Las siete estatuas de Krisna - El Coronel y su desventura con las vacas - El svami Ananda y su danda – Los Bhattas de Rajputana como eslabón con el pasado - Antiguas crónicas relatan el origen de las naciones - Kanphata. yoguis - El Jigger-Khor y otros bhutas - La historia de Rani Padmini y del Jauhar de Chitor - Páginas de la historia de Chitor - El coronel Tod acerca del Bhatta Chund – Héroes de la historia del Rajastán 577